**“SI VAS A SER MISIONERO”**

**TAPA**

“SI VAS A SER MISIONERO”, Juan Carrascal, S.J.

La vida misionera y: sus luces, sus sombras, su campo, su adaptación, su pastoral, sus exigencias

Esta obra te enseñará:

* Las luces que hacen claro tu camino misionero
* Las sombras que pueden ocultarlo y desviarte
* Una ruta serena y segura hacia tu ideal
* La vida misionera en su autentica realidad
* Los quilates de tu vocación misionera
* Una eficiencia espiritual insobornable

**SOLAPA**

En la no escasa literatura misional, apenas si teníamos en español una obra original, escrita directamente para el misionero. SI VAS A SER MISIONERO llena este cometido y ello es ya en sí un acierto indiscutible. Otro, la competencia con que lo realiza. SI VAS A SER MISIONERO es una obra original, perfectamen­te pensada y hábilmente realizada; en muchos aspectos es una abra exhaustiva; una verdadera Pastoral misionera, un Manual de Misionología práctica. En sus páginas se nos da una visión completa de la esencia, peregrinación y vida del misionero, cacalcado todo sobre la experiencia de quien la ha vivido largos años. Impresiona en esta sugerente obra, el sentido humano, en perfecto equilibrio, que nunca se rompe en las 450 páginas de este denso libro, con un enfoque siempre sobrenatural. Las lecciones de una experiencia plurifacética, los sanos criterios, los atinados consejos de pastoral misionera, a veces la brevedad fecunda de un pensamiento o sentencia, a veces el acopio exhaustivo de iniciación misionera, hará que SI VAS A SER MISIONERO leído y ponderado con incalculable fruto por el novel y el veterano misionero. Lo será también por cuantos deseen y necesiten, como Directores de Seminarios o Espirituales o Propagandistas de Misiones, conocer la vocación misionera en su autentica realidad. El autor ha sabido darnos sus heroísmos sin tópicos y sus exigencias sin soborno ni exageraciones. Hasta ahora el misionero partía para Misiones con un crucifijo. En adelante llevará también SI VAS A SER MISIONERO.

**PORTADA**

SI VAS A SER MISIONERO, JUAN CARRASCAL ROMAN, S. J

SI VAS A SER MISIONERO

LA VIDA MISIONERA: SUS LUCES - SUS SOMBRAS - SU CAMPO – SU PASTORAL - SU ADAPTACION - SUS EXIGENCIAS

**t• ' %**

**y, . .,**

**ft• . •• 1,1,**

**<4, • , b.,**

**< o/ ' „rs.t.•**

**so li• . 1;::-.11- M.**

**,...**

211

"Si verum est, ut Sanctus Gregorius di­cebat, quod minus iacula feriunt quae prae­videntur, oportet ut futurus Missionarius cognoscat difficultates, cruces, tentationes quas in Missione subiturus est, et lumbos accingat ad eas fortiter aut tolerandas aut vincendas.

.. E re foret DIRECTORIUM MISSIO­NARII ASCETICUM conscribendum curare quod nonnullas veritates commemoraret Mis­sionariis utiliores...

.. Tales libri non tantum in Missione, sed etiam in Seminariorum nostrorum bi­bliothecis inveniri deberent, ad manum omnium, praesertim futurorum Missiona­riorum."

*(Congressus Missionum, S. J.,* Roma, **1925.)**

EDITORIAL <<SAL TERRAE>>

SANTANDER (España)

1 9 5 7

**IMPRIMATUR Y DEDICATORA**

* Imprimi potest:

GREGORIUS S. CÉSPEDES, S. I. Praep. Prov. Legion.

* Nihil obstat:

DR. AANCISS PAJARES, Censor

* Imprimatur:

IOSEPHUS, EPISCOPUS SANTANDERIENSIS

**A SAN IGNACIO DE LOYOLA**

PALADIN Y GLORIA

de la España Una

de la Iglesia Católica

del mundo Reino de Cristo

**EN EL CUARTO CENTENARIO**

DE SU SUPERVIVENCIA

en la Historia de España

en la Vida de la Iglesia

en el Protagonismo del Mundo.

El más indigno de sus hijos

EL AUTOR

Comillas y 31 de julio de 1956

**CARTA DE PRESENTACION DE LA OBRA**



**ARZOBISPADO DE ANKING**

Universidad Pontificia

**COMILLAS (Santander)**

Teléfono, 19

***CARTA PRESENTACION DE LA OBRA
POR EL EXCMO. Y RVDMO.
FEDERICO MELENDRO, S. J.
ARZOBISPO DE ANKING (CHINA)***

*Amado lector: Mucho se ha escrito y se escribe sobre Misiones en folletos, revistas, libros... Y todavía es necesario escribir más. Aún hay muchos que, o ignoran, o no conocen a fondo todo el contenido dogmático y ascético de la idea misional; que no entienden la obli­gación que a todo cristiano incumbe de cooperar a la difusión del Evangelio; aún hay muchos que no alcanzan a ver la utilidad que el espíritu y ambiente misional acarrea a los individuos y a los pueblos que lo poseen. Es, pues, preciso que se escriba más y más de Misiones.*

*Fácilmente se encuentran libros competentes sobre el dogma misional, o estudios interesantes sobre tal o cual Misión, o sugesti­vas narraciones sobre la obra de nuestros misioneros. Más aún; existen algunos buenos manuales de Misionología de indiscutible valor teológico, histórico, cultural, como los de Mondreganes, Mon­talbán y otros.*

*Dentro de uno y otro ramo, o mejor, fuera de ellos, creemos que se destaca notablemente el presente libro: SI VAS A SER MISIONERO. Como su nombre lo indica, va directamente escrito para los que se sienten llamados por Dios al ideal de la vida misionera entre in­fieles, para los que se preparan a ir un día a las Misiones; se dirige a los noveles misioneros. Hemos de confesar que libros como éste no abundan; mejor dicho, nos hacían falta. Por eso su lectura y estudio ha de ser, no lo dudamos, de gran utilidad y de innegable opor­tunidad.*

*De la competencia de su autor, su mismo libro nos exime de subrayarla, fácilmente podrá juzgar el discreto lector. El P. Juan Carrascal llegó a la Misión de Anking (China), confiada por la Santa Sede a los RR. PP. Jesuitas de la Provincia de León, el año 1938, y salió de China el año 1953, expulsado por los comunistas, no sin antes haber sufrido por Jesucristo trece meses y medio en las cárceles de Shanghai, que dejaron en su cuello gloriosas cicatrices. Vivió, pues, largos años en plena tarea misionera y, aparte de otros cargos en los que enriqueció largamente sus experiencias, ejerció el ministerio parroquial, primero en el distrito rural de Suchia­chiao y después como párroco de la catedral de Anking, capital de la Provincia de Anhwei. Vuelto a España, ha participado en las Semanas Misionológicas de Burgos y ha publicado diversas obras de merecida aceptación. Su libro Máscaras o el Comunismo entre bastidores, publicado el 1954, ha sido ya traducido a varias lenguas. Es también autor de Orientación vocacional y del devoto opúsculo, paráfrasis afectiva de la oración Alma de Cristo, próximos los dos a ver ya la tercera edición. Ahora nos brinda el P. Carrascal este nuevo libro, Si VAS A SER MISIONERO. Su gran originalidad arranca no sólo del innegable acierto con que se dirige específicamente al misionero de infieles, sino de la exactitud y competencia, tino si­cológico y observación, profundidad y elegancia con que ha sabido recoger y desarrollar en estas páginas un caudal tan rico de expe­riencias, tan diestramente sistematizadas y convergentes todas al misionero.*

*A él en primer lugar ha de ser provechosísima la lectura y estu­dio de SI VAS A SER MISIONERO. El le enseñará, en su variado marco, la auténtica vida misionera; las virtudes que preferentemente ha de tener que practicar y sus matices peculiares y dominantes; los peligros interiores y exteriores de su vida espiritual. En este libro tomará el primer contacto con la idiosincrasia y psicología de los diversos pueblos paganos, cuyas cualidades y defectos fundamen­tales y característicos con tanto tino se perfilan en este libro. En fin, le enseñará los medios más eficaces de apostolado y una efi­ciente pastoral específicamente misionera.*

*Pero estas someras notas te están diciendo, amado lector, que Si VAS A SER MISIONERO rebasa su mismo título y que su alcance llega a todo apóstol para quien las páginas de esta preciosa obra ofre­cerán ricas enseñanzas de adaptación y de eficiencia pastoral. Los*

*veteranos misioneros hallarán en este libro, o comprobados sus aciertos o señaladas sus equivocaciones; y las mismas religiosas un caudal de conocimientos, principios y observaciones totalmente aprovechables.*

*Los Propagandistas de Misiones, Directores de Academias y Círculos Misionales, y más que nadie los Directores Espirituales, tendrán en este libro elementos preciosos para suscitar vocaciones, cabalmente orientadas y tales que no nazcan, como con frecuencia ocurre, torcidas o desenfocadas; que siempre fue penosa obra en­derezar lo que nació torcido, o desandar lo que se anduvo errado.*

*Por fin, la espiritualidad encerrada en este denso libro es sólida y completa; la psicología que el autor revela, tanto respecto del misionero como de los misionados, fina y de sanos criterios. Y, lo que es también muy de apreciar, expuesto todo en un estilo trans­parente, rico, veraz y ameno.*

*Creemos que estas pocas pinceladas, un tanto desleídas y estos pocos vislumbres tan someramente dados, han de bastar para re­comendar encarecidamente el presente libro.*

*Cuanto a ti, amado hijo, te damos la más cordial felicitación y Bendición para la Obra que con tanto cariño y celo has escrito. Suplicamos a María Inmaculada y al Sacratísimo Corazón de Jesús se dignen bendecirla. Y que su bendición, como germen de vida, le haga producir los copiosos frutos que auguramos.*

**DESARROLLO**

SALUDO DE HERMANO

Todo apostolado exige su Pedagogía. No se exime de esta exi­gencia el apostolado misionero. Esta pedagogía podría dárnosla el Señor infusa, como nos da sus gracias actuales. ¿Y quién puede dudar que así hace muchas veces? Pero la suave Providencia pide cooperación de sus creaturas. El día que la Santa Obediencia nos eligió para misioneros o se nos impuso el crucifijo misionero, no se nos infundió, por la sola obediencia, esa sobrenatural pedagogía. El Señor la ha querido condicionar a nuestro estudio y es­fuerzo. A responder a esta sabia ley se encaminan las modestas páginas de este libro. Quiero con él ayudarte a discriminar más certeramente tu vocación, a que la afiances y defiendas en tus dudas, en tus asaltos y en sus posibles desviaciones. Quiero, en fin, ayudarte a que sea más fecundo tu ministerio misionero.

Este libro querría ser, pues, tu confidente, joven misionero. El primero que te recibiera al llegar a misiones, y mejor, tu amigo ya de antiguo; el que te abrió serenos horizontes misionales, el que dirigió tus entusiasmos, previno tus descalabros y solidó tu vocación misionera. Como desconfía de sí, sólo con los nuevos se atreve a hacer el oficio de ángel. Los veteranos han vivido glo­riosamente todo y mucho más de lo que las páginas de este modesto libro pudiera enseñarles. Lo más podrán decir, si cae en sus manos: «Ha acertado» o «se ve su buena voluntad», o «un poco más de ex­periencia le hubiera venido bien».

Si no la puedo presentar larga en años, sí al menos bastante intensa. Después de todo, creo que la experiencia está más en razón del movimiento de rotación que del de traslación. Siempre habrá niños de cien años y habrá ancianos de cortos años; «consumatus in brevi explevit tempora multa». Pero sería inmodestia querer atribuirme esta prerrogativa. Hay, sin embargo, una solu­ción que compagina bien la modestia con la competencia, y es que ésta no sea tanto mía cuanto de otros, y a mí no me quepa sino el humilde papel de haber recogido lo poco que hallé en mi propio granero, aumentado con lo mucho que me ofrecieron los bien repletos silos de los demás. Allí he ido a recoger experiencias, consejos, intimidades; palabras saludables de aviso, de aliento, de iniciación y con ellas y la bendición del Señor de la mies, hacerte este manojo que te ofrezco como amigo y consejero para todos los días alegres o tristes, despejados o grises, de invierno o de ve­rano, con el deseo de que en él halles lo que en él hay, o quise poner: un poco de unción en tu ministerio, un poco de aliento en tus des­mayos, un poco de dirección en tus dudas y mucho aplauso y gozo en tus alegrías y triunfos misioneros.

JUAN CARRASCAL, S. J.

Misionero de Anking

**Idea general de la Obra**

El presente libro va con preferencia dirigido al novel misionero, No pretende, pues, ser un tratado de Misionología, que ya los hay, sino un Directorio del misionero, tema que escasea. Por eso mismo los problemas misioneros se enfocan desde el punto de vista del misionero, a quien se trata de orientar primero en su misma voca­ción, y después en su vida misionera. Con esto, si por un lado limi­tamos la materia, por otro damos un tono de sinceridad que no cabría en un simple manual de Misionología. Arrancando, pues, del misionero, la obra la hemos dividido en las partes siguientes:

PARTE 1ª: La Vida Misionera y sus luces.

* 2ª: La Vida Misionera y sus sombras.
* 3ª: La Vida Misionera y su Campo.
* 4ª: La Vida Misionera y su Adaptación.
* 5ª: La Vida Misionera y su Pastoral.
* 6ª: La Vida Misionera y el Misionero.

APÉNDICE: La Espiritualidad Misionera en la Sagrada Escritura.

***PRIMERA PARTE***

***LA VIDA MISIONERA Y SUS LUCES***

*Antes de que te formase en el seno materno te conocí
 y antes de que sa­lieses a la luz te santifiqué y te puse como «profeta» en medio de las gentes.*

 *Jer. I, 4.*

*Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre
y ve a la tierra que te mostraré.*

 *Gen. XIII, 7.*

Orientada nuestra obra totalmente al misionero, no lo per­demos de vista en todo nuestro recorrido. Esta primera parte, sitúa la vocación misionera en el terreno del dogma; esto es, nos da en síntesis sus fundamentos dogmáticos. En los seis últimos capítulos, que forman un segundo campo de esta prime­ra parte, delineamos características ascéticas; aquellas virtudes que han de jugar mayor papel en la vida misionera. La Espi­ritualidad la entendemos como vivencia personal. La Ascética, como proyección exterior de nuestro ascetismo, regulada por el campo en el que ha de actuar, por el clima en que ha de vivir, por los medios y obstáculos con que ha de tropezar. Como en toda nuestra obra, también aquí nos situamos en el terreno es­pecífico, aunque no siempre exclusivo, del misionero.

1. **LA VOCACION MISIONERA**

El mensaje de Cristo, necesario para la salvación eterna, pudo limitarse a un solo pueblo, el judío. Pero este particularismo sólo fue provisional en la Antigua Ley; Cristo vino a ensanchar las fronteras hasta los confines de la tierra y hasta la consuma­ción de los siglos. El Testamento de Jesucristo es vigorosamente universalista.

1. EL TESTAMENTO DE JESUCRISTO: Cuando Jesús, a punto de subir al Padre, convoca a los doce y les dice: «Id y predicad a todas las gentes», les abre un horizonte nuevo, rompe las fronteras del nacionalismo judío y pone el sello inconfundible y único de uni­versalidad al Reino que viene a fundar. Y lo promulga como man­dato y se lo lega como Testamento.

Desde ese día la Iglesia, continuadora visible y depositaria de la voluntad del que es su Redentor, su Maestro y su Fundador, revestida con los poderes que Él le legó, y animada con los auxi­lios que El le prometió, con vitalidad siempre renovada por el Es­píritu Santo que la asiste, gobierna y bendice, va realizando, a través de los siglos, el testamento de Jesucristo.

1. Expresión de esa realización que durará hasta el último día, son las Misiones. Por eso, «la causa misional, o si se quiere, el universalismo, es la única visión exacta de la Iglesia de Cristo». Jesús ha dicho: «alias oves babeo quae non sunt ex hoc ovile». Ovejas suyas son no sólo los fieles que en El creen y que El con su gracia vivifica, sino también los gentiles, que aún no le conocen, ni han abrazado su ley, ni viven la vida sobrenatural que El nos trajo. Conviene, pues, es su deseo de Redentor, que esas ovejas suyas que están fuera, entren también en el redil de su Iglesia, para que toda la humanidad, sin distinción de razas, ni de len­guas, ni de cultura, sino unidas en una fe, en un culto, en una esperanza y amor, en una obediencia y vida, formen un solo re­baño y un solo redil e Iglesia y reino, bajo el cayado y autoridad y gobierno de un solo Pastor.

Las misiones no son, pues, otra cosa que la realización de este programa; la tendencia secular de la Iglesia a incorporar a todas las gentes en esa unidad de fe y de vida para integrar con ellas el reino de adoradores en la tierra y de bienaventurados en el cielo. Las Misiones no son más que el brote sobrenatural de una vitalidad incontenible y divina. Y los misioneros son los apóstoles que realizan en nombre de la Iglesia y de Cristo esa labor de incorporación, al reino de Dios, de todas las gentes. Son los en­viados del Padre de Familias, los enviados de Cristo, sus misio­neros. «¿En nombre de quién arrojas los demonios?», preguntaron un día los judíos a Jesús. Si nos preguntan a nosotros quién nos ha enviado, diremos: «El que puede, el que tiene derechos; pero sobre todo, el que tiene amor a todos los hombres, porque son su hechura, su imagen, a quienes quiere salvar y redimir por su fe, su doctrina y su amor, del que nos ha hecho sus mensajeros; en nombre suyo hemos venido; de él somos enviados, misioneros.

3. El misionerismo es la función por la que la Iglesia realiza su vocación de salvadora del hombre. Por él una vida -la vida cris­tiana- se comunica; Vida que, una vez comunicada, hay que conservar.

El misionerismo es, por lo tanto, nota esencial a la Iglesia que fue fundada como medio único y necesario de salvación. Por eso es nota suya la Catolicidad. Si la Iglesia se limitara a un pueblo o nación, faltaría a su esencia y constitución esencialmente católica; y, por lo tanto, misionera, ecuménica. Esta misión, en realidad, pu­diera ser temporal; esto es, hasta tanto que haya incorporado a todos los pueblos, hasta tanto que esté constituida jerárquicamente en todos los países. No repugna el concepto de una Iglesia que, por estar establecida ya en todos los pueblos, ha dejado de ser misio­nera, aunque no católica. La nota de «católica» nos habla de la esencia misma de su doctrina, de su razón de ser universalista. La nota de «misionera» dice relación a la geografía en que la Iglesia actúa. Diríamos que el misionerismo es «el hacerse» de la Catolicidad.

Porque la vida es de tal naturaleza que, cuando se desarrolla, tiende a comunicarse y a engendrar la vida.

1. El MISIONERISMO, como todas las funciones vitales de la Igle­sia, no lo puede ejercer sino por sus miembros.

Los miembros encargados de propagar la vida cristiana son constitucionalmente los sacerdotes. Porque el sacerdocio está do­tado de aquellos poderes ministeriales que son esenciales a la pro­pagación de la vida. En este sentido el misionerismo coincide con el sacerdocio.

*Los pastores de la Iglesia, sal de la tierra, depositarios de los tesoros de la redención, instrumentos vivos del influjo santificador de Cristo, «otros Cristos», en el mundo, son por la exigencia de su divina vocación, los órganos más penetra­dos por el impulso misionero de Cristo Cabeza, los primeros misioneros. Misioneros y promotores de «misionerismo».[[1]](#footnote-1)*

1. Pero la vida subsiste mediante dos leyes vitales: la de la con­servación y la de la propagación; es decir, la vida se halla en dos estadios: en estado de conservación y desarrollo en los países ya católicos; y en estadio de propagación en países paganos. El mi­nisterio sacerdotal es esencialmente el mismo, la vida es esencial­mente la misma; los sacramentos, los dogmas, la liturgia y el culto son esencialmente los mismos. El hijo del cristiano que es bauti­zado y el pagano que lo es también, ambos reciben un mismo e idéntico sacramento. Y en el mismo país de misión, muchas veces la vida del misionero se identifica totalmente con la vida de cual­quier párroco en país católico. Lo que constituye, pues, el país de misión no es tanto el ministerio cuanto el grado en que se halle establecida la Iglesia jerárquica y la nota de país extranjero a los sacerdotes que ejercen el ministerio sacerdotal. En este sen­tido algunos llegan a afirmar que todo sacerdote, por serlo, es también misionero. Pero a otros les parece que esta afirmación es injustificada. Y con razón.

La denominación de misionero, y por lo tanto de vocación mi­sionera, dicen los primeros, es una denominación extrínseca a la vida o ministerio sacerdotal; una denominación, por así decirlo, temporal y topográfica y de estrategia. ¿Por qué, pues, hablar de vocación misionera? ¿Por qué ensalzarla sobre la simple vocación sacerdotal y aun religiosa? ¿Por qué hablar de ella como de una gracia singular, de una especie de carisma? ¿Por qué se insiste en que nadie sino el llamado puede ser misionero?

\* \* \*

Vamos por partes: 1º - Toda propagación de vida supone una adulteidad y desarrollo perfecto de la vida en el proprio indivi­duo. El comunicar, pues, a otros la vida que no tienen, el sentir esos impulsos, el desear trasmitir esa vida sobrenatural supone pujanza de vida sobrenatural. Por eso, el misionero que propaga esa vida, no lo puede hacer, provechosa y adecuadamente, sino es llevando él una vida exuberante. De ella brota el celo de la gloria de Dios, el celo de las almas, el deseo de que Dios sea conocido y honrado, el anhelo de incorporar a la Iglesia los pueblos paganos. El pecador, el tibio en cuanto tal, no siente anhelos misioneros. De ahí que no se puede hablar de la vida misionera sin encomio, sin admiración. Aunque hay también, claro está, una eficacia mi­nisterial compatible con la tibieza y el pecado en el ministro.

2° - Además, la vida misionera, por haber de desarrollarse en país extranjero, supone una serie de sacrificios para los cuales no todos sienten arrestos y voluntad. Para muchos la vida misio­nera supone un sacrificio mucho mayor que la misma ordenación sacerdotal o la entrada en religión. Cuando es la simple obediencia la que ha decidido la vida misionera, no son raros los casos en que el joven religioso ha partido a tierra de infieles, después de una lucha y agonía que le ha hecho quizá exclamar en humilde oración: «Señor, pase de mí este cáliz.» Este heroísmo, a veces quizá descentrado, pero innegable, es el que coloca en la vocación misionera un nimbo de gloria. De ahí su carácter de «voluntariedad» y de supererogación. Por ser puesto de avanzadas y propio de los que desean hacer «oblaciones de mayor estima y momento», cabe que la gracia con amorosa predilección, invite con especial fuerza al alma a que haga esas oblaciones, como las hace el reli­gioso y aun el sacerdote; y en este sentido se puede hablar tam­bién de una invitación, de una elección divina, de una *vocación misionera.*

La misma condición de la vida misionera, tal como la vamos a delinear en el presente libro, se desenvuelve en circunstancias materiales y espirituales no poco costosas y tales que exigen cua­lidades no comunes en el candidato a misionero. De ahí que sea indispensable una seria selección y una discriminación concienzu­da. El que no posea esas cualidades, a veces de un orden mera­mente humano y natural, no podrá ser misionero apto, no tendrá vocación misionera. Cuando se poseen y se actúan bajo la elec­ción de los superiores nos hallaremos en presencia de un misionero.

4° En la Iglesia de Cristo todo debe estar sometido a las lla­ves de Pedro, tanto en país católico como en país misional. Todo está sometido a la jerarquía. Por eso es natural que no se pueda actuar la vida misionera, no se pueda ser misionero, sin ser ele­gido por la Iglesia, sin ser enviado. Pero esta elección, este llama­miento no constituye la esencia del misionerismo, sino la condición de su aplicación. Lo mismo que en el servicio de la Patria o en la guerra, a la que uno da su nombre voluntariamente, es preciso que se someta a los cuadros de mando, a la obediencia, y que sea el Estado Mayor el que localice su acción, el que determine el campo a sus deseos de combatir por la Patria.

5º - Y porque la acción misionera se ha de desarrollar vital­mente a base de los poderes sacerdotales, por eso la vocación mi­sionera se realiza o se actúa, plenamente, sobre el sacerdocio y secundariamente sobre el laicado (como auxiliares del sacerdote). Sólo, pues, en el sacerdote misionero reviste la vocación misionera una categoría más noble que el simple sacerdocio. Cuando la voca­ción misionera se considera únicamente en el cristiano seglares evidente que, por no incluir el sacerdocio ni la profesión religiosa, no encierra ni su dignidad ni su excelencia.

6° Pero por ser vitalidad, pujanza, plenitud de vida cristiana, y porque el establecer la Iglesia en un país lleva variadísimas exi­gencias, por eso también los seglares pueden participar del espí­ritu misionero y participan hoy de hecho.

7° Y porque el misionerismo actúa en países extranjeros y no cristianos, por eso el espíritu y la vida misionera se ha manifestado con prioridad de tiempo y de espacio en el clero regular. Y esto por tres razones: primera, porque su estado de perfección evangé­lica lleva más fácilmente a la plena vitalidad cristiana, cuya flo­ración completa es el misionero; segunda, por el espíritu de sa­crificio que la vida misionera exige y la vida religiosa consolida. Y tercera, porque al no estar el religioso incardinado en diócesis y parroquias, se halla siempre en situación más propicia para ir a cualquier país, secundando ya anhelos personales, ya deseos o mandatos de la Santa Sede.

\* \* \*

Estas breves notas aclaran no poco la esencia de la vocación misionera y discriminan lo que, más que su esencia, constituye los prerrequisitos, condiciones o concomitancias de la misma. Con eso se sitúa en su lugar y, haciéndola asequible a los tres estados —seglar, sacerdotal y religioso—, no se la rebaja de la perfección específica que en cualquiera de esos tres estados añade.

Pero el misionerismo, como fruto que es, tiene una fuente o espiritualidad dogmática que lo nutre, y aflora en una vida ascética que lo manifiesta. Espiritualidad y ascética misioneras son comunes a todo cristiano que quiera vivir el dogma misionero. Pero en el misionero adquieren modalidades y exigencias peculiares y espe­cíficas. El misionerismo en acción reclama del misionero un con­junto de deberes, de actitudes, de incumbencias, de virtudes que con derecho podemos encuadrar en una Ascética Misionera. Así el misionerismo se desdoblará en: Espiritualidad Misionera, común a todos los que vivan la idea misional, y en Ascética Misionera, propia y exclusiva del misionero en acción.

Esta distinción entre Espiritualidad Misionera y Ascética Mi­sionera puede ser un acierto. Espiritualidad y Ascética Misioneras son las dos vertientes, que forman la arista hidrográfica del MISIONERISMO.

\* \* \*

La *Espiritualidad Misionera,* como toda Espiritualidad, se apoya en un sustrato dogmático que da origen a una vida espiritual es­pecífica. La Espiritualidad Misionera será, pues, el conjunto de dogmas específica o primordialmente aptos para fomentar en el alma las vivencias misioneras. Esta Espiritualidad puede ser común a misioneros, a sacerdotes y a laicos, a hombres y a mujeres. Ella engendra en el alma el espíritu misionero.

La *Ascética Misionera* es una parte o modalidad de la Ascética cristiana. Es el conjunto de exigencias ascéticas que, aunque co­munes a todo cristiano, son específicas de la vida misionera en acción. Por eso, mientras la Espiritualidad Misionera la entende­mos patrimonio de todo cristiano, la Ascética Misionera la limi­tamos al misionero en acción.

Creemos que esta sencilla distinción entre Espiritualidad Mi­sionera y Ascética Misionera, como la hemos descrito, evitará no pocas confusiones, no raras en los tratados, y deslindará cam­pos que de lo contrario se entremezclan y confunden.

Con todo, ambos capítulos, el de la Espiritualidad Misionera y el de la Ascética Misionera, no tienen un marco cerrado y están expuestos a apreciaciones más o menos subjetivas. Cuando se trate de enumerar, por ejemplo, los dogmas más auténticamente misio­neros, unos autores preferirán unos y otros preferirán otros. Asi­mismo cuando se trate de señalar las virtudes más características del misionero, unos se fijarán en unas y otros atenderán más a otras. Es imposible desentenderse de todo subjetivismo. Nosotros lo hemos intentado, pero no sabemos si lo habremos logrado, aun­que nuestra experiencia pueda avalar algo nuestras apreciaciones y puntos de vista.

1. **LA CATOLICIDAD DE LA IGLESIA
Y LA VOCACION MISIONERA**

El misionerismo de la Iglesia es el imperativo de su Catolici­dad constitucional o interna, que tiene (dice el P. Salaverri[[2]](#footnote-2)) un *presupuesto* fundamental, una *causa* de que procede y un *motivo* formal que la caracteriza. Su presupuesto fundamental o punto de origen es la voluntad salvífica universal de Dios Padre, que San Pablo formula categóricamente[[3]](#footnote-3); la causa peculiar de donde procede es la virtud redentora universal del Hijo de Dios, Cabeza de la Iglesia, que se entregó y murió por la salvación de todos[[4]](#footnote-4); el motivo formal que la caracteriza es la necesidad universal de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación[[5]](#footnote-5): porque no hay gracia que santifique, ni sacramentos que la confieran, ni enviados acre­ditados que garanticen su doctrina, ni ministros auténticos que los administren; no se da la unificación salvadora que opera el Espíritu Santo, alma de la Iglesia.

«La Iglesia es el mismo Cristo misericordiosamente continuando en la tierra su obra de redención del género humano, por virtud de la oblación consumada en el altar de la Cruz», depositaria por lo mismo del Cristo Redentor Hombre-Dios con un tesoro dogmático del que se apodera la *fe,* con su tesoro dogmático del que se apodera la *esperanza,* con su tesoro purificador del que se apodera la *caridad.*

Porque la Iglesia no tiene otra razón de ser ni otra finalidad integral que la de Cristo Redentor. Pero así como en Cristo Redentor el elemento humano, la Humanidad, fue un elemento esencial y Consustantivo de la Redención, así en la Iglesia el elemento humano, los Apóstoles, profetas, misioneros, ministros, son un Cons­titutivo esencial por el cual realiza su obra redentora, que radica totalmente en su elemento divino. De ahí esa identidad con su Iglesia, proclamada por el mismo Cristo cuando dijo a Saulo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?[[6]](#footnote-6).

De ahí que San Pablo llame Cristo a su Iglesia: «Ita et Christus, etenim in uno Spiritu omnes nos in unum corpus baptizati su­mus»[[7]](#footnote-7); y San Agustín afirme que «a Cristo lo predica el mismo Cristo, o sea, a Cristo Cabeza lo predica el Cuerpo de Cristo, difun­dido por todo el orbe» ; y San Cesáreo de Nacianzo diga que «la Iglesia es el Cristo según la carne»[[8]](#footnote-8); y San Atanasio llegue hasta definir la Iglesia diciendo que es «la Humanidad de Cristo»[[9]](#footnote-9).

Pues si hasta tal grado viene a identificarse la Iglesia con Cristo Redentor, es lógico y necesario que se identifique también en la universalidad o catolicidad de su divina misión, según se lo inculcó el Señor a sus discípulos en el Cenáculo, antes y después de su resurrección, diciendo: «Lo mismo que Tú (Padre), me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo.» Ahora bien, la misión redentora de Cristo es, como resume el P. Salaverri[[10]](#footnote-10), universalísima y eminentemente católica:

* Porque Cristo es aquel germen en quien Dios prometió que había de bendecir todas las estirpes, todas las naciones, todas las gentes de la tierra[[11]](#footnote-11),
* Porque Cristo es aquella luz «dada por Dios para iluminar las gentes y para que llevase la salvación hasta los confines de la tierra»[[12]](#footnote-12).
* Porque Cristo es aquel Hijo del hombre de la visión de Daniel, al que Dios Padre confió potestad eterna y al que han de servir todos los pueblos, tribus y lenguas[[13]](#footnote-13);
* Porque Cristo es aquel cuyo nombre es grande desde el Oriente hasta el ocaso entre las gentes, y a quien se ha de ofrecer una oblación pura en todos los lugares de la tie­rra[[14]](#footnote-14);
* Porque Cristo es el nuevo Adán, Redentor de los hombres, que estando todos bajo condena por el pecado del Adán te­rreno, fueron redimidos con mucha mayor abundancia por el perdón y la gracia, que nos mereció el único Salvador, gracia que se convirtió en justificación y vida de todos los hombres[[15]](#footnote-15);
* porque Cristo es el pacificador, que destruyó el muro de separación que había entre los hombres, haciéndoles a todos igualmente ciudadanos de los Santos y familiares de Dios, edificados todos sobre la piedra angular, que es Cristo Jesús, de manera que ya no haya diferencia de gentil y judío, de cir­cunciso e incircunciso, de bárbaro y escita, de esclavo y libre, sino que Cristo sea todo en todos, y todos sean uno en el mismo Cristo[[16]](#footnote-16);
* porque Cristo es aquel Hijo del Rey a cuyo banquete nup­cial convidó el Padre a los invitados y a todos cuantos pudie­ron ser hallados en las encrucijadas de los caminos[[17]](#footnote-17);
* porque Cristo es el Hijo de Dios enviado por el Padre al mundo, para que el mundo se salve por él, y para que todos los que crean en él no perezcan, sino que obtengan la vida eterna[[18]](#footnote-18);
* porque Cristo es aquella víctima heroica, que ha sido in­molada en lo alto de la cruz y desde allí atrae en pos de sí a todas las cosas[[19]](#footnote-19);
* porque Cristo es el supremo Juez, que descenderá del cielo en gloria y majestad, para reunir ante su trono a todas las gentes y tribus de la tierra y dictar la definitiva sentencia de salvación o condenación eternas, según los merecimientos de cada uno de los mortales[[20]](#footnote-20).

\* \* \*

El carácter de universalidad o Catolicidad de la obra reden­tora, continúa el P. Salaverri[[21]](#footnote-21), no podía expresarse con mayor riqueza de matices. Ahora bien, según el razonamiento antes indi­cado, la misma es la universalidad o Catolicidad de la Iglesia de Cristo, ya que ella no es más que la prolongación perenne y visible del mismo Redentor en la tierra y por designio de Dios Omnipo­tente forma una misma cosa con Él, como los miembros del cuerpo con su Cabeza. Y por eso, como sintetizando nuestro pensamiento, el mismo divino Salvador, que con toda verdad dijo de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo», con la misma verdad, a sus Apóstoles que entonces eran los que formaban su Iglesia, dijo también: «Vo­sotros sois la luz del mundo», dándonos a entender así, que no menos universal y católica que la suya, es la misión redentora de su Iglesia.

El itinerario, pues, de Cristo Hombre es el modelo del que ha de seguir su Iglesia. De la manera que el Verbo Eterno, añade toda­vía el P. Salaverri[[22]](#footnote-22), se dignó conducir la humanidad de Cristo desde su Concepción virginal hasta su glorificación en los cielos, de modo semejante el Espíritu divino sabrá llevar a la Iglesia desde su misteriosa natividad en la Cruz hasta la esplendente gloria de la resurrección universal. Pues así como el misterio de la Encar­nación fue un hecho consumado desde el instante en que la Virgen María pronunció su *fiat* y el Verbo se hizo carne, de seme­jante manera, siguiendo las enseñanzas de Pío XII, el misterio de la Iglesia se consumó en el instante en que, como nueva Eva, nació sin mancha del Costado de Cristo abierto en la Cruz[[23]](#footnote-23).

Pero así como si prescindiéramos de la obra realizada por Cris­to desde su Encarnación virginal hasta su Ascensión a los cielos, inutilizaríamos el misterio de Dios humanado, de modo semejante la Catolicidad de la Iglesia o extensión efectiva y manifestación dinámica y visible irá desenvolviéndose sin cesar y progresiva­mente mientras que en la heredad del Padre de Familias haya mieses que no han llegado a su plena madurez o en el Aprisco falten las ovejas de Cristo que son de Él pero se hallan fuera de Él.

Por eso el Misionerismo o Catolicidad de la Iglesia se halla incoercible en continua eficiencia, dirigido por el mismo Cristo e impulsado por el Espíritu Santo, que es el que engendra el espíritu misionero y le señala su programa. La acción misionera no es, pues, otra cosa que el despliegue dinámico de la Catolicidad esencial de la Iglesia. Por eso se puede decir que el Misionerismo es el impulso visible de una Catolicidad constitucional e interna; es el hacerse actual de esa Catolicidad. Por eso se ha dicho muy bien que «la Misiología es un Corolario al Capítulo de la Catolicidad».

Es interesante subrayar con el P. Salaverri, la íntima relación que el Misionerismo (o actuación de la Catolicidad) tiene con las cuatro propiedades o notas esenciales y clásicas de la Iglesia: unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad. Porque siendo las cuatro, por voluntad de Cristo, esenciales a la misma Iglesia, tienen entre sí una trabazón tan íntima que lo que diga relación a una de ellas, se ha de relacionar también necesariamente con las res­tantes. Hablando en términos aristotélicos, diremos que las cuatro propiedades de la Iglesia corresponden a las cuatro causas, dos in­ternas: maternal y formal, y dos externas: eficiente y final.

La causa *material* de la Iglesia son los capacitados para ser sus miembros, por la virtud redentora del Crucificado. Esa virtud es universal y alcanza a todos los hombres; y de ahí procede la Catolicidad de la Iglesia.

La causa *formal* de la Iglesia es la unión de conspiración al mismo fin social, vivificada y ennoblecida por «la operación del mismo y único Espíritu Santo»[[24]](#footnote-24); y de ahí procede la Unidad de la Iglesia.

La causa *final* o fin de la Iglesia es la gloria de Dios en la san­tificación y salvación, querida y dispuesta por Él para todas las almas, por la infusión de las gracias sobrenaturales; y de ahí la Santidad de la Iglesia.

La causa *eficiente* de la Iglesia es Jesucristo, que se vale, como de ministros, de los Apóstoles y sus sucesores para la edificación de su Cuerpo místico; y de ahí procede finalmente la Apostoli­cidad de la Iglesia.

\* \* \*

Es evidente que el dinamismo misionero, si ha de ser legítimo y perfecto, tiene que estar sometido al influjo de las mismas causas:

1. ° Ha de dirigirse, sin acepción de personas, a todos los hom­bres, igualmente redimidos por el Crucificado; y de esta manera será Católico.

2. ° Ha de estar vivificado por el Espíritu Santo, que tiende a la unión de todos en un mismo Cuerpo místico; y de esta suerte será Uno.

3. ° Ha de tener por norte la gloria de Dios y su designio eterno de la salvación de todos; y de este modo será Santo.

4. ° Ha de estar impulsado por el mismo Cristo, Cabeza, y ha de ser ejercido dentro de la misión y de los poderes de los Apósto­les; y así será Apostólico.

Nadie duda de que esas cuatro características, de unidad, san­tidad, catolicidad y apostolicidad, las ha de tener el dinamismo misionero, si ha de ser el que Cristo quiere. Pero lo que deseamos averiguar ahora es: ¿Cuál de esas propiedades es la que más par­ticularmente caracteriza a ese dinamismo?

A nuestro juicio, responde el mismo P. Salaverri[[25]](#footnote-25), el impulso típicamente misionero, cual es el que impele a ganar para Jesu­cristo el mundo todo de los infieles, no lo especifica la Unidad sino en cuanto católica, ni la Santidad sino en cuanto católica, ni la Apostolicidad, que, por designio de Dios y voluntad expresa de Cristo, va esencial e indisolublemente ligada a las otras tres pro­piedades necesarias de la Iglesia.

Y la razón es, porque si mentalmente prescindimos de la Cato­licidad, la Unidad no exige de suyo más que la íntima unión de los miembros en la Iglesia, que se puede obtener muy bien y aun mejor, si no se hace extensiva a todos los hombres; la Santidad, sin la Ca­tolicidad, no requiere más que la perfecta santificación de los que sean miembros de la Iglesia y se puede lograr plenamente y con más eficacia en una selección de hombres, que si se pretende ex­tenderla a la humanidad entera; la Apostolicidad, si abstraemos de la Catolicidad, no nos impone más deber que el de secundar, en la acción misionera, el impulso de Cristo y mantenerla dentro del ámbito de la misión y los poderes apostólicos, lo cual se Logra perfectamente en todo ministerio con los fieles de la Iglesia plenamente constituida, y de suyo no reclama la orientación de la labor apostólica a la conquista para Cristo, de todos los que aún se encuentran fuera del redil de su Iglesia, que es lo típico y lo característico de la misión entre infieles.

Así como Dios restringió al pueblo judío el disfrute de la re­velación mosaica, pudo muy bien Cristo haber restringido a una estirpe más o menos numerosa la participación efectiva en los beneficios de su redención, sin alterar en lo demás las caracte­rísticas de su obra. En este supuesto, la reparación del honor divino con el sacrificio de la Cruz hubiera sido de valor igualmente infi­nito, por ser infinita la dignidad de la víctima expiatoria; pero la economía de salvación, que es la Iglesia, sería ciertamente Una, Santa y Apostólica, mas no Católica, y por lo tanto carecería del imperativo dinámico, típicamente misionero, que la mueve a extender a todo el género humano los frutos de la Redención. En esta hipótesis la labor de apostolado, sin necesidad de dedicar tan grande esfuerzo a la conquista y dilatación universal del cristia­nismo, podría emplearse más en la acción de profundidad, con el intento de lograr una mayor perfección de santidad en los miem­bros de la estirpe predilecta. Así, pues, nuestro pensamiento coin­cide con el del gran misionólogo Schidlin, que dice: «La Iglesia tiene que ser misionera, y el serlo constituye la ley vital de su mismo ser, precisamente porque por una parte está esencialmente destinada a toda la humanidad, y por otra, porque Dios ha querido ligar a ella la salvación de todo el mundo»[[26]](#footnote-26). O en otros tér­minos: La Iglesia es esencialmente misionera porque es constitu­cionalmente Católica.

El dinamismo misionero se deriva, nace y brota necesariamente del dogma de la Catolicidad, y de ahí que el espíritu genuinamente misionero sea la expansión auténtica, el florón típico y el fruto más preciado de la misma Catolicidad.

La espiritualidad misionera no es un género o tipo de espiritua­lidad específicamente diversa de otras espiritualidades cristianas, pues todas han de realizar el «mihi vivere Christus est», o sea, la vida de Cristo en nosotros. Pero sí es una orientación, o forma y estilo y fisonomía de vida espiritual, de unión con Cristo orientada al ideal misionero.

Ahora bien, ese ideal es la aspiración universalista de difundir por todo el mundo los tesoros inagotables de la gracia redentora; es el afán ardiente de unir a Cristo en el redil de su Iglesia a toda la humanidad regenerada. Esa aspiración y ese ideal, que en su principio y fin son espirituales y sobrenaturales, exigen del misio­nero una vida sobrenatural y espiritual perfectamente sintonizada con ellos, es a saber, una vida de caridad y unión con Cristo ple­namente universalista o católica: tal es la nota distintiva de la espiritualidad misionera. Y como la motivación de toda espiritua­lidad cristiana no puede hallarse sino en los dogmas de nuestra fe, ¿cuál será el dogma más a propósito para motivar la espiritua­lidad misionera? Sin duda aquel que se halle más en consonancia con el universalismo del ideal misionero, o sea el dogma de la Catolicidad.

1. **FUENTES DE LA ESPIRITUALIDAD MISIONERA**

La espiritualidad misionera arranca de dos amores y se apoyaen tres dogmas. Los dos amores son necesariamente el amor de Dios y el amor a las almas.

LOS DOS AMORES DEL MISIONERO

***El amor de Dios.*** Toda espiritualidad cristiana se tiene que reducir fundamentalmente a la unión con Dios. Los cristianos somos ante todo hijos de Dios, a quien Cristo nos hizo posible tener y nos enseñó a llamar «Padre Nuestro». Lo más propio del hijo es amar a su padre, honrarle y hacer que sea honrado por los demás hermanos, hijos también del mismo Padre, Dios.

Si en toda familia bien armonizada la felicidad y gloria del padre es gloria de los hijos, mucho más en esta familia cristiana en la que Dios nuestro Padre polariza todos los derechos a nuestro servicio y amor; posee todos los títulos que lo hacen amable y adorable; abarca todos los motivos y excelencias que lo hacen predicable. Es ese amor de Dios que, cuando se apodera del alma, la trasforma y enloquece para no querer otra gloria que la mayor gloria de Dios, ni otra ciencia que la de Dios, ni otro amor que el amor de Dios.

Por eso al misionero lo imaginamos como al «divino impaciente» que no sosiega y no descansa hasta haber rendido ante el altar de su Dios todos los corazones.

He ahí la fuente más pura de la vida misionera.

Hay otro amor que se deriva del primero y que, junto con él, acaba por caracterizar al misionero: **es *el amor de las almas****.* La paternidad espiritual en Cristo, no podía menos de engendrar en los cristianos el amor de amistad. Este fue el distintivo que nos dejó Cristo. Por él se distinguieron tanto los primeros cristianos que los paganos decían de ellos: mirad cómo se aman. Como Cristo no separó el amor a su Padre y el amor a sus hermanos y redimi­dos, tampoco lo puede separar el cristiano. Por eso Cristo dirá: En esto conocerán que sois mis discípulos, en si os amáis los unos a los otros. Y San Juan no dudará en afirmar:

«El que dice que está en luz y no ama a su hermano ese tal está todavía en tinieblas»[[27]](#footnote-27). «Carísimos, amémonos unos a otros porque el amor —y este amor— nace de Dios —nace del amor de Dios—. El que no ama —al prójimo— no conoce a Dios, porque Dios es caridad»[[28]](#footnote-28); y taxativamente: «Si alguno dijere que ama a Dios y odia a su hermano, ese tal es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo va a amar a Dios a quien no ve?, y este es el precepto que hemos recibido de Dios, que el que ame a Dios ame también a su hermano»[[29]](#footnote-29).

Y es en efecto el amor a las almas el que enciende el celo misionero.

Con él encendido exclama San Pablo que deseaba ser anatema por sus hermanos[[30]](#footnote-30). Testigo me es Dios cuánto os amo en Cris­to[[31]](#footnote-31). Tan queridos me sois, escribía a los Tesalonicenses, que os deseábamos entregar no sólo el evangelio de Dios, sino nuestra misma vida[[32]](#footnote-32).

Y con San Pablo todos los santos misioneros han juntado en un acorde indivisible estos dos amores inseparables. Esos son los dos brazos de que va armado el misionero; los dos pies que han de guiar todos sus pasos; esos los dos ojos con que ha de mirar sus empresas y dar blanco a su vida, para que toda ella sea siempre, en unidad de intención, en unidad de anhelo, en unidad de acción, una misma y única resultante de amor de Dios para las almas y de amor de las almas para Dios.

Las oraciones más auténticamente misioneras van apoyados en estos dos sentimientos; son fruto de esos dos amores.

LOS TRES DOGMAS DEL MISIONERO

La espiritualidad misionera arranca de los tres dogmas más arriba enumerados y que aquí vamos a desarrollar con alguna mayor amplitud

*1. º La voluntad salvífica de Dios, presupuesto básico de la catolicidad*

Que en Dios exista la voluntad de salvar a todos los hombres es no sólo teológicamente cierto, sino artículo de fe.

Esta voluntad está implícitamente contenida en la obra de la creación. Dios creó al hombre, según Santo Tomás, en el orden so­brenatural, no para el orden sobrenatural. Los niños del Limbo se ven para siempre en un orden natural contra el que ninguna protesta hallan en su naturaleza humana. El hombre no tiene, pues, una finalidad simplemente humana; ni tiene libertad para escoger entre una felicidad y finalidad natural, y una finalidad y felicidad sobrenatural. A esta última, a pesar de la culpa original, están llamados todos los hombres.

El plan de Dios de comunicarse en la misma creación a los seres inteligentes, ángeles y hombres, aparece en toda la econo­mía de la revelación. Dios, creando al hombre en el orden sobrena­tural, previó su caída, y decretó también su redención. Cuando el hombre no tenía todavía necesidad de redención, ya lo había dispuesto Dios todo para su rescate.

El concepto de la universalidad de la salvación, explícitamente revelada en los misterios de la Encarnación y de la Redención, se hace más neto y preciso con la exégesis de algunos textos de la Escritura y de los documentos de la tradición.

Recordaremos solamente la doctrina de San Pablo. He aquí, en síntesis, su enseñanza, según resulta de Efes. I, 4-7, 9, 10 ; Rom. 5, 18; I Tim. II, 1-7; IV, 9, 10:

1. Existe un solo Dios creador de todos los hombres, que quiere que todos se salven y quiere hacer accesible a todos la salvación. Esta voluntad divina de darse, de tener hijos adoptivos que participen de su vida eterna, precede a la obra misma de la creación entera y la preside como inspi­rándola y trazando su diseño[[33]](#footnote-33).
2. Esta vocación eterna nos asocia a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. El Verbo tomó carne humana, para que todos los hombres fuesen por gracia y adopción, lo que El es por derecho y naturaleza, es decir, hijos de Dios[[34]](#footnote-34).
3. Esta vocación no puede ser impedida por el pecado, pues Jesucristo nos ha obtenido la remisión del mismo en el sacrificio redentor, muriendo por nosotros en la cruz[[35]](#footnote-35).
4. Todos los hombres pecaron en Adán y todos fueron rehabilitados en Cristo[[36]](#footnote-36).
5. Todo el mundo de los seres inteligentes y libres, án­geles y hombres, debe concentrarse en Cristo, participando así en la unidad, fundamento de la vida divina. Ninguno está excluido[[37]](#footnote-37).
6. Para ser incorporados en Cristo son necesarias tres cosas: la gracia actual que invita, la fe que inicia nuestra incorporación en Cristo, la gracia santificante (la caridad), que la completa[[38]](#footnote-38).
7. El apostolado es la consecuencia lógica de estos de­signios de la voluntad de Dios, hechos realidad en Cristo[[39]](#footnote-39)

Los textos citados son perentorios. Se trata inconfundiblemente de todos los miembros de la humanidad, de todos los hombres de todos los tiempos. Del contexto resulta que San Pablo piensa espe­cialmente en los paganos. De la misma manera que no hay más que un solo Dios Creador de todos, así entre Dios y los hombres no hay más que un solo Mediador, el Verbo hecho Hombre, que se dio a sí mismo en rescate por todos. Es evidente que la voluntad salvífica de la Encarnación y de la Redención es la misma de la Creación[[40]](#footnote-40).

El misionero debe, contagiado de ese amor de Dios a todos los hombres, vivir ese amor paterno de Dios, no sólo con los hijos que moran ya en la casa paterna, sino con los que viven fuera porque no le conocen. Debe hacer suyos aquellos sentimientos que Cristo expresaba cuando decía: «Tengo otras ovejas que no están en este redil; y es necesario que yo vaya a buscarlas y traerlas para que oigan mi voz y se haga un solo rebaño.» De ahí que el misio­nero, aunque muchas veces tendrá funciones de párroco, nunca debe olvidar a los paganos y ha de orientar vitalmente su parroquia y su acción parroquial a ensanchar con nuevos prosélitos las conquistas de la Fe.

2. ° *La virtud redentora universal de Cristo*

Los brazos de Cristo extendidos en la cruz alcanzan y llegan hasta los dos extremos del horizonte, el cielo y la tierra, para restaurarlo todo, llevando su redención hasta los últimos límites de la decadencia y ¿la hay mayor que la de la gentilidad? Esos brazos están abiertos para abrazar a todos los que había desahuciado y alejado el pecado.

La misma forma de la Cruz, dice San Gregorio Nizeno, par­tiendo de un punto céntrico para dirigirse a los cuatro puntos opuestos, representa la universal difusión del poder y de la bon­dad de Aquel que fue clavado en la Cruz «como único e indispen­sable mediador entre Dios y los hombres»[[41]](#footnote-41). Grandes son los brazos del Crucificado puesto que alcanzan al cielo y a la tierra, a lo pasado y a lo presente y a lo porvenir, al tiempo y a la eter­nidad, a la ley y a los profetas, a la figura y a la realidad, a todos los seres, al pueblo de Dios y a los hijos de los gentiles, atrayéndolos hacia su corazón, que es la vida y la razón de todo, principium et finis.

La oración de Cristo Crucificado reviste también matices de un universalismo redentor: universal la súplica que pide perdón «para los que no saben lo que hacen» y ¿a quiénes alcanza más de lleno que a los pobres gentiles? Universal su testamento de Padre, cuando nos da por Madre a la Virgen. ¿Quién podrá limitar el simbolismo y la representación auténtica de Juan, una vez que rompe los estrechos límites de su individualidad? La sed redentora la siente por todas las almas. Los brazos extendidos de Cristo ofrecen una protección a todos los que a ellos quieran acogerse. Y aquel «Consumatum est» no sería divino y redentor si no fuera ecuménico. Y esas manos que han curado lo mismo al paralítico de Jerusalén que al ciego de Jericó, lo mismo a la hija de la Ca­nanea que al siervo del Centurión, ¿van a quedar en la cruz limi­tadas en su acción y en su intercesión?

A los pies del crucifijo aprende el misionero a dilatar su súpli­ca y sus brazos; y, ya que los pies del crucificado están elevados, esperando, él, su misionero, será sus pies que vayan buscando a los perdidos, a los errantes, a los alejados. Si nos conmueve la actitud acogedora del buen padre que sale al camino todos los días por ver si alguno volvería su hijo perdido y alejado, más conmovedora es la actitud del Crucifijo[[42]](#footnote-42). No está en el camino el Crucifijo, está en la elevada cima, vuelto a todos los senderos del mundo, de modo que todos puedan ir a dar a Él; a todos los espera, aun aquellos que el pecado alejó tanto de la casa paterna que la han olvidado y no conocen... Imitando a Cristo, unido a Cristo, transformado en Cristo que se entregó y murió por todos y cada uno de los hom­bres, el misionero sabrá entregarse también por la salvación de las almas de los infieles y dar su vida por ellos.

3.° *La necesidad universal de la Iglesia para salvarse*

Dios nos ha llamado a vivir su vida, pero en Cristo; asociándonos a Él, nos hacemos hijos suyos. Ahora bien, Cristo está en la Iglesia; y la Iglesia fue sobre todo instituida para una finalidad social, a saber, para hacer de todos los pueblos, mediante el vínculo de la gracia, un mismo cuerpo de cristiandad, análogamente al principio en virtud del cual estos mismos pueblos, mediante el vínculo de la naturaleza, forman un mismo cuerpo de humanidad.

El fin de la Iglesia es idéntico al de Cristo, expresado por Caifás en su profecía: Y profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación, sino también para con­gregar en su cuerpo a los hijos de Dios, que estaban dispersos[[43]](#footnote-43).

De esta manera se llega a obtener sobre la tierra una prefi­guración y aun inicialmente una realización de la Jerusalén ce­lestial, de la Ciudad de los elegidos. Y así esta Iglesia, en cuanto cuerpo místico e invisible de Cristo, se identifica con la salvación final, y, en cuanto institución visible e histórica, es el medio pro­videncial de esta misma salvación.

Por lo tanto, los planes de Dios se realizan plenamente dentro de la Iglesia. El infiel debe entrar en la Iglesia visible, única mensajera integral y autorizada de la revelación cristiana, encar­gada de realizar la unificación espiritual de todos los hombres en Cristo[[44]](#footnote-44).

«En la Iglesia puso Dios, dice San Ireneo, la universal opera­ción del Espíritu Santo, de la que se ven privados todos los que no corren a ella»[[45]](#footnote-45) . Y San Agustín: «Háganse todos del Cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo... Pues lo que es el alma para el cuerpo del hombre, eso es el Espíritu Santo para el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia»[[46]](#footnote-46).

Es axioma teológico que fuera de la Iglesia no hay salvación y que quien no tiene a la Iglesia como Madre no tiene como Padre a Dios, como enseña el decreto pro Jacobitas[[47]](#footnote-47).

Ella está simbolizada en el Arca de Noé en la cual se salvaron los únicos que se salvaron del diluvio universal.

Ella es el redil dentro del cual han de entrar cuantas ovejas quieran pertenecer al redil de Cristo único Pastor.

Ella es la Iglesia que Cristo solidó sobre la piedra una e incon­movible de Pedro y sus sucesores[[48]](#footnote-48).

Ella es, en fin, el reino visible al que han de pertenecer los que quieran ser vasallos de Cristo. Reino cuyo advenimiento nos enseñó a pedir en aquellas palabras «Venga a nos tu Reino» del Padrenuestro, oración que por ser de Cristo, había de ser, como la llama San Cipriano, la más espiritual, la más valedera; y que por ser compendio de la doctrina del cielo, había de ir, como el evan­gelio, cargada de ecumenidad y universalismo.

Contra la interpretación exclusivista del Escatologismo, añade el P. Salaverri[[49]](#footnote-49), esa petición no expresa tan sólo una esperanza que se realizará al fin del mundo, sino que contiene el afán místico de ver a ese Reino, que es la Iglesia, establecido ya plenamente, en extensión y profundidad, con la mayor perfección posible ; o sea, de verlo extendido a todos los lugares y a todos los hombres del orbe, y que en cada uno de ellos penetre hasta lo más íntimo de las posibilidades humanas. Mientras la Iglesia no se halle con esa plenitud establecida en todo el mundo, subsistirá incólume y ver­dadero todo el sentido espiritual de esa bella fórmula mística:«Venga a nos tu Reino.»

Y ¿dónde resonará con más verdad, con más apremio, esta ora­ción que en labios del misionero y en las dilatadas tierras de in­fieles? En ellas este «adveniat» es algo así como el «fiat» de la Creación y corresponde precisamente al «Euntes docete omnes gentes» y al «Euntes in mundum universum predicate Evangelium omni creaturae». Ella es el tema más misionero de la oración misionera.

1. **LA ESPIRITUALIDAD MISIONERA**

Cuatro son los trazos más destacados, las notas más caracte­rísticas de la fisonomía espiritual del misionero: Fe ardiente, ca­ridad celosa, fortaleza abnegada y adhesión a la Iglesia.

***Fe.***El ministro del Evangelio es el propagador de la Fe que incorpora a Cristo; el portador de una vida que arranca y se sos­tiene por la fe. Si toda paternidad exige poseer la naturaleza que se trasmite, esta paternidad sobrenatural exige del misionero una fe hecha, vigorosa, activa, conquistadora y llena de destellos. Los destellos de la fe son la piedad y unción, la devoción, el sentido sobrenatural de la vida, una mirada fija siempre arriba en el cielo. Una fe en una palabra viva.

El Angélico enseña que, los que tienen oficio de enseñar a los demás están obligados a un más profundo conocimiento de las cosas de la Fe[[50]](#footnote-50). Conocimiento que han de adquirir «labore, studio, assiduitate orationis»[[51]](#footnote-51); y Benedicto XV: «At missiona­rius praecipue pius, sanctaeque orationi ac perpeutae cum Deo coniunctioni deditus»[[52]](#footnote-52).

***Amor.***El amor es el motor de todas las obras divinas, seña­ladamente de la Redención. «Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito»[[53]](#footnote-53). De ahí que el amor haya de ser también el fundamento de la acción corredentora de los miembros, que son enviados para prolongar la obra de Cristo, como El fue enviado por el Padre[[54]](#footnote-54). Por eso como fundamento de su Primacía se le exige a Pedro, jefe de todo el Apostolado eclesiástico, el amor: «¿Me amas más que éstos?» Amor especial que, según Santo Tomás, versa de una manera típica sobre el Cristo místico, sobre Cristo en sus miembros[[55]](#footnote-55). «Nec aliud toties audit a Petro quam se diligi, nec aliud commendat Petro quam suas oves pasci..., sit amoris offi­cium... Si me diligis non te pascere cogita, sed oves meas sicut meas pasce, non sicut tuas; gloriam meam in eis quaere, non tuam; dominium meum, non tuum; lucra mea, non tua»[[56]](#footnote-56). Y en otro pasaje, dice el mismo San Agustín: «Videte, percipite, discite, Nihil aliud quam "amas" interrogatur, nihil aliud quam amo res­pondetur. Respondenti dicitur: Pasee oyes meas... Quas oyes? Quas emi sanguine meo. Mortuus sum pro eis. Amas me? Morere pro eis»[[57]](#footnote-57).

Sólo una caridad ardorosa, cual aquella que apremiaba al Após­tol: «El amor de Cristo nos apremia»[[58]](#footnote-58), puede dar razón de los entusiasmos divinos y de las divinas impaciencias y generosida­des que caracterizan la actividad misionera, que según Pío XII «debe contarse entre los regueros más abrasados de caridad que fluyen sin cesar del Corazón Sagrado de Cristo».

Pero nada caracteriza más al verdadero amor que ***el sacrificio****.* Nada caracteriza tanto a la vida misionera como el sacrificio. La aureola de heroísmo con que la ha nimbado el pueblo cristiano, obedece a que considera la vida del misionero llena de renuncias y dolores, llena de privaciones y fatigas, sembrada de dificultades y peligros que es preciso arrostrar y salvar con intrepidez y abne­gación. Es verdad que los sacrificios de la vida misionera no son siempre los que vulgarmente se creen. Estas páginas pretenden precisamente orientar más certeramente en esta parte, pues com­prendemos que una desorientación en uno de los aspectos más específicos de la vida misionera, sería fatal en consecuencias. Pero afirmar que el heroísmo no está en lo que vulgarmente se cree, no es negar dicho heroísmo. La vida misionera tiene innegable­mente dificultades que la hacen sencillamente heroica. El misio­nero, pues, sin serio temple de abnegación y de renuncia no la podría resistir, o no la llevaría con el prestigio y santidad que Cristo, la Iglesia y las almas esperan de él. He ahí por qué a una fe viva, a una caridad ardiente, hay que añadir, como un tercer rasgo, la abnegación y fortaleza de ánimo.

A estos tres rasgos hay que sumar, al menos, uno más: ***el amor a la Iglesia****;* él cerrará así el tríptico de amores misioneros: amor a Cristo Redentor y a la Virgen Corredentora. Amor a las almas y amor a la Iglesia. Si tenemos presente la relación íntima que media entre Cristo y su Iglesia parecerá innecesario y casi incon­secuente, insistir aquí en un amor que no puede ser sino de iden­tidad. «Ecclesiam matrem vestram... —nos dice San Agustín—, honorate, diligite, praedicate. Ipsa est quae in hac fide quam audis­tis fructificat et crescit in universum mundum»[[59]](#footnote-59). «No la achi­quemos, que es Madre divina —comenta el P. Zameza, S. J.—; no la condicionemos a bienes móviles inferiores a ella, que es reina consor­te del Verbo Encarnado; no la identifiquemos con ninguna excelen­cia humana, que es de origen sobrenatural; no parcelemos ni disgre­guemos su herencia, cuyos límites, jurados por el mismo Dios, son los confines de la tierra. Amémosla en su divina y humana misión de Madre fecunda de pueblos. Tal la amó Cristo, y así desea la amemos todos sus hijos: como es y para lo que es, mundial y para el mundo entero»[[60]](#footnote-60).

Por eso, más que en el amor, nos hemos de fijar en una con­secuencia o manifestación del mismo, que inspirada en San Ig­nacio ha formulado la ascética cristiana con aquella frase ya clá­sica: «Sentir con la Iglesia». Efectivamente, ésta debe ser nota específica del misionero. El va como legado de la Iglesia; él va a fundar la misma Iglesia; él va a echar los fundamentos de la fe. El fundamento exige solidez; la legación exige fidelidad; la pa­ternidad exige identidad de naturaleza. Vamos a fundar la Iglesia de Cristo, no la nuestra; vamos a predicar la doctrina de Cristo, no la nuestra; el evangelio de Cristo, no otros evangelios. Nuestra predicación debe ir llena de ortodoxia. Sería temerario, escanda­loso, que de labios o de plumas de misioneros, que están fundando la Iglesia, salieran criterios, opiniones, usos, teorías que, si no están condenadas, puede caer sobre ellas una fundada desconfian­za, y, dado que no sean del todo reprobables, son tales que llevan la simpatía y aplauso de quienes no tienen derecho a guiar el pensamiento católico. Sentir con la Iglesia no es sólo enseñar lo que ella enseña, sino simpatizar e inclinarse a aquellas doctrinas que suenan mejor y se armonizan mejor con el dogma, con el asce­tismo, con la moral y con el sentir de la Iglesia. «En vuestras pre­dicaciones —escribe Javier al P. Barceo— tened cuidado de que nun­ca prediquéis cosas dudosas o dificultades de Doctores, sino cosas muy claras y doctrina moral...»[[61]](#footnote-61).

1. **LA CONFIANZA DEL MISIONERO Y SUS FUNDAMENTOS**

El misionero, consciente de su misión, debe ir a misiones y ser en su apostolado, confiado. ¿En qué se funda su confianza?

***1-***  *En el mandato de Jesucristo*: «Se me ha dado todo el poder», y por eso, «Id a todas las gentes», os envío yo. Como me envió mi Padre, a ser vuestro Redentor, así yo os envío a que lle­véis los frutos de esa Redención, los ejemplos de mi vida, la luz de mi doctrina. No digas como Jeremías: Soy niño. Porque irás a todo cuanto Yo te enviare y hablarás de todo lo que Yo te dijere. No te intimides ante ellos. Porque Yo estoy contigo: «Ecce consti­tuí te hodie super gentes... ut evellas, et destruas, et disperdas, et disipes, et oedifices, et plantes»[[62]](#footnote-62).

Nuestra causa es la causa de la Iglesia, de Jesucristo, de Dios. No venimos a predicar nuestra doctrina, sino la de Jesucristo. Ni a extender nuestro reino, sino el de Jesucristo; ni a hacer Patria, sino a hacer Iglesia.

***2-*** *En la doctrina que predicamos,* que es la de Jesucristo y por lo tanto Católica. ¿Qué quiere decir esto? El reino de los cielos es como la semilla que se siembra y sin que el hombre se dé cuenta brota y florece...

Hay *semillas* y plantas que sólo se dan en determinados terre­nos, climas y épocas. La semilla del Evangelio no es así; brota en todos los terrenos; es de todos los climas; fructifica, en todas las estaciones.

Hay *doctrinas* que están de moda en un siglo, en una época; luego se gastan, pasan y mueren; van a lo más a los libros de historia de la Filosofía, osario de los errores de la Humanidad. La doctrina de Cristo, el Evangelio, no es así. Es del siglo I y del si­glo XX, de Europa y de América, de Asia y de África y Oceanía, es católica, universal, perenne.

Hay *modas* que responden a unos gustos y no a otros, privan en cierta época y luego pasan. La doctrina de Cristo no es así; no es algo que esté de moda y luego pase y decaiga. Se la puede so­focar, matar en las almas y en núcleos de la sociedad, pero la se­milla no muere, sigue viva y hallará siempre eco en el corazón humano. Es católica. Ni siquiera se puede decir que hay momentos inoportunos para su proselitismo. Es verdad que hay circunstancias más o menos favorables; pero esas circunstancias no afectan a la naturaleza íntima de la doctrina, sino a las condiciones humanas y circunstancias humanamente necesarias para que se conozca y se predique y se siembre. En una palabra, por ser católica, es huma­na, por ser humana es de toda raza y lengua y clima; por ser ecuménica, no necesita otra preparación que la del terreno, el corazón del hombre que la quiere recibir. Recibida, infaliblemente dará fruto de 30, de 60, de 90 y aun de 100.

Ten, pues, confianza, misionero, que predicas la doctrina de Dios, *católica*.

***3-*** *En la voluntad salvífica de Dios*, que previene, acompaña y continúa nuestra acción misionera. Ella se filtra en todas nues­tras actividades misioneras. Ella se hace timbre en nuestra voz, luz en nuestra palabra, ayuda en nuestro esfuerzo. Mientras noso­tros hablamos por de fuera, la voluntad salvífica de Dios está allí, en el interior de las almas, dando voces. Mientras nosotros echamos la semilla ella dispone la tierra, o la riega y fecunda. Mien­tras nosotros argüimos, observamos, intimamos, invitamos y llama­mos, ella habla al corazón e invita, llama y mueve; y cuando echa­mos las redes, ella congrega a los peces.

Esto debe producir en nosotros optimismo y celo. San Pablo dice: «Insta opportune et importune.» Tú siembra, predica, instruye, que no estás solo; Dios obra también en el alma mediante su gra­cia. Que no falte tu acción de misionero, porque la de Dios no falta y ambas se requieren. Confía, porque en tu acción actúa la de Dios. Obra, porque si no obras, paralizas e inutilizas la acción de Dios. Pon ropa a secar porque hace sol y sopla el viento; pon el caldero a que se llene, que está lloviendo; echa la red porque hay peces; levanta la antena porque pasan ondas; y, en fin, pre­dica, porque no lo haces en desierto. Dios es el sol que siempre brilla, viento que siempre sopla, lluvia que siempre cae y onda que todo lo llena. La Escritura amonesta y dice: «Hodie si vocem eius audieritis.» Y ese hoy, es un hoy que nunca pasa. Habla cons­tantemente, porque «Spiritus ubi vult spirat». «Hodie», hoy, es pa­labra de presente y el presente es el tiempo, es la eternidad, en el que vive Dios.

La Iglesia pide para sus misioneros esta confianza ministerial. Dice la oración de la Misa votiva de la Propagación de la Fe: «Da eis cum omni fiducia loqui verbum tuum.» Otórgales que prediquen tu palabra, Señor, con una confianza completa, ilimitada; porque no hay límite ni de parte de Dios, que quiere la salvación de todos; ni de parte del sacerdote, porque su indignidad no destruye la bondad de la semilla; ni de parte de los hombres, porque a todos puede mover la gracia de Dios. El misionero debe apoyarse en esta voluntad salvífica y decir todos los días osadamente: «Non respicias peccata mea, sed fidem Ecclesiae tuae.»

OTROS APOYOS A LA CONFIANZA MINISTERIAL: Nuestra confianza debe apoyarse en:

***1.*** *La oración de tantas almas.* Evidentemente estarnos en el siglo de las Misiones. Una ola de espíritu misional invade todos los países. Una preocupación misional, un sentido de apostolado de la Oración es el ritmo de vida en muchas almas. Hay una verdadera multitud de almas que se sacrifican por los misioneros y los misio­nados; multitud de enfermos que ofrecen sus dolores por las Mi­siones. Un ejército de jóvenes, de niños que llenan sus diarios con actos de vencimientos por las Misiones. Dediquemos los misioneros todos los días un recuerdo a esa verdad católica, ecuménica. Caiga­mos en la cuenta de que piensan en nosotros, de que nos siguen de cerca, de que su celo les hace poner sus ojos en nosotros y eso llenará nuestra alma de santa confianza todos los días. Mientras nosotros edificamos, destruímos... ellos cuidan nuestros vestidos. «Cum omni fiducia.» Oran los santos del cielo, hechos ya nuestros intercesores de Cristo.

**2.** *La oración de la Iglesia. La* Iglesia de Cristo en toda su imponente ecumenidad reza; millones y millones de veces se eleva al cielo la nube blanca de su oración; todos los días se celebra mi­llares de veces el santo sacrificio de la Misa y no hay momento del día en que no suba al cielo «in odorem suavitatis», la mística in­molación de una Víctima divina y misionera. Y todos los días el misionero en su Misa se apoya en esta santidad de la Iglesia; y con esa oración ecuménica y lleno de una confianza que triunfa de todas sus debilidades y pecados, dice devotamente, humildemen­te: «Communicantes et memoram venerantes.» Apoyado en esos mé­ritos rehace su apocamiento, fruto de sus diarias claudicaciones y deficiencias, y ora humilde y confiado: «Ne respicias peccata mea, sed fidem Ecclesiae tuae.» Tu Iglesia santa, sin mancha ni ruga, la que hermoseaste con tu santidad, ora por mí; tu Iglesia, la que lavaste con tu sangre y enriqueciste con tus méritos y santificaste con tu espíritu y redimiste con tu vida, ora por mí. Pues «ne respi­cias peccata mea, sed fidem Ecclesiae tuae». «Cum omni fiducia.»

**3.** *La Oración de Cristo. Oró* Cristo por su Iglesia en su oración sacerdotal: «Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique según el poder que le has dado sobre todo hombre; para que a cuantos le diste les dé El la vida eterna. Y esta es la vida eterna: Que te conozcan a Ti, único Dios verdadero y al que en­viaste al mundo Jesucristo, tu Hijo»[[63]](#footnote-63).

Pidió Jesús al Padre su glorificación y ésta consiste en que el mundo crea en Él, y conozca al que el Padre envió. «Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste. Ahora Tú, Padre, glorifícame con la gloria que tenía en ti antes de que el mundo existiera»[[64]](#footnote-64).

Y esta oración conserva toda su fuerza y se actúa a través de todos los siglos, porque no hay siglo cuyas almas no le pertenezcan. «Eran tuyos y Tú me los diste»[[65]](#footnote-65).

¡Oh, cómo se ensanchan aquí los senos de la confianza! ¡Oh, mi­sioneros de Cristo, no empequeñezcamos al mismo Cristo! Confie­mos, que nos acompaña la oración sacerdotal de Cristo. El pueblo judío alcanzaba victoria cuando Moisés, levantados los brazos, oraba a Dios. Sus brazos se le cansaban; hubieron de buscar quienes se los sostuvieran, porque si Moisés bajaba los brazos huía de su pueblo la victoria. Los brazos de Cristo están siempre levantados a su Padre y para que no se le caigan quiso que se los clavaran en la cruz. ¡Misionero de Cristo! Confía en la oración de Cristo, que ora, clavados sus brazos, «semper vivens ad interpelandum pro nobis»[[66]](#footnote-66).

Háztela tuya con el recuerdo, con la fe y confianza. Jesús ora por ti. ¡Adelante!

Y oró también Jesús por los cristianos de todos los siglos, «et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in Me»[[67]](#footnote-67).

*Optimismo misionero.* Floración de esta confianza en Dios Crea­dor y Redentor y Santificador y Glorificador de las almas, ha de ser el optimismo apostólico. «Ibant gaudentes.» Optimistas, porque nuestra causa triunfará. «Confidite ego vici mundum»[[68]](#footnote-68). Optimis­tas, porque nuestras tristezas se convertirán infaliblemente en gozo. «Tristitia vestra convertetur in gaudium»[[69]](#footnote-69). Optimistas, porque, al fin, somos selección, somos de los óptimos. «Optimam partem elegisti.» «Ego elegi vos»[[70]](#footnote-70).

TERCERA FUENTE DE CONFIANZA MINISTERIAL EN EL MISIONERO

*La santidad propia. Es* evidente que las bendiciones de Dios caen especialmente abundantes sobre un alma santa, muy suya. La santidad es amistad divina y la amistad produce infaliblemente confianza en el amigo. Lo que no se atreve a preguntar San Pedro, se lo preguntó San Juan a Jesús; San Juan, el discípulo amado, porque era el discípulo virgen.

¡Qué confianza la del alma que puede ante la presencia de Dios decir: «Nihil mihi conscius sum»! No tengo conciencia de nada que ofenda a los ojos purísimos de Jesús; ni a los celos san­tísimos de Cristo; ni a la presencia santísima de Dios; mi corazón está lleno de Él y no vive más que para Él.

¡Qué eficacia la de la oración del que no necesita emplearla para pedir perdón por sí, y qué fecundas y aprovechadas las lá­grimas que no tienen que lavar pecados propios, y qué fecundidad la de la penitencia que puede invertirse casi íntegra en expiar pecados ajenos!

El misionero santo tiene título especial a la confianza minis­terial y se aprovecha con especial fuerza de todos los demás títu­los de la confianza. ¡Qué sería si el misionero, víctima más o menos de los enemigos de su alma, sintiera que su vida languidece en una tibieza tan peligrosa como reprensible y lamentable! ¿Cómo sobrará agua cuando se han de regar las flores propias, que están casi marchitas, y fuego cuando uno no está caliente, y velocidad cuando el carro se hunde en el barro y cuando las alas de los que vuelan van heridas?

La *oración diaria del misionero.* Sea cual sea la materia de Meditación, o fiesta, estés de un temple o de otro, siempre tu ora­ción de misionero debe ser ante todo misionera. A ella debes llevar todas tus preocupaciones de misionero, tus deseos, esperanzas y temores, tus debilidades y triunfos de misionero. En ella encomen­dará a sus cristianos, catecúmenos y paganos. Son almas a él con­fiadas, son suyas. En ella pedirá la bendición para su escuela, para su visita a las cristiandades, para sus ejercitantes y catecúmenos. Pedirá al Señor por sus auxiliares, por sus maestras, catequistas y criados. Pedirá temple para las contrariedades que sabe se le ofrecerán ese día. Y a la luz de su oración misionera examinará su ministerio.

Procurará entonarse para la prosa de la vida, para el trato benigno con todos, generoso con los criados, y para sonreír siem­pre, para tener paciencia y no responder malhumorado..., hasta mañana.

«Revela Domino viam tuam et spera in eum, et ipse faciet». Ponte a contar a Dios tu vida, tu situación, tus temores, tus dudas, tus deseos; llévale cada día lo de cada día, «et spera in Eum», y confía en Él, siempre en Él, y Él lo llevará adelante, «ipse faciet»; y cuando veas el éxito de tus planes, no te quepa duda, Él lo hizo, «ipse faciet». Cuando te sientas pobre, débil, miserable, confía... «Ipse faciet.» Él lo hará, si confías en Él, si «speras in Eum».

El misionero debería acabar siempre su meditación con la ora­ción del misionero santo, de su Patrono San Francisco Javier: «Eterno Dios, Creador de todas las cosas; acordaos, Señor, que vos creasteis las almas de los infieles...»

Debería también dedicar todos los días a pedir por su pueblo. Luz para los paganos, perdón para los tibios. «Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri Domini et dicent: Paree Do­mine, parce populo tuo. Festina tempus et memento finis.»

*Resumiendo.* Una oración de misionero bien tenida, concen­trada en Dios. Una oración en la que regamos de bendiciones di­vinas todos los percances y ocupaciones del día. Una oración jugo­sa y devota de amor y súplica —como corresponde al que se siente «enviado», «luz», «sal»— engendra en el alma una confianza hon­da, deja al alma de temple, bien apertrechada y sobre todo amiga de Dios; y el alma que siente la amistad de Dios no puede menos de ser un alma esperanzada, confiada y optimista. «Cum omni fudicia.»

1. **LAS ALEGRIAS DEL MISIONERO**

Las almas excesivamente ingenuas piensan en el misionero como en el hombre que vive tan endiosado que tiene que exclamar con San Francisco Javier: Basta, basta, Señor. Excesivamente sencillas, creen que el misionero goza de un consuelo específicamente misio­nero que lo hace prorrumpir en el «superabundo gaudio». Pero ¿es esto cierto? Sí y no. No, porque la vocación misionera no es en sí una especie de carisma al que vaya vinculado, como al sacerdocio, unos poderes y prerrogativas especiales. Pero sí en cuanto que el misionero de Cristo no sólo goza de la honda felicidad que acom­paña a la fidelidad a la gracia, rica en consuelos inefables, sino que tiene títulos propios, fuentes que sólo brotan en su suelo, que le son casi exclusivas o, al menos, le pertenecen más.

¿Cuáles son las alegrías del misionero?

**1.** «*Vos qui reliquistis omnia...»*  Haber dejado todas las co­sas por Jesucristo. Nadie, en efecto, como el misionero puede decir que ha dejado tan del todo y para siempre el padre y la madre, hermanos y hermanas por Jesucristo. Y lo que allí no dice Jesu­cristo, el misionero ha dejado además la patria, la lengua y se ha dejado más que nadie a sí mismo, ya que uno de los sacrificios más íntimos de la vida misionera es esa impotencia, esa reduc­ción de la personalidad que muchas veces trae consigo la vida de misiones.

Cuando San Pedro dijo a Jesús: «Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te», no lo hizo sin duda muy inspirado por la gracia. Es un lenguaje que la ascética cristiana no admite, porque sabe que, al fin de cuentas, nuestras dádivas a Dios más son dones de Él que las acepta, que méritos de nosotros que se las damos. Sin embargo, lo permitió el Señor, y quiso que quedase consignado en su Evangelio, como para darnos pie a nosotros y no escandalizarnos de nosotros mismos, si a veces, en un desahogo del alma, se nos escapa también esta sincera confesión de nuestra pequeñez. Señor, «Ecce nos relinquimus omnia». Sí, verdaderamente que no­sotros, tus misioneros, lo hemos dejado *todo,* y, aunque este «todo» sea tan poco, es, al fin y al cabo, «todo». Todo lo que el mundo ofrece; todo lo que el corazón sueña; todo lo que los sentidos bus­can; todo lo que en la vida más nos lisonjea; todo lo que es nombre y gloria, brillo y entusiasmo, «todo». Porque misiones *es* destierro de la patria y de la familia. Misiones es trabajo rudo y desagrada­ble de roturación. Misiones es soledad. Y es lengua nueva, menta­lidad distinta. Y es seguimiento de pocos. Todo lo hemos dejado. Hasta el consuelo que da al corazón verse buscado, admirado y aplaudido. Y el estímulo que es trabajar con almas nobles y de corazón cristiano. Y la compañía de hermanos y padres. Y el gozar de las bellezas de nuestra patria culta, noble y cristiana. Hasta el regalo de nuestros ojos en pasearse por bellas avenidas *y* contem­plar soberbios rascacielos... y el paisaje incomparable de nuestros montes y mieses. Y el recrear nuestros oídos con orquestas de ar­monías divinas que conmueven el corazón. Y el hablar la her­mosura de nuestra lengua.

No es esto para fomentar pensamientos engreídos, ni tibiezas lamentables, sino para que el misionero oxigene su alma de vez en cuando con estas promesas del Redentor y cobre ánimos *y* fomente en sí un gozo íntimo que nadie le puede quitar. «Nemo tollet a vobis.»

No te digo, Señor, todo esto porque Tú no lo sepas ni porque me pese haberlo dejado; lo digo porque soy tu gran deudor y a veces el convencimiento de mi insolvencia me apena y me estrecha tanto el corazón, que mis ojos quieren llorar mi pobreza: y es en­tonces cuando Tú sin duda me envías este pensamiento, como si quisiera, que el Todo que por Ti he dejado compensase un poco el Todo de lo que te debo y tantas veces te niego. Sé que no hay proporción, Señor; pero Tú que conoces nuestras deudas *y* nues­tros pagos; Tú sabes aceptar ciertas equivalencias en una proporción que nosotros no conocemos del todo. ¿Qué? ¿No has inspirado Tú a tu Iglesia que por el poco de un Viacrucis conceda indulgencia de todas nuestras deudas? Permíteme decirte, Señor, que el «omnia» de lo que tus misioneros hemos dejado pesa más que un Viacrucis o un Rosario delante de tu Sagrario.

Sé que el valor del don está en proporción de la dignidad del que lo hace. Todo esto es verdad. Pero quizá no es toda la verdad. Los que tenemos los ojos sólo en una dirección, por mirar a un ob­jeto, los apartamos de otro. Tú eres todo luz y no dejas en la obs­curidad unas verdades para alumbrar otras.

Yo sé que una de las mejores recompensas de que permites gozar sin restricciones a tus misioneros es esa alegría íntima, «nues­tra», con que podemos decirte en medio de nuestra pequeñez, en medio de nuestras inconsecuencias, en medio de los mil desquites de nuestro eterno «barro mortal»: «Ecce nos reliquimus omnia.» Lo hemos dejado todo por Ti ¿No es ésta la más honda alegría del misionero?

***2.*** *Mi sagrario.* El misionero, generalmente solo, puede llamar suyo con título personalísimo el Sagrario de su iglesia. Allí está Jesús, porque lo consagró él; allí está Jesús con el misionero y, antes que para ningún otro, para el misionero. El misionero es el más asiduo adorador de Jesús Sacramentado; y allí, donde tan poco es conocido Jesús, Jesús y su misionero son los dos amigos íntimos que viven en una misma casa, «el uno para el otro», aliviándose mutuas soledades. El misionero para Jesús, y Jesús, ante todo, para su misionero.

***3.*** *Esta alma la salvé yo. La* salvación del alma tiene un proceso tan complejo que es temerario intentar asignarse un mé­rito exclusivo en su salvación. ¿Cómo poder señalar de qué mar procede el agua que dejan aquí caer las nubes? Menos podemos se­ñalar de dónde viene esa gracia final que acaba por meter a un alma en el cielo. ¡Hay tantos apóstoles anónimos...! Pero hay muchos casos en los que el misionero podrá decir con toda humil­dad y verdad: Si no hubiera sido por mí, probabilísimamente esta alma no se hubiera salvado; gracias a mi esfuerzo, a mi cansancio, a mi sacrificio, esa alma ha tenido ocasión de confesar sus pecados, de recibir al Señor, de salir arrepentida y tranquila de este mundo, de recibir el bautismo. Jesús la quería salvar y se valió de mí. ¿Quién podrá negar esta íntima alegría del misionero?

La gracia obra milagros, y como el mar las perlas, así ella es­conde sus secretos de santidad. Las misiones ofrecen almas humil­des y nobles que en su primitivismo ascético conmueven. ¡Qué ine­fable consuelo para el misionero hallarse con un leproso a quien le ha hecho feliz la fe; con un mendigo que no pierde su misa ningún día, o con un pobre lisiado que se dedica a vender «limpia oídos» y que el domingo viene arrastrándose a la iglesia y se llega al comulgatorio porque ese día es domingo y no vende! Consuelos como estos están reservados sólo para el misionero.

Ver cómo a la llegada del Padre se reúnen los pocos cristianos de la localidad y cómo en la misa del día siguiente se presentan 4, 6, 10 venidos de 10, 6 y 4 kilómetros... son consuelos que sólo el misionero saborea. Por esas almas da por muy empleados su can­sancio, su sudor o su insomnio, su alejamiento de la patria, todo...

***4.*** *El mejor amigo de Jesús. — El* misionero, generalmente solo, podrá decir con humildad y con verdad: ¿A quién tiene Jesús en 10 ó 20 ó 30 kilómetros a la redonda que sea mejor amigo que yo? ¿Quién que le conozca como yo? ¿Quién ha recibido de Él los be­neficios que yo? ¿Quién ha hecho por Él los sacrificios que yo? ¿Con quién puede descansar mejor que conmigo? En los días pró­ximos a su Pasión Jesús sabía que en casa de Lázaro, en Betania, hallaría siempre acogida benévola y cariñosa. Jesús sabe que en su misionero tiene un amigo íntimo, un compañero fiel, un apóstol incondicional del que puede decir como de los Apóstoles:

***5.*** *«Vos estis qui permansistis mecum iii tentationibus...»* ­A pocos como al misionero puede decir Jesús estas palabras. El misionero es el soldado de vanguardia, de la línea de fuego, el de la vida dura; el que ha de estar hecho a mal comer, a mal dormir y a mucho andar. El que rotura el campo de la siembra, el que siembra con dolor en malas tierras para que otros recojan buenas cosechas. El que está al lado de Jesús en las tentaciones de la fe, en medio de un pueblo pagano que no le quiere conoce y de un pueblo Cristiano neófito que no conoce todavía «el don de Dios». El que no se escandaliza ante la cruz de Jesús, «escándalo para los judíos y necedad para los gentiles».

***6.*** *Los parecidos* del misionero con Jesús se pueden multipli­car y ofrecen al misionero temas jugosos de meditación, ratos sa­brosos de silencios divinos ante el Sagrario.

Missus y misionero. Dejó Jesús el cielo, dejó el misionero su patria. «Fatigatus ex itinere.» Los cansancios de caminar son, antes que de nadie, cansancios del misionero, como lo fueron de Jesús. «Quam speciosi pedes evangelizantium pacem!»

«Circuibat Jesus omnes civitates et castella, docens...»[[71]](#footnote-71). Re­corre el misionero por caminos de apostolado, con fatigas misione­ras, pueblos y villas, aldeas y caseríos, predicando, bautizando, levantando a su paso una nube de admiración, de curiosidad, de sim­patía, de inquietud... que un día madurará en deseo y súplica: «Volumus Jesum videre.» También nosotros queremos ser cristianos.

«Ego sum Pastor bonus.» Y como Jesús es también su misionero, el buen Pastor que conoce a sus ovejas y las guía, apacienta y de­fiende y da por ellas la vida en el lento sinsabor de cada hora, en el doloroso desgaste de cada día... «Et pro eis sanctifico meipsum.» Y por ellas, las almas, el misionero se santifica, ora y reza... para obtener bendición en su empresa, sostén en sus fatigas y desmayos, luz, en su mensaje...

¿Quién podrá enumerar los rasgos de semejanza entre Jesús y el misionero si más que de rasgos hay que hablar de identidad?...

1. **LA ASCÉTICA MISIONERA:**

**CONCIENCIA MINISTERIAL**

Este título podría parecer inexacto, si con él quisiéramos decir que la Ascética y sus principios de perfección no son en misiones los mismos que en otras partes. Porque la Ascética misionera no puede ser otra que la Ascética de la Iglesia Católica, como lo es su doctrina.

Pero si los principios de la Ascética no cambian, pueden cambiar sus aplicaciones. En todo caso, es innegable que no todas las virtudes son a todos ni siempre igualmente importantes. En la geografía se distinguen zonas templadas, y tórridas, y cada zona tiene su vegetación propia, sus frutos característicos; también en la geografía espiritual o campo de apostolado. El año tiene cuatro estaciones, y cada una tiene sus exigencias climatológicas, sus influjos biológicos.

Lo mismo en el orden ascético. Cada género de vida tiene sus enfermedades endémicas, y el apóstol, según el clima ascético en que haya de vivir, ha de tomar precauciones que para otro, en otras circunstancias, no le son necesarias. En este sentido se puede hablar de Ascética misionera, como se habla de la Ascética seglar, monástica o religiosa.

Hablamos sencillamente de la Ascética Católica, pero tal como ha de ser vivida preferentemente por el misionero de infieles. Queremos definir qué temple de espíritu le es más propio, qué virtudes ha de ver el misionero más comprometidas y qué rasgos le han de ser más difíciles de defender y conservar; en una palabra, queremos subrayar las peculiares exigencias ascéticas de la vida del misionero de infieles. Por eso el número de capítulos va a ser aquí muy reducido, seguros de que a lo largo de la obra va a quedar precisamente definida la contextura ascética del misionero.

En efecto. Las condiciones de apostolado, el pueblo pagano con el que vive, la contextura peculiar y el marco de su vida misionera, el trato habitual con neófitos, la vida en país extraño, la soledad…, reclaman virtudes, aptitudes y cualidades en fin de las que tiene que venir especialmente apercibido. El ejercicio mismo de las virtudes no puede ser igual entre un pueblo que piensa en cristiano y un pueblo que tiende a juzgarlo todo con criterio natural. Un traje remendado y pobre que entre cristianos podrá hasta edificar, entre paganos te hará perder quizá el prestigio y la autoridad. Una caricia a un niño, que en tu tierra te la toman bien, te la pueden interpretar mal allí. Una respuesta un tanto brusca o ponderadamente seria que con cristianos de fe produce la diligencia, la enmienda apetecida, aquí producirá antipatía y hará que la gente se te aleje y que te coja miedo y que se vaya refunfuñando: ¡Qué mal genio tiene este Padre! ¡Este extranjero no sabe tratar a la gente!

Hablamos, pues, de las exigencias ascéticas de la vida misionera.

Y primeramente la vocación misionera debe influir en la sicología del misionero, como influye la función de la maternidad en la madre. Ante todo te debes sentir misionero.

*Conciencia ministerial.* - Eres misionero. Enviado. Enviado para todas las almas. Has contraído deuda con todas ellas. Todos los paganos tienen derecho sobre ti, su misionero. Enviado de Cristo, todos deben hallar siempre en ti acogida benévola. He ahí un pensamiento que te debe impresionar desde el momento mismo en que el representante de Dios, el Superior, te dice: «Los infieles le esperan.» Esa es tu misión. Somos funcionarios públicos de Dios. No nos pertenecemos. Del funcionario público se puede exigir servicialidad, atención, diligencia. Se acude a él como a quien tiene cargo de despachar nuestros asuntos, de atender nuestras demandas.

Este pensamiento gravitaba en el corazón del Apóstol y le hacía decir: «Graecis ac barbaris sapientibus et insipientibus debitor sum»[[72]](#footnote-72). Con griegos y extranjeros, con sabios e ignorantes, con todos tengo contraída una deuda. De todos soy deudor. Y una deuda hay que pagarla se quiera o no, cueste o no cueste, sin discutir. Lejos de ti, misionero, el menor asomo de repugnancia en saldar esa cuenta. Pero este sentimiento de deuda debe ser no más que lastre del que se echa mano en circunstancias nada ordinarias.

Deuda tienes ya, misionero, con el pueblo gentil; deuda con todo hombre que quiera ver la luz del Evangelio. La deuda de tu vocación. «Debitor sum!» Llevas sobre ti la representación oficial de la Iglesia, la legación de Cristo. «Pro Christo legatione fungimur.» Todos deben hallar en ti acogida benévola, comunicativa, delicada, humilde. Si no, defraudas la misión que se te ha encomendado.

Un misionero displicente, agrio, descontentadizo y exigente dará ocasión a que se le pueda decir: ¿Qué representante suyo nos ha enviado la Iglesia Católica? ¿Qué funcionario es este que no hace amable la causa que representa, que no tiene interés porque su causa gane?

*Conciencia de tu responsabilidad* ha de ser, pues, el primer rasgo y la primera nota que va a forjar tu contextura misionera.

La segunda, la *amabilidad*. Tal es el primer postulado de la ascética misionera. El presupuesto indispensable, inicial de todo misionero. Y eso con todos, con ricos y pobres, con altos y bajos, poque a todos quiero ganar. Mi actitud debe ser la del comerciante con su cliente. Al dependiente que se mostrase algo desabrido, frío, despreocupado con el cliente, se el amonesta o se le despide.

Cierto día se presentó en un comercio un joven solicitando empleo. Amo y solicitante sostienen este diálogo:

-¿Sabes escribir? ¿Tienes buen carácter de letra?

-Sí.

-¿Sabes cuentas?

-Sí.

-Pues entonces no te necesito.

Un amigo del comerciante, que presenciaba la escena, le replicó:

-Pero ¿cómo no lo admites si sabe todo lo que le has preguntado?

-Pues porque ha respondido sí a secas y no ha respondido: Sí, señor. Si ahora que viene solicitando empleo me trata a mí con tanta sequedad, ¿cómo crees que tratará a los parroquianos? Pues si no sabe tratar a los parroquianos con dulzura, ese dependiente, aunque sepa lo que sepa, no me conviene.

No lo olvidemos. Los misioneros llevamos una mercancía preciosa. Pero es preciso saber atraer y conquistar a los parroquianos. La segunda consigna de la ascética misionera es, pues, la *amabilidad*.

1. ABAJARSE. LA GRAN LECCION
DE LA ENCARNACION

La tercera vale más formularla con un paralelismo.

*El misterio de la Encarnación es el gran misterio misionero.* «Al ver Dios toda la planicie y redondez de la tierra llena de hombres en tanta diversidad de gentes y trajes... y que todos descendían al infierno se determina en la su et ernidad que la segunda Persona se haga hombre para salvar al género humano.» Así introduce San Ignacio el misterio de la Encarnación. Ante la degradación del mundo no es un nuevo diluvio de agua o de fuego el que va a enviar Dios; eso sería lo más natural, lo más fácil, lo más humano; pero no lo más divino. Es un diluvio de amor, de Redención. Con ser Dios Omnipotente no quiso con su palabra hacer un mundo mejor, sino con su presencia y abajamiento en la Encarnación. Lo dice el Credo.

*Descendit de coelis.* Y para obrar esta trasformación y Redención Dios se abaja, se humana, se llega hasta aquello que quiere elevar.

«Factus est Deus homo ut homo fieret Deus.» Salió de sí cuanto podía salir Dios de sí y se abajó. Y de este abajamiento de Dios, surgió un nuevo mundo de pureza, de santidad, de heroísmo, y en la orografía espiritual de este nuevo mundo surgieron cordilleras de ascetismo, y cumbres de santidad y de pureza, y el cielo de la Iglesia se pobló de estrellas y de constelaciones de Santos.

Salir de sí, abajarse hasta aquello que queremos elevar, no des­preciarlo, no dedignarnos de vivir entre ellos y como ellos. Esta es la gran lección de la Encarnación. Esto es más hermoso, más glorioso, más divino.

¿Qué misionero se atreve a comparar su distancia al pueblo gentil con la distancia de Dios a este mundo vil? ¡Qué ejemplo tan sublime el del Verbo humanado!

*Descendit de coelis.* Dios bajó del cielo; el hombre más encum­brado, por mucho que se abaje, se abaja desde la misma tierra. Abájate, pues, a ellos. Deja de engarzar lamentaciones sobre su ruindad moral, que si así no fuera no nos dijera Dios: «Id y pre­dicad, y bautizad...» Mirad que están como ovejas sin pastor. Abájate hasta ellos por la humildad y paciencia. Se abaja y se allega el misionero cuando los visita, cuando los habla, cuando traba amistad con ellos, cuando hasta come con ellos y como ellos; se abaja cuando con ellos pena y con ellos goza. Se abaja cuando oye con interés sus negocios, y oye con atención sus cuitas. Se abaja cuando para hacerlos bien, tiene que abandonar su gusto, su co­modidad. Se abaja cuando es compasivo con sus ruindades, com­pasivo con sus deficiencias, disimulador de sus falsías.

*Descendit.* No le toca al que va a ser elevado estar donde está el que le ha de levantar. Eso será después. A éste le toca abajarse hasta él. No queramos exigir que estén los paganos en un plano de elevación de miras, de pureza de costumbres, de nobleza, de dig­nidad cristianas a las que precisamente queremos y venimos a ele­varlos; eso vendrá después; a nosotros nos toca abajarnos antes hasta ellos, sin despreciar su condición, su paganismo, sus limi­taciones. El hombre sin Dios es puro barro. No nos hiera la vista de esas miserias.

Más hermoso, más divino es «haber visto» toda esa degrada­ción moral, todo ese sustrato múltiple de paganismo y luego de rodillas, ante el Crucifijo o ante el Sagrario, con lágrimas que no necesiten borrar propios pecados y deficiencias más culpables, y pueden emplearse todas en borrar los ajenos, con serenidad de espíritu y nobleza de alma, decir a Dios: «Oh Dios mío, Tú y yo, tu Omnipotencia y mi nada, vamos a redimir a este mundo paga­no. Temo y siento que vuestra acción tenga que encerrarse en mi pequeñez; pero espero lograr con Vos, hacer mejores a los que quieran serlo.» Esto es heroico. Tú también juzgabas heroica la vo­cación misionera. Pero soñabas erróneamente en heroicidades qui­méricas. Estas son las auténticas heroicidades del misionero.

 *Et incarnatus est. Y* tomó carne y se asemejó en todo a noso­tros, excepto el pecado. Esta es la lección de acomodación que nos da el Verbo Encarnado. Acomodarnos, hacernos chinos entre los chinos, indio entre los indios, japonés entre los japoneses, senegalés entre los senegaleses. Esto, al menos en deseo. Hasta dónde deba llegar esta acomodación en la práctica, es cosa que dictará después la prudencia y conveniencia. Lo que granjea autoridad ante los de cualquier pueblo, es esa naturalidad del Padre misionero, que se halla entre ellos como entre los suyos. El estar ellos convencidos de que no añoramos nuestra tierra y de que vivimos entre ellos como entre los nuestros. Que les pertenecemos y nos pertenecen; les queremos y nos quieren.

*De Spiritu Sancto.* Una tal encarnación no puede ser obra de la naturaleza, de la ligereza, del deseo de novedades...; sino de la gracia del Espíritu Santo; de una gracia que va realizando en el alma del misionero cada día esa encarnación, misterio de amor, obra del Espíritu Santo, y de la Reina de las Misiones, María.

*Ex Maria Virgine.* El Espíritu Santo obró la Encarnación sirvién­dose de la Virginidad de María. En el plan santísimo de Dios la virginidad de María era un requisito. Y en virtud de la pureza y virginidad del misionero católico, en virtud de su santidad es por la que le quiere Dios hacer padre de muchos pueblos. «Faciam te patrem multarum gentium.» Y por María realizará el misionero la conversión de los gentiles; para que del barro manchado de Adán nazcan hijos adoptivos de Dios, «ex Marie Virgine», por la acción invisible de María.

*Et Homo factus est.* No sólo se encarnó, sino que vivió como hombre; padeció como hombre; amó como hombre; lloró como hombre. No tomó la naturaleza humana sólo para salvar distancias dogmáticas y esenciales, que hacían imposible la obra de Redención en sus dos coordenadas de redención condigna y redención huma­na, sino que hecho hombre, apareció como tal y vivió como tal.

Tal es la labor misionera. No está en lamentaciones estériles, sino en obras fecundas: No en hundir, sino en dar la mano; no en tirar, sino en levantar, sostener; y eso siempre, siempre, a des­pecho de nuestros ilógicos ímpetus, de nuestros imprudentes arrebatos de celo no santo, a despecho de la pereza y de la incons­tancia y del desaliento; porque Dios ha querido ceñir su acción con las estrecheces de nuestra pequeñez y libre correspondencia del alma. Y eso es heroico. ¿Habías pensado en estas auténticas heroicidades de la vida misionera? Por eso la cuarta virtud especí­fica del misionero es:

1. LA MORTIFICACION DEL CARÁCTER

Todos los caracteres pueden ser buenos si se saben dirigir y aprovechar. Pero pasa lo que con ciertas medicinas; eficacísimas, pueden ser tan repugnantes y amargas que a veces provoquen náu­seas. ¿Qué hacer? En una cajita de celuloide, o de oblea, se tragan íntegras; así surtirán efecto y sin causar repugnancia. Lo mismo con ciertos caracteres. Los hay totalmente contraindicados para misiones. Los hay más o menos defectuosos. Todo defecto de ca­rácter es un poco de amargura para el prójimo. En este caso hay que encerrarles en su cajita de celuloide; protegerlo con una capa de azúcar; evitar que el contacto con los demás sea directo, esto es, a través de sus escabrosidades y amarguras. Hay que dominar su violencia y suspicacia, su envidia y egoísmo, su frialdad y dureza. Hay que mortificarlo.

A medida que el medio ambiente es menos nuestro, nuestro ca­rácter debe proceder con más miramiento y respeto a los demás, que no están obligados a secundar las naturales exigencias o las excentricidades de nuestro modo de ser.

En un mundo pagano donde la virtud cristiana no es el mo­tivo de conducta, sino que lo es la naturaleza con sus concupis­cencias y vicios, no se puede intentar comunicar la fe y dones sobrenaturales sin reprimir nuestro carácter; porque si lo dejamos en su natural espontaneidad estará expuesto a choques demasiado violentos y bruscos.

No son para misiones los caracteres violentos, iracundos y lle­nos de voluntad propia; los caracteres egocéntricos, soberbios, in­flexibles. O lo que es lo mismo, si en nuestro carácter dominan estas modalidades repulsivas deberemos acondicionarlo, so pena de inutilizarnos para la acción con las almas. Pero como lo violento no es durable, es preciso un aprendizaje muy temprano para que la mortificación desemboque pronto en modo de ser, garantía eficaz de lo durable. He aquí una de las exigencias más destacadas de la ascética misionera. Una de las heroicidades auténticas de la vida misionera. ¿Habías pensado en ella?

La vida del misionero ofrece un desgaste síquico nada común. Por eso no comprometas más el sistema nervioso, ya de suyo bas­tante comprometido, con largas vigilias y ayunos, etc. En cambio, guarda todas esas energías en limar y acondicionar tu carácter. En castigar el cuerpo cabe la voluntad propia. En mortificar el yo no. Todo lo que en nosotros repele, esteriliza nuestra acción en las almas. Un buen natural no se puede decir que sea virtud; pero, al menos, no es obstáculo a la acción proselitista en el prójimo.

¿Ardes en deseos de cruz y penitencia? Emplea, desde luego, ese celo en cercenar todo lo que te hace uraño, displicente, descortés, egoísta. Y si el espíritu de penitencia te lleva a añadir dolores y privaciones, no te prives de aquellas que sin buscarlas te salen al paso. El cumplimiento de nuestro deber nos exige un doble es­fuerzo; por ser trabajo y por ser trabajo social. El picapedrero sólo tiene que poner el esfuerzo físico de su trabajo. El comerciante tiene que añadir al trabajo físico el esfuerzo moral de ser amable con sus clientes y posibles parroquianos.

El misionero tiene que imponerse no sólo el trabajo de bautizar, de predicar, de buscar la oveja perdida, de catequizar; sino, ade­más, el esfuerzo de hacerse a todos y siempre amable. Tiene que aceptar no sólo el cansancio de sus pies y de sus brazos y de su garganta, sino el esfuerzo moral de hacerse comprensivo y pacien­te; de llevar con paz y buen temple las limitaciones físicas y mo­rales, voluntarias e involuntarias de todos.

Porque el mejor misionero no es precisamente el de mayor capacidad o el de mejor talento, o el que mejor comprende los negocios, sino aquel que sabe vivir en paz consigo y con los demás, y sacar de las personas, de las cosas y de los acontecimientos el mejor rendimiento para el fin que se pretende, a mayor gloria de Dios.

Aplicación inmediata de la mortificación interior es la quinta virtud específica de la vida misionera y que las resume a todas.

1. LA PACIENCIA

Ya el Kempis, que no hablaba a misioneros, dijo: «Señor, se­gún veo, la paciencia me es muy necesaria.» El misionero ha de decir que le es esencial. Es el marco en que la acción misionera se encierra. No suelen movernos los dichos de los demás hasta que los corrobora la propia experiencia. Pero es prudencia adelantarse a ella. Pues bien, todos los misioneros están contestes en afir­mar que la paciencia es virtud indispensable y característica en misiones. La paciencia es: bondad en juzgar los defectos ajenos, aguante en sufrirlos y resignación en pasar por ellos. Paciencia, si los acontecimientos no siguen el curso que nosotros queremos. Paciencia, si los demás no marchan a nuestro compás. Paciencia, porque por vivir en sociedad, vivimos en conjugación con las limi­taciones físicas y morales de todos, de los de dentro y de los de fuera. Paciencia si enfermo y si sano. Paciencia con Dios y con los hombres y contigo. Paciencia si eres súbdito y más todavía si eres Superior.

«Me voy convenciendo de que en este mundo el que no chochea por un lado chochea por otro.» Esto decía un Superior de una nu­merosa comunidad, como razón suprema de lo que le hacían sufrir chicos y grandes, malos y buenos, por distintos motivos y estilos. Y como la experiencia va demostrando, añade graciosamente el célebre Obispo de Palencia, D. Manuel González, que tiene tanta filosofía como verdad esta máxima del desengañado veterano, se me ocurre esta definición de Superior: «Un buen Superior es un sujeto o sujeta que procurando chochear lo menos posible, cuenta en paz con las chocheces de sus súbditos y las explota con la ayuda de la divina gracia para gloria de Dios y paciencia y purificación propia» (1). Ahora bien, todo misionero, si en realidad puede ser llamado súbdito de sus misionados, puede llamarse también Supe­rior, y como a tal le alcanza la casera receta del Obispo de Palencia.

Quizá como meta suprema de paciencia te habías señalado hasta ahora el llevar todo lo adverso con ánimo igual y en silencio. «No harás poco, dice el Kempis, si lo sufrieres callando.»

3

Pero en misiones eso no basta. Después de hacer uno derroche de paciencia, nuestro caudal debe quedar con reservas suficientes para sonreír de veras, para seguir hablando como si nada hubiera pasado, o nada estuviera pasando. ¿Vas viendo dónde están las heroicidades de la vida misionera?

Los extranjeros somos por temperamento, por educación y aun por cultura, sumamente impacientes. Traemos con nosotros el mal de la época, la prisa de la vida. Todos los elementos parece que están a nuestra disposición. Si queremos ir a tal parte tenemos dos o tres veces al día tren; si éste se nos hace de horario poco có­modo tenemos el auto de línea, el auto de servicio. El correo, el telegrama, el teléfono llegan a todas partes y quizás hasta para comunicarnos con el piso de abajo tenemos a nuestra disposición un teléfono automático. Es decir, que la vida se vive muy de prisa. Esa prisa la traemos también a misiones. Pero como no siempre ni el tren, ni el auto, ni el teléfono está a nuestro alcance, notamos que en nuestra marcha adquirida la vida nos da un frenazo. Por desagradable que esto nos resulte, las cosas son como son y es mucho más racional que nosotros nos acomodemos a ellas, mientras no podamos ir haciendo que, poco a poco, ellas se acomoden a no­sotros. Por eso la primera receta que hay que propinar al novel misionero es la calma y que se persuada, a poder ser de una vez para siempre, que hay muchos países en los que el tiempo no se cuenta. Los misioneros veteranos te previenen que si no entras por esta filosofía lo vas a pasar mal.

Si allí en tu tierra el tiempo lo contabas por horas, aquí se cuenta por días y adelante. Porque si te rebelas contra esta teoría y no quieres ajustar a ella tu conducta, te verás envuelto en una serie de imposibles, nacidos unos de las personas de quienes tienes que echar mano; otros de las instituciones de que tienes que ser­virte; no pocos de los mismos elementos físicos, viento, lluvia, que no están sometidos al hombre o que ejercen una tiranía de la que aún no nos hemos librado los misioneros.

Paciencia, porque el pueblo cristiano con el que vive es «pu­sillus grex», rebaño de pequeños en la fe, fe frágil que se rompe fácilmente; fe débil que muere y se extingue fácilmente; fe blanda que resiste poco peso de prueba sobre sí, sin que ceda y se hunda; fe primeriza que no tiene el gusto y sabor de lo maduro.

Paciencia para no cansarse ante la indiferencia y pasividad de los paganos; para no enfadarse ante las impertinencias del egoís­mo e interés, ni ante las pequeñas y frecuentes vengancillas o desquites de que te hacen víctima los unos y los otros.

Paciencia para saber condescender con las imperfecciones del prójimo a quien quiere ganar, persuadido de que aunque no tenga razón se conseguirá más a buenas que a malas. Paciencia para saber disimular sus faltas de delicadeza y no enfadarse en sus in­transigencias y egoísmos. Para ceder...

Paciencia en la obra del apostolado que no es sólo bautizar, sino forjar mentalidades cristianas, cosa que exige instrucción larga y sólida, fruto sazonado no de un día, sino de generaciones.

Paciencia que te conserve siempre sosegado y eufórico y domine el celo y no lo deje degenerar en soberbia e indignación y frene la ira para que no deshagas en un momento lo que se edificó en varios años.

Paciencia porque tratas con un pueblo pagano del que no se puede esperar lo que es fruto de la fe y de la humildad cristianas, y es obra de siglos. Por eso el cristiano, el humilde, ante una re­prensión confiesa su culpa y procura enmendarse; el pagano reac­ciona con ira y con venganza «pasiva» la más de las veces oculta. La reprensión en él generalmente rebota.

Las formas sociales no son, las más de las veces, más que sim­ples exterioridades «de buen parecer» o de mera amistad un tanto interesada que se emplean cuando no comprometen el propio inte­rés, ni la comodidad; de ahí que fallan ante un pequeño sacrificio; la gratitud pura es muy rara, allí como aquí.

 Aunque hay paganos que se precian mucho de la «Faz», pun­donor diríamos nosotros, sobre todo en China; pero todo queda dentro de un marco de conveniencia y de sujetivismo. No pone la faz en no pedir prestado y mucho menos en devolver lo prestado al tiempo convenido. No pone la faz en ser hombre de palabra, por eso dejará de cumplirla si le conviene. Si un criado o un profesor se te compromete a servirte por un año se marchará siempre que *se* le ofrezca una buena coyuntura, sin pensar que esto es innoble e injusto y es «perder la faz». Por eso, paciencia.

Las normas sociales marchan por raíles del poco más o menos, o del qué más da; o del no importa...

Y como el misionero no quiere las cosas al poco más o menos, sino bien; no como le parezca a su criado perezoso, sino como deben ser; y no despacio, sino pronto, y sabe que el tiempo y la oportunidad son factores a veces decisivos y siempre importantes, de ahí mil contrariedades todos los días y mil ocasiones todos los días de paciencia. El trato con tu servidumbre por ser de condición social más bien baja, constituye para ti una lima admirable, por­que es diaria.

No es posible domarlos como se dice, porque antes caerás rendido en la demanda. Son ellos muchos y tú eres solo; por eso es el misionero el que tiene que domar y echar frenos a sus prisas y poner sordina a su diapasón y transigir con esto y con esto, y llevar un caudal enorme de paciencia, y un heroísmo auténtico, aunque muy poco novelesco y aparatoso.

Otro enemigo de la paciencia es de tipo temperamental. Sin culpa moral por su parte, están incapacitados para la obra misio­nera. Su genio sumamente irritable, su carácter supersensible, pueden deshacer con una mano lo que edifican con la otra. En un pueblo ya cristiano y entre tus compatriotas estos defectos po­drán no tener influjo tan pernicioso. En pueblos paganos vienen a ser un vendaval que arrasa, un pedrisco que destruye, un incen­dio que devora. De temperamento pesimista y quejumbroso nada les satisface; exigentes, en todo encuentran peros; quisquillosos y estrechos de corazón, cualquiera cosa les desazona; pequeños, se ahogan en una palangana.

Merece la pena hacerte algunas aplicaciones más en las si­guientes:

 LETANIAS DE PACIENCIA

Cuando veas que uno y dos y diez cristianos invitados una y dos y diez veces te dan siempre buenas palabras de que vendrán a Misa, o a Ejercicios o a tal fiesta, y viene tal fiesta y los Ejercicios y el domingo y ellos no vienen, ten paciencia. Vuélveles a visitar si tienes tiempo la 11ma y la 100ma vez, como si fuese la primera, y adelante.

Cuando veas que tal cristiano o cristiana, «por lo del otro día» o sin saber «por lo de qué día», toma de ti sus pequeñas vengancillas y no te felicita ya en tu santo, ni hace que te feliciten otros a su cargo, ten paciencia, no le re­prendas, no te des por aludido; trátalo como si no hubiera pasado nada y mira a ver si «en lo del otro día» hay algo que razonablemente pudo molestarle y hazle saber que lo sientes o dale una pequeña satisfacción; y si no hubo nada, ten pa­ciencia, y ¡ adelante!

Cuando veas que la familia tal, cuyo padre parece honrado y buen cristiano, no hace vida de sus hijos o no te los envía a la escuela, después de haberle visitado tres y cuatro veces y prometido que lo haría, ten paciencia. Haz lo que puedas por ganarlos, reconvén a su padre con dul­zura y si no logras nada sigue teniendo paciencia y no rompas ni con el padre ni con los hijos, pues los perderías quizá para siempre.

Cuando veas que por un disgustillo que, sin tú darte cuenta de ello, se llevó la maestra, ya no te saluda y se cobra con pequeñas venganzas, y se muestra poco atenta, y halla dificultad para todo lo que te propones, ten paciencia; procura prevenir los disgustos, no le digas nada de lo pa­sado, como si tú nada supieras ni hubieras notado, y si tienes ocasión compensa lo pasado con alguna especial atención, y ¡adelante!

Cuando vayas a emprender un viaje, a visitar a los cristianos y la barca se retrase o no venga y pierdas la co­yuntura y combinación y tengas que perder un día y hacer noche en cualquier parte, o que los pocos kilómetros que te dijeron distaba la casa del enfermo se han convertido en 25 ó 30, lo suficiente para torcer tus planes, ten paciencia; toma las cosas como vienen o como el Señor las envía, y ¡adelante!

Cuando estés en una cristiandad y se pase el tiempo y los cristianos no lleguen tan pronto como tu horario que­rría, desprecia ese tiempo por Dios, ora tranquilamente y ten paciencia. Ya te dije que el tiempo no se cuenta. Tú traes la enfermedad de este siglo; la de tener prisa. Aquí no ha lle­gado todavía ese contagio.

Cuando vayas a una cristiandad y los chiquillos te rodeen y se pongan a «verte» sin que se te quiten de encima, ni cuando comes ni rezas, ni cuando querrías descansar, puestos a verlo todo, y a tocarlo todo aunque no te guste, ni hayas aún terminado el breviario, ten paciencia, sonríe, pon­te aunque sea a darles doctrina o enseñarles cantos, y ol­vídate de ti y de tus gustos; o ten prevenido al catequista para que los despida amablemente.

Cuando vayas a una cristiandad y el catequista y el criado vayan a comer fuera y tarden en volver más de la cuenta, sin que haya quien atienda a los niños que vienen, o a las personas mayores, ten paciencia; para otra vez pre­venlo y avísales en concreto esto y esto, así y así y por el momento aguántate, sonríe, la culpa fue un poco tuya, y ¡adelante!

Cuando veas, o se te antoje ver, que el catequista se porta fríamente y que es habitualmente desatento contigo; que no se interesa más que por su salario; que no secunda

tus deseos; que en todo lleva el agua a su molino; que no lo hallas en el cuarto cuando lo necesitas, mira a ver si estás de mal humor, y si hallas que sí, calla en paciencia y ora; reprime la ira, y espera. Un rayo de luz de Dios te hará ver que quizá no está toda la culpa en él; échate también un poco de culpa a ti, y ponte luego a corregir tu parte y a ser más amable, más humano con él y a prevenir lo gordo y dejar pasar lo flaco y espera a reconvenirle cuando no sien­tas pasión, cuando te venga a pedir un favor o le vayas a pagar el salario, y ¡adelante!

Cuando veas que después de un año y dos los niños de tu escuela no tienen piedad, rezan sin devoción, comulgan poco o porque sí, y no sienten la fe, piensa que esto no es obra de un año, ni de una generación ,sino de varias, ponte a examinar si no será porque tú mismo no les instruyes bien en piedad y doctrina, con amor, con diligencia, con constan­cia y entre tanto, ten paciencia; sigue predicando con más frecuencia, con más unción y tú cree más, ora más, sacrifícate más, y ¡ adelante!

Cuando veas que los que están a tu disposición no secundan tu idea, no tienen iniciativa, no son del todo de fiar, no tienen constancia, se muestran muy pasivos, están fuera, cuando más los necesitas, son perezosos, no hallan solución a nada, porque cualquier solución les cuesta, ten paciencia; no reprendas a nadie «in promptu» y «ex abrupto». Aguarda en paciencia y luego sin pasión, con cariño, amo­nesta, exhorta, enseña, orienta; y si esto no da resultado y puedes hallar otros que te satisfagan, despide a los primeros para el verano o Año Nuevo, y mientras tanto ten pa­ciencia.

Cuando veas que tu cocinero, o criado, o catequista o profesor empieza a sentirse el necesario en tu casa y a hacerse de rogar y el remolón y a cumplir de mala gana su oficio, ten paciencia; prepara pronto su sustituto, y cuando lo tengas, avísale que busque otra colocación para tal fecha; y mientras tanto, ten paciencia y aguanta la pequeñez de sus almas, aún no ennoblecidas con la dignidad de la fe cris­tiana.

Cuando el profesor diez y veinte veces no llegue a clase a tiempo y los alumnos estén solos y pierdan el tiempo, avísale después una vez más, y si no hay enmienda y tienes otro de quien echar mano, despídele, y si no, ten paciencia y procura mostrarte especialmente amable y tratar familiar­mente con él; dile que esperas esto y esto de él; que estás muy satisfecho pero que aún puede dar más de sí..., o deja caer tus quejas con suavidad a un tercero, pues le faltará tiempo para decírselo al interesado.

Cuando veas que, a pesar de la tibieza de unos y la mala voluntad de otros, no les puedes reprender sus faltas, porque su soberbia no aguanta una reprensión sin que se enfaden y se acaben de perder, ten paciencia; calla; déjalo para Ejercicios o para cuando tú estés sosegado y ellos mejor dispuestos y oigan la doctrina sin pensar que se dice por ellos, y ¡adelante!

Cuando sientas que todo te disgusta y quieres repren­derlo todo y reñir a éste y a éste, ten paciencia; domínate, calla; vete al Sagrario y hasta que no sientas que ha venido la paz a tu alma no hables. Un rayo de la divina gracia habrá cambiado tu corazón, y te habrá vuelto de triste y mal­humorado, tranquilo y alegre; y entonces ya tendrás más comprensión, más bondad en tus palabras, más sonrisas en tu cara y mejor humor en la vida.

Concluyamos con el Kempis: Señor, según veo la paciencia me es muy necesaria. Sí, y en misiones, por una serie de causas y concausas, la paciencia te es y en grandes dosis imprescindible.

\* \* \*

*Remedios.* Pero sería decir poco, si no apuntáramos las dificul­tades de orden sicológico que nos salen al paso.

La primordial es sencillamente un amor propio disimulado.

Pocas obras hay, en efecto, incluidas las que llamamos de la gloria de Dios, en las que no se nos mezcle la voluntad propia. Es preciso poner en lo que emprendemos interés y esfuerzo, pero eso no debe hacernos sensibles a los reveses que sufre nuestro inte­rés y amor propio, sino al que padece la gloria de Dios. El senti­miento por la gloria de Dios va lleno de paz, de estímulo a una vida más santa, más sacrificada, más humilde y bondadosa. El sentimiento que nace de amor propio engendra disgusto, impacien­cia, malhumor, despecho y quizá, quizá, pereza y decaimiento. El Kempis está certero y sicológico cuando dice: «En casa del sober­bio mucha comezón y despecho.» «In domo superbi zelus et indignatio frecuens.» Si queremos, pues, vivir en paciencia, vivamos en puro amor de Dios y de su gloria; no en hambre de nuestros éxitos, de nuestra voluntad, de nuestro nombre. Entre paciencia y humil­dad hay casi siempre perfecta equivalencia. Señalemos, pues, en la *humildad* un sexto rasgo que enmarque la fisonomía espiritual del misionero.

Humilde ha de ser el misionero para amar el posible descenso social de su personalidad. Humilde para llevar con paz la situa­ción poco airosa en que le ha de colocar frecuentemente la igno­rancia de la lengua. Humilde para aceptar puestos de poco o de ningún relieve en pueblos insignificantes. Humilde para sufrir las posibles frialdades o malquerencias por su condición de extranjero. Humilde para vivir entre quienes el carácter sacerdotal no goza del respeto y prestigio que en naciones cristianas. Humilde para vivir entre paganos que sólo aprecian los valores naturales y ante cuyos ojos un enfermero o albañil puede ser más apreciado que un sacerdote.

Otro enemigo de la paciencia es la falta de amor sincero a nuestro prójimo y en concreto para el misionero, a los neófitos y paganos. No llevemos la conversión del mundo infiel como una empresa laica. Si tenemos amor y cariño por las almas, las ama­remos tales como son y como las encontramos, esto es, necesitadas de la gracia, pobres, débiles, enfermas, y seremos comprensivos con sus deficiencias naturales y morales.

Nada tan comprensivo como el amor. El amor no advierte, o si advierte disimula los defectos, está pronto a echar todo a buena parte; se lo explica todo muy bien y con esta disposición no se sulfura, aguanta; no se impacienta, tolera. El amor es comprensivo. Si queremos ser pacientes, amemos. El amor, más que un séptimo rasgo, constituye el resorte, el alma del alma misionera.

1. LA CASTIDAD

Por desgracia, el misionero, por el mero hecho de venir a mi­siones, no deja de ser hombre. Consigo trae el cuerpo de pecado y no ha muerto aún la concupiscencia de la carne que posiblemente le someterá a una lucha molesta y pertinaz de la que se quejaba el mismo Apóstol San Pablo.

La castidad es gloria excelsa del sacerdocio católico, el más puro destello de su apostolado. Su belleza no deja de ser asequi­ble al pueblo pagano. Más aún, por creerla tan sublime, quizá ni la imaginan posible entre mortales. Pero reconocen su excelencia y la honran. El pueblo chino tiene dedicados no pocos arcos de honor al heroísmo de algunas doncellas que conservaron su virginidad o supieron, con una austera viudez, ser fieles a su primer esposo. La virginidad impresiona a las almas en China, en la India como en todas partes. La mujer china pone su mayor honra en guardar una conducta, al exterior al menos, irreprochablemente casta.

¿Hay en misiones especiales peligros para la castidad del misio­nero? He ahí una pregunta cuya respuesta formularemos no sin cierta perplejidad. Por un lado nos inclinaríamos a decir que sí; por otro lado tendríamos que contestar que no.

No, porque posiblemente la moralidad del pueblo pagano, en concreto del pueblo chino, a lo menos al exterior y hoy por hoy, está por encima de la de muchas naciones, incluyendo a naciones protestantes y aun quizás a naciones católicas.

No, porque la circunspección y recato de la mujer es cosa muy destacada en China y en Japón y en la India, y en el mundo mu­sulmán. La separación de sexos, en alguno de estos países, es casi general, si no es hoy día que, por un malsano influjo extranjero, se va perdiendo. Prescindimos también del pernicioso cambio social y ético que el comunismo está obrando en algunas de estas naciones o países. Casos hay con todo, en que por el concepto social pagano en que es tenida la mujer, ella misma se subvalora y se presta fácilmente a un uso licencioso. Su mismo sentimentalismo, su afectividad desbordada y pegajosa sin el freno de la fe, sin el santo temor de Dios, es plano inclinado a una entrega provocativa, si tu pureza no es tan recia, tan visible que aleje toda imprudencia. Misiones o regiones hay en las que un nudismo, no por pagano menos ofensivo del pudor, te obligarán a una mayor circunspección y defensa. La estima en unos, la indiferencia en otros y el respeto en todos hacia el misionero católico, son aislantes y defensas de innegable valor. La nota de extranjero es también en algunos casos un fuerte aislador que defiende más de estos ataques.

Sin embargo, se podrían presentar otros aspectos que inclinan a afirmar algún mayor peligro en misiones para la castidad del mi­sionero. Ante todo no desechamos esta amonestación doble que hace el P. Valuy: «El demonio, dice, hace poco caso de los infieles, de las almas vulgares y de una carne despreciable» (1). «Necesita, dice San Jerónimo, cristianos, sacerdotes, religiosos; su bocado más sabroso es la carne consagrada a Jesucristo» (2). Como nada hay tan pernicioso y apostólicamente infecundo como la impureza, no es extraño que el enemigo de Dios y de su Iglesia y del misionero procure atacarle en la pureza y hacerle caer. En todo caso, en misiones como fuera de ellas, es la impureza la puerta por la que más religiosos salen y más misioneros fallan. Ir a misiones sin afrontar esta realidad, sin percibir este peligro, sin llevar, cuanto cabe, ganada esta batalla, sería funestísimo. Si vas de joven a misiones el peligro se te presentará muy pronto y a la crisis de tu vocación misionera se podría añadir la crisis de la castidad, o ésta desembocar en aquélla. La ocasión podrán ser cosas que te parezcan muy inocuas. La misma catequesis, las visitas y el trato con las personas y familias de los niños te podrá ser, allí como aquí, ocasión o peligro que debes de antemano conocer y dominar. Debes también conocer tus fuerzas y llevar un propósito inquebrantable de sinceridad que te haga ser abierto con tus Superiores y Director Espiritual y dar paso atrás y dejar, o no tomar, aquello que, aun­que bueno, sientas que compromete tu vocación o tu pureza. Sin éstas, hay otras circunstancias en la vida del misionero que favo­recen o agravan el peligro que todos llevamos ya innato.

En nosotros hay que distinguir siempre, también en Misiones, dos hombres: El hombre espiritual y el hombre animal. Suprimid lo que mantiene y alimenta al hombre espiritual y éste desapa­recerá para no quedar sino el hombre animal, con todos sus bajos instintos y apetitos brutales» (3). He ahí por qué el misionero que descuidara la vida interior y vida de oración, al irse debilitando su espíritu, notaría que reverdecían en él las pasiones y pronto se vería enredado en sus miserias, rebeldías y procacidades, por el plano inclinado de ciertas ocasiones.

Primero la soledad y falta de testigos; una mayor libertad en la clausura; ciertas ocasiones, por razón del ministerio sacerdotal, comunes por lo demás a las de otras partes, como el confesonario; ciertas familiaridades con personas a las que, por lo mismo que la fe aproxima, hace más peligroso el trato nimio o condescendiente.

En todo caso, sería error perniciosísimo creer que el misionero está ya dispensado de tomar las precauciones tradicionales que le en­seña la ascética de todos los tiempos y países, y que el Directorio de Anking resume en estas bien pensadas palabras: «Firma pre­sidia huius angelicae virtutis erunt: observantia clausurae, ocu­lorum modestia, spiritualis gravitas in agendo cum feminis, regula socii» (4).

No son de ordinario tan peligrosas las ocasiones o tentaciones que vienen de fuera que no sean más temibles las que nos vie­nen de dentro. Esta suele ser la providencia del Señor. El carác­ter, aquí como en todas partes, agrava o debilita la fuerza de estas ocasiones. Un carácter jovial, comunicativo, atrayente, simpático, está siempre expuesto a mayores peligros en la castidad, en mi­siones como en todas partes, sobre todo si a esas notas se añade la ligereza y temerario trato.

Una castidad no firme en el misionero, conocida por los de fuera, bastaría para anular el fruto de su apostolado y dejarle sin prestigio ante cristianos y paganos. Si, víctima de ciertos crite­rios, tratara de contemporizar con cierto tono de vida desaprensivo y libre, pronto pagaría él el primero pernicioso tributo a un ene­migo que se acrece sobre todo con engaños y sobornos. Porque tam­poco por venir a misiones, puede pensar que el mundo dejará de influir en él y que no hallará seducción en los regalos que ofrece. El mundo pagano es también mundo; no en el sentido de que esté puesto en mayor malignidad que el mundo católico, sino en que tiene la misma fuerza de atracción. La seducción será la misma y, si cabe, más, porque en este campo la distancia somática no im­plica distancia sicológica y sexual.

Es verdad que relegado el misionero a puestos generalmente de no mucha población y sociedad, el mundo no presentará tanto lujo, elegancia y atractivo; pero el corazón tiene sus leyes y sabe acomodarse a las circunstancias y sacar el partido que puede y pegarse a lo que encuentra. Hasta en los tejados y en las hendi­duras de las peñas, allí donde hay algo de tierra, allí hay planta que brota. Nuestro corazón de barro necesita también poca tierra para echar sus raíces. El misionero tendrá que vigilar sobre su co­razón y sus sentimientos lo mismo o más que en su patria. «Aquae furtivae sunt meliores.» Y parece ley de la naturaleza que cuanto los cuerpos están más distantes se atraigan más las almas. Podría darse el caso de que por esta misma ley fisiológica o síquica, el misionero hallara en misiones más peligro para la castidad. Quiere, pues, decir que no debe dejar ninguna de las armas con que debe en todas partes hallarse pertrechado.

Por otra parte, las circunstancias de lugar y ocupación y cargo son tan variadas en misiones que recorren toda la gama de las posibilidades humanas y sociales.

***SEGUNDA PARTE***

***LA VIDA MISIONERA Y SUS SOMBRAS***

*«Y porque los mayores trabajos en que hasta ahora os habéis visto, son pequeños en comparación de los que os habéis de ver los que a Japón vinie­reis, os ruego y pido cuanto puedo, por amor y servicio de Dios Nuestro Señor, que os dispongáis para mucho, desha­ciendo mucho en vuestras propias afec­ciones, pues son impedimentos de tan­to bien; y mirad mucho por vosotros, Hermanos míos en Jesucristo.»*

*«Y creedme que los que a estas par­tes viniereis seréis bien probados para cuánto sois; por mucha diligencia que os deis en cobrar y adquirir muchas virtudes, haced cuenta que no os so­brarán.»*

*«Y sabed cierto que muchos géneros de tentaciones pasarán por vosotros, cuando andaréis solos o de dos en dos; puestos en muchas pruebas en tierras de infieles y en las tempestades del mar, las cuales no tuvisteis el tiempo que estabais en el Colegio.»*

*(Cartas de San Francisco Javier – 5-XI-1549)*

A fuer de sinceros, podremos parecer a veces un poco pesi­mistas o exagerados. Con todo, la sinceridad es el lenguaje que hoy sobre todo prefieren las almas. El novel misionero puede estar sometido a no pocas crisis que es preciso saber salvar y vencer, previniendo descalabros, apuntando escollos, orientando nobles impulsos. Por eso, no podemos disimular los peligros más auténticos de la vida misionera. Sin duda que no los hemos enumerado todos; quizás tampoco hemos acertado siempre en calibrarlos, cosa por otra parte casi imposible, ya que está en función de tantos elementos y valores subjetivos. Pero estamos seguros que para muchos podrá ser esta segunda parte una de las que más les aprovechen y más gratitud nos granjee. Si en algún caso las tintas van algo recargadas acháquese a la deficiencia de quien maneja el pincel.

1. PELIGROS DE LA VIDA MISIONERA EN GENERAL

*Introducción. —* ¿Pero es que hemos de hablar en todo de peli­gros? A muchos, es cierto, les desagrada este lenguaje. Dicen que empequeñece, que excita la imaginación, que favorece un tono de timidez y cortedad antisocial e inhumano. Y cosas así. Desde luego, no se puede hablar de peligro sin amor y sin humil­dad. Amor del tesoro que se posee, humildad del que reconoce la fragilidad a la que está confiado nuestro tesoro. «Habemus thesau­rum istum in vasis fictilibus» (1).

El lenguaje ascético nos habla mitad por mitad de estímulos y de precauciones. Si quitáramos de la ascética la literatura pruden­cial y temerosa, tendríamos que suprimir capítulos y capítulos, páginas y páginas, sentencias y sentencias de todos los libros espi­rituales o sagrados. Amor y temor son los dos pies para caminar. El primero nos hace ir de prisa; el segundo, mirar dónde ponemos los pasos, dice Santa Teresa. «Sobrii estote et vigilate», nos exhor­ta San Pedro; y «Qui existimat se stare videat ne cadat», nos amo­nesta San Pablo. «Satagite ut certam vestram vocationem et elec­tionem faciatis», nos vuelve a insistir San Pedro.

Y luego, la historia de todos los siglos, de todos los pueblos, de todos los Institutos, de todas las Misiones: «Quomodo obscura est aurum...» (2). «Voe, voe civitas illa magna quae amista era bysso et purpura et cocco et deaurata est auro et lapide pretioso et margaritis, quoniam una hora destitutae sunt tantae divitiae» (3). «Habeo adversum te quod caritatem tuam primam reliquisti» (4).

Por amor, pues, de la vocación y apostolado misioneros y con humildad y prudencia, hablemos de los peligros de la vida mi­sionera.

Los del cuerpo hay que confesar que, en tiempos normales, son poco frecuentes; los del alma, diarios. Hablemos de éstos.

\* \* \*

1. Hay un *primer peligro general* del que nos habla la Escritura cuando por el Profetas Oseas dice: «Sicut populus sic sacerdos» (5). Como el pueblo así su pastor, su sacerdote. Lo lógico sería decir que como el sacerdote será el pueblo a él encomendado, y así su­cede con frecuencia. La santidad del Cura de Ars hizo santo a su pueblo y a su diócesis. El celo y santidad del Arcipreste de Huelva hizo vergel lo que era erial, y de la santidad de un Beato de Avila, o de un Fray Diego de Cádiz, o de un P. Tarín, se alimenta aún hoy día la fe y la piedad de Andalucía. Ellos verificaron la sentencia de Jesucristo: «Vosotros sois la luz del mundo, vosotros sois la sal de la tierra.»

Pero el Señor que por San Pablo nos amonestó con el «ne cum aliis praedicaverim, ipse reprobus eficiar» (6), nos hace aquí por el Profeta Oseas esa nueva e impresionante amonestación: «Sicut po­pulus sic sacerdos.» Además, lo que el Apóstol daba allí como posi­ble, aquí el Profeta lo da como hecho. «Sicut populus sic sacerdos.» Como es el pueblo, así su sacerdote. Palabras verdaderamente tre­mendas, aunque no ignoramos que sean susceptibles de otra inter­pretación.

¿Habrá, pues, que concluir que un pueblo pagano hará pagano al misionero? No; pero sí que existe algún peligro, si no trata de inmunizarse vigorosamente. Misioneros experimentados no dudan en afirmar que la misma fe puede sufrir cierta crisis en países de misión. La vida cristiana y la vida pagana son dos fuerzas contra­rias; las dos tienen cierto poder de transformación: o vence la una o vence la otra. O tendemos constantemente por hacer a los demás como nosotros, o hay peligro de que ellos nos hagan algo, al menos, como son ellos. ¿No registra la historia misionera defecciones impresionantes y definitivamente aleccionadoras? ¿Es acaso tan raro el caso del joven misionero que pierde su vocación reli­giosa y antes desde luego su vocación misionera?

Un pueblo sin fe y sin vida de fe, puede hacer que la fe del mi­sionero se enfríe, se debilite. Un pueblo para quien los valores espirituales están de baja, puede hacer que el misionero poco a poco se materialice un poco. Un pueblo reacio a la acción de la gra­cia, que menosprecia la doctrina del misionero y no acepta los tesoros que en nombre de Dios le trae, puede a la larga, insensi­blemente, engendrar en la vida del misionero cierta desestima prác­tica de la vida sobrenatural y de la gracia. La depreciación en que se halla su mercancía puede hacer que aun él llegue prácticamente a no estimarla tanto. Y su Sagrario, solo y abandonado, puede hacer que también él, el misionero, venga a aumentar su soledad. Y las fiestas sin ceremonias, sin esplendor y sin relieve, pueden hallarle desapercibido y pasársele casi inadvertidas. Y con eso un languidecimiento general de la vida de fe y de piedad.

Y hasta podría resultar ese tipo de misioneros incomprensible aun para sí mismos; para quienes el celo de las almas ha perdido su fuerza y resorte, las fiestas religiosas su atractivo y encanto, la vida de oración su facilidad, el espíritu de fe y de piedad su es­plendor, la caridad y bondad su hermosura; y, en fin, el carácter sacerdotal su brillo y dignidad. «Sicut populus sic sacerdos.»

Mucho fuego tiene que traer el misionero para que entre los hielos polares no se extinga. Muy grabada tiene que estar su fiso­nomía sobrenatural para que no se desgaste y borre. Muchas reser­vas de espíritu sobrenatural tiene que haber acumulado para que entre tanto naturalismo y paganismo no se desvanezca. Mucha energía de voluntad necesita para que, sin testigos ni campana, sea fiel a los ejercicios espirituales. Mucho cristianismo para que entre paganos no se paganice un poco. «Sicut populus sic sacerdos.»

Y hasta podría ocurrir que se queje de que no halla qué hacer, de que los cristianos no vienen, de que los propios no responden, de que los niños no acuden y aún así no halle tiempo para un rato más de oración, ni para la Hora Santa que hacía cuando joven.

Esto acusaría ya una tibieza, un descenso de la vida espiritual y un lamentable síntoma de que «sicut populus sic sacerdos» ; de que un pueblo puede paganizar en su tanto el alma del misionero.

\* \* \*

2. *Peligros peculiares de la vida de distrito. La soledad. —* El misionero vivirá habitualmente solo; para muchos esto es uno de los sacrificios de la vida misionera. Comunicativos por carácter y aun podríamos decir que por vocación, añoran la vida de comu­nidad y no sin pena tienen que renunciar a ella y a las pequeñas comodidades que ella ofrece.

Sin embargo, no incluimos la soledad entre las cruces, sino en­tre los peligros de la vida misionera. Alguno se podría extrañar de ello. La razón es que la soledad no es, salvo raras excepciones, una cruz. Primero, porque, salvo misiones muy especiales, como la de Alaska, el misionero ni está ni vive solo. Tiene sus catequistas y profesores; tiene su servidumbre, de la que está todo el día acompañado ; y tiene, con frecuencia, una ocupación, a veces excesiva, y mil pequeños y diversos asuntos que no le dejan ni pensar en que vive solo. Los días se le pasan sin sentirlo y, en fin, la soledad no le muerde.

Otra soledad más sutil puede pasar el misionero; es la soledad acompañada, la soledad moral, posible aun conviviendo con algunos de sus hermanos misioneros. Pero esta soledad, verdadera cruz del corazón, no es ni peculiar de misiones ni exclusiva, sino inhe­rente más bien a la vida religiosa. Por eso catalogamos la soledad no entre las cruces, sino preferentemente entre los peligros de la vida misionera.

El corazón humano sabe hacer nido en todo y el amor propio de todo sabe sacar alguna ventaja. Por eso, no es raro el caso que, abrazado el misionero con ese sacrificio de la vida solitaria y solo ya en su distrito, vaya insensiblemente el amor propio sacando, como se dice, raja y partido, y se sepa buenamente acomodar; y quizá ocurra que a los pocos meses de distrito, ya llegue a sentir gusto, algo malsano, por aquella soledad que, aunque le exigió al principio sus sacrificios, ahora le ofrece como compensación una

mayor libertad y ciertas pequeñas ventajas de que carecería en la vida de comunidad. Insensiblemente vendrá a hacerse algo voluntarioso y gozoso con tener gentes a su entero mandar y poder decir como el Centurión: «Hombre soy sujeto a otros, pero los tengo también sujetos a mí; y digo a éste, ve y viene; y al otro, ve y va; y al de más allá, haz esto y lo hace.» Encariñados con la vida independiente del distrito, aficionados a ser allí amos y seño­res, ya la vida de comunidad apenas si la aguantan, porque han de vivir al mandar de otros y al toque de una campana que no tocan ellos y de un reloj que no se adelanta ni se retrasa a volun­tad propia. Rechazan toda compañía, porque no admiten testigos que coarten su libertad, sus gustos, quizá, quizá sus debilidades. Por eso un buen síntoma de que no se le ha pegado este polvo, es cierta atracción por la Casa Central y gusto de vivir en ella, por lo menos en épocas determinadas, como Ejercicios, vacacio­nes, etc.

Otro peligro de la soledad es la falta de compañero con quien consultar y, sobre todo, con quien confesarse. Al calibrar los peli­gros e inconvenientes de la vida misionera, no dudaríamos en co­locar éste entre los primeros Esta dificultad persiste, y quizás se aumenta, aun cuando tenga compañero, ya que por la naturaleza misma de este sacramento se exige generalmente una máxima li­bertad para acudir a quien se quiera. Bien es verdad que esta falta de libertad no es exclusiva de misiones; pero es, al menos, espe­cifica, y mucho más frecuente. No hay para qué apuntar aquí las consecuencias que de ello pueden resultar. Es verdad que la Moral tiene solución para todo; pero ni son siempre tranquilizadoras sus soluciones y, sobre todo, son soluciones forzosas que, si exoneran la conciencia, no siempre la defienden de otras consecuencias.

3. Descuido en los ejercicios de piedad y en algunas normas de la disciplina religiosa. —La vida es una marea que continuamente invade las costas de nuestra vida. En misiones, por lo general, son mareas vivas. La vida de comunidad ofrece un fuerte acantilado. Pero al misionero que vive solo en su distrito, no le queda ya otro que el interior de una voluntad tenaz y férrea que sabe, a sus horas, interrumpir negocios o cerrar la puerta a los asuntillos del día, para darse a la oración, al examen o al rezo que el horario de una vida metódica y disciplinada le exige. El Directorio y las costum­bres de la misión, le dictan que se fije un mínimo de distribución que ha de guardar, y que ha de procurar que los demás conozcan y respeten. Aun así, el misionero solo, sin testigos ni ejemplos, traído y llevado por la marea de la vida, tendrá que armarse de toda su energía y personalidad para no acortar la oración y exá­menes o para no venir a omitirlos del todo, o hacerlos de cualquier modo, que es casi otro modo de no hacerlos.

Se comprende por qué en los informes que pide la Compañía de Jesús sobre el que ha de ser enviado a misiones menciona expresa­mente este punto: «Estne orationis et regularis disciplinae tam amans ut etiam sibi permissus, pietatis exercitia diligenter sit obiturus et Regulas fldeliter servaturus?» Conoce muy bien la Com­pañía los peligros a que está expuesta en misiones esta fiel obser­vancia. Sabe, además, que temporalmente se puede vencer la difi­cultad, pero es poco menos que heroico sostenerla a la larga.

Un vivo amor de Dios que le lleve a ser fiel a esos tiempos «de Dios», un santo temor de Dios, fondo insustituible de la vocación misionera y una firmeza de voluntad para no ceder a los princi­pios, como quien se halla ante un axioma de la vida espiritual o una disyuntiva decisiva, podrá serle garantía para salir victorioso en este primero y peligroso escollo de la vida misionera.

4. Peligro de la vida de distrito: Ciertas libertades pecamino­sas o totalmente ajenas a la perfección. — No suele ser absoluta la soledad del misionero; y esto depende mucho de la configuración o estructura de los puestos de misión. En China, por ejemplo, el misionero dispone por lo general de catequistas, profesores, cria­dos que pueden ser testigos de su vida y santidad, ya que conviven con él dentro de una misma cerca. Sin embargo, las ocasiones en que el misionero se halla del todo solo no son raras. Países de mi­sión hay en que habitualmente el misionero vive solo. Desde arre­glarse el cuarto, hasta cocinar y lavar los platos, todo se lo tiene que hacer él.

Aunque para el fervoroso podría parecer que esto no trae consigo peligro mayor, le expone, al menos, a embites que poco a poco debilitan y enervan, y que podrían serle puerta franca para algunas libertades pecaminosas, y para robustecer la fuerza de ciertos peligros o tentaciones. La ocasión es por definición plano inclinado y paso resbaladizo por el que cae el que estaba en pie y se entibia el que estaba fervoroso. El pensamiento de la presencia de Dios le podrá ser eficacísima defensa. Si fomenta una honda im­presión de su dignidad y pone su intransigencia en defender una Clausura ascética y religiosa, más que jurídica, podrá vencer este peligro cuya mayor fuerza está en lo insinuante de su forma. No querer ser rígido en este punto, es iniciar un camino sumamente peligroso. Ha de tener también presente el dicho del Apóstol: «Spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus.» Hay mil ojos invisibles que observan y nos observan dispuestos a echar siempre todo a mala parte y deseosos de tener donde agarrarse para mancillar la fama del sacerdote católico, del religioso misionero. Idén­tico peligro podrá venir por convivencias más o menos forzosas, aunque nunca justificadas, con personas de otro sexo. Los Superiores han de sentir gravada su conciencia para dar a la vida del Misionero un ambiente y una demarcación que haga posible y humano el más puro tenor de vida y una decorosa soledad y clausura.

\* \* \*

 5. *Empequeñecerse. —El* misionero, el de distrito sobre todo, actúa muchas veces sobre un mundo pequeño. Pequeño el número de cristianos; pequeño el de paganos que dan su nombre para ins­truirse; pequeño el de los que acuden a la Misa del domingo y oyen su sermón, o forman fila ante su confesonario.

 Sus cristianos, además de pocos, son en su mayoría neófitos. La vida cristiana no puede tener entre ellos mucha exuberancia. En su hoja de ministerios no figurarán quizá nunca Congresos, Procesiones, Asambleas, Peregrinaciones, Juntas de Acción Cató­lica, etc. O si figura algo de eso, todo será en un estado embriona­rio. Entre sus cristianos, como entre los de San Pablo, no hay mu­chos letrados, ni aristócratas, ni magnates, ni doctores. Si recibe visitas, las más serán de muy poca trascendencia, cuando no im­pertinentes y enojosas. Y más de una vez notará con pena que su vida parece la enésima edición de *Pequeñeces.* Y es verdad; por­que su cristiandad es lo que son sus cristianos y de éstos tiene que decir lo que decía San Pedro: «Quasi modo geniti infantes.» Además el misionero tiene que venir a ser, las más de las veces, amo de casa. El alza del precio de la leña o de la carne o de la harina o la falta de pesca, o de carne, etc., le crea pequeños pro­blemas llenos de prosaísmo que pueden empequeñecerle terriblemente.

Este pequeño mundo, de horizonte tan reducido, asuntos tan in­sulsos y negocios tan prosaicos, pueden dejar su sedimento de pe­queñeces en ese misionero a quien nos le pintaban cual otro Javier, el pecho respirando llamas, el crucifijo en la mano y toda su actitud dominadora y anhelante, en expresión de divina im­paciencia.

El hombre no da de sí lo que de él no se espera. Por eso una vida prosaica, ruin y pobre podría llegar a empobrecer el ánimo y empequeñecerlo, y mellar los filos de su celo y los arrestos de una vida emprendedora y heroica, para convertirla en una vida pro­saica y sin relieve. Es entonces cuando incluso pueden aparecer en él ciertas debilidades, concesiones, laxitudes de ninguna per­fección y usos aseglerados que nunca hubiera imaginado. Porque nada tan antihigiénico al espíritu como ese estado de depresión moral al que es propensa, lo decimos de nuevo, la vida heroica del misionero. ¿No será porque no se pensó que uno de los constituti­vos de ese heroísmo era un prosaísmo consciente, aceptado y ven­cido?

\* \* \*

*Remedios.-l.* El joven misionero debe ir prevenido, inmuni­zado si fuera posible, contra ese espíritu apocado, que dista mucho de parecerse a la infancia espiritual que nos enseñó la amable pa­trona de las Misiones, Santa Teresita. Piense que es capitán que defiende una posición difícil; que sostiene el frente en campo ene­migo y que su sola presencia es ya una victoria y que su empresa es la misma que la de toda la Iglesia y de todo el ejército misionero.

2. Si su posición, al parecer, no avanza, consuélese con que al frente avanza en otro sector, y con que el avance de otros es también victoria suya. Por lo demás, si es ingenioso y activo, si estu­dia, si ora, si lee y si lleva a pulso su cristiandad, notará una bien victoria suya. Por lo demás, si es ingenioso y activo, si estu­dia, si ora, si lee y si lleva a pulso su cristiandad, notará una cierta euforia y se sentirá llenando uno de los puestos más difíciles en las avanzadas del ejército de Cristo. Y los pensamientos deprimentes se le quedarán muy atrás, ya que en todo caso su empequeñecimiento no es más que el «exhinanivit semetipsum» con que cin­celó y definió la vida del Verbo Humanado San Pablo.

 Presente el mundo sus héroes, condecórelos con sus laureadas, ponga sobre su pecho la cruz del mérito; que lo que en ellos fue un acto aislado, es en el misionero toda su vida; por eso al venir a misiones le condecoraron con la cruz y le colgaron del cuello el crucifijo, el crucifijo de misionero. Ahora comprende toda la fuerza de aquella entrega.

3. Pero este empequeñecimiento tiene otros remedios que es preciso conocer y aplicar. Ante todo hemos de distinguir entre lo que es primordial y lo que es accesorio y no gastemos demasiada pólvora en salvas. Un señor Obispo encontró a un misionero que se angus­tiaba por cosas pequeñas. «Tenemos tres bienes a que atender, le dijo: l) las almas de los cristianos e infieles; 2) la paz de nuestra alma, y 3) los bienes materiales de la Iglesia.» Algunos invierten los términos y por unas calabazas de su huerta son capaces de indisponer contra sí toda la cristiandad... Es preferible perder un poco de dinero, a perder la dignidad y prestigio. En esto, como en todo, mejor es prevenir que curar. Y si hay algo en nuestra casa o huerta que es ocasión de que los cristianos o paganos abusen y te hagan perder la paz, es preferible suprimirlo o cortar por otros medios la ocasión... Porque venir a misiones con tantos sacrificios y por fin tan noble, para que después se ponga todo el interés en guardar unas uvas o unos melocotones... es una triste aberración. Tu oficio es mucho más alto. «In omnibus respice finem». No tratamos de ganar rentas, sino voluntades y almas.

4. Otra aplicación de esta doctrina la ha de hacer el misionero con su servidumbre. No siempre ésta es lo que él querría. No falta a veces algo de rapacidad, engaño y mala conciencia en los que le sirven y viven con él. Para algunos es una verdadera pesadilla.

Su vida en continuo vaivén, no se actúa sino a base de desconfian­zas. El catequista lo engaña en las compras, el cocinero le sisa, el criado se ha llevado arroz; le falta esto y esto. Pongamos las cosas en su punto. Todo ello será siempre posible; por eso, antes de admitirlos, has de conocer a la gente que admites. Quizá, quizá, sea probable; aun entonces más vale prevenir, evitar los grandes fraudes y desfalcos, que no es difícil; y en los pequeños no apurarse demasiado, persuadido de que más vale la paz del alma que todo ese mundo de pequeñeces.

5. También fueron dichas para ti y, en casos como este, aque­llas palabras de Cristo Nuestro Señor: «Quid prodest homini si mundum universum lucretur animae vero suae detrimentum pa­tiatur? Quid prodest!» ¿Qué te aprovecha si por descubrir la mala voluntad en los otros, te entristeces y sufres y pierdes la paz del alma y la paciencia y mansedumbre? Más vale hacer la vista gorda y haberse como los ángeles de la guarda y no darse por entendida. Aun los del mundo saben que en la injuria, si no se ha de vengar es lo mejor no darse por aludido.

«Quid prodest?» ¿Qué te aprovecha si por lograr que no te de­fraude el cocinero o el criado o el catequista, te haces suspicaz y no hallas reposo y tomas mil precauciones un poco ridículas y no descansas? Más vale la paz que esos pequeños fraudes. Si por di­nero compramos el bienestar, demos ese poco de dinero por la paz interior.

¿Qué te aprovecha que la distribución ande muy ajustada o la servidumbre como un huso y la puntualidad exactísima, si para exigirlo tienes que malhumorarte y reprender todos los días y crear­te mil antipatías? Más vale que te tengan por Padre que no por gruñón. Ve el modo de ir al fin «fortiter» y «suaviter». Fuerte en el tesón, suave en el modo. «Nonne anima plus est quam esca?»[[73]](#footnote-73).

¿Qué te aprovecha tener fama de listo y avispado, si con eso la tienes también de desconfiado, tacaño y neurasténico? «Unum porro est necessarium.»

Más vale estar alegre, aunque se te defraude algo, que triste y que no te falte un céntimo. La alegría y buen humor con nada se paga y pues es tan estimable, bien está nos cueste eso que perdemos.

Prevén prudentemente los grandes fraudes y mayores abusos y pasa confiado y tranquilo por los pequeños engaños.

Ponte a esperar, si de atenciones se trata, mucho menos de que se te lo debe y carga ese déficit a tu favor, como pago que haces a Dios por tus muchos deméritos. «Et dimitte nobis debita nostra».

Desea sufrir por Dios más de lo que sufres para que todo te parezca poco.

Y luego persuádete prácticamente que lo que no consigas por amor no 1o conseguirás por represión y dureza, porque «más mos­cas se cazan con una gota de miel que con un litro de vinagre».

Y al menos habrás conseguido conservar la alegría y paz del laltium porro est necessarium; corpus plus est quam vestimentum.» Tu paz, tu prestigio, tu dignidad vale más que todo eso. No te empequeñezcas, que no es eso la infancia espiritual.

1. **¿EL CELO DE LAS ALMAS AMORTIGUADO?
CUATRO EXPLICACIONES**

Parecerá extraño apuntar, siquiera como posible, crisis en lo que para tantos misioneros ha sido el primer arranque de su vocación, el celo. ¡Cuántos misioneros se han dejado enternecer en *sus* años juveniles con aquellas emotivas estrofas:

*¿No escucháis el triste acento que enternece nuestro co­razón?*

*Son millones de almas de la China y del Japón. Almas ¡ay! de Cristo amadas, con su sangre redimidas,*

*A Luzbel rendidas, sin Religión, sin Dios.*

*¿Quién no siente el celo dentro del alma bullir con santo ardor?*

*¿Quién volar no anhela en busca de almas que rindan culto a Dios?*

*¡Cuántas pobres almas viven sin su Dios!*

*¡Cuántas almas mueren sin fe y religión!*

*¡Pronto estoy, llámame, Señor!*

*Si he de sufrir, por mí sufristeis más. Si he de morir, feliz muerte será.*

¿Pues estos sueños se han de acabar cuando llegue la realidad? ¿A quién no le estimulará más bien el contacto real con el mundo pagano para compadecerlo y amarlo, amarlo y sacrificarse por él y salvarlo?

Pero seamos comprensivos. En los años de la juventud, en losdías de las grandes oblaciones del alma, el alma no sentía ningún tormento en el corazón, ni ningún dolor en el cuerpo. Cuando ya misionero le sienta, y éste venga precisamente de las almas a quie­nes quiere salvar, instintivamente, por el instinto con que recha­zamos toda agresión, se pondrá en guardia, querrá rechazarlo, y protestará su corazón ante el sacrificio y su cuerpo ante el dolor.

Las almas no las encuentra como las soñó, espíritus inmortales; sino almas encarnadas en una fisonomía quizás repugnante, en su ser rudo, grosero e inculto; o almas de una sicología hostil y desdeñosa; y ante estas perspectivas que hieren a los sentidos y al corazón, la naturaleza reacciona y el corazón se desorienta y el celo se paraliza y los ímpetus soñadores decaen y los anhelos se amortiguan y el celo se enfría, hasta poder venir a darse un misionero sin resortes en su acción, sin emoción en su apostolado. ¿Qué ha pasado a ese entusiasmo primerizo? Lo que a la harina levadura: que no ha fermentado. ¿Cuál es la levadura del celo? sacrificio. ¿Cómo fermenta y sazona el celo? En el sacrificio. Cuando se le ocupa en curar llagas repugnantes y dar la comida los pobres y en enseñar a decrépitos casi lelos. El celo que ha hecho provisión de esta levadura, que ha pasado por tales pruebas, se ha robustecido a base de abnegación, ese celo ofrece garantías de no volverse insípido, de no quebrar en misiones.

Cuando se han sabido quebrar todas las falsías de la caridad, ir ha puesto en llenar de atenciones a los que nos son antipáti­cos y en hablar con los que no nos agradan, y en secundar, en lo ni va ni viene, el parecer de los demás renunciando al propio… Cuando se sabe pasar el día y el mes sin acordarse de sí y pensando en cómo dar gusto a los demás; cuando nada hay, sino propios pecados, que arranque de sus labios una queja... Cuando, en fin, ese celo lo ha dirigido primero a mortificar lo anuloso de su carácter, lo impetuoso de sus gustos; y cuando a todo esto se añade una fidelidad invicta a la oración, de la que ha de sacar sostén y aliento y eficiencia al celo; entonces ese celo será sincero, ese celo se acrecentará en misiones como un fuego ante un bosque.

*FRIALDAD MISIONERA. - Primera explicación. —* San Agustín, con sentido muy humano de lo divino, prevenía a su catequizador «Deogracias» contra cierta desgana que podría sentir de tanto repetir cosas para él requetesabidas. El misionero en su obra catequizadora puede sentir, a veces, ese mismo disgusto o, por lo menos, falta de gusto. De las cosas buenas se dice que «bis repetita pla­cent .. Dos veces está bien, pero si se repiten hasta la saciedad llegan sencillamente a causar un poco de desabrimiento. Este hastío es algo humano y en sí nada tiene de reprensible, si el misionero sabe vencerle. Una cuidadosa preparación le dará además modo fácil de decir lo mismo pero de manera variada y amena; la atención de los oyentes le inspirará y engendrará ese círculo de ir fluencia mutua que tanto beneficia al predicador y a los que oyen.

*Segunda explicación*. — Todas las ciencias tienen sus preámbulos, sus principios, a veces lo más abstruso y difícil de esa ciencia; otras, lo más fácil y tales que, conocidos una vez, no hay para que insistir más en ellos; sentiríamos la repugnancia de quien sólo explicara los rudimentos de solfeo sin llegar nunca a disfrutar de la belleza de una sinfonía; o de quien diera las primeras lecciones de dibujo o pintura sin llegar a la realización de un sublime cuadro o de un bellísimo panorama. Pues algo así le pasa al misionero. Lo que en países católicos apenas se tiene que tocar incidentalmente, porque son los primeros rudimentos de la doctrina y de la fe y que el niño mama con la leche, tienen que ser, en misiones, el tema más socorrido y habitual, sin que de ordinario le sea dado explayarse por los dilatados campos de la ascética o por los horizontes infinitos de la mística o por los amenos prados de la literatura hagiográfica. Sencillamente, porque no hay sujeto. Y además, porque tiene que hablar en una lengua rebelde quizás e inflexible a las múltiples modalidades de su rico pensamiento. El misionero tiene que renunciar en su predicación a eso que llamamos la médula de la fe y de vida espiritual, y contentarse con cuatro cositas «de communi» con muchos rudimentos. Esto podría causar un poco de hastío, algo de lo que venimos llamando «frialdad misionera».

Por otra parte, ¿qué oyentes han de componer habitualmente su auditorio? Pocos en número y de deficiente formación cristiana y aun social, con los que no es fácil entusiasmarse.

*Tercera explicación.* — Las Misiones y el misionero están también sometidos a ese efecto de depreciación que produce todo lo que abunda. En tierras de mucha agua corre sin que se aprecie y se utilice; en tierras de pan llevar se prodiga la harina y hasta el más pobre se permite comer pan blanquísimo.

¡Almas! Buscándolas viene el misionero y las encuentra por todas partes. ¡Tan cerca de él y, sin embargo tan lejos! ¡Hay tantas barreras que las distancian! Su inasequibilidad produce en su ánimo misionero cierta inapetencia... ¡Están verdes! Y el mision­ero se hace a pasar ante ellas y a tratarlas con la indiferencia que produce lo que se encuentra a cada esquina. Y, además, con la desilusión que da ver ¡qué inasequibles!

*Cuarta explicación*. — Es la misma frialdad pagana. El trato continuo con un cuerpo resistente acaba por embotar los bríos de nuestro empuje; y el frío intenso de fuera acaba por cubrir de ceniza una vivísima ascua. Una vez más hemos de confesar que el misionero que no soplara cada día esta capa de ceniza con una intensa vida de oración; el misionero que no se calentara todos os días en el fuego de una meditación jugosa y concentrada, no podría mantener el fuego auténtico del celo y acabaría por enfriarse.

La obra de roturación evangélica es muy dura. A la larga los filos más delgados se embotan y el impulso que el misionero traía le buscar y salvar almas, pierde su fuerza de expansión y corre peligro de que venga a contentarse con un buen pasar y con un no querer complicar demasiado la vida. Quizá llegue a decirse a sí mismo consciente o inconscientemente: «No ha llegado todavía la hora de Dios. Esperemos a que ésta suene en el reloj de la Pro­videncia y entonces sí que se nos cansará el brazo de bautizar. Yo ya tengo mi denario seguro; si esos pobrecitos no lo quieren, allá ellos. El don de la fe es preciosísimo y gratuito y el Señor lo da quien quiere.» Y he ahí al misionero, legado de Cristo, sin celo, mano sobre mano, sin impulso conquistador ; gozando de una paz que probablemente, seguramente no es la paz que el Señor dio a sus Apóstoles, cuando les dijo: «Pacem meam do vobis.»

Saludó el Señor a las piadosas mujeres: «Mi paz os doy» ; pero añadió: «Id y decid a Pedro...» Dijo el Señor a sus discípulos: «Mi paz os doy» ; pero añadió: «A quienes perdonareis sus pecados les serán perdonados...»

Hay que ir y anunciar; hay que trabajar y tener paz, pero en el trabajo, en el apostolado, en la acción. De lo contrario, ¿no po­dría el Señor, decir a los tales: «Quid statis hic tota die otiosi?» ¿Qué haces ahí, misionero mío, inactivo, guardando la casa o las gallinas o las cabras y no «las ovejas» que te he confiado? ¿Podrá replicar el misionero?: «Quia nemo nos conduxit?» Nadie nos ha contratado, cuando ya Cristo nos ha dicho: «Ite in vineam meam?» ¿O es que no puede de verdad hacer nada? ¿No hay ningún grupito de niños a quienes enseñar algo de doctrina? ¿No hay ningún criado de casa a quien instruir? ¿No hay ninguno a quien invitar e instruir en tu cuarto? ¿No hay cristianos a quienes visitar, cate­cúmenos a quienes invitar, ejercicios que dar, libros de cristianos que revisar, planes que formar? ¿No hay nadie con quien trabar amistad, a quien dar un folleto de lectura? ¿No puedes preparar mejor la homilía del domingo y la doctrina de los niños, que será el mejor medio de que quieran venir los que no vienen y tengan gusto en seguir viniendo los que vienen?

Por muy difíciles que sean las circunstancias, no hay misionero que no tenga que hacer, y mucho, a no ser que la enfermedad le paralice o la prisión le encierre; y aun entonces habrá que decirle: «Si no puedes ser misionero con tu acción, con tu palabra, con tu pluma, sélo con tu bondad, con tu sonrisa; sélo al menos con tu oración. ¿O es que vas a olvidar, cuando más lo necesitas, todo lo que tú sabes del APOSTOLADO DE LA ORACIÓN?

\* \* \*

1. **LAS CRUCES DEL MISIONERO**

Al partir a misiones te imponen el crucifijo de misionero. Es todo un símbolo. Pero fíjate. No es entonces cuando te imponen una cruz, sino cuando te añaden una más a la que ya traías. Y esta que trae el misionero es él mismo, su cuerpo corruptible e incli­nado al mal, su concupiscencia no muerta; su amor propio con sus irracionales exigencias, que le abocan a mil situaciones pecamino­sas. El misionero sigue siendo hombre y no ángel. Su corazón no ha perdido ni la diástole de un vano optimismo ni la sístole de un infundado pesimismo, y sigue palpitando a impulso de los dos eternos movimientos que polarizan la actividad del corazón huma­no la atracción y la repulsión. Sus sentidos siguen propensos a las mismas connivencias con el desorden; su cuerpo sigue some­tido y esclavizado a la misma ley del pecado.

Lo sabemos; pero correría peligro el misionero de olvidarlo. Olvido que sería fatal en sus consecuencias, terrible en sus desen­gaños e irremediable quizá en sus estragos. En todo nos ha de servir de guía y apoyo la humildad. Los misioneros tenemos sobra­dos motivos para ser humildes.

Las debilidades e imperfecciones se pueden ocultar en ti como las alimañas debajo de las piedras. Por no tener presente esta humana condición se han perdido no pocos jóvenes misioneros a los que un ideal de ensueño les alucinó y les hizo audaces, en lo que hubieran de haber sido desconfiados y prudentes. Quede, pues, asentado que entre las cruces del misionero, la mayor, la más pesada, es la que ya tienes antes de serlo: tú mismo. Pasemos ya a indicar otras.

La dificultad no está en suponer que el misionero tiene sus cruces, como todo hijo de Adán, sino en orientarnos en cuáles han de ser generalmente los palos de esa cruz. Es frecuente en la vida ascética un total despiste en esta materia. Como a los discípulos de Emaús, Jesús se nos presenta muy frecuentemente «in alia efigie» y no lo conocemos. Cuántas veces recalcitramos obstinados y damos coces contra el aguijón, sin darnos cuenta que es allí donde nos espera la cruz que nos ha de santificar; la cruz desde la que quiere Dios que subamos a la gloria. ¡Ah!, ¿si supiera, decimos, que esto es lo que Dios me envía? Si estuviera cierto que es a esto a lo que debo aplicar mis deseos de cruz y de inmolación? Como si todo lo que constituye nuestra cruz hubiera de traer escrita y vi­sible su etiqueta, la firma de Dios. «Non tamen cognoverunt quia Dominus est»[[74]](#footnote-74).

No todo trabajo ni todo sacrificio constituye una cruz. El sacri­ficio es preferentemente pasajero, la cruz es permanente. La labor misionera exige evidentemente esfuerzo, actividad, cansancio; y por lo mismo, no pequeño sacrificio. Pero no lo llamamos cruz. El sacrificio es algo físicamente inherente a la vida, la cruz es algo que se le añade sin concatenación física, sino con concatenación libre que generalmente es la acción mortificante del hombre sobre no­sotros, o circunstancias extremadamente penosas y sensibles que lastiman no tanto nuestro cuerpo cuanto nuestro corazón. Es ver­dad que la enfermedad es una de las cruces auténticas. Pero si laceran el cuerpo, no oprimen el corazón.

Por eso hay que poner en un plano algo secundario todo lo que sin comprometer la vida hiere al cuerpo, sin herir al corazón. Y des­de luego no es la cruz del misionero el mucho caminar a pie, ni el mal dormir, ni el frío, ni el calor; ni lo son de ordinario las cár­celes ni la persecución aun en tiempos los más difíciles. Fuera de aquellos que Dios quiera escoger como mártires, número siempre relativamente pequeño, lo ordinario será poder llevar una vida casi normal al exterior, pero muy llena de contrariedades en el interior. Otras son las cruces específicamente, auténticamente mi­sioneras.

\* \* \*

*1. Reducción de la personalidad y del valor social.* — Aún re­cuerdo este detalle de mi viaje a China, que expresa con grafismo mi pensamiento. El tren llegó a la estación de Venta de Baños. Rieles que se cruzan, que se bifurcan, que se dividen y subdividen. En medio de aquella espesa red, trenes y más trenes. No me lla­maron la atención... Sólo un vagón perdido en aquella espesa red de vías, ése sí me impresionó. Me parecía que él también debía notar su soledad, su insignificancia. Era para mí todo un símbolo. Un vagón que no formaba tren. Dentro de un mes me vería yo en país extraño, con lengua que no entendía, entre gentes a quienes poco o nada interesaba mi historia, mi persona; donde nadie venía a consultar mi ciencia. Como quien dice, era vagón sin formar tren, letra sin forma palabra, palabra sin formar un pensamiento; algo desconocido e inapreciable; algo anónimo y sin valor social. He ahí por qué en mi viaje a misiones me impresionó la soledad, di­gamos mejor, el aislamiento de aquel vagón en la estación de Venta de Baños.

Tu adaptación, tu compenetración con la ideología indígena, tu simpatía con el pueblo que deseas llevar a Cristo, el estudio de la lengua y tu vida misionera pronto suavizará no poco este aisla­miento; posiblemente habrá casos en que, por el contrario, te veas rodeado de un prestigio en el que nunca soñaste, pero nunca te li­brarás del todo de tu nota de extranjero, plano inclinado hacia el desvío, la distancia moral, quizá en algunos casos la antipatía.

Lo que aísla y reduce la personalidad del misionero es, sobre todo, la lengua. Un misionero muy misionero me repetía en China: La lengua es la primera y la última cruz del misionero. La primera porque es la que primero le sale al paso, y la última porque nunca le abandona del todo. Por mucho que la estudie no logrará que le sea vehículo cómodo a su pensamiento. Habrá muchos temas que le resultarán completamente inabordables y su intervención en la vida social estará muy mediatizada. Si asiste a reuniones, se tendrá que contentar con una presencia casi meramente pasiva y ante las personas de más viso y autoridad tendrá que pasar por un «minus habens». Tendrá que renunciar a grandes discursos y elevaciones oratorias; y si tiene dotes de escritor, tendrá que renunciar a ellas o quedar supeditado a un amanuense o traductor que no coge bien su pensamiento. Como el pájaro en la jaula enton­ces sobre todo siente que está preso cuando más quiere volar.

Es verdad que en ocasiones el misionero extranjero es la pri­mera autoridad moral del pueblo. Pero de ordinario se sentirá re­ducido a un trabajo sin ámbito ni resonancia social. Y él, que trae una carrera brillante y largos años de estudio y formación, quizá diga lo que con humana franqueza, dijera el padre de un joven re­ligioso al ser éste destinado a misiones, terminada con éxito su larga formación: ¡Qué lástima de carrera estropeada! ¡Ese mismo padre que pronto animaría a su hijo a dar la sangre por Cristo en la misión!

Al parecer, su vida, como el agua de algunas fuentes, corre y no lava, corre y no apaga la sed, ni riega flores, ni mueve máquinas, ni se transforma en vapor; corre para correr y alegrar el palacio del rey o el jardín del príncipe. Más de una vez sentirá que su alma quiere exhalar una queja ante el Sagrario; la queja del desierto.

Jesús, tú dijiste que no se enciende la luz para ponerla bajo el celemín; y yo soy luz cuyos destellos no alumbran. Nos enseñaste a negociar con los talentos que tú mismo nos diste y condenaste al siervo perezoso que lo enterró y te lo devolvió sin ganancia. Yo creo que es éste mi caso. Me has dado voz para hablar de Ti y cien­cia para darte a conocer y fuerzas para gastarme en tu gloria y heme aquí que mi voz calla, o sólo la oyen diez, quince; y mis bra­zos sólo se alzan para levantar tu santo Cuerpo en la Misa, que sólo oye un ayudante —cuando lo tengo—. Más de una vez me parece que me podrías a mí también decir: «Quid statis hic tota die otiosi?» ¿Qué haces ahí ocioso, guardando la casa todo el día y tantos días?

Estas quejas son muy reales y expresan un sacrificio íntimo, aun­que no siempre reviste contornos tan agudos, ni se puede aplicar con exclusivismo al misionero. Consciente de este sacrificio debe­rás decir: «Soy agua que puedo apagar la sed y lavar manchas y regar campos y Mover máquinas; y aunque nada de eso hago no corro en balde, que también los príncipes tienen derecho a que sus jardines se adornen con fuentes de cristalina agua que corre sin cesar, para así alegrar la mansión del rey. Esto es mi vida y yo la doy por muy bien empleada.»

Querría ser luz que iluminara: «Omnem hominem venientem in huno mundum»[[75]](#footnote-75), y veo que tengo casi que encerrarme en mí y que también de mí se puede decir: «Tenebrae eam non compre­henderunt»[[76]](#footnote-76). Pero yo sé también que en ese cielo estrellado, cuya vista me recrea y alegra, hay millones y millones de astros cuya luz nadie aprovecha al parecer, y cuyo fuego no alivia el frío de nuestros cuerpos. Es ley de la vida y de la creación que no todos los soles son hechos para alumbrar, ni todo lo bello para ser visto, ni todo lo dulce para agradar, ni todo lo grande para ser admirado, ni todo lo fecundo para germinar.

En todo caso ante Jesús Sacramentado, el Dios escondido, ante cuya oculta presencia arde y se consume esa lámpara, la queja pierde sus filos; y al hallar un eco divino en Jesús, trae al alma la lección divina de anonadamiento que el misionero de Cristo recoge para sí. ¡Ah, cuántos rasgos comunes contigo has puesto, Jesús, en mí, tu misionero! Yo acepto lo que tu predilección quiso poner en mi vida de aislamiento, de despilfarro; acepto el que en tu casa, donde tantos servidores hay, resulte yo a veces un siervo al parecer inútil y sin provecho.

\* \* \*

2. *Segunda cruz del misionero: Trabajo de roturación*. — El Señor que todo lo dispone «suaviter et fortiter» supo poner en la pena del trabajo cierto atractivo y gozo. Hay trabajos que nos resul­tan recreación y descanso; pero los hay desabridos e ingratos. El trabajo de roturación y siembra es siempre difícil y poco atrayente; sin la esperanza del fruto cierto, apenas sería tolerable. Pues al misionero le tocan de ordinario trabajos de roturación. Nada de hablar a grandes multitudes hambrientas de la palabra de Dios, sino a unos pocos niños o unos cuantos adultos sencillos y rudos a los que hay que empezar por enseñar la señal de la cruz y el Padrenuestro y emplear en ello muchos días. Nada de pasarse lar­gas horas en el confesonario asediado de penitentes que lloran en público sus pecados, sino contentarse con oír los domingos alguna docena de confesiones, «de communi confessorum», la mitad de niños en la edad, y la otra mitad de niños en la fe. Nada de can­sarse el brazo de bautizar. Su feligresía la forman casi exclusiva­mente cristianos nuevos que apenas si van cayendo en la cuenta de la verdad de su fe y del alcance de su bautismo.

Quizá llegue a encontrar un pequeño número de cristianos fer­vorosos, perdidos en un mundo de indiferencia pagana, que resiste a la gracia años y años. Su iglesia se halla casi vacía aun los do­mingos. A esta falta de aliciente divino se añade la falta de ali­ciente humano.

Lejos de las ciudades donde el confort y la elegancia halaga a los sentidos, frecuentemente el misionero reside en pueblos sin belleza, gentes de poca cultura, en casas donde la comodidad y buen gusto, la pintura y el adorno se han dedignado entrar. Cierto que también cabe el caso inverso. También al misionero le puede perseguir un ambiente de mundo, un aire de frivolidad, de radio y de cine. Porque, al fin y al cabo, hoy las Misiones se hallan bajo todas las latitudes de la vida social. El misionero de Hongkong o de Shanghai o de Calcuta o de Tokio podrá tener el confort que quiera. Pero este caso, aunque no raro, no excluye el anterior, y si no lo consignamos tan de propósito es porque, en todo caso, no constituirá una cruz, que es de lo que venimos tratando. Es senci­llamente un escollo más en el que por desgracia puede naufragar el espíritu religioso aun en Misiones, porque el mundo siempre conserva su fuerza de seducción, de relajación religiosa y mi­sionera.

\* \* \*

*3. Tercera cruz*. — No hay que descartar el que entre los mismos Padres y Hermanos con quienes vive encuentre quienes le son una fuente de sufrimiento. No por haber venido a misiones hemos dejado de ser hombres; ni lo han dejado de ser los que nos rodean. La vida es movimiento no sólo de rotación alrededor de nuestro eje, sino de traslación alrededor de la vida e intereses de los de­más. Ella nos pone a unos en función de otros y, por lo tanto, expuestos a choques. Si en el mundo sideral éstos no existen, es porque Dios sapientísimo les ha fijado una ley ciega. Si los astros fueran libres en sus movimientos, hace tiempo que hubiera venido un choque colosal, una lucha imponente con el más espantoso ca­taclismo. Los hombres vivimos en sistema, pero nuestras órbitas no están férreamente trazadas. Nuestro engranaje es libre. Vivimos unos subordinados a otros más o menos libremente. Cuando esta subordinación, o no se exige bien, esto es, con energía y suavidad; o no se admite y lleva bien, esto es, con humilde sumisión y entre­ga a la voluntad del que nos es Superior; o no se coordina con una delicadísima caridad, son inevitables los choques más o menos rui­dosos según la prudencia y virtud de los que chocan; pero choques siempre molestos y perniciosos para el apostolado. Ellos nos roban unas energías que estarían mejor empleadas en la salvación directa de las almas. Cuando esto pasa habitualmente, entre personas de virtud, hay que concluir que el mal está en el engranaje de toda la máquina, en la dirección, y entonces toca más que a nadie a los Superiores el prevenir estos males o el disminuirlos y remediarlos.

Traer a misiones un programa de amor fraterno, de colabora­ción y de servicialidad, de condescendencia, de mutuo apoyo, de alegría en el éxito del hermano, sería un programa suficiente para eliminar de toda convivencia esos roces, esos desvíos y torcidas in­terpretaciones, esas envidias secretas, esas frialdades que consti­tuirían la mayor cruz de la vida misionera.

Pero de nuestra parte no hemos de poner a prueba la virtud de los que conviven con nosotros con exigencias, con susceptibilidades, con falta de sentido común y sentido humano de la vida. En todo caso, si a pesar de la mayor buena voluntad hubiera deficiencias inevitables, no nos resta sino echar mano del «vince in bono ma­lum»[[77]](#footnote-77), y el echar carbones encendidos en su cabeza y el tener presente que es ley de la vida la cruz y que «per multas tribulatio­nes oportet nos intrare in regnum Dei». Pero aun en este caso un buen Superior podrá remediar muchas cosas.

Si se trata de cruces que nos vienen más o menos por nuestro mismo carácter, por nuestra antipatía o excesivo celo, por nues­tras impaciencias o múltiples defectos más o menos involuntarios, recordemos que nadie ha dicho que, cuando el Señor nos exhortó a llevar nuestra cruz, no incluyó esto que más solemos llamar cas­tigo de nuestros defectos que cruces que Él nos envía. La cuarta cruz merece capítulo aparte; la forman las

1. **DIFICULTADES DE LA VIDA MISIONERA**

De nuevo empecemos diciendo que no es la comida, ni el sueño, ni la casa, ni la soledad, ni las largas jornadas lo que amarga la vida del misionero. Las penalidades de la vida misionera son:

1) *El contacto directo y prosaico con la vida material.*—El Pa­dre solo, sin Hermano Coadjutor que le evite el contacto grosero con la vida material..., ha de atender no sólo a la evangelización, sino también a la vida económica en la que jamás había pensado. Él ha de llevar cuenta de la leña, del aceite y de la sal; dar el di­nero al cocinero para las compras; cuidar de que adquiera las cosas a sus tiempos más propicios. Él se ha de preocupar de si se gasta demasiado, y hasta, si no quiere que el cocinero le ponga siempre lo mismo, habrá de intervenir hasta en la cocina... Si el criado pierde el tiempo y si la iglesia no está bien atendida y la casa sin barrer, todo va a dar directamente en él, porque de ordinario no tendrá un H. Coadjutor que le pare los golpes.

La vida material quita un tiempo precioso, absorbe y se lleva no pequeña parte de sus energías. No es pequeña la paciencia que necesita a diario para diluir «naturalmente» tanta pereza, tanta inacción, tanta pasividad, tanta pequeñez, tanta ruindad como puede a veces encontrar entre su misma servidumbre. Estas son y no otras las cruces auténticas del misionero.

2) *La frialdad de los cristianos.—*Pocos en número, todavía entre estos pocos la mayoría no son sino «paganos bautizados»; invitados una y dos y diez veces, ya que no reprendidos, pues no lo aguantarían, siguen pertinaces en su frialdad e indiferencia. Esto naturalmente amarga al misionero, que tiene que violentarse para predicar con mansedumbre y fervor todos los domingos, aunque no tenga delante de sí más que 10 ó 20 personas en total. La Sagra­da Escritura nos justifica ese disgusto íntimo que causa el tibio ya que provoca a náuseas al mismo Dios. En todo caso su actitud fría y consciente es una lima sutil en el alma del misionero.

3) El carácter de los que están a su servicio, de los cristianos y paganos con quienes se pone en relación por uno u otro motivo, espiritual o material, acarrea al misionero a diario un sinnúmero de contrariedades, víctima de su insinceridad, egoísmo, indolencia, venganza y soberbia.

DIFICULTADES DE LA OBRA MISIONERA

INTRODUCCION— Si tratamos aquí de las dificultades que pueden originarse de la misma sociedad pagana, lo hacemos más por com­pletar la materia que porque lo creamos necesario. Por grandes que sean los obstáculos del paganismo o de las ideas filosóficas o religiosas de un pueblo, el contacto del misionero con él, no es de ordinario directo, ni es tan cerrada la sociedad que no tenga mu­chas grietas por las que puede entrar. Son pocos los que vienen a dar su nombre por una refutación pública que el misionero haya hecho de sus ídolos y falsas creencias. La conquista es indirecta y paulatina. El campo misionero está hoy sembrado de misiones. Toda residencia misionera es un foco de atracción. Al misionero van acercándose los paganos unos por título de servicio, otros por título de gratitud a sus obras de beneficencia y dispensarios, otros por título de amistad y trato por las obras escolares, colegios es­cuelas, etc.

Así se va formando sin sentirlo el primer núcleo de una cris­tiandad, que cuando crezca suficientemente contará con casa para el misionero, con iglesia o capilla, con escuela, etc. Formado ese primer grupo de cristianos, se ensancha la posibilidad del contacto y del proselitismo. Los neófitos irán trayendo a sus parientes o amigos paganos que a título de parentesco o de amistad irán dando su nombre a la Religión Católica como catecúmenos. Nada hay aquí de violento, nada de arduo, nada que le exija al misionero otra actitud que la de su presencia, su piedad y su ministerio.

Por eso decíamos que las dificultades sociales de carácter ideo­lógico que vamos a apuntar no son las que más han de costar al misionero. Pero siempre será útil el que haya misioneros de pres­tigio que puedan, conocedores de la filosofía de la alta sociedad, refutar errores, quitar prejuicios y crear un ambiente favorable y prestigioso, que dé fácil acceso a nuestra Santa Fe, supuesta siem­pre la acción interior de la gracia.

\* \* \*

1. DIFICULTADES POR PARTE DE LA SOCIEDAD— Dice el P. Mondre­ganes[[78]](#footnote-78):

«Las ideas y los sentimientos se comunican de unos a otros como corrientes de energía vital. Su propagación puede ser vertical en el tiempo u horizontal en el espacio. Las ideas y sentimientos cristianos, con la cultura que virtualmente en­cierran, se han propagado de los dos modos. En su marcha triunfal a través de las generaciones no siempre se ha veri­ficado con facilidad y rapidez; las más de las veces ha tro­pezado con obstáculos de todas clases; externos e internos, individuales, familiares, sociales, políticos y religiosos.

El misionero que intenta establecer el cristianismo en países de infieles debe considerar que son hombres específicamente iguales, pero de una mentalidad y cultura muy dis­tinta. Encontrará dificultades y resistencias muy variadas: unas de índole general a toda conversión y otras de índole peculiar de una región, de una raza o de un pueblo.

Es preciso, pues, que observe y penetre las aptitudes, in­clinaciones, tendencias, carácter, índole, personalidad, ideo­logía, religión, virtudes y vicios de las gentes que ha de evangelizar y espiritualmente transformar. Debe colocarse entre los habitantes del lugar, como uno de ellos, en cuanto lo permitía la dignidad de su misión.»

El misionero que no proceda con atención, con prudencia y mu­cha perspicacia, se expone a graves decepciones y a frustrar a lo menos en parte el fruto de su apostolado. Además su ciencia le abrirá las clases altas entre las cuales pueda por conferencias atraerse su admiración y respeto. Ello hará que el dar otros el nombre a la Religión no lo miren como desprestigio, sino como honra.

Señalemos, con el mismo P. Mondreganes, algunos obstáculos más comunes en el apostolado misionero, aunque no aplicables por igual a todos los países.

1. *Los jefes*. —Las familias, clases, tribus o pueblos, suelen gobernarse por jefes o caciques, cuyas severas órdenes siguen cie­gamente. En este caso, lo primero que debe hacer el misionero es ganarse su simpatía y amistad, con la cual podrá conseguir cuanto quiera; sin ella nada hará. El representa la colectividad, ejerce sobre ella poderoso influjo, y, en ocasiones, llega hasta el despotismo. Mientras él se resista, los esfuerzos serán infructuosos; cuando él se aproxime y se gane, se habrá dado el paso decisivo; los restantes no ofrecerán ordinariamente dificultades de importancia. Se les insinuará que no se les ha de privar del mando; que se corrobará su autoridad y se les prestará todos los honores acos­tumbrados. El desprecio y la inconsideración suscitarían antipatía, recelo o irritabilidad, perjudiciales a la causa del misionero

2*. La desconfianza*. —Los indígenas en presencia de un blan­co y desconocido, es muy natural que lo reciban con prevención y desconfianza. Las tribus salvajes y de carácter feroz le recha­zarán hostilmente o quizá traten de matarle, como sucede entre los antropófagos. Otras de carácter tímido, huirán llenas de mie­do, retirándose a la selva. Los primeros contactos siempre serán difíciles y llenos de recelos.

Los medios y formas de atracción pueden ser diversos: servirse de intermediarios conocidos; enviarles objetos que llamen su aten­ción, como juguetes, regalitos y cosas que exciten su curiosidad; usar de la música instrumental o bocal, como hacían San Francisco Solano y los jesuitas en el Paraguay; ganarse las simpatías con limosnas y obras de caridad; emplear, en fin, todos los medios pru­denciales que estén al alcance del misionero.

3. *Mentalidad inferior.—*Puesto ya el misionero en contacto y comunicación con los indígenas, conocido suficientemente su idio­ma, no ha dado más que los primeros pasos. Tiene que ir penetrando en su mentalidad, que se halla en un nivel de desarrollo muy infe­rior. Por este motivo le costará hacer entender las verdades del catolicismo, las nociones que requieren alguna abstracción men­tal, algún razonamiento un tanto elevado. Esta dificultad crece, si sus inteligencias están dominadas por algún error recibido por tradición o presentado con capciosas sutilidades. El cambio de convicciones, el asentimiento a nuevas ideas desconocidas y contra­rias a sus sentimientos, la transformación intelectual y oral de una personalidad ya determinada, con el escaso desarrollo de la inteligencia, ofrecen obstáculos a las conversiones prontas y sin­ceras. El proceso será largo y pesado; pero no imposible. La gracia de Dios, la claridad de la verdad en sí misma, la caridad, dulzura, ingenio y constancia del abnegado misionero evangélico, acabarán por convencerlos. El método intuitivo, las comparaciones sencillas y el simbolismo presentado con claridad, ayudarán a la compren­sión de las verdades. La autoridad científica del misionero, su as­cendiente cultura, unidos al buen ejemplo y santidad de vida, lo­grarán dominar los ánimos más rebeldes.

4. *Elemento hierático.—*Toda religión tiene sus cultos espe­ciales, cuyas funciones se verifican comúnmente por los sacerdo­tes, que suelen ser la expresión viva de los valores intelectuales y morales de la cultura. Reciben diversas denominaciones, según los países y religiones. En Birmania, China, Ceylán, Cochinchina, Tibet, etc., son bien conocidos los bonzos, que gozan de fama de sabios y ascetas. Los brahmanes, dedicados al culto de Brahma, pertenecen a la casta más distinguida de la India, y la leyenda cuenta que salieron de la boca del dios Brahma. Sus personas son sagradas e inviolables. Honran a veces a las divinidades con sa­crificios humanos. En Africa septentrional existen los marabutos (Marabet) o los santones mahometanos. Algunos de ellos viven en los desiertos, montes, bosques y cavernas; otros en familia, tribus y cábilas. Son muy respetados, se dedican a brujerías y encanta­mientos y llevan una vida lasciva y sórdida. Los musulmanes se sienten honrados en su compañía, defendidos de toda insidia y violencia. Llega a tal punto su insensatez que se considera distin­guido un musulmán que cede momentáneamente sus derechos conyugales a un marabut. En el Japón, América del Norte, Colombia, Perú y otras regiones hay sacerdotes del sol, de la luna y otros astros, con los cuales consultan los negocios más importantes, en­vían sus mensajes y rinden culto con un ceremonial muy complejo. En muchos puntos, sobre todo del Africa, el sacerdote se identi­fica con la hechicería. En Fernando Poo habitan esos hechiceros sacerdotes en las cavernas, a donde acuden los indígenas para con­sultarlos, porque creen tener un poder oculto de comunicarse con el mundo suprasensible; en Zanzíbar se recurre al hechicero para conocer lo futuro; entre los indios de la América del Norte se cree que, cuando una persona está enferma, tiene poder para arrojar al genio malo de la persona y de la casa. También hay en algunas regiones otra especie de sacerdotes hechiceros llamados fetichis­tas, a quienes se confía la tutela del fetiche de la tribu en el caso que represente una divinidad benévola; en el caso contra­rio, tiene el poder de destruirla. En el Africa Central, la hechi­cería fetichista ha llegado al tabuísmo. Todos deben respetar al animal fetiche y cualquier género de violencia contra él sería castigado con la muerte. Al lado de los sacerdotes se encuentran comúnmente las sacerdotisas, consideradas como omnipotentes; tienen diversos oficios, según los países. Lo más corriente es dedi­carse a la brujería y adivinación. Salta a la vista el influjo que todos esos sacerdotes, hechiceros, brujas o sacerdotisas, como quie­ra que se llamen, ejercen sobre los ignorantes indígenas. Su acción, sumamente nefasta, es un impedimento para la propagación del catolicismo. ¿Cómo logrará el misionero convencer a los ignoran­tes de todas esas imposturas? ¿Qué oposición o quizá persecución no suscitarán contra él los que viven a expensas de las simplezas de los demás, temiendo ser descubiertos?

En primer lugar, el misionero debe ganarse las simpatías de los elementos influyentes, declararles los engaños y supercherías en que viven, el incumplimiento de las predicciones, la impropor­cionalidad de las causas, el temor inane a los elementos. En caso de una resistencia hostil, convendría ir separando poco a poco a la multitud de los impostores, haciéndoles imposible su género de vida o aislándolos lo posible. El ejemplo edificante del misionero católico, su desinterés, el celo que muestra por su bien corpo­ral y espiritual, el esplendor del verdadero culto, la pompa de las ceremonias sagradas y sacrificios de nuestros altares, paulatinamente irán arrastrando a los indígenas hacia el sacerdote e iglesia de la Misión católica.

\* \* \*

2. OBSTÁCULOS DE CARÁCTER SICOLÓGICO Y HUMANO:

1. *La poligamia. —Por* la dureza del corazón permitió Dios a los judíos del A. T. la poligamia en la forma poligínica. Existió en los pueblos antiguos y perdura todavía en países no civilizados. Es una verdadera plaga social de difícil extirpación. En unas par­tes *es* efecto de la corrupción; en otras, más de costumbre y tra­dición; en algunos, obedece a la posición social, estimándose la categoría de la persona por el número de cónyuges que la rodean.

Provenga de una u otra causa, constituye un impedimento grande para la conversión. Si uno de los cónyuges desea convertirse, forzosamente se ve obligado a separarse de la parte concubinaria. Bastará su conversión para que se le arroje de la familia, de la tribu, de la casa, etc. ¿Y cómo se resignará a vivir separadamente de sus connaturales sin medios quizá para la subsistencia? En ocasiones hasta será perseguida con peligro de la vida. Se necesita virtud heroica para superar tan inminentes peligros y dificultades.

Mas lo arduo no es imposible. La experiencia y el testimonio le celosos misioneros nos enseña que las conversiones de los polí­gamos, aunque más raras, se dan. Algunas sectas protestantes to­eran la poligamia en esos países, como un caso de excepción; los ;católicos no podemos transigir. Al misionero le pertenece orar y trabajar. Dios dará el fruto cuando le plazca.

En tales países es preferible intensificar más el apostolado entre os niños; por ellos se influirá en los padres, y, cuando menos, se eformarán las generaciones sucesivas.

2. *El ambiente.—*Si las conversiones fueren colectivas, locales o regionales, no tardará en formarse un ambiente cristiano; pero si son individuales y aisladas, la constancia y fidelidad en la fe abrazada tiene que costar grandes esfuerzos. La convivencia con los miembros de la familia, amistades y relaciones sociales, las costumbres y prácticas de los coterráneos, todo el ambiente pagana hostil o indiferente, fácilmente sofoca la débil y tierna planta di la fe que apenas acaba de nacer en esos corazones.

Si es posible separarlas, formando familias o colonias independientes, bajo la dirección de los misioneros, se asegurará la cosecha. Como eso no ha de ser siempre viable, se requiere un cultivo esmerado y una vigilancia constante, para mantener la fidelidad la firmeza y el fervor en los neo-conversos.

3. La *diferencia de castas. —*En algunas regiones de Africa existen tres especies de castas: jefes, hombres libres y esclavo, Las intermedias apenas tienen importancia. En la India son innumerables. Esa diversidad de castas, clanes y clases constituye: un impedimento enorme para la evangelización. Es punto de hopo mantener su posición social y no mezclarse con los no pertenecientes a su clan. ¿Cómo conseguir que se reúnan para los cultos, oraciones públicas, audición de la misa y recepción de sacramentos? De igual modo serán prácticamente imposibles los matrimonios entre personas de distinta casta, la formación de familias, de centros de instrucción o catecumenado.

Estas son dificultades tangibles, de que se lamentan a diario los misioneros de Oriente. Las conversiones, por lo regular se verifican en las clases pobres y necesitadas, quedando preteridas y margen las más elevadas.

4. *El nacionalismo. —*Actualmente, en la mayor parte de lo pueblos existen aspiraciones de independencia de toda dominación extranjera. África para los africanos, China para los chinos, etc. Los pueblos despiertan y se van dando cuenta de sus valores intelectuales, morales, económicos, políticos...

El reino de Jesucristo es universal y no conoce fronteras; por esto la misión de sus enviados está por encima de todas las aspiraciones legítimas o exageradas de propias nacionalidades. De consiguiente, nunca debe el misionero inmiscuirse en asuntos de esa naturaleza. Ni pretender hacer patria para sí, ni tampoco im­pedir a los naturales que la formen para ellos. Procedan con la diplomacia divina que exige su ministerio como embajadores y re­presentantes del Rey Universal de las naciones. En las mismas legítimas aspiraciones de un pueblo, es preciso que con prudencia y sin confusionismos actúen también los católicos para que no se les pueda tildar de inhibirse en los problemas vitales de la patria o que hagan ver los enemigos de la Iglesia que los triunfos polí­ticos de la patria sólo se deben a los no católicos.»

\* \* \*

3. DIFICULTADES POR PARTE DEL MISIONERO.

1) El pequeño nú­mero de los que buscan el reino de los cielos y atienden a los in­tereses sobrenaturales del espíritu, hace que el misionero, sin un celo de las almas muy vivo, y teniendo en más el sacrificio que le exige, se diga lo que el mal apóstol a otro propósito: «Ut quid per­ditio haec?» ¿A qué matarse por tan pocos y de condición tan baja?

Reaccionar contra esta perniciosa tentación sólo es posible a los pies del crucifijo. El Apóstol San Pablo, en sus trabajos apostó­licos, se amonestaba y decía: «Nec facio vitam meam pretiosio­rem me»[[79]](#footnote-79). No estimo en tanto mi vida que no la sepa sacrificar por las almas pocas o muchas, nobles o plebeyas. Ni tengo en tanto mis fuerzas o mi salud que no las sepa dar aun por un alma. Cristo Nuestro Señor, si habló ante grandes multitudes, no despreció las conversaciones individuales con Nicodemo, y con la Samaritana, **y** se fatigó por buscar la oveja perdida. Quizá es éste uno de los sacrificios más auténticos de la vida misionera: saber que su con­fesonario no se verá asediado de penitentes, y que no le ha de costar hallar camino para subir al púlpito, si es que en su modestia iglesia lo hay; ni ha de tener ante sí multitudes que lo aclaman y vitorean por calles y plazas.

Cierto que ha de dar a su apostolado la mayor eficacia y sacrificar lo menos por lo más y lo transitorio por lo duradero. Pero esta regla es sólo para el caso de incompatibilidad y coalición, cuando se nos ofrecen simultáneamente los dos. Frecuentemente no tendrá donde escoger, sino tomar sencillamente lo que el Señor le presenta. «Surge, Petre, occide et manduca»[[80]](#footnote-80).

2) El bajo nivel de cultura de los que vienen a dar su nombre. Su rudeza engendra quizá en el ánimo del misionero cierto despre­cio y puede hacer que diga al menos en su corazón: «Nolite porcis dare margaritas.»

El misionero puede decir, como San Pablo, que son pocos los que buscan el reino de Dios; y menos aún entre ellos los sabios, los ricos, los poderosos[[81]](#footnote-81). Lo ordinario serán de la clase media, pobre y de cultura ínfima. El mundo de ideas en que se desenvuel­ven, apenas si va más allá de la cuestión del mediodía. Perspectivas tan sublimes como la filiación divina, la inhabitación del Espíritu Santo, la Eucaristía..., pueden parecer cimas muy subidas para gente tan ruda, cuya rudeza puede engendrar desprecio.

Ese desprecio enervaría y gastaría los filos del celo y haría que el misionero ni siquiera intentara buscar, ni aun recibir a los pocos que llamen a su puerta. Terrible responsabilidad, sin embargo, la suya si, sin otro motivo que el de su propia pereza y tibieza mi­nisterial, rechazara o recibiera fríamente al que para venir a él, ha tenido que vencer mil repugnancias y dificultades. No dude de que jamás uno así volverá a presentársele y pedirle la instrucción ni el bautismo. Todos somos de una sensibilidad suma a estas re­pulsas. En el caso en que éstas obedezcan a causas bien legítimas, multiplique las excusas y déle mil explicaciones para que no lo tome a desprecio y quede en disposición de poder volver otra vez.

Sabe el misionero por experiencia que el convertir a un pagano no es simplemente instruirle y echarle el agua bautismal. Supone un proceso de transformación, una verdadera metamorfosis de toda su alma y de su mentalidad pagana. Un pagano es una piedra en bruto, un tronco arrancado del bosque del que hay que hacer una, imagen viva de Dios. ¡Cuántas ideas, cuántos sentimientos hay que infundir en su alma! ¡Cuántos errores e ignorancias hay que des­hacer! Como del cuerpo, dice San Pablo, que es enterrado carnal y mortal para que resucite espiritual y glorioso, podríamos tam­bién aquí decir: Viene un hombre grosero y carnal y hay que sacar un hombre espiritual; viene un hombre vicioso y pecador y hay que sacar un hombre virtuoso y santo; viene un hombre ma­terial y hay que sacar un hombre espiritual; viene un hombre pagano y hay que sacar un cristiano.

Ardua empresa a la verdad, que hace quizá perder ánimo aun untes de emprenderla. Subir a un gran monte de ascensión pro­longada y fatigosa, ya antes de empezar su ascensión, causa fa­tiga moral. Algo así la conversión de los paganos; el trabajo que se prevé, lo largo del camino que hay que recorrer fatiga aun antes de emprender la tarea.

Una vez más, se requiere un celo diariamente renovado en la oración y un espíritu de abnegación siempre dispuesto a actuarse; y esto no se logra sin una vida espiritual siempre nueva, alimen­tada en la fidelidad suma a los ejercicios de piedad. De ellos sacará arrestos cada día para vencer cada día el roce de la vida. De ellos sacará el «Panem nostrum quotidianum» para continuar la marcha, para suplir el desgaste que trae tan fatigosa ascensión, «usque ad montem Dei Horeb»[[82]](#footnote-82).

1. **EL PROBLEMA DEL BUEN HUMOR**

Para ser comunicativo es requisito indispensable el buen humor. El buen humor es la piedra filosofal del misionero. Centuplica las fuerzas y la eficacia de su acción. Es el mejor hospedador, el mejor reclamo, el más deseado solaz, el más apetecido descanso. En este mundo lleno de sinsabores todos se arriman al buen humor, como en invierno al radiador o en verano al ventilador. Un misionero sin buen humor es un anzuelo sin carnaza, una bala sin perdigón, una red sin malla, un radiador sin calor, un ventilador sin co­rriente, un clavo sin punta, un tornillo sin troquel y... un religioso sin gracia... por lo menos actual.

El problema del buen humor es uno de los que primero tiene que resolver el misionero, si quiere ser centro de acción para pro­pios y extraños. Y es que el buen humor tiene enemigos formi­dables, capitaneados todos ellos por el que es cabeza de muchos de ellos «la prosa de la vida», la realidad, que se da de patadas con el ideal que soñamos; los mil y mil asuntillos molestos de cada día, la convivencia con personas de caracteres y de intereses en­contrados; la trama, en fin, de la vida que parece conjurarse contra nuestros planes y deseos y contra nosotros mismos; las cruces del misionero.

Al cabo del día le han sucedido al misionero mil casos desagra­dables que se ceban todos ellos en el buen humor. Los criados em­piezan tarde y dejan pronto el trabajo, o lo hacen mal y a medias; el cocinero que gasta con exceso o prepara tarde y mal la comida, o se está de charla con el vecino; los profesores que están a la ley del menor esfuerzo; los niños de la escuela sin piedad; los cristianos que buscan sus intereses. Posiblemente algún lío entre los de casa; alguna impertinencia de fulano y fulano, una visita inoportuna.

El buen humor, como producto que es de factores muy comple­jos, está sometido a todo cambio que se verifique en los factores: en el factor somático o de la materia, y en el factor síquico o del espíritu.

Es admirable y, si se quiere, también humillante, pero asimis­mo humano, lo que influye el cuerpo en nuestro siquismo y en concreto en nuestro buen humor. «Aunque sea triste el decirlo, 'en nuestra cavidad torácica y en nuestro abdomen se halla el secreto no sólo de nuestra alegría, sino también de nuestra inspiración», dice jocosamente Palacio Valdés. Una mala digestión, unas décimas de fiebre, una necesidad violentamente reprimida, bastan para crear en el organismo una situación tensa, molesta, que fácilmente degenera en mal humor. Seamos humanos y comprensivos, si un cambio tan rudimentario y elemental es la causa a veces de mu­chas intemperancias de carácter, desplantes de genio y actuaciones de mal humor. ¡Y todo por una mala digestión! «Procurémonos la alegría fisiológica, dice Palacio Valdés, que la espiritual vendrá después»[[83]](#footnote-83).

Los elementos síquicos son asimismo factores primordiales de nuestro buen o mal humor. Por eso los neurasténicos, los que pade­cen habitualmente una sobreexcitación nerviosa y una sensibilidad exagerada, son los más propensos al mal humor; riñen, se enfa­dan por cosas ridículas, por apreciaciones inconsideradas, por exi­gencias desmedidas. «La droga infalible es ocuparse mucho de los demás y poco de sí mismo»[[84]](#footnote-84). Un carácter altivo, receloso, sus­ceptible nos puede llegar a hacer insoportables a los que nos rodean y a nosotros mismos.

De ahí que los dos remedios básicos para el buen humor han de ser la salud del cuerpo y la del alma. La del alma primero, por­que sana ella, hallará arrestos en el trato con Dios para suplir el otro factor; aunque éste no valga más que la unidad, si ella vale infinito, infinito será su producto.

Nuestro primer deber es la resignación. Resignación es toleran­cia. «En esta vida el que no se trague todas las mañanas una pas­tilla de tolerancia sufrirá de estómago»[[85]](#footnote-85).

Lo que con terminología más ascética decía un misionero: «To­dos las días en la oración procuro cargar de paciencia los acumu­ladores, pero para el desayuno ya están vacíos.»

No puedes cambiar a este cocinero tan desmañado, a este cate­quista tan egoísta, a este cristiano tan tibio. Es bien triste. Cám­biate tú, aprende y resígnate y verás cómo se te hace más lleva­dero, mientras que no halles otro cocinero y catequista que hagan mejor su oficio.

Y mientras tanto, prevén, instruye, amonesta, recuerda y avi­sa; y todo sin enfadarte, con toda amabilidad y verás que las cosas tienen más remedios de lo que tú creías, y que hasta has reme­diado lo que era más difícil de remediar que la desmaña de tu cocinero y el egoísmo de tu catequista, a saber, lo inconstante de tu buen humor.

\* \* \*

¿Cómo solucionar, pues, el problema del buen humor? ¿Habrá que cambiar el mundo de fuera? No se puede. Las cosas son como son: el tiempo no está en nuestras manos. No nos obedecen el viento y la lluvia, las nubes y el sol. Los hombres son como son y no como querríamos que fueran. El hombre es social; esto es, de­pende de los demás; y está sometido a todas sus limitaciones: a las que dependen de su voluntad y a las que se sustraen a ella. Hay que resignarse a que el obrero que necesitaba para esto o aque­llo se nos ponga enfermo; o a que cambie de empleo o de casa; o a que quiera o no seguir sirviéndonos, etc., etc.

¿Habrá que buscar al buen humor una solución externa, que se apoye en los demás? No. Porque el hombre es mudable; quien hoy está con nosotros, puede mañana ser nuestro contrario. No, porque «omnis homo mendax» ; todo hombre lleva un fondo de mentira de la que usará con nosotros en la medida que le convenga; de antagonismo entre nuestros intereses y los suyos, entre su querer y su obrar, aun suponiendo en él la mejor voluntad. No, en fin, porque «maledictus qui confidit in homine»[[86]](#footnote-86). Maldito el pie apoya su esperanza, su felicidad, su buen humor en el hombre. Maldito y no sólo infeliz, porque al poner en el hombre su esperanza, injuria a su Creador, se apoya en la caña vacía y parece ignorar que «in manu Domini sortes meae».

Hay que poner y conservar en nosotros una fuente inintermitente de alegría, de paz, de consuelo que producirá corno primer hito el buen humor. Aunque los pies toquen la tierra y el cuerpo atraviese nubes, la cabeza debe remontarse a donde todo es luz y paz y hondo consuelo. ¿No nos dice San Ignacio que seamos como los ángeles de la guarda que no pierden nunca la paz, el buen humor, aunque vean que sus dirigidos no se aprovechan? Es porque «semper vident faciem Patris mei qui in caelis est».

En cambio: «Benedictus vir qui confidit in Domino.» Dichoso que pone su confianza, su esperanza, su alegría y funda su buen humor en Dios. «Et erit Dominus fiducia ejus.» Dios le será su espe­nza y su alegría y su consuelo y su buen humor. «Et erit quasi num quod transplantatur super aguas, quod ad humorem mittet dices suas et non timebit cum venerit oestus.» Será como árbol transplantado a una tierra llena de agua, que ahondará en terreno húmedo sus raíces y no temerá los ardores del estío. «Et erit folium viride et tempore siccitatis non erit solicitum, nec aliquando Sinet facere fructum.» Sus hojas conservarán perenne verdor y frescura. Su carácter tendrá siempre ese tono de asequibilidad, de dulzura, de condescendencia; y en el tiempo de la sequedad inte­riot del alma, o de la exterior que traen los pequeños disgustos cuo­tidianos de la vida, no tendrá que andar echando mano de violentas sofrenadas y crispamiento de nervios para dominar el mal humor; sino que siempre mantendrá un buen temple de alma sobrenatural que dé sazonados y sabrosos frutos de apacibilidad y gracia.

«El misionero no sufre gran cosa si tiene vocación, ha es­crito desde Alaska el humorista y famoso misionero P. Llo­rente. Es un error imaginarse al misionero medio destrozado por las fatigas, triste, suspirando ayes continuamente y hecho una miseria.

Cuando Dios escoge a uno para un oficio, le da todas las ayudas que necesita para desempeñar razonablemente dicho oficio. Es el caso de San Lorenzo, invitando a sus verdugos a volverle del otro lado, aún no tostado, y comerle la car­ne asada.

Dios está con el misionero que lo es por vocación y obe­diencia, y le hace alegre la vida. La nieve da gusto verla tan blanca. El hielo es ideal para patinar. El frío ayuda a no sudar cuando está uno aforrado de pieles que de otra suerte le tostarían. Los piojos no son tan repulsivos como los pintan; da gusto verlos moverse perezosamente tan ino­centes e indefensos.

La ingratitud del indígena me abre a mí los ojos para que vea mejor cómo debe desagradar a Dios mi letanía de ingratitudes, que también los misioneros somos ingratos a Dios y sucumbimos a la tentación de mirar las cosas con ojos humanos, como si no tuviéramos con nosotros a Dios que es infinitamente bueno, sabio y poderoso; la lejanía de la patria no es tan intolerable como les parece a algunos sentimentalistas descentrados; los mosquitos no pican si se lleva un velo en el rostro; la soledad ayuda poderosamente a unirse con Dios y a despegarse de las bajezas de este mundo tan villano, tan infeliz y tan lleno de cementerios»[[87]](#footnote-87).

Como se ve, nuestro inolvidable condiscípulo el P. Llorente, no hace sólo historia, sino también algo de literatura. No escribe precisamente un manual del misionero, sino unas páginas chis­peantes de buen humor, del que su noble alma está enriquecida, para desde aquel rincón de Alaska, repartirlo, por el cauce multi­plicado de sus cartas, por toda la geografía del mundo. Se ha per­suadido, además, de que el mundo sufre ya demasiado para que en su mercado nos atrevamos a presentar los hombres nuestras cuitas y desgracias. Eso no se puede poner a venta ni siquiera como exhibición de escaparate. Tampoco los ejemplos que nos trae el P. Llorente son quizá la fuente más abundante de sufrimientos para el misionero, ni tales que de ordinario comprometan su buen temple y humor.

Por eso, el P. Llorente se olvidó quizá de que él mismo, unos meses antes, nos había dado el anverso de esta página, en otra no menos chispeante y elocuente y que revela un mundo muy distinto y más humano, con más de historia y menos de literatura, con una realidad que es el compromiso auténtico del buen humor del misionero. El P. Llorente se fija en el caso de una convivencia entre dos misioneros que no congenian. El P. Llorente aboga por la solución de que en misiones, o hay que vivir en comunidad, tres por lo menos, o uno solo; nunca dos; y concluye:

«La cuestión es no tener quien le contradiga a uno. Todo el mundo tiene que darme la razón. Alaska, la eternamente helada Alaska, la tenebrosa y legendaria Alaska, produce a centenares ese tipo gruñón, irascible, nervioso e indepen­diente que se forma inconscientemente a los pocos años de esfuerzo titánico por sobrevivir a este clima que amenaza constantemente con matarlo a uno como atracador noc­turno»[[88]](#footnote-88) .

Acotemos al margen que Alaska no monopoliza esos tipos.

¿No es verdad que estas dos páginas ofrecen totalmente distin­tos panoramas? Sin embargo, salen ambas de la misma pluma.

Nosotros escogemos las dos. Concedemos de grado a la primera que no es sólo literatura, sino también historia. Pero no desechamos la segunda por apócrifa. Y aunque sería más hermoso y más glo­rioso contentarse con el sano optimismo y color de rosa y buen humor de la primera, es más humano y, por lo tanto, más sabio admitir también la realidad y prosa de la vida de que nos habla la segunda, para que el misionero resuelva, si puede ser de una vez para siempre, con la gracia de su vocación, con una piedad hon­dísima, con un humanismo lleno de cordura, ese problema vital y misionero «del buen humor».

El problema del buen humor nos lleva a tratar de «El misionero y la salud», que era el segundo y decisivo factor de este producto.

1. **EL MISIONERO Y LA SALUD**

El cuerpo es instrumento del alma. Los hombres, sin embargo, olvidamos frecuentemente este axioma y sus consecuencias. Sin el pianista no hay sonata. Pero sin el piano tampoco.

Afortunadamente, tenerlo en cuenta no se opone en nada a las exigencias de la virtud y aun de la penitencia cristiana. Porque la salud más tiene que temer del vicio que de la virtud; y más de los antojos del cuerpo o caprichos del amor propio que de la sabia y severa dirección del alma. «Una penitencia moderada re­juvenece el espíritu, es saludable al cuerpo, aumenta la pureza del corazón y alegra nuestra misma vida»[[89]](#footnote-89). El alma se robustece con la mortificación del cuerpo; y el cuerpo mismo se hace más vigo­roso bajo el golpe de las disciplinas que entre las delicias y exce­sos de una buena mesa, o sobre la delicada sábana de un lecho bien mullido. La penitencia, además, sigue siéndote, como cristiano y como misionero, un deber de expiación y un medio de atraer las bendiciones del cielo. Y así como no alegamos el desgaste de nues­tra voz para dejar de predicar, tampoco podemos alegar el dolor del cuerpo para dejar de ser misioneros también con la penitencia. Pero siempre con prudencia.

Es lástima que sólo cuando apenas queda ya remedio, se dé uno cuenta de que así como el cuerpo sin el alma no vale para nada, así el alma sin el cuerpo vale muy poco, mientras le toca estar en él encarcelada. No hay más remedio que hacer buenas migas con él. ¿Qué falta a ese hombre, antes genial, ocurrente, activo y ahora vulgar, taciturno, parado? Le faltan las fuerzas, la salud, el cuerpo. Ya en sus labios no hay aquellos discursos todo inspi­ración y armonía; sus facultades se han debilitado y, aunque tiene viveza en la mirada, no es ya más que un poco de rescoldo hundido en la ceniza. «Es tan esencial en mi sentir, dice Palacio Valdés, el equilibrio y buena disposición del cuerpo para la vida del alma, que cuantos cuidados le prodiguemos siempre estarán bien emplea­dos. Porque, desgraciadamente, la mayoría de los hombres imagi­nan que se puede y se debe trabajar por adquirir los bienes de este mundo; pero no piensan que se debe hacer ningún esfuerzo por adquirir la salud que es el mayor de todos. Sin la salud todas las ventajas y todos los poderes llegan a nosotros podridos. Pen­samos que la naturaleza nos debe la salud como el aire que res­piramos. Por desgracia no es así»[[90]](#footnote-90).

En resumen: el cuerpo es muy respetable. Los atentados contra él hacen bambolearse el trono del espíritu. Las indisposiciones de nuestro cuerpo no sólo dejan huella en la cara, sino también en la mente. Algunos agravios que nos infieren nuestros amigos y cono­cidos deben achacarse al mal estado de su salud. Y lo mismo se diga de los que nosotros inferimos. Nosotros tenemos repetida ex­periencia de que unas mismas faltas nos impresionan de muy dis­tinto modo con un temple y con otro.

El misionero puede fácilmente olvidar todo esto y aun creer que así obra más conforme a la ascética y perfección. Es un error la­mentable y para el cual no hay fácil remedio, o si lo hay llega ge­neralmente tarde. A las taras temperamentales que le predisponen a ciertas enfermedades se añade la tara de la vida misionera que le lleva a dar insensiblemente en un acusado desequilibrio ner­vioso, que degenera a veces en franca neurastenia. El clima excesi­vamente húmedo o caluroso de algunos países, la alimentación exó­tica y pobre, el sueño quizá insuficiente, un excesivo trabajo o en condiciones anormales de desgaste y no raras veces, sumado a todo, una estrechez económica más o menos forzosa, produce un des­gaste físico-síquico que, a plazo más o menos corto, puede arruinar sus nervios. Por su bien y por el de las almas, el misionero, sin caer en el extremo de hacer de su salud fin, sino medio, ha de tomar precauciones que le pongan a salvo de inutilizar este medio fun­damental.

Son postulados incuestionables de buena salud el conveniente sueño y la cocina sana, suficiente y variada.

Los atentados que el misionero haga habitualmente contra el sueño y contra la alimentación, antes o después los pagará con crecidos intereses. También los que cometa contra una vida orde­nada y regular. La vida de comunidad favorece un plan de vida moderado y metódico en punto a sueño, alimentación y trabajo, del que podrá beneficiarse si no se sustrae a la misma disciplina religiosa. Pero la vida de distrito con su aislamiento le puede ser ocasión de que descuide estas normas básicas de salud: la falta de variedad en los alimentos, la falta de un cocinero habilidoso y diligente, la escasez de alimentos y la forma insípida y rutinaria de presentarlos; las prisas con que quizá quiere «despachar» su comida, la inapetencia que a veces se suma, como efecto de una vida abrumada de trabajo o de forzada inacción, constituyen para el misionero un enemigo formidable y disimulado de su salud, contra el que debe de ir prevenido. Afortunadamente, el principio de la adaptación, que tanto le han inculcado, no es preciso que lo haga llegar hasta la cocina. Los mismos indígenas, que cuando el Padre se sienta a su mesa les halagará que coma como ellos, no ven con extrañeza que, cuando come solo, use de su cocina extranjera.

\* \* \*

Pero la salud es un complejo. Estamos acostumbrados a atri­buir todo al cuerpo. Y, sin embargo, muchas veces no sabría­mos distinguir si es el cuerpo el que está enfermo o es el alma. Ni acertamos a medir cuál de los dos tiene mayor influjo y tras­cendencia. Un disgusto altera nuestro corazón y hace sufrir al alma. Una calumnia, un desprecio, una venganza, un plan de opo­sición, el convivir con un carácter inacoplable al nuestro o con ciertos individuos «también enfermos» no lesiona nada nuestro cuerpo; y, sin embargo, hieren terriblemente el alma. Aquí diríase que no es el piano el destemplado, es el pianista. Como la sangre tiene sus microbios que la envenenan, así el alma tiene los suyos.

* así como el cuerpo tiene sus reglas de higiene, se impone tam­bién dar algunas para el alma.

Aun cuando la Religión no tuviera más méritos a su favor que constituir el clima higiénico por excelencia del alma, sería sufi­ciente para que todos los pedagogos la incluyeran en sus principios y todos los gobernantes en sus leyes. Epicuro llega a decir que nadie puede vivir dulcemente sin ser prudente, honesto y justo; y, por el contrario, siendo prudente, honesto y justo no podrá dejar de vivir dulcemente; pues las virtudes son congénitas con la suavidad de la vida y la suavidad de la vida es inseparable de las virtudes»[[91]](#footnote-91). Epicuro comete aquí el error de tener a la virtud no como fin en sí misma, no como un principio categórico de conducta, sino como un medio de pasarlo mejor en la corta vida que se nos concede a los mortales. Aun así y todo, es una perla entre escombros que no hay por qué desechar.

Otra regla de higiene espiritual es la paz del alma y la paz viene de la paciencia. La paz para los estoicos se adquiere ajus­tando nuestros deseos a los sucesos y no pretendiendo que los su­cesos se ajusten a nuestro deseo». Este principio, como humano que es y humilde, es digno también de ser aceptado. Para el misionero es ésta una regla higiénica de primera. La felicidad y la desgracia tienen en el hombre dos puertas: una grande y otra chica. La llave de la puerta grande está en nuestro poder; la llave de la puerta chica la tienen los demás. Las cosas son como son y no como debieran ser. Hay que tomarlas como vienen y no como queríamos que vinieran. Esta regla es más humana y excelente que la total abolición de los propios deseos. La doctrina cristiana no nos exige extirpar nuestro poder volitivo, sino conformarlo con la voluntad divina, purificando nuestro deseo de la escoria del egoísmo; reco­brar toda nuestra energía y dirigirla por el único cauce de la gloria de Dios.

Pero ni la regla de Epicuro ni la de los estoicos pueden darnos la felicidad y verdadera paz del alma. «La paciencia sin duda mitiga nuestros dolores, pero no los extingue. No basta despreciar el dolor para no sentirlo; hace falta un anestésico. Para que el dolor se extinga es necesario una trasformación completa de nuestra naturaleza. Esta trasformación sólo la puede operar el amor. Amor y felicidad son dos términos sinónimos». Al escribir estas palabras no copiamos a un Santo Padre, sino al dulce escritor y novelista español Palacio Valdés.

Tomemos de él alguna norma elemental de lo que él llama higiene del alma. El orgullo es el enemigo nato de nuestra salud física y espiritual y seca la raíz de la alegría. El orgullo significa ignorancia... Todos los hombres son orgullosos y susceptibles. To­dos miramos con lente convexo los agravios que nos hacen, mien­tras vemos con lente cóncavo los que nosotros inferimos». «Cuanto trabajemos por endurecernos y amortiguar la virulencia de la va­nidad, enemiga de nuestra dicha, será ganancia. El medicamento más eficaz está en las alturas... A los que vuelan en aeroplano no los alcanza una bofetada.» Digamos también que, como hay orga­nismos predispuestos a ciertas enfermedades, así hay caracteres y almas propensas a ciertas enfermedades del espíritu. Siete grandes propensiones lleva toda alma desde que con el pecado original se desarrolló en ella la concupiscencia, monstruo de siete cabezas.

En realidad toda la profilaxis síquica va a curar alguna de esas siete infecciones endémicas del alma humana, que llamamos peca­dos capitales.

La enfermedad no sólo halla propensión en el individuo, sino preferencia por un sitio u otro. Hay enfermedades de países tropi­cales. Las misiones son innegablemente clima propicio para ciertas enfermedades síquicas. Todo el pertrecho con que vaya apercibido el misionero le será poco. Afortunadamente, el más eficaz lo hallará en Dios. El trato reposado y jugoso con Él; el recurso consciente y deliberado a la oración, unido a frecuente examen de sí mismo, será el mejor lenitivo y reconstituyente de esta enfermedad que, si echa raíces, es la más desastrosa. Primero, porque no lo parece; segundo, porque llegaría a inutilizar casi por completo la acción del misionero. Tercero, porque tiene muy difícil remedio.

1. **NEURASTENIA**

Cuando Santa Teresita, en un arranque de celo misionero, dijo: ando por un misionero», podríamos pensar que la Santa creía que los pies del misionero eran los miembros que más padecían. Pero no es esto lo cierto.

No son los pies del misionero, ni su garganta, ni sus brazos, ya lo hemos dicho, los miembros que más padecen: son los nervios. Kilos son los que pagan el primer tributo de aclimatación. Por el mero hecho de haber dado un año o dos al estudio de la lengua, no puede asegurar que el joven misionero ha sufrido un desgaste síquico que por lo general ha recaído no poco en los nervios y en la frescura de sus facultades mentales. Los primeros años de distri­to, luchando solo contra todos los enemigos juntos: lengua, carácter, administración, evangelización..., ha producido otro déficit de fuerzas que en el mejor de los casos ha sido también a cuenta do los nervios.

Este es uno de los sacrificios más íntimos que el misionero tiene que hacer en misiones. La neurastenia, que Santa Teresa tenía por plaga de los conventos, es en misiones una cruz de dos brazos que posan uno sobre sí mismo y otro sobre los demás. Una vida retirada y tranquila, libre ya de responsabilidades o compromisos, puede ser ambiente propicio a la convalecencia; pero el coco está dentro, los nervios han quedado ya para siempre un poco flojos.

\* \* \*

Tipos de neurastenia. —1. Bajo el denominador común de una sobreexcitabilidad hay todavía varios tipos. El tipo quisquilloso a quien todo le hiere, todo le molesta; ve un mundo de oposición y de cálculo, donde no ha habido más que un olvido, una inadver­tencia, o la simple ambigüedad de una frase, que él ha de tomar por donde quema. Reconcentrado, se pudrirá interiormente con sus devaneos, pensando equivocada y exageradamente, que se le atro­pelló en esto, y no se hizo caso de él en aquello.

1. El intransigente que tropieza a las pocas de cambio contra todos; contra los criados por vagos; contra el catequista por vivi­dor; contra los profesores por negligentes y perezosos; contra las Presentandinas, porque hacen lo que quieren; contra los cristianos, porque son ignorantes, indolentes e interesados. Y no es que no haya en todo esto algo de verdad y bastante, sino que algo de todo eso que hay, es por su culpa. Porque no les sabe llevar y hacer amable el cumplimiento del deber; porque, por la sobreexcitación de sus nervios, siente más las cosas de lo que las cosas merecen y de lo que los demás, equilibrados de nervios o comprensivos, las sienten; y reacciona demasiado bruscamente contra todas esas de­ficiencias, limitaciones y «peros» que tienen todos los mortales, y más si estos mortales son paganos. Porque ¿cómo van a venir, v. gr., los cristianos, si los que vienen prueban el vinagre de tu mal genio y sienten las sacudidas de tus irritados nervios? Si aun cuando el misionero fuera vino y buen vino no faltaría quienes no vinieran, porque al fin y al cabo tienen ellos «otros vinos», ¿qué será si a ello se junta el carácter difícil, fácilmente irascible de un párroco poco comunicativo y displicente?

La neurastenia produce otro tipo de síntomas muy acusados.

1. El arruinado. Los estragos de la neurastenia son en él como los de la hormiga blanca, que se come todo y no deja sino la apa­riencia; detrás de una fachada normal se oculta un interior total­mente carcomido y ruinoso. Lo tocas y se hace polvo. Así es fre­cuente ver a algunos misioneros de buena presencia, de cara sana, de fachada fuerte; pero a las pocas de cambio se echa de ver que están destrozados. Una falta de entusiasmo en todo, una recon­centrada tendencia al silencio, una irritabilidad exagerada que les hace molestarse por cualquier cosilla y enjuiciar los asuntos con tomo siempre quejumbroso y exagerado. Apenas si resisten algo que sea responsabilidad, trabajo serio y constante.

\* \* \*

La profilaxis de la neurastenia no es sencilla.

Supuesto el reposo y la sobrealimentación, es imprescindible eli­minar todo lo que le pueda ser preocupación. Pero algo de ocupa­rle de suave y gustosa no sólo no le perjudicará, sino que le será provechosa. Es preciso que el enfermo no se sienta como un ser inútil y carga para los demás. El valor social es siempre agradable y tiene un poder higiénico visiblemente apreciable.

La virtud juega aquí un papel importantísimo de carácter pre­ventivo y catalizador. Por eso ha dicho el P. Ledochowski que los santos pueden estar enfermos, pero no neurasténicos. La vir­tud y vida espiritual bien llevada hará conocernos a nosotros mismos, comprendernos con indulgencia, juzgarnos con sinceridad y regirnos con severidad. Nada puede contener tanto la flojedad de los nervios como un control severo que reprime por virtud los pri­meros impulsos, se sobrepone a una súbita impresión y modera una inconsciente irritabilidad. El «bis ad limam» que San Juan berchmans aplicaba a sus palabras, lo ha de aplicar el débil de nervios a sus impulsos, a sus determinaciones, a sus actividades. No pedir, no rechazar, no rehusar lo que se le antoje al amor pro­pio, al genio, al malhumor o a la impaciencia, a la comodidad o capricho; sino someterlo todo al dictamen de la razón, de la fe y de la obediencia.

No eximirse de nada por propia iniciativa, pues cuando la vo­luntad cede y se rompe el dique, la imaginación se desborda avasa­lladora e incontenible. Anclado en el «mea maxima poenitentia vita i ommunis» es preciso que nunca suelte las riendas de la mortificación que le podrá poner a salvo de una ruina total.

No raras veces los mismos Superiores pueden ser cómplices, sin pretenderlo, de este fatal desenlace, al sobrecargar al súbdito de trabajos o al no ejercer sobre ellos una sabia y paternal vigilancia. Ellos no son testigos de los sinsabores y disgustos que el súbdito pasa, primero porque los más se pasan en silencio y segundo por­que cuando al súbdito se le fue el berrinche no le gusta volver sobre lo que ya, por pasado, no le impresiona. Pero es indudable que una vida habitualmente en tensión y violenta, degenera infaliblemente en neurastenia. Una vida habitualmente abrumada de trabajo, aca­ba con los nervios más templados. Una vida de continua preocu­pación y disgusto, mella la más inalterable placidez de carácter.

Téngase presente además que el que está delgado puede engor­dar; el que está débil puede robustecerse; el que está cansado puede descansar y recuperarse; el que ha perdido sus nervios no los encuentra ya probablemente en toda su vida.

1. **MICROBIOS DE LA VIDA MISIONERA**

1. El desprecio. —No faltan misioneros que al contacto con el mundo pagano «magnus aegrotus», o con el mundo de los «neófitos» de una fe embrionaria y de una piedad de rudimentos, o con el «hombre» de poca cultura, de pocas formas sociales, de una sicología pobrísima, responde inconscientemente con el desprecio y la apatía.

Es un desprecio lleno quizá de sonrisas, pero postizas y frías; lleno de frases entrecortadas, pero para salir del paso; lleno de in­clinaciones de cabeza, pero sin eco en el corazón; lleno de recon­venciones rutinarias sobre el venir a la iglesia, a misa, a ejercicios, etcétera, que no hacen, claro está, impresión ninguna en el oyente, porque son flechas lanzadas sin fuerza; mejor dicho, le afianzan más en su tibieza. Si sentimos dentro ese desprecio infaliblemente se nos ha de conocer. Se nota pronto cuándo esas frases de cortesía, de cariño y de saludo son sinceras y cuándo son «artificiales».

En el campo social de nuestra alma no hay hierba más perniciosa. Sin este defecto, los otros fácilmente se perdonan; pero lo que no podemos perdonar es el desprecio. Lo menos con que nos han de res­ponder es con la misma moneda. Y un alma que advierte en la nuestra esa sedimentación, ¿cómo ponerse a nuestro alcance? ¿Cómo poder influir en ella espiritualmente?

Toda acción en el alma ajena se verifica mediante la entrega que esa alma nos hace de su corazón; es como franquearnos la puerta o entregarnos la llave de su alma. ¿Pero cómo entregarnos el corazón si siente que lo despreciamos?

Difícil es desarraigar el brote de esta maligna hierba. Arriba apuntamos su origen. Nada como la tibieza de nuestros cristianos favorece en el misionero el brote del desprecio y repugnancia. La Escritura misma parece justificarla, cuando afirma que el tibio causa náuseas a Dios y lo provoca a ira. Cuando encontramos fer­vor fácilmente pasamos por una presencia y aspecto repugnante o por una cultura ínfima o por la miseria. Pero cuando se da tibieza, esto es, profunda apatía en ellos y hondo desprecio de nuestra doc­trina, de las prácticas cristianas, de nuestra presencia y predica­ción; entonces es heroico no pagar con la misma moneda y des­preciar a los que nos desprecian. Esto es, si se quiere, muy humano, pero no es nada divino; muy natural, pero nada sobrenatural.

Por eso hemos proclamado tantas veces como necesaria una virtud heroica en el misionero. Porque si tratamos de ganarlos y de convertirlos, no hay más remedio, no hay otro camino que el amor. El misionero que dejara anidar en su corazón el desprecio, no busque otra explicación al descenso de su parroquia. Todos somos muy sensibles al afecto. También los indígenas notan a la legua el verdadero interés, cariño y afecto. Notan cuándo todo ello es arti­ficial y, aunque callen y no lo digan, lo dicen con sus obras, res­pondiendo a apatía con apatía y a desprecio con desprecio. Es preciso, como tantas veces hemos dicho, subirnos al plano sobre­natural; atender a las lecciones de la Encarnación; sentir hacia las almas el amor de padre y aun de madre, porque sólo el amor de madre sabe sacar de las miserias del hijo incentivos a su amor.

\* \* \*

1. El desaliento o pesimismo. —Es enemigo muy común. Más de una vez le morderá al misionero el gusano del desaliento y le hará creer que no hace nada, que está perdiendo el tiempo, que es hora de lanzar aquel «curavimus Babilonem et non est sanata derelinquamus eam»; o de decir con el discípulo enemigo de Cristo: «Ut quid perditio haec?» O de sacudir, en fin, el polvo de sus zapa­tos e irse a otras regiones más propicias a la gracia. Pero esto no sería más que el gesto, bien humano, de los humanos impacien­tes, de los que quieren medir la historia con medida de años. El año es el módulo de la vida del hombre, «el de pocos días»; el siglo lo es de la historia. Se habla del Siglo de los Cruzados, el Siglo de Oro, el Siglo de las Misiones, el Siglo de las Bellas Artes, el Siglo de los inventos. No podemos quejarnos si los breves días de nuestra vida no corresponden a grandes acontecimientos en la Historia.

Pero además, con frecuencia tenemos también un concepto bien reducido y simplista de la acción misionera. Con frecuencia lo re­ducimos todo a catequesis, bautismos, matrimonios, confesiones, co­muniones. Y no; el programa del misionero y de la Iglesia es mucho más amplio, y, si se quiere, también más lento. Como toda madu­ración del fruto en sazón requiere su período.

a) La primera incumbencia misionera es socavar el pa­ganismo en sus cimientos, que es el modo más radical de acelerar su ruina definitiva.

b) Hacer ambiente benévolo a la Iglesia de Cristo y preparar la incorporación de los pueblos al seno de la Iglesia.

1. Incorporar de hecho a los gentiles por el bautismo y la adhesión libre del alma al reino de la Iglesia.
2. Fundar y constituir la Iglesia como cuerpo visible y medio de salvación al alcance de todos.
3. Completar la incorporación de todos los paganos al seno de la Iglesia.

Esta es toda la labor misionera; todo lo que sea obtener un objetivo u otro, en mayor o menor grado, todo ello es evangelizar, es misionar, es fructificar. Esto debe hacernos optimistas. El misionero no sólo obtiene fruto cuando bautiza o confiesa, o da la comunión, o bendice un matrimonio. Este es un error que podría­mos atribuir a las estadísticas; un tributo que pagamos a la indu­dable ventaja que nos hacen.

Hoy se hacen estadísticas de todo: de población, de natalidad, de mortandad, de porcentaje de la vida. Se hacen estadísticas de la lluvia, de los vientos, de la temperatura; de los accidentes ferro­viarios, de automóvil, de aviación. Las hay de producción, de in­dustria, de comercio. Hay estadísticas mundiales, nacionales, pro­vinciales...

Nada, pues, de extraño que también las haya misionales. Tam­bién en misiones se hacen sus estadísticas de bautismos, de comu­niones, de catecumenados. Se juzga que una misión está pujante, cuando en cada uno de estos y otros apartados los números se elevan a su mayor porcentaje. ¿Y es esto verdad? Sin duda alguna. Pero no es toda la verdad. O mejor dicho, lo que no es verdad es que, cuando esos números acusan bajo porcentaje, se trate de una misión poco pujante. Porque sencillamente hay cosas que se resis­ten a entrar por el aro de las estadísticas. El crecimiento, el de­sarrollo de un ser vivo, la floración de una planta se verifica me­diante un proceso continuo de evolución, tan incoercible como misterioso y oculto. El fruto, el esperado, el sazonado y sabroso fruto, es el resultado último de un proceso de maduración, de desarrollo, de vida.

Pero sería un error absoluto pensar que el árbol está muerto mientras que el fruto no aparece y la yema no despunta y las hojas no brotan. Tanta vitalidad lleva el árbol en un momento como en el otro. Ambos son «igualmente» momentos de la misma pujan­za, de la misma vitalidad y del mismo desarrollo. Son «dos tiempos» del mismo proceso, dos estados «del mismo fruto». Desarrollo y proceso que no se para, sino que día tras día avanza, porque día por día va recibiendo la acción de mil combinados elementos: el agua, el sol, el aire, el calor, el frío, la nieve, la niebla, el vendaval, la helada, la poda. Todos tienen allí su acción; todos han contri­buido al último logro: el fruto. Cada día de sol, de lluvia, de hielo, de viento, ha marcado un paso de acercamiento para llegar al brote, a la yema, a la hoja, a la flor, al fruto.

Las misiones son también algo vital, algo que evoluciona y se desarrolla; es el principio vital de la gracia que recorre paso a paso los estudios de desarrollo que la savia en el árbol y el resul­tado visible de mil elementos que invisiblemente, día tras día, van elaborando el fruto. Creer, pues, que sólo los bautismos, comunio­nes, matrimonios... acusan un avance de la fe, es sencillamente un error. Aquello es verdad, pero repitámoslo, no es toda la verdad. Sin bautismos, sin matrimonios, sin conversiones de hoy, puede sin embargo haber «hoy» crecimiento, desarrollo, acercamiento a la floración, al fruto.

Crecimiento es la mera presencia del misionero que con su vida santa y la constancia de su reglamentada vida y disciplina y piedad, es sal de la tierra. Su presencia, su doc­trina está predicando la falsedad de la idolatría; la existen­cia del Creador, la bondad de la religión católica; es luz del mundo.

Crecimiento es toda sonrisa, toda atención, todo obse­quio que hace el misionero; porque es como un día de sol con cuyo calor la savia sube y el árbol se desarrolla.

Crecimiento es toda buena palabra que dice; toda amo­nestación que hace; toda buena acción que estimula y alien­ta; toda buena acogida que otorga, porque todo es sembrar simpatías hacia la Iglesia de Cristo y calentar el ambiente y hacer atmósfera favorable.

Crecimiento es toda conversación o charla con la que des­hace prejuicios, desautoriza supersticiones y aumenta el prestigio de la Iglesia.

Crecimiento es toda visita que hace o que recibe; todo ca­lendario o estampa que vende; el libro que presta y el pe­riódico o revista que pasa; toda imagen o medalla que re­gala. Crecimiento es el toque de la campana a misa todos los días y en los días de gran fiesta, en verano y en in­vierno, mientras los vecinos de la calle duermen su sueño más sabroso.

Crecimiento es que los niños hallen contento y sepan di­vertirse y pasar el rato en el patio de la residencia del mi­sionero, a cuya sotana se acercan como el niño a las faldas de su madre; y crecimiento es cuanto escribe, habla y ora el misionero.

¿Cabe todo este catálogo dentro de las estadísticas misionales? A propósito hemos omitido esos otros datos que se ven y se ano­tan y se comparan con tanto detalle y miramiento en las esta­dísticas que se escriben, que se editan y publican y se analizan y comparan.

Pues bien; ¿qué misionero, al cabo del año, del mes, del día no puede anotar en su diario muchas sonrisas dadas, muchos obsequios hechos, muchas conversaciones tenidas? ¿Qué misionero no puede anotar en su diario, en ese diario que quedará siempre inédito en esta vida, mucho saneamiento del ambiente pagano, derrumbe de prejuicios, acercamiento, simpatías?

Todo es ir yendo a la floración, al fruto. Aunque el árbol te parezca muerto no lo está. Dentro tiene la savia divina que a su tiempo, «in tempore opportuno», por la secreta vía de la acción de Dios y la cooperación del alma y tu acción de jardinero, llegará a florecer y hacer que ese distrito, antes al parecer muerto, se convierta en un rincón lozano de floración y dé frutos de fe, de vida cristiana. Precisos fueron antes los inviernos, precisas las heladas y las nieves, precisas las tormentas. Era entonces cuando los misioneros que las pasaban creían que la evangelización, lejos de adelantar, retrocedía. No era así; era una y mil veces «otro tiempo» de un mismo año; otro estadio de un mismo proceso de vi­vificación, de desarrollo y fructificación.

Tratemos de aclararlo con otra comparación. La de los cimien­tos. El concepto de cimiento no lo tiene el niño que sólo piensa y habla de lo que ve. Ni siquiera el hombre está acostumbrado a pensar mucho en ellos. Pero nosotros sabemos que una casa de 20 metros de altura fácilmente mide 25, porque se han ido cinco metros en los cimientos. El inexperto se pondría a calcular los pre­supuestos de construcción comenzando a flor de tierra, sin caer en la cuenta de que allá, bajo tierra, se ha ido mucha piedra y mucho material para los cimientos que no se ven, que no se habi­tan, que no embellecen; pero que sostienen lo que se ve, lo que se habita, lo que da belleza.

Pues bien; en misiones estamos en plena efervescencia de cons­trucción. Estamos construyendo la Iglesia, la fe de los pueblos y la vida cristiana de cada alma. Un cristiano es un edificio de san­tidad, «in aedifictionem corporis Christi». Cuando nos ponemos en contacto con un alma de fe admiramos su piedad, su humildad y pureza, su invicta paciencia, que es tanto como fijarnos en la altura de un edificio majestuoso y bello; nos contentamos con admirarla y nada más. Nada pensamos en las profundidades de los cimientos en que descansa y se apoya su fe. Sin embargo, no habrá director de almas que, por santas que sean las que dirige, se atreva a atri­buir a sí la elevada santidad a que han llegado. Sabe que además de la gracia hay otros operarios anónimos, padres, maestros, pro­fesores; la sociedad cristiana en la que vivió, el ambiente de familia que respiró, la educación que recibió, que han sido los constructo­res de los cimientos de aquella gran alma.

En misiones nos toca construir desde los cimientos y aun antes de echarlos hemos de desmontar, socavar, profundizar. En países cristianos este trabajo de socavación y de cimientación está ya totalmente hecho. La labor con las almas empieza desde el primer piso o quizá más arriba. Los cimientos vienen ya construidos por esos constructores anónimos que llamamos padres, maestros, so­ciedad; por el influjo cristiano multisecular.

El alma modelada en cristiano trae ya, como por herencia, en su carácter, en su sicología, en su conducta algo que es ya fe y humildad y sinceridad y obediencia cristianas.

Esto sólo nosotros los misioneros lo notamos cuando queremos construir y empezar «por lo de aquí» y vemos que el edificio se arruina y viene a tierra, porque faltan sencillamente los cimien­tos; porque son niños sin padres cristianos y son almas sin tradi­ción de fe, ni costumbres de cristiano, ni ambiente de piedad ya hecha. Esta es nuestra primera labor; hay que moldear desde el principio el alma; hay que construirlo todo; hay que edificar desde los cimientos, desde los primeros rudimentos de la fe, de la piedad, de la humildad.

¡Oh vosotros los humanos impacientes! Si queréis juzgar de si la Iglesia avanza, no seáis precipitados; reparad sencillamente que hay que edificar desde los cimientos; y los cimientos, por defini­ción, son algo que no se ve, que no se aprecia, que se adivina nada más y se tiene en cuenta sólo para los presupuestos...

No te descorazones tampoco tú, misionero. Nunca construir ci­mientos fue obra de elegancia y de vistosidad; sigue tu labor ca­llada, laboriosa. «Ut aedificentur muri Jerusalem»[[92]](#footnote-92). Pero aún me quedan otras razones más hondas que acabarán por descalifi­car su pesimismo.

Dónde ha de buscar la paz y confianza.

Cuando el cansancio o el hastío se apodera del alma de un misionero, se hace incapaz para trabajar como un após­tol, y esto sucede infaliblemente tarde o temprano a todo el que no tiene un gran espíritu de oración. Es inútil que nos hagamos ilusiones. Si un pasaporte está visado por el consulado francés, inglés, italiano, español, alemán o por cual­quiera otro de los representantes oficiales de las naciones europeas o americanas, podrá valernos contra peligros hipo­téticos y aun a veces nos librará de enojosas complicacio­nes; pero no tendrá nunca poder para librar al misionero de los disgustos y rozamientos diarios que se producen con las gentes de casa y de fuera; contra las pruebas y tentaciones de alma y cuerpo a que todos estamos sujetos; contra la pérdida de muchas esperanzas e ilusiones que nos forjamos; y mucho menos podrá defendernos, cuando tristes y abati­dos, nos vemos tentados de repetir con el apóstol, que hasta la vida nos causa tedio. El misionero se parece muchas veces a esas rocas perdidas en medio del Océano. Solo, olvidado, abandonado de todos y ¡con cuántas y qué amargas tem­pestades está escrita la historia de su pobre corazón!

Es un error el creer que la gracia de estado hace al mi­sionero más insensible al dolor. El mero hecho de ser mi­sionero supone, que se ha tenido siempre un corazón más delicado que el común de los hombres; y esa sensibilidad se agudiza todavía más al contacto de las pruebas que sufren de ordinario todas las vocaciones y a la vista de tantas mi­serias como ha ido encontrando a lo largo de todos sus viajes y en los pueblos que ha tenido que evangelizar. El misionero, como San Pablo en Atenas, siente que el corazón se le des­pedaza ante tantas ciudades, tantos pueblos y tantas gentes esclavos del demonio, sin que pueda hacer nada o casi nada por ellos. Grita y no le escuchan, amenaza y no le temen y no tiene más remedio que acogerse a la oración continua, confiada, fervorosa, para protegerse contra las oleadas terri­bles del decaimiento y la desesperación[[93]](#footnote-93) (2).

¡Feliz el misionero, que en los momentos críticos de dolor co­rre a la capilla o a la soledad de su cuarto y busca en la oración la calma, la resignación, que otros irán a pedir inútilmente a las diversiones y distracciones del mundo y de los hombres. Sólo la paz que en Dios se encuentra tiene bases sólidas y seguras y sólo ella es la que dignifica al misionero!

\* \* \*

1. La cólera. —Uno de los sacrificios más sutiles que la voca­ción misionera impone, es no poder permitirse el desahogo de la ira. Porque la ira es un desahogo que exige la justicia. Ante la actitud grosera, intencionadamente pasiva o seriamente insultante de algún subordinado y sobre todo ante la incuria, dejadez y pereza, ante un desaguisado o un suceso culpablemente desgraciado, no cabe muchas veces otra cosa que el desahogo de la cólera. Es pre­cisamente lo que está prohibido al misionero. Porque nada, en efecto, más destructor en misiones como la ira. Tiene que tratarse de gente muy suya, de una confianza a toda prueba, para que un enfado, un arrebato de cólera no sea más que un legítimo e inofen­sivo desahogo de nervios. Al chino, por ejemplo, nada le parece tan irracional como el airarse. Parte por temperamento, pero parte también porque él tiene otros medios de compensarse, que es, a pla­zo más o menos próximo, la venganza. El amo ante un caso irri­tante en su empleado, se domina, se calla, pero lo más probable es que, si no le obliga fuerza mayor, cuando le venga a pedir su salario le diga: «Usted me hace muy buenos servicios y estoy muy contento de usted, pero me veo forzado a disminuir el personal, usted puede buscar otro empleo, yo veré con mucho gusto que le vaya bien en él».

Sea como sea, al misionero le queda también este recurso, no por venganza, sino como medida de prudencia, si es que la caridad no le pide que condescienda; lo que no le está permitido es el arrebato de la ira. Y ¿quién duda que es éste un sacrificio sutil? Todos necesitamos de vez en cuando un desahogo de nervios contra esta sociedad en que vivimos y en la que todos somos víctimas y verdugos. Cuando somos verdugos ni lo advertimos; pero cuando somos víctimas no lo aguantamos, y lo menos que nos parece razo­nable entonces es la cólera, desahogar nuestro mal humor con lo equivalente a un puñetazo o a una patada.

Una lección del baile. —Presencié en cierta fiesta los juegos gim­násticos de las niñas de un colegio religioso. Uno de ellos era es­pecialmente curioso e interesante. Las niñas, al ritmo de una to­nada movida y caprichosa, formaban mil estudiadas combinacio­nes que acompañaban con el movimiento y elegante balanceo de los pies. Pero de vez en cuando el ritmo se interrumpía en seco y un golpecito en el suelo, o en otros términos, una delicada patada, era la señal o el resorte de un cambio de disposición o cuadro. Resultaba elegantísimo: ¿Lo ves?, me decía yo interiormente, filo­sofando tozudamente y tratando de justificar ciertos desplantes del genio; ¿lo ves?, hasta el arte exige un desahogo, un interrumpir la monotonía del ritmo, un acelerar el paso y dar una inofensiva patada en el suelo. En la vida nos pasa lo mismo; hay momentos en los que el equilibrio síquico no se mantiene sin un golpe, sin un desahogo de ira, sin un arrebato de cólera. Esto es sicológico, es humano y parece que es hasta pedagógico.

Todo lo que se quiera. Pero al misionero ese desahogo, ese pisar fuerte, esa patada sonora le está terminantemente prohibido. Pi­samos fuerte cuando el camino es duro, cuando el piso está firme, cuando el suelo va a resistir nuestra patada. Pero si es endeble, si se tambalea, si el suelo está blando, entonces o no pasamos por allí o si pasamos es siempre de puntillas y como gato por brasas. Pues el pueblo pagano es terreno blando; la cristiandad, toda de neófitos, es piso de andamiaje, y una patada puede echar abajo un tinglado que costó mucho levantar. He ahí por qué no se puede permitir el misionero el desahogo de la cólera, un arrebato de ira... ¿Costoso? Convenido. Pero misionero.

¿Pero es que ha de estar siempre con la sonrisa en los labios? Lo más que pueda. ¿No hay, pues, ocasiones en que el misionero pueda enfadarse? Aunque no muchas hay algunas. Puede mostrar santa indignación o ira con cristianos o alumnos o criados muy nuestros, a los que conocemos bien y de los que estamos seguros que una reprensión no producirá ninguna mala consecuencia. Aun entonces habrá que ver si ya que para ellos no, la traerá para los que presencian nuestro desplante, que empezarán a mirar ya con pre­vención, con desconfianza y malos ojos al misionero.

¿Cuándo se puede proceder con severidad con un niño o con una persona mayor? Ante todo cuando los conozcamos perfecta­mente y podamos medir todas las consecuencias de nuestra acti­tud. Cuando se trata de cristianos de abolengo o de niños que tie­nen con el Padre absoluta confianza. En realidad el que uno reciba de buen modo la reprensión o el castigo del Padre, es uno de los mejores indicios para juzgar su fe y la sinceridad en que vive. Si no le conoces bien, o si es cristiano nuevo, tu reprensión será contraproducente; empezará por distanciarse de ti, y le hará no cumplir sus deberes cristianos. Si se trata de gente que nos está sometida económicamente, quizá no tenga más remedio que aguan­tar, pero no guardará ya hacia nosotros sino una adhesión de pura fórmula, no de corazón.

Por otra parte, esto no significa que ha de actuar siempre con blandura e indecisión. El buen trato y delicadeza de formas a todos gusta, pero no todos saben responder a él. Cuanta más no­bleza de alma menos falta hace el rigor, la imposición, el mandato. Una insinuación, una palabra basta. Eso cuando hay nobleza de alma. ¡Pero abundan tan poco las almas nobles!

***TERCERA PARTE***

***LA VIDA MISIONERA Y SU CAMPO***

*«Ver y considerar las tres Personas divinas como en el su solio real o tro­no de la su divina majestad, cómo mi­ran toda la haz y redondez de la tierra y todas las gentes en tanta ceguedad y cómo mueren y descienden al in­fierno.»*

*(Ejercicios de San Ignacio.)*

La libertad con que nos hemos dirigido en la segunda parte al misionero, nos da alguna mayor para poder hablar en esta del mundo pagano. Queremos sin embargo hacer notar dos cosas. Los defectos y limitaciones nacionales o raciales, no son ex­clusivas de ninguna nación o pueblo. Como humanos, son comu­nes a todos los pueblos a los que no ha llegado el benéfico in­flujo de la fe y de la gracia. Por lo demás, no hay pueblo por culto y aún católico que sea, que a sus méritos y virtudes no junte innegables deméritos y defectos, que ellos, los primeros, suelen reconocer y confesar. Si queremos orientar al misionero en su obra de evangelización y de apostolado misionero es pre­ciso fijarnos también en las condiciones buenas o malas del campo en el que ha de cultivar. Esta tercera parte podrá, pues, enseñar al misionero qué virtudes ha de trabajar con más em­peño y cuidado y qué defectos inhibir con más fuerza e insis­tencia, ya se trate de formar la conciencia cristiana de los fieles, ya las virtudes sacerdotales de los seminaristas, ya el es­píritu religioso de los aspirantes al estado de perfección. De an­temano agradecemos a los misioneros aquellos datos u observa­ciones, acerca de sus respectivos pueblos, que puedan enrique­cer y mejorar esta tercera parte para ediciones posteriores, si Dios quiere que salgan.

1. EL PUEBLO PAGANO

A primera vista el hombre pagano no se diferencia en nada del hombre cristiano. Cuando uno se ve de pronto en el país de misión, se esfuerza por distinguirlos entre sí, pero inútilmente.

Y, sin embargo, esta diferencia que él busca existe. Tan existe que es dogma de fe. El dogma del pecado original, el dogma de la muerte en el primer Adán y de la regeneración en el segundo Adán, Cristo. Este dogma es el hilo que nos guía en esta honda y triste realidad que San Pablo llamó «el hombre viejo», los teólogos llaman el hombre de la concupiscencia y los ascetas denominan el hombre de los siete pecados capitales. Pecado original que, borrado en el bautismo y sanada en parte su herida, vive exuberante en el alma pagana.

EL PAGANO SEGÚN SAN PABLO

Nadie como San Pablo, «el apóstol de las gentes», profundizó tanto en el misterio de la prevaricación humana, en la miseria moral del hombre viejo sin Cristo. Lo sintetiza en una palabra de condensación maravillosamente fecunda. San Pablo llama al paga­nismo «Tenebrae», Tinieblas, que es andar sin paso firme y rumbo conocido; que es noche y oscuridad absoluta, donde nada se ve, aun con los ojos abiertos; que es sobre todo tristeza.

Pero notémoslo; la tristeza del que vive en tinieblas, nadie la siente tanto como el que mira las tinieblas desde fuera, desde la luz. Porque las tinieblas son tristes para el que conoce la luz, para el que, al menos, se da cuenta de que vive en tinieblas. Esto que parece atenuar el sentimiento de tristeza, subraya más y agranda inconmesurablemente la desgracia del que la vive. Porque el que no conoce que fuera de su noche se da un día de luz eterna, ¿cómo intentar violentar la puerta de su cárcel y llegar a esa región de luminosidad y de alegría?

Tinieblas y tristeza, pues, es el paganismo tanto más densas cuanto que por no conocerlas, no trabaja por salir de su cárcel.

* con las tinieblas el descarrio. El que anda en tinieblas no ve el camino, no puede andar con paso seguro; porque en la oscuridad nada se ve, ni lo que está delante, ni lo que queda detrás de noso­tros, ni lo que nos rodea. Tinieblas, que inutilizan los mismos ojos que nos sirven para ver. El paganismo ha oscurecido la misma luz natural y el desenfreno de sus pasiones ha ahogado su voz.
* Tinieblas religiosas que han producido, como la oscuridad, toda esa exuberancia de errores idolátricos y supersticiones ridículas.

Tinieblas morales que han colocado al hombre en un nivel infra humano, debilitado su voluntad, enerbado sus fuerzas para poner energía en el trabajo, resolución en el propósito y constan­cia en la obra.

Tinieblas estériles en buenas obras, porque donde no hay luz, no hay vida. «Alienati a vita Dei». Donde no hay la vida de Dios, vida del espíritu, se desarrolla exuberante la vida de la carne. Lo dice San Pablo con entereza de apóstol, y humildad del que sabe lo que fue. Los paganos, alejados de Dios, se han llenado de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversi­dad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, ma­lignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, so­berbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desganados, desamorados, despiadados»[[94]](#footnote-94).\* \* \*

Resultado de esta concupiscencia desenfrenada, son los cuatro grados por los que, paso a paso, ha ido cayendo el paganismo: 1.°, la negación práctica de Dios, «non glorificaverunt aut gratias egerunt»; 2.°, la apostasía de la inteligencia y negación teórica de Dios «evanuerunt in cogitationibus suis»; 3.°, oscurecimiento abso­luto de la verdadera noción de la divinidad «oscuratum est insipiens cor eorum»; 4.°, para engañar y dar cierta satisfacción a las ansias y anhelos de algo superior a sí. «Mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis, et volucrum et quedrupedum et serpentium».

Y, abandonando el hombre a Dios y abandonado el hombre por Dios, no queda más que el abismo de abyección y el culto de sus mismas pasiones: «propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum in inmunditiam... et servierunt creaturis potius quam Creatori».

El hombre, pues, pagano, alejado de Dios, principio único de toda vida espiritual, será muerte; apartado de Dios, único manan­tial de santidad, será esclavo del pecado; desordenado por último en todo su ser y sus actos, respecto de su único fin verdadero, do­minará en él el error y la mentira.

Esto es dogmáticamente el paganismo para San Pablo.

EL PAGANISMO SEGÚN SAN AGUSTÍN

Calca y resume a San Pablo, el genio de la cristiandad, el doctor de la gracia, San Agustín, y llama a la Humanidad sin Cristo: massa... quae tota vitiata ex Adam fluxit». «Massa corrupta», en cuyo seno bulle hirviente la fermentación del desenfreno y de la perdición.

* acude al Evangelio, en busca de nuevas expresiones que el Evangelio le ofrece pródigamente, en los tipos espirituales que en él se hallan representados. Los enfermos del cuerpo le son símbolo de los enfermos del espíritu. El Hijo pródigo será el símbolo de toda la Humanidad que huyó de Dios por la idolatría; los ciegos, símbolo del mundo alejado de la luz, que es Cristo; la infeliz cananea, símbolo de la indignidad del mundo pagano para acercarse a Dios; el samaritano maltrecho y medio muerto, camino de Jericó, será la alegoría de la abyección del paganismo; y en la pecadora que se lanza sollozante a los pies del Señor, agobiada por sus mu­chos pecados, ve el estado de abyección del mundo gentil; y, en fin, en Lázaro, hediondo y en el sepulcro, capaz sólo de resucitar a la voz de un Dios, todo poder y misericordia, ve el estado de muerte del mismo paganismo.

El mundo pagano es para San Agustín el «gran enfermo»: «Aegrotat humanum genus non morbis corporis sed peccatis. Iacet toto orbe terrarum ab oriente ad occidentem grandis aegrotus. Ad, sanandum grandem aegrotum descendit omnipotens medicus»[[95]](#footnote-95).

Pero entre los símbolos que más desarrolla San Agustín está el de la hemorroísa. La mujer paciente representa a la «ecclesia gentium misera, quaerens beatitudinem», a la reunión de los gentiles hambrienta de felicidad.

Su miseria es dolencia crónica, flujo de sangre, pérdida de todas las lozanías vitales, anemia. «Se le iban todas las fuerzas, dice San Agustín... Siguiendo los deseos de la carne, derrocha todas sus energías».

He ahí uno de los aspectos sombríos del paganismo; despilfarro de energías, disolución de fuerzas, desfallecimiento, malestar in­curable.

«El paganismo significa una sangría dolorosa y lenta, un con­sumo desastroso de la hacienda... del espíritu». El hombre es una creatura desventurada y sublime, poseedora de un caudal de sa­gradas energías, de tendencias profundas que le divinizan. El de­seo de la felicidad es el primer motor en el reino del alma. La salud forma lote de la felicidad humana, y para conseguirla, la hemorroísa puso su hacienda en manos de los médicos, lo mismo que la gentilidad en manos de sus dioses... Todos proclaman la salvación, pero sin poderla dar, porque carecen de ella... Gastó todo su haber en los médicos, esto es, en los dioses falsos que nunca pudieron sanarla.

La profunda dolencia del alma pagana es una escisión y dua­lismo sicológico, una «dispsichía». Por un lado, anhelos sublimes a lo bueno, a lo bello, a lo inmortal; por otro, una desoladora impotencia para lograrlos.

Así están esos millones y millones de budistas, a quienes Sakiamuni ofrece, como infalible panacea de sus males, la aniquila­ción de todos sus deseos; como si el hombre no fuera más que una indefinida repetición del suplicio de Tántalo.

¡Cuánta noble energía inútilmente consumida en la renuncia al mundo y a los apetitos! ¡Cuánto ardiente impulso, quemado en la meditación de los males de la existencia, para librarse de la carga de los deseos y lograr el reposo y equilibrio total! ¡Cuánto afán devoto en los ojos contemplativos que no cesan de rodar en la noche eterna, sin la luz de Cristo...!

Los seguidores del Islam nos ofrecen el mismo ejemplo con sus plegarias, con sus ayunos, sus ritos, sus peregrinaciones y sus gue­rras santas...

Pues bien; esa efusión de energías sagradas, ese quebranto y hemorragia que hiere los puntos más vitales del ser humano, es la sorda miseria del hombre irredento, del hombre que no ha to­cado a Cristo. Como a la mujer hemorroísa, le esquilma, le con­sume, y desbarata toda su hacienda y tesoro espiritual, sin lograr lo que desea. Y ese desaliento espiritual del paganismo forja esos rostros sin luz, llenos de melancolía y desesperanza, incapaces de dibujar una sonrisa que sea algo más que una contracción fisio­lógica de la cara.

EL PAGANO SEGÚN CRISTO

Pero hay voz más autorizada, la voz directa del Hijo de Dios. Sus labios divinos consagraron unas palabras al tema que nos ocupa. Habla del pueblo judío, pero vale también a fortiori del pue­blo pagano. «Erant vexati»[[96]](#footnote-96). Vejados, como sometidos a la tiranía de un déspota, al despotismo de las propias pasiones. Al despotismo del «inimicus homo». Vejados, en sus dones sobrenaturales, de los que carecen y en sus dones naturales, que han sido lesionados, mermados. Vejados. Sin el descanso que da la paz firme y duradera. Vejados. Siempre con el temor de la amenaza, bajo la opresión.

Vejados y como ovejas sin pastor. En desorden, en peligro; sin guía que los lleve a buenos pastizales. Sin quien los defienda de los asaltos del lobo infernal. En esa tristeza y orfandad que se siente cuando en el hogar falta fuego y en la casa falta el padre y en el rebaño el pastor: «sicut oves non habentes pastorem»[[97]](#footnote-97).

Tal es el mundo pagano que nos describe Cristo y San Agustín y San Pablo y con él todos los misioneros.

\* \* \*

Pero nos asalta una duda. Esta es la literatura escrita, nos de­cimos, ¿pero es tal la realidad que palpan los misioneros?

Te he de confesar que al principio no. Porque una capa de vida social, de honradez natural, de deferencia, encubre estas realida­des hondas de un alma pagana sin fe, sin gracia, sin vida sobre­natural. Pero después sí. Basta convivir algún tiempo de cerca con los paganos, para echar de ver esa ausencia sobrenatural de Dios y su obra trasformadora en el alma y de rechazo la corrupción del pecado. Aunque para su apreciación se dan ya hoy no pocas limitaciones. Primera la de la vida social que tapa muchas des­vergüenzas y cubre muchas lacras y procacidades. Segunda la de la Iglesia que, perenne surtidor de regeneración, oxigena y difunde por doquier una corriente de purificación, de principios ya uni­versales, de usos y costumbres ya en todas partes introducidos, de deberes y derechos incesantemente defendidos y proclamados. No hay nación, por pagana que sea, que no cuente ya en el bagaje de su herencia, tradición y costumbres, innegables influencias de la Iglesia Católica.

Pero ¿es triste el pagano? Los del mundo católico tendemos a dar en seguida una afirmación rotunda. Yo mismo he visto repe­tida con profusión la fotografía de dos niñas: una de rostro comu­nicativo y risueño; otra de actitud pensativa y seria. Abajo leía sendos rótulos: «Alegría cristiana»; «Tristeza pagana». Pero, ¡oh ironía de la vida!, las dos eran cristianas. Yo he vivido largos años entre este mundo pagano, rodeado de chiquillos juguetones y vivarachos, y sugestionado he pretendido distinguir por solo el rostro, por sola la alegría o tristeza de sus ojos, quiénes eran cris­tianos y quiénes paganos. Dicho se está que no salí airoso en mi empeño, y que a despecho de mis «preideas», tanto la alegría como la tristeza las encontraba perfilando, lo mismo rostros cristianos, que caras paganas. ¿Pero no se podrá decir al menos que tristeza y tristeza, alegría y alegría, cada una lleva su nota distintiva? Desde luego. «Sabemos» que la alegría cristiana es más «natural», más profunda, más hecha. La alegría pagana es más fisiológica. Pero esta diferencia, aunque existe, la conocemos, no la vemos. «Quasi tristes semper autem gaudentes». La tristeza del cristiano no cala hasta lo cristiano del corazón y la tristeza pagana arranca de lo pagano del corazón.

Como me decía un joven que no llevaba cinco años de cristiano: Padre, ¿verdad que la tristeza del cristiano, si es cristiano de veras, no es de verdad tristeza? Exactamente, le contesté, admi­rado de que tan bien hubiera penetrado la esencia del cristianismo. Diríamos que tiene más de alegría la tristeza cristiana, que la misma alegría pagana.

El paganismo tiene que ser, pues, triste. Los efectos del pecado original son funestos y profundos. Se advierte pronto un nivel que apenas sube más allá de la armonía, amistad y buen parecer. En general, su sicología es pobre. La personalidad humana, muy reducida y mermada; abundan los tipos abúlicos, incapaces de resistir a los propios bajos impulsos de la ira, de la venganza o de otra pasión. Son perezosos, indiferentes, falta nobleza de alma, energía de carácter, elevación de miras. Un egoísmo trascendente lo domina todo. El pagano piensa ante todo en sí, y aun lo que da, lo da a condición de que le deje alguna entrada actual o próxima. El paganismo no conoce Hermanitas de la Caridad; ni vírgenes no solo de cuerpo, sino de alma; no tiene quienes asistan día y noche a enfermos que no son de su familia.

El matrimonio no tiene para el pagano, naturalmente, nada de santo y sagrado. Un porcentaje inmenso está divorciado y unido ilícitamente con otro consorte. El rico que puede alimentar dos y tres mujeres, las toma. Los esponsales se hacen en edad prematura, en parte para defender a la futura esposa de otros asaltos. Es decir, que vive a merced de reacciones, más que síquicas, somá­ticas y fisiológicas.

Las costumbres públicas guardan cierta moralidad; pero las costumbres privadas abundan en usos licenciosos y obscenos. Ciertas enfermedades o deformidades orgánicas en los niños y jóvenes acusan abusos inmorales, de los que son víctimas aun los mismos animales.

 ¿Y qué tiene de extraño todo esto al que, una vez más, conoce el dogma del pecado original y sabe que la gracia va elaborando en el hombre animal un hombre espiritual y en cuerpo corruptible un cuerpo de incorrupción y en el cuerpo de muerte un cuerpo de gloria?

1. **EL PUEBLO CHINO**

CUALIDADES INTELECTUALES

El chino posee una inteligencia capaz para toda clase de cien­cias y de artes, aunque por el tributo pesado de su lengua ideográ­fica nos parece más apta para lo concreto y práctico que para lo abstracto y metafísico.

La memoria del chino es fácil y tenaz, muy desarrollada en el duro aprendizaje de los caracteres y con la recitación de dichos y sentencias de sus clásicos, en la que tanto abunda la filosofía la filosofía popular china.

La voluntad es la que parece más deficiente, sin entusiasmo ni energía. La inmensa mayoría de los chinos podrían parecer una masa algo amorfa, fría e indiferente. Pero es sólo en la forma. La moral de Confucio y el fatalismo taoísta o búdico la quieren flexible y acomodaticia. Pero en el fondo es constante, firme y tenaz para salir adelante con sus planes, aunque generalmente por medios suaves. Se ha dicho con acierto «que es perseverante hasta entrar en donde pretende, sin forzar nunca la puerta». (Nú­mero extraordinario de Anking.) En medio de grandes sombras hay zonas de gran luminosidad.

NOTAS DEL CARACTER CHINO: — 1) Humanismo. El chino es su­mamente cortés y delicado. Posee un sentido altamente humano de la vida. En todo desconocido mira un posible amigo y por lo mismo su actitud con él debe ser respetuosa y atenta. Como tiene un alto sentido y aprecio de la propia honra, respeta la del prójimo y se guarda de palabras descomedidas; evita ponerle en situaciones comprometidas; disimula sus defectos, y a la ignorancia la llamará prudencia u olvido y a la equivocación ingeniosidad o gracia.

Los europeos, en nuestras relaciones sociales con los demás, solemos considerar ante todo el término «a quo»; los chinos, en cambio, el término «ad quem». Esto es: el europeo piensa. ¿Qué es lo que yo debo decir? ¿Qué criterio o parecer tengo yo en este asunto? ¿Cuál es mi derecho? Y según esto habla, increpa, apostrofa, responde, aunque al otro le duela, le moleste, le hiera. De ahí esa sinceridad, ese amor a la justicia, al derecho, a la obligación. Y como contrapeso de estas virtudes, cierta brusquedad, falta de comprensión de los demás, intemperancias, etc.

El chino, en cambio, piensa: ¿Cuál es lo que al otro le gusta oír? ¿Cómo le podré hablar de suerte que le dé gusto sin que yo reciba perjuicio? Y según eso saluda, contesta, habla, olvidado de sí en cosas que ni van ni vienen, o en momentos en que le interesa ganarse la voluntad o el favor del otro. De ahí esa finura de mo­dales que se nota aun en la gente más baja y de menos letras; de ahí esa delicadeza de trato, sobre todo en las primeras entrevistan o en momentos de paso. De ahí cierta acomodación y contemporización con el parecer del prójimo. Virtudes que tienen como con­trapeso falta de sinceridad, adulación y oportunismo, falsía, etcétera, etc. Si deben contradecir lo harán concediendo incluso aque­llo que van a negar. Si quieren traernos a su sentir, concederán primero nuestro punto de vista y nos mostrarán luego el suyo. Pero sobre todo no gastan pólvora en salvas. Un chino no disputa por la verdad, disputa por el interés. Y como la amistad es de los intereses el más productivo, él no la vende por una simple opi­nión; por eso él no disputa.

Acomodaticio. Afable en sus palabras y fino en sus modu­les, su código de urbanidad no siempre coincide con el nuestro, ni el modo de conducirse ha de ajustarse precisamente a nuestros convencionalismos extranjeros. Es hábil para acomodarse a las cir­cunstancias y ante todo a las personas. La cortesía y buena convivencia le exigen que no moleste ni contradiga a nadie. Por esto, la respuesta será del gusto del interlocutor, con disimulo de la verdad. Rara vez dará un chino una negativa de palabra, pero te la dará de obra, y no una, sino cien. En sus juicios no se dan sentencias absolutas y unilaterales. Si le preguntas si mañana lloverá, te responderá infaliblemente: Quizá llueva, quizá no llueva. En un litigio, ambas partes tendrán que ceder un poco; como en las compras, ni tan alto como pide el comerciante, ni tan bajo como desea el cliente.

El que en un encuentro o conflicto pretenda tomar a un chino por árbitro se llevará un desengaño. A ti te dirá que era de día y al otro que era de noche; y, si os careáis los dos con él, tendrá salida para los dos. Era de día cuando tú saliste, pero de noche cuando el otro llegó…

A tus requerimientos te contestará que sí, pero ¿hará por eso lo que dice? De los dos hijos del padre de familia a quienes, según el Evangelio, hace su padre un encargo y el primero le responde, sí, y no lo hace, y el otro le responde que no y lo hace, el chino está indudablemente caracterizado en el primero. Entre las notas que pone en el carácter chino Lin Yo Tang figura el sentido práctico, la apatía, la astucia, la paciencia, que son el plano inclinado para el buen pasar y saber vivir con paz en sociedad. En un campo así ya se ve que la sinceridad no es gramínea que pueda desarrollarse mucho. Lo típico del carácter chino es la calma, la moderación. Uno que quiera entrar en casa ajena no forzará la puerta, si no quiere que le tengan por bandido y se la cierren con doble candado.

El chino es ***pragmatista.*** Todos lo somos. Porque el egoís­mo es la exageración del instinto de conservación. Pero en el pa­gano no hay principio sobrenatural que lo domestique y reduzca su proyección en la vida y sicología humana. El chino orienta su vida a la propia conveniencia y a ella hace confluir la de los demás cuanto buenamente puede. Sabe ser terriblemente tenaz y constante en salir con la suya. Prodigará las visitas, se humi­llará lo que sea preciso, se valdrá de terceras personas; acudirá a la adulación, a las buenas formas, aunque se tenga que violentar. Comenzará alabando y gastará media hora en temas que no le importan un bledo, para acabar al despedirse con una palabrita sobre un asuntillo que «se le había olvidado», y que en realidad era el «único» motivo de aquella larga entrevista.

 Por eso no extraña tanto que siendo la cortesía y buenas formas el fondo sicológico del chino, cometan a veces desacatos de urba­nidad de indiferencia suma. En realidad son actitudes que no se pueden explicar «en sí mismas», sino que tienen otro origen. Es sencillamente que falta «el interés» que las sostenía antes y, como planta sin riego, se ha secado. Las buenas formas del pagano se riegan no tanto con virtudes cristianas cuanto con exigencia de conveniencia propia.

***Agradecido.*** El chino es agradecido al favor, cuando este no lo ha sacado a presión. Pero es más sensible a los pequeños favores que a los grandes. Hay un adagio chino que lo dice claramente: «Un kilo hace un amigo y un quintal hace un enemigo***.»*** Confieso que no he logrado dar con la razón íntima de este axioma Pero he visto que es así; y no fue el axioma quien me hizo caer en la cuenta de la experiencia, sino la experiencia la que me lo dio a sentir. Sumamente sensible a la amistad, las buenas formas le ganan la voluntad. Unas palabras de cortesía y de respeto, de con­fianza y de súplica, hallan siempre benévola acogida en el chino y franquean las puertas de cualquier favor no muy molesto y re­petido. Hay un refrán también chino que lo dice: «A buenas consigue lo que se quiere, a las malas no se consigue nada.» Me permito dudar de la primera parte; de la que no puedo dudar el de la segunda. Sencillamente con el chino a las malas no se con­sigue nada.

***Pundonoroso.*** Estima la honra o la «faz», como ellos dicen, como el don más preciado. Quitarle a uno la faz, esto es, deshon­rarle sobre todo ante los demás, es cosa que o no se aguanta o la herida mayor que él puede recibir en su alma y de la que cobrará.

 Venir a pedir un favor, una ayuda y no conseguir nada en la visita es para él desconcertante e inhumano. Es no darle faz. Es preciso buscar una fórmula a nuestra negativa. Negativa, pero que suene bien. Esto es muy chino.

 Pero tampoco aquí coincide nuestro criterio con el suyo. Para un chino no es afrenta la pobreza ni el llevar un traje remendado, el pedir una limosna, el pedir prestado dinero en un caso de apuro, aunque pase por rico. Tampoco lo es tener dos mujeres. El faltar a la palabra dada, el incumplimiento del deber, el no devolver el dinero que ha recibido prestado, el vivir en mil chanchullos... no significa nada. En cambio, darle una ligera reprensión, mostrarle cierta desconfianza o negarle un honor o preferencia que él juzga debida, hacerle aparecer ignorante, o que ha escrito un carácter por otro, será cosa que lo desazone y turbe.

 Esta ideología le origina al misionero posiciones no poco comprometidas con sus profesores, con las Presentandinas, con los catequistas, si no son muy suyos, y con los criados si no tienen muy conocido al Padre. Si el catequista se inhibe en algún asunto, si niega la colaboración, si deja que las cosas vayan como van..., ello obedece o a secreta venganza o a indolencia y pereza o simplemente a miedo de no salir airoso.

 Por otra parte su pundonor es meramente pasivo, no dinámico que les haga diligentes, avispados, respetuosos, obedientes.

 De todos modos este amor a la faz o pundonor puede ser un resorte excelente de educación y no hay duda que socialmente es $11 muro de contención moral muy grande. Si las costumbres públicas están quizá muy sobre las de no pocas naciones, fruto es sin duda de este pundonor social. Pero en muchos otros casos este afán desmedido de «faz» es una de las fuentes más frecuentes de disgustos y posiciones comprometidas. Dar una reprensión, no atenderle una demanda o mostrar disgusto y enfado a un criado es ya casi un «casus belli». Rozar un poco la reputación de un profesor es ponerle el plano inclinado para que te presente la dimisión, si no le contiene un interés mayor. Quitar, sin pensar jamás en ello, la faz a un prestigioso cristiano o cristiana, es hacer que no vuelva quizá a pisar más la iglesia.

 Porque este extremo de pundonor lo tiene el chiquillo más chiquillo desde que le apunta la razón y la chiquilla más chiquilla dos años antes de que la razón apunte.

 ***Patriota.*** El chino ama a su patria, aunque este amor más podría parecer instinto de conservación que verdadero amor. Se lisonjea con saber que es la nación mayor en número de habitantes y la nación más extensa de la tierra. El P. Wieger lo llegó a llamar «vanidad nacional». Dos causas influyen poderosamente en cierta atrofia nacional. La primera es su mismo egoísmo. Así como los lazos familiares son en él fortísimos, así los lazos sociales se rompen sin el menor esfuerzo. Un sentido exagerado de lo concreto y personal le incapacita para pensar en una utilidad futura y colectiva. Si hay un río que pasar pone unos leños, o busca vado fácil y el que viene atrás que arree. De ahí el segundo obstáculo para el verdadero patriotismo: la falta de obras públicas de mano de obra que cambie la superficie nacional.

 Esta falta de obra colectiva contribuye a que el sentimiento patrio quede atrofiado. ¿Cómo amar un suelo en el cual nada han puesto sus antepasados distinto de lo que les dio la naturaleza?

 Sin embargo, el sentimiento patrio lo tienen muy despierto. El chino se siente chino en cualquier parte del mundo. Les queda cierta reminiscencia de su innegable grandeza pasada. Para el sólo existe China, «el reino del Centro», y fuera de China, la perisferia, el extranjero, del que no les interesa nada. Alabarles su historia, su doctrina, su número, su inmensidad, les halaga sobremanera y te lo agradecen.

***Virtudes más bien pasivas.*** Propias más para la resistencia que para el ataque; más para la sorpresa y emboscada que para la línea recta y ataque a fondo. Como sello llevan más bien la madurez del anciano ducho, no el inconsiderado entusiasmo do joven arrebatado e impaciente. Y no es precisamente abulia, sin energía reprimida, dominada, encauzada y concentrada para vencer y salir con la suya con el menor riesgo y el menor esfuerzo, El chino no quiere ser punta, sino tornillo. La punta entra con estruendo y a golpes; el tornillo dando vueltas; la punta rompe, el tornillo se abre paso. Un proverbio chino dice: «Entregar un peón para ganar el juego.» Otro: «De treinta y seis salidas, la mejor es huir.» Leemos también en un libro antiguo:

*Discípulo: Uno me ha maldecido, injuriado y despreciado; se ha burlado y mofado de mí; me ha escarnecido; me odia y me aborrece; cínicamente me ha engañado. ¿Qué debo hacer con él?*

*Maestro: Llévalo con paciencia y resignación y condesciendo; déjale en paz y aguántale; hazte el sordo y el mudo, no prestes atención y muéstrate el desentendido; y luego fíjate qué efecto le causa.*

 La misma lección nos da la filosofía china en general y la moral confuciana.

 Aquélla, fatalista en su esencia, principalmente el taoísmo, se ríe de todo esfuerzo para torcer el rumbo de la vida; y por sobra de oportunismo, no por falta de energía, se pliega, se acomoda, cede y se esponja para no herirse con la dura realidad del destino y sacar el mayor provecho del momento actual, próspero o ad­verso. Es vaselina que suaviza y ablanda, morfina que calma y adormece.

Al mismo fin, aunque por otro camino, conduce también Confucio o su escuela. Aborrece todo extremismo. La primera regla prác­tica es seguir siempre el término medio. El «ne quid nimis» lo domina y rige todo. Enemigo de toda lógica, más aún, de toda metafísica, jamás apura las consecuencias, sino que en cada mo­mento de la vida saca y aplica la que hace más al caso.

Esta filosofía moral y oportunista, amaneradas y sin fondo, han Influido e influyen en toda la vida, así privada como pública. Sobre el fondo natural humano, bondadoso, apacible y simpático del buen pueblo, cae postizo el velo, por fortuna transparente, de una cultura formulista y exterior que tantas segundas intenciones en­cubre.» (Anking, número extraordinario.)

No se arriesga fácilmente. Para él el adagio español: «más vale pájaro en mano que ciento volando», es base de todo negocio. Aun­que los chinos lo dicen de otra manera: «En negocios, el prudente nunca arriesga lo presente.»

Cuando la desgracia le viene de arriba, de una fuerza inevitable y superior, el chino es sabiamente resignado y paciente. La última razón, la razón suprema de consuelo en su infortunio la formulan categóricamente en esta sentencia tan simple como exac­ta: «Mei yo pan fa.» «No hay remedio.» Y si es que de verdad no lo hay, el chino se resigna en su dolor con un gesto de sumisión fatalista y estoica.

Educación débil. La educación familiar es, en la casi tota­lidad de los casos, muy deficiente. El niño hace casi siempre lo que le da la gana y no tendrá más norma de conducta que la natu­ral inclinación al bien que todos traemos, aunque en dosis bien reducidas. Si se enfurruña sale con la suya. Su bondadoso padre sabrá usar de maternales persuasiones, pero si éstas no surten efecto, la batalla está perdida, porque no cabe apelación al tribunal supremo del palo. En China no se pega.

El carácter chino, aun el del hombre, participa más de los ras­gos síquicos de la mujer. Podrá parecer incluso algo infantil. Es propenso a las reyertas y a la riña vocinglera. Pero no correrá la sangre al río. Una palabra lo desazona o una palabra lo hace incondicional amigo. De cualquiera cosilla arma un lío y cualquier chispa puede provocar un incendio formidable, si no con mucho fuego, sí a lo menos con mucho humo.

Vengativo. El chino, en fin, así como es agradecido al favor, es también pronto y pertinaz en la venganza, si a su vez no le trae riesgo alguno. Inclinado más a la venganza solapada que a la lucha cara a cara. En tu presencia se guardará de manifestar la ira que le come, pero luego se cobrará; posiblemente en medio de una entrevista, al parecer atenta, está urdiendo los hilos de su venganza. Un mal encuentro con él, una reprensión áspera, la negativa de un favor que no te es posible otorgar, te lo distanciarán casi para siempre, si no se trata de gente muy tuya. No podemos decir que esa mancha no se pueda lavar: hay específicos para todo. El más acreditado para esta clase de manchas es de nuevo el favor y el don. Su venganza es enmascarada.

Muchas actitudes pasivas, sin interés, como a remolque, no tienen otra razón de ser que el de secretas venganzas. Cuando los resortes del cumplimiento del deber, de la honradez profesional se gastan y el lucro material se ve comprometido, se viene abajo el débil tinglado de un servicio del todo postizo e interesado.

Clases sociales. Desde el punto de vista de la evangeli­zaron se pueden distinguir en el pueblo chino tres clases: La del pueblo sencillo de labradores, artesanos, pescadores, pequeños comerciantes. Sanos moralmente en su mayoría, aunque con todas las debilidades y lacras de carácter que hemos visto, y que produce en ellos el paganismo, son tierra donde prende bastante bien la semilla de la fe.

La segunda está constituida por los que pudiéramos llamar «publicanos», que no tienen las manos limpias. A éstos pertenecen los comerciantes de mayor categoría, los altos empleados del Estado. Los negocios los absorben, y si quisieran oír la doctrina, los cui­dados de la vida y la mala conciencia sofocarían la semilla evangélica. Por otra parte, muy pocos hay que, como Zaqueo, estén dispuestos a repartir, la mitad de su hacienda, con los pobres y restituir el cuádruplo de lo mal adquirido.

La tercera clase es la de los «escribas y fariseos». Su mayoría se halla en la clase culta de la sociedad. Letrados a la antigua y enemigos de toda innovación, se creen suficientes a sí mismos con el pequeño bagaje de ciencia que les ha proporcionado la lectura canturreada de los libros del maestro Confucio y de Mencio. Forman el grupo de los «Notables», institución semioficial que está ya pasando de moda y que solía intervenir en el arreglo de los negocios locales. Su influencia era antes enorme y las mismas autoridades procuraban ganárselos. El conocimiento de la literatura china antigua, la edad avanzada y las riquezas eran títulos suficientes pura obtener tal distinción. Van pasando, y ya su influjo ha per­dido casi toda su presión. Es algo que va cayendo en el sepulcro para nunca más vivir.

A éstos les ha suplantado una cuarta categoría o clase, una generación de jóvenes letrados a la moderna. Especie de «saduceos» escépticos, incrédulos e indiferentes, no son la buena tierra para la semilla evangélica. En lustros anteriores sentían una aver­sión fanática al cristianismo; hoy ya van viendo con buenos ojos al extranjero misionero, subyugados por su prestigio moral y ga­nados por la obra cultural y por el saneamiento moral que la Iglesia Calólica ejerce tan desinteresadamente en el pueblo chino.

Pero el mar de China está sufriendo ahora otra marejada que lo sacude tan profundamente como ninguna otra convulsión polí­tica. La marejada comunista, cuya huella no es posible delinear ni en su extensión, ni calibrar en su profundidad, innegablemente funestísima, ni abarcar en su hondura[[98]](#footnote-98).

***La familia china.*** La familia es en China base y célula del organismo social. Los individuos, células de la fa­milia, viven aunados en torno del padre o jefe de la familia. El régimen de ésta es el patriarcal. El jefe es el patriarca y goza en la familia de poderes casi ilimitados.

El movimiento renovador y revolucionario de las tres úl­timas décadas ha sacudido y agitado los cimientos y ha lo­grado torcer algo, todavía muy poco, el curso de la corriente tranquila, remansada, casi estancada de una tradición tantas veces secular. El pueblo chino continúa en su mayoría mo­viéndose al compás de las prácticas rutinarias de sus ma­yores.

La familia china no es sólo el padre, la madre e hijos. Reunidos viven bajo el mismo techo el jefe o padre de la familia, con su esposa; todos los hijos varones, solteros o casados; las mujeres de éstos y los nietos. Si el jefe tiene hermanos menores, también éstos, con sus mujeres, hijos y nietos, vivirán ordinariamente con él.

En vida del padre, aunque de ello, claro está, hay excepciones cada vez más frecuentes, ningún hijo, sin especial permiso, abandona la casa paterna y vive o trabaja por cuen­ta propia. Ni hay diferencia entre mayores y menores, casa­dos y solteros. Sólo las hijas, si se casan, dejan la casa paterna. Su puesto lo llenan las esposas de los hijos varones Con eso no es raro que la familia reúna bajo el mismo techo tres o cuatro generaciones completas. Aun después de la muerte de los padres, es frecuente que los hermanos continúen juntos sin dividir la hacienda. El hermano mayor, o por excepción el más apto, es el jefe y a él han de obedecer todos.

Obligación primordial y sagrada del jefe es rendir honores póstumos a sus antepasados. Y como los antepasados no aceptan ofrendas de los extraños, la descendencia masculina es necesaria para cumplir estos deberes primordiales de la piedad filial.

Por esta razón llegaba a estar mal mirado el celibato sobre todo en el primogénito, mientras que el concubinato o poligamia gozaba, aun en la nueva legislación de la República, de una situación legal. Si la mujer es estéril o si no da descendencia masculina, el pagano tomará otra mujer si tiene con qué alimentarla y el cristiano correrá gran peligro de caer en la misma tentación, tanto más cuanto que ello no produce mayor escándalo en un ambiente social y en una mentalidad pagana.

***La piedad filial*** es el tejido que une y da consistencia a la familia china. Según Confucio, es fuente de toda sabiduría. El Decálogo chino de la piedad filial es minucioso y expresivo: La piedad filial manda que el hijo no abandone la casa paterna.

De hijo piadoso es alegrar el corazón del padre, no contristán­dole nunca; dar placer a sus oídos y a sus ojos, procurarle reposo en la noche y alimento durante el día.

Si los padres obran mal, el hijo puede amonestarlos con mo­destia y afabilidad; y si a la tercera no se enmienda, él gemirá en su corazón, y hará la voluntad paterna en todo.

El fin primario del matrimonio, totalmente egoísta, es procurar descendencia masculina para servir a los padres durante la vida, y honrarlos con ofrendas después de la muerte. Dos ocasiones tiene el chino en que ha de cumplir estas últimas exigencias de la piedad filial: el día de la defunción y el día de los antepasados, equiva­lente a nuestro día de difuntos.

La piedad filial y pundonor social les obliga a no reparar en gastos. Los funerales son con frecuencia un golpe terrible a la economía doméstica. Claro que hay categorías; pero aun la última es ruinosa para la familia. Si los hermanos estuvieran ya se­parados todos se han de reunir con esta ocasión, y esto será motivo suficiente para retrasar el funeral.

El día de sus difuntos cae hacia el 6 de abril. Es día de recuerdo familiar; los miembros de la familia se reúnen y banquetean como recibiendo la herencia del que ya se fué; pero sus hijos y nietos a su vez, deben también gastar algo por el difunto, arreglar la sepultura, tirar petardos, hacer sus postraciones y quemar papel moneda, etc., etc. Lo que contrasta visiblemente con ese rumbo funerario es la sepultura misma. En la mayoría de los casos no se reduce más que a simplemente enterrarlo.

Por bella que parezca la piedad filial confuciana, está llena de interés propio y desconoce del todo la benevolencia. El motivo más noble es el agradecimiento y de ahí no pasa.

En caso de no tener hijo varón legítimo o ilegítimo, la ley im­ponía adoptarlo. La adopción se sigue haciendo, aunque no por ley. El hijo adoptivo no puede ser cualquiera, ha de ser descendiente de la familia por vía paterna. El adoptado puede ser un hijo o nieto de un hermano, no de una hermana.

Si carece de hijos, pero tiene hijas, en vez de un hijo puede adoptar al futuro esposo de la hija. En este caso el yerno toma el nombre de su futura mujer y pasa a la familia de ésta y los hijos se consideran de la familia de la madre, cuyo nombre llevan. El yerno adoptivo, a diferencia del hijo, puede ser de familia extraña.

*La herencia pasa toda a los hijos varones, quienes la dividen en partes iguales o siguen disfrutándola en común. Las hijas no tienen derecho a la herencia. No llevan dote al matrimonio y es comprada por la familia del novio, el cual empieza a hacerle los trajes de novia y por comprar lo que el nuevo hogar necesita. Pero si las hijas no contraen matrimonio, tienen derecho al sustento en casa del padre toda la vida.*

*El derecho y el deber de sustentación han sido y son sa­grados en la familia china. Todos, aunque no trabajen, tie­nen derecho a comer de los bienes paternos. Ni el padre ni los hermanos se lo negarán nunca. En general, si alguno pasa hambre, es que los demás no tienen tampoco qué comer.*

*Si alguno sin causa justificada no quisiera trabajar, o con su prodigalidad y vicios derrochara la hacienda, el jefe po­dría imponerle la separación de la familia. Pero este recurso legal no es práctico y rara vez se emplea; sería un bochorno y afrenta para la familia. La piedad filial china prefiere disimular la gangrena y aguantar sus mortíferas conse­cuencias.*

MINUTOS DE SICOLOGIA CHINA

Nada hay menos comprensible y que tanto le moleste como la ira. Cuando en un momento de cólera se te ocurra dar un puñe­tazo en la mesa o una mano contra otra, has puesto en tu enojo la expresión más violenta; el chino toma ese gesto como si efec­tivamente el golpe se lo hubieras dado a él. Por eso ante ese gesto él se siente herido y lo toma como una afrenta terrible, que nunca olvidará.

El «no ***sé»*** es en boca de todos, especialmente del chino, un arma defensiva. Por eso su uso no se aprende, nacemos ya con él aprendido. El chiquillo más chiquillo lo sabe manejar con destreza suma. ¿Dónde está fulano? No sé. Con eso no hay peligro de que le diga: Anda, llámale. ¿Quién hizo esto? No sé. Con eso para él el golpe por lo menos no añade leña al fuego. La fuerza de esta arma está en que efectivamente a veces se puede usar noblemente, sinceramente y en que muchas veces se usa con maña, con mano izquierda. Una venganza puede revestirse de una fórmula tan sencilla como un «no sé». Una actitud hostil, pasiva, echa inmediatamente mano del «no sé» = «pu siao te». El «pu siao te» no es en China una mera frase, es todo un artificio, una filosofía, la quinta esencia del disi­mulo y mano izquierda, precisamente por eso, porque algunas veces puede ser la afirmación de una verdad. Lo que dudo ahora es de si esto es preferentemente chino o si es preferentemente humano. Bueno, en todo caso es también chino, muy chino.

Nunca «no» a, secas. Pocas cosas hay que desagraden tanto a un chino como una negativa redonda y absolutamente formu­lada. No quiere decir que haya que conceder siempre lo que se nos pide. Quiere decir que al menos no hemos de usar fórmulas negati­vas a rajatabla. Para el chino es darle un feo terrible. Es más procedente usar fórmulas que para ti y para él significan lo mismo pero que no suenan lo mismo. Cuando estuve preso de los comu­nistas en Shanghai necesitaba que me trajeran ropa de cama que tenía en la cárcel segunda de la que vine. Avisé naturalmente una, tres, diez, veinte veces al centinela. Infaliblemente la respuesta era siempre la misma. Descuide usted, ya se le traerá; despacio, despa­cio, ya pasaré aviso. A los dos días idéntica respuesta y lo mismo a la semana. Así estuve más de tres meses durmiendo en el suelo sin más colchón que los pantalones ni más manta que la chaqueta. Es demasiado evidente que la ropa no venía porque no les daba la gana. Pero nunca me lo dijeron así. Cuando hubieron de traérmela porque me daban de alta, a la hora de haberles dicho lo que me faltaba, ya estaba en mi poder. Con todo, su respuesta era autén­ticamente china. Nunca un «no me da la gana», un «no la pida porque no se la daremos». Sino descuide usted, que ya vendrá: despacio, despacio, ya avisaremos». Aquellos comunistas no se habían olvidado «todavía» de que eran chinos. Si te piden un em­pleo que no hay disponible o no deseas dárselo porque no te agrada, no se lo digas, basta que le respondas: Le agradezco mucho su ofre­cimiento, lo tendré en cuenta y quizá más adelante podrá ser. Si más adelante «sigue no pudiendo ser», dale otra o la misma excusa; él ya sabe que eso significa que no, pero no suena que no. El sale de tu presencia atendido. Aunque sea un chiquillo el que te pide por centésima vez lo que por centésima vez le tienes que negar, no le digas que no; dile: «por ahora no puede ser, tal vez más adelante pueda ser». El que a uno le digas que para el año que viene, en realidad no te crea ningún compromiso, y nunca te fal­tará entonces una nueva razón que alegar. Esto podrá parecer falsía. Entre los occidentales, quizá; entre los chinos, no.

«Vuelva usted mañana.» He aquí una frase sencilla, pero que para un chino tiene un alcance que sólo después de leído el número anterior puedes ya comprender. Un occidental emplea esa frase con la mayor naturalidad y con la intención de que signifique lo que suena: «Ahora me es imposible, pero le recibiré a usted con gusto mañana». Para un chino es la fórmula cortés de una negativa; es un decirle «no quiero recibirle», sino que como esto no es chino, se usa de aquel eufemismo. Cuando lo es, nada hay de inconsecuente. Pero lo malo es cuando tú la usas como suena y el otro la coge, no como suena, sino como él la entiende. Sencilla­mente, no esperes que vuelva mañana aquel a quien has recibido tú de buenas a primeras con un «vuelva usted mañana». Tenlo, pues, en cuenta y si quieres de veras que vuelva otro rato díselo de suerte que él lo entienda y se persuada de ello.

«Llamar a la puerta que se abre.» Dudo también aquí si es esto exclusivo del chino. Diré que al menos él lo sabe hacer a maravilla. Su sentido práctico y utilitarista le orienta en seguida para conocer qué puerta es la practicable, y ésa empujará sin más protocolos ni jerarquías. Posiblemente cuando te está pidiendo un favor, y tú crees que acude a ti como si en ti hubiera de hallar su salvación, a poco que te descuides u olvides hallas que ya el ne­gocio está en marcha por otro camino. Es que había llamado ya a otra puerta. El sabe explotar el sentido proteccionista a que todos somos algo propensos. Cuenta también con que todos deseamos que el favor se nos deba a nosotros. Pero el chino no se resigna a depender de uno solo; lo que no logre de tí lo intentará de otro, superior, inferior o igual. Estos manejos te disgustarán, pero tie­nes que contar con ellos. Cuando las puertas están en línea vertical el proceso es lógico, de la inferior se sube a la superior. Pero cuando las puertas funcionan como situadas en un plano horizontal y unas al lado de otras, entonces la negativa que en una puerta se dé apenas si tendrá eficacia, pues llamará a la del lado.

6 La punta y el tornillo. No hallo comparación que tan gráficamente discrimine a un chino de un europeo, quizá diríamos mejor a un oriental de un occidental. La punta entra a golpes, el tornillo dando vueltas; la punta entra con estruendo, el tornillo sin ruido; la punta rompe, el tornillo se hace sitio separando. Hay temperamentos que son punta, lo somos los occidentales; los hay que son tornillos, lo son los orientales, los chinos. Ellos van a su fin, pero no de golpe, sino dando vueltas. Nosotros somos punta, ellos tornillo. ¿Quién puede decir que esta táctica no sea más sabia y más humana? Es, desde luego, más eficaz y más segura. Cuesta más sacar un tornillo que una punta, a no ser que lo saquemos también dando vueltas. La madera se siente herida por la punta; en cambio se siente abrazada por el tornillo. El misionero extrangero tiende por temperamento a ser punta; debe aprender, sin embargo, de los chinos a ser tornillo; es hasta más humano.

1. **LA INDIA**

País de contrastes. Los más coloristas contrastes se funden bajo ese cielo indio que encierra tantos enigmas para el europeo. Florestas gigantes, palacios encantados sobre lagos de cálido azul, serenas siluetas de las mezquitas mogólicas de blanca cúpula y lim­pios minaretes. Sin embargo, se puede vivir toda la vida en la India sin ver ninguna de estas o parecidas maravillas, sino un cuadro el más opuesto de miseria y de dolor; chozas inmundas que ocultan seres raquíticos que apenas se sostienen en pie y cuyas caras de lustroso negro troquela el dolor con sello incon­fundible.

La India tiene grandes riquezas; pero la inmensa mayoría de sus pobladores languidece de hambre y un gran porcentaje muere tempranamente sin haber logrado hacer una comida que sacie su apetito.

La India y su geografía. La India es una de las unidades geo­gráficas mejor definidas por la naturaleza, si bien sus dilatados confines y su amalgama de lenguas y de creencias tienden a seccio­narla profundamente. Su clima, sus productos, sus lenguas, sus ra­zas, sus riquezas más que de una nación son de un continente. Cli­mas de trópico y de polo; extensos desiertos y arenales donde el sol muere, quema y mata; cielo sin nubes y tierra árida y seca sin un triste árbol que corte el horizonte; tierras de pan llevar, fe­cundas por el torrente de las lluvias periódicas del monzón y caudalosas arterias fluviales como el Ganges en cuyas riberas se moldeó la cultura y la religión india[[99]](#footnote-99). Anchos arrozales, dilatados trigales; olorosas plantaciones de té y de café; dorados naranjales, palmeras y platanares en perenne floración. Impenetrables junglas, cubil de toda clase de animales y fieras: elefantes, búfalos, cebú, tigre, espanto de las villas, si llega a paladear la sangre humana... Y en este suelo que Dios bendijo, pueblos y razas que no saben del placer de la carne sin su natural sacrificio y que a pesar de pestes y enfermedades, hambres y miserias, se multiplican como las estrellas del cielo y como las arenas del mar. Más de cuatro millones de aumento de población por año.

Contextura política***.*** La India, ni por la naturaleza de su suelo, ni por la raza de sus habitantes ha logrado nunca constituir una nación. El sistema de castas la ha tenido demasiado dividida para que todos los indios pudieran considerarse como hermanos, unidos por su mismo destino histórico. Es un mosaico humano, que en­cierra un misterio que no ha muerto. En la India, para su bien o su mal, todo está vivo.

Sus templos, mezquitas y monumentos no son algo que perte­nezca al pasado, sino el centro de convergencia de los sucesores de quienes hace siglos los edificaron. A su alrededor se desenvuelve la vida multicolor y pintoresca de distintas razas y pueblos, con su lengua, cultura y costumbres características. Frente al hombre medio salvaje que ignora o desprecia la comodidad moderna, vive el indio modernista que ha copiado los métodos de vida de su último dominador. Frente al soberbio brahmán que reclama para si una ascendencia divina y desprecia al paria como fruto híbrido de pecado, el saniasihindúe hace vida pública de asceta, y el sacer­dote muslim, sentado en cuclillas sobre su estera, vuelve las sebosas hojas de su Al Koran con aires de teólogo medieval, y el mi­sionero católico predica la caridad de Cristo, redención universal e igualdad humana. En la India, aunque parezca paradoja, es difícil encontrar al indio. Diríase que la India no ha logrado ser una Patria, que es algo más que un pedazo de tierra entre cuatro fronteras. El mismo Rabindranath Tagore ha dicho: «Somos grupos heterogéneos que no hemos podido conseguir una profunda fusión. No podemos constituir una nación. Tenemos creencias opues­tas...»

Los credos religiosos de la India. Entre los credos religiosos ni el Budismo, ni le Mahometismo, sino el Hinduismo es el que ha logrado dar cierta unidad a la India. El Budismo nació en la India, pero no es en ella donde en definitiva ha prosperado. Los secuaces de Mahoma, aunque llegaron a dominar más de media India, no pudieron imponer su credo más que entre las clases bajas de la sociedad India. Los misioneros católicos palpan lo que cuesta una nueva conquista para Cristo. El brahmán ni se convierte ni deja que otros lo hagan.

El cuadro general de religiones y adeptos da: hindúes unos 280 millones; mahometanos 95; animistas 8; sikistas 6; jainis­tas 1,5; budistas, medio millón. Católicos 5; protestantes 3; inominados 2. El Sikismo, producto más o menos moderno de la India, data del siglo XVI; fué el resultado de un intento de conci­liación del hinduismo con el mahometismo. El Jainismo, precur­sor del Budismo, es agnóstico en teología; predica el ascetismo respecto a toda vida orgánica y la abstención de toda violencia.

Nadie hasta ahora ha podido dar una definición satisfactoria del Hinduismo. El Hinduismo no tiene ni dogmas ni un credo de­finido. Es la única religión sin ninguna base histórica. Los maho­metanos reconocen a Mahoma como a su profeta de quien recibieron el Corán; los budistas a Buda, pues la religión hindú y los dioses del Panteón hindú son fruto de especulaciones más o menos inspiradas y sublimes de poetas y videntes anónimos. Por eso las manifestaciones religiosas ofrecen una gama tan exuberante como individual y va desde las tendencias más elavadas hasta las prác­ticas más abyectas, pues si bien se dice del hindúe que es el pueblo más religioso de la tierra, pero es porque el hinduismo ha conce­bido el culto a la divinidad de suerte que hasta con las acciones más groseras cree cumplir las obligaciones religiosas. La idea que se ha formado de sus dioses está muy lejos de la de un ser santí­simo. Los dioses del hinduismo participan de las cualidades y de­bilidades humanas. Podría describirse como una enciclopedia reli­giosa más que como una religión; un amasijo de creencias y prác­ticas religioso-sociales con frecuencia contradictorias, con aspira­ción religiosa social, basada en los Vedas, aborígenes de Ceilán, que el pueblo y sociedad india ha interpretado a su manera y que el sistema de castas ha logrado mantener en el correr de los siglos. La casta***,*** que el Nehru ha definido como la mayor maldición que ha caído sobre el pueblo indio, es de institución brahmánica y ha trazado en la sociedad líneas infranqueables de cuyo estrecho circulo no han logrado evadirse otros grupos religiosos, ni el mismo cristiano, cuya fe ha defendido siempre la igualdad humana ante Dios.

Sin embargo la India, como la mayoría de los pueblos del Asia, está en período de crisis y transición. En todo el Oriente las formas Tradicionales de sociedad están desmoronándose, al chocar con las nuevas ideas de individualismo, libertad y democracia. En la nueva Constitución de la República India, la casta ha sido oficialmente suprimida, aunque el espíritu de casta está tan arraigado, en la mayoría del pueblo indio, que habrán de pasar muchos años hasta que la cláusula de la nueva Constitución pase a ser una florida realidad. Dice el artículo 15: «El Estado no hará distinción entre los ciudadanos por razones de religión, raza, casta... y lugar de nacimiento. Ningún ciudadano, por razones de religión, raza, cas­ta..., será sometido a obstrucción o riesgo en relación al: ***a)*** Acceso a las tiendas, restaurantes, hoteles y lugares de entretenimientos públicos. ***b)*** Uso de fuentes, estanques, baños, carreteras y lu­gares públicos pertenecientes al Estado.» Art. 17: «La “intocabilidad” queda abolida y su práctica en cualquiera forma prohibida. La práctica de la ’’intocabilidad” es una ofensa punible por la ley.»

El verdadero movimiento regenerador de los intocables comien­za con el despertar de la conciencia nacional y el ansia de una gran India unida y libre. Ghandi, el héroe indiscutible de la inde­pendencia india, recháza la intocabilidad como antirreligiosa y an­tihumana. A partir de la nueva Constitución, los templos, las uni­versidades y demás centros docentes, han abierto sus puertas a la gran masa de intocables, a quienes tradicionalmente se les han negado los más elementales derechos del hombre.

La familia. Como en China, también en la India la familia constituye la célula central de la vida y de la sociedad. El matri­monio tiene como fin principal el de procurar descendencia mascu­lina a los padres y sobre el primogénito carga la responsabilidad y el deber de honrar la memoria de sus antepasados. La elección de esposa es cosa asimismo de los padres y esto por dos razones: una, por la preeminencia que el hinduísmo ha dado siempre al padre de familia, árbitro supremo de los negocios familiares; otra, porque los contrayentes, como enseña Manú, se moverían en su elección por motivos de concupiscencia y no por miras religiosas, lo que conduciría a la mutua desmoralización y no a los fines puri­ficatorios que él concede al matrimonio. Manú es el padre de los hombres, salvado, según los Vedas, del diluvio. El Código de Manú es el más antiguo de la India, parcialmente en vigor aún, cuyas partes más antiguas parecen remontarse al siglo XII antes de Cristo.

Una boda hindúe es un derroche de pompa y solemnidad; nada parece caro para esta ocasión. Los más pobres se arruinan com­pletamente y quedan con deudas que quizá nunca podrán pagar. Tanto las ceremonias preparatorias como las consiguientes suelen durar varios días, siendo su principal rito el canto de pasajes védicos, que reflejan las costumbres milenarias de los hindúes. En el matrimonio hindúe la idea de contrato ha quedado relegada a un plano muy secundario, subordinado al ideal religioso y de casta. El consentimiento no es cosa esencial. Independiente de éste, es la ceremonia de los siete pasos —***septapadi—*** la que, una vez verifi­cada, crea, como «ex opere operato», el vínculo matrimonial. Esta ceremonia suele tener lugar el primer día de la boda. Reunidos los nuevos esposos en la casa paterna del novio, juntamente con el sacerdote y demás invitados, se colocan delante del fuego sa­grado, que simboliza la divinidad y ofrecen las oblaciones que exige la ley —mantequilla derretida, etc.—. Después del rezo de varias preces, los novios realizan la ceremonia del Septapadi, consistento en dar siete pasos, ambos agarrados de las manos alrededor del fuego sagrado, pronunciando con el sacerdote las mantras, preces rituales del ceremonial hindúe. Acto seguido, el novio toma la mano de la novia, y haciendo ademán de llevarla a casa, le dice: «Tomo tu mano para que me des selecta prole, viviendo conmigo que seré tu señor hasta la muerte»; y prosiguen las preces. Por ultimo el fuego sagrado es llevado a casa del novio, donde los nuevos esposos han de vivir conforme a la ley hindúe.

La mujer en el hinduísmo. Si la ley de las castas impera e influye con los varones, mucho más ha de influir en la mujer. Una mujer es considerada superior únicamente con relación a las de otras castas inferiores, pero dentro de su familia la mujer no tiene —no tenía hasta la nueva Constitución— ni libertades, ni dere­chos, sino únicamente obligaciones. La madre india ama entraña­blemente a sus hijos, ya que ellos constituyen su único consuelo y compañía; aunque sólo en los años de la infancia, pues pasada esta también ellos se desligan de la tutela materna, y en fuerza del ambiente en que viven, demuestran bien pronto su superioridad a su misma madre. En las visitas y tertulias la mujer no puede hacer acto de presencia y supone el colmo de la indiscreción el preguntar a un indio por su esposa, aun interesándose por su salud.

*No obstante estas costumbres, la mujer es tratada en público con particular circunspección. Apenas se dará el caso en que le salude quien no sea de la familia. Se reputa im­perdonable insolencia el que alguien se atreva a dirigirle frases libres. Este respeto no es debido a su honor, sino a su consideración como posesión ajena, que no es dado violar ni con solo la vista. En tal opinión se tiene la mujer a sí misma, no atreviéndose a acercarse a nadie y ni aún apenas dejándose ver en público.*

La condición de las viudas. El Hinduísmo rechaza «a priori» de la sociedad a toda mujer soltera; pero a la viuda la envilece hasta lo indecible. La mayor desgracia que puede suceder a una mujer india, es sobrevivir a su marido, cuya muerte ha de acompañar con muestras las más clamorosas de dolor y de desespera­ción. Unos días después del funeral los parientes y amigos del difunto se reúnen en su casa y rodeando a la viuda la exhortan a que lleve con paciencia y resignación su triste suerte. Tras la exhortación uno de sus parientes más próximos, pronunciando las fórmulas de ritual, corta el cordón nupcial que rodea el cuello de la viuda, el que entre los hindúes equivale a nuestras arras matrimoniales. Acto segido se llama al barbero, que afeita al rape la cabeza de la viuda, con lo que queda propiamente constituida en estado de viudedad. Entonces debe prorrumpir en gemidos y so­llozos que, aparte de su ritualismo, son la triste realidad de la vida de privaciones y miserias que aguardan a la viuda. Ya no puede tomar parte en las fiestas religiosas ni profanas; no puede asistir a ninguna boda; su mirada produce, al decir de los hin­dúes, mal de ojo y su presencia es evitada como señal de mal augurio. El único consuelo que le queda es el recuerdo de una vida mejor que ya pasó y nunca volverá, o el angustiarse más por no haber llegado nunca a gozar de los días felices del matrimonio, ya que muchas jóvenes ni siquiera han tenido la dicha de ver a su esposo por haberse quedado viudas en muy temprana edad.

*Así se explica en parte la inhumana costumbre que ha prevalecido sobre todo en las provincias de la cuenca del Ganges, de la inmolación de las viudas —«sutte»—. Consistía en que las viudas eran quemadas vivas en la pira crematoria juntamente con el cadáver de su esposo, ante la multitud que prorrumpía en gritos y aullidos salvajes que ahogaban los ayes lastimeros de la víctima, pero que no impedían ver las contorsiones de su agonía. Esta inmolación no era pres­crita, pero con frecuencia las viudas la abrazaban con gozo y fanatismo religioso, avivado por el deseo de evitar la terri­ble ignominia de su viudez o el de adquirir con este acto notoriedad y fama de santidad, ya que sus restos eran guar­dados con gran veneración como reliquia de una diosa.*

Las lenguas. Según el censo oficial, en la India se hablan más de 222 lenguas, sin contar los dialectos que pululan por doquier. Al contemplar tanta variedad, el investigador se siente movido a pensar que no una, sino varias torres de Babel debieron existir aquí en la antigüedad. A dos familias lingüísticas pertenecen principal­mente: al ***sánscrito*** y al grupo de lenguas ***dravídicas.***

*Del primero se derivan: El hindi y urdu, que lo hablan unos 146 millones; el bengali 58; el marathi 24, el panjabi 19, el oriya 13, y el guyarathi 13. Del grupo dravídico se derivan entre otras: El telugu, que lo hablan unos 26 mi­llones; el tamil 24; el kanari 12, y el malayalam 12. Esta es la lengua de la costa Malabar, en la que algunos encuen­tran notable parecido con el vascuence. La Tamílica es la principal por su cultura literaria, y en opinión de algunos, madre de las lenguas dravídicas. Grandes esfuerzos están haciendo los nacionalistas indios para convertir el Hindi en lengua nacional, pero es desconocido en el mediodía de la India, por eso en sus mismas Asambleas Generales por ellos convocadas y dirigidas, se usa preferentemente el inglés, que ha llegado a ser, sin disputa, la universalmente hablada entre gente de alguna cultura; con el inglés se puede viajar sin dificultad por toda la vasta península; pero ya se en­tiende que, aunque auxiliar poderoso y quizá imprescindible para el misionero, no es naturalmente el vehículo ordinario y suficiente de su obra evangelizadora, que ha de pagar tri­buto a la cruz más específica de la vida misionera, la lengua.*

El Catolicismo en la India libre. La independencia de la India señaló para el Catolicismo una nueva época, que, si para muchos es augurio de paz y de prosperidad, para otros viene cargada de sin­sabores y contrariedades sin cuento. El Catolicismo, a pesar de su poca significación numérica, unos 5 millones, por su bien de­finida personalidad, fruto de su doctrina, no ha podido menos de influir ventajosamente en la trasformación benéfica del país. A juz­gar por las cláusulas de la Constitución, domina en ella un espíritu de tolerancia y comprensión, comunitario a toda agrupación reli­giosa, que infundió en gran parte el eminente político Nehru. Se legalizan las conversiones de los menores de edad al convertirse con los padres, y queda permitida toda propaganda religiosa.

Sin embargo, la realidad es que todos los jefes católicos miran con ansiedad el futuro del Catolicismo en la India. Un comité de Obispos, en nombre del Episcopado, viene funcionando desde 1944 dando unidad de dirección no sólo al movimiento religioso, sino al social y político de los católicos indios. El Episcopado católico tiende en su mayoría al optimismo sin que se le oculten por eso los negros nubarrones que se ciernen en el horizonte. Predominan las esperanzas en el Indostán, sobre todo en el Sur, y son mínimas en el Pakistán. El nuevo reino del Pakistán, erigido sobre una base religioso-política, es dominio exclusivo del Corán. El católico es una gota perdida en el Océano, que se verá, si no perseguido, sí obstaculizado en su empresa católica por todos los medios posibles.

El hindúe aborrece por instinto la violencia y admite como buenas las religiones. Pero su animosidad contra el mahometismo, apo­yada en el espíritu nacionalista, hay peligro de que pase también hacia el Cristianismo. La Santa Sede, en previsión, y para no herir una xenofobia que amenaza infiltrarse aun en elementos católicos, va entregando una tras otra las diócesis a la dirección de los Obispos nativos, aunque parece esencial el fermento de misioneros europeos, por tradición y temperamento más proselitistas y diná­micos. No fué el menor triunfo católico el Concilio plenario cele­brado el año 1952; pero sobre el horizonte indio brilla el signo siniestro de la hoz y el martillo: y la enorme interrogante que se levanta sobre la India es la de si sabrá, querrá y podrá soste­nerse libre y no sucumbir a las presiones, engaños y exigencias imperialistas del comunismo. El comunismo es una enfermedad social fácil de contraer y difícil de curar. El Kremlin ha dado su consigna: Primero, Indochina y Birmania; después, la India. Si las democracias occidentales y América no actúan rápidamente el zarpazo vendrá, porque el comunismo es idea y fuerza. Con la idea enmascara su plan, con la fuerza realiza su conquista.

Situación política***.*** Al proclamarse la independencia el 15-8-47 la India quedó dividida en: 1) Un estado musulmán, el Pakis­tán, con 947.700 km2, capital Karachi, y 2) un estado hindú, la Unión India, 3.162,500 km.2, con 362 millones de habitantes, capi­tal Nueva Delhi; Cachemira, al NO, fue dividida entre ambos es­tados en 1947, y Haiderabad, en el centro meridional, fué ocupado por el ejército indio en 1948. En 26-1-1950 entró en vigor una nueva Constitución que trasformó la ***Unión India*** en República sobera­na, aunque sin desgajarse de la Confederación británica. Commonvealth—. El presidente, se elige por 5 años. Sistema de Gobierno bicameral, con Dieta de los Estados de la Unión, 250 miembros y Cámara popular 500 miembros[[100]](#footnote-100).

1. **EL PUEBLO JAPONES**

Demos algunas pinceladas del carácter y siquismo de este gran pueblo.

Dominio***.*** El primer contacto con el pueblo japonés podría de­jarnos la impresión de que es un carácter frío y apático. Pero pronto se advierte que la reserva en manifestar sus sentimientos es efecto no de apatía, sino de exquisita sensibilidad y dominio. Los de Occidente decimos: «Piensa antes de hablar»; esto es, antes de dar tu juicio, razona. Los orientales dicen: «Siente antes de hablar.» Lo que, en definitiva, impulsa a la acción es el sentimiento final que la arrastra. Como este sentimiento debe ser fruto de una impresión no parcial, sino total, el japonés no se da prisa en ma­nifestar sus primeras impresiones.

Cortesía***.*** Al visitar Japón, la impresión que se nos impone al momento es de que estamos ante el pueblo más cortés de la tierra. Su lenguaje, como el de los chinos, abunda en una terminología llena de palabras despectivas para lo personal y propio y llena de estima y encomio para el visitante o interlocutor. A nosotros los extranjeros nos podría resultar amanerado y ridículo; a ellos tan naturalísimo como a nosotros encabezar las cartas con el «Muy distinguido Señor» y finalizarlas con el «seguro servidor». Aunque es verdad que hoy en día esas frases ya hechas tienden a desapa­recer y ceder su puesto a otras de giro más europeo, más natural.

El oriental cuando recibe a un extraño, se acomoda sin esfuerzo al gusto de él; disimula si es extranjero sus faltas de cortesía ja­ponesa y lo tomará como la cosa más natural, o las celebrará con una discreción encantadora. La conversación girará naturalmente sobre los temas del visitante.

Su cortesía difiere, sin embargo, de la nuestra. No es para ellos falta de urbanidad entrar en el cuarto de otro sin llamar; o po­nerse detrás de una columna o mueble en una entrevista colectiva. Esperar a que se les diga varias veces que entren. Si reciben un regalo les parece descortesía abrirlo en presencia del donante, aun­que luego lo agradecen siempre que se tropiecen con nosotros. Es descortesía suma entrar en casa sin quitarse el huésped los za­patos. El japonés esperará hasta la cuarta y quinta invitación para tomar un pastel que se le presenta. Infaliblemente, cuando hablen con un extranjero, le prodigarán mil alabanzas por su correcta pronunciación japonesa, aunque ésta deje muchísimo que desear.

Buen gusto y cultivo del arte en todas sus manifestaciones.Son muy amigos de las flores y son frecuentes los certámenes y concursos florales. Sienten mucho amor a la naturaleza. Un autor anónimo relata esta anécdota de invención sin duda literaria. De mañanita va una campesina a por agua al pozo. Mas viendo que una enredadera había trepado por la cuerda del caldero, formando en una noche hermosas campanillas, no tuvo valor para destrozar aquellas flores y sin tirar de la cuerda se fué a pedir agua a su vecina.

Pulcritud, higiene y limpieza. Como muestra sirva este ejem­plo. Un joven aviador en viaje de evidente peligro se preocupaba por subir al avión con un «mono» impecable, porque decía que sería bochornoso que la muerte le pudiera encontrar en el campo de batalla desaliñado y sucio. Apenas se esparció por Kioto y Osaka la sentencia de muerte para los cristianos en 1596, los cristianos japoneses sacaron sus mejores kimonos para ir con ellos al mar­tirio. Y las cristianas hacíanse kimonos especiales y más largos para que, si acaso eran crucificadas, no hubiera nada inmodesto en sus personas. Ya en la hoguera del suplicio sacudían con la punta de sus dedos las motas de ceniza que caían en el vestido.

Sobriedad. La casa es de un ornato muy sobrio, aunque de buen gusto. Sobria es también su comida y el trato de su persona. Les parece también de muy mal gusto aparentar como «nuevos ricos» con un boato ridículamente superfluo. Señores que pueden usar su coche no se dedignan tomar el tranvía o el metro.

Caballerosidad y pundonor. Bien lo notó San Francisco Ja­vier. «Gente de honra mucho a maravilla. Gente que estima más la honra que ninguna otra cosa.» También en esto coinciden los dos pueblos, japonés y chino. El «suicidio de honor» o jarakiri es un índice sin duda exorbitado y pagano de ese pundonor que algunos llaman soberbia y otros emulación y sentido de la dignidad que nos recuerda la hidalguía española del Siglo de Oro.

Tesón y trabajo. Hambre de superación. En pocos años el Japón se ha levantado a la altura de las grandes potencias. Se podría decir que su vicio es el trabajo. Trabajan con fruición todo el día, sin que la mirada del capataz o del jefe esté sobre ellos. El obrero que acaba su jornada se busca trabajo para las horas libres. Como desahogo y cauce a este afán de ocupación responden multitud de pequeñas industrias caseras y trabajos manuales en familia, de paquetería, papelería, pequeña maquinaria, flores...

Lealtad al Emperador. Sin duda que después de la derrota con los EE. UU. el prestigio del Emperador, ahora Rey, ha bajado mucho. Conserva, sin embargo, aún muy alto su diapasón. Para el japonés el Emperador no era sólo un símbolo de la autoridad, sino el entronque con los mismos dioses a través de una dinastía de 26 siglos. Su prestigio y respeto parecía tener algo de divino. Fué preciso que, para evitar confusiones, el Ministro de Instrucción Pública declarara que el título de «Kami»: divino, celestial, Dios, no se toma en el sentido del Dios absoluto Omnipotente, sino en cuanto que los Antecesores imperiales están presentes en el actual emperador, que forma con ellos una sola persona moral con la dig­nidad suprema, la veneración perpetua, fuente perenne de la pros­peridad de su patria.

Todos los transeúntes de Tokio, cuando pasan por delante de las murallas del Palacio hacen su inclinación y saludo. No se sufre ver su imagen en el suelo o en sitio menos digno. Su retrato está en todas las casas en sitio de honor, pero velado con papel seda o seda morada, etc., etc.

El célebre conquistador de Port Arthur (1905), el general Nogui, se dió muerte, juntamente con su esposa, cuando en septiembre de 1912 era conducido a enterrar el cadáver del famoso Emperador Meiyi. Encerrados en su habitación se hicieron el jarakiri y deja­ron estos versos: «Ya de este mundo en las afueras, — de los dioses al país has retornado; — oh señor soberano, y ¿cómo podré yo sobre llevarlo...?» El cadáver de su esposa mostraba que se había atado las rodillas antes de abrirse el vientre, a fin de evitar cual­quier postura menos digna después de muerta. Era costumbre an­tigua.

Este espíritu de lealtad al Emperador dicen que les hace morir felices en el campo de batalla, con tal de que al morir puedan gri­tar con todas sus fuerzas: ¡TennoTeika, Banzay!, o sea: MajestadJ Imperial, ¡Viva! ¡Viva!

Amor patrio. Los textos de las escuelas, las fiestas patrióticas, un sentimiento de origen casi divino de sus emperadores, sumado hoy a considerarse en la vanguardia del progreso y de la cultura, contribuyen a ahondar en el alma japonesa un alto sentimiento patriótico. Cada año el 11 de febrero toda la nación celebra la fiesta llamada Kigen-Setsu***,*** día en que el primer Emperador YimuTennoascendió al trono.

Sombras. Junto a estas luces es inevitable que se den alguna más o menos densas. Cuatro son las más destacadas: soberbia, ma­terialismo, venganza, xenofobia.

La soberbia es, sin duda, racial. Su religión antigua, el Shintoísmo, se funda sobre la santidad del suelo japonés. Hoy, ante su innegable progreso y europeización, el Japón mira de igual a igual a las mayores potencias. La derrota infligida por los yanquis fue un verdadero terremoto más profundo y demoledor en la conciencia nacional que el sismo pavoroso que en 1925 destruyó 400.000 casas en Tokio. Pero el Japón se rehace y con ello su espíritu nacionalista y un sentimiento de suficiencia propia que hiela en él todo brote de búsqueda y adhesión a la fe en Jesucristo y que fácilmente degenera en una algo atávica y comprensible ***xenofobia.***

A falta de otras manifestaciones hostiles y violentas, a las que por idiosincrasia no es de suyo propenso el carácter japonés, se traduce en recelos, en susceptibilidades, en secretas rivalidades. Se comprende que para la jerarquía eclesiástica puede ofrecer si­tuaciones delicadas que obliguen a que no siempre los nombramientos recaigan sobre los más dignos, sino sobre lo más recomen­dable dentro de lo indígena.

La venganza es una de las notas más negras del alma oriental pagana. Su amor propio, siempre tan vivo y no mellado con la humildad cristiana, está a la ley del rencor y del desquite. No es, desde luego, exclusivo del Japón, pero es al menos defecto endé­mico y característico. La venganza se mira como una postura digna y noble. Uno de los temas prodigados en el teatro japonés, y que el pueblo no se cansa de ver, es el drama o el caso de «Los cua­renta y siete Roonins***».*** Se trata de la venganza que 47 caballe­ros, leales servidores de Asano***,*** tomaron en el cortesano Kira***,*** allá por el año 1701, por haber sido éste causa de la muerte de su señor Asano***,*** a quien Kira ridiculizó en un ceremonial.

Materialismo***.*** Como desemboque de un paganismo inconsis­tente y como desilusionada reacción ante le hecatombe nacional de la última guerra, cunde en muchos sectores, sobre todo de la Juventud universitaria, un grosero materialismo, unido a una gran corrupción de costumbres. Al caer el prestigio casi divino del Em­perador muchos han perdido todo sentido ultraterreno y sentido espiritualista, que en el mismo culto al Emperador y en el Budismo se encerraba. El ejemplo, o mejor el escándalo, por otra parte de una intelectualidad europea y americana, atea o materialista, le empuja por el plano inclinado de lo más fácil, a tomar igual pos­tura en la vida apreciando únicamente el tecnicismo científico, la milicia y el cine.

El japonés tiene además, como pueblo isleño, un egoísmo bien acentuado; es suspicaz y ladino; y cuando se trata de conseguir un fin, no repara en la licitud de los medios; sólo que, a diferencia del camino tortuoso y zigzagueante del chino, el japonés, más brusco, mas agresivo, irá a él en línea recta. Pero el concepto que le mereció San Francisco Javier lo declaran bien estas palabras: «Es la mejor gente hasta ahora descubierta; y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses.» 5-XI-549[[101]](#footnote-101).

1. **LOS PUEBLOS DE COLOR**

El negro tiene todas las pasiones aspiraciones, energías, y debilidades que cualquier otro hombre. Pero un hombre en ciertos aspectos infantil.

Como hombre, el negro tiene conocimientos abstractos y universales, aunque lo sensible y concreto ejerce en él un predominio innegable. Prueba de su capacidad mental nos la da su lengua, reflejo siempre fiel de la actividad del espíritu humano. Ella no ofrece las propiedades características de la raza, su mentalidad individual y social, su sicología y su sociología.

A despecho de una primera impresión que nos hace percibir sonidos confusos, inexplicables, que hieren nuestros oídos sin apenas articulación, es preciso reconocer en las lenguas bantûes sus concordancias, sus reglas, sus partes de discurso, su genio, su filosofía, en una palabra, una belleza que les es propia. En número de nombres comunes su vocabulario llega a superar a las lenguas más civilizadas. Es rico en nociones que se originan de la observación exterior de la naturaleza y posee un espíritu de clasificación.

No se detiene tampoco en lo concreto, sino que llega a lo abstracto: la blancura, la fuerza, la bondad, etc.

Posee también sus nociones morales y no sólo distingue el mal físico, sino el moral; y tiene noción del vicio y de la virtud, del castigo y del premio, de la responsabilidad y del pecado, si bien sus conceptos resultan evidentemente algo confusos. La noción y el sentimiento de justicia lo tiene el negro muy desarrollado.

Con todo es evidente que el talento del negro no es un talento filosófico. Usa de su inteligencia de un día para otro sin preocupación y sin finalidad ulterior. Admite sencillamente lo que ve y no se preocupa por indagar sus causas. El constata un hecho, le encuen­tra o no una explicación, y no se inquieta más por combinar las teorías y abstraer las quintaesencias de las cosas. No se extraña de nada y buscar las últimas causas le es, si no imposible, sí indiferente. Evidentemente que también el negro formula muchos ¿por qué? Pero no atiende demasiado a la respuesta; la primera que tenga le satisface. Sería con todo equivocado pensar que el negro es candidato para aceptar explicaciones ingenuas; fácil de ser engañado, pero no por largo tiempo. Es también capaz de un pro­fundo disimulo.

Tiene también concepto de los espíritus; y aun para designar al Espíritu del cielo, el Creador de todas las cosas, él se sirve de unas expresiones que significan el Primer Espíritu, el Señor y Maestro que dirige los destinos; en fin, el que tiene el saber y el poder.

El negro, si bien filosofa a su manera, no ha penetrado muy den­tro en el análisis, en las deducciones, demostraciones y especulaciones teóricas. Aún no tiene vocablos para traducir, por ejemplo, los términos «naturaleza, esencia, substancia, aseidad», etc.; pero con las nociones que él posee y después de una cultura adaptada a sus facultades síquicas, está sin duda capacitado para adquirir nociones filosóficas, metafísicas y teológicas y llegar a expresarlas.

Disposiciones de los negros para la conversión. Nuestra Fe en­caja perfectamente en su sicología. Más aún, las cualidades del negro lo hacen especialmente asequible, aunque es preciso tomar también algunas precauciones para evitar o que entre por motivos fútiles o que no sea constante o que degenere en una religión de apariencias.

El negro es un tanto tímido y pronto a la superstición. Su ignorancia lo predispone a admitir cualquier superchería. No vive nunca tranquilo. Habituado a pasar la vida al margen de su familia, que apenas si se preocupa de él, y teniendo que vivir por cuenta propia, cree fácilmente en una causa superior cuyos golpes tiene que evitar, ya que no comprende que ese Ser Supremo pueda tener con él otra providencia que la de la venganza y castigo. El dogma de un Dios-Amor y de una paternal providencia con cada alma es un dogma que el negro acepta lleno de sorpresa, de devoción y de júbilo. Pero tenderá también a dar al demonio una intervención excesiva en la vida de los hombres. El negro es creyente por naturaleza. No discute. Acepta todo, aún lo más absurdo. Esto exige en el misionero precaución y prudencia, sobre todo en lo milagroso, de suerte que distinga lo cierto de lo opinable. Es religioso y fácilmente exterioriza su fe. El misionero ha de saber sin exageraciones, aprovechar esta tendencia y desarrollar con amplitud todos los incalculables recursos de la Liturgia Católica. Tienen mucha devoción a la Santa Misa y su precepto lo guardan con fidelidad. Les gusta mucho ofrecer misas por sus difuntos. Respetuoso con Dios Nuestro Señor, le causa horror la blasfemia. Pronto a todo lo que sea exterioridad, simpatiza con todas las Asociaciones piado­sas. Lucen con devoción y orgullo una medalla, una insignia, un escapulario. Les encantan las devociones y en la iglesia llenan con preferencia los puestos de adelante.

Piedad filial. La tienen muy metida y por eso el mayor insulto a uno es hablarle mal de sus padres. Naturalmente bondadosos, sienten compasión hacia los pobres. La hospitalidad es una de sus más bellas cualidades y virtudes.

Otros detalles de su religiosidad. No hay duda que el negro puede tener razones muy fútiles para instruirse. Esto no le debe preocupar al misionero; más aún, es un don de Dios, pues lo que hemos de buscar es quienes se pongan al alcance de nuestra doctrina. Pero una vez que se instruye y se bautiza, la fe se apodera fácilmente de su alma. Y además es gran proselitista, quizá hasta con exagerado celo, que le lleva a reírse de los suyos, aún paganos, y a querer arrancarles sus supersticiones hasta por la fuerza. Pronto se apodera su mente de las verdades cristianas, pero el trabajo de ir forjando en él una mentalidad cristiana, es, naturalmente, mucho más lento. El negro vive más a impulsos del sentimiento que del raciocinio; más por tradición que por convicción; más llevado por la sociedad en la que vive, que por principios personales y personalidad. Por eso, dejados a sí mismos, fácilmente degeneran; es preciso introducirlos poco a poco dentro de la comunidad cris­tiana que irá trasformando su corazón.

Las dos fuentes de trasformación son la oración y los sacramentos. El negro ora con un gran espíritu de fe y él es fiel a este deber que es para él también una exigencia. El ora por la mañana, por la tarde, con preferencia en común, y a veces durante los mismos viajes. El rosario lo reza a diario. Un instinto secreto lleva al negro hacia la persona de Nuestro Señor en sus dos grandes de­vociones: Eucaristía y Sagrado Corazón. Los primeros viernes parecen días festivos. Las confesiones y comuniones numerosísimas, tus fiestas revisten una pompa y solemnidad extraordinaria. Su piedad es además generosa. Se imponen grandes sacrificios para participar en estas solemnidades de fe y de amor, no sin gran ad­miración de los mismos paganos.

Para su vida moral el negro tropieza con sus desatados apetitos carnales que se apoderan con fuerza atávica de todo su ser. La vida de los paganos y las propias violentas pasiones comprometen la debilidad de su voluntad. Pero los misioneros comprueban la lucha y una voluntad decidida de vencer. A primera vista se podría creer que su juicio sobre la malicia y bondad de las acciones dista mucho de nuestro. Pero si se ahonda más, se halla un concepto bastante completo del decálogo. El ateísmo y el insulto a la Divinidad son allí desconocidos y, si bien sus relaciones con el Ser Supremo están poco definidas, las obligaciones que se refieren al prójimo consti­tuyen un programa de vida completo y armonioso. Un recurso constante a las verdades eternas es el gran medio que ayuda al negro a mantener victoriosamente la lucha contra las pasiones, la lujuria y la embriaguez.

Los niños, a pesar de un ambiente corrompido, se conservan quizá más preservados que sus compañeros de Europa. Las jóvenes llegan puras al matrimonio. El joven sufre asaltos terribles en el periodo de las relaciones. Cuando es hombre adulto necesita ser un héroe para resistir a la poligamia o al divorcio, cuando la mujer tiene un carácter agrio o cuando no tienen hijos. Pero aun así no quedarían en último lugar comparados con los de algunas naciones de Europa o de América. Los que no cumplen con el Precepto Pascual no pasan del 10 por ciento.

Se comprende que África sea una tierra de optimistas realidades y esperanzas para la Iglesia. La falta de operarios evangélicos en aquí mucho más sensible, porque con paradoja sublime, hay que decir del África con el Señor: «Levantad vuestros ojos y ved estas regiones ya blancas para la siega»[[102]](#footnote-102).

1. **MELANESIA**

Al hablar de Oceanía es preciso no generalizar, porque si entre sus habitantes se dan ciertos rasgos comunes, pero su lengua, sus costumbres, su carácter, se multiplican y particularizan en inde­finido, no sólo entre los de las diversas islas, sino entre las tribus de una misma isla.

Su grado de retraso, aunque elevado, no permite dudar de que tienen alma como la nuestra, dotada de inteligencia y voluntad de facultades superiores, imaginación, memoria, sensibilidad y facul­tades inferiores.

Las ideas abstractas tienen muy poco dominio entre ellos, y la misma civilización no ejerce en ellos atractivo e ilusión; realizan literalmente aquello del Apóstol: «con que tengamos que comer y beber nos contentamos». Su mentalidad es con todo mentalidad de esclavo, favorecida por su bajo nivel cultural, por su vida salvaje, donde reina aún la antropofagia —entierran vivos a los ancianos enfermos; matan a los niños recién nacidos y a las esposas de los jefes muertos—, por la actitud dominadora de las potencial europeas, hasta cierto punto justificada, y que ha hecho que el melanesio se incline ante la fuerza y viva al margen del gobierno de su propio país. Su sicología reviste modalidades de infantilismo Pero posee el sentido moral, aunque con ideas sobre el bien y el mal y sobre la justicia muy deformadas. El guerrero que saquea las plantaciones de su enemigo es un héroe; pero el ladrón que se oculta para dar su golpe, es tenido por un malhechor. La policía es muy rudimentaria. El adulterio se castiga con la muerte y con tormentos corporales sensibles. El mismo libertinaje se censura y hay palabras terriblemente insultantes para significar a los hijos adulterinos.

Pero una cosa es la perversión del sentido moral y otra el sentido moral. Este es compatible con aquélla. Con los mellizos no es raro que al uno lo críen y al otro lo entierren vivo...

su sentido religioso ¿dónde está? ¿Dónde el alma religiosa de los melanesios? Creen evidentemente en un espíritu distinto del cuerpo, invocan a los espíritus de sus antepasados y les ofrecen sacrificios y creen que viven y se ocupan de sus asuntos. Pero su poder no es fatalista; lo que uno hace lo puede deshacer otro. ¿Tienen idea de un Espíritu Supremo? Se duda, porque el melanesio no es filósofo. El acepta el efecto sin preocuparse por la Causa. Pero se halla sin duda una idea, aunque vaga, de la divini­dad; pues, de hecho, ellos conservan el sacrificio humano, acto supremo del culto religioso.

LOS JAVAYENSES

Musulmanes de nombre, en realidad siguen fieles en su gran mayoría a la religión de la naturaleza. Fetichismo.

No son mahometanos más que por tradición. Con todo, hay una gran orientación a la Meca y en los actos principales de la vida: matrimonio, funerales, sucesión, etc., observan con escru­pulosidad las prescripciones del Corán.

Cuanto a la predicación del Evangelio los del centro de la isla parecen menos fanáticos y más dispuestos. El Este y Oeste ofrecen menores resultados.

Hay, pues, dos extremos que evitar. Se engañaría el que creyera que en Java el mahometismo no tiene más que fachada. Pero es falso también que el misionero encuentre en él las mismas dificultades que en los países musulmanes de Asia o África.

Tampoco en el centro de la isla ha pasado el proselitismo musulmán. Crece el número de peregrinos a la Meca y muchos vuelven no sólo entusiastas adictos al Corán, sino ardorosos nacionalistas y aun comunistas.

1. **PANORAMA RELIGIOSO DEL MUNDO PAGANO**

Toda religión está montada sobre la inquietud que siente el hombre ante profundos problemas que bullen en el fondo de su alma, y a los cuales procura dar una solución. Todas tratan de dar una respuesta a la existencia de un ser Supremo, al por qué del mundo, a la razón del bien y del mal. Todas sospechan una caída y conciben una Redención. Sobre esto vendrán los errores, las su­persticiones, la malicia de los embaucadores, pero allí laten esos interrogantes que gritan la tragedia del hombre hecho para Dios y que le busca a ciegas por los caminos sin la luz de Cristo[[103]](#footnote-103) . Es así como las religiones paganas han podido ser llamadas por algún Santo Padre «Propedéutica Evangelii». Es así como la doctrina de Cristo y la incorporación a su Iglesia no se les presenta ya como algo tan separado de ellos que les obligue a romper hasta con esa trama de lazos humanos que les incorporan a su pueblo; su ambiente, su cultura y su historia, sino como algo que da solución plena a lo que era personal; solución pura y verdadera a lo que estaba mezclado con el error; solución luminosa a lo que es­taba en la penumbra de lo desconocido, ignorado. «Deum huno anunciamus vobis». Os predicamos a ese Dios en quien creéis sin conocer, adoráis sin entender, amáis sin poseer. A vuestros balbu­ceos responderá la palabra del Padre, a vuestras penumbras salpicadas de luminosidad responderá el que es la Luz.

\* \* \*

Todos los pueblos de la tierra han sentido tendencia innata a comunicarse con la Divinidad. Y en casi todos los pueblos, incluidos los paganos, algunos individuos han hecho de esta comunicación el objeto principal de su vida. Sacerdotes, monjes, ascetas, penitentes, ermitaños... son nombres familiares a los adeptos de casi

todas las religiones del mundo. También hay que incluir el con­cepto del celibato y de la virginidad perfecta. Retiro, penitencia y oración ha sido la respuesta universal del hombre en busca de la unión con la Divinidad. Donde más lozana ha brotado esta planta de la contemplación ha sido en India, Japón y China.

La India. Los filósofos del hinduismo o brahamismo, en su búsqueda de la paz del alma, de la felicidad sin fin —tendencia ins­tintiva de todo hombre— se han encontrado con un obstáculo que en su genérico contenido ideológico se puede denominar el pecado. Faltos de la luz de la revelación, los hinduistas ponen el remedio en librarse del cuerpo hasta llegar a la absorción de la propia personalidad en el Todo absoluto, en el Espíritu universal por la unión Inmediata con él. Para alcanzar este estado de la paz completa, el hombre ha de someterse a la ley del Karma, por la que todos han de sufrir las consecuencias fatales de sus propias acciones mediante sucesivas reencarnaciones. Pero hay un camino más corto y más seguro: el de la vida ascética, en cuyo término está la felicidad o descanso completo. Estas ideas, apoderándose del alma india, han poblado de penitentes las montañas del Indostán, y de mendican­tes sus calles y sus plazas. Sus penitencias son a veces horripilan­tes. Muchos dedícanse a la contemplación de ciertas verdades religiosas, llegando a producir verdaderos fenómenos síquicos con el objeto de aislar el alma y librarse del cuerpo. Una muchedumbre de monjes errantes, atraídos por el ideal ascético, recorren las poblaciones hindúes mendigando su sustento sin preocuparse del mañana. El número de los dedicados al ascetismo pasaba fácil­mente hace años de los 10 millones. El ascetismo hindú, a excepción de algún famoso monasterio junto a célebres lugares sagrados, como Benares y Rameshwar, no cuenta con grupos de monjes organizados en vida conventual, sino más bien con ascetas de vida independiente, aunque agrupados en sectas diversas.

Budismo —herejía del brahmanismo—.

Buda buscó también la paz del alma y la felicidad sin fin. Pero en vez de ponerla como los hinduistas en la absorción del individuo por el Espíritu universal, púsola en el Nirvana, el cual para unos significa el aniquilamiento total y para otros el goce perfecto sin pérdida de la propia personalidad. El también creía en el Karma y sucesivas reencarnaciones preparatorias del Nirvana o descanso definitivo.

Buda, más que fijarse en el problema del pecado, se fijó en el problema del dolor —más humano— y creyó hallar su solución en la renuncia a todo deseo hasta el de la propia existencia, pues el dolor viene del deseo no logrado. El hombre que llega a superar el apego a la propia vida, redímese de la ley del Karma, sin tener que sufrir una nueva reencarnación. De aquí nació entre sus adep­tos una profunda inclinación a la vida ascética.

El budismo meridional ha seguido esta doctrina de la autorredención considerando a Buda como maestro y no como Dios. El budismo septentrional ha trasformado la doctrina de su maestro que es tenido como un dios, de cuyo poder espera la salvación. El monaquismo budista ha florecido más en la secta meridional que en la septentrional. En el Japón existen unos 40.000 templos bu­distas junto a los cuales moran unos 80.000 bonzos dedicados al culto y a la oración. En el Tibet se levantan monasterios que con­tienen millares de monjes budistas que ejercen todavía poderoso influjo sobre las masas. En Birmania y en Cambodge, por ejemplo, todos los jóvenes, aun los de sangre real, han de pasar durante, cuatro meses cada año en un monasterio budista estudiando la doctrina de Buda y participando en los oficios litúrgicos.

En China, en cambio, el influjo del budismo en el pueblo es insignificante. Los bonzos eran llamados a veces en casos de en­fermedad, con más frecuencia en los funerales. Presidían también algunas procesiones o fiestas populares en determinadas fechas pero de ningún relieve social. La mayoría de los bonzos y bonzas profesaban el celibato. Los bonzos budistas, en contraposición a los hinduistas, viven siempre en comunidad, aunque su modo de vida es más suave que el de aquéllos. Por lo general, en los monas­terios budistas recítanse los himnos y plegarias tres veces al día. Comen en común dos veces y nunca fuera del convento. En los novilunios y plenilunios tienen una sola comida al día.

El mundo musulmán. Los musulmanes, aunque fanáticos seguidores de Mahoma, adoran a un solo Dios y a Él se dirigen frecuentemente por la oración. Niegan la Trinidad y la Redención. Niegan, pues, la realidad del pecado, echando así por tierra el fundamento de la expiación y del sacrificio, atribuyendo la sal­vación sólo a la voluntad de Dios, fatal e inexorable. Pero no ignoran las vías del ascetismo. Es conocida una de sus sectas, el Sufismo, sufi = asceta, también faquir = pobre, religioso mendi­cante mahometano; o derviche, del persa dervix = pobre, monje mendicante mahometano de vida muy austera que por medio de la danza llega a un frenesí religioso.

El Sufismo es una corriente ascética mística del Islam, que, bajo influencias neoplatónicas e indias, profesa ideas panteístas y emanatistas en detrimento de la ortodoxia. Llegó a adquirir una sorprendente técnica ascética por recitación, danzas, hipnosis... Uno de sus grandes doctores, llamado el Doctor Común del Islam, Al El Gazahli, muerto el año 1111, expone en sus obras las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva. Recomienda la meditación y el examen de conciencia y hasta la presencia de Dios. Hoy los Sufistas se extienden por Mesopotamia, Siria y Palestina en co­fradías que celebran sus oficios litúrgicos y fomentan los fenómenos místicos.

Algunas de las actuales cofradías musulmanas, aun las exis­tentes en el Marruecos Español, tienen, todo lo pobre que se quiera, algún parecido con nuestros Institutos Religosos. Véase, por ejem­plo, en síntesis, la Regla de los Derkagas, de auténtico sincretismo musulmán.

*Admitido el juramento de obediencia y de secreto que deben presentar al Xej, éste les dice:*

*—Los deberes de mis hermanos consisten en triunfar de sus pasiones, no ser vengativos ni hacer mal a nadie. Para cumplir sus deberes imitarán:*

*—A nuestro Señor Musa (Moisés) en andar siempre con un bastón.*

*—A nuestro Señor Abu Beker y a Omar Ben-el-Quetán, vistiendo hábitos pobres de lana.*

*—A Jafar ben AbíTalib, en alabar a Dios danzando.*

*—A Bu-Hairo (Abu Horeira), secretario del Profeta, lle­vando un rosario al cuello.*

*—A nuestro Señor Aisa (Jesús), viviendo en soledad y en el desierto.*

 *Caminarán descalzos, sufriendo el hambre y tratarán con gentes pías. Evitarán el trato con los poderosos y se guar­darán de la mentira. Dormirán poco, pasarán las noches en oración, harán limosnas, darán cuenta a su Xej de sus pensamientos serios y baladíes y de sus actos importantes y fútiles. Prestarán obediencia pasiva y en todo instante estarán en sus manos como un cadáver en las del lavador de muertos.*

 *Esta cofradía fué fundada por Sidi Lardi Derkani, que falleció en 1823.*

 *Esta tendencia de algunas sectas del Islam hacia el as­cetismo y la mística es efecto de la influencia cristiana, y no de la influencia budista, como lo demuestra claramente el célebre Asín y Palacios en su famosa obra* **Aben-Masarra y su escuela.**

CONCLUSION

Este breve recorrido por las vivencias religiosas más polarizantes prueba que la contemplación y el monaquismo pueden arraigar perfectamente en los pueblos paganos. En la India, China y Japón e Indochina... podrán surgir, con respeto y admiración, mo­nasterios cristianos junto a sus broncerías y pagodas. Es verdad que la labor primeriza del misionero católico tiene que empezar por una formación religiosa básica. Pero a medida que la Misión se desarrolle y los misioneros puedan dedicarse a dirigir las conciencias de sus cristianos y robustecer su piedad, surgirán por doquier, esplén­didas y numerosas, entre jóvenes de ambos sexos, las vocaciones a la vida contemplativa, porque «la mano de Dios no está abreviada».

«*Enséñame, Dios mío, a ver la humanidad como tú mismo la ves. Que ni mi vanidad de burgués, ni mi suficiencia de letrado, ni siquiera mi noble orgullo de creyente venga poner trabas al amor sincero y a la simpatía caritativa para con todos mis hermanos según la carne. Nuestra raza está diseminada por todas partes sobre tu tierra, oh Dios mío; va extendiéndose desde hace millares de años, desde sus orígenes, desde aquellos tiempos tan remotos que nuestra ima­ginación no acierta a calcular; y durante todos esos millares de años, tú has ido trabajando lentamente a los hijos del primer padre, preparando entre ellos tu eterno tabernaculo:* **deliciae meae ese cum filiis hominum***»[[104]](#footnote-104).*

***CUARTA PARTE***

***LA VIDA MISIONERA Y SU ADAPTACION***

*«Si evangelizo no tengo por qué gloriarme, pues estoy obligado a ello, y ¡ay de mí si no evangelizo! Siendo libre, híceme siervo de todos para ganar a los más. Me hice judío entre los judíos, para ganar a los judíos; y con los sujetos a la ley me hice sometido a ella, para ganar a los que vivían bajo la ley. Me hice débil con los dé­biles para ganar a los débiles; me hice todo a todos para salvarlos a todos.»*

*(1 Cor. IX, 16-22.)*

|  |
| --- |
| En esta cuarta parte atendemos sobre todo a la adaptación «interna» del misionero para la obra de evangelización. Para asimilar estos principios de adaptación, sin duda que no basta leer una sola vez los capítulos que siguen. Será preciso un reposado estudio, ya desde los primeros años de su formación y desde los primeros brotes de su vocación misionera. Será preciso meditación y súplica para que la gracia de Dios y su esfuerzo vayan obrando en él aquellos hábitos con que después necesitará actuar en su ministerio. El aprendizaje a base de experiencia propia, es sin duda provechoso. Pero fuera de llegar siempre algo tarde, supone además un primer fracaso y descalabro, que no siempre es remediable en sus nocivas con­secuencias. Anticiparse a esos descalabros, prevenir esos fraca­sos, vencer y evitar de antemano esos peligros, fue siempre más provechoso. Ojalá que esta cuarta parte pueda contribuir a ello con los noveles misioneros. Los veteranos, más que programa que desarrollar, podrán hallar en estas páginas un índice con­fidencial y un sincero examen práctico de su actuación mi­sionera. |

1. **EL MISIONERO EN SU CAMPO**

Las notas que preceden nos ofrecen una múltiple variedad en climas y costumbres, en lenguas y cultura en el campo misionero. Se dan pueblos tan civilizados y cultos como los de Europa o Amé­rica, y hay todavía tribus medio salvajes entre bosques tropicales y selvas vírgenes. En unas misiones la vida misionera puede su­poner al misionero una verdadera lucha por la existencia; en otras el confort se ha aposentado quizá dentro del mismo cuarto del misionero y puede hasta comprometer el tenor ascético y austero de su vida. Unos pueblos le ofrecen ciudades y poblaciones normal­mente constituidas y comunicadas; en otros la vida social está aún en sus más primitivos rudimentos.

Aun en este caso hay que notar que el misionero no cae hoy en tierra de misión como un paracaidista que se introduce de un vuelo en lo más inaccesible del campo enemigo. El misionero ate­rriza de ordinario en una misión ya en marcha. No es pionero audaz y explorador a lo Javier, sino operario de la viña, a la que llega a la hora undécima, y en la que le precedieron los de la hora prima, tercia y nona; es segador que viene a meter su hoz en la sementera, en la que otros, sus hermanos, dejaron generosos sus sudores.

Delineemos la constitución normal de las Misiones.

Cada misión está regida por un Vicario Apostólico u Obispo y por Superiores Regulares.

En la capital de provincia, o en la ciudad más populosa, está la Casa Central, donde reside el Sr. Obispo y una más o menos nutrida brigada de misioneros al frente de la Parroquia, Colegio, Seminario, Dispensario, etc. A esta Casa Central se añaden otros puestos o residencias de Vicarios Foráneos, diseminadas, en mayor o menor número, por todo el territorio de la misión y en pobla­ciones o partidos judiciales más importantes, con obras más o menos desarrolladas de evangelización. Dependiendo de estos Vi­carios Foráneos se dan todavía otros puestos o pequeñas Residen­cias de Misioneros que trabajan casi siempre solos. La Residencia Misionera comprende, por lo general: una pequeña iglesia y casa para el misionero; quizá a su alrededor dispone de una pequeña huerta o heredad. Unidas, o muy próximas a la casa del misionero y dentro de la misma cerca, se da la pequeña escuela de niños y otras dependencias para su servidumbre o brigadas de colaboradores, que puede constar de uno o varios catequistas, uno o varios maestros de escuela, cocinero, hortelano, sacristán, etc. A veces este personal es casi nulo; quizá hasta tendrá que echar mano de al­guna sirvienta. Los superiores, conscientes de los graves inconvenientes que esto puede traer, serán los primeros en procurar que sus misioneros no se vean en este trance. En la población cuenta con un número más o menos reducido o numeroso de cristianos y catecúmenos, que constituyen, junto con los paganos, su campo habitual de operaciones. Allí es donde desarrolla la vida de culto, la escuela, los catecumenados, etc., etc.

Más o menos próximas, pero fuera de la cerca, al menos a ello han de tender los Superiores, tiene la Misión la Casa de Religiosas Misioneras o Vírgenes Presentandinas, que, como auxiliares del misionero, desarrollan su apostolado especialmente con las mujeres y niñas. Suelen tener también su escuela de niñas, su Dispensario, Casa de catecumenados y de Ejercicios, etc., según el grado de desarrollo en que se halle el distrito.

Casi siempre cuenta además con núcleos de cristianos disemi­nados por el campo. Donde su número es mayor, quizá dispone el misionero de alguna pobre residencia en la que poder vivir él y sus ayudantes cuando gira una visita a esas Cristiandades del Cam­po, varias veces al año.

El desarrollo de una misión sigue a grandes rasgos este pro­ceso: A medida que aumenta el número de cristianos en las cris­tiandades, llegan éstas a ser residencia habitual de un misionero; al aumentar el número de cristiandades provistas de misionero residencial, aumentan también las obras: se abren más escuelas, se construyen más iglesias, más residencias y hasta Colegio y Seminario menor, etc. Poco a poco lo que era mera residencia de Vicario Foráneo puede pasar a ser residencia de un nuevo Vicario o Prefecto Apostólico y tenemos ya fundada una nueva misión, supuestos siempre los requisitos jurídicos que el Derecho Canó­nico exige.

Este sencillo recorrido por el campo genérico del misionero nos muestra que el tipo de misionero aventurero o errante explorador que, rifle en mano y casco colonial a la cabeza, va a través de selvas o desiertos, de estepas o de tundras, es un poco legendario y anacrónico. La vida misionera se ha normalizado mucho más que todo eso, y es necesario que así sea, si se quiere que el misio­nero no arruine su salud física y su mismo espíritu. No negamos que puede haber excepciones, pero por serlo en el campo misio­nero, no son lo normal.

1. **LOS FALSOS CONCEPTOS DEL MISIONERO**

El tono anecdótico y un poco legendario de ciertos autores ha podido contribuir a crear en la literatura misional diversos tipos de misioneros que no son los auténticos.

1- ***El misionero aventurero.*** Una agrupación misional enviaba urgentemente hace años a Roma el siguiente telegrama: «Envíenos para Conferencia misionero auténtico con barbas.»

Por lo visto, según el telegrama, lo esencial en el misionero «auténtico» parece ser la barba, que le debe dar el aspecto de Robinson Crusoe, inculto y semisalvaje, como de quien vive en la jungla. Hoy quizá no hubiera ya sido tan fácil acceder a este re­quisito, pues es sabido que hoy, en general, los misioneros ya no llevan barba. Luego el interrogatorio a que se le somete ya se sabe cuál es. Sentado entre sus pequeños admiradores de catorce años escucha paciente sus preguntas:

—Padre, ¿ha visto usted tigres? ¿Elefantes? Cuéntenos cuando tuvo que coger algún oso. ¿Comen a los hombres los de allí?

Y si es un misionero de China o del Japón... sonreirá, hará eszfuerzos inverosímiles para recordar los tigres o lobos que vio pintados en los libros o descritos en las poesías de Rubén Darío, o disecados en los Museos, y, haciendo un alarde de imaginación, si pondrá a contar, como sucedida a él, la caza del oso que leyó en ***Peñas arriba*** de Pereda.

Para muchos estudiantes son «auténticos» aquellos misioneros que tienen que contar aventuras en las que intervienen elefantes, leopardos y cobras. No hay duda que puede haber misiones en las que la caza de un elefante, que hace estragos en la mandioca, pueda ser una hazaña que dé más nombre a un misionero que una novena de sermones. África Ecuatorial, con sus densas selvas vírgenes sin caminos, con sus ríos sin puentes, con sus caravana, de cargadores que atraviesan la jungla, con un sol de fuego en un cielo de plomo... La India, con sus llanuras tórridas de cocoteros y arrozales, con sus carretas de bueyes que hacen eternas las horas y muelen los huesos; con sus cabañas techadas con paja de arroz y pavimento de tierra apisonada... Las misiones polares de Alaska y Canadá del Norte con sus ocho meses de invierno y 30 ó 40 gra­dos bajo cero, con pieles a la espalda y al rededor de la cabeza, con una ropa que llega a sofocar; con su trineo tirado a través de la blancura deslumbradora de la nieve, por perros lobos; con sus viviendas en chozas de hielo..., podrán ser propicias a peripecias que puedan satisfacer la curiosidad de los lectores infantiles de nuestras ligeras revistas de misiones. No es con todo frecuente. La idea misional es menester que fragüe a base de lo normal, no de lo anecdótico y esporádico. Pero aun en este terreno, hay en las misiones animales que temen los hombres no menos que al tigre y le dan más molestias y se prestan menos a narraciones escalofriantes; son los mosquitos que reparten a domicilio y gratuita­mente, en las cuencas del río Amarillo y del río Azul o en el Ganges o en la América tropical, la fiebre amarilla y la malaria; o que, menos inofensivos pero más molestos, se empeñan en la noche en no dejaros dormir; son las pequeñas sanguijuelas que os acechan entre las hojas secas, que os asaltan y se agarran a las pantorri­llas y os dejan su recuerdo para toda la semana; o bien es la mosca tse-tse del Africa que os amenaza con la terrible enfermedad del sueño, o son arañas horrorosas, alacranes y ciempiés del grueso de un dedo que corren como locos dentro del mismo mosquitero; so en fin, las cobras mortíferas de la India o de las selvas americanas. Un misionero de Honduras rezaba al acostarse esta jacu­latoria: «Dejadme, Señor, dormir para que pueda trabajar por Vos mañana.»

Pero la civilización va haciendo cada vez más remotos estos peligros, y de ordinario el misionero dispone de su casa y residen­cia, más o menos pobre, pero defendida contra estas eventualida­des e inclemencias.

Otros tormentos hay más enervantes que las fieras y que los insectos. El sol que tuesta la piel y empobrece la sangre, o pro­duce insolaciones tanto más temibles cuanto menos previstas; la humedad tropical que os mantiene en un constante baño de sudor y os cubre de sarpullido, o pequeñas pústulas rojizas y acuosas la espalda y el antebrazo, causándoos una comezón sensiblemente, desazonadora...; y para acabar de poner a prueba la consistencia de sus nervios, está también el hombre: el africano que danza a la luz de la luna, o el hindú que toma el fresco de la noche golpeando su tambor sin pasársele por el magín que te tiene sin pegar el ojo; y si por ventura los hombres duermen, allí está en la India la vaca sagrada que vendrá a descansar precisamente bajo tu ventana y que, por cada pinchazo que le dé el mosquito, sacudirá el cencerro que le cuelga del pescuezo. O serán los curiosos mo­zalbetes que, en tono de suficiencia, se te meten de rondón por tu casa, a horas que deseas quietud y soledad, porque tus nervios, ya un tanto comprometidos, no tienen las reservas que una sonrisa inalterable y sin ocaso requiere. O será un grupo de naturales o de chiquillos que te asedian y vienen a «verte» en el sentido más literal de la palabra, a ver cómo te lavas los dientes o cómo tecleas en tu máquina o cómo rezas o comes o cómo te levantas.

Todo esto es verdad. Pero el error está en suponer que todo eso le pasa a todo misionero y siempre y en todas partes.

Estamos ante el error que produce una verdad exagerada. Es­tamos siendo víctimas del exhibicionismo de una propaganda que tiene que meter ruido con leyendas un poco fantásticas.

Frente al tipo, un tanto descentrado y quijotesco, del misio­nero aventurero, se dan otros más verosímiles y prácticos.

2- ***El misionero abogado y juez.*** Épocas ha habido y misio­nes en las que por el prestigio de la Iglesia Católica o por falta de desarrollo social de la nación, el misionero venía a ser el árbitro supremo entre cristianos y a veces entre los mismos paganos. En algunos casos este prestigio «civil» del misionero fue la puerta, casi siempre un poco falsa, por la que se colaron no pocos que dieron su nombre y se bautizaron con miras puramente interesadas. El tipo de misionero abogado y juez va ya desapareciendo, aunque no sabemos precisar si por desgracia o si gracias a Dios. Desde luego es difícil desempeñar tales oficios sin perder un poco del propio prestigio y sin renunciar a gran parte de los privilegios de que goza.

La cosa en sí está llena de peligros. Por eso los misioneros ve­teranos son elocuentes cuando se ponen a dar consejos en esta parte al novel misionero. Te los resumo, con el P. Silvestri.

Durante el tiempo de tu aprendizaje misional no empeñes, joven misionero, tu apostolado en causas, cuestiones, litigios que caen fuera de tu ámbito. Intervenir en ello, presentarte a las autoridades para interesarles en tu nombre es cosa que debes evitar si aprecias en algo tu prestigio, tu misión y el honor de tu mi­nisterio.

Los pueblos bárbaros y semi-civilizados carecen de leyes con­cretas y precisas; de aquí es que entre ellos, el capricho, la fuerza, el soborno, la corrupción y el dinero son los que tienen fuerza de ley, y nosotros, poco acostumbrados a esas cosas, nos sentimos mo­vidos, como Don Quijote, a tomar la defensa del débil, del opri­mido, de la viuda, del huérfano, levantándonos frente a los opre­sores, ya sean personas privadas o constituidas en autoridad.

 No ha de ser así, mi querido hermano. Jesucristo, nuestro divi­no Maestro, tomó la defensa de los humildes, pero no llevó nunca mis razones y sus derechos ante los magistrados y mucho menos ante los tribunales, sino que nos enseñó con sus palabras y ejem­plos todo lo contrario.

Por eso, si en alguna circunstancia se pusiera en litigio el bien de los cristianos o el buen nombre de la religión, lleva el asunto a tus Superiores o al que esté encargado por ellos, para tratar esta clase de negocios. Cuando tengas más experiencia conocerás la im­portancia que estos consejos encierran, los cuales en muchas par­tes son también leyes sinodales.

*Habituados como estamos a la sinceridad y buena fe de los países cristianos, ni siquiera sospechamos al princi­pio, la astucia, la doblez, el engaño con que proceden los pueblos, cosas en las que son todos ellos maestros consuma­dos. Aun tus criados, tus catequistas, tus consejeros, toda la gente, en una palabra, que te rodea, poseen una gran dosis de esas malas cualidades, y si no estás muy alerta, no será difícil que dejes tu reputación, y aun tu conciencia, en al­guna de sus emboscadas; quiero decir que cometerás grandes injusticias, tal vez sin darte cuenta, y harás odioso tu mi­nisterio echando a perder en poco tiempo lo que con tantos trabajos y fatigas edificaron los otros misioneros. ¡Ay de la misión a la que llega un joven crédulo e incli­nado a las intrigas y que se aventura, sin ayuda de la ex­periencia, por el mar peligroso y traidor de las causas, cuestiones y procesos!*

Como se comprenderá, todo esto se refiere naturalmente a las causas públicas, en las que tiene que intervenir la autoridad civil, o a las que no son de incumbencia propia del misionero, por ser infieles los contendientes. En cuanto a las otras causas, es decir, a las pequeñas e inevitables discordias y discusiones, que pueden suscitarse entre los cristianos, o bien entre cristianos y pa­ganos, y que pueden arreglarse sin salir de la casa del misionero y aun por medio de los catequistas, no es bueno que el misionero se desentienda por completo de ellas. Ya en su tiempo quería San Pablo que las diferencias que surgían entre los cristianos, se arre­glasen en familia, sin llevarse a los tribunales civiles. Y de San Francisco Xavier se cuenta que después de comer daba audiencia a los cristianos para resolver amigablemente sus divergencias y dificultades. Y lo mismo leemos de otros muchos santos misio­neros.

 Por lo tanto, lo que ellos hicieron también tú podrás hacerlo, oh joven misionero, cuando se te presente la ocasión; pero en el caso de que tu sentencia paternal no satisfaga a una de las partes, cosa que suele suceder casi siempre, deja que pase la causa a los jueces y no te mezcles más en ello, a no ser que, como decimos, se trate de causas religiosas o tengas permiso de tus superiores, los cuales no es fácil que te lo concedan, sobre todo al principio»[[105]](#footnote-105).

3- ***El misionero médico.*** Esta forma de apostolado viene im­puesta por la penuria de médicos y medicinas que hay en muchas naciones paganas y por la caridad de Cristo que impulsa a, salvan­do los cuerpos, poder salvar también las almas. La caridad cristiana ha tenido siempre como auténtica manifestación curar también los dolores del cuerpo. La Iglesia es la que ha enseñado a los pue­blo, la Caridad social y la que ha levantado, ella la primera, hos­pitales, sanatorios, asilos y orfanatrofios. Pero cuando hablamos del misionero médico no nos referimos a estas obras sociales de la Iglesia, sino a la personal intervención en curas y operaciones y en la más o menos gratuita distribución de medicinas, etc.

La legislación de la Iglesia era hasta ahora más bien severa, aunque siempre más amplia con los misioneros. Con todo se im­pone suma prudencia y circunspección. «Se da facultad a los Superiores de las misiones de permitir a sus misioneros el arte de la medicina y cirugía, ’’dummodo in illis periti sint”, y operen sin incisiones, excepto la sangría, y nada exijan por ello. En cuanto a curaciones de mujeres eviten todo lo que desdice de la santidad del carácter de su ministerio.» Fórmula 3º maior n.° 47. Dir. Anking n.° 316. Tres clases, pues, de acotaciones se indican aquí que, por ser los peligros permanentes en dicho ministerio, es preciso subrayar: ***a)*** contra la ciencia médica, ***b***) contra el interés y lucro, **c**) contra la dignidad y decencia sacerdotal. Lo primero sería peli­groso para el prestigio, lo segundo para el buen nombre y edifi­cación, lo tercero para su pureza y fama.

Es curioso saber que los santos más pródigos en estas obras de caridad, San Vicente de Paúl, San José Benito Cottolengo y otros, no creyeron prudente ni aun tomar el pulso a un enfermo.

Un misionero que pretendiera crearse fama y prestigio de médico vería aumentarse, con gran detrimento de su verdadera misión, la clientela de hombres, mujeres, niños, adultos y ancia­nos, enfermos de toda clase de dolencias, aun de aquellas que tie­nen un origen inconfesable.

«¿Qué límites se ha de imponer, pues, el misionero? Y aunque no los imponga, ¿podrá siempre mantenerse dentro de ellos? Entre gente que no tiene de la honestidad y delicadeza moral el mismo criterio que nosotros los sacerdotes, ¿no parecerá que hacemos diferencias arbitrarias y no dará origen a celos y murmuraciones al ver que mientras admitimos a unos, excluimos a otros, aunque sea por razones, que la prudencia nos obliga a callar? Y esto sin hablar de la pérdida de tiempo que estas cosas llevan consigo y que el misionero tiene que robarlo a sus obligaciones más importantes, como son la oración, el recogimiento, el silencio, el estudio de la lengua y predicación.»

*En conclusión, si en el país donde estás hay médicos cirujanos, tus servicios son inútiles o innecesarios y debe evitarlos; si no los hay, tu intervención es difícil y a veces peligrosa. Cierto que Jesucristo curó a los enfermos y dio ese poder a sus Apóstoles, pero este carisma no figura entro los que habían de dejar a sus sucesores y jamás encontra­mos a Jesucristo o a sus Apóstoles haciendo un diagnóstico o escribiendo una receta o aplicando una medicina; la im­posición de sus manos, la oración, he ahí las medicinas quo aplicaban.*

«Además, desde los primeros tiempos de la Iglesia, tenían los pastores de almas un cuidado muy especial de los enfermos, sobre todo pobres; pero ese cuidado lo ejercían por medio de otras per­sonas aptas y destinadas a ese fin, nunca por medio de sacerdotes, excepto en algunas circunstancias particulares.

En cierta ocasión en que el catequista Miguel pidió a San Fran­cisco Xavier algunas medicinas para los enfermos, éste le dio una imagen de la Virgen y unas disciplinas, diciéndole: ’’Toma, con aquélla curarás las almas y con éstas los cuerpos.” ¡Extraño co­mentario a las palabras de Jesucristo: “et cúrate infirmos”, que seguramente no hará mucha gracia al misionero desorientado por sus ilusiones e inclinaciones médicas!»[[106]](#footnote-106).

No significa esto que el misionero no pueda y aun deba recibir una preparación particular en orden a determinadas enfermeda­des endémicas en los diversos países de misión, y el uso de los remedios habituales y modernos más comunes, aplicables para sí y para los demás, y de los cuales debe estar siempre bien provisto. Hoy funcionan ya no pocos centros Oficiales o Religiosos para ca­pacitar a los misioneros, sobre todo a Hermanos Coadjutores y a Religiosas o Enfermeras, para poner en sus manos medio tan po­deroso de apostolado en las misiones[[107]](#footnote-107). Pero lo más práctico es realizar esta obra de caridad por medio de nuestros médicos, cate­quistas bautizadores y enfermeros y enfermeras seglares. ¿No será uno de los fines más propios del misionerismo seglar? El cielo está lleno de angelitos que han sido salvados de este modo y muchas cristiandades deben su existencia y su actual florecimiento a al­gunas píldoras y comprimidos suministrados gratuitamente por los misioneros o por nuestros catequistas y cristianos.

No desprecies, pues, esta poderosa palanca y este reclamo de la caridad, que haciendo bien a los cuerpos busca poder hacerlo también al alma. Llama en tu ayuda a algún médico catequista, a caza de almas. No te desanime la pobreza de tu farmacia y dis­pensario, observa el tantas veces citado P. Silvestri, pues un poco de quinina, de sulfato de zinc y de aspirina, algunas píldoras, unas cuantas inyecciones de penicilina, estreptomicina, unos cuan­tos tubitos de pomada Cusí, yodo y algún buen desinfectante y pocas cosas más, con muchísimo amor y bondad, te bastará para salir del apuro en muchísimos casos y te permitirá dejar, a tu paso de misionero, una estela de simpatía y acercamiento a Dios.

Esto, como ves, dista mucho de convertir la casa de misión en una sala de consulta o en un dispensario que sería invertir los valores y hacer de un misionero un médico, que no es lo mismo que hacer de un médico un misionero.

1. **ADAPTACIÓN MISIONERA**

INTRODUCCIÓN. — Toda obra de evangelización es una obra de in­fluencia moral. El que evangeliza influye en el que es evangelizado. Ahora bien, no hay influencia moral sin que las dos almas se unan, sintonicen. Mientras la que ha de recibir nuestra influencia no se nos entregue, no se encuentre con nosotros en unidad de pen­samiento o en sumisión de voluntad, no podemos influir en ella. He ahí por qué la Pedagogía, que es un arte excelente, va dirigida a aleccionar al pedagogo su sintonización con el alumno. Por eso, el mismo castigo, que parece habría de ser el que rompiera en seco esta sintonización, ha de ser tal que no enajene la voluntad del dirigido, o porque lo acepta gustoso o porque al menos lo ve razonable y justo.

Al tratar de sintonizar salimos al encuentro de quien viene ya por su camino. En el misionero la iniciativa «para encontrarse» con el alma pagana debe partir de él. Al construir el famoso túnel de S. Gotardo, las obras se comenzaron a un tiempo por ambos extremos, pero se ejecutaron con error los cálculos, y el resultado fue una desviación de diez metros.

Podemos de antemano decir que los misioneros extranjeros, en nuestro camino de acercamiento a los indígenas, traemos ya un error inicial de desviación mucho mayor que el del túnel de S. Gotardo. Raza distinta, patria e intereses distintos, historia dis­tinta, pueblos tan opuestos como el Oriente y el Occidente. Menta­lidad diferente. Lo que tú crees pereza, el otro lo juzga prudencia en no meterse donde no le llaman. Lo que tú crees una acción de descortesía, lo cree el otro prueba de interés; y al revés, lo que para ti es una broma, es para el otro un reproche. Mentalidades distintas. En nuestro camino «a su encuentro» es inevitable alguna desviación. Sólo pretendemos, pues, que esta desviación sea la menos posible para que nos encontremos y, encontrados, podamos comunicarles el legado de Cristo. O como dijo San Pablo: hacer­nos todo a todos para ganarlos para Cristo.

Este encontrarnos con el alma pagana exige de nosotros los mi­sioneros sintonización y adaptación. La primera abre el camino a la segunda. La sintonización es teórica, la adaptación es práctica.

La sintonización del misionero con el alma pagana es triple: sicológica, humana y local. La primera nos exige conocer el alma pagana; la segunda, acomodar nuestra sicología a la acción proselitista; la tercera, al medio ambiente en que misionemos. El primer requisito del misionero es conocer el pueblo que va a misionar, por eso hemos estudiado primero al pueblo pagano en general, y, después, hemos tratado de dar la silueta síquica y religiosa de los di­versos pueblos que caen dentro del amplio campo misionero[[108]](#footnote-108). De por fuerza nos hemos fijado solamente en los grandes bloques étni­cos; pretender bajar hasta las últimas diferenciaciones regionales y locales ni es posible ni fuera práctico. Al misionero que es des­tinado a una misión no le costará ya mucho, supuesta la orienta­ción que este libro le ofrece, adquirir detalles particulares del pue­blo que va a misionar.

El CARÁCTER PAGANO. El carácter pagano, como todos los carac­teres, es un conjunto de buenas cualidades y de muchos defectos. Si éstos nos parecen más numerosos que aquéllas no nos admiremos demasiado. Son pueblos paganos, como lo fue antes el nuestro.

No puede extrañarnos que la huella del pecado original, como más duradera, haya sido también más profunda. Y por ser el pecado hijo de la voluntad más que del entendimiento, en la voluntad es donde quedó un más desastroso influjo. Es la voluntad sobre todo la que adolece y enferma con la fruta del pecado. Pero ¿no es esta lacra gaje de todo hombre? Mejor o peor carácter, nos exige estima para estudiarlo, paciencia para sufrirlo, amor para corregirlo y prudencia para saber aprovecharlo: Adaptación.

Problema esencialmente misionero. Lo podríamos llamar el tec­nicismo militar de esta conquista espiritual. La palabra conquista les disgusta a muchos. Con razón y sin ella. Sin ella, porque de sobra saben unos y otros que la conquista espiritual de que se trata,' nada tiene de humillante, nada que vulnere los derechos del con­quistado, nada que se apoye en una soberbia racial o en un hambre de absorción o en un burdo egoísmo. No se trata de recibir nada, sino de dar lo más y lo mejor. Por eso es injustificado que nosotros nos escandalicemos de esta palabra.

Lo es además dogmáticamente desde que conocemos los inalie­nables derechos de Dios y de la Iglesia sobre las inteligencias y el corazón del hombre. Nadie sino Dios, Creador y Redentor, nadie en lo humano, si no quien tenga la representación de Jesucristo Rey, tiene derecho sobre las voluntades de los hombres de toda raza, lengua y nación.

Por eso a nadie de nosotros debe escandalizar ese lenguaje de conquista que tan virilmente resuena en la famosa meditación del Rey Temporal: «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos.»

\*\*\*

Pero hay, con todo, algo de razonable en ese escándalo, diga­mos mejor, en esa prevención y disgusto que algunos, misionólogos principalmente, sienten en el uso de una terminología de «con­quista». Y es que, efectivamente, como toda palabra cuyo signifi­cado no se comprende, ni se ha experimentado, encierra una sig­nificación que puede molestar al pueblo no católico. Inevitablemente suena a dominación, a sumisión y, con un poco de mala voluntad, hasta a plan disimulado por el que una potencia extran­jera se sirva para extender sus dominios. En este caso, por ejemplo, el Papa. Por eso, sin que necesitemos rasgarnos las vestiduras al oír esa terminología, comprendemos que es más procedente, más sicológico, más «bien» no usarla, porque no se necesita ni para estimular el celo del apóstol, ni menos para captarse la simpatía de los pueblos que queremos salvar y llevar a Dios y a su Iglesia.

Pero sea lo que sea del nombre, la realidad es una verdadera conquista espiritual. Y como tal requiere su estrategia. A ésta responde en el campo misionero el concepto y la doctrina de la adaptación. Es clásico, como decimos, este principio en la Misionología. La Iglesia y el misionero como último o primer exponente de la actuación de la Iglesia en misiones, debe saberse adaptar al pueblo al que va a convertir y traer al conocimiento de Dios. Esto es evidente, como es evidente que el jefe militar ha de tener una técnica militar de acción y una táctica de captación sobre el pueblo conquistado.

La formulaba San Pablo cuando decía: «me hice todo a todos para ganarlos a todos». No he venido a predicarme a mí, sino el evangelio de Cristo. Los Papas insisten con los misioneros en que no van como súbditos y representantes de tal o cual nación, sino como súbditos y representantes de Cristo y de su Iglesia, la cual, por ser católica, es de todos los tiempos y de todos los pueblos, y por eso mismo sabe respetar la idiosincrasia de cada pueblo y no necesita precisamente suprimir nada auténticamente nacional, sino elevar y santificar, pues trae la misión de Aquél que no vino a destruir, sino a completar.

\*\*\*

Implantar la fe no significa desnaturalizar a un pueblo. Por eso, lo primero que la adaptación nos exige es respetar. Respetar usos, tradiciones y costumbres que nada tengan de censurable o bárbaro. Si lo tienen será preciso trabajar por enderezarlas y corregirlas; pero eso, no ya por ser de tal pueblo, sino por ser opuesto a la sana razón, lo mismo que trabajamos en nuestra propia nación, porque las costumbres públicas y populares no degeneren en costumbres paganas o indecentes. Respetar también su filosofía natural en todo lo que no se haya desviado de la sana razón. Respetar sus valores y gustos artísticos. Respetar, en una palabra, todo lo que es un valor humano y no se opone a lo divino.

Pero respetar no significa estancarse. Todo lo que se estanca se retrasa. Porque la vida es esencialmente movimiento. Por eso solo la verdad absoluta no cambia. Todo lo demás está sometido a una inexorable ley de avance. No se le puede al río detener en su corriente si no es momentánea o localmente para formar un pantano; ni se puede cercar a un árbol su crecimiento. Esto quie­re decir que no por una justa y prudente actitud de respeto ante lo indígena caigamos en el extremo del aferramiento infecundo y retrógrado. No se ve por qué, en China por ejemplo, no hemos de usar tenedor, si es más cómodo que los palillos, y si los mismos chinos van introduciendo su uso. Los misioneros chinos no usá­bamos corona o tonsura para evitar lo que de parecido pudiera haber con los bonzos, y cierto, hubiera sido desprestigio vestir la bata que vestían ellos.

Adaptación significa respeto también a la voluntad sin que­brantarla, sin humillarla. Lejos del misionero un tono de altivez o de desprecio que le incapacitaría totalmente para su ministerio. El sabe muy bien que el mismo Dios respeta la libertad del hombre y que la voluntad del hombre es un santuario en el que Dios mismo no quiere entrar sin llamar a la puerta. Pero un respeto, claro está, que se compagine con el «clama ne ceses»; con el «insta opportune et importune»; con el «compelle intrare». Un respeto que se de la mano con el «voe mihi si non evangelizavero» y con el «qui vero non crediderit condemnabitur».

\*\*\*

El misionero no ha de imponer sus criterios, como si fueran la medida de las cosas, o mejor dicho, no debe llevar criterios pro­pios sino los de la Iglesia, garantía de prestigio en sus ministerios y de humildad que aleje la prevención contra las divinas enseñan­zas, el divino mensaje de que son portadores, y base inconmovible a su santa audacia y persistencia. Entre el agente colonial y el misionero hay una diferencia que, como observa el P. Charles, debe ser absoluta. Sobre un mismo muelle y sin otra diferencia exterior que la de su hábito y uniforme, existe una diferencia mucho más profunda. El agente colonizador lleva consigo su país, con su bagaje cultural. El misionero lleva sólo el Evangelio. El agente co­lonizador va a vivir entre los chinos; el misionero parte para hacerse de por vida como los chinos. El agente colonizador va a incorporar a un pueblo a la cultura que les lleva; el misionero va a vivir entre ellos la misma vida que les predica. Va a inocular una nueva savia en la vida que encuentra y que respeta. La doc­trina de Cristo será compatible con la esencia nacional en lo que ésta tenga de auténticamente digno y humano. La adaptación le puede exigir renuncias e imponer sacrificios que el misionero ha de aceptar con valentía una vez que, compatibles con su vocación, las halle exigidas por la mayor eficiencia de su ministerio

\*\*\*

Pero este principio de adaptación si no se ha de desvalorar tampoco se ha de exagerar, ni se ha de desvirtuar. Propensos al error, por cualquier camino llegamos a él los hombres. Unos misioneros llegan por el de la incomprensión para con el pueblo que han de evangelizar, al que tratan quizá con desprecio y una sufi­ciencia propia, llena de arrogancia racial, con un aire de dignatarios civiles y agentes del Estado. Es un error que si alguna vez pudo existir, hoy resultaría ya excesivamente anacrónico. Contra este abuso, innegable en algunos misioneros, reaccionan otros con el principio de la adaptación y de la acomodación. Lo aplaudimos y lo defendemos, pero sin exageraciones contraproducentes y erró­neas. Hay quienes por justa reacción de errores pasados, por idio­sincrasia y despego de la propia nación y por exagerado respeto a la libertad o a lo que se ha llamado indigenismo, dan en otro ex­tremismo asimismo reprobable. Quieren que se destierre, por hu­millante, el sentimiento de compasión hacia el pueblo gentil, quieren que se borren de nuestro vocabulario esas expresiones de los «pobres infieles». Ya no se les llamará paganos, gentiles, sino sim­plemente no católicos... Hemos quizá con esto caído en otra exage­ración y olvidado algo inolvidable. Todo error es digno de compa­sión; lo es en razón directa a la grandeza de la verdad a que se opone y de la dificultad que hay de salir de él y de la ingente proporción o número a que ese error alcanza. En este sentido no hay duda que el pueblo gentil, por gentil, es digno de compasión. Es este un sentimiento noble y ortodoxo. Sin la compasión a tantas almas como se condenan porque no conocen el camino de la sal­vación, ni tienen los medios de alcanzarle, no serían muchos ni muy auténticos misioneros los que se ofrecieran generosos a em­presa tan sacrificada. Más aún, ni tendrían razón de ser esas intimaciones de la Iglesia, ese «no podemos dar descanso a nuestra voz» de Pío XI, ni tendrían para qué insistir en que la hora es de­cisiva. Si no se trata de algo eternamente impresionante, auténti­camente desgarrador y digno de compasión la más humana y di­vina, no prediquemos el ideal misionero.

En el mismo Redentor admiramos y ponemos un sentimiento de compasión hacia los hombres que le pudo mover, a nuestro modo de hablar, a hacerse hombre. Cierto que ese sentimiento ha de ir despojado de todo lo que sea desprecio y arrogancia. Nuestra compasión es, por así decirlo, «dogmática». Pero así entendida no sólo no es vituperable, sino plausible y necesaria. Como lo es en la madre hacia la debilidad de su hijo, o en el médico ante la dolencia del enfermo, o en el Pastor hacia la oveja descarriada, o en el Padre hacia el hijo pródigo. Cierto que sicológicamente hablando no es a este sentimiento al que le toca hacer, por así decirlo, nuestra presentación en país de misiones. Cuando se llega al país de misiones ese sentimiento no aflora, no se presenta; queda, si entre el bagaje divino de que viene provisto el misionero. Pero no puede faltar. ¿Qué misionero hay a quien no arranque lágri­mas aquel grito de Javier: «mirad, Señor, cómo en oprobio vuestro se llenan de almas los infiernos»; aquel «hominem non habeo» del paralítico; aquel «sicut oves errantes non habentes pastorem» de Cristo Nuestro Señor; aquel «alienati a Deo» de San Pablo; aquel «tenebrae» de San Juan, y aquel «magnus aegrotus» de San Agus­tín con que llaman y señalan al pueblo gentil? ¿Es que estas expre­siones son exageradas o han perdido su autenticidad? ¿No tienen más bien extensión, por así decirlo, dogmática y ecuménica?

Su razón es en efecto tan profunda que alcanza a todo indivi­duo, aun de país católico, que vive sin la realidad a que esas frases aluden. A cuantos viven sin Dios, enfermos de sus pasiones y pecados, como ovejas que no viven en el aprisco y no hallan Pas­tor que las guíe y defienda, en tinieblas de pecado. La compasión, pues, que siente el misionero hacia el pueblo gentil no es otra, específicamente hablando, que la que se siente hacia todo hombre a quien no llegan los efectos de la Redención, o porque los profana, como el que vive en país católico, o porque los desconoce, como el que vive en país de misión. Allí la compasión es individual, aquí es colectiva. Allí es una compasión más inoperante; aquí más dinámica, por cuanto allí se da culpa y aquí ignorancia. Es preciso, pues, situarnos en el justo medio.

\*\*\*

Cuando se lee cierta literatura misionera de campo vanguar­dista, queda uno perplejo y desorientado. Se rechaza ese senti­miento de compasión y aun da la impresión de que los «pobres» somos los que vamos a misionar; nosotros y no ellos, los ignorantes. Y nos escriben páginas sobre las religiones paganas y nos amo­nestan «con caridad» que no las desfiguremos, que no las confun­damos, que no las tildemos de lo que no son. Como si el concepto de inteligente o sutil pudiera despojarla de su error y de su ineficacia total en orden a la salvación del alma. Y en un derroche de com­prensión, de amor, así creen ellos, llegan a preguntarse ¿si no tendrán fe los amiditas y si los hindúes no tienen también su mística? Y se tilda no sólo de improcedente, sino hasta de injusta, la risa compasiva con que miramos a ídolos «que no entendemos» y se viene a decir que en resumidas cuentas la actitud y postura más misionera es la humildad. ¿No es esto para desconcertarse? Razonemos. Aceptamos la humildad en el misionero primeramente cuanto a su persona, que con mucha indignidad personal puede ser representante de una doctrina sublime y santa y necesaria. Pero no la admitimos como si hubiera de tener que presentarse aver­gonzado ante el mensaje divino del que es portador. Él debe decir con toda verdad: «Domine, non sum dignus.» No soy digno, Señor, digno. Tengo sin duda sobre mí más culpas, y, desde luego, mayor res­ponsabilidad que las de esos mismos pobres gentiles a quienes quiero llevar vuestra santa ley y doctrina. Pero, por lo que a su ministerio se refiere, deberá «cum omni fiducia loqui verbum Dei, Ut sermo Dei currat et clarificetur et omnes gentes cognoscant te De uní verum.» Mientras siga en pie el dogma de «unus Deus, una fides, unum baptisma»; mientras siga en pie el dogma de una Iglesia como medio único de salvación y el «sine me nihil potestisfucere» y el «praedicate evangelium omni creaturae»; mientras confesemos que «qui crediderit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur» y el «et alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovile et illas oportet me aducere», quedará en pie la divina misión de la Iglesia, el divino mensaje del misionero.

En resumidas cuentas, lo que les queremos llevar no es una filosofía que pueda resistir un parangón con la de ellos, sino una Religión; no es algo que vaya a adornar sus inteligencias y a lo que puedan renunciar, sino algo vital que salta hasta la vida eterna, algo necesario, «lo único que en definitiva lo es». No des­quiciemos las cosas. Ni el entusiasmo y fervor nos ha de hacer imprudentes, ni la prudencia y adaptación nos ha de hacer incon­secuentes. El misionero no ha de ir ni engreído ni despreciador; consciente de su misión y consciente de su indignidad personal, orgulloso del don que lleva y avergonzado de las manos en que se ha depositado.

\*\*\*

El principio de la adaptación ¿exige al misionero que se des­poje de toda su idiosincrasia extranjera? Es cierto que cuando hay prejuicios de todo se echará mano para desvirtuar nuestra acción o calumniar nuestras mejores intenciones. Pero nunca pue­den ser los prejuicios del enemigo criterio de verdad, aunque sí de prudencia. No de verdad, porque sus invectivas no las dicta la sensatez, sino el prejuicio, y éste, por serlo, se cebará donde pueda; el milagro lo atribuirá al poder de Belcebú, antes que doblegarse ante la evidencia.

Pero los paganos que miran sin prejuicios al misionero extran­jero, no se extrañan de que éste, por ejemplo, vista su sotana 0 use su cocina europea. Los misioneros de China hemos podido com­probar que esto no les extrañaba absolutamente nada. No decimos que no les causara especial simpatía el ver al Padre manejar los palillos y sentarse a la mesa con ellos y comer como ellos; décimos sencillamente que lo contrario no era motivo ni de extrañeza ni de repulsa. Ahora bien, la salud del misionero puede recomendar ciertas leyes de régimen que no hay por qué suprimir. Tampoco exige al misionero que renuncie a su patria y menos que hablar de ella con desestima. Esto podría hasta causar escándalo. Oigamos a un misionero español del Vietnam, Tonkin:

*«El indígena, con una lógica simplista, pero fatal, estima que existe una conexión de valores entre las diferentes ma­nifestaciones culturales de una raza y su religión; de modo que si los europeos tienen una ciencia superior a la propia, por ejemplo, mejores ingenieros, más bellas iglesias y aún mejores cañones, deben tener también una religión mejor, pues siendo más inteligentes en las cosas materiales, deben serlo también en las del espíritu, y si han encontrado una manera de vivir más confortable en la tierra para el cuerpo, ¿por qué no habrían hallado un cielo más hermoso para el alma?*

*»No hay que dejarse engañar; el medio que ha ganado más almas para Dios en la misión de Oriente es, induda­blemente después de la gracia divina, el prestigio de Occi­dente; y nada contribuirá, ni ha contribuido en estos últi­mos tiempos a la crisis de los misiones, como la crisis de este prestigio, sobre todo moral. Así, pues, si el misionero se empeña en extasiarse ante todo lo oriental, considerán­dolo como superior a lo occidental, y aun llegar a despreciar y mofarse de los de su raza, que los nativos consideran su­perior (como se ha dado el caso), puede estar seguro ese mi­sionero que sus palabras y actitud imprudentes causarán un daño terrible a la religión que pretende propagar y salpicará de lodo el manto inmaculado de la Iglesia que él representa.*

*»Eso no quiere decir que se deba defender todo lo que no es defendible y que no se haga la separación indispensa­ble que realmente existe entre los verdaderos valores cien­tíficos y morales del Occidente y sus caricaturas y deforma­ciones. Con esto basta»[[109]](#footnote-109).*

En este terreno es natural que los misioneros no estén siempre de acuerdo con los misionólogos. El P. Domenzáin, S. J., misionero del Japón, de innegable tendencia adapcionista, acariciaba, antes de la derrota del Japón, la idea de levantar una iglesia de estilo auténticamente japonés en Yamaguchi, de tan glorioso abolengo javeriano. Pero terminada la guerra, el mismo P. Domenzáin es­cribía estas palabras: «Pensábamos en una iglesia de estilo japo­nés, pero ahora lo que aquí priva es lo extranjero; o por moda o porque quieren algo distinto de sus templos paganos... es lo cierto que lo japonés está en decadencia.»

\*\*\*

Recojamos esta frase final que hemos subrayado por nuestra cuenta, porque nos parece una de las claves en esta cuestión. No se trata, en efecto, de preferir lo extranjero por extranjero, y recha­zar lo indígena por indígena. No, se trata de dos cosas muy distin­tas. Primero, hay valores artísticos y módulos eternos. Una iglesia gótica, una catedral como la de Burgos, arrancará admiración ante todo el mundo capaz de comprender el genio de la inspira­ción. Un cuadro de Miguel Ángel o el entierro del «Conde de Orgaz» del Greco o las Inmaculadas de Murillo, o el «Príncipe Balta­sar Carlos» de Velázquez, emocionan a todo hombre capaz de sentir la belleza. Pero hay más. El pagano que da su nombre a la Religión Católica es consciente de que va a iniciar una vida nueva y admite como natural, más aún, como algo que su nueva sicología exige, que a esa vida nueva respondan también manifestaciones nuevas, formas nuevas, y aun arte y culto nuevo. Este sentimiento de reno­vación se le hará más vivo, si para bautizarse entra en una iglesia católica de estilo gótico o eclesiástico, que no si se le da el agua bautismal en una antigua pagoda convertida hoy en iglesia.

La Iglesia es Católica, esto es, universal. Y lo es no sólo por razón de sus dogmas y moral, sino por razón de su culto, de su liturgia y de su mismo arte. Porque ¿quién duda que hay un arte que podemos llamar eclesiástico o católico, como hay una liturgia católica y un culto católico y un dogma católico? Cierto que su postulados no son igualmente fijos e intangibles, como los del dogma, pero participan de su universalismo. Las ceremonias difuntos, las del Viernes o Sábado Santo, los encantos de las fiestas de Navidad con sus Belenes, el Víacrucis, etc., tienen un lenguaje universal para toda alma católica. Una Misa de Requiem de Perossi conmueve lo más íntimo del alma, lo mismo en el Peitang de Pekín que en San Lorenzo de extramuros de Roma, o de El Escorial.

Todos los misioneros han podido comprobar que los indígenas se apropian el arte extranjero, o digamos mejor católico, con re­lativa naturalidad. Ante una colección de estampas españolas y chinas siempre pude ver que los niños de mi escuela escogían las estampas españolas. En una misión de África Central cuenta el antes citado misionero español P. Gallego, O. P.:

*«... un misionero creyendo hacer un descubrimiento de nuevos métodos misionales y ser muy del agrado de los neó­fitos, mandó pintar un cuadro del cielo, donde, como es na­tural, había bienaventurados blancos y negros; los bienaven­turados negros tenían la piel negra como la tenían en la tie­rra. Cuando los cristianos vieron aquel cuadro del cielo, donde sus coterráneos tenían la piel como la habían tenido en la vida terrestre, fueron a ver al misionero y decirle que, puesto que en el cielo iban a continuar siendo tan negros como en la tierra, no tenían necesidad de hacerse cristianos, pues si habían abrazado la religión católica, era esperando volverse blancos el día de la resurrección.*

*»Cosa parecida esperaban los numerosos vietnamitas, en particular ellas, que me han preguntado si en el cielo tendrán la figura y el color de las europeas.*

*»Eso, profundamente analizado, tiene una significación sobre la que deben meditar los partidarios inconsiderados de la adaptación a ultranza»[[110]](#footnote-110).*

Hoy la chispa del nacionalismo ha prendido en casi todos los países, atizada con frecuencia por el comunismo que sabe apro­vechar el tópico, nunca más paradójico y sarcástico, del antiextranjerismo. Para el primer período de su propaganda le sirve muy bien este tópico. Cuando con él haya logrado el comunismo lo que que él espera, ya cuenta en su programa con otro surtido de armas y medidas que usará «in tempore suo». Hoy el mundo misionero tiene que contar con un nacionalismo exaltado.

Cada país tiene además modalidades peculiares que, por razo­nes de índole patriótica, histórica y sicológica, llegan más pronto y calan más hondo en el alma indígena. Lo que a unos emociona a otros les deja impasibles, incapaces de sintonizar con aquellas para ellos extrañas melopeas, colores y figuras. Por eso no verá con gusto que, dejando sus riquezas tradicionales, se les dé lo que ni aman ni sienten. Hay con todo en el mundo artístico y emo­cional, aparte de lo eclesiástico, un acervo común que llega a todas las sensibilidades humanas. Aún recuerdo los éxitos que obtenía­mos en Pekín cuando jóvenes estudiantes de diversas nacionalida­des interpretaban villancicos de su respectiva nación. Los españoles fueron los más aplaudidos.

También la Prensa comunica de vez en cuando el efecto sor­prendente y el aplauso con que han sido recibidas nuestras exhi­biciones folklóricas. Ello prueba, como decíamos antes, que en música como en pintura y arquitectura, hay valores humanos quo, por serlo, hallan eco y aplauso en cualquier meridiano y paralelo. Una sinfonía de Beethoven o una coral de Palestrina o de Victoria arrebatará a cualquier auditorio capaz de sentir y comprender lo bello. El P. Mihara, japonés, en una conferencia dada en el Insti­tuto Pontificio de Música Sagrada de Roma, abogaba por la japonización del canto litúrgico; pero él mismo confesaba que el canto gregoriano tiene tal carácter de universalidad que se impone aun a los mismos acatólicos.

\*\*\*

Pero lo que sería siempre improcedente, antimisionero, sería el despreciar o poner en ridículo ante los paganos y aun catecú­menos lo que ellos han venido creyendo o admirando. Es improce­dente al menos que el misionero de buenas a primeras les diga, por ejemplo, que el Budismo es malo, ridículo. Lo que procede es decirles que «aun con su buena fe están equivocados». Esto téngase en cuenta en regiones sobre todo donde la falsa religión tenga un arraigo más nacional y esté más identificada con la vida del pueblo.

En este sentido hemos orientado el capítulo que dedicamos al tema de las supersticiones. Hace aquí muy al caso recordar las palabras de Pío XII: «Todo lo que en usos y costumbres no esté ligado indisolublemente con errores religiosos, se mirará con simpatía y si es posible se tolerará y promoverá.» Dos razones, una absoluta, otra circunstancial, pueden obstar a que tal uso o costumbre se adopte. Absolutamente hay usos y representaciones mi­tológicas esencialmente indignas del culto católico. Hay otras ma­nifestaciones artísticas y aun religiosas que, sin ser absolutamente malas, convendrá alejarlas del culto por el peligro de que los recién convertidos vuelvan a su primera superstición.

*«Pero fuera de estos casos, ¿quién duda de que en el arte indígena de los pueblos de misión y sobre todo en el reli­gioso, hay maravillosas creaciones arquitectónicas, escultó­ricas, de pintura que pueden facilísimamente tornarse a lo cristiano, ya que, al fin, en ellas late un fundamento de ins­piración religiosa, de aspiración al culto de la divinidad, que aunque inconscientemente desviado del culto al único y verdadero Dios, puede a Él volverse sin esfuerzo, sin es­cándalo, recobrando su más íntima y natural tendencia? Con ciertos grandes templos de la India, con la imaginería ja­vanesa, con la sutilísima pintura de los chinos pueden ha­cerse obras de altísimo significado cristiano. Y aun en oca­siones, sin mutación alguna, como para los templos ingleses aconsejó San Gregorio Magno a San Agustín, el apóstol de los anglosajones, y como para los altares domésticos de los chinos permitió en 1890 la Sagrada Congregación, sólo con purificarlos y bendecirlos pueden ser adaptados sin más al culto católico.*

*»Esta que hemos expuesto es la universalidad de los ele­mentos adaptados. Pero hay otra universalidad, de mayor actualidad y transcendencia, que ha motivado la acentuación de estas corrientes misionales de arte indígena. Y pudiera formularse de este modo: La Iglesia es católica, univer­sal. Y debe además parecerlo. Y no lo parecerá, sino que dará una impresión de extranjerismo, si en sus manifesta­ciones artísticas no se acomoda al carácter, estilo y peculiar índole del país donde se extiende»[[111]](#footnote-111).*

Sin exageraciones y exclusivismos que ni los mismos indígenas quieren.

En el mismo arte indígena no hay duda que puede haber, con relación al arte europeo, fuentes de inspiración, motivos de reno­vación y coincidencias espirituales singularísimas.

Tal nos parece que han de ser los prudentes y equilibrados prin­cipios que han de dar cauce a la adaptación misionera.

1. **SINTONIZACIÓN HUMANA**

Nos referimos a esa cualidad, mezcla de talento, discreción y buen tono que tienen ciertas almas delicadas, para ser comprensi­vas y «hacerse cargo». Es lo que también llamamos «ser humanos».

Tener comprensión de las circunstancias en que viven las per­sonas con quienes tratamos.

Caer en la cuenta primero de que son del mismo barro que nosotros, pero mucho menos cocido. Es curioso cómo lamentamos la mísera condición de los paganos, la debilidad de la fe en nues­tros cristianos y luego no sabemos sacar la obvia consecuencia de un mínimo de comprensión, de aguante.

Caer en la cuenta de que ellos tienen apuros que nosotros ni conocemos, o que no llegan a nosotros, y entre ellos y el princi­pal, el problema de la vida. Querríamos que todos y todos los días y todo el día estuvieran en actuación de la vida de fe, cuando ni nosotros mismos la llevamos ajustada a estas exigencias. Sepa­mos cogerlos en tiempo oportuno.

Caer en la cuenta de sus problemas familiares, tan ajenos a nuestro modo de vivir; de lo que sufren, por ejemplo, nuestros criados y catequistas al ver a su mujer e hijos que no tienen ape­nas qué comer. De qué distinta manera interpretaríamos entonces ciertas acciones o actitudes en ellos.

Caer en la cuenta de las condiciones de vida en que viven los cristianos, para moderar en nosotros ciertas prisas e impacien­cias que nacen de que queremos que la gente vaya en todo al mismo compás que nosotros, para quienes la Misa, el sermón, la visita al Santísimo, todo, está encuadrado en el marco de nuestra distribución, sin que traigan ninguna complicación a nuestros negocios, ni al aspecto económico de nuestra vida, ni lleguen a hacernos retrasar un cuarto de hora nuestro desayuno. Hagámonos cargo y midamos el sacrificio que supone en nosotros y el que impone en nuestros cristianos el oír Misa, el visitar al Santísimo, el guardar la abstinencia, el acudir a la Iglesia para ésta o aquella fiesta. Esto nos hará más comprensivos y que no nos extrañemos tanto de los pocos que vienen cuanto de que vengan los que vienen y de que nunca falten algunos fervorosos. No decimos esto para aprobar flojedades y tibiezas, ni en ellos ni en nosotros, sino sen­cillamente para ser comprensivos.

HACERSE CARGO. — En el mundo pequeño en que vivimos, una de las cosas más difíciles es apreciar la magnitud de las cosas de los demás. O dicho de otro modo, hacerse cargo de lo que un hecho... significa para el prójimo... Hay cosas, hay detalles cuya magnitud depende de un único factor, de que sean «mis cosas», «mi» asunto, «mi» día, «mis» ideas. Esto nos hace poner deseo, fuerza, ilusión y empeño en lo que de no ser «nuestro», nos parecería de poca monta. Que el día del bautismo o de la primera comunión falte un paño rojo en el comulgatorio es cosa que me parecerá insig­nificante. Pero al que va a comulgar por primera vez le parecerá un detalle que no puede faltar y un requisito casi esencial.

Por eso en este mundo pequeño en que vivimos, una de las cualidades de los hombres grandes, es saber tomar «como grandes» las cosas pequeñas de los demás y consentir en tomar a veces como pequeñas las cosas grandes propias. Cuanto aquellos con quienes trates sean más infantiles de carácter, más habrá que tener en cuenta esa diversidad de apreciación que hacemos nosotros, ajenos al asunto, y la que hacen ellos en su negocio. Hacerse cargo, interesarse como si fueran cosas nuestras y de importancia, saber tomar en serio las pequeñeces de los demás, he ahí una excelente cualidad para todo el que quiera influir en otro, para todo el que quiera ganar almas.

*Era el día de la Primera Comunión de un grupito de cristianas bautizadas en el día anterior. En todas ellas había eso de ilusión que tenemos todos en las fechas memorables de nuestra vida. El trajín de esos días, añadido a mil cosi­das de cada momento, hizo que el sacristán se olvidara de poner el paño rojo en el reclinatorio preparado para el caso. Pues bien, supe después, que entre ellas hubo una la que más empeño y constancia había tenido, que se resintió y quedó un poco defraudada de la fiesta.*

*Otro día se me presenta un buen señor, también cristiano nuevo, con su hijo cargado sobre las espaldas. Entra en mi cuarto y padre e hijo se me echan a mis pies llorando, pi­diendo el padre bendijera a su hijo que debía de tener, decía él, el demonio en el cuerpo. Una enfermedad lo más de ori­ginal, sin fiebre, pero con espasmos y alternativas de calma y lucidez desconcertantes. Yo, sin hacerme cargo de su situa­ción de ánimo, me contenté con decirle unas cuantas pala­bras de aliento, darle alguna pequeña explicación, quitar im­portancia a la cosa y excediéndome hasta mucho, hice sobre él la señal de la cruz y le di un botellín de agua bendita. El padre se volvió al parecer tranquilo con su hijo a casa. Pero en realidad debió quedar muy defraudado sin que yo me pudiera dar cuenta de ello, ni de lo pobre de mi actuación, A los pocos días me entera otro cristiano, pariente suyo, quo el padre aquel había llamado a los bonzos para que rezaran y le exorcizaran a su hijo enfermo, y no sé cuántas cosas más. Entonces comprendí yo mi error. Sencillamente no habla sabido ponerme a tono con las circunstancias de aquel padre terriblemente apenado. Mi actuación debiera haber sido más larga, más ceremoniosa, más impresionante. Debí haber­le llevado a la Iglesia, y yo, vestido de roquete y estola y encendidas luces en el altar y agua bendita, haber rezado sobre el niño, si no los exorcismos, sí las bendiciones que la Iglesia nos da en su ritual. Eso hubiera llenado más al padre y le hubiera hecho marchar más consolado y esperanzado y sobre todo más satisfecho, más y mejor impresionado de mi y de los ritos de la Iglesia. Me faltó hacerme cargo.*

El buen pedagogo, y todo el que tiene cura de almas debe ser un pedagogo, ha de tener, entre otras cualidades, la de saber aco­modarse y apreciar la magnitud de las penas y alegrías de los mismos niños. Las personas mayores nos contentamos con fre­cuencia con quitar importancia a las cosas, y no está mal, cuando es medida de prudencia, pero con frecuencia no lo es sino de pereza y de falta de sintonización y de ganas de despachar pronto los asuntos. En general, una de las cualidades que más apreciamos en los demás, es la de que se hagan cargo de nuestro caso y de nuestra situación, porque eso lo traducimos en seguida por un gan interés hacia nosotros. Y éste es el primer fundamento y base de toda sintonización y acercamiento sicológico o de almas el interés y el amor. Nada acerca tanto como el amor.

Un trato siempre amable. El chino considera como la cosa más irracional el enfado en un superior. Por eso, si no te gusta un criado, un profesor, un catequista, elimínale; pero no te enfades, porque el enfado produce enfado y del enfado nada bueno puede salir.

No digas que es un enfado enteramente justificado; que tu en­fado sustituye una medida más radical y fulminante. Todo lo que quieras. Lo que te digo es que el enfado en China no procede.

Por lo mismo que el chino no toma el enfado como medida apta para mover al otro o lograr nada de nadie, cree la cosa más irracional el enfado. Para el chino el enfadarse es no tener razón en el asunto. Porque si ha tenido un desliz involuntario, es injusto que tú se lo castigues con ese enfado; y si ha sido voluntario, y premeditado, es pueril y ridículo que con tu enfado creas que vas a lograr nada.

De ahí que aunque fuera medida justa, hemos de rechazarlo como improcedente. Y además sumamente perjudicial. El chino se vengará inmediatamente del enfado; si no puede con razones, con calumnias. Pero como no le faltará agudeza para mostrar y hacer ver su lado razonable y nuestro lado ridículo, procurará ante los demás dejarnos sin faz. Si el enfado no lo presencia uno, sino muchos, el perjuicio se multiplica. Basta un enfado para crearle a un misionero fama de hombre brusco y apasionado y de mal genio, fama que difícilmente reparará. Recuérdese que el chino cuenta y recuenta la misma cosa a innumerables personas. Ade­más, eso de herir la fama del prójimo no le impresiona nada; al revés, lo juzgará como una compensación, ya que, por faltarle la humildad cristiana, difícilmente se avendrá a reconocer su falta.

Ninguna situación nos disculpa de guardar con todos las for­mas, de cortesía y dignidad.

*Iba a venir un alto personaje a nuestra casa. El Rector andaba solícito para hacerle un recibimiento digno. Cuando el personaje esperado estaba ya para llegar, advirtió el Rector junto a la portería.la presencia inoportuna de un andra­joso vendedor de cacahuetes. Con las prisas del momento, el Rector que lo vio, se acercó a él y con un gesto de disgusto le intimó: «Fuera de aquí, fuera de aquí.» El vendedor quedóse extrañado de la «cortesía» de aquel extranjero y por toda respuesta dio una gran voz, diciendo: «Vendo cacahuates. ¿Quién me compra?» Creyó el Rector que no habría entendido, y con el mismo tono imperioso le volvió a decir: «Que le he dicho a usted se vaya de aquí.» El vendedor, con igual flema, se contentó con gritar: «Los vendo muy baratos, ¿quién me compra?» El Rector sintió comprometida su faz y en actitud acometedora va y se le acerca, le toma del brazo y diciendo y haciendo trata de ponerle fuera: «Le he dicho a usted que se vaya de aquí. Esta casa es mía y tengo mis razones para no consentir que usted esté aquí.» El vendedor siguió aún en sus trece, y el Rector, más desconcertado y nervioso, sin saber ya qué partido tomar. En esto llegan a casa dos profesores cristianos. Ven al P. Rector algo inmutado y cortésmente le preguntan: «¿Qué pasa, Padre? «Nada, lo que en 15 años que llevo en China no me había pasado: que le digo a ese hombre que se marche y se queda tan fresco.»*

*Entonces uno de los profesores, amable, le responde: «¡Oh!, es cosa fácil.» Y acercándose al de los cacahuetes le da una palmada en el hombro y sonriendo y diciendo y haciendo le habla así: «Mira, sabes que va a venir un gran personaje y queremos que todo esté bien limpio y preparado, A ti te dará lo mismo ponerte aquí que allí, ¿verdad? Mira, yo te ayudaré a trasladar tus cacahuetes. ¡Vamos en un momento!» —«¡ Oh, no; no se moleste —le responde al punto el vendedor—; en seguida, en seguida!...» Y entre sonrisas del maestro y rendibús del vendedor y confusión del Rector se fue con su carga a otra parte. El buen Rector quedó avergonzado de sí mismo y reflexionando provechosamente. Habla aprendido una lección importante: la de que a todos y siem­pre hay que tratar de buenas formas.*

\*\*\*

Hacerse cargo sobre todo de lo que llevamos dicho sobre el pueblo no cristiano para no esperar de ellos lo que no puede ser sino fruto de generaciones.

Hacerse cargo de que aun los cristianos, por ser en general neó­fitos, proceden por motivos y resortes naturales y no sobrenatura­les. De ahí que el factor «personal» del misionero ejerce un influjo inmenso y decisivo. Entre cristianos de algún abolengo, el misionero es el misionero, el representante de Dios, el P. «Sen fu». Sus cua­lidades personales, sus atractivos personales influyen, sí, pero no son tan decisivos. Los cristianos buscan en él al sacerdote y no al hombre. Si es de buen carácter, lo agradecen y aprovechan; pero si, es de mal carácter, lo toleran y aguantan. Para neófitos esto será decisivo. No se fijan tanto en si es sabio o no, incluso en si es santo; lo que ante todo les atraerá es si es amable y bondadoso. Si es un sabio, pero de corazón frío, no se le acercará nadie. Si tiene muchas cualidades, pero es de mal genio, le temerán y se ale­jarán de él. Quizá muchas faltas de asistencia a misa, a tales y tales actos y funciones están más en función del atractivo personal del misionero que a exigencias de conciencia cristiana o de devo­ción. Y es que su fe, por ser aún muy débil, apenas si tiene consistencia y fuerza de convicción. Se rigen, ante todo, por simpatías y antipatías. No tienen tampoco ese poder de comprensión y de disculpa para con los defectos del misionero, que es fácil hallar en cristianos de abolengo.

No queremos con esto decir que la santidad personal no sea en todas partes un factor de inmenso arrastre; lo que queremos decir es, por el contrario, que las deficiencias personales del misionero tienen aquí en misiones una repercusión mayor. Y que estas deficiencias no siempre parecen precisamente deficiencias de virtud, sino ante todo y sobre todo deficiencias de carácter.

En misiones el valor social del misionero crece mucho más en razón de los valores accidentales y externos que de los valores por así decir sustanciales e internos. Es decir, que un buen carácter, que en todas partes es un tesoro inapreciable, en misiones lo es además casi insustituible. Tenlo presente toda tu vida y ya desde ahora.

1. **SINTONIZACIÓN LOCAL**

Nos referimos al trato social y al conocimiento más o menos objetivo y profundo que debe adquirir lo antes posible el misionero del puesto que va a ser el campo concreto de su apostolado.

Te supongo destinado ya a un distrito que va a ser el campo directo de tu acción misionera.

Ante todo procura desde los primeros días ganar las simpatías de las autoridades. Esto te traerá estas incalculables ventajas:

**1.** Primero que no te molesten y te dejen libertad de acción en tu ministerio y escuelas, y te tengan en buena consideración.

**2.** Que te favorezcan en los negocios que se te presenten, en las demandas que tengas que hacer, en las recomendaciones que juzgues debes dar, o por lo menos no te obstaculicen tu obra.

**3.** Por otra parte, si no se trata de gente ya maleada y malintencionada, es relativamente fácil ganarse simpatías o a lo menos guardar con las autoridades relaciones de buena amistad.

A poco de llegar a tu nuevo distrito, harás una visita de saludo y cumplimiento al mandarín, o alcalde, al jefe de la Cámara de Comercio o principales entidades culturales, al jefe de Correos, de Policía, a los directores de algún más prestigioso Colegio y a algún cristiano más destacado. El catequista te podrá en esto orientar y las mismas Presentandinas, que de ordinario llevarán ya allí varios años, o a lo menos más tiempo que tú. Ellos a su vez te devolverán muy pronto la visita.

En alguna de las fiestas populares, en China por ejemplo en el año nuevo lunar y el día 5 de la 5.a luna y el 15 de la 8ª luna, podrás incluso hacer algún pequeño obsequio al alcalde o gobernador, etc., según los casos. De nuevo el catequista o las Presentandinas podrán aconsejarte cuál será lo prudente o acertado en cada caso, así como también en la calidad del obsequio. A veces bastará con que pases tu tarjeta de saludo. Esto sobre todo en el año nuevo solar.

En segundo lugar ha de procurar conocer a fondo la cristian­dad. Para ello se dedicará desde los primeros días a manejar el libro de cristianos a una con el catequista. Sería, sin embargo, inútil querer dominarlo todo en unos días. Lo más probable es que ni al año tenga perfectamente conocida y bien visitada toda la cristiandad. Mucho le puede ayudar en esto leer varias veces las reseñas de los años anteriores y visitar desde los primeros días las familias de dentro de la población o ciudad y recibir del mi­sionero anterior una sucinta reseña del distrito. Guía insustituible será en todo esto el catequista, quien le pondrá en conocimiento de las circunstancias peculiares, favorables y desfavorables, y de las rencillas o enemistades secretas, o, en fin, de los auxiliares con que puede contar en la cristiandad y de las cristiandades ajenas y de sus guardas. Pero ha de ir también prevenido contra los prejuicios o intereses creados que pueden influir en el mismo catequista.

Mucho de esto lo hallará consignado en las notas aclaratorias que los misioneros anteriores habrán ido dejando en el libro de cristianos. Tampoco intente formarse idea por sólo lo que oye al catequista, posiblemente mal dispuesto o mal intencionado en algunas apreciaciones. En las Presentandinas, sobre todo, si son algo antiguas, hallará un buen suplemento de información.

LENGUA. — Nada como el dominio de la lengua le dará prestigio y le abrirá tanto los horizontes de su apostolado. El misionero ex­tranjero que de buenas a primeras se presenta en un sitio descono­cido y se expresa correctamente en la lengua de ellos y entiende y es entendido, tiene ya medio camino andado para mil negocios. El que por el contrario no domina la lengua, tendrá repugnancia a hacer y recibir visitas. Los paganos, y aún los cristianos, no ven­drán a visitarle o tratar con tanto gusto los asuntos con él, porque saben que le van a poner en un apuro. Dará ocasión por la inco­rrecta expresión de su pensamiento a malas inteligencias con el catequista y los criados y los de fuera. La predicación se le hará tan cuesta arriba que procurará esquivarla cuanto pueda, o si predica, será un sofocón para sí, un tormento para los oyentes y un des­prestigio para su ministerio. No podrá seguir el movimiento político y cultural de la nación o no podrá alternar en multitud de temas. No evitará la nota de desprestigio delante de los paganos, y aun­que los cristianos sean más comprensivos y estén más propicios a la indulgencia, serán inevitables otras malas consecuencias, que él mismo será el primero en lamentar. Ojalá hayan pasado para tu misión los tiempos heroicos en los que los Superiores, obligados según creían por fuerza mayor, enviaban al novel misionero, re­cién llegado de su patria, sin apenas saber hablar ni entender una palabra, a su nuevo campo de apostolado o mejor de tormento. Cuantos hubieron de pasar por estas horcas caudinas no disimulan su dolor y, consecuentes, no desean para otros lo que tan sentida­mente lamentan en sí. Hoy, por fortuna, la primera preocupación de los Superiores es la escuela de lenguas.

Es que el problema de la lengua es capital y diríamos que es el problema misional número uno. Dominada ésta, el misionero se siente en su elemento y como entre los suyos y dispone del instru­mento más apto y normal para su apostolado. Muchos negocios los podrá tratar directamente por sí, sin la penosa necesidad de intermediarios o catequistas que lo enreden o tergiversen; la len­gua es también aquí cuestión de independencia. Junto con la lengua es necesaria cierta orientación misionera, pues como te decía en el prólogo, todo apostolado requiere su pedagogía. Ojalá el libro que tienes en las manos pueda responder a esta exigencia.

OTRAS LENGUAS. — El misionero, si quiere estar a la altura de su dignidad, no sólo necesita saber la lengua del país misionado, sino que le será sumamente útil el saber hablar también, por ejemplo, el inglés o el francés. El influjo del inglés es cada vez mayor. Cual­quier estudiantillo imberbe se atreve a echar su cuarto a espadas y cuando se ve ante el misionero extranjero parece que siente el vértigo de lucir las pocas palabras del mal pronunciado ingles que sabe. Pero es que además el inglés le ensanchará los margenes del apostolado; le facilitará una clase de lenguas en el Colegio, quizá en la Universidad, o le permitirá abrir un cursillo de ingles donde a vuelta del inglés, se dé también doctrina. El inglés le per­mitirá poder alternar con una sociedad un poco más culta y ele­vada y, en fin, le facilitará el trato con otros misioneros con los que el latín por desgracia no resulta lengua viva. El que sólo posea su lengua y un poco de la lengua indígena y el latín tendrá que pa­sarse muchos malos ratos y pequeños bochornos, o tendrá que es­quivar muchos compromisos que podrían ser ocasión de no poca gloria de Dios; y renunciar a no poca literatura misional. A falta del inglés, puede suplir el francés, aunque hoy por hoy, dista mu­cho de gozar del prestigio y uso que tuvo en otros tiempos. Siempre, sin embargo, será un digno adorno de la personalidad del misio­nero y en muchos casos le podrá compensar dignamente de la ig­norancia de la lengua inglesa.

1. **ACTITUDES MISIONERAS**

La dificultad de saber hacerse amable y asequible a los in­dígenas para entrar a ellos; de saber abajarse al pueblo pagano para llevarlo a Cristo; de saber tratar a neófitos para consolidarlos en la fe y vida cristiana, nos obliga a prodigar algo más el tema de la acomodación en el apostolado, para que nuestro minis­terio sea acertado y dé él el máximo rendimiento. Es lo que llama­mos «actitudes misioneras».

**1ª ACTITUD:** *No acabar de romper la caña quebrada ni acabar de apagar la mecha que aún humea[[112]](#footnote-112).*

He ahí dos rasgos mesiánicos y dos actitudes perfectamente misioneras.

«No acabar de romper la caña ya quebrada.» Visión auténtica de un cañaveral, donde el vendaval apenas si ha dejado caña en­hiesta; visión campera de sarmientos ya secos a punto de despren­derse de la vid, de la que cuelgan sin vida. El caminante que pasa a la vera de la viña o del bosque, siente no sé qué instinto de des­trucción que le lleva a acabar de arrancar ese sarmiento seco, esa rama ya sin vida, esa caña quebrada. La savia no la vivifica. ¿Para qué vale sino para el fuego?

Esta actitud manifiesta un fondo de segura desconfianza. ¡Im­posible ya que la vida pueda regenerar aquel palo seco! Pero el hombre no es un palo seco. Ha habido maestros que, impacientados y cansados ante lo tardo y obtuso del cerebro de su discípulo, le han dicho al fin con despecho: ¡Vaya, chico, di a tu padre que tu y el buey araríais la tierra en la mitad de tiempo! ¡Y cuántas lumbreras ha inutilizado una tendencia así de un impaciente maestro!

El misionero que tuviera parecida propensión en su parroquia sería lo que el vendaval en un cañaveral. Hablemos sin metáforas. El misionero vive entre neófitos y como tales su fe es débil, su piedad informe, sus virtudes cristianas ni siquiera apuntan. Toda su contextura moral, tan enfermiza y débil, no se consolidará sino a fuerza de generaciones, como a fuerza de años se van consoli­dando y endureciendo los huesos de nuestro cuerpo. ¿No decimos que la gracia obra sobre la naturaleza? ¿Qué quiere decir este prin­cipio sino que la gracia crece y se desarrolla en el alma con igual ley o parecida a la de la naturaleza? ¿Qué cosa más apocada, en­fermiza y débil que un ser recién nacido? Los cristianos, «quasi modo geniti infantes», no se escapan a esta ley. Por ley general su vida sobrenatural no es más que un «initium aliquod creaturae».

¿Qué fe tienen? Si repasas el libro de tus cristianos posible­mente te hallarás con que la mayoría, la casi totalidad, no son más que «paganos bautizados». Fácil es entonces al misionero des­preciar tan ruines comienzos y desdeñarse de llamar cristianos a los que más parecen sarmientos sin savia, cañas quebradas y secas.

Pues bien, si el misionero los desprecia y los abandona, tanto es como acabar de quebrarlos; y el tallo ya del todo roto y sepa­rado de la vid, ¿qué esperanza puede dar de regeneración? ¿Qué adelantaría un misionero si cansado o malhumorado ante un cris­tiano, un catecúmeno, un alumno, que no da ni frutos de virtud ni hojas de esperanza, lo acabase un día de arrancar con una brusca reprensión, con un desprecio, o con un castigo sobre sus fuerzas? Mientras el tallo no esté del todo separado de la vid o el miembro arrancado del cuerpo, alguna esperanza queda. Pero si del todo lo arrancas, arrancas también esa última esperanza.

Por eso el misionero debe tener tacto, tacto de madre, para saber tratar esos miembros casi del todo sueltos del cuerpo de la Iglesia, pero que, por no estarlo del todo, «tienen aún algo de vida». El misionero debe saber no acabar de romper la caña, aunque esté quebrada; sino sostenerla, atarla, unirla y... esperar, siempre es­perar; nunca quebrarla él, que se rompa ella, que la quiebren otros, pero él, el misionero, nunca.

A vuelta de tanta metáfora no venimos a dar sino a lo mismo; a una mortificación constante y absoluta de nuestros ímpetus, des­plantes, despechos y secretas venganzas que nos llevarían a arran­car de un golpe la caña ya quebrada... Y eso no es misionero...

**2ª ACTITUD:** *No acabar de apagar la mecha que aún humea*.

Si humea, algo hay allí de calor, quizá, quizá de fuego. Lo que buscamos es eso, llama de fervor, fuego de vida. Pero en muchos cristianos sólo encontramos un poco de humo «que nos hace llo­rar». Pues, no acabar de apagarlo, que entonces estaría más lejos de ser fuego y de ser llama. Hablemos de nuevo sin metáforas.

***Conténtate*** con que este y este y aquel cristiano no vengan a misa sino de Pascuas a Reyes; y de que aquél y aquel otro lleven años y años sonriéndote por la calle y nada más.

***Conténtate*** con la ridícula limosna que dieron fulano y fulano para el culto, dales las gracias y recíbela «con naturalidad»...

***Conténtate*** con que fulano y fulano y muchos fulanos no ten­gan más de cristianos que ciertas buenas formas con el Padre y no se las rechaces nunca, aunque qurrías ya que argumentaran su cristianismo «extra formam».

***Conténtate*** con que esta y aquella iamilia, antes «tan fervo­rosa», ahora no guarden casi más recuerdo de su antiguo fervor que alguna que otra imagen en casa y el calendario católico, y alábales «su piedad» y sus imágenes.

***Conténtate*** con que éste y éste y aquél que te prometió hacer el catecumenado hace diez años y cada año varias veces, siga tan en sus trece y no le recrimines nunca su aguante, ni le hagas ver que no ha defraudado nunca tus esperanzas sobre él, porque nunca las tuviste. Porque todas esas actitudes equivaldrían a apagar la mecha que humea. Y a ti, oh misionero, no te toca acabar de apagarla. Porque, si cansado un día «de tales humos», con un des­plante de ira o de burla o de impaciencia, acabas de apagarla, ¿qué haces sino hacer más imposible que allí salte una chispita de fuego que pueda provocar un gran incendio?

\*\*\*

Pero estas actitudes no pueden guardarse «habitualmente» si no nacen de una humildad bondadosísima y de una sentida materni­dad espiritual. Nadie como las madres saben respetar junto al lecho del hijo moribundo cualquier conato de vida. Llena de amor y sa­crificio ahí está junto al lecho, siempre esperanzada, cohibiendo cualquier movimiento que pudiera acabar de romper aquel hilito de vida, de apagar aquel imperceptible aliento. ¿Cómo logra la madre ese dominio, esa esperanza, ese tacto tan maternal? A fuerza de amor de madre, sólo con ser madre. ¡Y hay tanto de parecido entre la vocación de una madre y la vocación de misionero! Por eso San Pablo, el apóstol de las gentes, se atribuyó a sí cuidados y desvelos y afanes maternales. «Hijitos míos, a los cuales engendro segunda vez.» La obra, la función de misionero es función de maternidad. Sólo así, con amor de madre, con instinto de madre, con sacrificio de madre podrá tener actitudes maternales, ser misionero. Sólo así podrá tener el dominio y tacto delicado para no acabar de rom­per la caña quebrada, ni apagar la mecha que aún humea.

Porque ¡es tan fácil, por otra parte, acabar de apagar el fuego que sólo humea! ¡Es tan fácil acabar de quebrar la caña ya rota! ¿Qué mérito tendrían esos misioneros quejumbrosos y estérilmente pesimistas, que desprecian, que desesperan, precisamente porque esa queja y esa desesperanza sirven de cómoda almohada a su inacción y a su pereza?

No; el Mesías guardó otra actitud. Ante la oveja perdida, y era sólo una, se fue a buscarla; ante la muchedumbre hambrienta multiplicó los panes; ante Nicodemus, que teme la luz del día, guarda una acogida atenta y benévola; para el hijo pródigo tiene un recibimiento entusiasta y generoso; y, ante la caña quebrada, que era Judas, pasó, y pasó sin ira, sin desprecio, con delicadeza y no la acabó de quebrar; y ante la mecha que humeaba de tantos como le seguían por interés temporal, dejó siguiera echando humo; respetando cualquier conato de fe en las almas, toda intención de agasajo en los poderosos, todo buen deseo de verdad en los sabios, todo brote de arrepentimiento en los pecadores y toda for­ma de amor en las almas santas.

¡Oh maestro divino! Ahora comprendo el alcance de aquel vuestro consejo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Porque sólo la mansedumbre y la humildad de corazón saben juzgar con bondad, acoger con cariño, disculpar humana­mente, disimular paternalmente, esperar pacientemente, perdo­nar inefablemente y amar divinamente. Aprended de Él, misio­neros, esa mansedumbre y humildad de corazón porque en ella halláis la paz para vuestras almas; paz de la que brotará callada, constantemente, suavidad en el trato, indulgencia en la falta, agra­decimiento en el obsequio, comprensión en la debilidad, miseri­cordia en la desgracia, mansedumbre y disimulo en la ofensa... Porque la mansedumbre anida en el humilde, como la indignación anida en el corazón del soberbio.

He ahí porqué no acabar de quebrar la caña partida, ni acabar de apagar la mecha que humea, son dos actitudes esencialmente misioneras...

3° actitud: «Congregare». Reunir. ­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­­- «Cuántas veces quise reu­nir o cobijar a tus hijos»[[113]](#footnote-113).

Hay caracteres que sin esfuerzo se hacen en seguida centro y convergencia. A su alrededor se forma una atmósfera de simpatía y de atracción. Aquella alma es un imán. Infaliblemente hay allí servicialidad o dulzura. Son los dos polos de las almas, los dos extremos imantados. Lo útil y lo dulce. Pon un plato de miel y se te llenará de moscas. Pon un hombre útil, es decir servicial, y se verá acosado. Los hombres somos o agradables o útiles.

Nos hace agradables el carácter de natural bondadoso, comu­nicativo, tolerante, olvidado de sí, atento a los demás. Nos hace útiles la ciencia, la autoridad, la virtud, el espíritu de sacrificio, el cumplimiento del deber, la seriedad de vida, el servicialismo. Leí en el periódico, que había en Londres un hombre que se anun­ciaba a sí mismo con el original título de «el hombre útil». Por cinco chelines se ponía al servicio de cualquiera que quisiera hacerle un pequeño encargo lícito. Todos debiéramos tener a honra ser por lo menos hombres útiles. Es la razón de vivir en sociedad. Debemos saber a cuál de los dos tipos pertenecemos; porque sería vergon­zoso que en ninguno de los dos nos halláramos. Los vanidosos se precian más de ser agradables; los varoniles de ser útiles. Todo es don de Dios. Útiles lo podemos ser todos porque es cualidad que radica más en la virtud que en la ciencia; más en el vencimiento que en el don recibido; más se adquiere que se hereda.

Ser dulce y agradable quizá no está en nuestra mano; tampoco en la vida es lo que más importa. De niños somos más amigos de lo dulce; de hombres lo somos de lo útil. Ser útiles está en manos de todo el que tenga sentido social y cristiano de la vida.

El valor social está en razón directa de nuestra servicialidad. Aun en misiones, si somos bondadosos, tendremos un campo in­menso de servicialidad y por lo tanto de atracción. Pero aquí está el escollo.

Todo hombre, y el pagano sobre todo, es egoísta, va derecho a lo suyo, aunque el camino que recorre parece algo torcido. Va a su fin con la flexibilidad y constancia con que va el río al mar, o el arroyo al río. ¡El arroyo! ¿Hay en la naturaleza cosa que con más tenacidad y constancia y al mismo tiempo con más flexibi­lidad y acomodo vaya a su fin como el arroyo? El misionero que se prodigue se verá infaliblemente asediado. No le respetarán ni el tiempo de misa, ni el de la comida o descanso, ni la vuelta de un fatigoso viaje o visita. Como todos llevamos el instinto de con­servación, el misionero tenderá a resguardarse un poco. Está en su derecho. No olvide en todo caso, que prodigarse es una actitud eminentemente misionera; ser centro, atraer, reunir para llevarlos a Dios.

Por eso un buen carácter es el mayor bien natural con que Dios puede enriquecer al misionero. Porque un buen carácter es un imán que atrae irresistiblemente; y todo lo que atrae, reúne. Pero a falta de un buen carácter, un hondo espíritu de sacrificio y de servicialidad le convertirá también, te lo repito, en imán de las almas.

4°actitud: «Recoged los fragmentos». - «Recoged los frag­*mentos que han sobrado», dijo Jesús a sus Apóstoles, después de la multiplicación de los panes. Rara les debió parecer a los Apóstoles una tal intimación. ¿Señor, a qué recoger esas sobras si está con nosotros vuestra Omnipotencia creadora que puede con cinco panes dar de comer a 5.000 hombres?*

*Sin embargo, esta intimación encierra una gran lección de la economía de la gracia. «Recoged las sobras». No os toca a vosotros abusar de los dones de Dios. No podéis siempre contar con lo que es una especial providencia de Dios, un milagro. Muchas veces, las más, os dejaré a vuestras solas fuerzas, y entonces habréis de hacer uso de los medios naturales a vuestro alcance. Libre es Dios para hacer uso milagroso de su poder. Vosotros, sin embargo, en vuestros cálculos, no debéis tomarlo en cuenta. Así, pues, «Colligite fragmenta», recoged las sobras, porque quizá mañana os hagan falta...*

Tal me parece a mí que es la exhortación que el Señor dirige a sus misioneros. «Colligite fragmenta». Recoge lo poco o mucho que encuentres.

Querrías que al sacar tus redes se te rompieran de peso. Écha­las, sin embargo, y recoge lo que saques, mucho o poco, grande o chico, «Colligite fragmenta». Querrías echar tu hoz en campo todo él blanqueado para la siega; sin embargo, en la parcela que tú cultivas no ha llegado la hora de la mies, sólo alguna que otra espiga se halla ya madura y bien granada, apta para los graneros del cielo. Recógela, no la desprecies. «Colligite fragmenta».

Querrías que tu viña te ofreciera vendimia abundante y bien sazonada. Pero ¡ay!, vas por la viña del Señor y no hallas sino algún que otro racimo maduro. Recógelo, no lo desprecies. «Colligite fragmenta».

«Y con las sobras llenaron 12 canastos». De las espigas que recogen en los rastrojos hacen su agosto las espigadoras. Y de la rebusca hacen su pequeña vendimia los pobres. El misionero tiene que estar a la vendimia llena y a la rebusca; tiene que ser sega­dor y espigador, tiene que saber echar la red y el anzuelo. Porque sería lamentable error que, donde no hay para llenar las redes, no se eche ni siquiera el anzuelo; y donde no se puede meter la hoz para segar no se meta al menos la mano para coger las espigas sueltas ya maduras...

Y así siempre; toda la vida misionera. Por eso hablamos aquí de actitudes misioneras. No olvidemos además que en esta mies de las almas cada espiga tiene su tiempo y cada racimo su época... No madura de repente toda la siembra, ni toda la viña se pone a un mismo tiempo en sazón. Por eso, «Colligite fragmenta». Recoge lo que haya y puedas, que si te parece poco, eso es con relación al milagro de la gracia que sabe multiplicar los panes. Pero pasará, el milagro y tendréis como abundante provisión eso que ahora lla­máis las sobras. «Y llenaron doce canastos».

No desprecies ese uno que se quiere instruir y bautizar; pre­párale bien y bautízale si lo merece. No desprecies a esos pocos niños que vienen a tu escuela. Instrúyeles bien, haz que saquen mucha doctrina y piedad y... espera. La semilla que han recibido ya dará fruto «a su tiempo». «In tempore suo». No dejes de invitar a ejercicios y darlos aunque sea a pocos; dáselos bien; atiéndelos bien; haz que se vayan con buen sabor de boca y ellos serán tus mejores propagandistas para otra vez. Llama a catecumenado y atiende bien a los que vengan, aunque te parezcan pocos, porque muchos pocos hacen un mucho. Si cada año sacaras un buen cris­tiano, presto tendrías una cristiandad floreciente. Si todos los misioneros nos ponemos a recoger lo que se nos presenta, a cuidar de lo que está en nuestras manos y a conservarlo, presto tendremos una Misión floreciente. Además, tu fidelidad en atender a lo poco te granjeará la bendición de Dios para lo mucho. No olvidemos que a la red llena de aquella alegre mañana en el lago de Tiberíades había precedido una noche de inútiles esfuerzos. «Per totam noctem laborantes nihil cepimus».

Deja, pues, que mi providencia se atraiga en masa a los negros de Urabá o a los indios de Chota Napore o a los aborígenes chinos de Formosa. A ti te toca «Colligere fragmenta», recoger las almas que caen de sus llenas gavillas y matar el hambre con las migajas que caen de su mesa. Esta fidelidad te hará acreedor, yo sé cuando, a una mesa más abundante.

Y de los fragmentos recogidos llenaron 12 canastos. El misio­nero que está atento a recoger todo lo que, poco o mucho, se le presenta de catecumenados, de ejercicios, de alumnos, de bautis­mos, etc., etc., fácilmente llena al año un buen catálogo de frutos recogidos pocos a pocos...

5°actitud: «Ex omni genere piscium». - San Lucas nos cuenta la parábola de los invitados con un detalle que impresiona. Los primeros invitados se excusaron. Se hace una nueva invitación y aún sobra sitio en la sala del banquete. Pero el Rey la quiere llena de comensales y de nuevo envía a sus criados por barrios, plazas calles a convidar a los pobres, a los enfermos, cojos y ciegos... Señor, ¿es que vuestro festín se va a convertir en una casa de in­válidos? ¿Es que junto a vos se va a congregar solamente lo deshecho de la sociedad? ¡He aquí un detalle impresionante! He aquí una nueva lección de la economía de la gracia. Porque es el caso que, hoy también, parece que el Señor quiere guardar la misma ley. «No hay entre vosotros —decía San Pablo a los primeros cris­tianos— muchos ricos, muchos sabios, muchos poderosos, según el mundo...» El Señor quiere pasar hoy también por esta humilla­ción, y recoger bajo su bandera lo último de la sociedad.

Esta segunda invitación que el Rey hace, dicen los comenta­ristas que se refiere a la invitación del pueblo gentil. Auténtico. Alejados de la verdadera fe, los gentiles han caído en la mayor pobreza síquica y degradación moral. Todas las miserias del cuerpo tienen aplicación para hablar de las miserias de su alma. Una de­bilidad crónica amordaza su voluntad. Sus ojos están ciegos para no ver más que lo terreno y presente; sus pies y manos atadas para obrar la virtud; los pecados capitales enervan todo su orga­nismo. Están enfermos. O mejor, son «el gran enfermo». «Magnus aegrotus», de que habla San Agustín... Y, sin embargo, a éstos llama el Señor e invita y como que fuerza a entrar. «Compelle intrare». ¿No es ésta una lección de pastoral misionera?

Hemos, sí, de mirar por la dignidad de nuestra fe, por el honor de nuestra doctrina y prestigio de la Iglesia de Cristo; pero sin menoscabo de su catolicidad, sin menoscabo de un amor universal, cristiano, ecuménico, capaz de abrazar a todas las gentes en un mismo sentimiento de filiación divina; sin menoscabo de la fuerza intrínseca de la doctrina que predicamos, capaz de transformar en hostia acepta y agradable la masa informe e insípida de la genti­lidad. El misionero, enviado de Cristo, debe él, el primero, aprender esta lección de su Maestro y no despreciar nada, porque nada hay que se resista a la acción de la gracia de aquel Dios omnipotente que de un carbón saca un diamante, y de una masa informe un maravilloso organismo, y de las piedras, hijos de Abraham. Pasaron ya los tiempos del rigorismo judío. Y ante el escrúpulo de Pedro por comer de los manjares que Dios mismo le presenta «Come —le dice una voz misteriosa—, y no llames inmundo lo que Dios ha santificado». Bien están esas prescripciones y exigen­cias para antes; pero ahora, que ha aparecido entre los hombres «la filantropía y benignidad de Dios», unida a nuestra pobre e in­munda naturaleza, ya ésta está como santificada y elevada; no hay que hacer asco de lo que no lo hizo Dios; por eso «id y predicad a todas las gentes» por abyectas que os parezcan. Llama a los cie­gos y cojos e inválidos y «compelle illos intrare». Es verdad que su rudeza nos repele, y su pobreza e ignorancia nos desagrada y la miseria de su alma, mayor aún que la de sus cuerpos, nos causan asco. Pero tengamos fe ministerial. Vestidos con el traje nupcial de la gracia, lavadas sus almas del pecado, adornada su inteligen­cia con la doctrina santa y santificadora de Cristo, ennoblecidos sus corazones con el amor de Dios y robustecidas sus débiles vo­luntades con los auxilios que el Señor promete, ofrecerán un as­pecto tanto más agradable cuanto más baja era la condición de donde fueron sacados. La doctrina cristiana ennoblece. El alma que se posesiona de ella sale no sólo más pura, sino también más delicada, más bella, más noble...

«Hic peccatores recipit». Reproche para nosotros dulcísimo, el que echaban en cara a Jesús aquellos «sepulcros blanqueados», Recibe a los pecadores... Sí; pero para dejarlos santos y hacer de una Magdalena una penitente, y de un Mateo publicano un após­tol, y de una Samaritana una proselitista del Reino de Dios, y de un Zaqueo un convertido. Todo está en que el alma se someta a la acción de la gracia. Ella hará la transformación y de una chatarra inútil sacará un excelente acero.

«Las malas cosechas —dice el P. Gar-Mar, S. J.[[114]](#footnote-114) (1) — mejoran las malas tierras». He aquí un pensamiento totalmente misionero. He aquí un faro que, a manera de linterna de mano, nunca debiera dejar de las suyas el misionero. Las malas cosechas, esto es, esa Generación de cristianos de solo nombre, de cristianos de poca fe, de poca gracia de Dios, de nada arraigadas virtudes...; esas malas cosechas pueden mejorar las malas tierras del paganismo. Esas malas cosechas de malos cristianos irán haciendo que vayan per­diendo fuerza las supersticiones, que se vaya dando algo de nombre a la Religión Católica...; porque, aunque sean ellos mala cosecha, ya ven que no es mala la semilla, que no es mala la doctrina, sino ellos la mala tierra; y esa mala cosecha de cristianos nuevos pre­parará y mejorará un poco la mala tierra, para que sus hijos, la siguiente cosecha, sean ya más cristianos, o por lo menos, menos paganos; vendrá una tercera y cuarta cosecha, donde los buenos frutos abunden más, y más también los cristianos de verdad.

Cobre, pues, ánimos el misionero. No rechace nada, que aunque mala cosecha, una cosa tiene de bueno, la de mejorar las malas tierras para que poco a poco se hagan buenas y heredad frondosa y vergel de los mejores frutos.

 6°actitud**:** «Compelle intrare». - Fuérzales suavemente a en­trar[[115]](#footnote-115).

El Señor no se contentó con enviar criados que avisaran a los convidados, sino que les intimó que los forzaran suavemente a entrar en el festín. «Compelle intrare».

Esta actitud con los invitados no es rara, y menos entre pue­blos muy ceremoniosos como los japoneses o los chinos. A los hom­bres nos gusta hacernos de rogar; aun en los casos en que somos nosotros los que recibimos el obsequio de la invitación.

En la invitación al reino de los cielos, la actitud de quien sua­vemente fuerza, no sólo está del todo socialmente justificada, sino que es apostólicamente necesaria.

El misionero que dijera: aquí estoy yo; ya saben que vengo a eso; ya saben dónde vivo y saben el camino de la Iglesia o quo pasado mañana es domingo o la Asunción..., si quieren venir quo vengan...; demostraría no tener espíritu misionero ni cumpliría el consejo de Cristo: «Compelle intrare...».

El misionero no es campana que tañe, sin que le importe nada que los que oyen su voz accedan o no; es voz qué clama, que insta oportuna e importunamente; es voz que mueve los corazones. El misionero no es puerta que se abre con igual indiferencia que se cierra; es mano que llama, que invita, que guía... y es además padre que insta y ruega y suavemente fuerza para que entren «Compelle intrare». Tu corazón de apóstol te enseña que:

Si no vienen a instruirse, es muchas veces porque ignoran la importancia de hacerse cristianos; fuérzales, pues, a entrar, por­que te quedarán eternamente agradecidos.

Si no vienen, es muchas veces porque hallan mil pequeños obs­táculos; fuérzales, pues, suavemente a venir, que con eso les ayu­darás a vencer esos obstáculos.

Para que vengan les ha de invitar y traer la gracia, no ha de ser de ellos la iniciativa. Fuérzales, pues, porque eres el medio de que la gracia se vale para traerlos con su fuerza preveniente.

Si no vienen, quizá sea por cierta timidez, o porque temen moles­tarte; fuérzales, pues, suavemente para que vean en ti una actitud acogedora, una actitud benévola; y se persuadan que no sólo no te molestan, sino que te dan un gran gusto.

Tú les llamas porque son almas redimidas con la sangre de Je­sucristo, son hijos de la Iglesia; Ella, como madre, tiene sobre ellos el derecho de propiedad. Fuérzales, pues, porque nadie como el que ama puede forzar a aquel a quien ama, para que reciba el bien que no apetece, precisamente porque no lo conoce.

Fuérzales tú a venir, que lo demás lo hará la gracia. «Compelle intrare». «Me etenim de die in diem quaerunt et scire vias meas volunt... appropinquare Deo volunt»[[116]](#footnote-116).

He aquí una actitud totalmente misionera.

No creamos que es violentarlos. El amor con que lo haces es insobornable. «Caritas foras mittit timorem».

Todos necesitamos un poco que se guarde con nosotros esta actitud. El Señor nos invita y llama y, cuando le hemos dado la palabra, entonces nos la toma y acepta y ya no la podemos retirar sin pecado. Le ofrecemos la libertad precisamente porque sabemos que no es fácil saber usar bien de ella. Y nos gozamos de que sea­mos suyos y de que casi casi no seamos libres para dejarle.

¡Ay si no nos forzara un poco su gracia!

Pues lo que nosotros necesitamos ¿no lo van a necesitar los paganos tan débiles, tan llenos de dificultades? ¿Tus cristianos tan nuevos, tan niños? «Compelle intrare!! ».

1. **EFICIENCIA MISIONERA**

La eficiencia es una de las notas que más deben valorar al mi­sionero. No encontramos en misiones, por definición, una vida cris­tiana hecha, sino haciéndose. Nuestras nuevas cristiandades pue­den parecerse un poco a los trenes de juguete, que andan a pe­queños impulsos y cuanto dura la cuerda; les falta motor e impul­so propio.

La vida de una parroquia en país cristiano lleva ya una veloci­dad adquirida de siglos. No es tanto el sacerdote quien la lleva, cuanto ella quien arrastra al sacerdote y lo estimula. Las obras parroquiales tienen una vida propia y apenas si requieren más del sacerdote que llene el puesto que en el engranaje general le co­rresponde.

En misiones no es así. El misionero debe ser el motor, el alma de la vida cristiana. Si no es eficiente, si no sabe moverse la buena asistencia a la misa de los domingos empezará a decaer. Si no se ingenia con renovada industria, la devoción de los primeros viernes, la Hora Santa, antes floreciente, languidecerá. Si no atien­de y vigila la escuela, los profesores se harán los remolones, el entusiasmo decaerá y el número de alumnos irá bajando. Si no está en todo y lo impulsa todo, todo tenderá a ir bajando, bajando, y en poco tiempo lo que era una floreciente parroquia, vendrá a ser una parroquia sin vida. Es que el misionero no supo ser efi­ciente. Si tenía celo, mucho se puede dudar, no supo dirigirlo para dar eficiencia a las obras.

Los catecumenados, los ejercicios son obras cuyo éxito está vincu­lado ante todo a la eficacia del misionero. Cierto que hay épocas y épocas; y cierto que los tiempos cambian, pero a despecho de los tiempos y de las épocas las obras marchan y progresan si a su frente se halla un misionero dinámico, celoso, eficiente.

Eficiente no quiere decir sólo trabajador y activo. Esto es el primer requisito. El solo acto interno de nuestra voluntad puede mover nuestros miembros, pero no los de los demás. Si no se pre­dica, si no se visita a los cristianos, si no se organizan las fiestas, si no se vigila la escuela, ni se instruye, si no se forma, si no se siembra, no esperes que en tu campo brote más que maleza.

Eficiencia es ante todo actividad. Pero a la actividad para ser eficiente hay que añadirle el dinamismo, la perspicacia, la inicia­tiva. El misionero debe ser llama y no simplemente fuego. Su celo no sólo ha de tener el calor del fuego, sino la inquietud de la llama. Además de activo debe ser ingenioso para planear y para buscar medios con que realizar esos planes. Ha de saber no sólo iniciar, sino conservar; ni sólo conservar, sino desarrollar las obras y esto con muy escasos elementos. Porque ésta es, ésta suele ser la triste realidad en Misiones.

El misionero no sólo ha de saber dar un catecumenado o unos ejercicios, sino que ha de ingeniarse para formar él y reunir él el catecumenado y la tanda de ejercicios y los alumnos para la es­cuela. Eso de tener Damas Catequísticas que te forman la tanda de ejercitantes, o Esclavas que te reúnen alumnas, o jóvenes de Acción Católica que organizan cursillos en los que tú sólo tengas que desarrollar tu ponencia, eso es para allí; para países de abo­lengo católico. Aquí, en misiones, te faltan esos jóvenes y esas Esclavas y esas Damas. Tú lo tienes que ser casi todo y sólo tú.

Te faltarán colaboradores. Los catequistas que te sirven están sostenidos no por la obra que llevan, sino por el salario que reci­ben. Si dejas la evangelización a su ritmo y no al tuyo, está seguro que se para. La escuela la tienes que vigilar tú, orientar tú, en­cauzar tú. El catecumenado y la tanda de ejercicios los has de planear tú, impulsar tú y lograr tú. Si te confías a la labor de otros vas al fracaso. El catequista, a quien le resulta mucho más descansado el que no se logre la tanda, te vendrá diciendo que es mal tiempo, que en estas circunstancias es muy difícil, que no está la gente para ejercicios, y es que es él el primero que no lo está. No puedes, pues, vivir de iniciativas de otros, sino de tu propia iniciativa, sin que te puedas desprender de ella ni en el comenzar, ni en el continuar, ni en el concluir la obra.

No seas de esos misioneros Jeremías que zurcen lamentos sobre descuidos de otros, cuando debieran zurcir planes sobre lo que ellos pueden hacer y no hacen. Porque yo te aseguro que puesto uno a querer una cosa, hay muy pocas cosas que no se logren. El error de muchos misioneros es que, si bien quieren la gloria de Dios y que la evangelización avance, no están dispuestos a poner o no saben poner los medios para ello. No todos los optimistas son trabajadores. Pero casi todos los trabajadores son optimistas. Aún queda por señalarse una empresa para cuyo éxito no haya que tra­bajar y trabajar de firme, con tenacidad y con inteligencia. Nues­tra empresa, por ser sobrenatural, no está exenta de esta ley: «Para vencer hay que trabajar». Y este es un principio tan incon­movible como la misma ley de la gravedad.

La confianza en ti mismo no la debes abandonar nunca. Ni por ser misionero. En todos nosotros duerme una fuerza que al ser evocada responde a las necesidades del momento y domina a cual­quier hombre o vence en cualquier empresa.

No por ser la nuestra sobrenatural elimina lo natural. En el plan actual de la providencia lo sobrenatural se nos ha hecho con­natural. Supuesta la gracia, podemos decir que ya es natural la gloria, la visión beatífica. Ese elemento sobrenatural que con­vierte a las almas, no es como una corriente eléctrica que sólo hay que dar la llave para que se encienda la luz; pero hay que dar a la llave; no es como una corriente de agua que sólo hay que esperar a que se abra el grifo; pero hay que abrirlo. Lo admirable es quo por nuestras tuberías quiera venir ese agua que salta hasta la vida eterna, y que por los hilos de nuestras instalaciones venga esa co­rriente de luz eterna.

Si alguno no debe confiar en sí solo, es el misionero; puede y debe confiar además en Dios y en la empresa, que es también em­presa de Dios.

No te lamentes, pues, de que los niños de tu escuela no tienen piedad, ni urbanidad; de que no saben rezar. Traza un plan de instrucciones breves y acomodadas a su pequeña capacidad y verás cómo todo lo vas logrando de ellos. Si examinas el por qué de muchas lamentaciones en misioneros y no misioneros, verás que tienen sólo una causa, la de la inacción. No te soy del todo sincero cuando te digo esto. Porque yo sé que otra gran causa es la de que, a veces, no nos dejan obrar y hasta a veces nos estorbamos unos a otros. Pero aquí no es, vengo suponiendo que no es, ese el caso. Es muy cómodo estarse en su cuarto esperando a que vengan, o dando órdenes para que el catequista enseñe y el profesor tome la lección y el criado avise a los cristianos. Es sistema que sencilla­mente aquí en misiones no resulta. Nuestra obra no se puede llevar ni dirigir por telefonazos, y aquí, como en filosofía, repugna la acción «in distans».

Quiero decir, que para que sea eficiente tu actuación, tiene que ser inmediata y que aquí no puedes tomar por lema ese que otros predican como la piedra filosofal o la panacea, o el A B C del dina­mismo: «hacer hacer».

El misionero tiene que tener un contacto inmediato con todos los problemas de la vida parroquial, con todas las obras de evangelización.

En otro orden de cosas, y a más no poder, has de tener un contacto vulgar que no querrías ni deberías tener con la vida real. Entre ti y el cocinero que compra la carne y te barre el cuarto y hace la cocina; entre ti y el criado que cuida de la huerta, y atiende a la casa y a las gallinas y al cerdo y toca a misa o a oraciones y cuida de la iglesia y de la sacristía y del altar, no hay más que tú mismo. Generalmente no tienes un Hermano Coadjutor que pare los golpes y te suavice ese contacto con la vida real, y neutralice esa impresión prosaica de la vida misionera. Por eso tienes que ser tú el que enseñe limpieza al uno, puntualidad al otro, orden y modo al de más allá. Porque si tú no lo haces no hay otro que te lo haga y si tú no estás encima y no formas y vigilias y enseñas y exiges, todo irá al poco más o menos; tu resi­dencia ofrecerá un aspecto de casa que se alquila y por todas partes se verán huellas de abandono, de desorden, de decadencia. He ahí porqué debe ser eficiente con todos y en todo el misionero.

Pero no creas que esto se opone al principio mágico a que antes aludía del «hacer hacer». «Hacer hacer» será siempre el secreto de multiplicar nuestra actividad y también la manifestación de nuestra eficiencia.

Hay hombres cuya presencia se nota en cualquier parte a donde van. Al mes de haber llegado a una oficina, a una empresa, a un cargo, ya se siente su influjo. A un hombre de éstos le basta un año en un distrito para que aquello haya cambiado totalmente de cara y haya entrado por derroteros nuevos.

Y es eso, que hacen y hacen hacer. Y no es que se pongan ellos a barrer la casa, ni a limpiar la iglesia, ni a poner todo en su puesto, no; es que tienen la idea, la voluntad, y ésa hace hacer a los que debe y puede; y pronto el cocinero ha adecentado la co­cina y ha lavado toda la vajilla y los armarios; y el criado ha limpiado todas las puertas y ventanas y la iglesia; y el hortelano ha puesto a buen recaudo la pequeña huerta que antes estaba como erial. ¿Y ha tenido que hacerlo por sí el misionero? No, a él lo ha bastado, supuesto el personal que ya existía, tener plan y vo­luntad; dar órdenes, vigilar su ejecución y alabar su cumpli­miento. Como se ve, son cosas que se hacen en muy poco tiempo y el resultado es a la larga enorme. Por ser hombre de iniciativa, se librará de pensar que porque esté ya hecho el trabajo, está ya de más su actuación. No; porque con una herramienta se hace una cosa bien, pero no se lleva un negocio bien. Conservará siempre alerta su iniciativa y su actuación para seguir haciendo hacer, para lo cual, nótalo bien, no basta mandar, hay además que vi­gilar el cumplimiento del mandato y hay que perseverar en esta actitud. Además, las más de las cosas no se hacen de una vez. La limpieza de una habitación no se logra con haberla barrido una vez...

Pero lo logrado de su servidumbre es un trabajo muy material. Más delicado es el trabajo de los catequistas y profesores. También con ellos hay que saber aplicar el principio «hacer hacer». No puede el misionero escribir los libros de cristianos por si, si no es llenar la parte que le corresponde en latín; se la ha de encomendar al catequista. Sin embargo, sería un error lamentable creer que con tener encargado al catequista ya va a obtener de él el resultado deseado. El misionero debe exigir su ejecución examinarla. Exigirla, porque si él no tiene prisa, menos la tendrá el catequista; examinarla, porque fácilmente se le pueden escapar inexactitudes, equivocaciones, aun cuando se trate de catequistas muy avezados al oficio. Es experiencia de todos los misioneros.

He ahí otro campo en el que el misionero puede lograr mucho con poco esfuerzo, con sólo tener constancia en exigir y en examinar. Hay misioneros cuyo libros de cristianos ofrecen un aspecto edi­ficante, agradable por la limpieza, orden y exactitud en todo. Y para ello les ha bastado, supuesto el personal que ya existía, tener idea, dar órdenes, vigilar su ejecución y alabar su cumplimiento.

También de los profesores se puede conseguir no poco con el mismo sistema: idea y plan; mandato, vigilancia y aplauso.

El misionero que se contente con abrir una escuela y poner a su frente profesores y hacerles una distribución y ponerla en marcha, pronto verá que no marcha bien. Si quiere lograrlo ha de seguir su desarrollo casi a diario y muy de cerca; ha de vigilar indirectamente, ocultamente a sus profesores y, sin herirles, han de saber ellos que el Padre sigue la marcha, sabe si los alumnos dan o no la lección, si hacen o no los temas y llevan o no tarea para casa; si llegan a su hora y si en clase pierden el tiempo. Por­que si los profesores se dan cuenta de que el Padre se confía a ellos, y que no se preocupa de ellos ni de los alumnos, insensible­mente irán perdiendo en diligencia; el horario irá muy al poco más o menos y en su escuela no habrá suficiente ambiente de es­tudio y se arruinará.

Supongo en todo lo dicho que el misionero sabe tratar a su gente y que es humano y cariñoso; que es Padre de su servidumbre. Y esto supuesto se trata de ver cómo seguir aplicando el prin­cipio «hacer hacer». No puedes llevar por ti los alumnos a clase, ni darles la explicación, ni corregir sus temas, ni hacer con ellos la gimnasia. Evidentemente te has de confiar a la acción de sus profesores. Pero mucho podrás lograr, mucho harás hacer, si es­cogidos los más capaces, disciplinados, sumisos y de buen carác­ter, los formas en ciertos elementos de pedagogía, para saber llevar a los niños con disciplina, aplicación, aprovechamiento y buen espíritu. No creas que todo eso lo saben por haber cursado el ba­chillerato. Luego, la consigna es la misma: Plan, intimación, vigilancia y aplauso o sanción.

Esto, naturalmente, exige ya de ti más estudio, más preocupa­ción. Ya vas viendo cómo el cargo de misionero, con haber sólo entrado en sus aledaños, va pesando, y va pesando sobre todo en la preocupación. Es con ella con la que tiene que llevar, y a la continua, a su servidumbre y a sus catequistas y a su escuela y profesores. Y aún no hemos entrado en la vida parroquial con su crecido programa de culto, predicación, sacramentos, catecumenados, visitas, etc., que ha de ser incumbencia exclusiva del misionero.

Cuanto con más apremio estén resonando en nuestros oídos aquellas palabras de Cristo: «Los obreros son pocos», con tanto mayor cuidado nos hemos de examinar los misioneros, a ver si al menos nuestra obra, nuestra acción, es todo lo eficaz que puede ser; a ver si sabemos dar cauce a todas nuestras energías; a ver si sabemos aprovechar todo lo que tenemos; a ver si sabemos «hacer» y sabemos también «hacer hacer», binomio clásico de la eficiencia y del dinamismo.

1. **PREPARACIÓN REMOTA AL APOSTOLADO MISIONAL. ATRACCIÓN**

Actuación misionera. — Tres incumbencias tiene el misionero: atraer, formar y conservar. Atraer a los que están fuera. Formar a los que deseen entrar en al Iglesia. Conservar a los que han entrado.

*Atraer.* Jesús dijo a sus apóstoles: «Id.» No esperéis a que ellos vengan, o a que ellos os llamen. Id vosotros…

Esta es la primera disposición del misionero. Buscar, llamar, ir él. La iniciativa debe partir de nosotros, como hizo Dios con el hombre. Vino a nosotros. Se encarnó. Se hizo hombre para hacer al hombre, Dios. Y a sus apóstoles les dijo: «Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.» Y su gracia siempre nos previene. «Aspirando preveni.» No esperes a ser tu llamado; busca, vete. No esperes a ser antes tú saludado; humíllate por amor de Dios. Adelántate. «Homore invicem praevenientes.» No pongas en esto tu autoridad; es irracional y es anticristiano.

Esto fácilmente se dice, pero en la práctica encierra una dificultad a la que muchos sucumben. Porque buscar a los que se esconden, llamar a los que no quieren abrir, ir a ver al que no quiere recibirnos, nunca es naturalmente grato; y con demasiada facilidad vendrán a los labios aquellas palabras: «Hemos querido curar a Babilonia y no ha sanado, abandonómosla.» Es la actitud de aquellos desengañados, demasiado cerrados en sí y olvidados de la gracia, que razonan de esta manera: ¿Para qué llamar si no responden? ¿Para qué ir? Que vengan ellos. ¿Para qué buscar? Que me busquen ellos que yo nada pierdo. Es un error que quizá se ha formado inconscientemente ante cierto enfoque habitual de la literatura misional, leída antes de venir a misiones. A fuerza de pintarnos el pueblo gentil en actitud suplicante, como el macedonio que grita a San Pablo: «ven»; o como los gentiles que se acercan a San Felipe, diciendo: «Queremos ver a Jesús»; o como el paralítico que exclama: «Hominem non habeo»; hemos podido llegar a suponer en él una actitud de quien busca, llama, espera. Pero esto es una equivocación. Las tinieblas no quieren ver la luz. Precisamente porque no la conocen y aún diríamos porque la luz destruirá a las tinieblas. No desean, y por eso no llaman, no bus­can. Es la luz la que ha de ir a las tinieblas. Nuestra, pues, de los que somos luz o la llevamos, ha de ser la iniciativa. «Actiones nostras quaesumus, Domine, aspirando praeveni». La gracia nos pre­viene y el misionero debe participar de esta actitud para buscar, llamar, atraer.

Medios de atracción. — 1° El atractivo personal. Hace mucho en el acercamiento de las almas a nosotros. El misionero que posee este don, posee un carisma. No hay don mayor en lo humano ni tesoro más precioso para el misionero que busca almas que un carácter atrayente. El atractivo es una mezcla de bondad, de hu­mildad, de cariño y sencillez que se traduce en asequibilidad. Es consecuencia de un buen carácter o de una esmerada educación. Lo poseen almas delicadas que a un sentido altamente social de la vida, añaden una vida de fervor. Por eso es un atractivo que está por encima de simpatías naturales y egoístas.

El sacerdote católico tiene por vocación, por gracia de estado, cierto poder de atracción. Él es siempre el Padre misionero. ¡Fenó­meno admirable! En todas partes, los niños, los que menos obs­táculos ponen a la gracia, corren al misionero y le tratan como a algo que les pertenece. Este detalle de la vida misionera se presta a profundas consideraciones. Diríase que es el instinto de la gracia, es el dedo de Dios que guía a las almas hacia el que es Padre de todos. Saulo pregunta qué debe hacer y la voz de Jesucristo le encamina al sacerdote. Yo creo que el modo más ordinario de dar Dios su gracia a los paganos es llevarlos al Padre, al misionero; por eso vienen ya con cierto apego, con cierto amor, con absoluta confianza. Es el acierto de la gracia; es Dios quien ha puesto en el Padre ese atractivo.

La atracción no ha de ir apoyada en dádivas. Pero este atractivo no hemos de fomentarlo con dones, regalos y limosnas cuan­tiosas. Así nos hablaba en cierta ocasión un Obispo de China que había invertido en limosnas enormes cantidades (*100.000$ al año, 1938). «Avaritia radix malorum». La avaricia raíz de todos los males, y el Obispo aquel nos añadía: El mayor impedimento en China para la evangelización es la avaricia. No es la lujuria, no la ido­latría, sino la avaricia, el egoísmo: «no den». No hablamos aquí de las elementales exigencias de la caridad cristiana, que como enseñanza evangélica, el misionero, el primero, ha de observar y practicar. Tampoco de los pequeños favores que la urbanidad y convivencia social reclaman, y que todos apreciamos tanto. Habla­mos del empleo, del dinero, de la dádiva, como medio de atraer catecúmenos o de retener cristianos o de hacer volver a los desca­rriados. De este sistema es del que decimos que no es recomendable. Precisamente por su éxito rápido. Por favores que esperaban obtener del misionero dieron muchos el nombre a la religión. Su vocación a la fe era literalmente de boca. Durará el tiempo que dure la boca llena.*

Entre los inconvenientes que tiene el dar, como sistema, se pue­den contar los siguientes:

1. Si das nueve veces y niegas la décima, porque ya te parece abuso, tu favorecido olvidará las nueve veces que ha recibido y se quedará con que la décima vez no le has dado y habrás perdido su simpatía.
2. Un refrán chino dice: «Un kilo hace un amigo y un quintal hace un enemigo».

Esta es una gran lección. Los chinos, y lo mismo se puede decir de otros pueblos, son sumamente sensibles a la atención, a la dá­diva. Nos es imposible hacerlas cuantiosas, pero podemos hacer muchas pequeñas limosnas. Adquirirás con ello buen nombre, no te traerá mayor compromiso y te evitará los disgustos de la resti­tución.

Si no es en casos excepcionales, con gente plenamente conocida, todos recomiendan al misionero que no haga préstamos. El que lo recibe está bien con el Padre unos días; después el Padre es para él un acreedor, una pesadilla, cuya presencia tratará de es­quivar. El Padre, en la mayoría de los casos, tendrá que exigir y repetidas veces, el pago o devolución, los intereses; y el «inte­resado» dará largas una, dos, cinco, diez veces. El Padre se can­sará probablemente de insistir y tendrá ya que dar por perdido aquel capital y además habrá quedado mal con aquel «favorecido».

Es preferible, como decimos, hacer una pequeña limosna con­tando con que no habrá devolución. Cuente además con que al chino lo que le cuesta es salir de su entrevista sin haber logrado nada. Esto lo toma él como una falta de consideración, como una pérdida de faz. Claro que a veces no habrá más remedio que hacerlo pasar por eso que ellos llaman pérdida de faz, pues de lo contrario, se multiplicarían muy cómodamente sus peticiones. Pero en otros casos, para salir del paso le bastará conceder algo; el «interesado» sale atendido y contento y el Padre no habrá aventurado más que una nonada que puede entrar en el apartado de limosnas hechas.

2. **°** Por la palabra y comunicación. Si un buen carácter es un buen tesoro, es en ocasiones no poco peligroso, sobre todo si a él se junta un temperamento algo ligero. Con mejor o peor ca­rácter, seamos por lo menos comunicativos. Un misionero que se dirige a un cualquiera y con toda amabilidad le habla y traba con él conversación, es una deferencia a la que nadie se resiste y que lo predispone favorablemente hacia ti. A Jesús tenían acceso todos. Todos se acercaban a Él con una confianza y título que les parecía personal. Mostrémonos siempre y a todos asequibles; en los viajes, en el barco, en el campo, en la calle. Interesémonos por ellos y preguntémosles por sus hijos, por su familia, por sus pro­blemas. Sólo una pregunta de éstas, en boca del misionero, deja a nuestro interlocutor ganado y bien impresionado; inmediata­mente le responderá con un «muchísimas gracias».

3. ° Las visitas. —Las visitas del misionero a sus feligreses son una incumbencia específica de su ministerio. En países cris­tianos esas visitas, si son recomendables, no son necesarias ni quizá posibles. El cristiano vive su vida casi independientemente del sacerdote y párroco. Pero en misiones son un complemento necesario de su labor parroquial. La familia cristiana sobre todo la muy neófita, espera la visita del misionero; ven en ello una distinción que hasta a los paganos hace bien. Ellos ven que los cris­tianos forman realmente un «genus electum», una nueva comu­nidad de la que el Padre es el párroco. Si éste no los visita, poco a poco se irán enfriando, alejándose de la parroquia y de cumplir con la misa, etc. Hay que caer en la cuenta que la fe se sostiene no precisamente por raíces profundas, sino por ambiente. Uno de los elementos y recursos de ese ambiente lo tiene el párroco en las visitas.

El secreto apostólico de nuestras visitas y conversaciones está:

En que sean breves; largas le exigen un tiempo del que no dispone; rendirán de fatiga al oyente y al misionero; le harán perder la distancia y autoridad porque «in multiloquio non deerit peccatum». Fácilmente el misionero decae de la dignidad y con­cepto en que era tenido y da a conocer defectos que le restan auto­ridad. Cuanto más antigua sea la familia más breves podrán ser las visitas y menos frecuentes, aunque en estos recursos de socie­dad es un factor decisivo la idiosincrasia y carácter de cada per­sona. Pero siempre es eficaz el que nuestras visitas pequen más bien de cortas que de largas. Como en tantos otros detalles de la vida, más se atiende al hecho en sí que a su duración.

Con fin predeterminado y naturalmente apostólico. De lo contrario se perderá mucho tiempo. Se comienza por la salud del cuerpo y se acaba por la del alma; se comienza por la felicidad temporal y se continúa por la felicidad eterna; y todo esto con humorismo y gracia, con sinceridad y amor.

Esto si se trata de visitas a paganos. Cuando se trata de visi­tas a cristianos es claro que la conversación puede tener un tono más natural y familiar. Entonces no se trata precisamente de instruir, de conquistar, sino de conservar, de estrechar la amistad y eso lo consigue la visita por sí misma.

Visitas de mero pasatiempo y desahogo no diremos que estén en sí mal; sino que le roban al misionero un tiempo que no tiene y le roban prestigio.

\* \* \*

Trato con los niños. Llenos de bondad sepamos también guar­dar distancias. No les demos excesiva confianza que entonces ellos saben guardarla y mantenerse respetuosos; pero saltan la valla en el momento que se les prodiga un pequeño exceso de confian­za; se vuelve entonces voluntarioso, pesado e inaguantable. La culpa suele ser totalmente nuestra. Si el niño busca siempre amor, no le gusta nunca ser tratado como un juguete. Una razón de éxito en nuestros colegios y escuelas creemos que está en el trato del misionero con los niños. No sólo un trato de discípulo con pro­fesor, sino de inspeccionado con Inspector. El papel de los ins­pectores nos parece decisivo. Un grupo de niños jugando, con un Padre en medio de ellos, que participa de sus intereses, de sus pequeños triunfos, de sus desahogos infantiles, es de una acción misionera excelente. El niño echa muy de menos la atención. El niño japonés, por ejemplo, y sólo cuando lo es, es objeto de mimos y atenciones con prodigalidad. Aun entonces son más de un orden calculador e interesado que afectivo. Está lleno de atenciones, pero falto quizá de amor. Esto que deben hallar en nosotros, en nuestros colegios. Si nadie les cuida, si no tratan con el Padre, el Colegio no tendrá para ellos apenas eficacia formativa y religiosa. La efi­cacia, nos atrevemos a decirlo, está en razón directa del trato que tenga el Padre con los niños, con tal, claro está, de que se acomode a las normas antes dadas y sea un trato sinceramente espiritual. No se crea que es perder tiempo. El que sabe perder tiempo con los niños, lo encontrará remunerado con bautismos. El éxito de los catecismos de verano o catecismos de domingo, estará en razón directa de que haya o no un Padre que sepa vivir con los niños, jugar con los niños, ir a la iglesia y al comedor con los niños. He aquí una vocación hermosa, un campo relativamente fácil y fecun­dísimo de apostolado. Los niños buscan quien se interese por ellos; buscan calor, amor. Pero repitámoslo, nunca recibirá bien el ser tratado como un juguete, ni como objeto de debilidades in­confesables.

\* \* \*

Evitar la excesiva comunicación y confianza con mujeres y más sin son jóvenes. El mundo es tan mundo aquí como en Europa. Un señor Obispo nos contaba este caso aleccionador. Habla un misio­nero que tenía una profesora, con la que era excesivamente fami­liar. Hablando él con el señor Obispo le dijo: «Esa fulana no me gusta, no guarda el respeto debido y la conveniente distancia». Me vi luego con ella, añadió el señor Obispo, y las primeras pala­bras, después del saludo, fueron éstas: «Señor Obispo, aquel Padre no me gusta. ¡Es demasiado ligero!» La mujer, aun en misiones, entiende en seguida si se puede o no manifestar con tal y tal Padre o si más bien ha de tener con él reserva. Poco tiempo les basta para tomar el pulso al misionero. También en esta materia somos hombres y al venir a misiones nos se nos ha quedado en nuestra patria, felizmente enterrado u olvidado, el hombre viejo. Vino con nosotros y vive en nosotros intransigente, hasta la muerte.

Casos habrá en que el misionero, sin apenas trato con las almas, porque no tiene cargo de ellas, o porque su cristiandad es inci­piente y no cuenta con cristianos, necesite cierta expansión moral. Aceptamos el hecho, pero negamos la consecuencia que alguno pu­diera sacar para legitimar ciertas expansiones y amistades feme­ninas. Lo heroico de su vocación, de su virginidad de corazón le exige que esa expansión la busque siempre en Dios; allí debe hallar estímulos sobrenaturales y compensación a los estímulos y alicien­tes naturales que le faltan.

De esta grave circunspección, no hay ni que recordarlo, no debe eximirse el mismo confesionario, tribunal de Dios, santuario donde el alma se confía a la acción del representante de Dios, con la confianza de hija para con su padre espiritual. Al confesor que abusara de este carácter sagrado le podría recriminar Dios con las gravísimas amonestaciones del salmo 49: «Quare tu enarras proe- cepta mea et habes in ore tuo foedus meum». ¿A qué viene que hablés tú de mi santidad, si estás lleno de malicia? ¿A qué tomas en tu boca mi voluntad y mandato, si en realidad olvidas mis pre­ceptos y te has echado a la espalda mis amonestaciones y man­datos? Si veías al ladrón te asociabas a él, y en el crimen del adúl­tero también tú tenías parte. Estaba llena de iniquidad tu boca y tu lengua al hablar sabía componer mil mentiras y engaños».

«Existimasti me esse similem tui? Arguam te, et pandam ea ante oculos tuos». ¿Pensabas, infeliz, que iba a ser yo como tú? Te reprobaré y te juzgaré y pondré delante de tus ojos todas tus malicias.

El confesor que consintiera en esos desórdenes de su corazón estaría condenado a la esterilidad de su acción en las almas; a pesar de engañosas apariencias, perderá la autoridad entre ellas, porque dejará de aparecer el representante de Dios y aparecerá el hombre. Perderán los fieles, a la larga o a la corta, la confianza en él y vendrá sobre él el castigo con que amenazó Cristo nuestro Señor a los tales, cuando dijo: «Quod si sal evanuerit in quo salietur? Ad nihilum valet ultra nisi ut mittatur foras et conculcetur ab hominibus». Sentencia terribilísima y profética.

4° Pero sobre todo con la oración. — Nada hay más difícil en el mundo que la conversión de las almas. El mismo Dios, que no halló dificultad en la creación del hombre, la encuentra y grande en su rehabilitación.

«Existen a veces entre nosotros y las almas simpatías mis­teriosas, pero con mucha más frecuencia hay abismos que no pueden llenarse con todos los medios humanos. Jesús ha dicho: “Sin mí, nada podéis hacer”. Lo cual, tratándose de la conversión, quiere decir, que Dios se ha reservado para sí el santuario de las almas y que su llave no la ha de entregar sino al que la pida con la oración. Si queremos, pues, que el mundo pagano desaparezca y que el demonio, su tirano, huya ante unos hombres inermes, como son los misioneros, el único medio para conseguirlo, es emplear las armas so­brenaturales de la oración.

Y no basta celebrar todos los días la santa Misa, hacer un poco de meditación, rezar el oficio divino, leer de vez en cuando algún libro espiritual; tener en la capilla a Jesús sacramentado y hacer otras devociones y prácticas de pie­dad. Esto, a lo sumo, bastará para no faltar a los deberes del sacerdocio; pero el que quiera penetrar en los misteriosos designios de Dios sobre las almas, debe hacer de la oración su refugio y defensa, su vida y alimento, su fuerza y su recurso.

Por otra parte, sólo las almas convertidas por este medio ofrecen garantía de seguridad. “Ninguno va al Padre sino por Mí —ha dicho Jesucristo—, y ninguno viene a Mí, si el Padre, que me ha mandado, no le trae.” Si, pues, quieres almas y lo que es más importante, verdaderas almas, pídeselas a Dios. Todas las demás que hayas ganado con tu industria pura­mente humana, o por medio de alguna poderosa protección o con los beneficios que les has hecho, serán, en el mejor de los casos, almas sin valor y aptas solamente para intro­ducir el desorden y la confusión en la casa del Padre de familias.

¡Oración, hermano mío, oración!; que si aun con ella verás defecciones y caídas, como las sufrieron también los primeros seguidores de Jesucristo, serán no obstante meno­res y, en lugar de abatirte, servirán de acicate para redoblar tu celo. Si haces de la capilla tu gabinete preferido de con­sulta; si sabes pasar en ella largas horas a los pies de Jesús sacramentado y permanecer en tu casa con el rosario o el libro devoto en tus manos, verás cómo crecen en número y mejoran de costumbres tus cristianos.

La oración es el único terreno donde el demonio no podrá nunca vencerte, ni siquiera resistirte, porque con ella has co­locado tus baterías en un pedazo de ese cielo, del que él fue arrojado para siempre»[[117]](#footnote-117).

La santidad y vida interior afianzarán en el misionero los ras­gos sobrenaturales y castos de una paternidad espiritual, suma total de todo sobrenatural atractivo con las almas.

1. **OTROS MEDIOS DE ATRACCIÓN**

Otros medios de atracción—1°«Ambiente de vida». Consiste en saber dar a nuestra actuación ministerial «ambiente». Como hay ambiente de guerra y ambiente de fiesta y ambiente de pesi­mismo..., así hay también ambiente de vida, de piedad, de opti­mismo. La vida exige su ambiente, como exige la germinación su humedad y temperatura.

Nadie ignora el influjo que ejerce en todos el ambiente. Cuan­do una fiesta está poco animada nos volvemos diciendo: «No hay ambiente, aquello es muy soso». Cuando se entra en ciertas resi­dencias de misionero, quizá a la primera, se pueda decir si hay o no allí vida, o si aquello está muerto; y como índice de vitalidad o de muerte tomamos el ambiente que se respira. Este ambiente de vida misionera tiene dos exigencias: una negativa y positiva la otra; la primera no cuesta dinero, la segunda exige naturalmente gasto.

Exigencias negativas del ambiente de vida*:* 1) Limpieza en *casa del Padre y en la iglesia. Es un medio bien económico, pero muy eficaz y desde luego muy edificante. Nada hay que dé tanta impresión de muerte, como la suciedad y abandono en una casa. No siempre esta dejadez arguye abandono en el apostolado. He conocido Padres muy activos que en este punto eran bastante des­cuidados. Pero de ordinario, cuando en el patio crece a discreción la hierba, cuando el suelo está por barrer, cuando de las puertas y ventanas, sin excluir las de la iglesia, cuelgan telarañas; cuando el altar está sin velas en los candeleros, sin flores en los altares, sin agua bendita en las pilas, con polvo en los bancos, con los cris­tales rotos y con mil porquerías en el suelo, está diciendo que allí no hay vida, que aquella casa o iglesia se alquila. Si, por el contrario, todo está bien arreglado, con su poco de barniz y pintura, bien limpias puertas y ventanas, etc., etc., dará la impresión de que allí hay vida o por lo menos hay ambiente, y el ambiente con­tribuirá su poquito a que poco a poco venga también la vida.*

2) Disciplina doméstica y orden en el culto. A la larga es un prestigio para el misionero y la Religión Católica. Esa constancia con que todos los días se toca la campana a sus horas fijas y de un modo peculiar y constante, la formalidad con que se lleva el horario y distribución, la simple buena marcha del reloj serán factores que den no poca autoridad a la residencia del Padre. Yo andaba extrañado de observar que frecuentemente atravesaba un señor el patio de mi residencia, entraba al tránsito y al pronto se salía de vuelta para su casa. Luego me enteré que venía a poner en hora su reloj con el nuestro. Confieso que me halagó un poco el detalle, aunque el Señor me cobró ese día mi vanidad. Como ob­servara yo, en efecto, que el reloj iba unos minutos adelantado, lo paré, fui a visitar al Santísimo, pero al volver, pasados unos mi­nutos, me olvidé de echar a andar el reloj. ¡El buen hombre ese día lo encontró parado!

*Exigencias positivas del ambiente de vida*: 1) Ante todo tener lo más completo el cuadro de nuestra servidumbre: catequis­ta de negocios; profesores para la escuela; cocinero, criado, ayu­dantes de misa, etc., etc. El número siempre da animación y sola la presencia y actuación de nuestra gente en la iglesia es ya de por sí un elemento de esplendor en el culto. Sus amistades fácil­mente atraen a otros por compañerismo y es ocasión propicia para que traben amistad con el Padre; insensiblemente la residencia del misionero se hace así un centro de atracción. Claro que no todas las misiones ni todos los misioneros dispondrán de recursos pecuniarios para tanto. Pero hay que tenerlo en cuenta.

2) Otras veces no es dinero lo que falta sino iniciativa. Con ella, y sin gastos extraordinarios, saben muchos misioneros llenar de ambiente sus funciones religiosas. El adorno de la iglesia y de los altares, un buen surtido de monaguillos, el repique de campanas y la profusión conveniente de luces, flores e incienso y petardos y cosas así, junto con la compostura y exacta ejecución de las cere­monias en los monaguillos, etc., harán que se tengan funciones llenas de ambiente y concurrencia. El activo e ingenioso misionero párroco sabe de antemano prevenir, hacer invitaciones, aprovechar iniciativas y posibilidades dentro a su vez de las posibilidades de su incipiente cristiandad. El principio es éste: Saber sacar partido de los hombres y de las cosasde que disponemos en orden a am­bientar la fiesta, la procesión, el catecumenado o lo que sea. Por­que cuántos hay que tienen campanas y no las tocan, tienen flo­res... y no las usan, tienen órgano y no lo tocan, tienen monagui­llos y no los emplean, tienen elementos para dar ambiente de vida y aquello tiene ambiente de muerte.

2. ° Benevolencia. —Ya lo hemos dicho: Nada hay que atraiga tanto como la bondad. El atractivo, como todo el mundo de sim­patías y antipatías, tiene sin duda leyes muy caprichosas, muy distintas de las del aprecio o estima, tanto en el que lo ejerce como en el que es influido por él. Pero lo que está fuera de duda es que las cosas nos gustan y atraen más que por su esencia por sus modalidades. Un vestido nos gusta no precisamente por su buena tela, sino porque añade además un corte elegante. Un ves­tido de costosa tela pero de corte antiestético no lo apreciamos, no «nos tira». Un anillo de oro, pero en bruto, nos deja fríos. En la vida todos estamos convencidos de que se aprecia más la forma de la cosa que la misma cosa; y así bien dijo quien dijo: que «a muchos discípulos les bastaría la mitad de ciencia para lucir en clase con que sólo hubiera cambiado Dios un poco el barro de su cuerpo»[[118]](#footnote-118). ¡Cuánto hace la forma exterior! Pues si la forma ex­terior influye tanto en nuestros agrados, aun en cosas de un orden natural y que se acomodan a nuestros gustos y exigencias, ¿cuánto más influirá en las que de suyo naturalmente no nos agradan? Pues bien, la Religión, aunque sobrenatural, es algo casi natu­ralmente desagradable. Se requiere, pues, como primera ley con este mundo pagano, que no entiende aún las bellezas mismas de la fe, que el representante de esa Religión le sea atrayente, amable. De ahí la eficacia inmensa, en un orden natural si se quiere, pero que puede fácilmente llevar a Dios, de hacerse amables los que pre­dican la religión de Cristo. Somos los enviados del rey para traer invitados a su mesa regia. El oficio de invitador es esencialmente oficio de cortesía, de delicadeza, de urbanidad. Un desplante de mal genio lo inutilizaría para el delicado oficio que se le ha confiado. «Déjase de hacer el bien que se haría con humildad cuando por gritos e impaciencias queréis hacer las cosas», escribía Javier el 14 de abril de 1552.

Somos a veces conscientemente ilógicos; tenemos una lógica contradictoria. Preparamos una fiesta con entusiasmo y luego por una menudencia nos enemistamos con quien debía de ser nuestro brazo derecho en ella. Nos movemos y anunciamos con profusión catecumenados; visitamos, enviamos avisos, convocatorias, y lue­go, por no gastar unas pesetas más, por no tener preparado un poco de té, hacemos que el recibimiento sea mezquino y la estancia en nuestra casa indeseable. Movemos cielo y tierra por ganar pro­sélitos, echamos a izquierda y a derecha la red, y no reflexiona­mos que quizá lo duro de nuestro carácter, lo inflexible de nuestro plan, lo frío de nuestra sonrisa, lo indiferente de nuestro recibi­miento, en fin, nuestro poco atractivo ahuyenta a la gente, des­virtúa y echa a perder todo lo que teníamos ganado. Con la mano derecha recogemos y con la izquierda dispersamos; con la derecha llamamos y con la izquierda ahuyentamos, y por una nueva incon­secuencia, tan fatal como perjudicial, no nos ponemos a reflexionar y decir: Por encima de todo otro apostolado y sobre cualquier otro método y con primacía sobre cualquier otro prerrequisito, está el que yo me haga amable y atrayente y comunicativo y afable para que sea no un repulsivo, sino un imán. Hay comerciantes modelos en este buen talante. Buen temple y buen humor es el mejor sal­voconducto para venir a misiones.

\* \* \*

Engaño lamentable el que pensara que esto se puede apoyar solamente en simpatías naturales ni nuestras ni de los que trata­mos. El que apoyara su amabilidad y buen trato en el atractivo y simpatía de los demás, éste iría pronto a la más completa ban­carrota. El alma pagana ofrece encantos demasiado superficiales para que no cansen pronto. Y al primer atractivo fugaz y efímero seguiría pronto la más honda indiferencia. Porque descartamos naturalmente una simpatía sensible y mucho más una simpatía sensual que sería, aquí como en todas partes, camino recto del precipicio.

Hemos, pues, de ser los misioneros, asequibles y fáciles al inter­cambio de impresiones. Por principio hemos de tener con todos una acogida atenta, benévola y condescendiente, sincera e inte­resante.

3. ° Siempre acogedores y obsequiosos. — ¿Cómo ha de ser nues­tra acogida?

Acogida atenta que guarde con el visitante, incluso importuno, las reglas más elementales de la etiqueta local. Invitarle a tomar asiento, ofrecerle té o cigarros según los casos. Y si no es en casos de verdad extremos, no presentar la excusa de nuestras muchas ocupaciones, o saberla endulzar con un cariño insobornable. No despachar generalmente a nadie sin recibirle por unos momentos.

Franca e interesada. Que realmente vean en nosotros una risa sincera, una acogida nada artificial. Lo artificial se echa pronto de ver, no se disimula ni con sonrisas fingidas ni con inclinaciones de cabeza. Una acogida interesada que sabe preguntar y oír con verdad todo lo que el visitante quiere o necesita decirnos.

Todavía, si temiéramos que ello nos ha de llevar un tiempo del que realmente no disponemos, echemos mano de algunos recur­sos. Uno puede ser el que de antemano les reciba el catequista y él les acompañe al Padre o les prevenga sobre el tiempo del que el Padre dispone; y otros recursos por el estilo.

Insistamos en que si no hay mucho dominio de sí, mucho hábi­to de vencerse a sí mismo, mucha paciencia y mucho celo y fer­vor, no sabremos salir airosos del paso.

La prisa de la vida, el deseo de emplear mejor el tiempo, cierto cansancio y un habitual desengaño o escarmiento, nos distancian y nos inutilizan para tratar con los naturales. Y, sin embargo, hemos de reflexionar que los misioneros traemos con nosotros un pecado original del que no nos libramos fácilmente toda la vida: El de ser extranjeros.

Por eso mismo, incumbencia nuestra debe ser tratar de acentuar más la nota de benevolencia, de simpatía. Porque el que en tierra ajena se mostrara exigente, descontento, despreciador de todo, ¿qué más títulos podría acumular sobre sí para atraerse las antipatías de todos? Un carácter a todos asequible y para todos bondadoso que todo lo encuentra bueno y agradable, que nada echa de menos y que se encuentra entre los naturales como entre sus mismos compatriotas, será el medio más eficaz de ganarse las voluntades de todos y sus simpatías, quizá más que aún los mismos sacerdotes indígenas.

4. ° Hacerse amar.

«El lenguaje de las almas es el amor. Lenguaje universal, católico y misionero por excelencia. Se entiende en todas las latitudes; lo hablan todas las razas. Es vehículo y puente obligado para pasar de unas a otras. En el amor dialogan los corazones, y se entienden a maravilla. El diálogo lo ha de entablar el misionero, amándolos; a ellos, los misionandos. Y todo el arte de misionar está en provocar en ellos la misma respuesta de amor; que le amen, a él, al misionero. Puestos en este terreno común, el más venturoso y feliz, las demás distancias se acortan, y terminan por desaparecer. No im­porta ni el vestido, ni el color, ni la lengua, ni la mentalidad.

Dice San Francisco Javier a un misionero: “Por amor de nuestro Señor os ruego que os hagáis amar... porque no estaré satisfecho en saber que vos los amáis, sino en saber que de ellos sois amado”. El amarlos solamente es quedarse a medio camino. En hacerse amar también, está el misionero perfecto.

De ahí a la caridad, que es lo más sublime del cristia­nismo no hay más que un paso. Y el atajo para ganarlo es este mismo amor humano. Si responden, hemos entrado en contacto. De amor entiende todo el mundo. El misionero debe ser especialista en humanidad; en tocar esos resortes donde se esconden todas las posibilidades de una persona.

Y en el arte de misionar, el secreto para provocar ese amor es el sacrificio. Ahí está el fuerte del misionero, en el sacrificio por amor a las almas. Como ahí está también el fuerte de Cristo, que desde lo alto de la Cruz atrae a sí todas las cosas»[[119]](#footnote-119).

***QUINTA PARTE***

***LA VIDA MISIONERA Y SU PASTORAL***

«No digas: soy niño. Porque irás a todo cuanto te envíe y hablarás lo que yo te mandare. No temas porque yo estoy contigo... Yo te he constituido sobre las gentes y sobre los reinos para que arranques y destruyas y aniquiles y disipes y edifiques y plantes»
 *Jer. 1 5-10*

Se ha escrito mucho y bien de Pastoral. Hay manuales va­liosos llenos de ricas experiencias y enseñanzas. Abundan los libros en que se expone un amplio programa de Pastoral y se describen al detalle los diversos campos, Obras, Asociaciones, Apostolado... en que ha de actuar el párroco, el apóstol. Aquí, como en todo el libro, nos limitamos al misionero y al misio­nero preferentemente evangelizador, no precisamente Superior o Maestro, Investigador o Científico, Director de una Revista o de un Seminario o Colegio... Nos dirigimos al misionero en su actuación directamente evangelizadora, a sus trabajos especí­ficamente parroquiales. Por eso poco o nada hablamos de ciertas obras como la Acción Católica, las Congregaciones, la Cuestión Social...; como tampoco de la administración de los Sacramen­tos, etc., etc. Fácilmente se comprenderá, por otra parte, que hubiéramos tenido que escribir lo que ya está escrito y que entonces hubiéramos necesitado además no uno, sino varios volúmenes como el presente.

***INTRODUCCIÓN***

El campo misionero lo podemos enfocar desde dos puntos de vista. Como meta de la acción evangelizadora de la Iglesia y como meta del esfuerzo pastoral de cada misionero. Es evidente que am­bos campos se distinguen como el todo y la parte, el continente y el contenido.

La Iglesia, como medio necesario de salvación, debe consti­tuirse y fundarse en todas las partes; y como organismo vivo y naturalmente perfecto, busca desarrollar y propagar toda su efi­ciencia y vitalidad como todo otro organismo, aunque con esta diferencia esencial respecto a las generaciones naturales, que en éstas el término de la generación es otro individuo autóctono y au­tónomo, libre e independiente, mientras que en la obra de la pro­pagación y fundación de la Iglesia, no se forma otra Iglesia indi­vidualmente distinta y separada, sino que ella misma queda como trasplantada, al incorporar a sí los nuevos pueblos.

Por eso, si miramos al programa de acción que la Iglesia tiene que realizar en el nuevo país que trate de incorporar, encontramos que ha de ser tan dilatado como lo son las exigencias y manifesta­ciones de la vida misma de la Iglesia; y pues no hay campo ni acti­vidad que ella no haya de santificar, tampoco hay campo ni activi­dad ajeno a su labor evangelizadora. Ella, pues, como su divino Fundador, ha de pasar por el mundo haciendo bien, ha de levantar Asilos, Orfanatos, Clínicas, Hospitales. Ella, maestra de la verdad, ha de levantar Escuelas, Colegios, Universidades. Ella, santificadora de todas las actividades humanas y culturales, ha de fundar revistas, periódicos, editoriales y ha de levantar talleres de Artes y oficios, y centros culturales de radio, cine, televisión, deporte. En fin, porque es preciso que ella misma consolide su permanencia en todo país y cuente con clero y religiosos indígenas, ella ha de levantar Seminarios y Noviciados...

Evidentemente que todo este programa lo ha de realizar la Iglesia por medio de sus misioneros. Pero algunas de estas incum­bencias no son distintas a las que realiza permanentemente en cual­quier país o nación católica; no son, diríamos, incumbencias espe­cíficamente misioneras, aunque por realizarse este trabajo en país de misión y por ser elemento integrante de la labor misionera, todo este personal merecerá la categoría y título de auténticos misio­neros.

Por eso la idea completa de Misión, como función expansiva, presenta tres relaciones que se completan entre sí. Una personal, respecto de las almas por cristianizar y mediante la cual la Iglesia hace avanzar, por la predicación, la línea de la extensión y dila­tación personal de la Fe.

Otra social, en orden a la dilatación o implantación de la mis­ma Iglesia en cuanto es sociedad divina y necesaria, de suerte que quede jerárquica y definitivamente constituida; mediante esta función de catolicidad la Iglesia hace avanzar la línea de su propia dilatación.

Hay, en fin, una tercera función o relación orgánica de la Igle­sia, como organismo vivo con sus exigencias vitales de desarrollo, por la que la Iglesia hace avanzar la línea de su influjo y vitalidad imbuyendo con su doctrina y de su espíritu todas las manifestacio­nes vitales de la vida individual, familiar y social del hombre. Esta triple relación y triple actividad vacía todo el contenido dogmático de las Misiones o del Misionerismo Católico. Las tres forman el con­cepto total de las Misiones. Propagación de la Fe, savia sobrenatu­ral que nos injerta e incorpora a Cristo. Propagación numérica de la Iglesia como sociedad visible y asequible a todos los pueblos, hasta constituir diócesis perfectas con jerarquía indígena. Propagación orgánica o de desarrollo integral, hasta imbuir de cristianismo todas las manifestaciones humanas y sociales de la vida.

Pero de estas tres funciones o actividades: personal, social, or­gánica, la que especifica la labor misionera, dice el P. Zameza, es sobre todo la función personal de propagar la Fe.

Es en orden a la Propagación de la Fe, como Cristo envió a sus Apóstoles y sucesores «euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae». Venido el Espíritu Santo, queda Pedro constituido como el gran Mitente de todos los siglos, en sus suce­sores los Romanos Pontífices. Y cuando a las Misiones se las ha dado el apelativo de «extranjeras» ha sido evidentemente para demostrar que el término ad quem de la propagación de la Fe son las masas y pueblos en sombras de gentilidad; espiritualmente, fuera de la Fe y de la vida, y geográficamente, en países donde no está constituida la Iglesia visible, necesaria despositaria de los te­soros espirituales de Cristo. La Misa de la Propagación de la Fe está concebida y encuadrada en la función personal del misionero que lleva la verdad divina, a los pueblos que viven en la ciega gen­tilidad, apoyado en el deseo del Redentor que nos encargó pidié­ramos obreros para sus mieses. «Mitte operarios in messem tuam. Da eis loqui cum omni fiducia verbum tuum ut sermo tuus currat et clarificetur et omnes gentes cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum Dominum nostrum». La idea, pues, predominante en el Misionerismo es la de la Predicación de la Fe, que culmina en esta fórmula explícita con que encabeza Benedic­to XV su celebérrima carta encíclica Máximum illud.

«La grande y santísima empresa confiada a sus Apóstoles por Nuestro Señor Jesucristo al tiempo de su partida, por aquellas sus palabras: “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones”, no había de limitarse solamente a la vida de los apóstoles, sino que se debía perpetuar en sus sucesores hasta el fin de los siglos, mientras hubiera hombres que salvar por la verdad».

Es cierto, una vez más, que las incumbencias personal, social y orgánica las ha de realizar la Iglesia por medio de sus misioneros. Misionero será el que regente una cátedra de Teología o de Historia Eclesiástica en un Seminario; misionero el inspector o el profesor de Física en un Colegio o Universidad de misiones; misionero el maestro de Novicios o el Superior de la misión. Pero todas esas incumbencias no requieren pedagogía específicamente distinta de la que le exigirían esos mismos cargos en país católico. Aunque una general adaptación misionera, tal cual se desprende de las páginas de libros como éste, le será muy oportuna y casi necesaria.

\* \* \*

Con todo, era preciso añadir esta 5a parte en la que nos ocu­páramos del misionero en su función personal de pastor de almas, obrero de la viña, segador de las mieses paganas. Nos fijamos, pues, en los ministerios, por así decirlo, más específicamente misioneros. Esos ministerios que directamente responden a la incumbencia per­sonal del Misionerismo, la Propagación de la Fe.

Por lo demás en este mismo campo ministerial, y por lo que a los medios de apostolado se refiere, es claro que hemos de saber aprovechar todos los recursos que la ciencia nos proporciona, tanto más cuanto que la falta o escasez de personal y de medios huma­nos exige que el misionero multiplique su eficiencia. Instrumentos de apostolado como el magnetófono, los discos, los altavoces, quizá la misma radio, podrán serle utilísimos y multiplicar la eficiencia de sus ministerios. Pero todo este bagaje de tecnicismo científico en el apostolado es también común a todos los apostolados y no es de este sitio su aprendizaje. Lo mismo se diga de bibliotecas fijas o ambulantes, centros católicos, salas de lectura, conferencias y otros medios de apostolado, y que el misionero, lo mismo que el párroco europeo, podrá emplear con éxito.

Dos principios hay que tener presentes cuando de medios de apostolado se trata, que el misionero, como todo pastor de almas, debe conocer, aceptar y seguir: 1) Aprovechar los medios técnicos según la fórmula ignaciana del «tanto cuanto» convenga; es decir, tanto cuanto sean compatibles con otras obligaciones más graves; tanto cuanto sean provechosos y no perjudiciales o contraprodu­centes; tanto cuanto estén a nuestro alcance según las posibili­dades de tiempo, de dinero y de sitio, etc.

1. Usar de ellos con la prudencia y la limitación que impone nuestra misma condición: Nuestra condición física, porque «non omnia possumus omnes». Nuestra condición moral, porque no todo dice bien en nosotros, ni todo lo que puede el seglar lo puede el religioso o sacerdote. Nuestra condición, en fin humana y de barro, porque hay cosas y aun actividades apostólicas, en sí mismas o en su forma, peligrosas. Y no podemos olvidar que a la Iglesia, a la misión y al propio misionero interesa que no haga bien a otros con detrimento propio; según la sentencia del Apóstol: «Ne cum aliis praedicaverim ipse reprobus efficiar».

TU PRIMER CONTACTO CON TU CRISTIANDAD
O DISTRITO

Antes de actuar es preciso conocer el campo para saber sinto­nizar. Si es ya cristiandad formada cuenta sin duda con su archivo y entre los libros del archivo parroquial encontrarás el «libro de cristianos» o «De Statu animarum». Este ha de ser tu primer libro de texto. Él te hará conocer las circunstancias familiares de cada bautizado. Claro que no todos los datos te son igualmente prác­ticos ni siquiera fidedignos. Pero su valor orientador es innegable. Con él a la vista sabrás tomar posiciones y preparar la siembra. Él te servirá para completar las familias, convocar a ejercicios, invitar al catecumenado, urgir el cumplimiento pascual y domini­cal, llamar a los niños, ya en edad escolar, para la escuela; etc., etc. Al pie de cada página, los misioneros que te han precedido, habrán dejado notas luminosas que te revelarán una documentada historia de gran valor orientador.

El libro de Statu animarum te dará a conocer la edad de cada uno, su nombre de familia y su nombre santo o de bautismo; si está o no confirmado, si ha hecho la Primera Comunión, si cumple con Pascua. Allí te dirá su domicilio y oficio. El Directorio de Anking detalla el modo y cuidado con que se ha de llevar y usar este pre­cioso auxiliar del misionero[[120]](#footnote-120). Tenerle bien ordenado y anotado será uno de los mejores servicios que puedes hacer a tus sucesores y desde luego un alto índice de tu eficiencia pastoral y misionera. Se suele recomendar que se renueve cada seis u ocho años; a ello obliga el continuo correr del tiempo que va haciendo continuos cambios en los individuos y en las familias.

1. Conocer a los cristianos.—Cuatro categorías de cristianos te presentará la lectura atenta de este libro, sobre todo iluminado por los comentarios del catequista, categorías que has de procurar conocer o tener en cuenta: a) A los más distinguidos y presti­giosos, porque de su influjo te puedes servir y sacar no pequeño partido para tus planes ulteriores de evangelización.—***b***) A los fervorosos, aquellos con los que incondicionalmente puedes contar para las obras parroquiales o Asociaciones...—c) A los posibles co­laboradores. Estos quizás tengas que buscarlos con lupa; pero si la cristiandad es algo numerosa no faltará alguno de tipo dinámico, que con suficiente remuneración se consagraría, incluso como ca­tequista o al menos colaborador en la causa católica. Otras veces no se trata precisamente de apóstoles, basta que sean capaces de realizar alguna de las obras parroquiales que traes entre manos, v. gr., llevarte la Escuela, o el Dispensario, o la Acción Católica, etc. El campo de la colaboración es muy amplio y variado. Lo que im­porta es saber encontrar al hombre capaz de «llevar un mensaje a García». Una vez hallado, no te pesará emplear en él un buen salario.—d) A los tibios; no para que te lleven mucho tiempo, sino para que sepas el terreno que pisas y veas el modo de echar­les una tabla de salvación en ocasión, muchas veces propicia, de ser nuevo el misionero. Con frecuencia se trata de alejados de la Iglesia por motivos meramente personales con el Padre que te precedió.

Es claro que este libro lo has de manejar y estudiar, como te digo, con el catequista. Él, conocedor al detalle de cada familia, podrá informarte de lo que te conviene saber. Si el catequista es prudente, desinteresado y celoso, su consejo puede ser certero. De todos modos, la más elemental prudencia te hará ver que no puedes entregarte sin reserva a sus indicaciones o apreciaciones, pues es imposible que se despoje de toda parcialidad. Eso quiere decir que nunca has de ser precipitado ni excesivamente confiado. En casos de duda deberás dar tiempo al tiempo, informarte por otro camino, consultar a otro catequista o maestro y, si las hay, a las Presentandinas o Religiosas. Tu condición de extranjero y de nuevo te hace imprescindible el uso de estos colaboradores ante los cuales has de procurar tener prestigio y ganar su confianza.

1. Visitas de saludo. —Las has de hacer a las principales auto­ridades de la población.

Este cumplimiento sincero de respeto y amistad te los podrá hacer benévolos, o al menos no tenerlos como hostiles. No sólo al llegar a tu nuevo distrito, sino durante el año, en fechas dadas, te podrá ser muy provechoso el hacer, cuándo a uno cuándo a otro, alguna visita bien ambientada y oportuna, que robustezca tus bue­nas relaciones con ellos y te obtenga su simpatía y apoyo en tu actuación misionera.

1. Has de procurar también tener trato y amistad con los mis­mos paganos de mayor prestigio o influencia. No es raro encontrar, entre los mismos paganos, personas de rectitud natural y de buena voluntad y al mismo tiempo de cierto prestigio, de los que se pueda decir que no están lejos del reino de los cielos. Y si ellos no, pueden poner a tu alcance a sus hijos o a sus empleados o subalternos.

Estas son las tres formas de contacto que has de hacer al llegar a tu nuevo distrito.

1. **PROSELITISMO MISIONERO**

Los que nos movemos en cosas de orden sobrenatural comete­mos con frecuencia el lamentable error de creer que todo lo ha de hacer la gracia y que ésta nos excusa de tomar nuestras medi­das, dar nuestros pasos, corregir nuestros deslices y aumentar nues­tros recursos y esfuerzos. Notemos que no por trabajar en orden sobrenatural ya por eso los medios naturales no pintan nada o muy poco. Sobrenatural es el don de la fe y sin embargo dice el Após­tol: «Fides ex auditu et quomodo audient sine predicante et quomodo predicabunt nisi mittantur». Pues bien, el enviar o no, el pre­dicar o no, el oír bien o el oír mal, son todos elementos naturales que producen su efecto en la obra sobrenatural de la fe. Los medios humanos que resultarían para obtener un fin natural, resultan también como condición, camino, ayuda para obtener el don sobre­natural. Es definitiva la fórmula de San Ignacio: «Trabaja como si el éxito dependiera todo y sólo de ti y confía luego en Dios como si todo y sólo dependiera de Él».

1. Pero para que estos trabajos resulten, deben ir organizados; si ahora por ejemplo suscito en el futuro catecúmeno un deseo que ahora no puede cumplir, posiblemente he perdido el tiempo; si atraigo a los peces y luego no echo la red es un esfuerzo per­fectamente inútil. Si alisto catecúmenos, no para ahora, sino para dentro de unos meses o de un año, posiblemente para entonces no obtendré que venga ninguno de los alistados. Verdad es que todo este plan supone permanencia del misionero, y un misionero que se siente de paso, un misionero huésped de su distrito, no puede hacer obra ninguna duradera, seria, a conciencia.
2. Sería benditez que el misionero quisiera por sí solo lograr su preparación, su reclutamiento; pero mayor benditez sería pen­sar que el lograrlo va a ser cosa de unas cuantas intentonas. Ha de mover todas las teclas y cien más que tenga a su alcance.
3. ¿Quién debe ser el que reclute catecúmenos? Como regla general, si no se trata de miembros paganos en familias cristianas, es preferible que no sea el misionero. Si no se trata de algunos con los que tiene ya una amistad muy hecha y un ascendiente grande.

La razón es, porque cuando es el misionero el que invita, más fácilmente surgen antagonismos psicológicos. El catecúmeno se creerá que va a ser pescado por el extranjero. Creerá haber en ello no sé qué interés material, como si el misionero le necesitara.

Más natural, menos violenta resulta la invitación de un cate­quista, de un hijo o hija cristianos, de una mujer o marido, de un amigo o amiga cristianos. Entonces la invitación se recibe con menos prejuicios y acceder a ella puede ser un acto de condescen­dencia familiar amistosa.

Aparte de que ellos conocen mejor a los suyos, saben poner los argumentos doctrinales peor puestos, si se quiere, pero «para ellos» con más fuerza, más acomodados.

Finalmente, en la historia de los catecumenados es cosa averi­guada que la mayoría son reclutados por amigos o familiares cris­tianos. Decía un excelente y bien experimentado misionero: «No tengo conciencia de haber ganado por mí mismo ni uno solo para el catecumenado».

«El 9 de mayo 1954 —escribe desde el Japón un misionero— se celebró en Chofin una Asamblea de Madres cristianas con repre­sentación de las cristiandades de Ube, Shimonoseki, Hiroshima y Chofu. Durante la reunión cada una expuso los diversos incidentes de su conversión al Catolicismo. Todas las que hablaron, fuera de dos o tres, manifestaron que debían su primer contacto con la Iglesia Católica a la ayuda y ejemplo de otros cristianos. Este es por hoy el método más eficaz de lograr catecúmenos». (Desde Ja­pón, n.° 126, julio 1954).

\* \* \*

1. ° Proceso del proselitismo. Hay en todas partes almas hon­radas a quienes la gracia de Dios previene con un primer germen de buena voluntad. Están dispuestas a aceptarla si alguien se lo ofrece.

Esta es la primera incumbencia del misionero, conocer su pa­rroquia, su pueblo, de suerte que por sí o por los catequistas y Presentandinas, o por los cristianos y por las amistades de unos y otros se pueda poner en contacto moralmente con todo él, para que en el pueblo o ciudad no se dé alma de buena voluntad que no haya recibido la primera invitación. A esta invitación responderán esas almas de buena voluntad, ellas serán de «summo mane», las que Dios «previene», con una gracia que inclina sus voluntades para querer abrazar la fe «desde el principio». Aunque pocas en número, ¿quién no conoce a muchas almas de esta clase?

1. ° Comunicación; saber suscitar el deseo. Pero el misionero, el propagandista católico, debe dar un paso más. Debe hacer que los que se ponen a su alcance, quieran su mercancía, su doctrina. En el primer paso, el propagandista acepta y aprovecha las buenas disposiciones que encuentra. En este segundo paso, se trata de crear ese deseo, esa buena voluntad. Presentar nuestra religión tan para él, tan para hacerle feliz, si le encontramos triste, tan para completar su felicidad, si le hallamos satisfecho de la vida, tan apta para asegurar una paz íntima en esta vida y una dicha eterna en la otra, que les llegue a interesar.

Para lograr más fácilmente una adhesión a nuestro ofrecimiento se necesitan, supuesta siempre la gracia de Dios, tres fases o mo­mentos felices de actuación:

1. La presentación, en la que el misionero o propagandista se pone en contacto con el posible catecúmeno. —2) El modo cómo el misionero, el propagandista, inicia su tema religioso y ofrece a su cliente espiritual su mercancía. —3) El momento en el que se obtiene el sí del catecúmeno cliente.

Convengamos en que obtener esta primera adhesión a instruirse, unas veces es fácil, otras difícil y otras moralmente imposible. Lo que la hace fácil, difícil o imposible, son unas veces los prejuicios, otras las malas costumbres, otras la incapacidad mental y moral que le hace al hombre no elevarse un palmo de la vida material y rastrera de los sentidos.

Pero si no se trata de «disminuidos mentales» o de «corrompi­dos morales» o de «soberbios inaccesibles», ten en cuenta que lo que decidirá muchas veces el éxito de tu actuación, será tu presen­tación, tu ademán, tus palabras, tu actitud. Sin una impresión agradable, cortés, bondadosa, imposible obtener un sí de nadie, aunque tengas más razón y más celo que un santo.

La Religión que le presentas se le ha de hacer amable por tu amabilidad y asequible por tu asequibilidad y factible por tu bondad y condescendencia.

1. Lejos de ti, pues, presentarles la Religión como algo que viene a elevarlos de un estado de abyección o miseria moral, por­que eso les humillaría y les haría reconocerse inferiores al Padre extranjero, o a ti, compatriota suyo.

Eso haría surgir en él un antagonismo moral. Y ya sabemos que el antagonismo moral es caprichoso, es tozudo, es obstinado, no atiende a razones; no cede porque no quiere humillarse al otro, porque le oye ya con prejuicio, y cuando el prejuicio domina en la mente, la mente no juzga ya con serenidad, sino con pasión; pa­sión que obsta a que tu oyente siga tu dictamen y hace que recal­citre contra tu oferta.

1. Lejos de ti también suscitar en el paciente la idea de vic­toria sobre él. Por instinto, a todos nos repugna confesar que otro hombre nos puede inducir a hacer algo. Tiene que ser muy alle­gado ese tal para que llevemos gozosos su victoria sobre nosotros. Un marido testarudo, pero amante de su esposa, puede llegar a tener a honra ser vencido por ella. Un padre ante un hijo o una hija, a quien idolatra, también puede acceder gustoso a estas de­rrotas morales. Pero en general reaccionamos contra la imposición ajena, queremos ser libres en nuestras decisiones.
2. Ya se ve que menos podremos conseguir aún por la fuerza y nada tampoco por la amenaza, ya sea física, ya moral. El criado que porque le amenaces con quitarle el empleo se quiera instruir o bautizar, posiblemente será un mal cristiano, un cristiano asalariado que durará lo que dure el salario.

Nada, pues, de imposición. La mejor táctica será esta otra. Mejor es que te coloques en su lugar y estudies los aspectos que a él le pueden más atraer o interesar. Cuestión realmente difícil cuando se trata de valores sobrenaturales, de mercancías espiri­tuales que ni él ha visto, ni ha gustado ni echa de menos. Pero, como al fin y al cabo son de valor eterno y la gracia obra contigo, ten confianza. Se trata de que se lo presentes interesante para él, que entres en conversación con él, hablando, no de tu oferta, sino de su problema. Y la solución completa de su problema será tu oferta. El fin, pues, de nuestro proselitismo debe ser hacer amable, conveniente para él la doctrina de Dios. Hemos subrayado con idea esta palabra.

1. Porque es éste otro detalle que hay que tener presente. No tratamos de meter nuestra doctrina, sino la de Dios; no nuestra religión, sino la de Cristo. Así, no nos presentamos con ninguna superioridad ante ellos, sino como amigo que ha encontrado una mina y le dice a su amigo dónde está y qué camino ha de llevar para aprovecharse también él de ella.

Qué buen comienzo en un cristiano para con sus amigos paga­nos. Al cabo de la conversación, en que le expongas por sus pasos tu dicha por ser cristiano, la paz que has hallado, las soluciones que te ha traído la religión, posiblemente en tu amigo se habrá sus­citado este pensamiento: «Si es como este mi amigo dice, a mí tam­bién me conviene esa doctrina».

1. El propagandista católico debe pensar una síntesis de la oferta o presentación que ha de hacer de nuestra doctrina. Un como discurso, para cuya composición has estado pensando en el que te va a escuchar y las diversas réplicas que te puede hacer o que se puede él hacer interiormente y que son obstáculos a tu doctrina. Sería mejor tener diversos discursos o síntesis para acomodarse al tiempo o a las personas. Una demostración o exposición que nazca de tu propia experiencia y responda a las circunstancias del oyente, de suerte que puedas exponérsela con interés.

Piénsala, escríbela, ordénala, dale principio, medio y fin y todo sin olvidar al que te escucha; no seas difuso, recorta, reduce, su­prime, abrevia, y luego apréndetela de memoria. Si la dominas, te será fácil hacer las añadiduras que las circunstancias concretas te sugieran.

Y así aprendida, sin temor, sin prisas, sin incertidumbres, haz tu demostración.

1. Como en religión es tanta la ignorancia, nadie se aventu­rará a hacerte preguntas o ponerte dificultades serias respecto de tu religión; pero sí quizás a formular ciertas excusas, ciertas sali­das, que te pueden cortar el paso.

Nunca te pongas a la defensiva, tratando de probar que no mientes. Tú sabes el modo de ir llevando al oyente por los caminos que tú conoces a una disposición benévola.

Tú sabes que lo que dices es enteramente verdad, porque tú hablas la doctrina del Evangelio. Expón, pues, las verdades de una manera terminante e inconcusa, que se anticipe a toda objeción y refute todo argumento antes de que te lo formulen.

1. No entres mucho en apologéticas, como si la verdad que predicamos necesitara apuntalarse con los contrafuertes de nues­tra razón. Procede por afirmaciones rotundas y claras. Da por sen­tado que tu oyente te cree, y haz sencillamente que le sea más fácil creerte que no creerte. No caigas en verbosidad. Cíñete bien al ner­vio de la doctrina. No pienses más que en el oyente u oyentes que tienes delante. Concéntrate en él o en ellos. Recuerda que por muy viejas que te parezcan a ti tus verdades, para ellos son nuevas.

No dejes sin respuesta ninguna pregunta que se le pueda ocu­rrir a tu interlocutor.

1. Las posibles objeciones, no precisamente las excusas, que les suscite tu exposición en casi todos serán invariablemente las mis­mas, reducidas a un corto número. Estúdialas de antemano y pre­para una adecuada y rápida respuesta. La respuesta eficaz a una objeción es perdurable, pues se imprime para siempre. Y cuando las tengas felices, apúntalas, consérvalas. Luego te pondré unos cuan­tos casos, en el capítulo IV.
2. Obtener la adhesión de nuestro oyente.

Hecha tu demostración viene el momento de ganar la partida y de lograr, con la gracia de Dios que obra dentro, un sí.

Es un sí que viene o que cae de sus labios como el fruto en sazón, casi sin sentirlo.

No trates nunca de solicitar un «sí» de tu oyente con esta o parecida pregunta: ¿Quieres dar tu nombre a la Religión?, ¿te apunto para el catecumenado?, pues con eso es casi tanto como invitar a una negativa y facilita que tu oyente te diga que no.

Y una vez dicho el «no», te costará mucho trabajo que tu oyente lo retire.

Procede de este otro modo. Cuando comprendas que tu oyente está ya maduro, procede como si ya te hubiera dado un «sí». Y em­pieza a facilitarle la realización de su deseo:

Señor X, ¿pasado mañana le parece buena hora a las nueve de la mañana, para que yo venga por aquí o venga un richardcon mi tarjeta para usted? Yo mismo le presentaré al Padre misionero. ¡Verá usted qué amable y qué tratable es!

Ya no se le ocurrirá decir que no, al hecho de venir, sino que quizá dudará en la hora y te replicará: A las nueve es muy pronto; mejor será a las diez y media.

1. Y ya no necesitarás más que mostrarle el modo práctico de realizar su deseo. Lo presentarás al Padre, quien estará con él atento, bondadoso, prudentemente pero no exageradamente intere­sado. Basta que tu visita le deje esta impresión: ¡Qué Padre más amable! Cierto que oír su doctrina no será para mí humillante, y vendrá. A corto plazo concertarás con él el día del catecumenado ya previsto de antemano, y anunciado con profusión.
2. EL CATECUMENADO

QUÉ SON. FORMAS DE TENERLO. CÓMO RECLUTARLOS. CÓMO DARLOS

1. Llamamos catecumenado al período que el futuro cristiano da a su instrucción y a la práctica de la vida cristiana antes de bautizarse, como previa garantía de su perseverancia.
2. Los catecumenados bien hechos y bien llevados deben dejar huella profunda en el alma del catecúmeno, futuro cristiano. La instrucción debe por eso tener su orientación peculiar y específica. Un buen método de instrucción a catecúmenos podrá orientar, di­rigir y dar modo de llegar a estos resultados.

No es sólo doctrina lo que debe salir sabiendo el catecúmeno, ha de salir además con otra mentalidad que sea el apoyo racional a una nueva conducta, a una nueva vida, a una vida cristiana.

Hay, pues, que despertar en él el sentimiento de piedad hacia Dios Padre, de suerte que llegue a vivir la doctrina de la fe y a con­vertir sus verdades en principios personales de acción. Hay que fomentar en él nuevos hábitos y virtudes: la sinceridad, la humil­dad y, sobre todo, un criterio de fe y de motivos sobrenaturales en el apreciar, amar y obrar. No por gusto, o capricho. Hay que des­pertar o formar en él la conciencia cristiana, la noción de respon­sabilidad en nuestros actos y del libre uso de nuestra libertad, de mérito, de santificación. Hay que hacerle sentir la persona ama­bilísima del Redentor, del que es miembro. Hay, en fin, que grabar en él un temor santo de Dios y hacerle comprender el carácter de transitoriedad de esta vida. Hay que hacerle experimentar la paz y gozo del alma en el culto a Dios que le arranque de todas las su­persticiones de su vida pagana.

1. Su importancia. Un catecumenado bien hecho tiene influjo para toda la vida. Un catecumenado mal hecho tiene también con secuencias para toda la vida. Si se trata de quienes hayan luego de vivir en familias cristianas y donde hay misionero, quizá pueda ir supliendo con la práctica de la vida, la deficiente formación pri­mera. Pero se puede temer que no tengan convicciones profundas, ideas claras. Estos fieles, en otro ambiente, fácilmente dejarán de practicar.

FORMAS DE CATECUMENADO

Cerrado. El modo de tener catecumenados es muy varios. Lo pri­mero que se precisa es local apto y condicionado. Siguiendo el consejo del Concilio Sinense de Shanghai, la forma más corriente es la de convocarlos dos o tres veces al año. Su duración suele ser de unos 15 ó 20 días. Durante este tiempo los catecúmenos viven en la residencia del Padre si son hombres, o en la de las Presentandinas o Religiosas si son mujeres. Previa distribución, dedican moralmente todo el día a oír doctrina, aprender el catecismo y las oraciones; llevan en todo vida cristiana. El Padre misionero ex­plica tres o cuatro veces al día la doctrina, que luego el catequista se encarga de repetir más abreviada. Toma a todos y todos los días la lección de memoria... Este plan se repite por dos o tres veces. Si hecho por 3a o 2a vez el catecumenado los catecúmenos dan bue­na prueba de sí, se les admite al bautismo.

Fácilmente hemos de conceder la palma a esta forma de cate­cumenado. El catecúmeno, en un espacio no muy largo, pero de intenso trabajo, adquiere un conocimiento progresivo, sistemático y completo de nuestra doctrina católica, al mismo tiempo que se impone en las prácticas de la vida cristiana.

La experiencia misionera, muy parcial sin duda pero no escasa, nos ha enseñado que no atendemos quizá con la debida proporción a estas casas, en parte porque suponemos que no se pueden soste­ner; cuando sería más práctico preguntarnos: ¿lo hemos intentado? ¿hemos puesto los medios oportunos para ello, como se ponen, por ejemplo, para llevar un colegio?

Notemos que la obra de los catecumenados sería una obra en la que tendríamos libres las manos y contra la que no hallaremos quizá ninguna oposición. Notemos que de ella pueden salir cris­tianos de prestigio, si ponemos nuestros catecumenados de tal suerte que no se dedignen acudir a ellos personas de buena posi­ción social. Lo mismo que nuestras casas de Ejercicios se organizan a base de tandas profesionales o específicas, también en su tanto se podría o se debería intentar en los catecumenados. No supondría ni la quinta parte de personal y de gastos que, por ejemplo, un colegio.

\* \* \*

Pero hay quienes, alegando falta de tiempo, no se avienen a hacer el catecumenado; o no pudiendo dar por entero tantos días, pueden, sin embargo, dar una o dos horas diarias a la instrucción. ¿Se les ha de abandonar? Si ello nos impidiera tener el catecume­nado descrito, desde luego.

Pero en caso contrario y a más no poder, no hay por qué recha­zarlos. Notemos, sin embargo, algunos de los inconvenientes que este modo o forma de catecumenado trae consigo:

1. La instrucción es muy deficiente o hay que alargar excesiva­mente la duración del catecumenado, para que aquella sea comple­ta. Con lo cual, o falta la constancia del catecúmeno o la del mi­sionero, que acaba por contentarse con una instrucción más o me­nos sumaria, que se le haga compatible con la barahúnda de ne­gocios de cada día.
2. Por la misma falta de tiempo, el catecúmeno, más que apren­der, se contenta con oír simplemente la doctrina y se halla de un modo más bien pasivo. El catecúmeno no tiene apenas tiempo para aprender de memoria, cosa que tanto ayuda para ir conociendo la terminología cristiana y dispone para mejor entender y retener las explicaciones.
3. El misionero ocupado y distraído con otras ocupaciones, no se prepara o se prepara mal y a disgusto, con lo que, poco a poco, el oyente también va perdiendo el gusto e interés; quizá llegue a darse cuenta de que le resulta algo molesto al Padre.
4. El catecúmeno no practica la vida cristiana, pues sólo pasa una o dos horas en casa del misionero y no hace más que oír la explicación.

En conclusión, hay que esforzarse por lograr catecumenados de la primera forma y ver si el no lograrlo es porque nosotros mis­mos no queremos o porque llevamos mal los que alguna vez logra­mos, o porque no movemos todos los resortes que podemos y no los organizamos bien.

CATECUMENADOS A DOMICILIO

En algunas partes se tienen y, según dicen, con buenos resulta­dos. Cuando los miembros de la familia pueden estar reunidos, que es a la noche, el misionero tiene en casa de ellos y a todos juntos, una instrucción más o menos larga, durante un lapso de tiempo conveniente. ¿Qué decir de este sistema? Unos lo alaban, otros lo miran con cierta reserva. Donde otra cosa no se pueda lograr, es razonable hacer lo que se pueda, si fuerza mejor no lo disuade. Pero algunos pasan más allá y lo alaban como sistema. Se fundan en que así la instrucción alcanza a toda la familia; es toda la fa­milia la que se va formando en cristiano y viviendo en cristiano, sin que vivan miembros sueltos que no hallan apoyo en casa, sino más bien oposición. Es innegable que es preferible que se bautice toda la familia a que se bautice uno o dos miembros. Pero esta ventaja, no exclusiva de este método, no compensa quizá serios inconvenientes que vamos a indicar brevemente:

1. Impide quizá que el misionero intente tener catecumenados cerrados, que serán siempre el modelo ideal de catecumenado, por ser indiscutiblemente los que obran una transformación más hon­da, más completa y graban todo el armónico sistema doctrinal dogmático de nuestra Fe. Contando el misionero con esos catecu­menados a domicilio, ni piensa, o se persuade fácilmente que ya es imposible soñar, en catecumenados cerrados, olvidando que como no se consigue una cosa es no intentándola, y que son muy pocas las cosas que no se logran, puestos razonablemente a alcanzarlas. Este inconveniente nos parece de mucho peso. Si lo mejor es a veces enemigo de lo bueno, aquí es al revés, lo bueno impide lo mejor.
2. Tiene sobre sí todos los inconvenientes que señalamos en los catecumenados individuales.
3. Tiene además otros inconvenientes que son peculiares de tales catecumenados a domicilio: a) Será muy difícil de lograr la constancia y será inevitable que, hoy por una causa, mañana por otra, no falte algún miembro de la familia a la explicación, con la consiguiente solución de continuidad.— b) Para el mismo misio­nero puede ofrecer ocasiones que comprometan su gravedad, su autoridad y prestigio; porque las cosas hay que juzgarlas, no como debieran o pudieran ser, sino como son o han de venir a ser, dadas las limitaciones humanas.— *c)* Los buenos resultados que algunos métodos pueden ofrecer no bastan para justificarlos frente a otros que dan o pueden dar mayores y mejores resultados. El recoger en una tierra el 10 % puede contentar a quien no vea o no sepa que podría obtener el 50 y el 80 %. Pondere, pues, el misionero y exa­mine si no se deja llevar de motivos poco o menos misioneros, y si no podría intentar el modelo auténtico de catecumenado.

INDUSTRIAS PARA LOGRAR EL CATECUMENADO

Abrirlo en tiempo oportuno. — Es decisivo escoger el tiempo más apropósito para los catecúmenos y también para ti. Si se abre en tiempo de excesivo calor o de intenso frío o en tiempo de mucha ocupación en el campo por la plantación del arroz o por la siembra o por la recolección, será inútil, a lo menos en poblaciones pe­queñas.

Pero has de atender también a que sea buen tiempo para ti. Pues si lo abres en tiempo de Ejercicios o de fiestas o de visitas a las cristiandades o de agobio en la escuela, no los podrás atender suficientemente, con lo que el catecumenado no prosperará. Pues es la primera ley para su feliz resultado el que te consagres de lleno a ello.

Preparación o convocatoria. —Un catecumenado hay que prepa­rarlo muy de antemano.

1. ° Hay que estudiar primero el plan de ataque, si se quiere reunir un catecumenado algo numeroso. Porque un catecumenado de dos, o de cuatro, o de seis, es un fracaso. No tiene ambiente, los pocos que vienen se desaniman; no luce ni entusiasma al misionero ni a los misionados. No meter niños que desprestigien la tanda o hagan que las personas mayores se crean como engañadas. Débese aspirar a unos 15 adultos por lo menos. Para esto cuentas con las Presentandinas, con los catequistas, con tales y tales cristianos y cristianas, sobre los que tienes influencia; cuentas con un grupo de alumnos y alumnas y de niños y niñas de tu escuela; y... cuen­tas contigo. Del catecumenado, el período de reclutamiento es el más importante, porque no menos depende de ti que de otros. Pero, como digo, supone un plan serio, coordinado y eficaz. Y este es tu papel principal: tienes todo el peso de tu autoridad con las Presentandinas y con los catequistas y con tales y tales cristianos, para que cada sector te consiga por lo menos 10 o 15. Ya sabes tú que te contentarías con que cada uno te dé 5. Aparte están las tarje­tas de invitación, las visitas a domicilio e incluso algunas cartas personales.

A eso viene, como decíamos al principio, el conocer bien la Parroquia, no sólo a los cristianos y familias, sino a los mismos paganos, para ver quiénes son más accesibles a la gracia, qué amis­tades tienen entre los cristianos, si son padres de alumnos, etcéte­ra, etc...

Sí; las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas. Si, efectiva­mente, no puedes atender a los catecúmenos, no lo promulgues ni lo anuncies ni lo abras. Es desastroso un catecumenado mal llevado, mal atendido. Pero si lo puedes hacer, anúncialo a los cuatro vien­tos, envía por todas partes mensajeros y estate a eso y nada más que a eso. Y una vez que tienes la tanda formada con unos 10, 20 o 30 entonces en tu mano está que se hallen contentos de haber ve­nido y que salgan satisfechos y proselitistas y te aseguren las si­guientes convocatorias.

Como se hace el reclutamiento. — Se necesita una acción de conjunto y organizada. Como cuando se declara un incendio, todo el cuerpo de bomberos se pone en conmoción y al servicio de una sola idea así, cuando se trata de reclutar catecúmenos: Todos a una, todos con ese único problema; todos moviendo las teclas que a cada cual le toca mover. Al Padre le toca lo más importante y al mismo tiempo lo menos aparente.

1. El Padre estudiando, previa consulta, la época más acomo­dada para ellos, los catecúmenos, y para él. «Para ellos», pues de lo contrario no vendrán. «Para él», pues de lo contrario no los podrá atender bien, con lo que está condenada al fracaso esa tanda y posiblemente las siguientes.

En poblaciones de diversas clases sociales casi todas las épocas son aptas por parte de los catecúmenos, si se exceptúan algunas cortas temporadas, cuándo para unos cuándo para otros. Téngan­se, pues, dos o tres tandas al año y podrán entrar moralmente todos los que de veras lo quieran.

1. Pasando aviso a las Presentandinas y Catequistas y miem­bros de Acción Católica o cristianos y cristianas de solvencia, etc., instruyéndoles sobre el modo de reclutar, señalándoles campo, para que no acudan todos a los mismos y al mismo tiempo, y comprome­tiendo un poco en ello su prestigio y las esperanzas que en su ayuda ponemos.
2. Preparando hojas de aviso, cartas, visitas y cartelones para fijar en las calles, en los comercios que te los acepten, en las pa­redes de tu casa, de la escuela, de la iglesia...
3. Destinando a un catequista o cristianos que estén en su cuarto para recibir y presentar al Padre a los que vienen a dar su nombre. Instrúyase a este catequista sobre la amabilidad con que les ha de recibir: Ofrecer tabaco o té, tomar sus datos, darle la tarjeta de catecúmeno, hacer de él una breve presentación al Padre misionero y quedar apalabrado con que el día tal a tal hora p. m. queda abierto el catecumenado.
4. Se cuidará que la primera cena del catecumenado que em­pieza tenga algo de extraordinario. Sería provechoso tomar algún cristiano de prestigio que haga como patrono o protector de tal tanda y que él venga a cenar con ellos y dirigirles unas palabras de saludo y dar por abierto el catecumenado. Fácilmente él tendrá a honra pagar algo de los gastos.

2. ° Hay que facilitar el acto concreto de venir a la Misión Cató­lica. Sería descorazonador que un catecúmeno, a quien se ha es­tado conquistando medio año, después que por fin ha dado el sí, se presente en la portería, no sepa a quién llamar, nadie lo atienda, y si pregunta por el catequista o el Padre le digan que no están en casa. No busques otras razones en el fracaso de tus catecumenados.

3. ° Recibimiento y trato de los catecúmenos**.** —Para esto se re­quiere un mínimo de cuidados y atenciones.

Venir a la misión católica y que nadie los atienda ni les dé conversación, ni les ofrezca sitio donde sentarse, donde tomar un poco de té, es lo bastante para que no vuelvan a pisar nuestra casa.

Contemos con que nuestra mercancía no es de mucho atractivo natural. Obtener de ellos un sí encierra no pocas dificultades inhe­rentes a la cosa en sí y a mil otras circunstancias individuales; no seamos tan imprudentes que vengamos a aumentar nosotros esas mismas dificultades y a hacer más inasequible lo que de por sí lo es ya bastante. No verifiquemos también en esto el dicho de Cristo Nuestro Señor: «Filii tenebrarum prudentiores sunt quam filii lucis».

Tener una buena sala o cuartos bien acondicionados para que pongan sus cosas y duerman con tanta o mayor comodidad que en sus mismas casas. Es error que digamos: Para lo que están acos­tumbrados, y para lo que tienen en sus casas, de cualquiera manera está bien. Notemos que el catecúmeno es «nuestro invitado». En casa propia podemos disculpar cualquier incomodidad; pero en casa del que nos invita, nos dará en seguida en rostro cualquier deficien­cia. Como el Rey del Evangelio hemos de enviar a nuestros criados que digan a los invitados «todo está preparado». El que viene tiene que vencer ya de suyo no pocas dificultades y dejar no pocas pe­queñas o grandes comodidades que en su casa tiene. Además, no podemos suponer en él lo que no se le ha dado, esto es, espíritu cristiano, de aguante, para sobrellevar por amor de Dios, estas y otras molestias.

No se requieren grandes gastos. Basta con que uno de los cria­dos atienda un poco a los catecúmenos, les arregle el dormitorio, las camas, les lleve agua caliente para lavarse, etc..., les tenga preparado, según climas y costumbres, agua o té por el día; les prepare el comedor y barra la sala, etc., etc... Procurar que en in­vierno no pasen frío y en verano no se sofoquen. En todo caso si gastamos en otras obras, sepamos que ésta es de las primeras; la específica de Misiones.

4. ° El catecumenado bien llevado:

1. Lo que más ha de contribuir a la buena marcha del catecu­menado ha de ser, primero, la distribución, llevada con seriedad. En ella ha de figurar hora de levantarse, de Misa, de desayuno, de estudio del Catecismo y explicación del Padre, de repetición del catequista y de lección de memoria, de rezo del Rosario y oraciones, horas de comer y de cenar y de acostarse.
2. Segundo, el que la explicación doctrinal la dé el mismo Pa­dre, tres o cuatro veces al día. — Una explicación clara, metódica, una explicación amena y bien preparada. Si el Padre no se da como principal incumbencia de estos días al catecumenado, no lo llevará bien; el catequista se resentirá de cierta flojedad, los catecúme­nos se notarán algo desatendidos y quizá, quizá, en su interior se digan: «Vaya, se ve que el Padre está demasiado ocupado y nues­tra presencia le viene a hacer más pesada su carga. ¡¡Para otra vez no vuelvo, y el Padre hasta quizá me lo agradezca!!»

Por eso hemos dicho arriba que si el misionero no puede aten­der bien a los catecúmenos, es preferible que no abra el catecu­menado.

1. Es provechoso que el catequista, que ha oído al Padre, tenga dos o tres repeticiones, con eso varían un poco de timbre de voz, quizá le entiendan mejor, y si es de años tendrá no poca expe­riencia y sabrá inculcar algunos puntos y acomodarse más a la ca­pacidad de los oyentes. Al mismo catequista le hace interesarse más, y atender mejor a las explicaciones del Padre.
2. No debe omitir el Padre, el tomar él mismo la lección de memoria al catecúmeno. Esto les gusta, les estimula, les muestra que el Padre toma con interés el catecumenado. Ayuda para que empleen mejor el tiempo, estimula al catequista para que los atien­da y vigile mejor. Sin la lección de memoria, los conceptos queda­rían muy confusos, aprendiéndolos de memoria van asimilando la terminología católica.

Si el catecumenado se lleva bien, si los catecúmenos salen con­tentos, ellos serán el mejor reclamo para la vez siguiente. Será un cliente satisfecho de nuestra mercancía y que no hará sino reco­mendar nuestros artículos y sobre todo nuestro buen trato, aten­ción y delicadeza.

LA CUESTIÓN ECONÓMICA

El reclutamiento de catecúmenos, además de estas leyes intrín­secas, tiene otras extrínsecas que conviene conocer y a las que hay que ajustarse. Y primeramente la cuestión económica. ¿Se ha de exigir algo en especie o en dinero al que hace el catecumenado?

Evidentemente que no. Y esto, primero, por la sencilla razón de que nadie da dinero por aquello que no estima sinceramente y nadie estima sinceramente aquello que todavía desconoce.

Segundo, el catecumenado es una invitación y no está bien presentar una invitación exigiendo dinero.

Tercero, además el catecumenado es o puede ser a veces una pérdida material para el catecúmeno que deja su trabajo y jornal o su comercio o su clase.

Se dirá que alguno es la segunda y tercera vez que lo hace. Respondemos que su fe, no es aún tan firme que en general le per­mita hacer esas manifestaciones tan sinceras. Déjale, pues, a su entera libertad, no le fuerces nada. No obstante si se sabe hacer, no será difícil que ellos, al fin del catecumenado, den espontánea­mente algo o como limosna o como estipendio de una misa. En China este estipendio por suscripción, cubría a veces los gastos del catecumenado. Otro modo de solucionar la cuestión económica puede ser el nombrar o invitar como protector de este catecume­nado a tal prestigioso cristiano. Este honor y distinción le hace que no sólo se interese por él, sino que pague su coste parcial o to­talmente.

Cuarto, cada comerciante ha de emplear no pequeño presu­puesto en gastos de propaganda, en regalos de mercancías, en via­jantes, en agentes. Nada, pues, de extraño que el misionero, dispon­ga de un presupuesto para gastos de catecumenado.

\* \* \*

El Directorio de Anking, con el Conc. Sinense en el n. 633, exige que antes de anotar el nombre de uno como catecúmeno, haga un acto público de adhesión a la fe que quiere abrazar, quite toda ima­gen supersticiosa y coloque alguna estampa, etc., cristiana. No hay quien ponga en duda este principio. La duda puede estar en si este acto debe hacerse antes de hacer el primer catecumenado o des­pués. El Directorio admite ambos casos como posibles, n.° 142. Efec­tivamente, casos habrá en que ya desde el principio venga con tan buena y franca disposición de abrazar la fe y tan guiado por la gracia, que espontáneamente estará pronto a esas manifestaciones y podrá ya ser inscrito como catecúmeno. Pero lo más lógico es que lo realice después de hecho el primer catecumenado y que entonces se les inscriba en el libro de catecúmenos. Sólo este detalle aliviará mucho el libro de catecúmenos y hará que dejen de figurar muchos que nunca han tenido voluntad sincera de entrar en la Iglesia Católica. Sólo después que conoce la doctrina es cuando alcanza a ver toda la falsedad de la pagana. Sólo entonces hay garantías de que, adoctrinado ya en la verdadera fe y conocedor de nuestro cul­to, sustituya las supersticiones con el verdadero culto cristiano. Sólo entonces su actitud tiene el valor de «fruto», esto es, de algo que ha madurado mediante un proceso vital y espontáneo, garantía de perseverancia.

\* \* \*

He aquí las ideas que más movían al alma noble pero pagana y soberbia de Fabiola y que al fin dominaron su rebelde natural:

1. Igualdad entre señores y esclavos. Por la igualdad del alma y aun posible superioridad moral de los humildes; meras diferen­cias exteriores en lo social y en lo físico.
2. Responsabilidad de nuestros actos ante un Ser supremo que nos penetra y del que vivimos rodeados y protegidos.
3. Una razón y motivo de obrar distinta y superior a los jui­cios de los hombres, la voluntad de Dios.
4. Una virtud sincera que no quiere ni busca aplausos ni pú­blicas simpatías.
5. El sentido de la decencia y del pudor cristianos.
6. Un único Dios verdadero ante el cual son vacías y ridículas caricaturas los diosecillos e ídolos paganos, que se han metido en las casas, no como adornos, sino como impostores, que no son lo que aparentan y que hay que desechar, como cuando entre las fotos de nuestros antepasados encontramos alguna que no lo es.
7. El perdón y aun el amor de los enemigos.
8. El ejemplo de los cristianos y el ver cómo hacen los actos más heroicos con la mayor sencillez y naturalidad, como la cosa más justa, sin dar importancia, y con una alegría que los envuelve y penetra. Quien está dispuesto a dar la vida por otro, sin duda que no le engañará.
9. Cada vez comprendo mejor, dijo Fabiola, cuán bien se en­laza y traba todo lo que me has enseñado, a la manera que los órganos de una planta brotan unos de otros y todos de un mismo tronco. Y meditando una y otra vez sobre lo que oía, se penetraba más y más de la armonía y trabazón de cada una de las partes de tan admirable sistema. Mucho más si nuestra exposición va ya armónica, ordenada, lógica. Este es fruto específico de los catecumenados intensivos.
10. En fin, le conmovía vivamente unas reglas de conducta tan admirable, una elevación de alma tan sublime, una energía de voluntad y fortaleza tan sobrehumana. Y luego, ¡qué comparación y contraste con las pasiones y la vida pagana!
11. Almas de una pureza tan singular ¡cómo morir sin recom­pensa eterna!

\* \* \*

Modelo de anuncio de un catecumenado

EL 8 DE MARZO a las 6 1/2 p. m. comienza el Catecumenado en la Misión Católica.

 Cualquier cristiano puede hacer tu presenta­ción al catequista o al Padre misionero.

¡¡ Acude a alistarte desde hoy mismo!!

*Protector de la tanda es el Sr. X.*

Obtenida la tarjeta de catecumenado no tie­nes más que presentarte con ella en la porte­ría EL DIA 8 A LAS 6 P. M.

*Sólo debes llevar ropa de cama y cosas de tu uso.*

 Hallarás buen trato y no te pesará haber to­mado 15 días de descansada instrucción.

1. ALGUNAS OBJECIONES CONTRA LA RELIGIÓN,
MÁS COMUNES EN UN PAGANO

1° La religión católica es extranjera.

1. En primer lugar de ahí no se sigue que no se deba aceptar. El que una cosa sea extranjera no quiere decir que sea mala. Extran­jero es el auto, el avión, la radio, la electricidad... y son cosas tan buenas que todos las admiten. El que la religión católica sea, pues, extranjera no quiere decir que sea mala, al revés, puede ser que aun eso mismo sea una recomendación.

Pero es que además casi todo lo que aceptamos en Medicina y en Arte y en Música y en Pintura y en Arquitectura y en Ciencias es extranjero. Porque lo nacional tiene que ser de suyo muy poco comparado con lo de todo el mundo. Si, pues, el que la religión ca­tólica sea extranjera te fuere motivo para no abrazarla, entonces deja todo lo que es extranjero y verás con qué te quedas.

1. Pero es que además, si me apuras, te voy a negar que la religión católica sea extranjera. Evidentemente por ser para hom­bres y porque el hombre tiene que tener una familia y un hogar de nacimiento, también la religión católica, y su Fundador Jesu­cristo, tienen un pueblo de origen. Este fue Judea. Pero mira, su doctrina no es judía, sino universal, y Jesucristo nunca se presentó como judío, sino como enviado de Dios. Más aún, los judíos sus compatriotas no aceptaron su doctrina ni su mensaje, precisamente porque no se presentaba como judío, sino como enviado de Dios, a predicar una doctrina universal para todos los hombres. Cuando el juez que le condenó a muerte, siendo inocente como era, le pre­guntó si era Rey, Él respondió: Mi reino no es de este mundo. La doctrina católica es, pues, una doctrina no nacional, sino univer­sal como lo es el sol, la luz, el aire, el agua, el viento; como lo es la verdad. Nos enseña a adorar, servir a Dios que es el Creador de todo el universo y el Señor no sólo de una nación, sino de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas. ¿Cómo tú dices que una religión así es extranjera? ¿Es Dios Creador distinto para los chinos que para los japoneses o para los africanos o para los europeos o americanos? ¿Ves, pues, cómo eso de decir que la religión católica es extranjera no tiene sentido?
2. Los que son extranjeros, a lo menos en parte, son los que la predican. Pero fíjate bien; no vienen a predicar una religión na­cional, sino Católica, universal. Has oído que hay misioneros espa­ñoles, franceses, alemanes, belgas, italianos, yankis, etc., etc. Pues bien; la religión que predican no es ni yanki, ni italiana, ni belga, ni alemana, ni francesa, ni española. Todo lo más puede decirse que es judía, porque Jesucristo nació en Judea. Son precisamente los misioneros que faltan, los judíos. Pero aunque los hubiera y aunque vinieran misioneros judíos a predicar la religión católica no la pueden predicar por ser judía, sino por ser verdad y ser ne­cesaria y ser divina.

Sí; esto es lo que recomienda a una religión: si es verdad o no, si es necesaria o no, si es divina o no.

4. Porque, fíjate bien, sólo Dios, sólo el Creador, o en un envia­do y representante suyo y en nombre suyo, puede fundar una reli­gión católica, esto es, universal, que obligue a todos, que sea para todos. Porque dime. ¿Con qué derecho un francés o un alemán o un americano puede venir y decir: Yo os predico una religión y el que no la acepte se perderá para siempre? ¿Es que va a estar obligado un indio, un chino, un mahometano, un japonés a aceptar esa doctrina? ¿Por qué? ¿Por que es buena? ¿Pero es que estamos obligados a aceptar todo lo bueno? ¿Porque su nación es poderosa? ¿Y qué tiene eso que ver?

No; nadie que no sea Dios tiene derecho sobre la voluntad del hombre; por eso nadie que no sea Dios, o su enviado, puede predicar una religión que obligue a todos y esa religión, por ser de Dios, tiene que ser universal, católica; no puede ser nacional y, por lo tanto, no puede ser en ninguna parte extranjera como no lo es el Creador.

Por eso Jesucristo nunca se presentó como judío, sino como en­viado de Dios Padre, y Dios El mismo. Por eso, cuando envió a sus Apóstoles a predicar, les dijo: «Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulas a todas las nacio­nes y enseñadlas todas las cosas que yo a vosotros». La religión ca­tólica no es, pues, religión extranjera.

5. . rá muy ro, con haber sóloyestewsPues entonces dirás: ¿Por qué son extranjeros todos los que la predican? Esto tampoco es verdad. Hay misioneros chinos y japoneses y africanos e indios y javayenses... Pero si en alguna región sólo hubiese misioneros extranjeros, esto no ha de ser para siempre, sino de una manera temporal, hasta que haya sacerdotes indígenas. La explicación es clara. Te dije antes que Jesucristo nació en Judea. Sus doce apóstoles se repartieron por todo el mundo y el jefe de ellos puso su sede en Roma. Es natural que al Imperio Romano le llegara antes la doctrina de Jesucristo y se fundara en aquellas naciones la Religión Católica y que de ellas salgan luego otros predicadores que la den a conocer en otras naciones y este es nuestro caso. Si aquí hay misioneros españoles o franceses... es porque en sus naciones, que son católicas desde hace muchos si­glos, hay quienes desean que otros pueblos conozcan también a Dios y puedan obtener la vida eterna; y por eso y a eso vienen, aunque para ello tengan que imponerse sacrificios muy grandes. Porque, ¿no te parece que en su patria habían de llevar una vida más fácil y más cómoda? Los misioneros no vienen a hacer comer­cio ni a pasarlo bien; vienen a sacrificarse por las almas. Cuando predican la religión católica no pueden siquiera decir: esta reli­gión es española o francesa y por eso vengo a predicarla yo que soy español o francés; sino que dicen: Esta religión es la que Dios nos ha revelado, la única verdadera y obligatoria y necesaria y la que vosotros y yo tenemos que aceptar si queremos alcanzar des­pués de esta vida la vida eterna, la gloria.

No digas, pues, amigo mío, que no te haces católico porque la religión católica es extranjera.

2° «NOME HAGO CATÓLICO PORQUE MIS ANTEPASADOS NO LO FUERON.»

1. ¿Qué te parece de esta razón? ¿Crees que merece el nombre de razón y no más bien el de excusa? Porque fíjate bien qué poca fuerza tiene. Si esa razón valiera algo, entonces te diré que no montes en auto o en tren o en avión porque tus padres no lo usa­ron; o que no te pongas inyecciones de penicilina porque ellos tampoco la usaron. En la vida no procedemos así. Con las ideas lo mismo. Si ellos no conocieron la religión católica o no quisieron aceptarla, ¿por qué yo no la he de aceptar si veo que es verdadera, necesaria, obligatoria?
2. El amor y respeto a los padres no obliga a tanto. Suponte que un día ves caminar a tu padre por un camino peligroso y que va a dar a un precipicio, ¿qué harías? Le gritarías, correrías a arrancarle de él. Pero si él, en su obstinación, te rechazara y di­jera: Déjame, que me quiero matar. ¿Acaso te arrojarías tú con él? No. Pues este es nuestro caso. Si tus padres no conocieron lo que tú conoces, ¿vas a dejar de aprovecharte tú de lo que no pu­dieron o no quisieron aprovecharse ellos? Si ellos caminaron siem­pre a pie, ¿tendrás tú que caminar también así y desechar los inventos modernos? Si ellos no supieron que para ser eternamente feliz había que abrazar la religión católica y tú lo sabes, ¿dejarás de hacerte cristiano porque tus padres no lo fueron?

Luego no digas que no te haces católico porque tus padres no lo fueron, sino di: Me hago católico porque me conviene. Me hago católico porque tengo que serlo, si quiero ser feliz para siempre. Me hago católico porque si mis padres hubieran conocido como yo la religión católica, también ellos se hubieran hecho sin duda ca­tólicos. Y porque en todo caso ser o no ser católico es cuestión enteramente personal.

3° NO ME HAGO CATÓLICO PORQUE CUESTA.

1. Esta razón, aunque es más sincera, es, como ves, poco noble. Hay cosas que cuestan, pero que hay que hacerlas. Hay también cosas que son costosas, pero que se compran si se puede y si son necesarias. De suerte que el que cueste o no, no es de por sí una razón que sola ella baste. No lo compro porque es caro y no lo necesito. No lo compro porque, aunque lo necesito, no tengo con qué. Lo que es inaceptable es decir: Me es necesario, puedo com­prarlo, pero porque cuesta no lo compro. Eso pasa en nuestro caso.

2. Dices que no te haces católico porque cuesta mucho. Ahora bien, ¿qué significa que cuesta? ¿Es que tienes que dar dinero? Nada de eso.

¿Es que te va a impedir cumplir con tus obligaciones? Nada de eso. Al revés. Si eres padre, si eres esposo, si eres amo, si eres empleado, la religión católica te hará que lo seas mejor, que lo seas más honradamente, que cumplas tu deber con más solvencia; en fin, que respetes al prójimo y su fama y su hacienda y su vida...

¿Entonces? ¿Que te exige sacrificios y que te impone deberes y obligaciones que no quieres aceptar y te prohíbe cosas que te sa­tisfacen y agradan? En una palabra, ¿que te impone deberes en tu vida privada y pública que te son molestos?

Contra esos tus reparos nada tendría que objetar si el ser cató­lico se redujese a un modo mejor o peor de pasar la vida, o se tra­tara de algo que uno puede aceptar o rechazar si le parece; si el ser católico fuera cuestión de gusto. Pero no, amigo, el ser cató­lico o no serlo es algo de trascendencia eterna. Podrás o no creerlo todavía, pero la cosa es así. O sea, que es necesario para tu salva­ción eterna. ¿Y entonces? Pues que tú verás qué puede significar eso de decir que no te haces católico porque te cuesta. Si tuvieras que dar un capital del que no dispones, pase. Pero no; para hacerte católico sólo necesitas instruirte y abrazar las obligaciones que la religión impone, todas ellas justas, razonables, santas y provecho­sas temporal y eternamente. Si hubiera una medicina que nos proporcionara la inmortalidad, ¿qué no haríamos por lograrla? Pues la religión nos proporciona el mediode obtener una inmorta­lidad o una vida eterna feliz.

1. Pero además nos es necesaria. Quiero decir que no da lo mismo abrazarla o no. No puede dar lo mismo ser buen ciudadano o no; ser buen esposo o no. No puede dar lo mismo aceptar o no el servicio de un Señor Omnipotente y Creador que tiene un cielo eterno para premiar a los que le obedezcan y sirven y tiene un suplicio eterno para los que le desprecian; y ante este dilema, ¿qué significa decir: No me hago católico porque me cuesta un poco de esfuerzo, de sacrificio, si el no hacerte te va a costar un sacri­ficio eterno y un tormento sin remedio? Cuando te instruyas lo entenderás. Ahora créeme que ello es así y obra en consecuencia, amigo.

4° NO ME RESUELVE NINGÚN PROBLEMA.

¿Quién sabe? Si los conocieras tú mismo quizá no lo dirías. Pero bien, vamos por partes. No te resuelve, desde luego, la cuestión eco­nómica. Te voy a ser franco. Algunos, algún tiempo, en alguna parte, han creído que sí, que el hacerse cristiano les resolvía el problema del empleo, porque el Padre lo admitiría o de empleado en su casa o de profesor en su escuela o de colono en sus tierras; o si esto no, pensaban que el Padre les podría ayudar con sus li­mosnas o préstamos o con su recomendación o, en fin, con su auto­ridad en los litigios familiares o pleitos. Algunos hasta quizá pu­dieron dar su nombre a la religión por estos motivos. De todo ha podido haber. Hoy quizá ya no. De mí al menos te diré que no daría el bautismo a ninguno que lo quisiera recibir por esos motivos. Primero, porque son motivos insuficientes, pasajeros, débiles. Segundo, porque hoy día quizá ni tienen ya fundamento. Conozco misiones en las que por desgracia entraron no pocos en la religión católica con miras terrenas.

N. B. — Es preciso distinguir entre ocasión y motivo, en­tre motivo para instruirse y motivo para bautizarse. Ocasión para hacerse cristiano puede ser todo. Yo como motivo de instruirse admito cualquiera. Yo instruiría a todo el que se ponga a tiro, pues a eso venimos y eso nos encargó Cristo, y porque aunque sea equivocado, pasajero, el motivo, pero la instrucción que se recibe es acertada, permanente, verda­dera. Lo importante es que conozcan la doctrina de Cristo; que si la conocen bien, será fácil el bautizarse y salvarse. Por eso te digo que yo no rechazo ninguna ocasión o motivo para instruirse en la religión. No así para bautizarse.

Hoy no habrá ningún misionero que bautice al que pide el bau­tismo sólo para resolver su cuestión económica. Primero, porque no siempre lo logrará, y segundo, porque aunque lo lograra, no es motivo suficiente y digno, pues no prometió Jesucristo la vida temporal, sino la eterna.

Así que te concedo que el hacerte cristiano no te resuelve el problema económico.

Pero quizá te resuelve otros problemas y ante todo la paz de la conciencia y la alegría del vivir. Esto no me lo puedes entender sin entender antes la misma doctrina cristiana. Pero el que tú no lo entiendas ahora, no quiere decir que no sea así. Yo, por ejemplo, ignoro a dónde va a dar tal camino, pero tú, que eres de aquí, lo sabes; y el que yo no lo sepa, no hace que dicho camino no dé efectivamente a tal sitio. Pues lo mismo pasa en nuestro caso. La religión católica nos enseña el camino para obtener una vida eterna y feliz, y evitar una desgracia también eterna. Y el cris­tiano puede obtener esa dicha eterna, y el que no lo es, no.

Por eso la vida del cristiano está llena de alegría y es feliz en medio de las penalidades de esta vida, porque sabe que acabarán en una felicidad eterna. El pagano no tiene esa felicidad. Porque si es rico, ve que la vida se le va y se le acaba; si es pobre y se halla lleno de miserias, vive desesperado, porque ve que la corta vida de que dispone se le abrevia con la enfermedad o se le amarga con las desgracias. ¿No ves, pues, cómo el hacerse cristiano te resuelve un problema que tú mismo ignoras, pero que no por eso deja de existir y que es además interesantísimo?

No digas, pues, que no te haces cristiano porque no te resuelve ningún problema. Te resuelve el problema eterno de tu salvación. Pero aun para la vida presente te resuelve otros problemas. El de la vida familiar y doméstica, el de la solvencia profesional. ¡Cuán­tas familias, deshechas, sin amor en los esposos, sin respeto en los hijos, sin armonía entre los hermanos, porque no reina en ellos la ley de Dios, la vida cristiana!... Créeme. La religión te resolvería muchos problemas y desde luego el problema definitivo de tu sal­vación.

5° ¡HAY TANTAS RELIGIONES!

Ya sé yo que esta excusa no significa en ti desprecio a la reli­gión en general, ni a la religión católica en particular. Porque tú sabes de sobra que el que en una ciudad abunden los comercios de ciertos géneros, indica precisamente que es un género muy com­prado y necesario. Algo así pasa con las religiones; el que haya tantas no significa que valgan poco, sino todo lo contrario, que son algo necesario y por eso se dan tantas.

Pero si no desprecio, lo que sí significa esa tu salida es la de que todas son poco más o menos lo mismo, y que teniendo alguna ya basta, como el caso de los comercios que antes te dije. No es preciso comprar zapatos en esta y no en aquella zapatería; es cosa de gustos, de simpatías y a veces de mera ocasión y proximidad. Efectivamente, has puesto el dedo en la llaga, porque eso es precisa­mente lo que negamos los católicos, que dé lo mismo cualquier religión. Esto naturalmente no lo puedes comprender sin conocer la nuestra, la religión católica; y digo la católica, porque efectiva­mente es ella y sólo ella la que es totalmente intransigente y la que niega que todas las religiones sean buenas o den lo mismo.

No te voy a probar ahora por qué lo dice y en qué se funda para decirlo. Me voy a contentar con hacerte ver que no son, no pueden ser todas las religiones lo mismo.

Me dices que tu religión nada tiene que envidiar a la católica; que si ésta tiene bonitas iglesias, devotos ritos y solemnes ceremo­nias, también las tiene el Budismo y el Sintoísmo y el Mahometis­mo... Que si nuestras oraciones son realmente bellas, también las hay en los libros de los bonzos o de los sintoístas. En fin, que si nuestro Evangelio contiene doctrina muy santa, también los Vedas o el Corán o los escritos de Confucio o de Laotse tienen páginas llenas de inspiración y de enseñanza. Y así por el estilo; es decir, que si yo estoy contento con mi religión, tú lo estás con la tuya. Que todos los caminos van a dar a Roma, como vulgar­mente se dice, y todas las religiones a Dios.

Antes de pasar adelante, permíteme una observación. En todo lo que me acabas de decir, tú hablas de la religión como si se tratara de una cosa bonita, literaria, bien lograda y estética; como si la religión mejor fuera aquella que tenga más bellas ora­ciones, más devotas ceremonias, ritos más impresionantes. Y esto, permíteme que te diga, no me parece recto. La religión no es algo que me resulta bonito o feo, simpático o repulsivo, aunque esto pue­da ser, desde luego, una buena recomendación, como luego te diré. Pero en definitiva la religión no es simplemente algo bonito, sino que la religión es algo necesario, obligatorio y ante todo trascen­dental. Trascendental quiere decir importante, que va mucho en ello, que no da lo mismo tenerla que no tenerla. Y fíjate bien, si es trascendente, importante, yo te pregunto: ¿por qué? Cuando en una ciudad veo muchos comercios de ropas, de calzado, de comestibles es que efectivamente son cosas importantes; más aún, ne­cesarias. Cuando no hay pueblo sin religión, cuando en el mundo hay tantas religiones como tú me decías, es señal de que se trata de una cosa muy importante; más aún, necesaria. ¿No te parece? Si así es, la religión es algo necesario y, por lo tanto, importante, im­portantísimo.

Pero si te fijas, la importancia que se da a la religión es una importancia que trasciende más allá de esta vida. Todos los hom­bres, todos los que viven una religión tienen la idea de que con ella se aseguran una vida futura feliz y duradera. Esto está en las mentes de todos y en el programa de todas las religiones. Todas aspiran a obtener después de esta vida otra feliz y duradera, es de­cir, el premio a su religiosidad.

Ahora bien. Ese premio ¿quién lo ha de dar? ¿Será un hombre cualquiera como nosotros? No parece; pues si es tan miserable como nosotros, ¿cómo hacernos felices si él mismo no lo es? ¿Será un gran rey o emperador poderosísimo? ¿Pero de dónde le viene ese poder tan colosal que pueda dar a todos lo que él no tiene, pues que murió como todos nosotros? Luego es preciso que el que nos premie después de esta vida sea un Señor poderosísimo e in­mortal y superior a los hombres, al que los católicos llamamos Dios.

Luego la Religión será la que nos enseñe dar el honor debido, el culto verdadero a ese Dios, que es el que nos ha de premiar para siempre. Luego por bonita que sea una religión si no agrada a Dios ¿cómo va a prometer una felicidad que sólo Dios puede dar? Luego importa saber si ese Dios nos ha revelado cómo hemos de darle culto, de obedecerle, de servirle. Luego la religión verdadera, la religión útil y provechosa, será la que Dios haya revelado, no la que me parezca más bonita o más fácil o me guste más, por ser de mi patria o de mis padres; o la más cómoda. ¿Ves, pues, cómo ya no puedes decir que no te haces católico porque hay muchas religio­nes, sino que tienes que ver cuál es la verdadera, y si lo es la católica debes abrazarla, porque sólo la religión verdadera te hará eternamente feliz? Y por hoy nada más. Cuando te instruyas para hacerte católico, te diré por qué sólo puede haber una religión ver­dadera, y entonces sobre todo verás cómo la única verdadera reli­gión es la católica. ¿Y las demás? No será que las desprecies, sino que las dejarás, como dejas el camino que no te lleva a tu destino; y mucho más, como dejas el camino que te lleva a un precipicio, aunque ese camino te parezca o sea muy bonito. Porque cuando se habla de caminos, no preguntamos cuál es el más cómodo, el más bonito, sino cuál es el que nos lleva allí a donde vamos. Y sólo cuando supiéramos que hay varios, cogeríamos el más cómodo, el más bonito, el más corto, etc. Lo mismo con las religiones. No vale, pues, decir, que el Budismo o el Hinduismo o el Mahometismo... tienen oraciones muy bellas, ceremonias muy impresionantes... ¿Qué tiene que ver todo eso con decir que me llevan a Dios, que me llevan a obtener de Él el premio eterno?

1. SEGUNDA INCUMBENCIA: LA DE FORMAR.
PREDICACIÓN

La primera formación la recibe el catecúmeno cuando hace el catecumenado. De ella hemos hablado ya. Ahora nos referimos más directamente a la formación de los ya bautizados, a la formación de los cristianos.

La Predicación es, sin duda, el oficio más específico e importante del enviado de Cristo. Tal es el precepto de Cristo a sus Apóstoles: «Id y enseñad a todas las gentes». La predicación ha de ser el vehículo y objeto de la fe y el medio de salvación para los hombres: «quien creyere —lo que les predicareis— y se bautizare, se salvará; quien no creyere, se condenará». Por eso enseña San Pablo que la fe viene por la audición y ésta por la predicación.

Cuanto más abundante, pues, sea ésta y llegue a más, más fruc­tuoso será nuestro apostolado[[121]](#footnote-121). Es preciso, pues, cumplir el pre­cepto de San Pablo que con palabras llenas de apremio y conmi­nación exhorta a su discípulo y coapóstol Timoteo: «Predica a tiempo y a destiempo; exhorta, reprende con toda loganimidad y no cejes en la enseñanza».

Así, pues, concluye el Directorio de Anking, predique y enseñe el misionero constantemente a todos y siempre por sí y por otros. Prepárese siempre con conveniente empeño mediante la lectura y estudio, la oración y la reflexión (n.° 158).

Cuanto al modo, es claro, y en misiones es ya un tópico, que la predicación ha de ser acomodada a la capacidad de los oyentes, casi todos neófitos; a las peculiares condiciones del medio ambiente del auditorio, y, en fin, a las circunstancias de tiempo y ocasión.

Ello exige, observa con obvia naturalidad el Directorio de Anking, previa y trabajosa preparación. A todo predicador se la exige su ministerio. La del misionero ha de encaminarse más a la pre­cisión que a la elegancia, más a la utilidad que a la profundidad, más al modo que a la materia, más al auditorio que al pulpito y fiesta.

Si no nos descuidamos de una selecta lectura y de pensar los temas en el estudio y de saborearlos en la meditación, nos haremos escuchar con gusto, atraídos por ese deleite natural que todos senti­mos al oír cosas nuevas y bien dichas. Es enorme además la fuerza persuasiva que de la oración brota.

Si a su predicación precede esta preparación y oración, vaya el misionero lleno de confianza ministerial, porque sus palabras son palabras de Dios y las palabras de Dios son fuego que derrite du­rezas, y martillo que quebranta la piedra. Tus palabras llevan la gracia de estado. No volverán vacías. «Como cae la lluvia y la nieve del cielo y no vuelven más arriba, sino que empapan la tierra y la riegan y hacen germinar y que dé cosecha al sembrador y pan al que lo ha de comer, así toda palabra que salga de mis labios, dice Dios, no volverá vacía; sino que obrará aquello que Dios quiere y aprovechará a aquellos a los que la dirige»[[122]](#footnote-122).

Con frecuencia te quejarás de la escasez de tus oyentes. Es hu­mano; pero sería mucho más provechoso preguntarte con el Ar­cipreste de Huelva: «Si a los pocos que vienen y tienes delante les das buen pasto, esto es, si les predicas con tan buena gracia y unción, preparación y esmero que quedan satisfechos, edificados y aficionados». Porque una preparación así hace insensiblemente aumentar nuestro auditorio; mientras que la rutinaria y mala, ale­ja aun a los pocos que vienen, les cansa y escandaliza. Es verdad que un auditorio pobre en número y sin muchos alcances, no es como para entusiasmar. Naturalmente hablando, así es; pero si es hombre de Dios, no le costará hallar otros estímulos, como enseña el Arcipreste de Huelva. Por lo demás, esta dificultad no probaría sino que por todas partes la vocación misionera está exigiendo san­tidad no común y un celo de las almas a toda prueba.

Por eso el Concilio chino reprende a aquellos misioneros que desanimados o desidiosos o intimidados por la dificultad de la len­gua, ponen la luz bajo el celemín y negligencian cargo tan apremiante como la predicación. Sobre ellos cae aquel apostrofe de San Pablo: « ¡Ay de mí si no evangelizare!»[[123]](#footnote-123) .
 Lleno de gracia y fortaleza, imite el misionero a San Esteban y no cese de predicar y exhortar. Ni sea de aquellos que llegan a pensar que nada aprovecha la predicación, o que son inconvertibles los paganos. Cierto que lo serán y que habrá que desesperar de su salvación, pero es si no llegan a sus oídos las verdades de nuestra fe, pues siempre es actual la voluntad de Dios que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»[[124]](#footnote-124).
 Apoyándose en esta voluntad salvífica, la misa de la Propaga­ción de la Fe tiene una preciosa oración y pide para los misioneros la gracia de Dios, «para que con toda confianza prediquen la pa­labra divina a fin de que se divulgue y sea glorificada». ¿Cómo? «Por el conocimiento de Dios, uno y verdadero y de su enviado Jesucristo nuestro Señor.»

¡Terrible responsabilidad la de tener la luz y no darla, tener la paz de las conciencias y no prodigarla, tener medicinas y no repar­tirlas, tener la llave del Sagrario y no querer abrirlo, tener la salva­ción y no obrarla! Tener un auditorio obligado bajo pecado mortal a venir a la iglesia el domingo y dejarle marchar sin predicación o tenida para salir del paso.

El Concilio Sinense, insiste en esta obligación, intima a los misioneros que, salva la libertad de cada oyente, sigan el mandato de Cristo al criado del banquete: «Sal a las plazas y caminos y fuérzales a entrar para que se llene mi casa»[[125]](#footnote-125). ¡Cuánto más cuando ellos de por sí vienen a oírnos! Todos caben en ella. ¿Nos contentaremos con unos pocos? Todo está preparado. ¿Sufriremos que se pierdan manjares tan sabrosos?

Es admirable la unción que da a las palabras la conciencia de quien predica la verdad y una verdad de trascendencia eterna y una verdad en la que la gracia coopera con su acción invisible, pero real, en las almas. El hombre de Dios habla entonces con sencillez y dignidad, con aseveración y dulzura, con confianza y opti­mismo; y lo que dice se pega.

CÓMO HA DE SER LA PREDICACIÓN.

Cuando hable a cristianos su materia ha de ser sobre todo ins­tructiva y práctica; una clara, sencilla y sólida exposición de los dogmas que han de creer y mandamientos que han de guardar. Es contraproducente que se desahogue en inútiles, violentas y repeti­das reprensiones; pues por lo general el pueblo lo que más necesita es instrucción y aliento, esto es, saberles hacer amable aquello que tienen que observar, como indica el Directorio de Anking con el Concilio Sinense y éste con el Derecho Canónico[[126]](#footnote-126).

Según la idiosincrasia de los pueblos, habrá que insistir en cier­tos aspectos ya de nuestros dogmas, ya de la vida cristiana, ya de la Iglesia. A este fin hemos orientado diversos capítulos en toda la obra, en especial la parte tercera. Los chinos, por ejemplo, tienen una afición innata a juntas y asociaciones. Para cualquier negocio se constituye una comisión, una junta con sus vocales y actos de reunión, con sus obligaciones y reglamentos. Será sumamente pro­vechoso hacerles ver y palpar la unidad de la Iglesia y la realidad ecuménica de una gran familia santa y universal que se realiza en el mundo todo, en cada nación, en cada diócesis, en cada pa­rroquia con su párroco o padre; con su casa, la iglesia; con su día, el domingo; con sus reuniones, etc., etc. El dogma de la Comunión de los Santos les será luminoso y consolador.

En la India, donde los prejuicios de casta tienen raíces ances­trales, tendrá eficacia singular mostrar por un lado la elevación y dignidad cristiana, la selección y constitución de «pueblo esco­gido»; al mismo tiempo les impresionará la igualdad espiritual y cristiana de todos los hombres ante el Padre común, Dios y en­troncada en la unidad más perfecta de Creación-Redención-Glori­ficación, con una fe, un bautismo, una Iglesia madre común de todos los escogidos.

En África, donde el sentimiento de repulsa por parte del mundo blanco, puede haber obrado una herida sutil y profunda en la psi­cología del pueblo de color, ha de ser de eficacia fructuosa y su­blime la hermandad espiritual, la realidad del Cuerpo místico, el dogma de la Catolicidad. La incorporación de todos los pueblos, ra­zas y lenguas en un Pentecostés, donde el don de lenguas se hace norma perenne y realidad auténtica de una Iglesia, Madre de todos los hombres; un Cristo que no destruye, sino que supera las defi­ciencias raciales o sociales.

En Japón, pueblo culto y consciente de su puesto en la balanza del mundo, tiene que ser de impresionante novedad la humildad radical del cristiano; el amor universal a todos, como a imágenes de Dios y redimidos de Jesucristo, y la excelencia de nuestra fe como racional obsequio de nuestra inteligencia a la veracidad di­vina. El respeto al cuerpo humano como templo del Espíritu Santo y el ideal sobrenatural de una patria santa y definitiva en el cielo.

Hay ideas que impresionan profundamente a toda alma pagana. A Fabiola le impresionaban éstas que podemos catalogar con el Car­denal Wiseman, según escribimos más arriba. (Proselitismo, pági­na 289.)

\* \* \*

La predicación ha de tener también su parte exhortativa. Evi­dentemente hay defectos profundos en el alma pagana que es pre­ciso atacar y corregir. Los pecados capitales, comunes a todos los hombres, tienen su campo favorable en unos o en otros pueblos y sus manifestaciones y brotes peculiares, propios de aquella tierra, de aquel clima, de aquella sociedad a la que misionamos. Es pre­ciso conocer la idiosincrasia de cada pueblo, para saber dirigir con tino la exhortación. Tanto más, cuanto que la predicación pública es la ocasión más propicia para ello. Es entonces cuando se da la doctrina, no como quien reprende, ni como quien se está vengando, sino como quien la expone sin hacer alusión a casos particulares que él haya sabido. Así se puede decir todo. Todos recibimos con dificultad y desagrado una reprensión «in fraganti» o una pública alusión. Sin embargo, aceptamos la doctrina cuando ésta se da con naturalidad y sin sospechar que hay alusión a nuestro caso. Cuando el predicador acaba o empieza con éstas o parecidas palabras: «Quiere la Iglesia nuestra Madre que seamos... que no tengamos... que no arraigue en nosotros... Nos exige la salvación del alma que... El Evangelio nos pide... No podemos entrar en el cielo con esto y con esto... Por eso os exhorto y me exhorto, hermanos...» Es de efi­cacia segura, al menos no hay prevención en oírlo.

\* \* \*

Cuándo ha de predicar el misionero. Evidentemente en todo hay que llevar prudencia. Pero prudencia no significa pereza ni abandono. Cristo nuestro Señor predicaba en toda coyuntura pro­picia y en todo lugar. Unas veces en las sinagogas, otras en el tem­plo, otras en el monte o en la playa. Unas veces le servía de púl­pito una barca o la tribuna, otras en medio de la ciudad o en al­guna casa particular; unas veces, las más, en público y a numeroso auditorio; otras, las menos, en privado y a personas particulares. Pero lo que era incansable era su voz.

El misionero tiene ya ocasiones obligadaspara predicar: los domingos, en los catecumenados, en las escuelas y catequesis, en las fiestas y ejercicios. No malogres con tu desidia y frialdad oca­siones tan propicias. Pero es preciso que también aproveches otras mil coyunturas: un funeral, una boda, un bautizo. En las visitas que haces o que recibes. No defraudes tu ministerio, no defraudes a las almas.

Cuanto a los paganos, ¿es aceptable que el misionero aprove­che cualquier ocasión para predicar? Un encuentro fortuito du­rante el viaje, un servicio cualquiera que presta o se le hace, una visita o regalo que recibe, ¿pueden ser ocasiones propicias a que el misionero deje caer la buena semilla? Evidentemente. No hay que aspirar a tener siempre por púlpito las gradas del altar o la cátedra sagrada. En casa y en la calle, en la iglesia y en la escuela, en el cuarto o de viaje, ya lo hemos dicho, debe realizar en sí aquel «opportune et importune». Pero eso no le dispensa de saberlo hacer con gracia, con unción y buen modo; de manera, en fin, que deje admiración y gusto por lo que enseña en los que le oyen.

Pero cuando se trata de encuentros fortuitos con paganos, creo que no debe pretender entonces el misionero hacer una exposición de nuestros dogmas o del Evangelio, etc. Lo creemos contraprodu­cente por varias razones:

1. ª La magnitud de la materia y lo complicado de los preám­bulos que requiere para la exposición, le impide poder hacer en breves momentos una presentación favorable, inteligible, acomo­dada y provechosa.

2. ª El tener que recurrir a unas cuantas frases para un con­tenido riquísimo en vivencias, le hará que la explicación resulte insuficiente y quizá algo ridícula. Con lo que, por un lado, habrá satisfecho malamente la natural curiosidad por nuestra doctrina, y, por otro, habrá matado el estímulo de querer luego oírla mejor.

3. ª Los dogmas, los milagros del Evangelio y las parábolas sacadas de su contexto y, sobre todo, despachadas de cualquier manera ante paganos, hará que no les impresione, y pierdan la fuerza que encierran, incapaces entonces de comprender y sa­borear.

Es, pues, preferible que en esas ocasiones sepamos:

1° Despertar la sana curiosidady el legítimo interéspor co­nocer nuestra doctrina. Pero que no intentemos entonces satisfa­cer esa hambre.

2° Clavar en ellos una inquietud, haciéndoles ver lo útil y trascendental que les es abrazar nuestra santa fe.

3° Hemos sobre todo de procurar que nuestra presencia deje una impresión de dignidad y de amabilidad que desemboque en asequibilidad. Hemos de dejar preparado el camino para que quie­ran oír, hemos de saber despertar el hambre. Pero saciarla a me­dias, sería contraproducente.

También lo sería, desde luego, mostrar desprecio y ridiculizar sus ídolos y supersticiones. Evidentemente que no por eso hemos de caer en el extremo de aprobarlo o estimarlo. Hemos más bien de presentarlo como el esfuerzo de un pueblo sano por hallar la ver­dad, o como fruto naturalmente sano, pero equivocado, del senti­miento religioso del corazón humano que va buscando al verdadero Dios, que nosotros les presentamos. Tampoco por eso hemos de dis­minuir ni disfrazar la verdad ni en sí misma ni en el modo de ex­ponerla, no sea que nos alcance aquel reproche: «Faltó la fidelidad entre los hombres píos». Hemos de desarrollar como podamos el plan que dejamos consignado en el capítulo sobre el Proselitismo misionero. Todo con discreción y tino. La predicación es siembra de buena semilla en la tierra del corazón humano. Es preciso sem­brar y sembrar en todas partes como nos enseñó el sembrador de la parábola. Pero de ella hemos de aprender otra lección de pastoral misionera.

\* \* \*

Como en todo campo, también en misiones hay tierras buenas y malas; hay quienes pueden dar fruto y quienes no darán ninguno o muy poco. La parábola nos muestra al Sembrador echando la se­milla en tierra buena y en tierra mala; mas no quiere decir que el sembrador si está en sus manos siembre «igualmente» en todas par­tes. Lo mismo se diga del misionero. Es padre de todos y a todos debe atender; pero con los recalcitrantes, con los que rechazan a conciencia y a sangre fría la palabra de Dios, con los que son ca­mino o pedregal o maleza... no debe emplear el mismo esfuerzo y tiempo que con los que son buena tierra y la reciben bien. «Si no os reciben en una ciudad, dijo el Señor, id a otra». El Señor nos dijo también: «Messis quidem multa, operarii autem pauci». De aquí Él nos sacó una conclusión, la de pedir obreros al Señor; pero no será despropósito proponer también esta otra: La mies es mucha y los obreros pocos, no hay brazos para todo, no llega la semilla para todas partes; echémosla, pues, primero y ante todo donde haya buena tierra, trabajemos más con los que respondan más. «Operarii autem pauci». A los tibios y maleantes no hay que aban­donarlos del todo nunca. Siempre hay posibilidad a que la gracia mueva sus corazones, a que ellos mismos estén esperando una co­yuntura propicia para vencer el empacho de presentarse al Padre y he aquí que la visita del Padre, tal o cual invitación, les saca de ese su apuro y les pone en el plano inclinado que buscaban. Pero si efectivamente no responden, visitémosles brevemente una o dos veces al año; pasémosles algún que otro aviso o anuncio por el ca­tequista; tengamos con ellos un cuidado general, pero tal que no nos lleve mucho tiempo, un tiempo que debemos prodigar con los que se aprovechan. «Operarii autem pauci».

Echemos la semilla donde la quieran recibir y promete que ha de fructificar el 30 o el 60 o el 90 %.

RESPONSABILIDAD DE ESTE OFICIO.

Cada domingo por lo menos tenemos ante nosotros un auditorio más o menos numeroso, pero dispuesto a escucharnos durante una media hora. Responsabilidad tremenda si dejamos pasar esa co­yuntura a la buena de Dios o mejor dicho a la mala del diablo. Te supongo impuesto ya más o menos en la lengua. No es, pasados algunos años, la dificultad mayor; lo es el ir sin preparación y a lo que venga o con unas cuantas vulgaridades sobre la homilía o la fiesta. Si el lunes te pones a preparar la homilía del domingo, no te será una pesadilla su llegada. La preparación es necesaria a todos. Dará orden, variedad, interés y brevedad a tu exposición, y ella te permitirá llevar un plan ya sea permanente ya del momento. El que va mal preparado va con miedo; el que va con miedo, va vendido; el que va vendido hace un papel muy desairado. Cuando termina, él y los oyentes se dicen: ¡Respiremos! Es inútil exigir así una atención gustosa y nutritiva. Dejamos perder un tiempo precioso. Una tal exposición produce cansancio, nerviosismo o sueño y pronto los oyentes han dejado el auricular y se acogen al sonsonete monótono y aburrido como a un arrullo perezoso, dulce­mente conciliable con el sueño. La preparación da dominio y éste contento y éste te dispone para poder captar tranquilamente la inspiración que momentáneamente, en tiempo de tu exposición, te pueda venir. La preparación es, además, garantía de una mayor bendición de parte de Dios, cuyo portavoz eres. Si es Dios quien va a hablar por nuestra boca, ¿le expondremos a decir mil vulgari­dades indignas de ser suscritas por Él? «El hombre cuyas palabras merecen ser escuchadas —y lo serán si hay estudio y preparación— no halla dificultad en conseguir un buen auditorio y en conser­varlo»[[127]](#footnote-127).

ALGUNAS NORMAS PARA HACER EFICAZ NUESTRA PREDICACIÓN.

Unas mismas palabras en boca de uno no producen sino bostezos y cansancio y en boca de otro obran una gran conmoción. Tal es la diferencia entre una palabra persuasiva y otra vulgarmente sen­tida y vulgarmente dicha. Es preciso estudiar los elementos que dan fuerza persuasiva al lenguaje, que encadena el interés y logra la convicción en los oyentes. Todos los hombres tienen ideas, pero relativamente pocos las saben formular en palabra clara, enérgica y eficaz. Los mismos principios informan la oratoria y conversación persuasiva: Emisión de ideas bien ordenadas; dominio técnico de la voz. Para lo primero observa este consejo: Saber antes de hablar qué vas a decir y cómo vas a decirlo. Y te harás oír. En la mayoría de los casos hay en nuestros sermones falta de continuidad de una idea. Saltamos incoherentemente de unas a otras y olvidamos que sólo lo que se dice en recto, entra en el oyente; lo que se dice de pasada, en oblicuo, resbala, embarulla, produce fastidio y desvirtúa la idea principal. He ahí por qué no está la cosa en ser largo, sino claro y eficiente. Antes de intentar comunicársela a otros es pre­ciso tener nosotros la idea claramente definida en la imaginación. El segundo principio, el dominio técnico de la voz, es el uso que haces de ella, el énfasis, la cantidad de vida, los matices; las cosas merced a las cuales tus palabras suenan a interesantes. De ahí la vehemencia, la sinceridad, lo que da a tus palabras el cariz de cosas reales y vivientes para tu interlocutor y oyente. Todo el arte —porque es un arte— de la conversación persuasiva es cuestión de práctica. La práctica de la conversación persuasiva la formula así I. R. Alien: a) Ejercita la respiración profunda, beneficiosa para la salud y para el desarrollo de las cuerdas vocales. Respira por la nariz, de abdomen para arriba. —b) Saca partido cuando hables de cada partícula de tu aliento. —c) Habla con claridad. —d)Pronuncia distintamente.—e) Evita la monotonía de la voz, porque ahuyenta el interés.—*f*) Cambia el ritmo de la conversa­ción; hablando unas veces despacio, otras de prisa.—g) Cambia el volumen de tu voz, hablando unas veces bajo, otras alto.—h) Sé sincero; di cosas que creas realmente.—*i*) Haz que cada una de tus palabras tenga alguna significación.—j) Pon toda tu atención en lo que dices y en el efecto que produce en quien te oye.— k) Observa a tu oyente para convencerte de que se apodera de lo que le dices y de que tu palabra no viaja demasiado de prisa, para que se pueda comprender todo lo que les quieres decir.

Dificultad. —Lo es y no pequeña para el misionero: 1) La len­gua. En la preparación no debería omitir un rato de lectura en la lengua indígena de tema ascético y de lenguaje corriente. El oyen­te no busca estilo, sino doctrina, claridad y unción. —2) El corto número de oyentes y su poca cultura y formación. A eso ya debe venir hecho el celo del misionero. Debe acomodarse a la capacidad y necesidad de los oyentes. Su preparación le irá aumentando el número de oyentes.

N. B. — El P. Thirier da otros provechosos avisos para la predicación. El Directorio de la Misión de Anking, en la p. 1, cap. 4, trata breve, pero completamente, este tema de la predicación, que es uno de los medios para la formación de los cristianos, que es la segunda incumbencia[[128]](#footnote-128).

1. VISITA A LAS CRISTIANDADES

Es lema del Buen Pastor conocer a sus ovejas y que éstas le conozcan a él. Los cristianos no se hallan siempre reunidos en una localidad, sino dispersos por la campiña; son en su mayoría y eti­mológicamente hablando, «paganos». Por eso una de las más espe­cíficas exigencias del apostolado misionero son las visitas a las cristiandades.

Arduo y laborioso ministerio llama el Directorio de Anking a este ministerio de visitar las cristiandades secundarias. Y lo es: por las incomodidades y molestias que acarrea; por la ignorancia y poca formación de los cristianos; por su tibieza y a veces tam­bién por la posible falta de atención con el Padre. Por lo mismo no lo podrá sostener sin gran amor de las almas y sin gran for­taleza de ánimo.

Son muchos los enemigos que se oponen a estas visitas; y los más terribles son los que parecen que se apoyan en razones de fruto apostólico. Es fácil hacerse la ilusión de que las obras de la cristiandad central perderán con tu ausencia y que entre almas que ya tienes a tu alcance y las que viven tan lejos son preferibles las primeras. Esta razón, concedámosle esta categoría, añadida a las innegables molestias que acarrea el dejar las pequeñas como­didades de casa y andar, a campo traviesa y en jornadas trabajo­sas, buscando a los cristianos, es de tal fuerza que vence aun a vo­luntades que parecen firmes y austeras.

Sin embargo, el Directorio es categórico; el Concilio Sinense, explícito, y el lema del Evangelio, insobornable: «El Buen Pastor conoce a sus ovejas». ¿Y cómo las conocerá, si, estando alejadas, no las visita?

El Directorio llega a recomendar como práctica aceptada el que en cada parte del año se les visite dos veces, procurando que alguna de las visitas coincida con la fiesta patronal (n. °169).

Y el Concilio Sinense, además de la visita-misión anual, reco­mienda varias visitas más, durante el año (n.° 112), y si se trata de cristiandades numerosas, recomienda que la visita la hagan dos misioneros.

1. PROGRAMA DE LAS VISITAS.

Eminentemente pastoral y práctico: Bautizar a los niños, arre­glar los matrimonios no legitimados y prevenir otros próximos a contraerse. Citar a Ejercicios o a Catecumenados en el Centro. Traer niños a la escuela, preparar alguna fiesta allí o en la pa­rroquia central. A veces es posible abrir allí mismo algo de catecumenado, dar ejercicios o misión.

En muchos casos es fácil desarrollar este sencillo programa: Durante una semana se tiene a diario misa con instrucción y plática o rezo de oraciones o repaso del modo de confesarse, etc. Terminado el acto, las personas mayores van a sus labores. Se con­voca luego a los niños y con ellos se tiene catequesis mañana y tarde. Al anochecer, vueltas ya las personas mayores de sus tareas, se tiene otro acto o instrucción, acabándose con el rezo del rosario o las oraciones de la noche. Este plan es posible, sobre todo si se cuenta con un catequista hábil y celoso y si el Padre lo toma con gusto y con empeño. Los campesinos suelen sentirse muy agrade­cidos y obsequiados cuando el Padre, sacrificando su comodidad, va a ellos y les dedica tan de propósito esos días.

Incumbencia de estas visitas quiere el Concilio Sinense que sea también, no sólo el uso de los sacramentos y en particular el cum­plimiento pascual, sino la de instruir a algunos cristianos, tanto hombres como mujeres, sobre el modo de bautizar y sobre la ne­cesidad del santo bautismo y la trascendencia de este ministerio. Ha de tratar también el misionero de meter, o de afianzar, la santa costumbre del rezo, en familia, de algunas oraciones y a poder ser el Rosario.

Sin embargo, como las visitas han de ser, aun en el mejor de los casos, escasas, el mayor empeño lo ha de poner en prodigar la instrucción, aunque se haya de sacrificar algo el rezo.

2**.** DEBEN HACERSE CON PREPARACIÓN.

Todo lo que ha de obedecer a un plan requiere su preparación. Lo primero ha de ser avisar con anticipación conveniente al jefe de la cristiandad o al cristiano de más prestigio e influjo. Des­pués repasar con el propio catequista, antes de salir de casa, el libro de la cristiandad, notando y anotando los asuntos que hay que arreglar y tratar en la visita. Ayuda que al llegar a ella los cristianos se reúnan en el mayor número posible y juntos reciban al misionero y se dirijan a la capilla de la cristiandad. Allí el Padre les saludará y dará el plan o programa de la visita. De nuevo con el propio catequista y con el jefe de la cristiandad repasará el libro de los cristianos anotando los niños nacidos, los matrimonios no legitimados, enfermos de peligro, difuntos, catecúmenos, niños en edad escolar, etc., etc. Todo aquello que, como advierte el Direc­torio de Anking, le ha de ser útil para la visita.

3. FRUTO DE LAS VISITAS.

Cabe decir que tienen una eficacia como la que los teólogos llaman «ex opere operato». Por el mero hecho de salir a visitar a sus cristiandades ha de obtener no sólo mucho mérito, sino ade­más gran fruto. El sacrificio que generalmente supone, la atención que visita tan trabajosa encierra, las muestras de interés y cariño que prodiga el Padre en su visita, para no hablar ya de la predi­cación que hace, de la Misa que celebra y de los sacramentos que administra, producen de por sí su fruto y son un lenguaje en sí mismo elocuente y claro y al alcance de todos. Por eso hay que afirmar que estas visitas son siempre provechosas.

Pero quizá el fruto de las visitas se escape y supere los cálculos humanos. Dios se sirve no raras veces de las salidas del misionero para lo que éste no había pensado: un catecúmeno, un niño al Seminario, un mal cristiano que hace las paces, etc. etc.

Provechosas para los cristianos lo son también para el mismo misionero. Nada más poner el pie fuera de casa él nota que su disposición habitual se le transforma de indiferente quizá, en aco­gedora; de fría, en atenta; de ceñuda, en sonriente. Sin darse cuenta se realiza en él una transformación psicológica. En un mundo pagano busca inconscientemente el apoyo, la simpatía. Cada cris­tiano se le hace ya «uno de los suyos». Quizá sea cristiano tibio, alejado muchos años de la Iglesia, mal cristiano; de todo parece que prescinde cuando sale de casa y sólo atiende a que es un cris­tiano, «uno de los suyos». Todo hombre guarda una actitud muy distinta cuando es huésped, esto es, cuando demanda acogida, a cuando la va a dar. Cuando el misionero va a sus cristiandades va en plan de huésped; desea naturalmente una buena acogida. Ahí aprende él a prodigarla con los que vienen a su residencia. El largo camino recorrido, las molestias del viaje, las dificultades con que él tropieza para visitarlos, le hace más comprensivo, más bonda­doso; y recordando lo obsequiosos que con él fueron, le harán tam­bién más atento y obsequioso. Hay lecciones que no se aprenden de otro modo. Tampoco se extrañará ya después, que a sus cristianos les cueste también venir y se admirará más de la fidelidad de los pocos que de la pereza de los muchos. Las visitas a las cristiandades son, pues, no sólo apostólicas y misioneras, son también sumamente higiénicas no tanto para el cuerpo cuanto para el espíritu.

Temas preferidos de predicación en la visita a las cristianda­des. — Hay que mirar qué clase de cristianos son. Si son visitados con frecuencia o no; si viven lejos o cerca del Centro. Y siempre se ha de procurar que la plática tenga lo más de instrucción, aunque siempre algo también de exhortación. Fuentes de inspi­ración:

1. A veces el tema lo sugiere una fiesta próxima o ya pasada.
2. El título de la cristiandad.
3. La lectura atenta de la Misa de aquel día o del Breviario le ofrecerán instrucción que fácilmente puede venir a dara las aplicaciones que vea son más del caso.
4. En visitas frecuentes se pueden tomar temas que formen serie, v. gr., Mandamientos, Novísimos, Sacramentos, Pecados ca­pitales, Virtudes teologales, Dones del Espíritu Santo, Obras de Mi­sericordia…
5. Si se trata de cristiandades lejanas y poco visitadas tomar algún punto importante del Catecismo. Exhortación a la vida cris­tiana, de fe, de piedad. Contrición. Oración. Evitar ciertos pecados o defectos más comunes y perniciosos; opio, juego, fraude, robo, deshonestidad, pereza.
6. Añadamos algunos temas, sinópticamente desarrollados, y que siempre se podrán predicar con provecho. Con que el misionero los prepare de antemano un rato, fácilmente se le ocurrirán nue­vos enfoques, aplicaciones, amplificaciones, etc.

I. ¿A qué viene el Padre?—A visitaros, a conoceros mejor. Es­tamos lejos. Debo conocer a mis ovejas y que ellas me conozcan. A bendeciros. En la Misa os daré la bendición y en ella pediré para vosotros las bendiciones del cielo y de la tierra... A bendecir a vuestros hijos, aún no bautizados; vuestro matrimonio... A traeros tres grandes dones de parte de Jesucristo: la doctrina que os voy a predicar. Su perdón que os he dado en la confesión... Su cuerpo que vais a recibir en seguida... No viene solo el Padre. Con él viene el Señor; pues tengo, como sacerdote, poder para consagrar su Cuerpo. Por eso vengo contento. Y también vosotros me recibís con­tentos, por ser buenos cristianos. Es una nota del buen cris­tiano. Vengo a honrar a Dios en nombre vuestro, aquí rodeados de paganos que no le conocen ni le aman: Con el rezo en común; con el Santo Sacrificio de la Misa, y con sus cuatro inmensos va­lores: latréutico, eucarístico, propiciatorio y satisfactorio... Vengo a renovar vuestro espíritu cristiano. A animaros a seguir siendo buenos cristianos. A deciros que los cristianos somos felices, que Dios nos ama, que esperamos el cielo y que llevamos en nuestro corazón una fuente de paz y de alegría: la fe en Cristo y la espe­ranza en Él...

II. Debéis ser buenos cristianos. —Ser cristianos es una digni­dad inmensa, sobrenatural, excelsa; es ser hijos adoptivos de Dios, miembros de Jesucristo...

Pero lo que importa es llevar dignamente ese nombre, portarse como tal. Como buenos cristianos debéis:

1. Dar gracias a Dios nuestro Señor que os creó, redimió y os aplica el fruto de su Redención, y os prepara un cielo eterno.
2. No deshonrar vuestro nombre en vosotros por el pecado
3. No deshonrarlo en los demás por el escándalo. Opio, juego, riñas, fraudes, hurtos, impureza.
4. Hacer que todos en vuestra casa sean cristianos y cumplan con los deberes de cristianos.
5. Llevar en sí y tener en casa las señales y vida de cristiano. Medalla-escapulario, calendario, imágenes, rosario, agua bendita, libros de rezo, de lectura. Así el ser cristianos os llenará, porque os hará llamaros y ser hijos de Dios, miembros de Jesucristo y cohe­rederos de su gloria.

III. La oración. —Quizá me decís: Padre, aquí no hay iglesia, no hay Padre que nos diga Misa y confiese...

Es verdad; pero aun así podéis ser buenos cristianos. Mirad, Dios está en todas partes. Podéis y debéis orar. Hacer la señal de la cruz. El acto de contrición. La oración está en nuestras manos, totalmente en nuestras manos. La oración que es necesaria está en nuestras manos.

Si oras te salvarás; si no, no.

La oración es hablar con Dios. Pero Él mismo nos ha enseñado y la Iglesia y nuestros mayores fórmulas preciosas de oración.

Con la oración cumples con el deber de adorar a Dios, reve­renciarle.

Con la oración pides la gracia de Dios que necesitas para sal­varte para ti y para tus hijos. El santo Job todos los días oraba a Dios por sus hijos... Y pides y obtienes la bendición de Dios para el cuerpo y para el alma.

Con la oración nutres el alma, porque de la oración sales más vigoroso, más viva tu fe, tu esperanza. Porque con ella haces actos de fe y de esperanza y de amor, y de dolor de los pecados, y de súplica y de oración.

Si quieres hablar a Dios como a Padre, rézale el Padrenuestro.

Si quieres invocar su santo nombre, haz la señal de la cruz.

Si quieres glorificarle y gozarte en su gloria y majestad, reza el Gloria Patri.

Si quieres hacer actos de fe, esperanza y caridad, reza esas ora­ciones y el Credo.

Si quieres hacer actos de contrición, reza el Señor mío Jesu­cristo.

Si quieres honrar a la Virgen, pedirle su favor y ayuda, reza el Ave María y la Salve.

Reza, pues, y ten gusto en rezar, que es nota de buen cristiano.

Con la oración, además, recuerdas y repasas los misterios prin­cipales de nuestra fe. Rezas el Credo y recuerdas los dogmas esen­ciales del cristiano. Rezas los Mandamientos y recuerdas tus obli­gaciones. Rezas el acto de fe y recuerdas los motivos en que se apoya nuestra fe. Rezas el Padrenuestro y recuerdas el cielo...

Orad, pues, sin intermisión, más que otros cristianos que viven donde hay iglesia y Padre. Orad por vosotros, por los de vuestra familia. Orad para que vuestra fe no decaiga y se amortigüe y mue­ra, para que no caigáis en la tentación.

Orad, porque la oración ésta sí que está totalmente en vuestra mano. Vamos a orar todos...

*IV*. Con ocasión de la fiesta de los Fieles difuntos. Antes de ella o después. Hoy celebramos o vengo a celebrar o pronto celebra­remos el día de difuntos de esta cristiandad. Vengo a celebrar la Santa Misa por los cristianos difuntos de esta cristiandad. Los conocimos. Vivieron entre nosotros. Vivieron y murieron, se fueron y los recordamos. Su memoria vive en nosotros... Pero ¿qué nos dice su recuerdo?

1. Que como ellos también nosotros hemos de morir. Es cierto que todos hemos de morir. Ayer ellos, mañana nosotros. Somos hombres de cuatro días. Ayer nacimos, hoy somos unos jóvenes, mañana hombres adultos y al otro ya hemos muerto. Ayer hijos, hoy padres, mañana abuelos y al siguiente ya no estamos en este mundo.
2. Que seamos lo que ellos fueron o lo que ellos desearon ser. No hay uno que no dé ahora gracias infinitas por el don de la fe o no se lamente de no haber sido buen cristiano. ¿De qué le vale ahora todo lo demás? Decídmelo también vosotros. La casa que ellos edificaron la habitan ahora otros. Sus tierras otros las cul­tivan; su dinero lo gastan ahora otros; ni siquiera lo tienen para que les digan por ellos una Misa... Y si no sirvieron a Dios, ¿qué les queda ahora, sino tormento eterno?...

Pero si fueron buenos gozan ya de eterna recompensa, aunque un deseo tendrán, el de haber hecho en vida más méritos para el cielo.

1. Pero su recuerdo no debe ser provechoso sólo para nosotros.

Hoy debe serlo también para ellos.

Nuestro recuerdo debe ir acompañado de la oración, del Santo Sacrificio de la Misa...

Debemos ayudarles. Es obligación de piedad. Ellos no se pue­den valer y a nosotros no nos cuesta mucho lo que para ellos es de incalculable valor. Y ellos nos lo pagarán pronto desde el cielo.

Seamos piadosos con nuestros difuntos para que nuestros hijos aprendan de nuestro ejemplo y lo sean luego ellos con nosotros...

1. Otros temas de fácil amplificación:
2. El Santo Rosario. Excelencia intrínseca de esta hermosa devoción y recomendaciones hechas de su rezo por la Santísima Virgen en Lourdes, Fátima; a Santo Domingo; por los Papas... Los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos las tres fases de nuestra vida gozosa, dolorosa, gloriosa. El rosario es la oración de la fami­lia. El rosario es la devoción de los cristianos, sobre todo del campo.
3. La señal de la Santa Cruz. Excelencia de esta brevísima y fácil devoción. Es la señal y distintivo del cristiano. Ella es un Credo abreviado; una profesión de fe; una garantía de victoria y defensa en las tentaciones; un medio de santificar nuestras ac­ciones, aun las más vulgares, cuando con ella empiezan y con ella acaban. Ella es un recuerdo y un obsequio.

Enseñanzas que encierra tanto dogmáticas —Trinidad, Unidad, Redención, Encarnación— como morales —perdón de pecados; es­peranza del cielo; actos de fe, esperanza, caridad; contrición—. Ocasiones en que hemos de usarla... Cómo.

1. El acto de contrición. Importancia suma, sobre todo para los del campo, alejados del centro y sin misionero. Gran don, llave del cielo. Práctica diaria... En qué consiste. Cómo se formula.
2. Conformidad con la voluntad de Dios. En la guarda de los mandamientos. En los acontecimientos adversos. En las enferme­dades, pobreza... La providencia de Dios, Padre amoroso, que con la adversidad nos prueba, nos purifica, nos castiga, nos santifica.
3. El Padrenuestro. El Avemaria. La Salve, etc., etc.

VI. Visita a moribundos paganos. — A medida que en una po­blación crece el número de cristianos y el influjo de la Iglesia, se puede dar con relativa frecuencia el caso en que un familiar cris­tiano o catecúmeno, o un catequista o profesor o una maestra avisen al misionero que vaya a bautizar a un moribundo. El caso puede ofrecer no pequeña dificultad, sobre todo si el enfermo, por estar aún con sentido, ha de ser antes instruido brevemente. ¿Cómo prepararle entonces para que quiera bautizarse o se bautice bien in artículo mortis?

Apuntaremos algunas notas que faciliten al misionero este deli­cado cometido, indicando los jalones principales, sin pretender que los siga a la letra y por el mismo orden:

1° Saludarle, interesarse por su salud, ofrecerle algún alivio si puede. Todo, claro está, con brevedad, pues hay que procurar no molestar al enfermo, ya quizá muy aquejado por la enfermedad.

2° Consolarle, animándole a que no lo dé todo por perdido; qui­zá puede sanar y el Padre se interesará por ello. En todo caso con la vida temporal no se pierde todo.

3° Todavía puede alcanzar la dicha eterna en la otra vida. Porque algo hay en nosotros que no muere, es el espíritu. Sufre el cuerpo deleznable, muere, se corrompe; pero el espíritu no mue­re. Hay una mansión de dicha eterna para los buenos.

4° ¿Verdad que usted quiere obtener esa vida eterna, esa fe­licidad?

5° ¿Y qué hay que hacer para ello? Muy fácil; amar a Aquel que nos la puede dar. ¿Quién es ese Señor? El Creador del cielo y de la tierra. El Creador del hombre sobre la tierra para que vaya al cielo. Nuestro gran Padre, al que los católicos llamamos Dios.

6° Como es espíritu invisible no lo conoce todavía. Pero ahora se lo doy a conocer yo. Él le ama como a hijo. Ámele usted como a Padre.

7° Y además se hizo hombre. ¿No ha oído usted hablar de Jesucristo? Pues es el Hijo de Dios, que se hizo hombre, vivió 33 años, nos enseñó el camino del cielo y dio su vida por salvarnos. ¿No ha oído usted hablar de la Virgen María? Fue la Madre de Jesús. Jesucristo con su muerte en la cruz nos mereció la vida eterna. Mire el Crucifijo. Béselo. Todo el que cree en él, espera en él, lo ama, se salva y obtiene la vida eterna.

8° ¿Verdad que usted cree en Jesucristo, Dios y hombre, y espera en sus méritos y le ama? Pues entonces usted puede sal­varse. Bese el crucifijo.

9° Jesucristo fundó una Sociedad, la Iglesia Católica, a la que confió su doctrina, sus méritos y sus poderes.

10° Pero hay un rito exterior que manifiesta nuestra fe en Cristo. Quizá ha oído usted hablar de él. Es el bautismo, que hace en el alma lo que el alma en el cuerpo: la limpia y lava de sus pecados.

11° Quizá su conciencia le acusa a usted de culpas... No cono­cía a Dios y su santa ley, pero obró contra su conciencia. Pida perdón a Dios y desee bautizarse y Dios le perdonará todos los pe­cados, le infundirá su amor, le admitirá en la Iglesia de Jesucristo y, hecho ya cristiano, se salvará, irá al cielo.

12° ¿Verdad que quiere usted bautizarse? Le voy a ir leyendo las verdades principales de la Iglesia Católica. No hay tiempo para explicárselo. Basta que usted crea, porque Dios así nos lo ha revelado y la Santa Iglesia así nos lo enseña y el Padre misio­nero no le engaña.

Váyalas usted leyendo poco a poco y diga en su corazón: Yo creo, yo espero.

N. B. — Será práctico llevar escritas en una tablita o car­tón y con gran tipo de letras, las principales verdades que el enfermo mismo pueda ir leyendo.

1. Creo en un Señor Omnipotente, Creador del mundo, al cual lla­mamos Dios.
2. Creo que Dios es Espíritu uno en esencia y Trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.
3. Creo en Jesucristo, Hijo de Dios, que se hizo hombre para redi­mirnos y nació de Santa María Virgen.
4. Creo en la Iglesia que Jesucristo fundó.
5. Creo todo lo que Dios ha revelado, y la Iglesia nos enseña.
6. Acepto todas las obligaciones que me exige el ser cristiano.
7. Quiero ser bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Es claro que esta instrucción no se le va a dar toda de una vez al enfermo, sino según su capacidad y disposición de alma y cuerpo. Si el caso fuera urgente, dénsele algunas ideas fundamen­tales sobre Dios, Uno y Trino, Creador. Sobre Jesucristo, Dios-Hombre-Redentor. Sobre el rito del bautismo por el que se hace cris­tiano. Hágasele al enfermo que lo acepte y desee y bautícesele al menos sub conditione «Si capax es».

1. **ENSEÑANZA**
2. Su importancia salta a la vista. La pondera con expresivas frases el Concilio Sinense (n.° 718). Los colegios, en efecto, desempeñan cuatro oficios de la mayor trascendencia:
3. Dan educación cristiana a los hijos de los cristianos y favo­recen las vocaciones tanto eclesiásticas como religiosas.
4. Ofrecen ocasión oportunísima para tratar con los paganos, con lo que se abre el camino a que deseen ser instruidos en la reli­gión católica.
5. Proporcionan nombre y autoridad a la Iglesia Católica, al­tamente estimada de los paganos por sus escuelas, cuyo prestigio gana la benevolencia de ellos.
6. Inculcan en las mentes de los niños y jóvenes los princi­pios de la moral católica y, aun cuando no se conviertan, pierden al menos los prejuicios contra la Iglesia; más aún: llegan a cono­cerla y ocasiones habrá en que hasta la defiendan y ayuden.
7. La psicología refuerza y subraya la enorme importancia de toda labor apostólica y educacional con los niños, sobre todo en misiones:
8. Ninguna tierra más blanda que la del niño para que en ella arraiguen las ideas.
9. En el niño faltan los catalizadores más temibles de las bue­nas ideas, cuales son los prejuicios, verdaderas preideas, esto es, ideas contrarias sembradas con anticipación en sus almas. Ellos mejor que nadie están dispuestos a recibir lo que se les dé.
10. Su corazón, aún puro, no se halla propenso al soborno; aje­nos a grandes pasiones y vicios, aceptan, sin temor a consecuencias, los principios sanos de la moral católica.
11. Las ideas se hacen pronto en el niño algo propio. Ir contra esas ideas es ir contra algo ya nuestro. No se les arrancará sin que se lleven ya algo de tierra, algo muy nuestro. Por eso surgen inte­reses creados que defienden con valentía. Las ideas son como cla­vos, cuanto más se les dé encima más se meten. Las ideas sólo se sacan de lado, esto es, con otras ideas, pero no simplemente con­trariándolas.
12. No sólo la Sicología, también la Historia y la experiencia propia y la de nuestros enemigos. Por la educación de la niñez y juventud se salva la sociedad. Nada hay que con tanta tenacidad combatan los enemigos de la Iglesia como la escuela católica. Esto es sin duda un argumento del valor que representan. Con todo, el valor no lo constituye la misma persecución en sí, sino los frutos que de hecho trae la Enseñanza y cuyo influjo buscan también los malos. El comunismo establece un estatismo férreo apoderándo­se de todas las escuelas y convirtiéndolas en centros exclusivos del Estado, con educación y enseñanza total y exclusivamente comu­nista. No tolera una escuela no estatal; ni una escuela estatal donde no se predique sistemáticamente la enseñanza comunista.
13. Una Universidad, un Colegio católicos, son en misiones el au­xiliar más poderoso de la evangelización. Los colegios consuelan al misionero de su habitual queja que podría formular con aquél: «Hominem non habeo», pero en otro sentido: no tengo hombres que quieran ver la luz, cobrar la salud del alma, ver a Jesús, recibir las aguas del bautismo. Los colegios ponen a su alcance cientos de niños prontos y aun deseosos de oír la doctrina cristiana y de cono­cer a Dios. La instrucción que allí reciben es lenta, pero duradera; es directa, por el estudio del catecismo y explicación doctrinal, y es indirecta; como por ósmosis le va penetrando la vida cristiana, la mentalidad cristiana. El calendario católico, que es el que rige en el colegio, pone a su alcance el sentido de los misterios que en las diversas fiestas celebramos. Sin darse cuenta va conociendo toda la terminología católica y va pensando en católico. Sin una refutación directa de las supersticiones, va comprendiendo su va­ciedad, y el paganismo, sin ataque apenas directo, queda casi extin­guido en su mente y corazón Hechuras de Dios, las almas de los niños traen innata cierta orientación a Él; por eso la doctrina ca­tólica viene a llenar un vacío en sus tiernas almas. ¡Qué fácilmente se les pega el amor a la Virgen y la piedad! Aunque la inmensa mayoría no se bauticen, quedan al menos dispuestos para poderlo hacer más fácilmente después. Ellos mismos hacen su pequeño ambiente y dejan preparado el terreno para que luego la red salga más llena.

CONDICIÓN NECESARIA.

Pero es preciso subrayar que para que los colegios en misiones llenen su fin han de tener, defender y conservar su contextura ca­tólica. De sus colegios, dice la Compañía que el fin que en ellos se propone es llevar al prójimo al conocimiento y amor de Dios. Por lo cual éste ha de ser el primero y principal cuidado en la educa­ción de la juventud. No es indigno de un sacerdote dedicarse a enseñar materias profanas, y, hecho con santa intención, puede ser de no poco mérito. Pero no es esa su vocación. No somos para en­señar ciencias profanas, sino como medio para poder enseñar la ciencia religiosa. Esta es la gran diferencia entre el colegio que abre el Estado, o rige un particular, y los que funda la Iglesia o el misionero. Para los primeros el estudio de las ciencias profanas puede ser exclusivo fin; para los segundos es sencillamente medio. No podemos olvidar el dicho del Apóstol: «Non indicavi me scire aliquid Ínter vos nisi Jesumchristum et hunc crucifixum». Por otra parte, no se puede negar que «ceteris paribus», más santifica de suyo una meditación que demos sobre la pasión del Señor, que una clase de matemáticas. Esta no me exige la unción, la afectividad, la entrega piadosa que aquélla. La clase me puede santificar, me santifica de hecho, si la doy como debo por caridad u obediencia, pero aquélla me santifica además por la materia misma. Me tengo que violentar para no pensar y amar a Dios cuando hablo de Él, de su Corazón, de...

Por eso es preciso catalogar y en todo caso es preciso que nues­tros colegios conserven y defiendan su finalidad apostólica. El Directorio de Anking exige, con precisión e insistencia, que cuales­quiera que sean las escuelas o colegios que abran los misioneros, se dé en ellos instrucción religiosa y anima a que los misioneros sean constantes en vencer las dificultades que para ello puedan presentarse.

Dificultades que se pueden presentar para la enseñanza ca­tólica:

1. De parte de los mismos chicos que no quieran estudiar re­ligión. No es frecuente el caso. Ni es preciso que apuremos las cosas. En realidad ningún alumno se podría extrañar que le obli­guemos a ello, toda vez que, previo conocimiento de nuestro regla­mento, él dio su nombre voluntariamente y pidió ser admitido en nuestro colegio. Pero, como digo, no es preciso apurar las cosas. Primero, porque esos tales alumnos no son muchos; segundo, por­que basta con que se dé a los que, por el plano inclinado de un cariñoso proselitismo, voluntariamente quieran oírla. La experien­cia da que en un colegio bien llevado, por sacerdotes que tienen prestigio y son queridos de sus alumnos, son muchos los que, como natural manifestación de este cariño, desean dar gusto en esto a sus maestros y oír doctrina.
2. De los padres de los alumnos. No es tampoco caso frecuente, con tal, desde luego, que el colegio tenga prestigio. Con que se enseñen bien las demás asignaturas, poco les preocupa que sus hijos oigan o no la doctrina. Al revés, no son pocos los que lo de­sean. Y cuando hubiera quienes se opusieran a ello, respondemos lo arriba dicho. No es preciso romper lanzas por eso. Serán los menos y siempre habrá una gran mayoría que lo deseen o lo acep­ten. En Hongkong, bajo el régimen protestante inglés, la clase de religión era obligatoria en todos los colegios, tanto católicos como protestantes, y esta obligatoriedad estaba oficialmente sancionada.
3. Otras veces, quizá las más y con peores consecuencias, po­drán venir las dificultades por parte de las autoridades civiles. El caso es desgraciadamente más frecuente de lo que se podría temer. Con todo, no faltan fórmulas conciliadoras. Las más de las veces estas trabas revisten el carácter de ataques pasajeros con­tra la libertad religiosa. Si fueran pertinazmente permanentes y absolutos, la autoridad eclesiástica habrá de ver, si será preciso cerrar el colegio o si, aún así, pueden quedar compensados los muchos gastos y sacrificios que supone.

Porque por muy excelente que sea este medio, no sale de la categoría de medio y no de fin. El Sr. Arzobispo de Anking, subra­yando lo legislado en el Directorio, escribía en una ocasión a sus misioneros estas palabras: «Lamentable error sería gloriarse de tener escuelas reconocidas, dotadas de buenos profesores, frecuen­tadas por numerosos alumnos, que gozan de gran prestigio y se llevan no pocos recursos, si a la postre nuestros alumnos no sacan de ellas ninguna o muy poca instrucción y salen de ellas sin co­nocer apenas la doctrina de Jesucristo y sin saber que para salvar su alma, deben hacerse cristianos. Y no es, añade, Su Excelencia, que no veamos ventajas y no pequeñas en tales escuelas, sino que sencillamente tales escuelas, así llevadas, se apartarían del fin primario a que tienden y deben tender nuestras escuelas católicas».

De pasada ha indicado el Sr. Arzobispo una idea que hemos subrayado y que merece tenerse en cuenta. Nos referimos al enor­me presupuesto que se llevan con frecuencia nuestros colegios. Mu­chas veces todo estará justificado, y la Iglesia misma hace sacri­ficios pecunarios que podrían parecer excesivos, comparados sobre todo con los que exigen otros medios de evangelización, al parecer mucho más eficaces en conversiones, por ejemplo, los catecumenados. Cuando los colegios responden a nuestro fin y se nos concede libertad de acción, a lo menos en cuanto a la parte religiosa, muy justificado está todo el gasto que en ellos se emplee, en dinero y en personal. Pero si nuestra acción está impedida del todo, o me­diatizada y parada nuestra iniciativa y libertad de acción, enton­ces, según el principio lógico de que los medios se ordenan a sus fines, ya se puede dudar si compensa tanto gasto y si no resultaría más eficiente emplear ese presupuesto o parte en fundar y sostener casas de Catecumenados como se sostienen y fundan en Europa o América casas de Ejercicios.

Precaución con los bautismos de alumnos. — Podrán extrañar que entre las ventajas que los colegios pueden traer, no señale el Con­cilio de China la conversión y bautismo de alumnos paganos. Quizá ha querido indicar con ello el Concilio que no es éste el fruto prin­cipal y directo de los colegios.

En efecto. Hay que prevenirse y andar con tiento con estas con­versiones y bautismos de alumnos. Los niños son vocaciones pre­maturas a la fe y están sometidos a influencias pasajeras. La amistad con tal profesor o Padre; la esperanza de tal favor, algo de compañerismo y de lo que se llama a veces racha o casi moda, le puede ser suficiente motivo para instruirse o bautizarse. Gene­ralmente a sus cortos años no le exige gran sacrificio el bautizarse y puede ir al bautismo sin deseo bien madurado y sobrenatural, sin convicciones profundas. Claro que si al bautizarse han de quedar en familia cristiana, a lo menos en parte, no hay mucho que temer. Pero sí lo hay si ha de seguir en el ambiente pagano e indiferente, cuando no hostil, de los suyos. Todavía durante los años en que frecuenta nuestro colegio, está a nuestro alcance su vigilancia y cuidado, aunque no son raros los casos que, aun en esos años, han abandonado sus primeros propósitos.

No raras veces se puede añadir a su ligereza alguna excesiva condescendencia o simpatía en sus mismos maestros o prefectos, que, con no suficiente ponderación y excesiva facilidad, les con­ceden el bautismo. El alumno o niño que se bautiza es doblemente niño: en la edad y en la fe. Por eso exige un cuidado que luego quizá no se le da, sencillamente porque somos limitados y no damos para todo. Fácilmente el bautismo constituye en muchos casos la meta de nuestros cuidados y preocupaciones y de una esmerada instrucción. Después, como ya es cristiano, como ya está bautizado, no nos preocupamos de él. Por otra parte es cuando el niño se hace quizás más exigente; consciente o inconscientemente se cree que el haberse bautizado le da no sé qué derechos. Por eso hay pe­ligro, y algo más que peligro, que al poco tiempo de bautizado, empiece a sentir cierto vacío y frialdad y desilusión, precursoras fatales de una muerte prematura en la fe que apenas si había nacido en él. Y es que los mismos Padres que se interesaron por él antes del bautismo, ocupados con otros niños a quienes preparar, atareados además con sus estudios y clases, gastada también un poco la ilusión primera, no hallan el tiempo y las atenciones que estos neófitos en la edad, y más aún en la fe, necesitan. De ahí que sean naturalmente pocos los alumnos bautizados que perseveran en sus prácticas y obligaciones cristianas, si no precisamente en los años que siguen de colegiales, sí cuando han dejado ya el cole­gio. Nos referimos siempre a los alumnos que se bautizan sin que sus padres, o algún miembro importante de la familia, sean cristianos. Para remediar este mal se requieren obras postescolares. Es nece­sario que haya un Padre dedicado exclusivamente o preferente­mente a ellos. ¿Pero disponen los Superiores de él?

Estamos ante un fenómeno innegable y que supone una cuestión de economía pastoral. El niño exige muchos más cuidados que el adulto. El adulto que después de hacer su triple catecumenado en tanda colectiva se bautiza, junto con otros conocidos, amigos o parientes, queda inmediatamente incardinado a la vida parroquial y hecho uno de tantos cristianos a los que él conoce y con quienes trata y alterna naturalmente. El párroco apenas si necesita tener con él especiales y dispendiosos cuidados. La misma marcha de la parroquia lo lleva, como lleva a los demás. El párroco procurará visitarlo con alguna mayor frecuencia que a los cristianos antiguos, invitarle sobre todo a ejercicios, etc., y generalmente, si no hay percance en su vida, seguirá practicando con normalidad. Donde tanta escasez hay de obreros, no podemos no tener esto en cuenta. El alumno requiere muchos más cuidados que el adulto.

Es, pues, muy conveniente, al menos si de alumnos se trata y donde no pueda haber obras postescolares, que su vida se incardine a la parroquia; que sea preferentemente el párroco el que los reciba y con el que queden vinculados para que después, aun dejado el colegio, no miren la parroquia como algo postizo y no personal. De lo contrario habrá que temer que terminados los estudios en el colegio, terminen también de practicar su religión al sentirse des­ligado del colegio y de la parroquia. De ésta, porque nunca tra­taron ni con el párroco ni con los demás cristianos, ni se enrolaron en las asociaciones parroquiales; del colegio, porque ya no es alum­no ni quedan quizá los Padres que el conoció y trató. No olvidemos tampoco que el bautismo de un alumno no significa de ordinario más que eso, un alumno más cristiano. Mientras que el bautismo de un adulto fácilmente significa una familia cristiana.

Queden expuestas estas ideas no con deseo de polémica, sino con propósito de dar luz y orientar en un problema que es primor­dial en el campo del apostolado misionero.

\* \* \*

El misionero y su escuela.

Todo misionero mira a la escuela como una de sus obras pre­dilectas. No hay puesto de misión con residencia permanente del misionero, que éste no procure abrir una escuela parroquial, que en muchos casos llega a merecer ser reconocida oficialmente. En muchas partes, sin embargo, donde el control de la enseñanza no está tan centralizado, el misionero podrá tener su escuela con entera independencia y bajo su exclusiva iniciativa. Hoy día en muchos países como China y Japón, el que sean escuelas reconoci­das y cuyo diploma pueda garantizar la entrada del alumno en colegios del Estado, parece casi imprescindible, como exigencia al menos de las mismas familias.

Aunque sean tales, no es difícil salvaguardar en ellas el carác­ter católico. Y así es como vienen a ser un poderoso auxiliar de la evangelización. Se pueden recordar las razones y ventajas enume­radas arriba y añadir a ellas la sólida y completa formación reli­giosa que el niño recibe en ellas:

1. La instrucción la recibe todos los días, no como aluvión y torrentera, que se marcha, sino como mansa lluvia que cala.
2. A la instrucción se añade la vida íntegramente cristiana. El alumno que frecuenta la escuela de la misión católica vive el calendario católico, se familiariza con todas las prácticas católi­cas, y por una especie de osmosis espiritual, le va penetrando una mentalidad y terminología totalmente católica.
3. En la escuela no sólo se oye doctrina, sino que se reza, se asiste a misa y otros actos litúrgicos y el alumno se familiariza con la religión católica y sus sacerdotes, cuya ejemplaridad apre­ciará sobre todo más adelante.

La escuela es, pues, de las obras que el misionero ha de mirar con más cariño, defender con más empeño y sostener con más sa­crificio. A fin de que ningún niño cristiano se dedigne de fre­cuentarla y pueda atraer aun a muchos niños paganos, es preciso ante todo poner a gran altura el nivel de estudios. Ha de enco­mendarla a maestros competentes y ejemplares y sobre todo de solvencia profesional. A fin de garantizar la instrucción religiosa ha de intervenir él lo más personalmente en la explicación del catolicismo y en la lección de memoria. Estimular su estudio con actos catequísticos, etc., bien preparados y con concursos bien dirigidos y premiados. Cuanto a los alumnos paganos la experiencia enseña que, de no haber algún miembro ya bautizado en la familia, es preferible no conferirles el bautismo.

Con todo, es preciso recordar aquí lo que dijimos arriba. La escuela no es fin, sino medio. Por eso no creemos que el misionero deba supeditar el todo a la parte, el cuidado de la parroquia a la escuela. En ocasiones puede ser que la parte casi coincida con el todo; pero el mismo desarrollo de las cosas llevará a su diferencia­ción. El desarrollo de la parroquia en misiones tiene un campo de acción muy dilatado. Si, pues, por atender a la escuela desatende­mos a la parroquia —culto, catecumenados, ejercicios, visitas a los cristianos de dentro y de fuera, etc. — la parroquia decaería y se arruinaría. La asistencia esporádica durante el período escolar de unos cuantos niños y niñas, en su mayoría paganos, a misa y al rosario no basta, no recompensa. La parroquia se constituye sobre todo de familias. Un padre o madre de familia que se bautice vale por el bautismo de muchos niños. En una familia el padre o la madre llevarán al hijo y a la hija al bautismo, pero no viceversa. El niño o la niña no podrán defender a la larga su fe y vida cris­tianas en una familia pagana.

Pero tenido esto en cuenta, y hechas estas salvedades, la es­cuela debe ser la obra que con más cariño mire y atienda el mi­sionero.

1. DE LAS SUPERTICIONES

 El tema de las supersticiones ha de parecer un tema por antonomasia misional. Sin embargo, si lo tratamos aquí no es movidos de su importancia, sino casi con la idea explícita de hacer ver lo contrario; la no importancia de la cosa en sí, o si se quiere, hacer notar que el punto vital, lo verdaderamente importante en este problema no esta donde generalmente se4 suele poner. En éste, más que en otro problema misional, es preciso tino y táctica. Imitemos en esto a la urraca, que, como dicen, pone los huevos en un sitio y da las voces en otro. Hay que hacer la guerra a las supersticiones, pero con táctica. Hay que hablar de supersticiones alguna vez, para después hacer silencio; que el fuego, a veces, con solo no soplar se apaga, y el silencio es una de las armas, hoy mas en boga, contra lo que quiere que desaparezca. Silencio, que no es mas que la traducción algo libre de aquellas palabras del Señor: «Dejad que los muertos entierren a los muertos.»

 Si atendemos a la definición de superstición: «Cultus religiosus… vitiosus», diríamos que las supersticiones existen donde quiera que hay un culto religioso no católico, no ortodoxo. Pero el uso ha hecho que esta palabra «superstición» se refiera casi exclusivamente, o al menos preferentemente, al culto que los paganos dan a sus divinidades. Por eso el problema de las supersticiones resulta un problema esencialmente misional.

 Desechado todo criterio puramente personal, procuremos «sentir con la Iglesia», que es el «ama et fac quod vis» de las supersticiones

 «Siente con la Iglesia», y luego obra, diríamos al neófito; siente con la Iglesia, y luego juzga, orienta, predica y forma la conciencia de los fieles, diríamos al misionero. Sintamos con la Iglesia, porque eso nos dará cómo tenemos que ir modelando las costumbres den un pueblo que se entrega a nuestras manos pagano, y tiene que salir cristiano: cristiano de cuerpo y alma, cristiano por dentro y por fuera. Sintamos con la Iglesia, porque eso nos dará cómo atemperar la suavidad del modo, con lo que ha de ser tendencia constante e insobornable de cristianización.

 Nuestros mayores –me refiero a los que hemos nacido en naciones de abolengo católico- eran también paganos y sus costumbre paganas. Hoy –de ello damos gracias a Dios- nada queda de aquel paganismo, sin que por eso tengamos que lamentar desvirtuación la más mínima, del temple y carácter nacional, de los de cierto patriotismo exagerado, que se podría filtrar en los pueblos misionados, y notemos además que los usos y ritos que la Iglesia trata de introducir, no son usos nacionales de tal o cual patria, sino universales o católicos, como es católica y universal la fe que produce.

 La acción de la Iglesia es lenta, pero segura.

 ¿Y cuál es el sentir de la Iglesia? La historia y la experiencia, y el dogma mismo, nos dan que la Iglesia en virtud de su doctrina divina tiene un poder de transformación. Tiene su culto, su día, sus templos, sus fiestas, su calendario, como resultante complejo, de un dogma, de una fe profunda y total, interior y exterior, individual y social. Ello es natural; por eso la Iglesia lo primero que hace es transformar al individuo, a las familias y a la sociedad.

 Pero tanto sobre la familia como sobre la sociedad, ejerce además un influjo directo, por cuanto que también para la familia y para la sociedad tiene su doctrina, doctrina que va penetrando por una especie de ósmosis religiosa, aun en aquellas regiones donde los cristianos son una minoría inmensa. Mediante este proceso lento de ósmosis religiosa se ha ido metiendo en todas partes el descanso dominical, el calendario solar, la rehabilitación de la mujer con sus múltiples consecuencias, y han ido aboliéndose y cayendo en desuso, costumbres que parecían alimentarse de la vida e historia misma de los pueblos, como la esclavitud, los sacrificios, etc.

 Otro influjo más directo sobre la sociedad sabe la Iglesia que no lo puede lograr, sino mediante la conquista de la clase dirigente, y de la gran mas d la nación; pero no renuncia jamás a ello, porque eterna e indestructible como es, cuenta con triunfar a largos plazos. Esta teoría de «los largos plazos» es otra clave en el problema de las supersticiones. Sabe la Iglesia que las cuartas y las quintas generaciones serán, de ordinario, menos paganas que las segundas y las terceras, con tal que ella pueda ejercer acción constantemente. Sabe que la transformación vendrá espontáneamente de dentro a fuera por la acción constante de la instrucción. Esta es siempre la preocupación de la Iglesia; si la instrucción falla, si la acción de la Iglesia se interrumpe, el paganismo retoña, y la obra de transformación se paraliza. Por eso me atrevería a decir que con que la instrucción no falle, el problema de las supersticiones, como acto de los individuos, no tiene en si tanta importancia como parece. Expliquemos mejor nuestro pensamiento.

VALOR DOGMÁTICO, HUMANO Y SICOLÓGICO DE LAS SUPERSTICIONES.

 Las supersticiones, en su concepción más propia, son la manifestación externa de una creencia errónea, de una fe equivocada. Son, pues, el culto de un dogma aunque falso. En esto están de acuerdo con la naturaleza y sicología del hombre, el cual, por ser compuesto de alma y cuerpo, debe dar también a su fe la manifestación externa de sus creencias, o sea un culto… De suerte que la fe, o creencia de donde brota, hace en líneas generales, que aquel culto exterior sea recto o reprensible objetivamente. Uno que inciensa o que se postra ante una imagen, está haciendo un hermoso acto meritorio si lo hace ante una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, o de la Santísima Virgen, y hará una superstición objetiva, si lo hace delante de un ídolo. Por eso lo que para un pagano no es objetivamente pecado, lo es para un cristiano; es decir, que el culto es la flor y la fe o creencia es la raíz. Por eso si se trata de paganos, es inútil, y aun casi contraproducente, rebatir sus supersticiones directamente; lo que hay que rebatir son sus creencias.

 Es inútil decimos, porque mientras n o se seque la raíz, ella brotará; mientras no se rectifiquen o sustituyan sus creencias o su fe, su fe o sus creencias darán el fruto espontáneo del culto. Es además de inútil casi contraproducente, porque como no se trata de una cosa en sí toda error, «no es cosa de en todo aborrecer», como diría San Ignacio. Hay allí mucho de bueno, y casi diríamos que lo más y principal, que es la creencia y la rectitud de intención; lo que hay de abominable es lo que menos culpable es el hombre, es decir, la ignorancia y el engaño: lo que está equivocado es el entendimiento, pero el corazón está sano. Insisto en esta idea porque creo que ella orienta de otro modo más humano, y quizá más eficaz, la predicación tanto a paganos como a cristianos. Radicalmente es la táctica que nos ofrece San Pablo en el Areópago de Atenas, hablando a aquellos supersticiosos atenienses del Dios desconocido[[129]](#footnote-129). La actitud del Apóstol no es la de quien recrimina y rasga sus vestiduras escandalizado, sino la de quien descifra un enigma, deshace una ignorancia inculpable y lamenta un error: «Quod ignorantes collitis, hoc ego annuntio vobis»[[130]](#footnote-130). Todo pagano de buena fe adora en sus ídolos al «ignoto Deo», al Dios desconocido. Y es que el que obra conforme a su fe y a su conciencia no puede ser censurado, sino que debe ser, si está en el error, iluminado; como al que corre con dirección errada, hay que decirle: haces bien en correr, porque crees que vas en dirección de tu padre y de tu casa; pero, mira, cambia de sentido y sigue corriendo, que tu casa está en esta otra dirección. Las supersticiones de un pagano, son manifestaciones erróneas, pero rectas en su intención, de un fondo de religiosidad, que por radicar en el fondo mismo del alma, viene de Dios. Por eso, mientras no se sustituyan su fe y sus creencias, el combatirlas, es casi como inducirle a una especie de apostasía laica, si se nos permite la expresión. Lograr su conversión, esto es, inocular en su alma una nueva sabia religiosa, es el mejor modo de combatir en un pagano las supersticiones, el mejor modo y casi el único. No es raro encontrar fervorosos cristianos, que antes eran fervorosos budistas. Hagamos que lleguen a darse bien cuenta de nuestra fe, y lleguen a tomarle gusto, y ellos serán los primeros en apartarse de prácticas, que sobre lastimar sus conciencias, están ya para ellos vacías de sentido; y espontáneamente dejarán unas prácticas ya ridículas por otras llenas de dignidad, de unción, de verdad, de eficacia y de sabor espiritual.

ACTITUD DEL MISIONERO CON LOS NEÓFITOS.

Pero hasta ahora sólo hemos hablado de los paganos. ¿Qué decir de los cristianos? ¿Se pueden calificar tan benignamente sus supersticiones como las de los paganos? Desde luego que no; pero también aquí seamos humanos y descubramos otro matiz que encierran las prácticas supersticiosas, cuando no son impuestas por el miedo, sino que son brote espontáneo de sus creencias. Diríase que el primer mandamiento es el primero y el más profundamente grabado en nuestro corazón. Él nos dicta un culto. La práctica de este culto llega a dejar en el alma un sabor, un contentamiento, del que parece que no se puede del todo excluir ni aun a los mismos paganos.
 Ahora bien: si se trata de paganos convertidos y bautizados, pero de corta instrucción, y de una visa cristiana muy mal entendida, es natural que el gusto del nuevo vino no quite todavía el del antiguo, y vuelva a sus supersticiones, a su contentamiento. Estamos ante un caso práctico del axioma que dice: «lo que se suprime, rebrota siempre; lo que no rebrota es lo que se sustituye». Con nuestra instrucción, a veces deficiente, y deficientemente dada, no hemos hecho más que suprimir; pero la instrucción, la visa cristiana, no ha sido tan abundante que haya sustituido a la vitalidad y pujanza pagana; de ahí esos brotes y retoños del paganismo, ante los cuales hemos nuevamente ser comprensivos y sabios para saber atacar el mal en su raíz y no en sus ramas. Esto aun en el peor de los casos en que se trate efectivamente de algo supersticioso.
 Por eso es preciso que la expresión de nuestra doctrina sea amplia, jugosa y viva, que hable no sólo al entendimiento, sino a la sensibilidad. Por lo demás, es innegable que los usos y costumbres de un pueblo pueden sufrir un verdadero corrimiento o evolución. Para los chinos de hace cien años no hay dudas que las tablillas rituales que suspendían en el altar familiar las creían, casi de cierto, como sede de las almas de sus antepasados. Su culto venía a representar, pues, un acto de adoración, un acto religioso. Los chinos de hoy son ya muy pocos los que conservan aún esa errónea creencia. Si colocan todavía la tablita es más bien como mera evocación y recuerdo, despojados de su valor religioso. He aquí por qué la Iglesia ha podido, sin contradicción pasar de la severa prohibición de tiempos anteriores, a la permisión o tolerancia actual. Un mismo rito o acto al cambiar de sentido, hace que pueda permitirse hoy lo que no se podía permitir hace un siglo. En todo caso la práctica seguirá siendo prohibida para el que conserva la misma creencia errónea de antes. Pero el medio más seguro para atacar esas y otras manifestaciones es dar cauce ortodoxo y manifestación legítima a los legítimos sentimientos de donde procedan. Que sobre todo demos a la Liturgia una amplitud más humana, de suerte que en ella encuentre campo ancho donde explayarse una piedad propensa a exterioridades. El Ritual Romano, es de una riqueza inverosímil, que va mucho más allá de los temperamentos más sensibles y desbordados. La instrucción del catecúmeno y de nuestros cristianos, debe insistir en el modo de santificarlo todo: el día, la semana, el año, con las prácticas religiosas; santificar la casa con la exposición de imágenes y bendición de los hogares; santificar la vida celebrando con esplendor los acontecimientos, tanto del individuo, como de la familia y de la vida social; tales como el nacimiento, la primera comunión, matrimonio, funerales, el santo de los padres, Año nuevo, Conmemoración de los Fieles Difuntos. Nuestra piedad exige revestirse de formas externas y tangibles. Lo exige quizá con más fuerza en los neófitos. No nos podemos contentar, al menos en países de misión, con un culto interior, con una fe de la que haya que decir «omnis gloria ejus ab intus», sino más bien toda la piedad de unos y otros pueblos debe arrancar del gran hecho de donde brota nuestra Redención, de la Encarnación de Dios, que no es otra cosa que hacerse Dios visible para hacérsenos más asequible. También el hombre es preciso que haga visible la fe invisible que lleva dentro.
 Este principio trasciende a toda la economía religiosa; y exige que la fe se manifieste también de forma visible. Hay que hacer ver a todos que esa tendencia religiosa es del toda ortodoxa, fruto de la ley natural que Dios ha escrito en nuestros corazones y que describió el orador pagano «Amicus noster Cicero» con las clásicas palabras: «Est igitur, non scripta, sed nata lex, quam non dicimus, verum ex natura ipsa arripuimus, expresimus, auximus.» En fuerza de esta ley natural, sentimos cierta orientación a Dios, orientación que después se tuerce, porque el pecado injertó en nuestra naturaleza una orientación también constante al error, pero que radicalmente viene de Dios y lleva a Dios. Por eso todo hombre es naturalmente religioso, que dijo Tertuliano.

 Sólo que la noción que nosotros tenemos de Dios, es muy rica, muy profunda, en contraste manifiesto con la ridiculez y pobreza de los doses paganos. Su poder infinito llega de un cabo a otro; su Providencia todo lo gobierna; si la peste hace estragos, si tenemos por la suerte de nuestra casa o que en nuestra heredad descargue la tormenta, llamamos Dios, invocamos su poder, acudimos en demanda de auxilio. Nuestro Dios es Padre, y Creador, y Providente, es Dios infinito, y por eso un solo Dios. Esta confianza que los cristianos tenemos reunida y unificada «Unus Dominus, una fides, unum baptisma»[[131]](#footnote-131), contrasta con la que tienen los paganos dispersa y dividida, porque han dividido y empequeñecido a su dios. Cuando el pagano invoca, pues, al dios de la lluvia o del trueno, o al dios del hogar o de la fecundidad, o acude al dios de las riquezas o del campo, no hay que decirle que hace mal en pedir; sino que ha equivocado la dirección. Su actitud no es más que una deturpación de la Providencia de dios, de la eficacia de la oración, o del poder de intercesión y del culto a la Virgen, a los ángeles y a los Santos.
 Subrayemos este fondo humano, sustituyamos prácticas con prácticas; robustezcámoslas con una instrucción sólida, y las supersticiones se secarán indefectiblemente, a largo o corto plazo.

\* \* \*

 Pero observemos también de paso, y en dirección contraria, que si las supersticiones no merecen la fustigación del vicio, tampoco son las inocuas que haya que creer que una exuberante vida pagana pueda abrir a los paganos las puertas del cielo. No creemos que cuanto más hermosas oraciones tengan, están más cerca de la verdadera fe. Si aun en la verdadera fe cabe un divorcio perfecto entre el corazón y los labios, entre la fe y las costumbres, mucho más es dable este divorcio en el pagano. Sus oraciones, aunque bellas, van descaminadas por dirigirse a quien no tiene para los hombres el inalienable título de Creador y Redentor. Lo que hace que el culto sea santo y recto y provechoso, no es la belleza de los ritos o súplicas; sino el acierto de dirección, la fe sobrenatural en un Dios Trino y Uno, cuya segunda persona se hizo Hombre para redimirnos, y el acatamiento completo de su ley conocida. De esta fe, de este culto, se puede decir que dista igual el que adora a Buda, o a Mahoma o Amida, que el que sigue a Lutero o a Focio, por más que cada cual ponga en sus oraciones toda la efectividad o elegancia, toda la humildad y devoción que de consumo puede producir una inteligencia inspirada y una sicología rica y devota. Podrá salvarle la buena fe. Podrá ser más fácil que en religiones cristianas se filtren muchos dones católicos que conservan entre los herejes y cismáticos de buena fe su vitalidad y eficacia salvadora; pero esa eficacia no la tienen recibida del cisma o de la herejía, sino de la Iglesia de Cristo, en la que virtualmente viven por su buena fe, única que pude salvar a herejes y paganos.

ACTITUD DEL MISIONERO CON EL CRISTIANO SUPERSTICIOSO.

 En lo arriba expuesto va mucho de pastoral; va dicho cómo debe el misionero enfocar su acción sobre las supersticiones. Pero concretándonos a la acción del misionero con los cristianos, en seguida distinguimos en éste dos oficios: el de Pastor y el de Juez. Si como Juez no debe argüir fácilmente de pecado mortal, como pastor, en cambio, debe ser incansable en infiltrar una mentalidad y una vida del todo cristianas y en exhortar a que dejen aquellas prácticas que, aunque no abiertamente paganas, guardan más afinidad con una ideología más o menos pagana. Si el misionero, contento con tranquilizar su conciencia y la de los cristianos, es por un lado fácil en no argüir de pecado grave y, olvidando el sentir de la Iglesia, pierde por otro, el instinto de cristianización en todas las manifestaciones de la vida, y afloja en una tendencia constante de transformación de costumbres, defraudará, a nuestro parecer, no poco, las maternales exigencias de la Iglesia, que serán siempre las que el Apóstol formulaba a otro propósito, pero de perfecto paralelismo con el nuestro, con aquellas palabras: «Cum eran parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus… quando autem factus sum vir evacuavi quae erant parvuli.» Cuando era pagano, tenía mentalidad y usos paganos, pero ahora que me he hecho cristiano, debo dejar a un lado las prácticas paganas, y dar a toda mi vida sabor cristiano.
 Por eso, aun cuando parezca que la fe católica nada tenga que temer de ciertas prácticas en países paganos, pero si ellas prevalecen, restarán sabor cristiano a las costumbres que la fe católica he de infiltrar y que es preciso tengan siempre otro sabor, otro corte, otro origen y otro modo. No olvidemos que si la Iglesia ante ciertos usos y prácticas nos habla de «tolerar», con esta misma palabra nos está indicando cuál debe ser nuestra disposición: sencillamente la de un resorte oprimido, que sólo cede ante una opresión externa mayor, pero sin perder por eso su fuerza elástica, que puje constantemente contra la fuerza exterior que le oprime. El misionero sólo perderá esa tensión cuando, logrado su ideal, haya dado sabor cristiano a toda la vida, cuando todo lo haya santificado y vivificado de sabia cristiana.

1. EL DESCANSO DOMINICAL

Introducción. —Entre los temas pastorales que ofrecen al misionero especial actualidad está sin duda el del descanso dominical, tanto por su importancia, como por la dificultad de su cumplimiento. Es incumbencia del misionero y responsabilidad grave de su ministerio, la de formar la conciencia religiosa e imbuir de espíritu cristiano, como hemos desarrollado en el capítulo anterior, la mentalidad pagana y las costumbres de nuestros cristianos. Facilitemos esta incumbencia con las siguientes notas, referentes al descanso dominical.

Pocas prácticas y preceptos tan trascendentales, desde el punto de la pastoral, como él.

El precepto**.** —El descanso dominical, prescrito a los cristianos un día a la semana, es divino en cuanto semanal, y es eclesiástico en cuanto a dominical. Es positivo en cuanto eclesiástico cuando manda oír misa; es negativo en cuanto divino cuando prohíbe el trabajo servil.

Pero ahora prescindimos de la parte positiva del precepto que manda oír misa. Notemos nada más que el descanso dominical es ante todo una de las notas características del cristiano y de la vida cristiana, una de las notas de la Iglesia. Dios se ha escogido un día de especial adoración a la semana, y este día, que Dios determinó en la antigua ley fuera el sábado, lo trasladó la Iglesia al día siguiente, que vino a llamarse el día del Señor, el domingo. Diríamos que fue empeño personal de Dios constituir y fijar este día, día en que el hombre se muestra señor de su trabajo; día en que el hombre sacrifica a Dios, por el no uso, un don precioso, el tiempo; día en que el hombre, por mirar más a los intereses del alma se muestra más hombre, muestra que no es el hombre para el trabajo, sino el trabajo para el hombre.

Su fuerza**.** —La solemnidad con que Dios promulga este precepto, la insistencia con que lo inculca al pueblo judío, las amenazas y castigos con que lo sanciona, hablan claro de la fuerza de voluntad que puso Dios en él. Sólo así se explica que quedara tan profundamente grabado en el pueblo judío y luego en el pueblo cristiano. Más de ciento veinte veces, casi todas en el Antiguo Testamento, se habla del descanso sabatino, ya exponiendo las palabras pro-mulgatorias de Dios, ya suponiendo el hecho, ya exponiendo los castigos de su transgresión. Y notemos que esa insistencia se encierra y termina en el mismo precepto en si, sin que haya que derivarla de otra ulterior finalidad, de culto especial a Dios. Es el mismo precepto del descanso sabatino el acto del culto que Dios pide a Israel con tanta insistencia, que defiende de tantas formas, que sanciona con tantos castigos. Antes que el primer precepto de la Iglesia, que nos dice cómo hemos de santificar el día del Señor, está el tercero de la ley de Dios que establece el mismo día del Señor.

Es solemne la nueva promulgación del precepto hecha por Dios en la tierra de promisión[[132]](#footnote-132). Es elocuente el castigo de que nos habla el libro de los Números, cap. XV, V. 32 ss. La ley antigua no puede ser ni más explícita, ni más solemne, ni más severa. Ahora bien, si es verdad que la ley vieja cesó como tal con la ley evangélica, promulgada por Cristo nuestro Señor, subsiste sin embargo en cuanto a los preceptos morales. Subsiste, pues, el tercer precepto de la ley de Dios que manda santificar el día del Señor[[133]](#footnote-133).

Principio fundamental**.** — ¿Cuáles son los fundamentos humanos y divinos de este precepto? El más profundo nos parece, sin duda, el dominio absoluto de Dios sobre nuestra vida, y sobre el trabajo, signo de vida y fuente de medios para sustentarla. Como en el paraíso se reservó Dios para sí un árbol y prohibió a nuestros pa­dres tomar sus frutos, aunque sabrosos, así a nosotros nos prohíbe el uso servil de un día, el día del Señor, el domingo. Todo le pertenece. Todos los días son suyos, pero de todos nos dispensó, menos de uno a la semana que se reservó para sí, como se reserva el rey el agua de la fuente que se desborda y corre al parecer inútilmente en el jardín. Tuvo sed un día el real profeta David, y un soldado intrépido, atravesando con evidente peligro el campo enemigo, trae un vaso de agua fresca al rey. El real profeta tomó el vaso y vertiéndolo en el suelo, lo sacrificó al Señor. El cristiano coge de los siete días de la semana uno y se lo ofrece al Señor. ¿Cómo? No trabajando, no empleándolo para su utilidad. No negamos, no relegamos a segundo término, el hecho de que tal descanso semanal sea el medio más eficaz para dedicarse más a Dios y darle un culto más directo. Lo que negamos es que este especial culto sea la única razón de ser del descanso dominical, sin que pueda tener él de por sí, una razón intrínseca de ser. Por eso nos extraña que entre los fines de este precepto, que suelen indicar los autores, no enumeren generalmente, ni como principal ni como secundario, el fin de sacrificio y de obsequio a Dios, que subsista independientemente de toda otra ulterior práctica u obligación.

Así, pues, y si bien es verdad que el descanso dominical hace posible que el hombre halle tiempo para oír misa y para otros ejercicios de piedad que la Iglesia prescribe en la ley nueva, notemos, sin embargo, que no es ésta la razón constitutiva del precepto, en su origen; notemos que aun prescindiendo de este aspecto, el descanso dominical encierra ya en sí la razón de ser, es ya en sí culto a Dios, tiene ya en sí materia de precepto. Ya se ve que esta parte negativa del precepto divino y eclesiástico es aplicable en todas partes, aun allí donde no hay misionero, ni Iglesia. Aun allí puede el cristiano, si tiene concepto de su dignidad y obligación, santificar el domingo, dar a Dios lo que es de Dios, guardando el descanso dominical.

Carácter del precepto**.** —Notemos en segundo lugar, que este descanso no puede tener, ello es evidente, un mero carácter deportista y recreativo, que lo haga exclusivo de gente ligera y holgazana; ni es tampoco el descanso de mera conveniencia fisiológica para el que, fatigado del semanal trabajo, siente la necesidad de hacer alto en el camino. Ni es tampoco el descanso del capitalista que, bien provisto de dinero, desestima el tiempo. No es eso; no se puede despojar a este descanso de su carácter religioso.Es, repetimos, un sacrificio que se hace a Dios, un sacrificio que por otra parte redunda en beneficio del alma y aun de la misma salud corporal, y que es la mejor salvaguardia de la parte positiva del precepto eclesiástico que manda oír misa, etc. De ahí que la fuerza prohibitiva de este precepto la hace llegar algunos aun a ocupaciones, que sin ser de esfuerzo físico, sino intelectual, etc., quitan el carácter de descanso al día del Señor, al domingo. No cumpliría, pues, con el espíritu del domingo el estudiante que no hiciera distinción entre el domingo y un día cualquiera, que no interrumpiera su habitual modo de ganar la vida. El comerciante que abriera el comercio como en cualquier día de la semana; el pintor que no interrumpiera en domingo su habitual modo de ganar la vida. Este carácter de sacrificio lo pone además a salvo del mayor enemigo con que tropieza en muchos, el afán de las riquezas, el deseo de ganar. Por eso la distinción que traen los «Casus Shanghai», según la cual, unos trabajos serían permitidos si se tomaran por descanso o distracción, y no si por lucro, nos parece muy oportuna, ya que encaja de lleno y salvaguarda el carácter de sacrificio que, como decimos, y salvo «meliori iudicio», va incluido en el dominical descanso. De ahí que si se trata de obras de caridad o culto de Dios directamente, se pueden dispensar más fácilmente[[134]](#footnote-134).

Dificultad**.** —No es posible desconocer, en países de misión sobre todo, la penuria de muchos y las duras exigencias de la vida. Pero no son de hoy, sino de siempre, y la Iglesia ha provisto una casuística humana y conciliadora que no hay por qué olvidar. Dice el canon 1248: «Festis de praecepto diebus, missa audienda est et abstinendum ab operibus servilibus, actibus forensibus, itemque, nisi aliud ferant legitimae consuetudines aut peculiaria indulta, publico mercatu, nundinis, aliisque publicis emptionibus et vendi- tionibus.» Larga es la discusión sobre qué se ha de entender por obras serviles. Aunque etimológicamente significan las obras propias de siervos, nosotros, sin rechazar esta interpretación, añadiríamos esta otra modalidad. Obras serviles son también aquellas que, por ser el modo habitual de ganarse la vida o cumplir con su deber ordinario, hacen, como quien dice, al hombre esclavo del tiempo y del trabajo, y del deber, como lo es el comerciante de su comercio, el estudiante de sus libros, el abogado de su bufete, el pintor de su arte, el escribano de su pluma. Así entendido, veremos que ya no repugna tanto con el descanso dominical el trabajo o distracción del comerciante que riega su huerto en domingo, o el del estudiante que lava su ropa, o el del pintor que, dejando sus pinceles, toma el domingo sus ratos de estudio o del profesor o discípulo que, interrumpidas sus clases, dan algunas horas a la lectura o estudio privado.

Por definición, pues, de trabajo prohibido en domingo daríamos ésta: «Omnis labor, non ita levis, máxime lucri causa vel ex officio susceptus.» Omitimos de propósito esta frase que añaden los casos de Shanghai, pág. 199: «Qui impedimentum creat operibus divini servitii», aunque concedemos que las obras directas del servicio de Dios son obras del más excelente culto a Dios. Prescindiendo de si «Spes lucri reddit opus ex non servile servile», como niega Cayetano[[135]](#footnote-135), convenimos en que la razón de lucro lo hace más opuesto al espíritu del descanso dominical y consiguientemente más prohibitivo. Por lo tanto, no habría mayor inconveniente en que «recreationis causa», «ad vitandum etiam peiora opera», «ratione caritatis et cultus Dei», se tomen algunos trabajos, más ligeros, sobre todo si no es por mucho tiempo y sin impedir las obras de culto directo a Dios.

La costumbre**.** —«Circa ea quae subsunt legitimae consuetudini, bien observa Lemkhul, agi potius de iis quae parum servilia sunt aut aliquomodo necessaria, ut sunt v. g. layare proprias vestes; quaedam enim sunt quae licita reddi nequeunt etiam consuetudine.» Por eso, y porque vivimos entre paganos, se toleran quizá ciertos trabajos que no pueden constituirse en legítima costumbre. Pero por ser los misioneros los fundadores de la cristiandad, necesitan especial cuidado para que en esta materia no se forme una conciencia demasiado laxa. No olvidemos que se trata en esta materia de una nota característica de la vida cristiana, que es preciso fundamentar para siempre. Por eso no estamos conformes con los que temen que si el descanso dominical «stricte exigatur valde timendum est ne onus importabile debilibus humeris fidelium im- ponatur et peccata materialia formalia fiant»[[136]](#footnote-136). Creemos que la observancia del domingo, como las del ayuno, como la de las fiestas, las témporas, son ante todo, una manifestación de la vitalidad de la Iglesia, y que cuando dicha observancia se debilita, es prueba de una fe también debilitada.

Conclusión. —El querer salvar la conciencia con dispensas, con laxas interpretaciones, es quitar, sí, el pecado material, pero también es debilitar la vida cristiana. La vida cristiana pierde mucho su carácter exterior, digno de atenderse, sobre todo cuando se trata de una sociedad visible. «Quare ne timidioresplus aequo simus, immo audacter exhortemur fideles ut fideles revera sint in observantia requiei dominicalis, quia Dominus Jesús, qui non venit solvere legem sed adimplere, his nos verbis hortatur: Quaerite primum regnum Dei et iustitiam eius et illa omnia adicientur vobis.»

N. B. — Estas notas se dirigen a orientar la actitud pastoral y misionera, más para la predicación que para el confesonario. Allí hay más libertad, más rigor. Allí se trata de formar la conciencia colectiva y social. En el confesonario se trata del hecho concreto y de una conciencia personal que hay que juzgar conforme a su condición y circunstancias.

1. OBRAS ESPECÍFICAMENTE MISIONERAS

Específicamente, el apostolado del párroco misionero no difiere del apostolado del párroco en país no de misión. Pero es innegable que entre parroquia y parroquia existe diferencia, no sólo en el grado de desarrollo, sino de enfoque y de objetivo. El misionero párroco ha de tener obras específicas del país de misión y a las obras comúnmente parroquiales, les ha de dar modalidades misioneras, salvaguardando las características pastorales propias y exclusivas de un país de misión.

Puede establecer sin duda en su parroquia asociaciones piadosas, como, por ejemplo, el Apostolado de la Oración, la Congregación Mariana, la Buena Muerte, la Acción Católica, etc. Pero ha de ver cuáles son las que allí más se acomodan y responden a las condiciones de una parroquia misionera y sobre todo ha de procurar darles una orientación marcadamente misionera.

Debe tener en cuenta que las asociaciones piadosas son respecto de la fe y piedad, efecto y causa a un mismo tiempo. Como efecto que son, no se puede exigir que florezcan donde no hay aún firme fe y sólida piedad. Si en todas partes están expuestas a decadencia y equívocos, mucho más lo estarán en misiones. Pero como causa o medio de alcanzar la piedad, ha de saber servirse de ellas precisamente para llegar a ese objetivo.

\* \* \*

Toda la vida parroquial en misiones ha de llevar un sello marcadamente proselitista.El párroco misionero faltaría a su oficio si contento con atender a los cristianos olvidara a los paganos. Una fiesta muy recomendable es, a este efecto, por ejemplo:

La fiesta del catecúmeno, y Renovación de las Promesas del Bautismo. San Luis M.a Grignón usaba mucho en sus misiones populares de esta segunda, que describiremos brevemente.

De dos o de cuatro en fondo, desfilaban los fieles procesionalmente llevando en la mano un rosario, una cruz y la fórmula de las promesas del bautismo, que el santo llamaba «contrato de alianza». En él había hecho estampar un reglamento de vida cristiana. A la cabeza del clero un sacerdote, en funciones de diácono, llevaba el libro de los santos evangelios, alumbrado por dos cirios. — A falta de sacerdote, un catequista podrá llevarlo. — La procesión recorría todo el pueblo. Al regresar, el diácono se detenía a la puerta de la iglesia y presentaba el libro santo a cada uno de los fieles que se arrodillaba para besarle y para pronunciar estas palabras escritas en el contrato de Alianza: «Creo firmemente todas las verdades del Santo Evangelio de Jesucristo.» Entrado en la iglesia, y al pasar por delante de la pila bautismal la besaban y decían: «Renuevo de todo corazón las promesas del bautismo y renuncio por siempre a Satanás y a mí mismo.» Por fin avanzaban en buen orden hasta el pie del altar, el de la Santísima Virgen, si le había. Allí el santo misionero les daba a besar los pies de la estatuita de la Madre de Dios, en tanto que concluían la fórmula del contrato: «Me entrego del todo a Jesucristo, por mediación de María, para llevar la cruz todos los días de mi vida.» El canto del Credo y unos fervorines que el santo dirigía a la multitud, estre­chando él mismo contra el pecho el santo Evangelio, ponían fin a la devota ceremonia.

He ahí una práctica altamente misionera y que se puede fácilmente acomodar con el «contrato de alianza» que el misionero juzgue oportuno, según las circunstancias de su parroquia.

Sería asimismo muy provechoso celebrar «el día del catecúmeno», que podría dar ocasión a que se alistaran nuevos catecúmenos o hicieran de nuevo otros el catecumenado, o dieran al Padre el nombre de posibles catecúmenos que los mismos cristianos tratarían de ganar. Y hasta podrían hallar no pocos Patronos como, por ejemplo, San Martín, 11 de noviembre, que siendo catecúmeno dio media capa a un pobre y mereció que Jesucristo se le apareciera.

*\* \* \**

Un libro específicamente misionero. — Un libro cuyo manejo le proporcionará no poca amenidad catequística al misionero es el Martirologio[[137]](#footnote-137).

El Martirologio es el libro más misionero. La mayor parte de los mártires son cristianos nuevos, cuyo ejemplo puede enardecer a nuestros cristianos, si se les narra su heroísmo. Los hay hasta catecúmenos martirizados por un mundo pagano, en medio del cual vivían; apóstoles de su fe que defendían con su sangre. Hay ejemplos para todas las clases, edad, sexo y condición: soldados, siervos, patricios, madres de familia y hasta niños.

Los niñosUrbano, Prilidiano y Epolonio con su Obispo san Babilas que los había instruido 24, 1; el niño Marcelino 2, 1; dos niños decapitados con san Blas M. 3, 2; san Celso 10, 5, educado por san Nazario y mártir con él; Ignacito, mártir de 4 años en el Japón, con su madre. Niños como san Pelayo en Córdoba 26, 6, o san Pablo y otro compañero por amor a los mártires 3, 7; los niños Justo y Pastor, que de la escuela corren al martirio en Alcalá 6, 8.

Doncellas y vírgenes que dan su vida por conservar su virginidad, como santa Potamiana 28, 6; santa Librada 20, 7; santa Serapia 29, 7; santa Segunda, de 12 años, con dos compañeras 30, 7.

Madres de familia como santa Teodosia y otras 12 matronas, todas ellas mártires 29, 5.

Ancianos como San Teódulo, movido por el ejemplo de los mártires 17, 2.

Familias enteramente sacrificadas, como san Artemio con su mujer e hija 1, 6; santa Sinforosa con sus 7 hijos, esposa de san Getulio 18, 7; los 12 hermanos de san Bonifacio y santa Tecla 30, 8; martirizados por confesar que eran cristianos.

Por no quererse casarse fue mártir santa Inés 21, 1; por no querer adorar o sacrificar a los ídolos o mofarse de ellos, santa Antonina 1, 3; san Apolonio y Filemón 8, 3; por no comer carnes inmoladas 80 santos mártires en Campania 2, 3; por reprender al inicuo juez perseguidor, san Edesio 8, 4; por pedir a los mártires su protección en el martirio de ellos santa Teodosia 2, 4; por recoger su sangre, siete mártires en el martirio de san Blas 3, 2; san Nicandro 15, 3; por darles protección o sepultura san Basilides 30, 6; san Cirilo que ofreció un vaso de agua a santa Anastasia 28, 10.

Muchos se convierten ante la constancia de los mártires o ante sus milagros, llegando a ser ellos también mártires. En Nicomedia nueve convertidos ante el martirio y milagros de san Jorge, mártires ellos también 20, 4; setenta ante el martirio de san Sabas, oficial 24, 4.

Hay, en fin, hasta convertidos como santa Aurea 19, 7, hermana de los mártires Adolfo y Juan.

Ejemplo de catecúmenos: santa Emerenciana, que orando ante el sepulcro de santa Inés, fue apedreada 23, 1; san Víctor mártir, siendo aún catecúmeno 12, 4; san Martín, obispo y confesor, que siendo catecúmeno y soldado, dio de limosna parte de su manto a un pobre, y mereció, como dice el Breviario, que Jesucristo se le apareciera 11, 1.

Toleran por la fe toda clase de suplicios, aun los más inhumanos: el potro, las fieras, sacarles los ojos, cortarles los miembros, quebrarles las piernas, echarles en aceite hirviendo; el fuego, los azotes, la crucifixión...

\* \* \*

Adaptación**.** —El neófito requiere trato especial, especial alimento y formación. Como el niño en su infancia. Según, pues, las necesidades de su cristiandad, ha de orientar sobre todo su predicación el misionero.

Las líneas fundamentales de la formación han de ser: la fe, la piedad, el santo temor de Dios; la sinceridad; la conciencia cristiana; la humildad cristiana; el amor a la Iglesia y a sus jerarcas.

Las fiestas. Se han de celebrar todas las de la Iglesia; pero no todas con igual solemnidad. Depende mucho de la cristiandad. Lo mismo se diga de las devociones. No es fácil que en todas entre la Hora Santa, los primeros viernes y sábados con espíritu de reparación; las devociones a algunos santos. En cambio entrará muy bien la devoción a la Santísima Virgen y a sus dolores; la devoción al crucifijo y al Vía-Crucis; al Corazón de Jesús; el rezo del rosario; las vistas domiciliarias; la devoción a las almas del Purgatorio; ofrecer misas, velas, aceite, etc., para el culto.

Convendría celebrar con especial culto -—personal o colectivamente— el aniversario del propio bautismo, v. gr., los cinco primeros años —lista mensual en la puerta de la iglesia—. La fiesta de los niños con su bendición el día de inocentes. La fiesta de Reyes, primicias de la gentilidad. El día de Misiones. La Asociación de la Buena Muerte para personas mayores.

Las Asociaciones de Hijas de María, Cruzados, Acción Católica, etc., han de tender ante todo a completar la formación cristiana de los socios. Es inútil pretender desde el principio que les entre el celo y proselitismo. Hay que prevenirse contra los partidismos, envidias, segundas intenciones y egoísmos, sobre todo si de Acción Católica se trata; especial cuidado en las cuotas y cómo se emplean. Que no sirvan de título para sacar raja, o querer gobernar ellos la parroquia. Que no lo pongan todo en exterioridades, aunque éstas pueden contribuir mucho a dar valor social a la Iglesia, delante de los paganos.

***SEXTA PARTE***

***LA VIDA MISIONERA Y EL MISIONERO***

«Por nuestra parte, nosotros trabajamos no dando en nada ocasión alguna de tropiezo, para que no sea mofado el ministerio, antes bien acreditándonos en todo como ministros de Dios, con mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en apreturas, en golpes, en prisiones, en motines, en fatigas, en noches sin dormir, en días sin comer, en pureza, en ciencia, en longanimidad, en Espíritu Santo, en caridad sin fingimiento; con palabra de verdad, con fuerza de Dios; manejando las armas de la justicia, las de la diestra y las de la siniestra; por gloria y por afrenta, con crédito y con descrédito; como seductores, aunque veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes se están muriendo y ya veis que vivimos; como castigados, aunque no ajusticiados; como contristados, aunque siempre regocijados; como pobres, pero que a muchos enriquecen; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseen.»

 (2 Cor. VI, 4-10.)

Hemos llegado al final de nuestro trabajo. Si las partes que preceden pueden ser interesantes y luminosas por ir encaminadas a la vocación y vida misionera, ésta lo ha de ser sin duda como la que más, por encaminarse directamente al mismo misionero a fin de hacer de él un instrumento apto de la gracia. Esta competencia ministerial y aptitud misionera tiene dos exigencias: una sobrenatural que se sintetiza y condensa en la santidad, y otra natural que se apoya en cualidades y condiciones humanas. No insistimos, por demasiado conocidas y comunes a todo apóstol, en las exigencias sobrenaturales y ascéticas del que es llamado: Luz del mundo y Sal de la tierra; Faro de la verdad y Maestro de Israel; Padre y Pastor de las almas; Colaborador e instrumento de Dios; Legado y Representante de Jesucristo; Mediador de Justicia y Pontífice; Obrero y Enviado, Amigo y Otro Cristo... Pero esta santidad requiere, como apoyo humano, cualidades y condiciones, también humanas, específicas del misionero, en las que hemos preferido insistir. Quedaría todavía incompleta nuestra obra si no la cerráramos con unos cuantos consejos que orienten al novel misionero en las etapas más decisivas de su vida y actuación misionera.

1. QUIENES HAN DE VENIR

1. LOS voluntarios. —Es un adagio trillado que nada violento es durable; tanto en el orden físico como en el orden moral.

La vida misionera ha aparecido, en estas páginas, heroica por muchos conceptos; no precisamente por los que vulgarmente se pensaba, pero sí por otros. Ese heroísmo no se podrá sostener, desde luego, sin gracia y muy abundante de Dios; pero tampoco sin arrestos personales que broten de una vocación querida y gustosamente aceptada. El misionero que fuera a misiones sin algo de ilusión, sin gozo auténtico en su destino, llevado tan sólo de una obediencia estricta, tendría peligro de no saber reaccionar ante las dificultades y trabajos de la vida misionera y acabaría por dejar las misiones y volverse a la patria, o hacerse uno de los alicaídos. De la vocación a la Compañía se dice en la fórmula del Instituto Paulo III: «Quam vitae rationem cum multas magnasque habere annexas difficultates fuerimus experti, opportunum iudicavimus etiam statuere ne quis in hac Societate recipiatur nisi diu ac dili- gentissime fuerit probatus...» Así habla San Ignacio sin rebozo alguno. Digamos, pues, nosotros también: La vida misionera, lo dicen a una los que la han vivido, es dos y tres veces más costosa que la vida religiosa. Si, pues, se exige para ésta mucha probación y decidida voluntad, mucha más decidida voluntad hay que exigir para aquélla.

Mucho hace la gracia de estado y la misma vocación religiosa en la cual, como en germen al menos, va cierta disposición universal para los ministerios de su Instituto; mucho hace también la santa obediencia, pero no tanto que venga a suplir adecuadamente las disposiciones del sujeto, y, en una palabra, su voluntad. La obediencia puede obrar milagros, pero de ley ordinaria no los obra; y sería imprudencia manifiesta tomarla como regla única y norma suficiente para poner a cualquiera en cualquier puesto. La planta de clima tropical nunca dará buena cosecha en clima frío, aunque se siembre en virtud de Santa Obediencia; y la de clima templado no podrá vivir en el polo o en el trópico. El religioso que no tiene aptitudes para misionero, no las adquirirá por el mero hecho de ser enviado por la Santa Obediencia. Pero no siempre aptitud y deseo van juntos. Hay quienes carecen de lo segundo y tienen lo primero. Otros por el contrario tienen vivo deseo pero carecen de aptitudes. Estas son el primero e indispensable requisito; pero no bastan, es preciso se añada el deseo. El misionero ha de ir voluntariamente a misiones o porque lo deseó y obtuvo, o porque ofrecido este puesto de vanguardia por la obediencia, lo aceptó, no quizá sin alguna repugnancia primero, pero al fin con decidida y tranquila voluntad.

Las repugnancias nunca del todo vencidas serían, a nuestro juicio, un índice de ausencia de vocación misionera. Es principio del gobierno de san Ignacio, que, aunque hacía de la obediencia su fundamento, todavía «solía informarse de las inclinaciones que cada uno tenía», según cuenta Rivadeneira[[138]](#footnote-138). Sabía que la gracia obra, pero no siempre para enderezar los yerros de la obediencia, y que sería fatal un misionero sin vocación, sin arrestos misionales, como lo es un religioso sin vocación religiosa.

Pues bien; decimos que el primer exponente de esta vocación ha de ser, por lo general, el deseo, el gusto natural o sobrenatural; un gusto que se apodera de la afectividad, de la voluntad, del entusiasmo. San Ignacio, en la cumbre suprema de las oblaciones, no llega a ellas, en sus Ejercicios, sino por el camino de una afectividad desbordante y una afición a la pobreza y menosprecios, en los cuales llega a constituir su mayor gozo y deseo.

Ni es sólo el celo de las almas el factor decisivo de la vocación misionera. Los sacrificios anejos a la vida misionera son extraordinarios, aun dentro de la misma vida religiosa, y tales, que superan los arrestos de un celo no común. Por eso, la vocación a misiones es, aun dentro de la vocación religiosa, una nueva vocación y un nuevo heroísmo; vocación que connaturaliza ese heroísmo y hace que el misionero, como el religioso, viva su vida con una sobrenatural naturalidad.

Pero notemos también que la vocación misionera se puede perder como se pierde la vocación religiosa y aun la sacerdotal. Se pudo haber tenido y llevado a la misión una vocación auténticamente misionera, que luego se perdió. Este caso, no muy frecuente, gracias a Dios, no es sin embargo tan raro. No faltan misioneros que, aun sin haber perdido la vocación religiosa ni sacerdotal, han perdido, sin embargo, la vocación misionera. Lo más frecuente será que se trate de algunos incluidos en las categorías que iremos señalando como ineptos para la vida misionera. Otras veces se tratará de decepcionados o ilusos, quienes, pasados los primeros fervores, no hallaron las reservas suficientes para resistir una vida que quizá no se habían imaginado. Por eso los que van más o menos forzados, los que, llegados a la misión y pasadas las segundas impresiones, notan todavía una repugnancia invencible persistente que les hace llevar a disgusto la vida, verlo todo por el lado repugnante, sentirse defraudados, juzgarlo todo con pesimismo, no están capacitados para llevar a Cristo a este pueblo pagano, y su ministerio está condenado a la esterilidad. Probablemente no tienen vocación de misioneros. No deben venir a misiones.

2. LOS que conozcan algo de la realidad. —Es providencia ordinaria de Nuestro Señor, cuando llama a una empresa de su gloria, no mostrar a los principios toda la cruz que nos espera luego en ella. Es una cautela de prudencia universal y básica. Querer, en un alarde de fortaleza, mostrar desde los principios todos los contratiempos de la vida, sería antinatural e inhumano. Habrá que decir también aquí: «Sufficit diei malitia sua.» Sólo con un San Pablo, por excepción y por ser gran alma y estar templada por la acción directa y personal de Dios, se dice de él: «Yo le mostraré todo lo que tiene que padecer por mi nombre»[[139]](#footnote-139).

A los demás, la naturaleza, a una con la Providencia, son celosas en no descubrir de repente el velo de los sinsabores que nos esperan. «No pensaba yo, se oye con frecuencia, que me iba a encontrar con esto.» No nos extrañemos. Es ley, como decimos, de la Providencia que oculta «entonces» lo que «entonces» no se podría sufrir. Pero esta ley no debe ser tan rigurosa que se extreme su aplicación. Es bueno, es higiénico, en el momento de los grandes deseos y obligaciones generosas, templarlas un poco con lo que llamamos «la prosa de la vida», y presentir conscientemente algo de lo que ha de ser el terreno concreto de nuestra lucha, nuestro circo, la arena de nuestros combates y victorias. ¿Que con eso se acobardan algunos? Concedido. Es posible, pero provechoso.

Las páginas de este libro te han presentado variedad de facetas de la vida misionera con una realidad no siempre lisonjera. No he pretendido cargar las tintas; mi único intento ha sido, como te dije en el saludo, orientar al novel misionero en sus deseos de oblación y procurar presentarte no oblaciones quiméricas, fáciles de vencer con la imaginación, sino tangibles y diarias en la vida misionera para que no yerres el golpe y sepas dirigir a blanco cierto tus ímpetus generosos de vencimiento y de cruz. Porque no falta generosidad; lo que falta es orientación; Por eso no temamos a la verdad.

¿No sería lamentable equivocación fomentar en sí engañosos deseos de martirio, a manos de crueles verdugos, y no tener luego arrestos para llevar con paciencia la palabra mortificante de tus hermanos o la indiferencia de un Superior o el mal genio o exigencias de un compañero un poco débil de nervios?

Los que vayan a misiones sin conocer un poco el campo real de sus operaciones, sufrirán sin duda un peligroso desengaño. Una impresión tan desagradable como la que sentimos cuando al bajar o subir una escalera creemos, equivocados, que se han acabado los peldaños. Pero de peores consecuencias.

3. LOS no muy quijotistas. —Las misiones no son precisamente vergeles, sino campos de siembra; no son todavía bellos edificios, sino firmes y austeros cimientos de lo que vendrá después. Lo ordinario es que primero venga un edificio endeble que dure varias generaciones; luego otro más estable y sólido que alcanza a nuevas generaciones; finalmente, otro más sólido y elegante de forma que podríamos llamar el definitivo.

Pues bien, no podemos exigir a los cimientos o al primer edificio la solidez y elegancia que al definitivo. Ni podemos exigir en tiempo de siembra la floración que vendrá después. «Las espigas dobles romperán después.» El misionero tendrá que orientar su actividad a los rudimentos de la fe y vida cristiana, y tendrá que guardarse para luego, «un luego de siglos», la floración de una conciencia timorata y piadosa; el sentimiento de noble generosi­dad y de respeto hacia el Papa y la Iglesia; la humildad sincera del alma netamente cristiana.

Querrá soñar mucho en asociaciones de Buena Muerte y verá que están más para asociaciones de «buena vida». Querrá fundar Acción Católica y Congregaciones, y verá que «no está el horno para bollos». Querrá hacer que haya Hora Santa y Primeros Viernes y Comunión Sabatina, y verá que tiene que conformarse con la misa de los domingos...

Esto no es para cortar las alas, ni para estrechar programas, ni echar por tierra planes; es para ir un poco más sobre seguro; es para decir que en misiones son peligrosos ciertos quijotismos, y que si el buen Superior debe ingeniarse para arar con los bueyes que se tiene, el misionero ha de contentarse con lo poco que tiene, con tal que no deje nunca de aspirar a lo más. Y no perder el ánimo, si ve que la Congregación no es más que apenas «un ente de razón», y que «sus congregantes» no llegan ni a buenos cristianos, y que hay mucho de humano en sus miras y de egoísmo en sus planes y de deficiente en su vida. «Las espigas dobles romperán después»: el edificio definitivo aún no ha llegado. Estamos en tiempos de dura siembra y de fatigosa zanja.

Eleva cuanto puedas el blanco, pero no te desalientes si el tiro queda muy por debajo. Esto no es cortar las alas, sino una vez más, orientar anhelos y cimentar actividades Se ha repetido mucho que lo mejor es enemigo de lo bueno. Estos tales, desilusionados y viendo inaccesible el blanco que se señalan, tendrán el peligro de dejar el arma y de no llegar ni allí a donde se podría llegar y otros han llegado.

No creas que venir a misiones va a ser un recorrido triunfal y taumatúrgico; que vendrán a miles los paganos pidiéndote el agua bautismal; que vas a ser llamado y seguido por multitudes, sobre todo sin poner en ello derroches de sacrificio. Ni creas que venir a misiones es venir a que se canse el brazo de bautizar. Los que imaginen que van a ser otros Javieres y no quieran poner su parecido en una caridad doméstica a toda prueba y en una humildad que pase siempre sin resentirse, sin vengarse, sin cansarse, por los pequeños desprecios de cada día, dentro y fuera, de propios y extraños, están un poco equivocados. Los que decepcionados en sus planes, sueños, o acariciados proyectos, o sencillamente en su amor propio, sienten decaimiento profundo, y aburrimiento, y nostalgias grandes y grandes tristezas que les duran semanas y meses, están expuestos a que el golpe con la realidad sea tan fuerte y brusco que fácilmente les inutilice y les haga dar paso atrás. Cuanto antes; no son para misiones.

LOS no SANCHO PANZAS. —En misiones es un peligro no quimérico. Primero, para los que por temperamento son un poco Sanchopanzas. Segundo, para los excesivamente quijotistas. Una de las sutilezas sicológicas de la novela cumbre de nuestra literatura, es la mutua influencia que se verifica entre D. Quijote y su escudero, de suerte que éste resulte un poco Quijote y aquél un poco también Sancho Panza. En el apostolado no es raro el caso en que hombres de mucho arranque acaben derrotados y pesimistas. Su quijotismo frustrado los convierte en Sanchopanzas.

Misiones quiere decir país donde casi todo está comenzando; tienes, pues, que ser hombre emprendedor; misiones quiere decir campo de apostolado donde la labor es mucha, los recursos pocos, las deficiencias grandes; debes, pues, ser hombre de iniciativa. Misiones quiere decir roturación y trabajo penoso; tienes, pues, que tener la tenacidad del resorte y su elasticidad. El resorte cede, se reprime cuando la fuerza contraria es mayor, pero sin perder su fuerza de expansión, su conato de empuje, su empeño de elevación. Misiones quiere decir campo inmenso donde los obreros son pocos. El celo del misionero debe tener la inquietud de una llama. Los Sanchopanzas harían en misiones un papel muy desairado.

LOS mansos y bondadosos. —Las manos hechas para curar heridas y vendar llagas, tienen que ser manos delicadas. El misionero es el Padre de los cristianos y aun de los paganos.

El misionero debe, como Cristo, tener por lema el «pasó haciendo bien».

Bueno. El Padre debe ser bueno para ser algo de Cristo. «Magister bone.» No le dio el joven del Evangelio otro calificativo sino el de bueno.

El profeta Ezequiel nos ha descrito patéticamente el aspecto del pueblo pagano en el orden moral, al describir cuál debiera haber sido la acción misionera de los pastores de Israel. Reprende allí el Señor, por el profeta, a los pastores de Israel y les dice: «Quod infirmum fuit non consolidastis et quod aegrotum non sanastis; quod confractum est non alligastis, et quod abiectum est non reduxistis et quod perierat non quaesistis; sed cum austeritate imperabatis eis et cum potentia»[[140]](#footnote-140).

¿Cómo cumplir estos cuidados sin mucho amor, mucho aguante en fin, sin mucha bondad?

El mundo pagano lleva casi dos mil años sin el amor que brota de Cristo y se comunica por su caridad. En el paganismo hay formas urbanas, corrección social, pero no hay caridad. «Dichoso el hombre, dice Palacio Valdés, sobre el cual han llovido, como celestial rocío, los besos de sus padres»[[141]](#footnote-141). A los besos los llama celestial rocío porque lo son; porque nos traen el amor que viene de Dios; Dios es caridad y todo el que se acerca a Dios participa de esa caridad. Pues el mundo pagano está sediento de Dios y de su caridad. El misionero debe tomar como misión suya hacer que descienda sobre cuantos se le acerquen ese celestial rocío, no precisamente en forma de beso, pero sí de cariño, de sacrificio, de bondad.

NO son para misiones: Los estrechos de criterio, de corazón y de carácter; esto es: los rigoristas, los tacaños y los apocados. Misiones es decir espíritu emprendedor y magnánimo. Sin decir que la moral sea en misiones distinta que en las naciones católicas, pero reviste al menos modalidades distintas y característica Sin decir que haya que ser laxo con los neófitos, sí hay que ser especialmente bondadoso y comprensivo. Hay que tener grandes tragaderas y, como se suele decir, no ahogarse en poca agua. Un rigorista para con los demás, digamos mejor, un estrecho de criterio, de corazón y de carácter se vería en demasiados apuros de conciencia, en excesivas perplejidades, en mil ocasiones de escrúpulo. No será raro el caso, sobre todo a los principios, en que te sientes al confesonario, y de los 30 ó 40 penitentes apenas si has entendido a 10; de otros dudarás, y con fundamento, si la confesión va íntegra; y en muchos casos podrás tener fundadas sospechas de que será a lo menos inválida. En estos y en otros apuros, uno de corazón estrecho, de ánimo apocado se hará, como se dice, un ovillo, y sudará tinta o saldrá del confesonario aborreciéndolo para toda la vida. Y se equivoca: es preferible que revestido de entrañas de caridad, lleno de anchura de corazón, se esfuerce cuanto esté en sí por remediar todos esos males; pero, persuadido de que no podrá remediarlos todos desde el primer día, se siente tranquilamente y se exhorte a sí mismo con aquellos axiomas que oyó en Moral y que debe constantemente recordar en misiones: «Sacramenta propter homines.» «In casu dubii cuplet Ecclesia. » «Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam.» «Homines et jumenta salvabis, Domine.» «Ad imposibilia nemo tenetur.» Piensa que el Señor, que instituyó los sacramentos para nuestro remedio, contó ya de antemano con la pequeñez y estulticia humana, y supo a lo que se exponía. Armate de paciencia y entrañas de compasión y cuenta que estamos en los cimientos, y que aunque las piedras vayan no tan pulidas, en nada sufrirá la consistencia del edificio. Es mucho tomar a un pagano y transformarlo en cristiano. No quiso el Señor dar tanta fuerza al agua bautismal. Todo irá viniendo con la gracia del Señor y con el tiempo. Porque una vez más, «las malas cosechas mejoran las malas tierras». Recuerda, no para que te sirva de norma, pero sí para cobrar un poco de anchura de espíritu, que los Apóstoles convinieron en que a los neos conversos sólo se les exigiera abstenerse de idolatrías, deshonestidades y víctimas de sacrificio[[142]](#footnote-142); bastante más que esto ya exiges tú.

El misionero de corazón apocado sufrirá también demasiado, y con perjuicio de sus nervios y salud, en otro orden de cosas. Verá que su servidumbre le gasta mucho, que cuidan mal de las cosas, que le engañan; tendrá motivos para sospechar de su cocinero y aun quizá de su catequista. Les oirá cómo expone cada cual el caso del «otro» con una ortodoxia impecable, y cómo en boca de cada uno es siempre el otro el de no fiar. Y el misionero se verá propenso a desconfiar de «el uno» y de «el otro». Gran anchura de corazón se necesita para pasar conscientemente por encima de estos posibles desfalcos, sin estrecharte tanto de corazón que pierdas la paz y el humor y hasta te inutilices para regir un distrito. Piensa que como suele decirse, más se perdió en la guerra europea; que los yanquis gastan en vino al día 7 millones de dólares y que sólo una noche de observación con el gigantesco telescopio de Monte Palomar cuesta la broma de 100 mil dólares, cantidad que no gasta quizá ni toda la misión en 5 años. Y no te hagas con esto descuidado, indiferente, desaprensivo y manirroto, pero si fomenta la anchura de corazón, porque el corazón es en el hombre lo más vital, y sus apreturas son mortales.

Los estrechos de carácter, de corazón y de criterio no son aptos para las misiones; no porque aquí se haya de ser manirrotos y de manga como la de un capuchino, sino porque hay que aguantar y saber llevar, con dignidad, el egoísmo de un pueblo pagano que busca siempre y en todo su ventaja, y saber llevar con paciencia y amor las debilidades de un pueblo neófito, en el que las virtudes cristianas no han echado aún hondas raíces; ni la conciencia cristiana ha fijado bien las líneas de una contextura bien hecha. Un espíritu estrecho se hallaría al cabo del día con un número excesivo de cosas que le contrarían; los tóxicos que entran en su organismo son demasiados para que no produzcan un efecto desastroso, ante todo en sus nervios. He ahí porqué no son aptos para misiones los estrechos de corazón, de criterio y de carácter. Tampoco lo son

LOS neurasténicos. —Primero porque su neurastenia llegaría en misiones al grado sumo; el desgaste físico y moral que tiene a diario, agota el caudal de nervios mejor logrado. Segundo, porque pesados para sí, son siempre pesados para los demás. Hartas cruces y dificultades tiene ya la vida misionera para que se vaya a añadir ésta que las agrava a todas, la de tener que cargar con un compañero neurasténico que le exige más equilibrios que a un saltimbanqui su cuerda, y más preocupaciones que todo el distrito. El misionero neurasténico, si no se trata de neurastenias inofensivas, que las hay, es ficha de difícil manejo para los Superiores; carga muy pesada para los compañeros; obstáculo para la evangelizaron, en donde quiera que le pongan. Ya hemos dicho que la neurastenia es la enfermedad endémica de las misiones. ¿Qué sería si el misionero viniera ya contraída esta enfermedad? La vida misionera somete al misionero a un desgaste enorme no sólo de fuerzas, sino de nervios. La lengua, que nunca llegará a dominar ni a serle instrumento dócil y gustoso de su pensamiento; el carácter de un pueblo en muchas cosas totalmente distinto del suyo; la falta de solvencia moral; la insinceridad e indolencia del pueblo pagano, con los hondos resabios que quedan aún en los mismos cristianos; la vida de responsabilidad que carga sobre el misionero, solo en su distrito, teniendo que atender él a todo..., son limas terribles que irán mellando su sistema nervioso. Las estrecheces económicas, no raras en la vida de distrito, producirán, si no se domina y sobrepone, una meticulosidad casi ridícula, unas desconfianzas y suspicacias pueriles y una preocupación enervante que agotarán tu sistema nervioso y harán que todo te canse, te asquee y te malhumore. Es demasiado claro que los neurasténicos no son para misiones.

LOS emprendedores y celosos. —La infancia se caracteriza por un poder especial de asimilación y crecimiento. El hombre, sobre todo de niño, crece. Ni sólo crece, sino que se forma, robustece y completa su organismo. Por eso el niño tiene una disposición habitual a la nutrición; no cesa de alimentarse. Es que está en el período del desarrollo. Las misiones son la etapa primera de la Iglesia de un país. Son el período de la infancia, el período de su crecimiento.

Los misioneros tienen que sentir en sí, y contagiar a los demás, ese impulso de crecimiento, de desarrollo. Tienen que ser de un celo ingenioso que sepa desarrollar la vida cristiana en el individuo y en la parroquia.

Las misiones son el período de formación de la Iglesia. En ese período se desarrolla la vida cristiana, se robustece la fe y se forma el cristiano. Como todo lo que empieza, es imperfecto, feo, rudo, difícil. Hay que formar el organismo, el instrumento de acción. Por eso nada extraño que el misionar presente aspectos difíciles y costosos y hasta poco atrayentes. Es trabajo de roturación, de siembra y como tal ingrato. Es trabajo de abrir los fundamentos y por consiguiente nada de la belleza exterior aparece en ellos. El rezar de los niños será sin unción y sin fe; el estudio de la doctrina será desabrido y difícil; los cánticos religiosos saldrán mal, porque aún no están educados sus oídos; los días de fiesta no les dicen nada especial. No tienen conciencia cristiana. Todo esto hay que irlo elaborando lentamente, con trabajo y paciencia. Por eso se necesitan misioneros activos, celosos, emprendedores de pequeños progresos, de pequeñas conquistas. Los padres no entienden la responsabilidad de la paternidad; ni los neófitos la conciencia cristiana; ni los cristianos la humildad...; todo hay que irlo plantando, sembrando con paciencia y con constancia, con mansedumbre y sin descaecer. El misionero debe sentir comezón de actividad parroquial. No son para misiones los que tienen como máxima de vida que se les deje en paz... Aquellos que no salen fácilmente de sus casillas, sencillamente porque les es molesto cambiar de postura. Los que se han formado su Deuteronomio y de él no se apean, aunque el prójimo tenga que darse contra una esquina. Los que valen quizá mucho, pero apenas si valen para nada. Aquellos para quienes la caridad, la urbanidad, pesan menos que la rutina de su horario o lo que ellos llaman el deber. No se sabrá decir qué predomina en ellos, si la dureza de cabeza o el horror a una pequeña incomodidad. Los misioneros somos pocos. Por eso es preciso poner todos al servicio de los demás nuestras pequeñas habilidades, si para ello no hace falta más presupuesto que el de nuestra comodidad. Las misiones son puesto de vanguardia; mal se puede exigir o esperar las comodidades de la retaguardia. El trabajo misionero no podrá prescindir de largas y laboriosas marchas, de mal comer y de incómodo dormir. A todos nos gustan las cosas a su hora y en su punto; pero quien no esté dispuesto a hacer numerosas excepciones en esto, persuádase que no debe venir a misiones.

LOS serios. —Cuando queremos resumir muchas alabanzas de uno, acabamos diciendo: en fin, es un hombre serio. Y cuando queremos resumir muchos defectos que no sabemos especificar, lo hacemos también diciendo: no es serio. Y estamos seguros que ni con esto queremos decir que no sea jovial y alegre, ni con aquello significar que sea soso, adusto o pesimista.

A lo largo de la vida las personas serias ejercen sobre nosotros una atracción, una estima que con los años aumenta, como si en definitiva el peor recuerdo que conserváramos de algunos fuese el de no ser serios, cumplidores del deber, capaces de dar una palabra y guardarla, de hacer una promesa y cumplirla, de recibir un mensaje y llevarlo.

También en misiones te hallarás con que una de las más bellas cualidades, mejor dicho, una de las tónicas dominantes en un buen misionero, en un excelente operario, es la de que sea un hombre serio.

Es una de las notas, no lo dudes, que más pueden recomendar tu apostolado.

\* \* \*

Seriedad no significa desde luego cara tristona y mucho menos carácter avinagrado. Seriedad no es mal humor ni temperamento pesimista y misántropo. Seriedad es compatible con gracia y humorismo, con jovialidad y buen trato, con risa franca y mirada alegre.

Seriedad quiere decir que seas un hombre, un sacerdote, un misionero cumplidor de tu deber y de solvencia. Nada como esto contribuye a cimentar tu prestigio. Un hombre que da una palabra y la guarda, que acepta un compromiso y lo cumple, que dice que la misa comienza a las 7 y está en el altar a las 7, es un hombre serio aunque sea muy jovial. Si tú obras así, tú llevas con seriedad tu ministerio, aunque seas muy joven y alegre.

Seriedad quiere decir que no te valgas de tu puesto, de tu oficio, de tu ministerio, de tu autoridad en provecho de tus gustos, de tu ligereza, o de tu egoísmo, porque eso no es serio.

Seriedad es, desde luego, que cortes aquellas formas que acusan ligereza en un religioso, liviandad en un sacerdote. ¿Es serio que vayas silbando por la casa?... ¿Es serio que uses bromas de mal gusto y chistes de mal género? ¿Sería serio que un misionero bromeara con una chica o que usara chanzas de mal tono?

Seriedad es que te sientas profundamente convencido de la doctrina que predicas; de la sobrenaturalidad de tu empresa y de la responsabilidad de tu ministerio. Seriedad es que te actúes en aquellas palabras: Somos espectáculo a Dios, a los ángeles y a los hombres.

Seriedad no es más ni menos que saber lo que se es y no engañarse ni hacer de la vida un sainete. Un sacerdote, un misionero no serio, sería el sacerdote que actuara como de prestado en lo más santo y de una manera humana, aseglarada y laica.

Un Superior que caprichosamente se permite lo que niega a sus súbditos, no es serio. Un confesor que anda simpatizando con lo mismo que por oficio se ve obligado a reprobar, no es serio. Un maestro que no llega a su hora a clase o no llena el tiempo a conciencia, o no ve en los niños almas, sino juguetes, no es serio.

No es seriedad la desigualdad de trato que obedece a meras simpatías o depende del talante en que te encuentres.

No es seriedad el que si estás de buen talante lo concedas todo y si de mal humor todo lo niegues; el que con unos y a unas horas seas bonachón y con otros y a otras horas resultes insoportable; que no obres sino por impulsos de simpatía, de egoísmo, de satisfacciones inconfesables.

Seriedad es cumplimiento del deber aunque cueste; constancia en lo que hay que hacer, aunque no se esté de buen temple. Seriedad es no hacer comedia de la vida; no jugar con lo santo y no engañar a nadie y, sobre todo, no engañarse a sí mismo, vendiendo por celo lo que es sensualismo, por condescendencia lo que es debilidad, por firmeza lo que es terquedad, por caridad lo que es simpatía, por actividad lo que es disipación, por razón lo que es excusa, por falta de poder lo que es falta de querer.

El misionero y operario no serio no hará nada en serio.

Ser hombre serio es tu mayor recomendación; ser un misionero serio es siempre el mayor prestigio de tu ministerio, de tu religión.

Por lo demás, la seriedad no está reñida con la edad. Puedes ir a misiones muy de joven y ser un misionero muy serio. Y al revés, puede haber niños de cien años.

\* \* \*

Nada te he dicho sobre la edad mejor para ir a misiones, porque es cosa que toca más a los Superiores. Unos los prefieren jóvenes, otros no viejos, pero sí algo entrados en años. Lo primero tiene innegables ventajas: más facilidad para la lengua; más prontitud para la adaptación; menos esfuerzo en romper con lo que deja en su patria; más facilidad para asimilarse la cultura, la mentalidad y hasta la idiosincrasia de su nueva patria; los Superiores pueden encauzarlos antes según las necesidades de la misión. Pero tiene también como contrapeso innegables inconvenientes: La vocación misionera quizá no va tan hecha; ni la misma vocación religiosa bien fraguada, con gran peligro de que en misiones se reblandezca y se pierda. No es raro el caso de jóvenes que han partido muy animosos a la misión y han hecho muy pronto quiebra total en su vocación misionera y religiosa. Falta de peso en sus apreciaciones y poca seguridad en sus criterios. Asimilarse de una manera inconsiderada la mentalidad indígena con casi desprecio de la de su patria mal conocida y sentida.

Por otra parte, los que van de mayores, por ejemplo ya sacerdotes, no gravan a la misión con los gastos de sus estudios. Su sólida formación, su más garantizada selección, sus criterios más hechos y más serios empiezan en seguida a dar fruto en la misión. De éstos son rarísimos los que fallan. Por eso, allá los Superiores. Yo no sabría qué edad preferir. Pero por lo que a mí toca no tendría excesiva prisa por partir para misiones. Una frase podría quizá condensar mi pensamiento: A la misión quizá le sea mejor que los misioneros vayan ya de jóvenes; pero al misionero sin duda que le es más seguro ir de alguna edad, experiencia y formación. De tu parte acepta gustoso lo que la obediencia te diga. Pero cuanto al criterio en este punto, ten presente lo que te he indicado.

Los elásticos e independientes. —La elasticidad en el hombre es un poder de adaptación a las exigencias de lugar, tiempo y persogas. Hay cuerpos que tienen esa propiedad. Es admirable. En las personas lo es más. En sociedad es ley indispensable y se traduce por el principio de acomodación. Acomodarse al gusto razonable de los demás, incluso a los inocentes caprichos de los demás; en fin. ¡a las necesidades imprevistas de cada momento, sin renunciar a lo que somos, ni claudicar de nuestros principios. El hombre que sabe conducirse así en la sociedad es un tesoro apretadísimo.

Esta elasticidad resulta tanto más necesaria cuanto mayor es la escasez del personal y obliga a hacer a dos y a cuatro manos. De ahí que sea una cualidad indispensable, caritativa y simpática poner al servicio de los demás y en manos de los Superiores nuestras habilidades y talentos. La ley no puede ser absoluta y rigurosa. Ocupaciones habrá que realmente te impidan condescender con el gusto atendible del prójimo; pero si queremos ir en esto no equivocados lo mejor será dejar el juicio a una tercera persona que tenga la libertad para aconsejarnos, y mucho más al parecer de nuestro Superior; en todo caso, si la negativa es justa, el que hace la demanda será el primero en reconocerlo. La ley de aplicación podría formularse así: ceder ante el gusto y la comodidad de los demás si sólo va en ello nuestro gusto o comodidad o ante un interés mayor o igual que el nuestro.

Esto supone un hábito de mortificación y un temple muy acerado de caridad, un carácter virilmente acomodaticio y condescendiente que es, lo repetimos, un gran tesoro. Dos o tres sujetos de estos en una misión, cuanto más en una casa, forman ese ambiente de bienestar, de alivio, de contento que sólo cuando falta se admira y evalúa en su justo precio.

Los Superiores, aquí como en todas partes, tienen puestos difíciles de llenar, para los que hacen falta voluntarios, o por lo menos indiferentes. Encontrarse con misioneros no sicológicamente apáticos, sino ascéticamente indiferentes, es un alivio enorme y una bendición.

Estos tales son los que llamamos burros de carga o también «tapones». En misiones es intolerable la inflexibilidad; hay que ser maleables; hay que saber, como dice el Apóstol, «abundar y estar pobre». Hay que saber vivir en comunidad y solo en un distrito, sin que lo primero engendre pereza y lo segundo relajación. Hay que saber dormir tranquilamente en más o menos bien acomodado cuarto y cama, y en un portal desmantelado y frío, con ratas y mosquitos, sin que lo primero engendre afición al regalo ni lo segundo irrite los nervios y deje de mal humor. Hay que saber ocupar puestos de lucimiento y puestos de oscuridad, sin que lo primero engendre apego, soberbia o pereza, ni lo segundo hastío y desenfado para emplear A. M. D. G. los talentos recibidos. Hay que saber convivir con los que congenian con nosotros y se acomodan a nuestros gustos y con los de carácter difícil o simplemente distinto del nuestro, sin que lo primero nos haga voluntariosos e imperantes, ni lo segundo nos descorazone o nos haga intolerable la vida. Porque el misionero debe soñar en universitarios, pero debe contentarse con niños de escuela... Debe soñar con grandes reformas sociales, pero debe saber llevar en paz los pequeños frau­des de sus domésticos, y ha de contar con el suficiente desprendimiento para beneficiar un poco a su servidumbre, o para dar algo de largas si los Superiores no le dan, ni le pueden dar, una bolsa mejor provista. Debe soñar en hospitales, pero ha de saber recibir con paciencia y curar con cariño al enfermo que se le antoja llegar cuando él iba a comer. Debe soñar con atraer grandes masas y ha de saber contentarse con diez oyentes o con pequeños auditorios de la más completa heterogeneidad, que apenas si llegan a entender algo de lo que el Padre les quiere decir.

Hay que saber ser elásticos como la goma. Hay que hacerse todo a todos. Hay que ser el alivio de los que conviven con nosotros. Hay que servir para todo. Hay que ser para los demás. Hay que olvidarse de sí. Este olvido se aprende junto a la Cruz, ante el Sagrario.

11. NO son para misiones los inexorables. — Los que quieren siempre llevar las cosas a punta de lanza, de frente y en estilo directo. Los que no saben ser como el arroyo que corre y llega al mar, pero sin violentar nada de lo que encuentra a su paso. Mira cómo deja las piedras donde están, y se contenta con pasarlas de lado. Si encuentra un terreno elevado, él sabe dar un rodeo. El misionero debe saber dar constantemente esos rodeos y por lo tanto cambiar un poco la dirección recta. Ha de entrar y seguir un poco la de ellos para venir a salir con la suya, si la suya es la de Dios. Ha de saber prescindir de pequeños detalles y de pequeños gustos personales, para que la obra resulte en su conjunto y en sus líneas principales. Debe pasar por la propia incomodidad para buscar de veras el provecho de las almas. Debe saber olvidarse de sí y de su honra para no perder la paz en los posibles contratiempos, porque eso le haría perder el buen humor y la euforia necesarios para toda obra de acción sobre los demás. Ha he caer en la cuenta que no es lo mismo tenacidad que rigidez, ni constancia que intransigencia. Ni es lo mismo carácter fuerte que carácter inflexible y voluntarioso. Los que no saben acomodarse a las circunstancias de personas y de sitios y de ambiente, se inutilizan para el apostolado en misiones. En misiones contamos con voluntades menos hechas, más enfermizas, menos varoniles. Este es un escollo de la colaboración. Mejor dicho, nos falta la colaboración para las obras de apostolado verdadero, sencillamente porque ello supone una virtud que no existe. Hay que iniciar las obras con mil dificultades. Iniciadas, surgen pronto otras nuevas contrariedades, porque hay susceptibilidades, quizá domésticas, que se hieren, amor propio que se tiene por contrariado. Por eso para llevar las obras se necesita más tino, más tacto, más condescendencia, que para montar una central eléctrica o un laboratorio. Hay que ir al mar con nuestro caudal, pero como el arroyo: sin llevar la contra a nadie; porque aquellos que como colaboradores dejaban mucho que desear, como contrarios dejan mucho que temer. Desde luego, no seas tú nunca uno de éstos. Para algo eres religioso y misionero.

12. LOS fervorosos y constantes. —El profeta Oseas, c. 4, tiene una frase terrible cuando dice: «Et erit sicut populus sic sacerdos.» Como es el pueblo tal es su párroco, como la grey tal es su pastor. Ahora bien, ¿habría que concluir, según esto, de igual modo que un pueblo pagano hará pagano a su misionero? No; pero sólo a condición de que el misionero conserve en sí una fuente de vitalidad, de fe, de piedad, de cristianismo, de santidad. Si el misionero no es santo, no trata de veras en serlo; si el misionero no es sal, no es luz, un pueblo pagano lo hará casi pagano, un pueblo corrompido por el pecado lo corromperá. Un pueblo que es tinieblas sofocará su luz y lo hará tinieblas también.

La indiferencia religiosa del mundo que le rodea podrá meter el frío en su corazón. La falta de ambiente religioso en que ha de vivir en muchas fiestas podrá contagiarle de tibieza espiritual. La soledad en que vive fuera de casa religiosa, fuera de ejemplos y observancia podrán ir gastando los filos de su fervor. En fin, ciertas pequeñas libertades y un más o menos inconsciente descuido en los ejercicios de piedad podrían ir secando la fuente de la vida espiritual y llegar a tal estado que hubiera que decir con lágrimas del corazón y de los ojos: «Sicut populus sic sacerdos.» Un pueblo pagano lo ha paganizado.

He ahí porqué a la cabeza de cuantas cualidades se pidan en el misionero ha de ir la del fervor. Además, la vida misionera ofrece un desgaste síquico muy grande, cuando el fervor no aminora ese desgaste. Como consume rapidísimo el fuego al pábilo sin cera, así gastan y consumen al misionero la vida en misiones sin el lastre de la vida interior, del espíritu de oración que le haga en realidad estar en el mundo y mundo pagano y no vivir en el mundo. Sólo así las dificultades de la vida misionera, lejos de serle obstáculo, le pueden ser elementos de mucha santificación. La miseria moral en que viven avivará en él la gratitud y un cristiano sentimiento de responsabilidad. La falta de fe y de piedad le moverá a suplir con su fervor tanta «impiedad» e indiferencia. Los ejemplos que ve en cristianos fervorosos nuevos le estimularán a no dejarse ganar en delicadeza con Dios. Su Sagrario será un imán que polarice y atraiga todos los resquicios libres del día y largas visitas durante la noche. Y el considerarse representante de Cristo y su sacerdote único en muchos kilómetros a la redonda y su único confidente, espoleará su fervor. Cuando el trampolín se sube «cogiendo carrera», lejos de ser impedimento, es apoyo a un salto mayor. Pero para eso hay que coger carrera. Así las dificultades de la vida misionera. Hay que acometerlas «cogiendo carrera». La oración matutina de cada día debe tener para el misionero este sentido; un rato reposado, sabroso, íntimo de trato con Dios, en que «coger carrera» para todo el día y prevenirse para los acontecimientos difíciles que se prevén y poder así saltarlos con garbo y hacer de ellos apoyos de nuevas elevaciones.

Por eso si el misionero descuida la oración, si le coge el día desapercibido y se halla ante el trampolín sin haber «cogido carrera», le asustará su subida, le hará retroceder o por lo menos agotarse.

Y esta carrera ha de tomarse desde tanto más lejos, cuanto más cuesta arriba, más empinada y difícil de saltar se nos presenta la vida, esos acontecimientos que nos molestan, irritan y malhumoran y hacen que el misionero sin lastre, sin vida interior, degenere, se corrompa, se apague.

Este fervor no puede ser sólo de un día, de una semana de Ejercicios; ha de serlo de todos los días. Porque en el momento en que él retroceda, el enemigo avanzará.

Aparte de las dificultades de la vida misionera, quedan todavía las inherentes a la naturaleza humana, que con nosotros traemos. Queda en pie la lucha con las tres concupiscencias que en misiones, lo mismo que en países ya cristianos, asaltan al misionero, como a cualquier mortal; esa lucha constante consigo mismo, con la ley de los miembros que contradice a la ley de la razón y a la razón de la fe; esa lucha que se acrece quizá más en misiones, porque la vida del misionero está más aproximada a los hombres, porque los muros de separación se han abajado.

En fin, nada digamos de la razón de apostolado y de salvar y santificar a otros, que exige siempre santidad en el apóstol, contacto del hombre con Dios, para que vaya a las almas la corriente divina de la gracia[[143]](#footnote-143).

13. LOS QUE TENGAN CONVENIENTE DISPOSICIÓN PARA LENGUAS. —La vida misionera se caracteriza por el destierro voluntario que el misionero hace de sí por amor de Dios. Se destierra de su patria, de su lengua para ir a otras regiones y oír lenguas desconocidas: «Linguam quam non noverat audivit.»

Le impone uno de los mayores sacrificios, pues le priva del instrumento más apto, fácil y agradable, el de la lengua, como medio normal de evangelización.

En sustitución, el novel misionero ha de aprender la lengua de aquellos a quienes quiere evangelizar. Todas las lenguas ofrecen una dificultad, en algunos casos, como en la China y hoy por hoy, casi insuperable. La dificultad se resolverá, en gran parte, a medida que avancen los métodos de su aprendizaje; separando la lengua como tal, de su grafía, se podrá seguir para cada elemento su pedagogía propia, con enorme alivio y gusto para el joven misionero. Pero, hoy por hoy, resulta casi infranqueable aun a los mejor dispuestos. ¿Qué será a los que en sí no hallan ni disposición para adquirirla, ni fuerzas para arremeter con su estudio penoso, árido, prolongado?... ¡Y gracias que le den al menos tiempo para ello!

¡A cuántos que habían lucido en su carrera, la lengua china, verdadera muralla, les ha parado los bríos y, encerrados en sí mismos, se han desanimado! No contaban con este catalizador de sus talentos. Cierta disposición para lenguas le es necesaria al misionero.

14. LOS de recta intención. —Hace tesis de este tema y lo trata magistralmente el P. General Roothan en su carta a la Compañía de Jesús: «Quien tiene deseos de misiones extranjeras, escribe, exa­mine con diligencia este su mismo deseo, y delante de Dios piense consigo atentamente qué motivo, qué esperanza es la que más le mueve. Porque es claro que, si el ojo de la intención no anda puro, y no es sola la gloria de Dios y la salud de las almas lo que se mira, que se puede errar gravemente en este deseo y no sin gran peligro. Así que el sincero amor de Dios, en que está la raíz de todo celo verdadero, debe ser necesariamente el principio y el fin de tanto deseo»[[144]](#footnote-144).

Intención oblicua. «Y a la verdad, si otra cualquiera razón humana y algún arranque natural moviera a pedir las misiones, claro está, que el tal deseo no será de Dios. ¿Pues qué si alguno pensara en misiones extranjeras cansado de su suerte de vida y de los oficios qué al presente desempeña? ¿Qué si disgustado de la vida ajustada a la exacta observancia de nuestras reglas, esperara las misiones como más acomodada a su carácter y manera más libre de andar? ¿Qué si le moviera cierta inconstancia natural o la curiosidad de viajar por naciones desconocidas y de ver novedades? ¿Qué si le atrajera cierto aparato de cosas extraordinarias que frecuentemente ocurren a los misioneros, y que llevan consigo cierta admiración? ¿Quién no ve que con estos y semejantes motivos, en parte vanos, en parte, también, malos, no solamente no debe moverse nadie a pedir las misiones, pero ni siquiera ponerse a pensar en ello?

Porque tales somos por naturaleza que casi no miramos sino a lo que tiene algún viso y es poco común; esto admiramos, por ello nos sentimos arrebatados.

Pero pensemos en lo difícil y arduo que ha de ser para quienes lo experimentan, lo que leído y de oídas nos entretiene tanto, y entenderemos ciertamente que si no fuere el amor de Dios y el sincero y puro celo de las almas el que nos excita y mueve a soportar tales y tantas cosas, no hay para qué halagarnos de vocación divina para esas misiones extranjeras.»

No son para misioneros los turistas. Difícil es el caso de un misionero turista. Pero se puede dar. Es el caso de aquellos que vinieran más con hambre de ver tierras nuevas y faunas y floras nuevas y estilos nuevos que con deseos de predicar a Cristo. Aquellos que más que el crucifijo les gusta una máquina fotográfica o de cine. Las revistas gráficas son una plaga, y meten el hipo hasta en las revistas serias y misionales. Se ha hecho ya hasta necesario si no queremos que las revistas de misiones sean pesadotas e insípidas y se les caigan de las manos a nuestros ligeros lectores. Aparte de que la ilustración gráfica no es sólo ilustración, variedad, gracia: es a veces también predicación. Concedido. Convenimos en que las revistas misionales deben competir en elegancia y buen tono con las revistas profanas. En lo que no es tan fácil convenir es en que esas fotos, ciertas fotos sobre todo, las deba sacar el misionero; y en que la foto sirva de exhibicionismo nada ascético a la religiosa o al misionero que se saben «posar» ante el objetivo. ¡Es tan difícil, por otra parte, sustraerse del todo a cierta nota de frivolidad! Arroje de sí todo aquello que pudiera hacerle pasar ante paganos y cristianos, más que como el Padre, como un seglar alegre y divertido. Es mucha dignidad la del sacerdote y más la del misionero religioso para que se emplee en cosas tan ajenas de su carácter como enfocar con su máquina a unas jóve­nes o a unos recién casados. Hoy los fotógrafos se dan en todas partes. No faltará quien pueda hacerlo con menos compromiso que él; y si faltara, creemos que las revistas de misiones no perderán mucho. En todo caso la pérdida estaría bien justificada. Posiblemente se invocará la cuestión económica. Es triste que sólo cuando se trata de ajustarse más al espíritu religioso, salga a relucir esta. Pero, en fin, aun cuando se gastará más, de lo cual hay muchos motivos para dudar, bien gastado está. No ha sido ni debe ser nunca la economía norma de perfección. Además, ¿no pesa nada el tiempo que el misionero tiene que derrochar en preparativos, en negativos, en compras, en idas y venidas, en... mil detalles que le roban horas y horas? ¡Qué lástima de tiempo en la iglesia ante su sagrario solo, o ante sus abandonados libros de estudio, o ante sus catecúmenos o niños...! No, las misiones no son país de turismo para el misionero de Cristo, sino el campo del Padre de Familias que hay que sembrar con fatigas, regar con sudores y con sacrificios, cuidar con oración y penitencia. ¿O será que la imagen de Javier con el pecho abierto y el crucifijo en su mano hay que sustituirla por la del misionero con gafas de ciclista y máquina fotográfica? No hablemos aquí de otros peligros; digamos sencillamente que los de carácter un poco frívolo y ligero no son tampoco para misiones. La seriedad de la vida de distrito, la soledad forzosa en que ha de ver, lo duro de la vida misionera se le hará inaguantable. Su carácter ligero les expondrá a otros peligros más serios y llegarían a ser para sus Superiores una pesadilla y una inquietante preocupación.

Piedra de toque.—«Pero si alguno se sintiera movido, continúa el P. Roothan, por sólo el amor de Dios y deseo de servirle, vea cómo ejercita ya desde ahora este mismo amor y cuánto trabaja en agradar a Dios en todo su modo de vivir; qué facilidad experimenta en sí para tratar con El en la oración y demás comunicaciones; cuán fiel es en cumplir cuidadosa y constantemente sus ejercicios espirituales de costumbre; cuán recatado sea en guardar toda pureza de su mente y corazón, ya que según el Profeta, lo que más exige

Dios al hombre es precisamente que ande solícito en su trato y servicio»[[145]](#footnote-145).

Si se sintiera inflamado en deseos de ayudar a las almas, vea igualmente cuán de grado recibe los trabajos a esto dirigidos; con cuánta caridad y paciencia sobrelleva las molestias que suelen ocurrirse a veces en la vida común; cuán dócil es en acomodarse al carácter de los demás; si lleva con paciencia el que le den molestia o le contradigan; con qué solicitud suele acudir y ayudar sobre todo a los miserables y bajos, en el abandono de las cárceles y hospitales.

Así que cada cual se persuada, que la virtud necesaria para el trabajo de las misiones no se puede vestir en un momento como ropa de viaje. Por lo cual, si alguno no aprendiere a tratar con Dios familiarmente en la oración; si alguno no se portase sufrida y pacíficamente con sus hermanos; ni supiera llevar las incomodidades y tolerar con fortaleza las adversidades, y, sin embargo, se siente con ganas de pedir misiones, ese tal piense como dichas a sí aquellas palabras del Profeta: «Si corriendo con los de a pie te fatigaste, ¿cómo podrás apostarte con los que van a caballo?»[[146]](#footnote-146). ¿Y eso has de pedir y desear tú que casi, y aun sin casi, rehúsas esto otro tan ligero, que en comparación de aquello no es nada? ¡Que quieras tú llegarte íntimamente a Dios y vivir unido estrechamente con El dejándote a ti mismo, tú a quien los diarios estímulos, ayudas y ejemplos apenas bastan! Si a duras penas puedes seguir a los de a pie, ¿qué sueñas correr con los de a caballo?

»Fuera largo, RR. Padres y Hermanos Carísimos, enumerar en particular todas las provisiones de virtudes con que se han de preparar y abastecer los ánimos de los que piden las misiones extranjeras... Mas todo lo dicho se puede reducir a una cosa sola, a solas: la verdadera abnegación y generosa victoria de sí propio...»[[147]](#footnote-147).

1. **CHARLAS CON EL NOVEL MISIONERO**

PRIMERA CHARLA
PREPARATIVOS DE VIAJE

Desde que se promulgó tu destino a misiones todos te prodigan su felicitación. En todos es sincera. Unos simplemente te felicitan. Otros, además, te admiran. Los hay quienes a su admiración añaden una envidia santa. Y los hay también quienes te compadecen, aunque «naturalmente».

Han pasado los tiempos, si los hubo alguna vez, en que se creía que para misiones valía cualquiera. Ahora con la experiencia de unos y otros, con las cartas de los PP. Generales y con un conocimiento más objetivo del terreno, van viendo todos que es al revés, que para un cualquiera nunca falta puesto en un Colegio o en una Residencia de la retaguardia, pero en misiones, sencillamente apenas hay donde ocultar a un cualquiera. Todos te felicitan, pues, fraternalmente.

Pero tú, en medio de la admiración de los más y de la santa envidia de muchos, y de la compasión de algunos, mantente sereno y casi casi indiferente. No pongas en tu ánimo ni sombra de engreimiento. Porque no es lo grande venir de misionero, sino vivir misionero y morir misionero, después de haber llenado en vida y en muerte tu vocación santa de misionero.

No tienes, pues, aún ningún mérito. No tienes, pues de qué engreírte. Acepta sí su felicitación, pero pídeles que la acompañen con sus oraciones, para que seas un misionero de verdad. Y por si faltan las suyas, comienza tú ya desde el primer día a vivir y a ser misionero en la oración.

En todas las fases de nuestra vida, aun en las actuaciones que parecen más santas, se da la presencia del «inimicus homo», que se inmiscuye y trata de sembrar cizaña donde hay trigo y desvirtuar lo más santo. Este «inimicus homo» podría obrar también en tu vocación misionera.

No creas que empezar a ser misionero es dejarse ya la barba y comprarse en seguida un casco colonial y unas polainas que no te has de poner nunca, o un impermeable nylon que hallarás en cualquier parte, dado que lo necesitaras.

Otros son los preparativos que debes hacer. Oye a un novel misionero: «Todo lo dicho es muy bueno y conveniente, pero no se olviden de traer mucha paciencia muy necesaria para no sulfurarse ante la tranquilidad de los X. X., que ellos dicen que es virtud y nosotros que vicio. No protesten cuando tengan que esperar por el tren o el coche; tengan paciencia y esperen una y más horas sin decir nada. Vengan dispuestos a hacer mucho y decir poco; porque las obras son las mejores palabras para convencer a la gente. Creo sabrán que les han de costar más las cosas pequeñas que las grandes, pero todo se puede vencer con la gracia de Dios. No olviden que a los «de aquí» les gusta ser los primeros en todo, como a todos los demás, y ver que hay algo mejor o mayor que lo suyo no lo llevan a bien. Esto es lo más principal que hoy se me ocurre. No dejen de decir al P. Provincial que nombre un jefe de viaje o de expedición, a quien todos deben obedecer como a Superior en lo que bien le parezca mandar»[[148]](#footnote-148).

Empezar a ser misionero es orientar tu oración al mundo pagano, es intensificar tu vida interior; es ser más fiel que hasta entonces en los ejercicios de piedad; es revestirse de una cierta paternidad con el pueblo gentil que te espera sin esperarte.

Ser misionero es empezar a engendrar en tu alma un sentimiento de paternidad espiritual con todos los hombres, y de caridad con los que te rodean en especial. Es empezar a mortificar sin transigencias tu carácter para hacerlo suave y flexible, caritativo y condescendiente, comprensivo y firme a un tiempo.

Mucho menos creas que ser misionero es hacerte con una máquina fotográfica o de cine, y, pedigüeño de las misiones, empezar a recorrer las ciudades y teatros para que los cristianos besen tu crucifijo de misionero y te den limosnas. Eso estará bien para ellos, los cristianos; pero para ti quizá hasta te sea contraproducente.

Un veterano misionero apunta estos dos sabios consejos: 1) Habla poco de tu vocación. 2) Refrena el deseo de pedir y de amontonar cosas. No es ésta la ambición misionera a lo Javier.

Lo primero tiene la ventaja de no dejarte en ridículo el día en que, por una causa o por otra, te vieras obligado a volver de tu misión. El caso por otra parte no es tan raro. No vocees, pues, a los cuatro vientos ni parezca que vas buscando admiradores. No presentes tu vocación a toque de campanas en conferencias y actos públicos. No te lisonjees emborronando cientos de tarjetas para conocidos y desconocidos, dándote una importancia que todavía no tienes ni mereces.

La palabra «misionero» tiene, aun hoy, la virtud de exaltar con facilidad a cuantos la oyen y mucho más al que lo es. El pueblo cristiano ha aureolado de heroísmo el nombre del misionero. Que sientas tú también cierto orgullo inocente y santo es natural, y hasta no sería buen síntoma el no sentirlo. Pero no olvides que la gloria que otros alcanzaron no nos pertenece. No quieras como el grajo vestirte de plumas ajenas. Seríamos unos despreciables parásitos del misionerismo, si antes de haber vivido el heroísmo misionero lo quisiéramos explotar de antemano en provecho propio.

«Un misionero que pueda ostentar en su hoja de servicios innumerables peligros de alma y cuerpo, noblemente superados; que pueda contar, como san Pablo, tres apaleamientos, tres naufragios, una lapidación, y mostrar en su cuerpo cicatrizado, heridas y huellas de cadenas; un misionero que, por encima de todo esto, pueda presentar como trofeo de sus luchas, miles de discípulos ganados para la fe de Jesucristo, este tal podría gloriarse justamente sin que mereciera el nombre de fatuo y arrogante. Pero no hay miedo de que sean de esta madera los misioneros que se dejan arrastrar por la ambición y la vanagloria. Semejantes aberraciones son plantas que brotan en las tiernas vocaciones de los jóvenes mal preparados, haciéndolos ridículos y despreciables»[[149]](#footnote-149).

También perderás prestigio si, como primer impuesto de tu aun no lograda vocación misionera, empiezas a pedir y a amontonar cosas. Estos deseos pueriles e insaciables devorarán las primeras alegrías de tu vocación misionera. Es verdad que con frecuencia más que sujeto agente, te encuentras como sujeto paciente y reclamo de quien, a nombre de los nuevos misioneros, quiere mover la piedad de los fieles y aun despertar su generosidad. Almas hay profundamente cristianas y sencillas que tienen a honra poder aportar algún sacrificio y ayuda para los misioneros y el misionero que parte. Pero evitemos exageraciones y no demos ni sombra de pretexto a que las despedidas de los misioneros se conviertan o se tomen como un simple juego de bolsa. De todos modos hay una diferencia total entre el dinero que se recauda «para los misioneros» y ese otro que con destino personal al P. X o al P. Z perjudica el espíritu de austeridad y pobreza que no por ser misionero vas a olvidar tan pronto.

Si alguno de tus compañeros, añade el P. Silvestri, a fuerza de importunar y de pedir consigue llevar todo un cargamento de obsequios y regalos, no le envidies un contento efímero que ha sido con detrimento de su paz interior y de una santa alegría auténticamente misionera. Quizá como bagaje se lleve también una nubecilla de murmuraciones y comentarios poco favorables de las personas a quienes importunó y de los mismos hermanos en religión, un poco escandalizados o de los mismos superiores, que a veces, se ven obligados a gastos excesivos de portes por cosas completamente inútiles y caprichosas. Recibe, pues, agradecido lo que te den, pero no pidas nada a nadie. Ese pedir y buscar cosas para tu casa dice poco a tu favor, manifiesta un secreto egoísmo y apego a las cosas que dice dejar el misionero y extraña, pues hace suponer que ni los superiores le han de suministrar lo suficiente para el viaje, ni la misión ha de atender maternalmente a sus necesidades.

Cuando a san Francisco Javier le notificó san Ignacio su ida a las Indias, lo más que lograron de él que aceptara, fue una burda sotana de lana contra los intensos fríos del Cabo Buena Esperanza y algunos libros de devoción que no era fácil encontrar en la India. Eso y unas mudas, junto con el breviario y el crucifijo, era todo el bagaje del Apóstol de las Indias. Por eso le bastó un día de preparativos. No todos podemos ser Javieres en estos detalles; pero es importante al menos que nuestro viaje y preparativos no den «la sensación extraña de que nos servimos de la vocación misionera para empezar a poseer y a acumular, mientras olvidamos que para los verdaderos apóstoles la vocación es inseparable del consejo de Cristo: ’’Vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y ven y sígueme.”»

Pero no hay tampoco que exagerar. No se opondrá a este espíritu de austeridad y desprendimiento que vayas provisto de cuanto te pueda ser útil en el nuevo ministerio, por ejemplo una selecta biblioteca o utensilios de tu especialidad o incumbencia con las herramientas de oficio. En esto ten presente la misión a que eres destinado. Hay países donde encontrarás de todo, otros donde apenas halles nada. Tus superiores son los que han de llevar la iniciativa, o tú con su aprobación.

Otra contribución que casi inevitablemente pone a la vocación misionera el amor propio, es la visita a los parientes. Lo impone el ambiente, el justo deseo de los familiares, quizá hasta la misma piedad filial y la educación religiosa. Sin embargo, el ejemplo de los Santos está en pie, está en pie la ascética cristiana y en pie el no consentir que el amor propio, a título de sacrificios futuros nos imponga desquites presentes, y a título de heroicidades contingentes, nos haga de momento triviales. Si no siempre es excusable una renuncia total, sepamos que al menos una larga permanencia con la familia «difícilmente puede sostenerse sin menoscabo de la gravedad apostólica». Es una situación violenta para todos y hasta puede ocurrir que enojosa para los mismos familiares, que si muestran cariño, no pasa de ser con frecuencia un cariño algo barato. «La mejor y más digna despedida es la que se hace por carta o con una visita lo más breve posible, de tren a tren, como suele decirse. Después habrá tiempo de dar explicaciones y entenderse. Entonces podrás manifestar tu afecto con tanta más naturalidad cuanto más parco fuiste en tus palabras al partir, ya que el sacrificio que entonces realizaste por amor a Jesús te da ahora un santo derecho para hacerlo. Así es como se honra uno a sí mismo y conquistan prestigio y admiración los misioneros, muy al contrario de aquellos que después de haber mostrado por todas partes sus debilidades y pequeñas miserias, llegan a la misión y no encontrando al poco tiempo novedades con que alimentar la ligereza de su espíritu, hacen un cambio de frente vergonzoso, por haberse buscado en todo a sí mismos, en vez de mostrar a Dios su humilde agradecimiento por gracia tan extraordinaria.

Esto no ha sucedido ni sucederá jamás al misionero que supo prepararse a la partida con gran acopio de fervor, mediante el silencio y la oración»[[150]](#footnote-150).

CHARLA SEGUNDA
 EL PRIMER VIAJE MISIONERO

Pronto se le presentan, al todavía presunto misionero, ocasiones y campo en que ejercitar la virtud de que hubo de hacer acopio o que esperaba tener que necesitar después, cuando se hallara entre los paganos. El viaje se anticipa a sus deseos y los primeros con los que ha de ejercitar la virtud es con los compañeros de viaje. Quizás es la primera ocasión en que, salido de la vida de comunidad, ha de hacer uso de una libertad que antes no tenía, y por primera vez se ve dueño de sus gustos y pequeños caprichos. Pero pronto verá que éstos no siempre coinciden con los de los compañeros de viaje. La vida en el barco y en un mismo camarote, el arribo a los puertos de escala y con ello la ocasión para bajar a tierra y ver la ciudad, el trato con gente hasta entonces desconocida y en la que quizá halla una amistad que no había pensado, le pondrá en circunstancias delicadas de mortificación, de condescendencias, de prudente reserva. Sería escandaloso que el barco, que lleva a los noveles misioneros y hermanos de religión, fuera testigo de las primeras desavenencias, rencillas y disputas; y que las cruces de que había oído hablar, se les adelantaran tanto que fueran ellos los mismos que se las van haciendo con sus modos intemperantes, caprichos y terquedades. Posiblemente los viajes serán pronto tan rápidos como el avión, pero no pocas veces será todavía el barco el vehículo más socorrido. Lo nuevo de la vida en él, un contacto tan directo con el mundo, te pondrá en situaciones de las que sólo una virtud muy hecha y basada en el espíritu y prudencia sobrenatural, te hará salir airoso y evitar el extremo de una vida de retraimiento, cortedad y aldeanismo, y el de pretender darte aires de hombre corrido o de turista, que sabe alternar con cualquiera y despojarse de su modestia religiosa. Si esto no dice bien con la sencillez y austeridad religiosa, aquello desprestigia tu vocación.

La idea que se tiene del misionero católico no gana absolutamente nada con este aire de mundanidad. «Deja para otros las distracciones, las alegrías ruidosas, las diversiones de los seglares y guarda para ti la dulce y tranquila poesía del retiro y de la paz interior. El saber alternar dignamente con la gente no te exime de las precauciones y limitaciones que la virtud y la prudencia religiosa imponen. Ni son raros los que han hallado en su primer viaje misionero una quiebra decisiva a su virtud. Así somos.

La convivencia te impone sacrificios en los que no habías reparado hasta ahora. La urbanidad te exige atenciones y respeto a los demás, sean de la nación o condición social o religión que sean. Tu misma devoción y piedad no podrá tener exigencias que molesten razonablemente a otros y deberás abstenerte de pedir favores y excepciones que te presentan ante los demás como un viajero singular y misterioso, fuera del marco de los demás, para los que resultarías pesado y ridículo. Será de mucha edificación si te ven reservado en pedir servicios y causar molestias. Cuando ello sea imprescindible, hazlo de suerte que desde el capitán hasta el último mozo de servicio vean armonizadas en ti la modestia y la humildad con la delicadeza y el respeto. Si siempre, ten aquí sobre todo presente la sentencia del Apóstol: «Nos hemos convertido en blanco de las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres»[[151]](#footnote-151). Tampoco saben todos salir airosos de la mesa; unos por excesivo encogimiento, otros por desenfado, exigencias o intemperancias, pueden dar que hablar y criticar. Nunca podemos olvidar que si el hábito religioso nos distingue al exterior, debe haber algo que responda en nuestra conducta a esa distinción. De lo contrario nos haría hipócritas o superficiales que miramos nuestro hábito como algo puramente ritualista y sin contenido.

Algunos, por un deseo incontrolable de novedades y de cultura, les parece que no deben dejar pasar ocasión para ver lo que la escala, en los puertos de paso, les ofrece. «No es aconsejable descender en todos los puertos donde el buque hace escala y correr desalados hacia donde quiera que se vea una torre o una cruz; pasar revista a todas las calles, templos, pagodas, museos y plazas; ir en busca de anécdotas e impresiones; correr por todos los caminos y querer meter la cabeza por todas las ventanas...»[[152]](#footnote-152). Este modo de proceder podrá dar la impresión de perro que estaba atado y que, suelto ya, no hay rincón que no olfatee. No olvides que la vida espiritual tiene sus incompatibilidades. Tal vez tus conocimientos geográficos y tu cultura general se enriquezcan con algunas ideas o experiencias más. Pero si al fin de la jornada te repliegas dentro de ti mismo y no encuentras aquella calma y aquel recogimiento que con tanto esfuerzo conquistaste en los primeros años de formación y vida religiosa, no culpes a otros que a tu incontrolada curiosidad y disipación. Y amonéstate lo que tantas veces vas a amonestar a otros. «Quid prodest homini si mundum universum lucretur animae vero suae detrimentum patiatur?» Porque es preciso que seamos consecuentes y sinceros y no dejemos de amonestarnos a nosotros lo que hemos de amonestar a otros. Ni digas que tus intereses son santos y los del mundo pecaminoso. Hay una perfecta relación entre nuestras cosas y las suyas, y si a lo del mundo lo llamamos detrimento y bagatela es porque lo comparamos con Cristo, a quien de una u otra forma, ellos con sus vanidades y nosotros con las nuestras, perdemos.

Nada más salir de tu patria, al llegar a misiones te verás, lo más probable, en medio de un ambiente internacional. Este primer contacto con el mundo es, desde luego, sumamente higiénico: se ensanchan horizontes y se admira más la grandeza de la Iglesia Católica, a la que miras ya con un sentido ecuménico que te hace decir de otro modo: Padre nuestro que estás en los cielos... Te hace ver que si Dios te llamó a ti, llamó también a otros de tu misma patria y de otras, al beneficio de la fe y de la vocación. Te dará devoción apreciar en ellos un mismo espíritu cristiano, un mismo espíritu religioso y un mismo espíritu misionero que el tuyo.

Pero empezarás también a ver costumbres, usos, formas, distintas de las que hasta ahora en tu patria, en tu provincia, estabas acostumbrado a ver. Si este primer contacto con el extranjero fuera sólo provechoso no me detendría más. Lo hago porque puede también serte algo perjudicial y expuesto a desorientarte un poco.

En tu buen deseo de acomodación, te encontrarás quizás indeciso. Unos reaccionan instintivamente contra lo que no vieron nunca en su patria y provincia, porque les extraña y lo toman quizá por menos digno, menos religioso. Otros, al revés, al ponerse en contacto con otras nacionalidades se lanzan inconsideradamente a lo de los demás, como si estuvieran esperando a que llegara el momento de sacudir lo propio, que les pesa quizás más, y aceptan en seguida lo que les agrada y es más libre, porque al fin lo conceptúan compatible con el espíritu religioso. Su acomodación es naturalmente parcial e incompleta: no toman aquello que es más rígido que en su propia nación o provincia, sino lo que les resulta más cómodo y conservan de la propia nación o provincia lo que a su vez es más holgado, menos rígido. Sin darse cuenta están sufriendo ya una primera quiebra. Por no ir prevenidos algunos han dado su primer traspié aquí.

Porque es un error creer que el espíritu de acomodación está en tomar lo de los demás y dejar lo propio. Cierto que a veces así tendrá que ser, según aquello de: «dum Romae fueris romano vi- vito more». Pero aun aquí habrá que decir que «según y conforme».

¿Por qué, por ejemplo, porque veas que religiosos de otras provincias usan lo que en la tuya te estaba prohibido o era mal mirado, lo vas a empezar a usar sin otro motivo que el de ver que otros lo usan? ¿Por qué si los de las demás naciones son más libres en lo de usar esto o aquello vas a empezar a hacer tú otro tanto? Dirás que por acomodación. Es error. La acomodación no te pide más que ser comprensivo o, si se quiere, tolerante. «Comprensión es el esfuerzo positivo y cordial por explicarnos las creencias, la conducta y los hábitos de otra persona, sin que por ello hayamos ne­cesariamente de adoptarlos o aprobarlos.» La acomodación, pues, está en que no juzgues imperfecto en ellos eso que sería imperfecto en ti. Pero no es falta de acomodación el que creas que algunos usos o costumbres de tu provincia o nación dicen en ti mejor con el espíritu religioso que te enseñaron y que tú no serías tan observante si te permitieras lo que otros se permiten.

El espíritu de acomodación está en que seas comprensivo para no juzgar, para no criticar, para no extrañarte; pero no está en que tomes para ti lo que ves que toman los demás.

Eso no es acomodación, eso es dejar de ser lo que eras. Y ¿por qué, por venir a misiones, has de dejar de ser lo que eras? Según en qué. Pero sin más ni más, o porque sí, eso no.

¿Es que por ir a misiones has de dejar de ser jesuita español, o dominico yanqui o salesiano francés? Deberás saber prescindir de tales y tales cosas accesorias; dejar estos y otros derechos; acomodarse al plan de vida y distribución de tiempo, etc., pero tomar concesiones o libertadas o usos, ¡cuidado con lo que tomas! Porque si por acomodarte tomas lo que te es más elegante, más bonito, más libre, más ancho que lo que tú traías, dispénsame que te diga que ya tu vocación misionera empieza con una quiebra; tu amor propio empieza a cobrar intereses antes de haber metido el capital.

CHARLA TERCERA
EN TU SEGUNDA PATRIA

Ya has llegado a tu misión. Ya estás en la que llamas tu segunda patria. Ya te hallas entre aquellos que soñabas convertir. Los miras con ojos amables y quisieras desbordar tu lengua en afectos y sentimientos hacia ellos; pero como no puedes, les hablas con los ojos, con tu ademán, con tu sonrisa, con esos signos de un lenguaje que todos entienden. Sientes por ellos una simpatía que ellos pronto adivinan. Verás que te tratan también desde el primer día casi como a un conocido. Y es que, efectivamente, te conocen; te conocen en los que te precedieron. Como cuando tú has conocido al hermano mayor y al presentarte al hermano menor, al punto el aire de familia te lo delata, así aquí. Para los cristianos eres el Padre, otro misionero más, o el Hermano que viene para ellos. Y los paganos también, a su modo, te conocen. Saben que eres el Padre extranjero que, por amor a ellos, ha dejado su patria. Para trabar amistad verás que no tienes más reparo que la lengua. Pero como los neófitos son atentos, son delicados, pronto verás que estás capacitado para trabar un poco de amistad con cualquiera.

También en la comunidad en que vives tu llegada ha causado sincero regocijo; te ven como a un hermano que tenían, pero que no conocían; como a un operario más que viene a ayudarles en la faena misionera. Como vienes de la patria, a tu llegada traes prendidos de tu sotana, flotando en tu sonrisa, escapándose de tus labios aires naturales de la patria, nuevas, recuerdos, efusiones. Eres el lazo de unión, eres un guion entre la patria y los misioneros.

Y es por ti por quien vuelven a renovarse mil gratos recuerdos que no han muerto. Notas, pues, que eres naturalmente bien acogido y que todos te reciben llenos de atenciones. No tengo nada que decirte, sino que es natural, y es sobrenatural. Porque «Societas Jesu, societas amoris». Y porque los misioneros, por lo mismo que se ven más solos, reciben con mayor contento todo nuevo esfuerzo misionero. Pero no exorbites las cosas y te llames a engaño.

La alegría y el descanso que en la casa episcopal o en la cómoda Procura te ofrecen no es más que el abrazo obsequioso de huésped y la bienvenida de hermano que te hagan olvidar las fatigas e incomodidades del viaje. Pero pronto tendrás que cambiar de panorama y empezar tu noviciado misional. Si vas de joven a la misión, y aunque vayas de sacerdote, lo más probable es que vengas a dar en una de esas casas, ya ordinarias, de aprendizaje de la lengua. Ojalá te quepa esta suerte. Serán meses, quizá hasta uno o dos años, en que te volverás a sentar en los bancos como alumno. Tus días los pasarás ocupado, pero no preocupado. El aprendizaje te resultará fuerte, pero la compañía de tus hermanos, la vida tranquila y ordenada te hará pensar que no has llegado a misiones.

Eso no quita que ya entonces empieces, sobre todo si eres sacerdote, a sentir sobre ti los filos de algo que no sabes cómo definir: ¿soledad? ¿Vacío? ¿Insatisfacción? Posiblemente de todo un poco. Estate prevenido.

Antes de venir a misiones oíste quizá decir que una de las cruces del misionero era la soledad. Y tú te creías comprenderla pensando en el misionero solo en su distrito.

Y yo te digo que la soledad la vas a sentir antes de llegar al distrito, mejor aún, quizá entonces ya no la sientas tanto como la puedes sentir desde los primeros días, dentro quizá de tu misma comunidad; una soledad acompañada. Porque tiene que ser así. Pasarán los primeros días de tu llegada, las primeras atenciones, las primeras visitas a éste o el otro sitio, muy pocos, porque hay muy poco que ver; y después te hallarás solo en tu cuarto, nadie te llamará a la portería. No hay ya ninguna fiesta a que asistir, o que presidir ninguna despedida, porque estás en un mundo pagano y extraño del que te aísla la sangre, la religión y la lengua.

Además en tu patria eras un misionero que parte a la remota China, que deja para siempre a su patria, que va a sacrificarse por las almas. Aquí eres un misionero novel sin experiencia, sin méritos aún, entre misioneros veteranos. No te extrañe si, ellos los primeros, no aprecian tanto lo que les exigiría un auto apreciación. Además de que «non Romae vivere laudandum est sed bene Romae vivere». No es lo grande venir a misiones, sino ser un gran misionero.

Por eso digo que no te extrañes, si pasadas esas primeras impresiones, ves que las horas de cuarto se te hacen un poco largas. No te desconciertes. Ya te dije desde el primer momento que la vocación misionera era sacrificio íntimo, holocausto completo. Ya te lo empieza a ser de un modo que tú quizá no habías pensado. Ven prevenido. Asienta de una vez para siempre que tu vida espiritual debe venir centrada en Cristo. Y que ese Cristo sacramentado que te despidió en tu patria, te acompañó en el viaje, te espera aquí también para que, aquí como allí, siga siendo El tu vida, tu centro. ¡Ay de ti si te olvidas de esta lección! Porque empezarás a sentir la primera desorientación de tu vida misionera. Muchas veces has oído hablar del prisionero del sagrario; que siga siendo tu prisionero y tú prisionero con él.

CHARLA CUARTA
NOVICIADO MISIONAL

Toda ciencia práctica exige estudio técnico y prueba experimental. La vida misionera, evidentemente mucho más compleja que la simple vida parroquial, reclama con mayor título un aprendizaje o entrenamiento al lado de un antiguo misionero. Es delicioso entonces el ministerio cuando sólo ocupa y no preocupa; cuando tienes a quien pedir consejo y dirección; con quien celebrar los éxitos o pequeños fracasos; de quien ir aprendiendo diplomacia en el trato con tanta variedad de gentes, serenidad para afrontar situaciones nuevas y difíciles. Todos los misioneros suelen guardar un recuerdo gratísimo de ese noviciado, si tuvieron la dicha de empezar así su actuación misionera. Es una pedagogía sin texto, una pastoral en acción, un aprendizaje por osmosis y ambiental. Pero, como noviciado que es, supone algo de prueba y de temporaneidad.

Lo primero que te exige la convivencia es jerarquía y subordinación. Al novel misionero le toca obedecer y secundar los planes y deseos del veterano. A éste a su vez le exige cariño y atenciones, condescendencia y una progresiva autonomía que favorezca la iniciativa del joven misionero. Si éste es de cualidades no comunes, un rápido desdoblamiento de su personalidad podría dar origen a un doble conflicto: al de sentirse reprimido y coartado en sus planes, o si consentido, caer en el peligro de levantar banderín de mando, de autonomía, de simpatías entre los mismos feligreses. Posiblemente de haber algunos descontentos con el veterano misionero, cosa no difícil, tratarán de ganarse las simpatías del joven recién llegado. Ningún lazo más peligroso para la paz interior y para la buena marcha de la parroquia. El joven misionero no tiene más remedio que declinar entusiasmos peligrosos y, como dice el refrán: oír, ver y callar; mejor dicho, con sus palabras y obras mostrar que por lo menos respeta el proceder de quien es su director y que él no quiere patrocinar partidismos de los que, si por el momento pudiera ser él el ídolo, pronto vendría a ser también la víctima segura. Si te faltara este aprendizaje, y, con el pequeño acopio de una lengua aprendida a medias, te lanzaran los superiores a la alta mar de un puesto de misión, contarás al menos con el personal de casa, con los catequistas y quizás algunas Presentandinas o religiosas que te podrán servir de consejo. Se impone que vayas al principio muy despacio en tus determinaciones y, pues no te falta la correspondencia epistolar, te sirvas de ella con tus inmediatos superiores.

«Los sacrificios que hasta ahora has hecho por Jesús te han ganado su Corazón, y a pesar de la soledad en que te encuentras, sentirás una paz y una alegría tan profundas que te harán más tranquilo el reposo y más gustosas tus ordinarias ocupaciones. Si el aislamiento te entristece, pronto te consolará la presencia de Dios; si te ves privado de poder hablar con los hombres, porque todavía no posees su lengua, podrás hablar con El, con tu Ángel custodio, con las personas queridas, que si bien están separadas de nosotros por la distancia, las llevamos muy cerca en nuestro corazón. Y cuando llega después la noche, y la conciencia te dice que has cumplido con tu deber y que has hecho alguna obra buena, como, por ejemplo, haber ganado algún alma para la Iglesia, haber abierto el cielo con el bautismo a alguna criatura que sin ti hubiera perecido para siempre, haber reconciliado algún pecador con Dios, o llevado a un enfermo el consuelo de la religión o haber devuelto la paz a algún hogar, y te sientes llamar con el dulce nombre de ’’Padre” por personas que no conocías, y gozas del cariño de tus cristianos y de la estima de los que todavía no lo son... he ahí tus grandes alegrías, oh nuevo misionero, sin contar las que proporciona la gracia, y que cada uno puede procurárselas a sí mismo, con el fervor, con la pureza de conciencia y de corazón, y sobre todo con la conformidad con la voluntad de Dios.

» Un misionero, que sabe moverse y trabajar sin pretensiones ni ideales imposibles, encuentra fácilmente el medio de llenar el vacío más o menos grande que en el momento de partir produjo la separación de las personas, cosas y lugares que le vieron nacer. Y así, cuando parecía que todo nos iba a faltar, nos encontramos hoy con un alimento que nos gusta, mañana con una persona que nos aprecia y a la que juzgamos digna de toda nuestra confianza; una vez empieza a gustarnos aquel camino, aquel monte, aquel arbolado que antes nos parecían indiferentes y hasta antipáticos, y luego vemos con sorpresa que nos interesan y nos atraen la lengua, la vida, las costumbres, la historia, las tradiciones de los pueblos entre los cuales vivimos, y al poco tiempo casi sin darnos cuenta, nos encontramos entregados en alma y cuerpo al campo de nuestro apostolado...

»Cierto que todavía no existen en aquellas tierras nuestras hermosas iglesias, nuestras majestuosas solemnidades, nuestras venerables imágenes, nuestros cantos solemnes, nuestras ciudades pletóricas de progreso y civilización; cierto que allí no tenemos a nuestros padres, parientes, hermanos y amigos, pero las nuevas costumbres y las nuevas preocupaciones y los nuevos afectos ocuparán bien pronto su lugar, y ya no sentirás con tanta fuerza su ausencia, sino en muy raras ocasiones. Y aun estos pensamientos dolorosos, que de vez en cuando vienen a turbar la calma del mi­sionero católico en su casita de desterrado voluntario, te servirán para alimentar la lámpara de tu esperanza.

» ¡Oh! Las grandes catedrales góticas las harán tal vez los que nos sucedan; nuestras hermosas imágenes de la Virgen y los Santos las dejaremos para nuestros templos o muesos de Europa y nosotros nos contentaremos con ver la más hermosa de todas en el Paraíso. Nuestras ciudades, nuestras músicas, nuestros seres queridos... ¡Oh!, bien vale la pena de abandonarlo todo por aquel que nos ha hecho apóstoles y que nos sostiene con sus grandes e infalibles promesas. Y entre tanto continuaremos orando en nuestra pequeña capilla de paja y barro, allí donde rogaron tantos apóstoles que nos precedieron y donde también se gusta la dulzura de la oración, cuando se sabe poseer la devoción del espíritu. En lugar de nuestros grandes conventos, de nuestras confortables casas parroquiales y de nuestros cómodos Seminarios, habitaremos contentos la humilde casita, hermosa y simpática, como palacio de reyes, cuando se tiene paz en el corazón.

»Tal será el año de aprendizaje, que si al principio nos parecía había de ser eterno, pasará con la velocidad del relámpago dejándonos en el alma un recuerdo imperecedero. Ningún otro año, ni aun el más fecundo de tu vida apostólica, será tan bello, ni de tan dulces recuerdos, como este que transcurre, silencioso y tranquil como las aguas de un río, en la quietud de una dulce soledad y en la santa compañía de Jesús»[[153]](#footnote-153).

CHARLA QUINTA
PEQUEÑAS INDUSTRIAS

Sea cual fuere tu actuación misionera has de tener a mano ciertas industrias que alivien los momentos de decaimiento y mal humor y den sana ocupación a la forzada inacción. Siempre está en tu mano la oración, el estudio. Para algunos es también un gran alivio la pluma.

Si hay misioneros errantes, que cambian continuamente sus tiendas de un lugar a otro, siempre con nuevas aventuras; hay también misioneros, sobre todo los de las cristiandades ya formadas, cuya vida no se diferencia mucho de la de nuestros párrocos y curas de pueblo. Y junto al misionero, que, como san Pablo, afronta las iras de la Sinagoga, vive a veces el que en el silencio de su cuarto prepara tranquilamente su catecismo o su plática dominical para predicarla ante el pequeño auditorio de sus cristianos. Hasta se encuentra alguno que otro que se esfuerza por conservar en la misión, consiguiéndolo en parte, el silencio, el retiro, el recogimiento del claustro.

Por otra parte, hay tiempos en los que aun los misioneros más batalladores, se ven obligados a deponer sus armas de combate y vestir el traje de cuartel, como son los meses de los grandes calores, de las lluvias torrenciales, de los intensos trabajos de siembra y de recolección, durante los cuales, el misionero no tiene más re­medio que permanecer tranquilo, en su casa. Las mismas visitas periódicas que hace a sus cristiandades las realiza el misionero sin ruido, pasando de misión en misión, de tribu en tribu, unas veces esperado con ansia, acogido otras con frialdad.

Es inevitable que a veces se encuentre el misionero aislado de todos durante semanas y meses enteros, ya perdido entre montañas, ya sorprendido por las lluvias, en casa de algún cristiano o en alguna choza o casa sucia y abandonada. «En su misma residencia no saldrá sino por necesidad y en ella tendrá que permanecer sin que haya nadie que se acuerde de él. ¡Qué dulce es tener entonces al lado del breviario, del crucifijo y del rosario, un libro, unas hojas de papel y una pluma! Es verdad que hay temporadas de trabajo extraordinario, pero también hay días, semanas y a veces hasta meses en que por circunstancias especiales del lugar, queda completamente dueño de sí mismo y de su tiempo.

Algunos misioneros, con lamentable desorientación, se hacen entonces poco menos que granjeros. ¡Unos se dan a cultivar abejas, otros, palomas o conejos, otros a criar cabras o cerdos! No negamos que la economía de un distrito tiene a veces duras exigencias. Pero que después de todos los ideales misioneros, venga a emplear su tiempo en estas ocupaciones con detrimento de su vida de estudio, de oración y de párroco, es algo terriblemente lastimoso y desolador. No estamos en el distrito para levantar la economía y para administrar una granja, sino para desarrollar la Iglesia de Cristo. Omitimos otros peligros que no hay para qué ni siquiera indicar. Todo prueba que el enemigo nos rodea por todas partes y trata de desvirtuar la acción del misionero y de corromper al que debe ser la sal de la tierra. Y por esto te prevengo.

Otros podrían tirar por otras aficiones, por ejemplo las fotográficas. Cuando la radio hiciera su entrada en casa del misionero entonces contaría con una provechosa fuente de información, pero también con un enemigo formidable de su tiempo y sobre todo de su piedad y espíritu religioso.

Muy distintos deben ser tus recursos. Y primero la oración. No en balde te sedujo desde tus primeros años la figura del Apóstol de las Indias que con tanta frecuencia se pasaba las noches en oración. Si tú no puedes ni conviene que le imites en eso, nadie te prohíbe que al menos esos forzados tiempos de soledad e inacción los emplees en ser misionero con la oración. ¿Para qué hemos oído hablar tanto del Apostolado de la Oración? Además, tu oración es infaliblemente misionera y por ella te haces hermano de tus hermanos misioneros. Fuera de esto tienes el recurso del estudio, un estudio metódico, al que vas en todo momento en que hallas un remanso de trabajo: la moral, el dogma, un comentario manual al N. Testamento, o algunas obras de interés y provecho te será una grata y provechosa compañía.

Un verdadero misionero sabe rodearse de buenos amigos, que lo distraen, lo iluminan, lo consuelan, sostienen en su forzado aislamiento; sabe formarse una pequeña biblioteca de libros conforme con su vocación y sus inclinaciones; y aunque se ve lejos de sus hermanos y de los grandes centros de civilización, sabe sin embargo mantenerse en relación con los mejores individuos de la humanidad pensante. Es, pues, necesario que el misionero esté al co­rriente de las cosas de su ministerio y de su tiempo.

Algunos, por una falsa idea de la vida misionera, se despojan con una ingenuidad asombrosa de todos los libros que componían la base de sus estudios y que tanto bien le hubieran reportado en la misión.

Tienes también la pluma. La pluma es el pico que descubre la mina, la reja que abre el surco. Sería inútil y ridículo almacenar, si no se ponen en circulación las mercancías almacenadas; y la llave que abre el depósito de los conocimientos y los lanza a la circulación es la pluma. Entre los misioneros hay muchos, por no decir todos, que podrían escribir anualmente ya una monografía sobre alguna cuestión misional interesante, ya un resumen de las costumbres y supersticiones de los pueblos que catequizan, ya un artículo sobre la educación misionera, ya una nota sobre estadística de las misiones, etc.

Es verdad que requiere circunspección para que no traslades al papel impresiones excesivamente primerizas e inexactas. La experiencia y el conocimiento más exacto de las cosas te harán modificar y corregir más de un juicio falso que te habías formado. «Esto no debe retraerte de anotar y de escribir tus observaciones, pues de otro modo el atractivo de la novedad pasa, y perderás la ocasión de deleitarte a ti mismo y de instruir a los demás con tus escritos. Si hubiéramos de esperar a hacer una obra completa y libre de toda crítica, no escribiríamos nunca. Aparte de que por lo común se leen con más gusto las narraciones sencillas y espontáneas de los misioneros, que las tesis profundas y científicas de los sabios sobre este o aquel pueblo, porque en las primeras hay siempre una gran dosis de entusiasmo y de poesía, que serían un verdadero defecto en las segundas.

Otros descuidan la formación del estilo y creen que para misiones no necesitan escribir con elegancia, ni para ello leer. Las dotes literarias serán siempre un prestigio de nuestro ministerio y un medio de apostolado como lo es la elocuencia, etc. ¿O es que hemos de consentir que sólo los escritores profanos sepan agradar e interesar? Este error podría ser hijo de otro. El de creer que el misionero debe desvincularse del mundo que dejó para vivir únicamente para el pueblo que misiona. En algunos casos esto podrá ser hasta obligado y edificante. En los más será olvidar que hay que ser hombres del día y que hoy no existen ni distancias ni fronteras. Hoy la acción del apóstol puede ser ecuménica. El misionero extranjero posee una lengua, una cultura, unos valores que, no por haber ido a misiones, ha de necesariamente sacrificar. Son talentos que no debe enterrar, sino en el grado en que hubiera forzada incompatibilidad, caso verdaderamente raro.

Más de un misionero te aconsejará así y todo no escribir hasta el día en que te encuentres en disposición de controlar tus escritos, a fin de no contar fábulas, hijas de tu imaginación, abusando de la credulidad de los lectores y afirmando cosas inexactas, que historiadores más escrupulosos tienen que corregir después, con des­doro del misionero. Sin desechar su consejo, el mío es que tomes cuanto antes el talento que Dios te ha dado y empieces a comerciar con él. Procura ser lo más exacto posible en lo que escribes; pero empieza. «El que no sabe empezar a tiempo, probablemente no empezará nunca, porque las ocasiones perdidas, que ya no vuelven, las impresiones recibidas, que van borrándose, mil cosas que se suceden al pasar de los días y se olvidan con facilidad, hacen que los recuerdos sean cada vez más imprecisos y aéreos, y entonces es cuando, ante la imposibilidad de rehacer lo pasado, el espíritu se abate y se desanima. ¡Cuántos conocimientos curiosos, interesantes y Utilísimos, perdidos por no haber sabido empezar a tiempo! Lo menos que puedo pedirte es que lleves un diario en el que vayas anotando día por día, y con el mayor detalle posible, los acontecimientos más salientes que te sucedan, las cosas más dignas de atención que observes, las anécdotas más originales que sorprendas, y las aventuras en que te encuentres, pues todo eso constituirá más tarde para ti y para otros un arsenal valiosísimo de recuerdos, que sin duda has de poder utilizar para provecho y entretenimiento tuyo y de los demás»[[154]](#footnote-154).

CORRESPONDENCIA

Con la pluma puedes fomentar una higiénica correspondencia epistolar con tus hermanos en religión, con tus Superiores, con tus familiares y con tus bienhechores. Esto te proporcionará verdaderos reboses de dicha. El rebose lo hace a veces una insignificancia. Una gota de agua basta para hacer rebosar un vaso de licor «que estaba lleno»; la gota no lo llena, pero muestra que lo está; y lo que rebosa no hay duda que es licor, aunque un poco aguado. Así son las alegrías del misionero. El misionero, solo en su distrito, sin más sacerdotes en 20 ó 30 kilómetros a la redonda, tiene motivos para estar lleno de alegría y decir con el apóstol: «Superabundo gaudio.» Reboso de gozo. Y aunque el motivo que señala el Apóstol es muy distinto del que podríamos humanamente pensar, el Apóstol no desecha otros motivos humanos y santos que llenan de alegría al misionero. Pero aunque lleno, no siempre lo nota; necesita pequeñeces, gotas de felicidad que lo hagan rebosar. Basta a veces una carta para lograrlo. Pocas cosas alivian tanto la soledad posible del misionero como las cartas. Sólo que las cartas no vienen si no van. A la larga el que recibe muchas es que escribe más. Y no todos están para eso. Quizá hasta es un sacrificio más que les impone la vida misionera. Pero en muchos casos la vida no carece de márgenes que puedan llenarse con una moderada, provechosa y caritativa correspondencia. Es caridad que hace, pues proporciona un consuelo al que la recibe, y es caridad que recibe en la contestación. Es además un desahogo humano y, por lo mismo, sumamente higiénico en la vida misionera. Como que se podría sospechar del misionero que apenas si escribe cartas. Muchos bienhechores no desean más que la agradecida y fervorosa carta de su misionero. Y el misionero tendrá además, por este medio, un cauce abierto a obsequios y limosnas que se traducirán en un buen libro, en la suscripción a alguna revista interesante, en el envío de una imagen, de un misal o de un cáliz para su iglesia. Hay almas generosas y agradecidas que sienten cristiano orgullo de hacer bien a los misioneros.

Tal es la mejor de las soluciones dadas al problema de ocupar útilmente a los misioneros, algunos de los cuales han permanecido toda su vida como verdaderos tesoros escondidos, por no haber tenido nadie que los supiera orientar en la explotación de sus cualidades naturales.

CHARLA SEXTA
 LA NUEVA FAMILIA DEL MISIONERO

El nuevo misionero, antes de ser jefe de una cristiandad, empieza por ser jefe y padre de una pequeña familia de personas, que le preparan la cocina, le hacen las compras, la limpieza de la casa e iglesia, le sirven de intérpretes, de porteros, de catequistas, de maestros, de bautizadores, de guías y compañeros de viaje, etc. Esta familia será generalmente como cada uno se la quiera formar; venal e interesada, si se la trata como gente venal y asalariada; adicta y cariñosa, si se la trata con afecto de padre. Muchos son los privilegios que tiene el misionero, pero no tiene ni tendrá nunca el de hacerse amar, siendo autoritario, soberbio, caprichoso e irascible.

Todos los hombres tenemos nuestras faltas, y las personas que viven con el misionero no son una excepción de la regla; pero puedes estar seguro que la paciencia y los buenos modales con ellas, conseguirán corregirlas de muchos de sus defectos. Por eso te aconsejo que en el trato con las personas que tengas a tu servicio, evites tanto la excesiva condescendencia, como la demasiada severidad.

Procura ante todo encontrar un buen criado, y una vez que lo encuentres, abandónate a él con confianza, pues aunque en alguna ocasión tengas que lamentarte de haber seguido su consejo, muchas más serán las que te arrepentirás de no haberle escuchado por seguir tu parecer o tu capricho. El conoce bien las costumbres del país y tú no; a veces él creerá más conveniente hacer o dejar de hacer una cosa en contra de tus órdenes y si estuvieras en disposición de apreciar las razones que le han movido a obrar así, en vez de enojarte y reprenderle, no podrías menos de alabar el celo y la prudencia que ha demostrado en tu favor. Es el consejo que daba San Francisco Javier, a un misionero, al mandarle un criado: «El hombre que te mando conoce bien las gentes de este país y sabe perfectamente cómo se ha de tratar con ellas. Haz, pues, lo que él te diga sin contradecirle en nada. Así lo hice yo y me ha ido muy bien. Hazlo, pues, tú también. Te lo ruego encarecidamente.»

Pero a veces sucede que nosotros recompensamos una acción buena o al menos hecha con buena intención, manifestando nuestros malos modales en palabras ofensivas, de las cuales muy pronto tenemos que arrepentimos. Creemos siempre que las personas que nos rodean son sospechosas e indignas de nuestra confianza, y en consecuencia, se cierra todo bajo llave de un modo humillante para ellos; se revisa todo, se cuenta todo, se observan todas sus acciones con ojos poco benévolos y nada paternales, y ¡ay!, el día en que los sorprendamos en la menor falta o descuido. Esto nos basta para confirmarnos en todas nuestras injustas sospechas.

Tal modo de obrar con nuestros familiares sería un grave error, y el que no trate de corregirse hará sospechar, con fundamento, que no fue precisamente la caridad lo que le impulsó a hacerse misionero, que si así hubiera sido, empezaría a practicar tan hermosa virtud con las personas en cuya compañía vive. Y al fin de cuentas, tiene que sufrir él mismo el castigo de sus sospechas; pues, aparte de que por su desconfianza anda siempre cambiando de personal, pierde con frecuencia la paz, el recogimiento, la devoción y a veces hasta la reputación dentro y fuera de su casa, por cosas que casi nunca valen la pena. No quieras ser tú, oh hermano, de esos que sólo saben ser indulgentes consigo mismos y se turban y se encienden con un celo farisaico ante el menor defecto de los demás y hasta cortan el divino oficio con muy poco respeto, y dejan por el menor contratiempo la meditación y se acer­can sin quietud ni preparación a celebrar la Santa Misa.

«Aconsejo, pues, al joven misionero, que sea mirado y económico, pero sin ostentaciones y sin pretender de los otros más de lo que pueden, exigiéndoles tal vez una perfección, que estamos nosotros muy lejos de poseer. Quisiéramos que nuestros criados fuesen afectos a nuestra persona desinteresadamente, por amor, o al menos desearíamos que fuesen de la misma sinceridad y tan fieles como no los encontrábamos quizás ni en nuestros mismos pueblos. La pereza, la indiferencia, la poca fidelidad, la falta de limpieza, que entre nosotros se reputan por defectos graves, son el ambiente natural de muchos pueblos, y es necesario que nos acostumbremos a tolerarlos si hemos de vivir entre ellos. Eres tú el que con tu ejemplo has de ir educándolos poco a poco en el orden, la limpieza, la economía, en una cierta conciencia de su dignidad personal; pero sólo lo conseguirás a condición de que uses con ellos de buenos modales y de una gran dosis de paciencia y caridad.

¡Cuántas veces hacemos ejercitar a los otros estas dos hermosas virtudes! Al principio especialmente todo nos admira y extraña, y lo que es peor, creemos engrandecernos y hacernos superiores, manifestando al exterior nuestra admiración y extrañeza. Y esto, al mismo tiempo que ofende a los otros, es en extremo pueril y ridículo por nuestra parte.

Pues bien, hermano mío, si quieres que te dispensen y perdonen todos tus defectos y las violentas manifestaciones de tu carácter y hasta la repugnancia que sientes a los usos y costumbres del país en que vives, ama, pero ama mucho, porque como dice el Evangelio, «al que ama mucho, se le perdona también mucho». No siempre las personas que tienes a tu servicio te ayudarán cuanto podrían. Las verás remolonas para el trabajo, pero muy listas para recibir el salario; andarás continuamente excitándolas al cumplimiento de sus deberes y muchas veces tendrás que hacer por ti mismo lo que mandaste hacer a los otros, o corregir sus errores después que lo han hecho. Todo esto y mucho más tendrás que sufrir de los tuyos, sean criados o catequistas, maestros de escuela o encargados de bautizar, propagandistas o directores de alguna cristiandad... Pues bien, acuérdate entonces, oh joven misionero, del Divino Maestro, e imita la caridad, benignidad y paciencia que Él tuvo con sus rudos discípulos.

Es admirable cómo Jesús se adaptaba a sus costumbres, cómo soportaba sus defectos. Cuanto más delicado y sensible es uno, tantos más hacen sufrir las faltas de delicadeza de los otros y Jesús lo era muchísimo. Y, sin embargo, cuando no se trataba directamente de la gloria de su Eterno Padre, y cuando no se imponía la corrección ya para bien de ellos, ya para enseñanza nuestra, supo callar y soportarlo todo. Después, al transferir a Pedro su divina autoridad no le dijo: «Si me amas, pega», sino «si me amas, apacienta mi rebaño». Y es admirable y conmovedor al mismo tiempo el paternal amor que San Pedro tenía a los hijos, que había engendrado por la fe para Jesucristo.

«Omnia vincit amor.» Ama, pues, y serás amado. El gran apóstol san Francisco Javier moría en Sancían abandonado de todos; el único que le permaneció fiel y le consoló en los dolores y angustias de su agonía fue un criado chino»[[155]](#footnote-155).

CHARLA SÉPTIMA
EL MISIONERO INNOVADOR

1° Uno de los defectos más comunes en los jóvenes misioneros es el espíritu innovador. Efecto a la vez de su entusiasmo virgen y de su inexperiencia absoluta, siente la fiebre de cambiarlo todo. Todo lo encuentra mal, imperfecto. Apenas pone el pie en su pequeño reino, empieza a desplegar su programa de acción: «Recedant vetera, nova sint omnia.» Quizá ni se retrae de criticar mostrando al exterior, con aire de suficiencia, el descontento que todo le produce. ¿Por qué hacen esto así? ¿Para qué esto otro? Y entra decidido por el camino de las innovaciones y reformas:

Aquel catequista no es competente; aquel otro estaría mejor en tal sitio; aquella escuela no está bien organizada; aquel cuarto no tiene aire, ni luz; hay que abrir la ventana por otro lado y poner la puerta al revés; la cocina es incómoda; el horario no es natural; el modo de hacer la propaganda anticuado...»

¡Ay!, amigo, te diré con todos los experimentados misioneros, mete el clavo en el agujero ya hecho y sigue haciendo el surco por donde ves que ha pasado el arado. San Agustín, que sabía algo más que tú de estas cosas, decía ya en su tiempo: «Auctoritati credere magnum compendium est et nullus labor.» En toda sociedad la tradición constituye una de sus fuerzas vitales, forma una especie de ambiente sagrado, impregnado de leyes superiores a las que todos debemos someternos y que son las que hacen posible esa estabilidad y continuidad propias de toda institución bien cimentada. Tal vez hagas así menos bien, pero también harás menos disparates y no olvides que se necesita muy poco, que basta a veces una sola imprudencia, para echar a perder una obra que costó largos años y muchas fatigas.

«Puede ser que el misionero que te precedió en el lugar que hoy ocupas, tuviera menos celo, menos preparación o menos energías que tú; pero era un antiguo misionero, conocedor del terreno que pisaba, y poseía, por lo tanto, una experiencia que tú no tienes. Tal vez no podrá contar aquél grandes victorias y conquistas; pero sabrá mantener dignamente la posición conquistada que le entregan, mientras el joven recluta cae fácilmente en cualquier emboscada y tiene que hacer marcha atrás perdiendo del terreno que le habían entregado. Los más grandes desaciertos y las situaciones más comprometedoras por que tiene que pasar a veces una misión, nacen casi siempre de la inexperiencia y los caprichos de los jóvenes, que quieren maniobrar con una independencia que sólo los muy antiguos y conocedores se pueden permitir.»

2° «Respeta las costumbres y deja a otros la responsabilidad.

Si quieres, pues, evitarte muchos desaciertos y disgustos, toma, oh joven misionero, como punto de partida el último paso que dio tu predecesor y no desprecies lo que él hizo, aunque te parezca lleno de errores. Tú no sabes las razones que le indujeron a obrar de aquel modo, y si el Superior no te lo manda, deja a los demás la responsabilidad.

Así, pues, no admitas a los sacramentos a los que tu predecesor no quiso admitir, si antes no obtienes su consentimiento; a los expulsados de la cristiandad no vuelvas a recibirlos, si no dan grandes muestras de arrepentimiento que te aconsejen hacerlo; mantén en su puesto a los catequistas que encuentres; los maestros, cocineros, porteros y demás personal que halles prestando sus servicios en la casa, haz que sigan gozando, en cuanto sea posible, de tu entera confianza. Todo misionero, que permanece por algún tiempo en un lugar determinado se atrae el amor de las personas que trata y por lo tanto nunca produce buen efecto, que un joven, llegado ayer, pretenda cambiarlo todo de arriba abajo no dejando nada en su lugar. Si tienes que introducir alguna novedad, espera a lo menos que el recuerdo de tu predecesor se haya debilitado algo en los que vivieron con él y que el estima y afecto que por él sentían los hayan puesto en ti. Pero aun entonces, has de ser prudente en introducir reformas que llamen demasiado la atención. Esto lo exige el orden, la disciplina, la concordia, la unión y hasta el buen nombre y prestigio de la familia misional.

No seas ligero ni precipitado en cambiar nada del reglamento, ni de las costumbres, ni del personal adicto al servicio de la misión o de la casa, sin haber antes consultado a tu superior o, si se trata de cosas de menos importancia, sin haberte aconsejado con algún otro misionero dotado de prudencia y experiencia.

Suele parecer a los jóvenes que con hacer algo que no hacían los otros ya son grandes misioneros y han conseguido el fin para el que fueron a la misión. Y no es así. Los antiguos misioneros establecieron lo que tú encuentras, después de muchos años de observación y experiencia, lo observaron escrupulosamente ellos mismos y a eso se debe en gran parte el buen nombre que dejaron.

Conserva, pues, sin variarlo, el salario de los criados, sus obligaciones, las horas de oración, el modo de hacer los rezos, las cautelas que deben regular el trato familiar con los mismos. Es natural que a un joven misionero se le haga duro al principio el mantenerse algo distanciado de sus cristianos y aun de sus familiares, pero con el tiempo comprenderá que esto lo exige su propia dignidad. Los pueblos bárbaros y medio civilizados son como los niños; no conocen esos sentimientos nobles, que, al mismo tiempo que nos hacen considerar a los demás como hermanos, y por lo tanto iguales, nos mantienen en el respeto y consideración que se les debe. De aquí es que cualquier exceso de benevolencia y de confianza que se tenga con ellos, los hace ineducados e importunos[[156]](#footnote-156).

De los naturales de cierto país decía un misionero que lo había oído de otro muy experimentado: El indígena no sabe estar sino arriba o abajo, no en el medio. O los dominas o te dominan.

«No han faltado misioneros que quisieron obrar de otro modo. Unos admitieron a los criados a su mesa, otros les doblaron el salario; éstos les dispensaron de ciertos actos de respeto que estaban acostumbrados a hacer al misionero, aquéllos aflojaron las riendas de la vigilancia y disciplina; pero todos comprendieron bien pronto, a costa suya, la sabiduría que encerraban las costumbres y estatutos que establecieron los viejos misioneros y que ellos pretendieron modificar con tanta ligereza por su parte. La experiencia de las cosas no es cuestión de un día, ni cuestión de libros, es resultado de muchos años de observación y estudio. No sin razón aconseja la Sagrada Congregación, sobre todo a los principiantes constituidos en autoridad, que no cambien nada de lo que encuentren establecido, sino después de una permanencia de diez años en el país de misiones.» Es claro, sin embargo, que no es espíritu de novedad todo lo que no obedezca a capricho, ligereza o espíritu de contradicción, sino a un mayor desarrollo de la vida cristiana y de la obra de evangelización.

3° Innovación e iniciativa. Innovación y eficiencia. No hay que confundir, como te decía, espíritu innovador con espíritu de iniciativa. Todo hombre al frente de un negocio, de una obra, lo necesita. Iniciativa para hallar nuevos medios de desarrollar su apostolado o dar más eficacia a los que ya se tienen. Iniciativa para buscar soluciones nuevas a problemas nuevos o antiguos. Iniciativa para hacer nuevas conquistas.

Sin iniciativa las obras se estancan, decaen y mueren. Este espíritu se completa con el de la eficiencia. Todos pueden comprobar que muchas obras decaen por no ser eficaces. Se tiene escuela, pero se lleva mal; se explica religión, pero se explica mal; se tienen catecumenados y ejercicios, pero, se tienen mal, mal preparado, mal dirigido, mal desarrollado. Unas veces es cansancio, otras frialdades, otras cortedades de talento, de carácter y de maña. Basta que venga un nuevo superior, un nuevo párroco, un nuevo prefecto y aquello cambia a los pocos días o semanas. Y, sin embargo, ese superior, párroco o prefecto no ha necesitado ser innovador, le ha bastado ser eficaz. Ser eficaz él mismo y hacer eficaces a los que de él dependen. ¡Cuántos que pudieran ser instrumentos, no lo son porque no sabemos servirnos de ellos, no sabemos aprovecharlos!

El espíritu innovador tiene una diferencia esencial con el de iniciativa y eficacia. Aquél empieza por destruir, por tirar, por abandonar. Estos no destruyen, sino levantan; aquél suprime, éstos sustituyen; aquél deshace, éstos construyen. Sólo después de haber sido eficiente y eficaz se puede ser emprendedor e innovador. Porque la vida es movimiento. Así como nada hay que tirar por el mero hecho de ser antiguo, así nada hay que rechazar o admitir por el mero hecho de ser nuevo. En un caso y otro debemos atender al fin. Pero la prudencia, la urbanidad, la dignidad y respeto a nuestros mayores nos hace que no destruyamos nada sino después de haber construido otra cosa mejor y más duradera. Sólo así se puede compaginar el celo con la obediencia, la iniciativa con el respeto, el dinamismo con la prudencia.

CHARLA OCTAVA
CONSEJOS CASEROS

Entre los modismos del rico y sentencioso lenguaje chino hay uno que encierra toda una lección de vida social no sólo para China, sino quizá para los más de los países de misión. Es el «pu yao chin».

«Pu yao chin». No es fácil dar con precisión su traducción en español. Vale tanto como decir: No importa; no te apures; no es la cosa para tanto; eso ni va ni viene... Esta multiplicidad de matices, nos indica que no es sencillamente una frase, sino un principio de acción, una máxima de vida práctica, un consejo del que hay que echar mano consigo mismo y con los demás. El «pu yao chin» es un tópico en el lenguaje chino y con él se formula una de las notas del carácter, algo elástico, de los chinos y de lo «no chinos. Él nos amonesta que aquí, en países de misión, no demos tanta importancia a las cosas, a ciertas cosas, porque a la verdad no la tienen, o a lo menos ellos no se la dan. Uno de los defectos que se achacan algunos pueblos en su carácter es cierta nota de infantilismo. Y cierto, el pueblo pagano sin el peso de la fe, sin la trascendencia de la esperanza cristiana, sin el fondo sicológico que va formando en el alma el amor de Dios, se puede decir que tiene que tener una personalidad muy reducida, tiene que tener no poco de infantil en el orden moral y religioso sobre todo. Ahora bien, nada de lo que entre niños pasa, reviste la trascendencia que tiene lo que pasa entre personas mayores. «Cuando era niño, decía San Pablo, hablaba como niño, pensaba como niño, sentía y gozaba y juzgaba como niño.» Como quien dice, mis palabras, mis pensamientos, mis alegrías y tristezas tenían la importancia que tienen las cosas de los niños. ¿Será por eso por lo que los chinos prodigan tanto el «No importa; pu yao chin»? Porque es verdad; dos chiquillos que se enfurecen no serán nunca más que eso: dos chiquillos enfurecidos.

Por lo menos toma para ti esta lección y no des demasiada importancia a ciertas cosas y casos, a ciertos éxitos y fracasos, a ciertas actitudes y conductas, porque no la tienen, porque no se la dan. «Aquí en China, decía un veterano misionero, ni las cosas salen tan mal como creemos, ni tan bien como nos imaginamos.» Guarda, pues, el equilibrio.

¿Que fulano en un momento de arrebato llegó hasta faltarte al respeto y querer casi pegarte? Ten calma, mañana le habrá pasado su arrebato, habrá visto su proceder insolente; los demás han visto cómo el Padre se contuvo y cómo el otro perdió los estribos, como tantas veces ellos mismos, y no importa; al día siguiente todo seguirá lo mismo, como si no hubiera pasado nada. «Pu yao chin.» Si el Padre hubiera respondido con igual tono, o quizá un sostenido más alto, hubiera provocado una tormenta colosal, hubiera exasperado a la fierecilla, removido los bajos fondos de su mezquino corazón, hubiera provocado un escándalo de inmensamente mayores proporciones; y, además, no hubiera conseguido nada, porque, cuando a uno de éstos le pica la mosca de perder los estribos, los pierde hasta el suelo, irremisiblemente.

¿Que en tu residencia los criados han armado una escandalera, se han pegado después de emborracharse y han dado un escándalo en todo el vecindario? Tú quizá te sientas movido a llevarlo por la tremenda. Otro quizá te diga al oído: «Pu yao chin»; lo que ha pasado en tu residencia una vez, está pasando fuera casi todos los días; los vecinos saben quiénes son ellos y tus criados; lo que en abstracto parece que tiene importancia, quizá aquí no la tenga tanta. «Pu yao chin.» No gastes demasiada pólvora en salvas.

¿Que el cristiano x se ha marchado furioso maldiciéndote y casi renegando de su fe, porque no le hiciste el préstamo que te pedía, o porque no hiciste por su hijo la recomendación que esperaba...? «Pu yao chin»; no importa. Déjalo pasar y no des demasiada importancia a lo que no la tiene. Ellos se conocen muy bien y saben que el Padre tiene motivos de sobra para no fiarse o no acceder a su demanda. Trátale en lo demás con toda deferencia y antes o después volverá.

¿Que por un descuido incalificable de tu gente o tuyo se te pasó en tal ocasión el atender a fulano o fulano que se marcharon muy disgustados, o que dejaste pasar tal día, tal fiesta, tal coyuntura sin que felicitaras o dieras el pésame a tal o tal; o que se te frustró tal programa o acto o tanda de Ejercicios o que la fiesta resultó un ciempiés y hasta hubo silbos...?; pues, «pu yao chin»; no importa. Procura remediar del mejor modo que puedas el daño, o el descuido o la mala impresión producida, y, adelante; no te apures demasiado. Las cosas no tienen siempre la importancia que nosotros les damos, aunque a veces la tienen mayor. Pues si tú les das la importancia que les niega, por ejemplo, el 99 por ciento de los chinos, te expones a vivir en un mundo que dista demasiado del de ellos. Tienes una diferencia de temperatura demasiado fuerte.

Sin embargo, no creamos que el «pu yao chin» es una receta cómoda para cohonestar toda tibieza y transigir con toda debilidad y pasar por cualquiera medianía. El «pu yao chin» es una regla de conducta que va a regir, no respecto de lo que Dios y tu conciencia y tu dignidad te exigen, sino respecto del valor social de muchas acciones. Te quiere decir que en China, por ejemplo, no se hunde el cielo tan fácilmente y que muchas cosas que entre nosotros serían de enorme trascendencia social, aquí no la tienen tanta, porque o son más ordinarias o son cosas que pasan entre gente un poco infantil. De todos modos quedan siempre «otras» que aquí, como en todas partes, tendrán importancia suma; sobre todo lo que toca a la santidad del misionero, de quien cristianos y paganos tienen ya un concepto sublime. No se te ocurra jamás aplicarte a ti en eso el «pu yao chin», no importa, porque te hundirías.

2. Las tormentas de verano. Se caracterizan unas, porque con frecuencia después de muchas amenazas no dejan caer ni una gota; otras por lo aparatosas que son y por lo pronto que se disipan. En China son casi diarias allá por los meses de julio y agosto. En Cuba eran también diarias a eso de la una de la tarde y gran parte del año.

Nuestro carácter es propenso a estas tormentas del alma en todas las épocas. Sobre todo si anida en nosotros un temperamento suspicaz. Vemos maquinaciones donde no las hay; segundas intenciones donde no hubo ni siquiera primeras; vemos ganas de llevar la contra donde no hubo sino simplemente olvido en avisarnos de tal acto o fiesta o detalle; en fin, creemos ver aversión donde no hubo más que un poco de pereza; desprecios y pretericiones donde no hubo más que diverso punto de vista para enfocar la cuestión.

Claro está que el alma en tales circunstancias sufre y muy sensiblemente; siente quizá hasta arrebatos de ira y, sin formularlo, está inconscientemente maquinando mil desquites y secretas venganzas. Si se añade debilidad de nervios o cierta neurastenia incipiente, corre verdadero peligro de venir a dar en cierta pequeña manía persecutoria. Al menos se lleva un número excesivo de malos ratos. Por ejemplo, 20 al día.

En cambio, el que tenga suficiente dominio de sí mismo bastará que se dé a sí este consejo: Aguanta un poco; sosiégate; deja que pase esa tormenta; haz una visita al Santísimo; desahoga un poco con Jesús tu corazón y notarás que aquella tormenta se desvanece, que ya está en calma tu alma y no hubo nada. Era sencillamente una tormenta, pero de verano. No había más que mucha electricidad acumulada... en tus nervios.

1. EL HERMANO COADJUTOR MISIONERO

Nos lo presentan en muy diversas posturas y actividades. Unos como catequista excelente y celoso, hábil cautivador de la atención en pequeños y grandes, que sólo lamenta no poder él también confesar para ayudar aun en eso al Padre misionero.

Otros nos lo presentan como pedagogo competente que, con su título de maestro nacional, regenta escuelas o instruye y educa a cristianos y paganos, realizando con su competencia y sacrificio el ideal de llevar almas a Cristo.

Otros, como habilidoso albañil de la misión que levanta iglesias, escuelas, casas, dirige obras y hace planos o contrata obreros.

Otros, como mañoso mecánico y electricista que arregla dínamos, desentraña motores, compone motos y hace instalaciones en la iglesia o escuela...

Otros como médico al frente de un dispensario desde el que difunde la fama de la Iglesia, sosteniendo de paso con la entrada de sus medicinas y visitas la precaria situación económica del distrito o casa.

Otras veces, y dentro de un marco ya más doméstico, nos lo presentan como sacristán o cocinero, como ropero o sastre, en­cargado de la huerta, vaquería, cerdería y gallinero...

Y es que todo eso es necesario y más en misiones. Todo ello lleva a la gloria de Dios, y puede emplearse como instrumento de Redención y desembocar en la salvación de las almas. Todo eso puede ser también misionero. No es fácil poder confiar todos esos menesteres, aun los que salen fuera de su carácter más interior y doméstico, a manos extrañas. Todos estos auténticos servicios que el hermano coadjutor presta a la misión hacen de él indudablemente un tesoro y un verdadero misionero... Pero no quizá un hermano misionero del Padre misionero.

Y sin embargo nos parece ser ésta la nota más bella, más auténtica del hermano misionero. Si el Padre quiere consagrarse del todo al apostolado necesita un ayudante en quien colgar una vestimenta que le embaraza y estorba. Todos los misioneros saben cuántos derroches de energías y cuántos malos ratos se ven forzados a pasar por este título financiero y administrativo de la vida misional. Cuántos misioneros tienen que emplear un caudal de cuidados y preocupaciones que debieran emplearse en planear catecumenados... Un hermano en quien descargar confiadamente todo este molesto bagaje; un hermano que para los golpes que van a quitarle el tiempo y el humor al misionero; un hermano, en fin, que sea guata que aísle el roce molesto e hiriente de la vida material en la carne viva de su apostolado, y permita al Padre una total entrega a su ministerio sacerdotal. He ahí la más bella incumbencia, el papel más noble y auténtico del hermano misionero. Porque si el hermano falta, el Padre misionero ha de ser la única vertiente que venga a recoger cuanta agua envíen las nubes y tendrá que tomar sobre sí ese enojoso cúmulo de impertinencias, o echarse en manos de catequistas extraños, faltos quizá de conciencia, de interés y de solvencia.

¡Qué feliz el Padre misionero que puede convivir pacífica y fraternalmente con un hermano misionero!

¡Qué feliz el Padre misionero que después de una ausencia o viaje fatigoso y lleno de privaciones, vuelve a casa seguro de que en ella va a encontrar a un hermano que le recibe sonriente y efusivo y le tiene preparado un alivio a sus fatigas y una sencilla compensación a sus forzadas frugalidades y cansancios! Es entonces cuando el misionero sabe lo que es el hermano misionero y es entonces cuando exclama en su corazón agradecido. ¡Cuán dichoso es convivir el Padre Misionero con el hermano misionero! Este milagro es obra de la caridad; ella hace exclamar a propios y extraños: «Quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum.»

Pero esta convivencia es tan delicada que sin una gran virtud y continua vigilancia sobre ti mismo y sobre tu carácter, podría ser causa de graves discusiones y disgustos que nos harían pensar en la soledad como en el mayor de los bienes de este mundo.

A uno y otro interesa que ante todo quede salvaguardada la disciplina religiosa en sus exigencias básicas e invulnerables y que la vida espiritual del Hermano, como la propia, vaya por cauces canalizados y seguros dentro de la inevitable eventualidad misionera. En esto hará mucho el mutuo ejemplo y no es ésta la menor ventaja que ofrece la convivencia de un Padre y Hermano misioneros. Uno es para el otro el «testigo» fiel de una vida de observancia, de piedad, de trabajo y edificación. La caridad y sincero afecto con que se traten será un ejemplo lleno de apostolado misionero que hará decir a los paganos: ¡Mirad cómo se aman!

El simple saludo que el hermano se anticipa a dar al Padre, por ir lleno de estima sacerdotal, es ya apostolado y como tal misionero. Aunque no sea auténtico Superior, hace sin duda sus veces y es justo que el Hermano secunde la voluntad del Padre con rendida sumisión. Aun para reforzar el propio prestigio, nada más eficaz, después de una buena conducta, como la armonía y mutua estima que no se ha de menoscabar ni con la diversidad de criterios, que si la hay, no se ha de manifestar ante los extraños. Porque ningún escándalo mayor para los paganos y cristianos si observasen frialdad y desvío entre el hermano y el Padre misionero.

Pero este ideal ¿es realizable? Comprendemos que tropieza con dificultades que a muchos les parecerán insuperables.

La primera cae fuera de donde alcanza la buena voluntad y es la falta de personal. ¿Dónde hallar hermanos que basten para atender por un lado a las obras generales de la misión y por otro a los puntos secundarios donde trabaja y se oculta un Padre misionero? Pero esta falta no es absoluta, es relativa. Depende naturalmente del número de hermanos que se envíen y del empleo que se les dé. Por eso nos parece necesario detallar las dificultades intrínsecas a esta solución, porque si ellas se solucionan, no tendrá ya fuerza esta del número.

Las dificultades con que tropieza la vida de solos un padre y un hermano misioneros arrancan de una triple fuente: De la vida misionera en sí, de la falta de acoplamiento y sumisión al padre en el hermano y de la falta de acoplamiento al hermano en el padre.

La Vida en sí: 1) La habitual convivencia de dos solos puede inevitablemente originar no precisamente soledad, sino monotonía y falta de expansión, de suerte que el uno se canse y hastíe del otro. Con todo, no nos parece esta dificultad ni frecuente ni seria. Tanto el padre como el hermano no viven aislados de todo trato con los de fuera; están en inevitable convivencia y amistad, y eso proporciona a uno y otro innegable desahogo, con los niños de la escuela, con los enfermos del dispensario, con la servidumbre, con los cristianos y aun con los paganos, lo suficiente para que la soledad no clave en ellos su aguijón. Otras son las dificultades y ante todo

2) La vida espiritual que tiene que quedar a merced casi exclusivamente del hermano, sin otro Superior o Padre Espiritual que el mismo compañero o padre con quien vive, que no le puede dedicar un tiempo del que quizá no dispone, porque sería añadir sobre sí un cuidado más a los muchos y penosos que supone para él la evangelización. Le faltará al hermano libertad y facilidad quizá para confesarse, y esto le puede originar situaciones de conciencia algo delicadas. Prácticamente habrá de tomar como director espiritual al mismo padre misionero, lo cual, si es lo más recomendable, quizá no sea siempre lo más factible.

3) Además en las forzosas salidas y visitas a las cristiandades del campo, el hermano tendrá que quedar solo, dueño de la casa y de sí mismo y privado además de la Sagrada Comunión durante estos días.

Estas dificultades son de tanto peso que parece inútil tratar de sobreponerse a ellas. Pero en realidad sólo prueban que la vocación misionera pide también al hermano coadjutor un temple espiritual muy elevado y sincero y una vocación bien orientada. No son dificultades absolutas, sino relativas. Merece, pues, la pena hablar claro porque hoy nada atrae tanto a las almas como la sinceridad, porque supone confianza y ésta a todos nos gusta. Los jóvenes necesitan ver claro el ideal y alta la bandera. Pero cuando brilla ante sus ojos les atrae. «Digitus Dei est hic.» Aquí está la mano de Dios.

No es imposible superar estas dificultades, innegables, si se añaden ciertos avisos para el Hermano y para el Padre que son las otras dos fuentes de dificultades.

Actitud del Hermano misionero con el Padre misionero

En el mundo de la naturaleza hay muchas cosas que se ordenan para otra:

El candelero es para que la luz se sostenga y brille más alto y alcance a más, pero él no es la luz; el pedestal sirve para que la estatua esté más elevada y se la vea mejor, pero no es él el que se va a llevar las miradas ni elogios; la escalera la usamos para subir y bajar por ella pisándola, pero no es ella la que participa de los aplausos que tributamos al personaje que baja del avión o al señor que sube a nuestras habitaciones. Es la gran lección que debe llevar aprendida a misiones el hermano misionero: su vocación no le orienta a un apostolado inmediato, sino mediato. Él es misionero mediante el padre misionero a quien ayuda o sirve. De él, como de san Juan Bautista, se puede decir: «Non erat ille lux.» Y, como el Bautista, debe decir de sí: «Non sum ego Christus; illum, el padre misionero, oportet crescere, me autem minui.» Esta actitud heroica tiene poco atractivo a los ojos del mundo y a los ojos de la carne; pero a los del espíritu es de tal belleza que no dudamos que ha de cautivar a muchas almas nobles llenas de humildad y de fervores misioneros.

Al fin y al cabo es la actitud de Saulo guardando las vestiduras de los que apedreaban a san Esteban. También él podía tirarlas; pero entendía que no hiciera tanto como en ayudar a los demás en su empresa. Aquí la ayuda se la presta el hermano misionero al padre en su lucha contra el demonio a quien quiere derrotar.

Su vocación, por religiosa y misionera, le sitúa en actitud de servicio con el padre misionero. Cualquier acto de delicadeza y atención con el padre se convierte para el padre en satisfacción y euforia, que se transforma en una inmediata eficiencia, mayor gusto y disposición para el apostolado. Como la madre, cuando está en su período de crianza, todo alimento que toma aprovecha también al hijo a quien alimenta y cría, así el padre misionero Su función apostólica, misionera, realza el valor ministerial de su vida. ¿Han pensado con frecuencia los hermanos misioneros en este valor de su vida misionera? Quizá no mucho. Se ha imaginado, sí, dirigiendo talleres o escuelas, o levantando casas o regentando un dispensario, o una imprenta..., pero no se ha visto a sí mismo al lado del padre misionero siendo su apoyo, su aliento, su Coadjutor, hermano misionero del Padre misionero. Con sola esta actitud se habrá eliminado actitudes de frialdad o de exigencias o de desquite casi en un plan de igualdad, sin apenas respeto al mismo sacerdocio, actitud que pronto notarían, no sin gran escándalo, los mismos paganos. ¡Qué desagradable sería al padre misionero tener que tropezar, en el desarrollo de sus obras, con la frialdad o con los desvíos o desquites de un hermano! Nada, pues, tan misionero en el hermano misionero como ese deseo de complacer al padre, de secundar sus iniciativas, de prestarle su ayuda, allanando dificultades, ofreciendo soluciones, removiendo estorbos. Lo que nos hace obstinados e intransigentes puede ser a- veces la gloria de Dios, pero en los más de los casos es el apego excesivo a nuestros criterios, a nuestros planes. Felizmente el hermano que está con el Padre no necesita sino secundar ideas ajenas o las propias si se lo dejan a su elección. He ahí porqué puede llevar una vida feliz y hacérsela llevar al padre misionero. Afortunadamente al hermano no le toca tanto planear cuanto secundar los planes del padre; ni organizar, sino ayudar al padre en la organización. Esta debe ser su actitud cuanto es de su parte. Somos hombres y entre los misioneros los hay más personales y dinámicos; los hay más indiferentes y remisos. El hermano conocerá en seguida la personalidad del padre, y sabrá, sin gran esfuerzo y con naturalidad, en qué puesto ha de situarse con el padre. Así los errores serán del padre, no del hermano, y los aciertos serán del padre que dirige y del hermano que secunda, apoya y trabaja.

Una actitud así es insostenible si la miramos como impuesta. Pero resultará llevadera y gustosa si nos la imponemos nosotros. El día que el hermano misionero se dé cuenta del valor misionero de una vida así, ese día en aquella pequeña residencia ha bajado el Espíritu Santo con sus siete dones y con sus doce frutos; aquella pequeña casa se ha convertido en cuartel general, en una base de operaciones, en una central de eficiencia misionera por que se da el milagro de la unión, el milagro del amor. «Frater qui adjuvatur a fratre. sicut civitas firma»[[157]](#footnote-157).

Dificultades por parte del Padre misionero.

Actitud del padre misionero con el hermano. Con un hermano ideal como el que hemos descrito en las páginas anteriores, apenas habrá Padre misionero que no salga airoso. Pero será mérito exclusivo del hermano, no suyo. Ahora bien, no podemos vivir exclusivamente a base de heroísmos ajenos. La vida tiene sus desquites, que el Padre misionero ha de procurar no justificar ni aumentar.

Así como el hermano ha de dejar toda la iniciativa al padre misionero en punto a la obra de evangelización y el régimen de la casa, etc., así él ha de dejar al hermano la iniciativa en cosas que son del todo secundarias y caen fuera de un campo apostólico. Los hombres grandes reservan su voluntad para las cosas grandes; lo importante lo llenan de intransigencia, lo secundario de indiferencia. No olvidan, sin embargo, por eso que la importancia es un término relativo. Y que una importancia total se hace de importancias parciales, como un gran efecto total, de muchos efectos parciales.

Lleno de sincero amor hacia el hermano, que lo es por tantos títulos, ha de interesarse por él, por su salud, por su descanso, por su ascendiente entre los de casa. Jamás se permitirá desprestigiar su conducta o su intervención delante de otros; si es preciso le avisará en particular. El hermano por su parte, se guardará de provocar en el Padre una tal reacción, como sería contraviniendo de propósito sus órdenes o ejecutando las cosas de modo contrario a su gusto y deseo o esquivando su dirección, información y consejo.

Consecuente con nuestro plan de llevar la vocación misionera por cauces auténticos, no hemos querido encubrir tampoco al hermano coadjutor sus peligros y sus dificultades. El hermano misionero tiene aquí un ideal que debe afrontar alegre y confiado, valiente y sabedor; un heroísmo no quimérico, sino tangible y humano. Una vez más, no son fieras contra las que tiene que luchar en la misión, sino contra sí mismo, en la trama enmarañada de una vida que ha de tejerse con la de sus hermanos sacerdotes y Superiores. Así lo quiso el Señor y eso abraza cuando abraza el crucifijo de misionero. Todo lo demás son plumas que el viento lleva y vuelan sin peso. Saber a qué se va, es llevar ya aprendido el camino por donde hay que ir. ¿No es esto un gran acierto?

La escasez de personal técnico y la dificultad de confiarse a gente extraña, eleva el puesto del Hermano Coadjutor y, lejos de disminuir, ve que se le acrecienta su personalidad. Es entonces sobre todo cuando su obediencia, su servicialidad, su respeto al padre misionero se convierte en su mayor edificación y su mejor apostolado.

1. **LA RELIGIOSA MISIONERA**

El siglo de las misiones ha justificado su título de muchas maneras; no es la menos impresionante porque es de este siglo sobre todo el tipo, ya inmortal, de la religiosa misionera. Las religiosas misioneras son hoy día una legión, porque su presencia en misiones era necesaria. También aquí se verificaba lo del Génesis. «No está bien que el misionero esté solo.» Y Dios ha suscitado en su Iglesia una legión de misioneras. La connatural timidez de su sexo, un poco también la rutina y algo la malicia de los tiempos que no lo permitía, ha hecho que la religiosa estuviese ausente del campo misionero hasta el siglo XIX. Para las religiosas no había otra forma de celo misionero que el que sentían las dos Teresas, madre e hija.

Oigamos a la de Ávila: «En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin e imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fueren buenos, determiné a hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta, de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo. Y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen, a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no tuviese a donde reclinar la cabeza»[[158]](#footnote-158).

Escribe la de Lisieux: «Quisiera iluminar las almas como los profetas y los doctores. Quisiera recorrer la tierra predicando vuestro Nombre y plantando, Amado mío, en tierra infiel vuestra gloriosa cruz. Mas, no me bastaría una sola misión, pues desearía poder anunciar a un tiempo vuestro Evangelio en todas las partes del mundo, hasta en las más lejanas islas. Quisiera ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos»[[159]](#footnote-159).

Y en estas ansias vivían recluidas en sus palomarcicos las almas más misioneras.

El celo de las almas empujó un poco la puerta, la Iglesia marcó el camino y desde entonces a bandadas corrieron las religiosas a misiones.

¡Qué falta hacía su presencia! El misionero es varón; su vida debe estar dedicada por entero al ministerio sacerdotal. Debe fundar escuelas, construir templos, regir parroquias, visitar cristiandades, dirigir Seminarios. Y en todo caso nadie como la religiosa podrá tener entrada con la mujer y suplir la acción del misionero.

La religiosa misionera, es cierto, lleva como la Virgen una vida más tranquila, un apostolado más concreto, un ambiente que no dista mucho del convento o comunidad de la que salió para venir a misiones.

Y no obstante, cuántas veces el misionero debe a la religiosa misionera sus mejores conversiones y sus éxitos más satisfactorios.

Tres son las formas cómo pueden ser auxiliar del misionero las religiosas: 1) Realizando en misiones las obras específicas de su Instituto y primeramente las de Beneficencia. Porque si el misionero es de un modo especial el apóstol de la fe, la misionera lo es de la caridad; gracias a ellas hay madres para la infancia abandonada, Hospitales y Dispensarios para los enfermos; salas y clínicas donde el ángel de la caridad extiende sus alas, en forma de tocas, sobre el que sufre. Durante el conflicto de China se ha visto a las monjitas recorrer las calles de Shanghai en coches ambulancias entre ruinas, incendios, barricadas y aun bajo el fuego del enemigo para recoger de entre los escombros moribundos y heridos; y cuentan el caso, en Shanghai mismo, de que el chófer pagano no se atreviera a manejar su coche si no llevaba en él a las monjas. Durante los bombardeos aéreos ellas han sabido conservar su puesto, animando a los refugiados y organizando la entrada en los refugios. Los mismos japoneses, asombrados ante la intrepidez de las religiosas, doblegaban su dureza.

En la ocupación de Paotingfu, religiosas hicieron guardia a la puerta del propio convento donde se hallaban refugiados 500 chinos. Los japoneses apuntan con sus pistolas a las religiosas. Ellas sonríen, pero siguen firmes, y ante su tranquila firmeza se desarma la furia del enemigo vencedor. Allí donde nadie entra, hallan puerta franca las religiosas que no llevan otra recomendación que su caridad. Más de 1.000 criaturitas pudo bautizar un año una intrépida misionera visitando a domicilio a niños enfermos, en las horas que le dejaba libres el Dispensario. Hasta en la cárcel, y a veces en las mismas pagodas, a la vista espantada de los mismos ídolos, la religiosa misionera ha entrado un poco vacilante al principio y ha administrado el bautismo. Un día desapareció de la clínica de la misión un niñito moribundo; su madre lo había llevado a la pagoda para cumplir con cierto rito supersticioso. Llegan allí dos religiosas y con sencilla decisión se abren paso hasta el niño en plena ceremonia religiosa y entre reverencias y sonrisas toman al chico y lo bautizan con la misma agua que debía servir para el rito budista.

En Hong-Kong las MM. Canosianas del Hospital de San Francisco han llegado a la cifra de 11.605 moribundos bautizados en sus visitas semanales al hospital.

Mas el papel insustituible de la religiosa misionera es el de Madre de los desamparados. Cientos de miles de criaturitas han hallado acogida en sus orfanatos, asilos, casas cunas y hospicios. Madres de los leprosos, ellas, con todas las grandes y pequeñas solicitudes de su ingeniosa caridad, han convertido la leprosería en una familia.

La caridad cristiana es la gran luz que Dios ha encendido en misiones porque su resplandor lo ven aun los ciegos. De ella a la conversión no hay más que dos escalones. Un sentimiento de reconocida admiración ante un estilo auténticamente nuevo e insospechado para el pagano. Admiración que no para en la persona de la religiosa, sino que llega hasta el Cristianismo inspirador de esa caridad y de ese heroísmo. Para muchos se produce entonces el primer contacto en orden a la conversión

Otro campo es el de la enseñanza. Su colaboración es también imprescindible; gracias a la labor docente de las Religiosas la Iglesia puede atender a las niñas y jóvenes tanto cristianas como paganas. El contacto con las Madres es para las alumnas un catecumenado. Si son importantes los colegios de niños, lo son si cabe más los de niñas porque es un campo en el que el misionero no podría por sí solo dominar. El prestigio que los colegios y universidades proporcionan a la Iglesia Católica, unido a la labor de cristianización por el contacto con las religiosas, pródigas en cariño y sublimes en su heroísmo, alegres en su caridad e inagotables en su paciencia, son dos valores incalculables en orden a la conversión. El proceso puede parecer lento los primeros años, pero, roto el punto muerto, las conversiones que iban en progresión aritmética empiezan a crecer en progresión geométrica.

Pero hay un tercer modo de aportar su colaboración misionera la religiosa, es realizar, respecto de la mujer, la obra evangelizada que el misionero con el hombre, salvo lo que es de exclusiva incumbencia sacerdotal.

Ellas pueden seguir al misionero en sus correrías apostólicas continuas y perfeccionar la instrucción de las catecúmenas; preparar a niños y niñas para el bautismo, confesión y primera comunión. Ellas pueden de modo permanente en un centro o parroquia ser el auxiliar más poderoso del misionero párroco. Ellas pueden visitar a las familias cristianas y paganas, preparar los matrimonios cristianos, dirigir las asociaciones piadosas, convocar y atender a las tandas de Ejercicios, regentar las escuelas, llevar, en fin, las obras parroquiales con la mujer.

Si las Religiosas misioneras atendieran sólo a las obras de caridad o a la enseñanza, su labor, sin duda excelente, resultaría insuficiente; en muchos casos sería como atraer los peces y luego no echar del todo la red. En cambio con el trabajo parroquial de la religiosa misionera, la labor misionera se completa y multiplica. Institutos de religiosas que se dediquen en misiones al campo parroquial nos parecen necesarios, tanto más cuanto que siéndolo, no es forma que ha cuajado en igual proporción que la de enseñanza o de caridad. Casi todas las religiosas que parten para misiones, van a abrir colegios u hospitales; no van a ponerse al lado de los párrocos misioneros para desarrollar las obras parroquiales con la mujer. Y es una pena que el párroco no cuente con estas auxiliares. Es cierto que por ser mujeres y religiosas no podrán tener la facilidad de movimiento que el misionero. Habrán de vivir en centros donde puedan estar convenientemente atendidas en lo espiritual y llevar con regularidad su vida de comunidad. Pero todo es compaginable. Ello les obligará naturalmente a un conocimiento familiar e individual de las familias cristianas y también ellas habrán de manejar sus libros parroquiales. Pero el fruto será sin duda enorme.

LA RELIGIOSA Y LA VIDA MISIONERA. DETALLES DE ADAPTACIÓN

Muchos de los consejos que hemos dado a los jóvenes misioneros son aplicables a la religiosa misionera. También ella necesita una base solidísima de vida interior, un espíritu de fe y unas ansias no quiméricas de sacrificio.

El misionero que no tuviera un gran don de oración podría en parte suplirlo con obras exteriores de celo y actividad apostólica o bien, recorriendo sus cristiandades. La religiosa más fija en su colegio, en su hospital, en su convento, no podrá hacer esto.

Hoy la salud no es ya un problema; y apenas hay misión, aun aquéllas donde domina la malaria, el tifus y otras enfermedades infecciosas, donde la medicina no haya llegado o donde los misioneros no puedan disponer de ella. La religiosa, por vivir más fija en su convento, dispone más fácilmente del cuidado cariñoso de sus hermanas.

Peor serían las enfermedades de tipo nervioso y temperamental, con amagos de neurastenia, que al debilitar el cuerpo debilitan también el espíritu y hacen que la que debiera estar pensando en las almas y cuidando enfermos, se convierta en carga para sus mismas hermanas, y ande pensando sólo en sí.

Aun este tipo es menos frecuente en las misioneras. Pero circunstancias puede haber en las que una predisposición temperamental, unida a un exceso de actividad exterior y restricciones económicas, pudieran desembocar en una neurastenia más o menos manifiesta.

\* \* \*

Pero frente a estos peligros, más o menos comunes al misionero y a la misionera, se dan otros particulares de la religiosa.

1. Primeramente es la carencia de dirección espiritual. Este inconveniente no es exclusivo de misiones, pero se comprende que en misiones se presente más frecuentemente. El personal sacerdotal es inmensamente más reducido en misiones que en nuestras naciones y esta escasez tiene que repercutir evidentemente sobre las misioneras. Es cierto que Dios suple, y que el Sagrario guarda una acción secreta y divina en sus almas. De todos modos hay que ir prevenidas. No son para misiones las religiosas excesivamente débiles, indecisas, escrupulosas, timoratas; las que no llevan suficientes recursos de una prudente autosuficiencia, defendida por igual de un extremo de timidez y escrupulosidad y de un extremo de desenvuelta independencia. Las Superioras deben en esto ser especialmente generosas para proveer a las misioneras de holgada abundancia de libros espirituales, fundamentales y sólidos, y al mismo tiempo de su gusto personal, tales que puedan suplir la inevitable escasez de directores espirituales o de cuidado sacerdotal.

2. La caridad doméstica ha de ser, sobre todo en misiones, el distintivo de la religiosa. Primero, por lo reducido de la comunidad. Sobre todo las que aceptan la modalidad misionera de colaboradoras de los párrocos, posiblemente han de vivir de dos en dos o al menos en número muy reducido. Pronto se ve que sin un carácter sencillo y jovial, contentadizo y sacrificado, humilde y cariñoso podrá resultar una convivencia inaguantable y por lo menos un purgatorio. —Segundo, porque el mismo excesivo desgaste de la vida tiende a producir un desequilibrio nervioso que en la mujer reviste consecuencia más alarmantes y molestas; toda vez que si se da el caso frecuente de un misionero solo en su residencia, nunca se da este caso con la religiosa. Siempre tendría quien fuera víctima de su desequilibrio y mal humor. —Tercero, si el misionero es casi independiente en su campo de acción, y de ordinario los Superiores sólo ejercen sobre él una ligera incumbencia, la misionera, por el contrario, debe obrar en medio de un pequeño mundo de personas, no siempre fáciles de contentar. « ¿Quién podrá, pues, evitar, escribe el P. Silvestri, que cuando menos se piense aparezca, aun dentro del hospital, del orfanatorio, de la escuela, de la farmacia..., un poco de aire de discordia, de malhumor, de descontento? ¿Quién pondrá a la misionera a resguardo de estos desfalcos del espíritu, sino una caridad bien orientada y renovada todos los días? ¿Valía la pena de haberlo abandonado todo antes de venir a misiones y no abandonar en misiones tu genio, tu amor propio, tus exigencias e intemperancias? ¿Valía la pena haber hecho sacrificios, que quizá apenas sentiste al venir a misiones y olvidar los que te impone cada día la auténtica vida misionera? Estabas impaciente para llegar a la misión y poder decir al idólatra, al pagano, cuán dulce es el Señor y hacerle gustar la dicha de verse amado de Dios y ¿eres tú la que te ves envuelta en una nube de desazones, impaciencias y amarguras? ¿La que no sabes hacer sentir a tu hermana que la amas y que vives contenta a su lado?

»Si el Señor te somete sin tu culpa a estas y otras pruebas interiores, confía que Él te guiará y hará brillar la fe en su amor, la esperanza en su consuelo y un amor insobornable a su amor; pero por tu parte no aceptes jamás el oficio de santera.

»Si ello fuera castigo de tu tibieza, fruto de tu soberbia interior, consecuencia de una vida disipada y voluntariosa, entonces vendrías a ser como una de las vírgenes locas cuya lámpara se ha extinguido en la media noche del paganismo, porque no hicieron provisión de aceite de caridad, de humildad de vida interior y de paciencia: “Non sumpserunt oleum secum.” Por eso: “Lampades nostrae extinguuntur.”».

3. Enemigas a una de la caridad y de la obediencia son las cavilosidades. La que sea muy propensa a ellas es claro que no es apta para la vida misionera. Pero si más que a falta de virtud obedecieran a propensión femenina temperamental, hay un sencillo remedio, si la religiosa misionera tiene humildad y buena voluntad: le encarguen lo que le encarguen, la pongan donde la pongan, nunca se pregunte a sí misma porqué se lo habrán mandado a ella y no a otra; no discuta sobre ello; no se crea inhábil o indigna y mucho menos se sienta humillada. Esto último no sería del todo censurable si se tratara de almas profunda y sinceramente humildes, es decir, de esas que de veras, sienten de sí con desprecio y aman ser tratadas como lo que son. Pero como esta disposición puede parecer heroica y por lo tanto rara, aténgase a lo dicho: no dé curso a esos pensamientos; no se pregunte porqué a ella y no a otra, porqué esto y no lo otro y sobre todo no se responda y ahogue en un silencio humilde todo brote de amor propio, y con una sonrisa misionera acéptelo todo pensando que es un honor muy grande el cooperar, aunque sea indirectamente, a la propagación del reino de Jesucristo en países de ínfleles. Porque su deseo fue siempre ser misionera, pero nunca debemos pasar a señalar a Dios o a la obediencia el cómo.

«Muéstrate, pues, digna y agradecida, observando escrupulosamente todas las obligaciones, aún las más insignificantes, de tu ministerio, como si cada vez te las impusiese directamente el mismo Jesucristo. Esto es, ten espíritu sobrenatural en la vida.»

4. Porque, en efecto, no es la hermana descontentadiza, ni el enfermo repugnante y fastidioso, quien te pide cien veces el mismo servicio; no es la niña de la Santa Infancia quien, además de ingrata, te reclama de malos modos tus cuidados; ni es el médico, ni la misma Superiora, ni ningún otro, quienes te exigen un trabajo difícil, o una cosa pesada, sino que es el mismo Jesús, tu Esposo, a quien entregaste voluntariamente todo cuanto tienes, alma, cuerpo, fuerza, salud, tiempo, vida. Es El, Jesús, quien te envía esas pequeñas pruebas para que ganes méritos, te purifiques y te hagas mejor. Ten cuidado de no inutilizar sus designios con algún acto de impaciencia o con alguna palabra arrogante, lo cual es muy fácil y por eso se hace necesario que te acostumbres a vivir continuamente en la presencia de Dios y pedirle todas las mañanas, al encontrarte con Jesús, que te dé una pequeña dosis de amabilidad y dulzura. Ama, tolera, compadece siempre y mucho a todos, y ejercerás de este modo en torno tuyo un admirable apostolado, semejante al que tuvo que ejercer la Santísima Virgen cuando estaba en Jerusalén y Éfeso.

5. «Posiblemente te verás siempre casi abrumada de quehaceres y de trabajo. Pero en todo caso no olvides, de puro sabido, lo que aprendiste del apostolado de la oración, la verdadera palanca de Arquímedes del apostolado católico. Si otra cosa no puedes hacer, recógete como la Virgen, al pie del Tabernáculo y sé allí, por la oración, misionera; defiende sin descanso la causa de los pobres infieles y pecadores; pide para el misionero el celo y éxito de sus fatigas y predicaciones.» Que tu oración, tu sacrificio, sea el que lleve los peces a la red que echa el misionero. Nada extraño, dice el Venerable Eymard, si los apóstoles convertían con tanta facilidad naciones enteras; tenían a María que, arrodillada a los pies de la misericordia infinita, suplicaba por ellos a la bondad de su Hijo Redentor ya glorioso en el cielo.

Ella era la misionera suplicante. La oración de María no podía ser desatendida; los apóstoles tenían en aquella Madre de Bondad su mejor auxiliadora. «Feliz el pedazo de tierra misionera, cuyas vírgenes realizan el holocausto de sí mismas por la conversión de los pecadores, y tienen encendido, mejor que las vestales del paganismo, el fuego sagrado y continuo de la oración ante el Santo Tabernáculo. Allí los trabajos del misionero son más fecundos, y la Iglesia contempla maravillada el rápido avance del reinado de Jesucristo sobre la tierra»[[160]](#footnote-160).

APÉNDICE I

TEXTOS MISIONALES DEL NUEVO TESTAMENTO

La Espiritualidad misionera ha de tener su fuente en la palabra de Dios. El Evangelio, san Pablo y los apóstoles, los mismos profetas tienen que ser eminentemente misioneros en su espiritualidad. En sus escritos hablan, ya del Enviado del Padre, Cristo; ya de los enviados de Cristo, los apóstoles y misioneros; ya del campo o mies a que son enviados; ya del poder con que son enviados; ya de los efectos de la misión, etc.

Los textos aquí coleccionados pueden dar materia jugosa parabreves puntos misionales y breves consideraciones en visitas al Santísimo, etc.

1. CRISTO MISIONERO

«Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada, por muchos para remisión de los pecados»[[161]](#footnote-161). Esta es la ley también de la empresa misionera, el sacrificio.»

«Como Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto Para que todo aquel que crea en El, no perezca, sino que logre la vida eterna »Así amó Dios al mundo, que llegó a dar a su Hijo unigénito a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna.» Si no abrazo el sacrificio me falta el argumento de un sincero amor a las almas.

Jesús dijo:

«Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida».[[162]](#footnote-162)

«Yo soy la luz **eterna**, he venido al mundo para quien quiera crea en Mí no permanezca en tinieblas»[[163]](#footnote-163).Amad Señor, a este pueblo en tinieblas. Sed su luz y dadme que sea yo vuestro reflejo con una vida santa, una vida pura, una vida desinteresada y sacrificada, que de testimonio de Vos.

«Cuando Yo sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré a Mí»[[164]](#footnote-164). Ya lo fuiste, Señor; caiga sobre este pueblo vuestra sangre redentora.

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí»[[165]](#footnote-165).

«Respondió Jesús:

»Así es como tú dices: Yo soy Rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad escucha mi voz»[[166]](#footnote-166). Haced, Señor, que mi voz llegue a todos aquellos que aman y buscan la verdad.

«Uno es Dios y uno también el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre: que se dio a sí mismo en rescate por todos y para testimonio dado a su tiempo, del cual yo estoy constituido predicador y apóstol (digo la verdad, no miento), doctor de las gentes en la fe y verdad»[[167]](#footnote-167).

«El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo»[[168]](#footnote-168).

«Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa; porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado; al cual tienes destinado para que, expuesto a la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine a los gentiles y la gloria de tu pueblo, Israel»[[169]](#footnote-169).

«Y por eso es mediador de un nuevo Testamento, a fin de que mediando su muerte para rescate de las prevaricaciones cometidas en la Alianza Primera, reciban los llamados la promesa de la herencia eterna»[[170]](#footnote-170).

«Por eso al entrar en el mundo dice: víctimas y ofrendas no has querido; en cambio me diste un cuerpo apto para el sacrificio. Los holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Aquí vengo. En el comienzo del libro está escrito de mí que he de hacer, oh Dios, tu voluntad... En virtud de esta obediencia hemos sido santificados por la oblación del cuerpo de Cristo, de una vez para siempre»[[171]](#footnote-171).

1. APÓSTOLES-MISIONEROS

Necesidad

« ¿Mas cómo Le han de invocar si no creen en El? ¿O cómo creerán en El, si no han oído hablar de El? ¿Y cómo oirán hablar, si no se les predica?

»Y ¿cómo habrá predicadores, si nadie los envía?, según aquello que está escrito: ¡Qué preciosos los pies de los que anuncian el Evangelio de la paz, de los que anuncian el bien!»[[172]](#footnote-172).

Vocación y misión

«Apareció un hombre, enviado de parte de Dios: su nombre era Juan.

»Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por él.

»No era él la luz, sino que había de dar testimonio de la luz»[[173]](#footnote-173).

Vocación

«(Dios me ha hecho la gracia) de ser ministro de Jesucristo entre las naciones; para ejercer el sacerdocio del Evangelio de Dios, a fin de que la oblación de los gentiles le sea grata, estando santificada por el Espíritu Santo...»[[174]](#footnote-174).

Elección y programa misionero

«No me escogisteis vosotros a mí, sino que yo os escogí a vosotros y os destiné para que vayáis y llevéis fruto y vuestro fruto permanezca»[[175]](#footnote-175).

Elección misericordiosa

«Yo soy Jesús a quien tú persigues. Pero levántate y tente sobre tus pies, pues para eso te he aparecido, para constituirte ministro y testigo así de las cosas que has visto como de las que te manifestaré, sacándote de tu pueblo y de los gentiles a los cuales ahora te envío»[[176]](#footnote-176).

Dispensadores del Misterio de Cristo

«A mí, el más pequeño de todos los santos, se me dio esta gracia: la de anunciar a los gentiles las riquezas inenarrables de Jesucristo, y de ilustrar a todos los hombres, descubriéndoles la dispensación del Misterio que, desde el origen de los siglos, había estado escondido en el secreto de Dios, Creador de todas las cosas»[[177]](#footnote-177).

Embajadores de Cristo

«Todo procede de Dios, quien nos reconcilió consigo por mediación de Cristo y nos dio a nosotros el ministerio de la reconciliación. Cría, calienta en su regazo a sus propios hijos; tan apasionados estábamos por vosotros, que deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino nuestra misma vida; tan queridos llegasteis a ser de nosotros.

Porque bien recordáis, hermanos, nuestros trabajos y fatigas: trabajando de día y de noche, a trueque de no gravar a nadie, predicamos ahí el Evangelio de Dios»[[178]](#footnote-178). El sacrificio y desinterés son el brillo de nuestro ministerio.

Sin celotipia

«Con tal de que sea anunciado Cristo, bien sea por algún aparente pretexto, o bien por un verdadero celo, en ello me gozo y me gozaré siempre»[[179]](#footnote-179).

Programa pastoral

«He aquí que yo mismo buscaré a mis ovejas y yo las visitaré... las libraré... y las sacaré... y las reuniré... y las apacentaré; con pastos abundantes las apacentaré. Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las haré descansar. Buscaré a las perdidas, y a las que están abandonadas las atraeré y a las que están quebradas las ataré y a las que están débiles las consolidaré y a las robustas y pingües las conservaré y cuidaré»[[180]](#footnote-180).

Responsabilidad ministerial

«De griegos y de extranjeros, de sabios y de ignorantes, de todos soy deudor. Siendo libre me hice siervo para ganar a más. — Con los débiles me hice débil para ganar a los débiles y con los judíos me hice judío para ganar a los judíos... Me he hecho todo a todos para ganarlos a todos»[[181]](#footnote-181).

Oración de Cristo por sus apóstoles

«Desde ahora no estaré ya más en el mundo, mas éstos quedan en el mundo y yo voy a ti. Padre santo; guárdalos en tu nombre a éstos que tú me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba con ellos, Yo los guardaba en tu nombre: a los que me has dado, los custodié; y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de la perdición, para que la Escritura se cumpla. Mas ahora voy a ti; y digo estas cosas estando en el mundo para que tengan mí gozo cumplido dentro de sí. Yo les he comunicado tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como ni yo soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los preserves del malo.

»No son del mundo, como ni yo soy del mundo. Conságralos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, yo también los envié al mundo. Y por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en verdad.

»No ruego por éstos solamente, sino también por los que han de creer en mí por medio de su palabra»[[182]](#footnote-182).

Pablo, modelo

«Pablo, esclavo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, escogido para el evangelio de Dios... Jesucristo Nuestro Señor por quien recibimos la gracia y el apostolado para obediencia de la Fe entre todas las gentes, en el nombre de El, entre las cuales os constáis también vosotros, llamados de Jesucristo»[[183]](#footnote-183).

Solidaridad misionera

«Porque en esto resulta verdadero aquel proverbio: ’’Uno es el que siembra y otro el que siega.”

»Yo os envié a segar lo que vosotros no habéis labrado; otros labraron y vosotros habéis entrado en su labor»[[184]](#footnote-184).

1. CAMPO O GENTILIDAD

«Al ver aquellas gentes, se compadecía entrañablemente de ellas, porque estaban mal paradas y tendidas en el suelo como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos:

»—La mies es verdaderamente mucha; más los obreros pocos. Ro­gad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies»[[185]](#footnote-185).

«Y vendrán gentes del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodía, y se pondrán a la mesa en el convite del reino de Dios. Y ved aquí que los que son los últimos serán los primeros, y los que son los primeros serán los últimos»[[186]](#footnote-186).

«Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo Yo recoger, y oirán mi voz y se hará un solo rebaño y un solo Pastor»[[187]](#footnote-187).

«Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti, pues que le has dado poder sobre el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. Y la vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú enviaste»[[188]](#footnote-188).

«Viendo Jesús en el suelo al paralítico y sabiendo que llevaba mucho tiempo enfermo le dijo: ¿Quieres curar? El paralítico respondió: Señor, no tengo una persona que cuando ha sido movida el agua me in­troduzca en la piscina...»[[189]](#footnote-189).

«Haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro»[[190]](#footnote-190).

«Verdaderamente acabé de conocer que Dios no hace acepción de personas...» «Y los fieles circuncidados, que habían venido con Pedro, quedaron pasmados al ver que la gracia del Espíritu Santo se derramaba también sobre los gentiles»[[191]](#footnote-191).

«... y es que por revelación se me dio a conocer el misterio, según os lo acabo de escribir en pocas palabras, conforme a lo cual, leyéndolo, podéis conocer mi inteligencia en el misterio de Cristo; el cual en otras generaciones no fue dado a conocer a los hijos de los hombres, cual ahora fue revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu; a saber, que los gentiles son coherederos y miembros de un mismo cuerpo y juntamente partícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio»[[192]](#footnote-192).

«Amata est foeda, ne remaneret foeda»[[193]](#footnote-193).

¡Oh Iglesia! «dicitur de te: Quae est ista quae ascendit dealbata, illuminata?... Dealbata, illuminata quia non per se alba... accedit gratta illuminans et dealbans. Primo nigra fuisti sed facta es alba ex gratia illius. Fuisti enim aliquando tenebrae nunc autem lux in Domino. Dicitur ergo et de te: Quae est ista quae ascendit déalbata? Jam mirabilis, jam vix contemplabilis. Admirantis est enim dicere: Quae est ista quae ascendit dealbata, tam pulchra, tam luminosa, tam sine macula et ruga? Nonne ista est quae jacebat in coeno iniquitàtum? Nonne ista quae jacebat in fornicatione idolorum? Nonne ista est quae immunda erat in omni cupiditate desiderioque carnali?... Attende quis sit ille qui pro ea factus est non habens speciem neque decorem et in- telliges hujus claritatis honorem. Si miraris illius humilitatem propter hanc, noli jam mirar 1 hujus celsitudine propter illum»[[194]](#footnote-194).

«No ruego sólo por ellos —los apóstoles y sus sucesores—, sino por los que han de creer por medio de su palabra, para que todos sean Uno, como Tú, Padre mío, estás en mí y yo en ti, a fin de que ellos sean también una cosa con nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado»[[195]](#footnote-195).

«Entonces Pablo y Bernabé con gran entereza les dijeron —a los judíos—:”A vosotros debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas ya que la rechazáis, y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles. Que así nos lo tiene ordenado el Señor: Te puse por lumbrera de las naciones para que seas la salvación de todos, hasta los confines de la tierra»[[196]](#footnote-196).

«Bajaron a Troade, donde Pablo tuvo por la noche esta visión: Un hombre de Macedonia, poniéndosele delante, le suplicaba y decía: —Ven a. Macedonia, y socórrenos. Y al punto dispusimos marchar a Macedonia, cerciorados de que Dios nos llamaba a predicar el Evangelio a Aquellas gentes»[[197]](#footnote-197).

«Puesto Pablo en medio del Areópago dijo: —Ciudadanos atenienses, echo de ver que sois casi nimios en las cosas de religión. Porque mirando yo al pasar las estatuas de vuestros dioses, he encontrado también un altar con esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. Pues a ese Dios, al que vosotros adoráis sin conocerlo, es al que yo os vengo a anunciar. El Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres...»[[198]](#footnote-198).

« ¿Es acaso Dios de los judíos solamente? ¿No es también Dios de los gentiles? Sí, por cierto también de los gentiles. Porque uno es el Dios que justifica por medio de la fe a los circuncidados, y por la misma fe justifica a los no circuncidados»[[199]](#footnote-199).

«No hay distinción de judío y de gentil, por cuanto que uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos aquellos que le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo»[[200]](#footnote-200).

«Todos nosotros hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo, ya seamos judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres; y todos hemos bebido un mismo Espíritu»[[201]](#footnote-201). (Todo este capítulo habla de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, cuyos miembros deben ayudarse mutuamente.)

«Andabais como ovejas descarriadas, mas ahora os habéis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas»[[202]](#footnote-202).

«Vi una grande muchedumbre, que nadie podía contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas: que estaban ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos, que exclamaban a grandes voces diciendo: La salvación se debe a nuestro Dios, que está sentado en el solio, y al Cordero»[[203]](#footnote-203).

«Por lo cual yo, Pablo, el prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles, si es que habéis oído la economía de la gracia de Dios que me fue confiada para vuestro provecho... y el Misterio de Cristo antes desconocido y revelado ahora a sus santos apóstoles y profetas, a saber: que los gentiles son coherederos y miembros de un mismo cuerpo y juntamente partícipes de la promesa de Cristo Jesús por medio de su Evangelio del cual fui constituido Ministro»[[204]](#footnote-204).

1. EFECTOS

«Venid a Mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera»[[205]](#footnote-205).

«Mas a cuantos le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles el poder de llegar a ser hijos de Dios»[[206]](#footnote-206).

«Yo he venido para que las ovejas tengan vida y la tengan en más abundancia»[[207]](#footnote-207).

«Te envío a los gentiles para abrirles los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios, y con esto reciban la remisión de sus pecados, y tengan parte de la herencia de los santos, mediante la fe en Mi»[[208]](#footnote-208); palabras de Jesucristo a Saulo camino de Damasco.

«Y ha llamado a la gloria como a nosotros, no solamente de entre los judíos, sino también de entre los gentiles, conforme a lo que dice por Oseas: Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y amado al que no era amado, y objeto de misericordia al que no había conseguido misericordia. Y sucederá: Que en el mismo lugar en que se les dijo: Vosotros no sois mi pueblo: allí serán llamados hijos de Dios vivo»[[209]](#footnote-209).

«Nosotros predicamos a Cristo crucificado; para los judíos escándalo y locura para los gentiles. Pero para los que han sido llamados a la fe, tanto judíos como griegos, Cristo crucificado es la virtud y la sabiduría de Dios»[[210]](#footnote-210).

«Así que Dios en la Escritura, previendo que había de justificar a los gentiles por medio la fe, lo anunció de antemano a Abraham diciendo: En ti serán benditas todas las gentes»[[211]](#footnote-211).

«Todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo. Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo.

»Ya no hay distinción de judíos, ni griegos; ni siervo, ni libre; ni tampoco de hombre, ni mujer. Porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. Y, siendo vosotros miembros de Cristo, sois, por consiguiente, hijos de Abraham, y los herederos según la promesa»[[212]](#footnote-212).

«Él es la paz nuestra, el que de los dos pueblos, judío y gentil, ha hecho uno, rompiendo, por medio de su carne, el muro de separación, la enemistad; aboliendo con sus preceptos la ley de los ritos, para formar en sí mismo de dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliando a ambos en un solo cuerpo con Dios por medio de la cruz, destruyendo en sí mismo la enemistad de ellos.

»Y así vino y evangelizó la paz a vosotros, que estabais alejados, y a los que estaban cercanos; pues por Él es por quien unos y otros tenemos cabida con el Padre, unidos en el mismo Espíritu.

Así que ya no sois extraños, ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios: pues estáis edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas en Jesucristo, el cual es la principal piedra angular, sobre la cual, construido todo el edificio, se alza para ser un templo santo del Señor: por él entráis también vosotros gentiles a ser parte de la estructura de este edificio, para llegar a ser morada de Dios por medio del Espíritu Santo»[[213]](#footnote-213).

1. EL DOGMA DEL UNIVERSALISMO

«Hermanos, orad por nosotros, para que la palabra de Dios se propague más y más, y sea glorificada, como es ya entre vosotros»[[214]](#footnote-214).

«Recomiendo, pues, ante todas las cosas que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias, por todos los hombres...

»Porque ésta es una cosa buena y agradable a los ojos de Dios, Salvador nuestro, el cual quiere que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad[[215]](#footnote-215).

«Ad quid augmentat Deus unumquodque membrum? Ut corpus aedificet»[[216]](#footnote-216).

«Y él dio a unos ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y doctores, en orden a la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio; para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos juntos a encontrarnos en la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, en la madurez del varón perfecto; a un desarrollo orgánico proporcionado a la plenitud de Cristo; para que no seamos ya niños, fluctuando de acá para allá, dando vueltas a todo viento de doctrina, por la trampería de los hombres, por la truhanería que hace caer en las añagazas de la seducción; sino que andando en verdad, por la caridad, crezcamos en todos sentidos para ser como él, que es la cabeza, Cristo, por quien todo el cuerpo, bien concertado y trabado, gracias al íntimo contacto que suministra el alimento al organismo, según la actividad correspondiente a cada miembro, va obrando su propio crecimiento en orden a su plena formación en virtud de la caridad»[[217]](#footnote-217).

«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, al mundo universo y predicad el Evangelio a toda creatura. Haced discípulas mías a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado; y he aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. El que creyere y se bautizare se salvará, pero el que no creyere será condenado»[[218]](#footnote-218).

El texto por antonomasia de la universalidad, dice el P. Salaverri: «Universalidad de poderes en Jesucristo Redentor; universalidad geográfica; universalidad de destino: a todas las gentes; universalidad de prescripciones y observancias: todas las cosas que os he mandado; universalidad de duración: hasta la consumación de los siglos; universalidad de obligatoriedad: el que no creyere será condenado.»

«En el Testamento transferido por Cristo a su Iglesia, añade el Padre Zameza, nunca se habla como término, de ninguna raza, pueblo ni continente concreto; antes su universalismo ha sido siempre considerado como una de las más simpáticas características que han de diferenciar a la Iglesia de otras sectas y religiones...

No midamos a la Iglesia con nuestra pequeñez, antes dilatemos nuestro corazón a la medida de su grandeza. Universal fue la Pasión de Cristo; universal el precio de la Redención; universal su oración y sacrificio en la cruz; universal había de ser la Eucaristía, como universal debe ser también su Esposa, corredentora suya en la redención del mundo. Amémosla, pero amémosla como la hizo, formó, hermoseó, fecundó, y amó y dotó su divino Esposo. Como es. ’’O si sic amaremus!” ¡Oh, si la amásemos como El!»[[219]](#footnote-219).

APÉNDICE II

EXAMEN PRÁCTICO DEL MISIONERO

ANTE EL SAGRARIO DEDICA MEDIA HORA DE EXAMEN PRACTICO CADA MES

1. Dijo Jesús: «Vosotros sois la sal de la tierra...» ¿Lo soy yo? ¿Llevo una vida totalmente pura en cuerpo y alma para poder purificar? ¿Para conservarme inmune y sin contagio?...

¿Tengo sabor a Cristo? ¿Los que viven conmigo, los que me tratan quedan convencidos, «contagiados», de Cristo?

¿Cómo lograrlo?

2. Dijo Jesús: «Vosotros sois la luz del mundo...» ¿Lo soy yo? ¿Alumbro a este pueblo en tinieblas?... ¿Ve él en mí una gran luz? ¿Soy «lucerna ardens et lucens»? ¿Lo alumbro con el ejemplo de mi piedad, de mi bondad, de mi paciencia, de mi espíritu sobrenatural? ¿Con mi palabra y doctrina?

3. ¿Haces todo lo que puedes? ¿Trabajas, predicas, oras todo lo que puedes?

¿Es eficiente tu trabajo? ¿No puedes más? ¿Te faltan fuerzas o te falta mortificación, o vencer tu carácter, tus falsos criterios, tu genio?

Si no puedes predicar más a los de fuera, ¿no puedes a los de dentro? Si no puedes tener 10 catecúmenos, ¿no podrás tener 3 ó 4? Si no puedes explicar media hora de catecismo, ¿no puedes un cuarto de hora? Si no puedes dar ejercicios a 20, ¿no podrás dárselos a 8 ó 10?

4. ¿No puedes más? ¿Y has pensado si será por no saber acomodarte a los demás? ¿Porque te buscas a ti y porque no renuncias a no sé qué ideas fijas o principios «tuyos», de los que no cedes, y que esterilizan tu labor o imposibilitan tu ministerio?

¿Has amoldado tu carácter a todos y en todo para ganarlos a todos para Cristo?

¿No podría suceder que con una mano atraigas y con la otra repelas; con la una acaricies y con la otra hieras; con la una construyas y con la otra deshagas? ¿Por tú carácter agriado, exigente, intemperante, colérico?

5. ¿Tienes alguna de las contradicciones prácticas en la vida misionera: Llamar y luego no atender ni hacer caso de los que vienen; hablar palabras de atención y tener hechos de desprecio; perder el tiempo en tus cosas y no saber perderlo en las de los otros para ganarlos para Cristo?

¿Imitas a los comerciantes en su asequibilidad y buen trato? ¿Tienes palabras que invitan y atraen y modales y carácter que repelen? ¿Se persuaden todos que si vienen te dan un buen rato, porque de veras deseas su venida y su instrucción y su bautismo?

¿Amas y te haces amar en Cristo y para Cristo?

¿Sabes poner el plano inclinado para la frecuencia de los sacramentos con los de casa y los de fuera, haciéndoles la obra fácil y provechosa? ¿O te ven más bien indiferente, apático, remolón, no yendo tú a ellos, sino esperando que ellos vengan a ti?

6. ¿Tienes la iglesia abandonada, descuidado el culto, sin arreglar los altares, llenos de polvo los bancos y ventanas... de cardenillo los candeleros y sucia la pila del agua bendita, rotos los ornamentos? ¿Lo tienes todo limpio y aseado? Cuando entres en la iglesia, en la sacristía, en tu casa... pregúntate: ¿Esto debiera estar así? ¿Esto debiera estar aquí? Y remédialo cuanto antes.

7. ¿Sabes representar a Cristo? ¿Su humildad, bondad, paciencia, condescendencia? ¿Eres quizá su desprestigio? ¿Hay algo en ti que escandaliza, que extraña, que da que hablar? ¿Hay algo en ti que huela a mundo, y haga pensar en la insinceridad de tu apostolado?

8. ¿Haces con seriedad tus ejercicios de piedad, persuadido de que de ellos ha de salir aliento y sostén para tu alma, unción y luz para tus oyentes, alegría y paz para tu ministerio? ¿Sabes respetar y hacer que te respeten el horario de tus ejercicios espirituales cuotidianos?

9. ¿Te sabes servir de otros para tu apostolado? ¿Sabes buscar, me­recer, remunerar o agradecer su colaboración?

¿Te persuades de que hay muchas cosas que no se harán si tú no las haces y otras muchas que no se harán si no te sirves de otros?

10. ¿Sabes prestar franca ayuda y colaboración a obras que dirigen otros y que reclaman tu sacrificio o tu interés?

A. M. D. G.

APÉNDICE III

**SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA**

Maximum illud, AAS 11 (1919) 440-455.

Rerum Ecclesiae, AAS 18 (1926) 65-83.

Evangelii Praecones, AAS (1951) 497-528.

Primum Concilium Sinense, 1924. Zikawei. Shangai.

Directorium Misionale Archidioecesis de Anking. Anking, 1947.

Acta Congressus Missionum, S. J. Roma, 1925.

Cartas y Avisos espirituales de San Francisco Javier. Cádiz, 1944.

Baños, Ignacio de la Cruz, SS. CC, Los Misterios de la Polinesia. Hawai.

 Torrelavega, 1933.

Benlloch y Vivó, Juan, Arzobispo de Burgos, Las Misiones Extranjeras.

 Invitación Pontificia a Burgos. Carta Pastoral. Burgos, 1920.

Charles, Pedro, S. J., Los «Dossiers» de la Acción Misionera. Bilbao.

Domenzain, Moisés, S. J., El Japón. Su evolución. Cultura.

Gallego, Alejandro, O. P., Cristo y el alma oriental. Madrid, 1954.

Gavina, Ramón, S. J., Devocionario misional. Bilbao, 1942.

Lopetegui, León, S. J., El despertar cristiano de África. Bilbao, 1945.

 Islam y Cristianismo. ¿Invasión? ¿Resistencia? ¿Conversión? Bilbao, 1946.

Manna, La conversión del mundo infiel.

Mondreganes, Pío M.a de, O. M. Cap., Manual de Misionología. Vitotoria, 1933.

Montalbán, Francisco, S. J., Manual de Historia de las Misiones. Pamplona, 1938.

Silvestri-Pamplona. Ite. Lo que debe saber un misionero. Pamplona, 1929.

Víctor de Santa Teresa, O. C. D., La India y sus problemas. San Sebastián, 1951.

Zameza, José, S. J., Amemos a la Iglesia. San Sebastián, 1944.

L’âme des Peuples a Evangeliser. Lovaina, 1928.

Semanas Misionológicas de Burgos, iniciadas el año 1947.

**Indice**

 ***(Las páginas de este índice, pretenecen al libro impreso)***

INDICE

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Págs. |
| Dedicatoria……………………………………………………………………………………………………………………………………………. | 5 |
| Carta-Presentación…………………………………………………………………………………………………………………………………. | 7 |
| Saludo de hermano…………………………………………………………………………………………………………………………………... | 11 |

PRIMERA PARTE

La Vida Misionera y sus luces

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Págs. |
| Capítulo I | — La Vocación Misionera………………………………………………………………………………………………….... | 15 |
| Capítulo II | — La Catolicidad de la Iglesia y la Vocación Misionera………………………………………………………………… | 22 |
| Capítulo iii | — Fuentes de la Espiritualidad Misionera………………………………………………………………………………. | 30 |
|  | Dos amores y tres dogmas……………………………………………………………………………………….………. | 30 |
| Capítulo IV | — La Espiritualidad Misionera…………………………………………………………………………………………….. | 38 |
| Capítulo V | — La confianza del misionero y sus fundamentos………………………………………………………………………. | 42 |
| Capítulo VI | — Las alegrías del misionero……………………………………………………………………………………………….. | 44 |
| Capítulo VII. | —-La Ascética misionera…………………………………………………………………………………………………….. | 54 |
| Capítulo VIII | — Abajarse. La gran lección de la Encarnación…………………………………………………………………………. | 58 |
| Capítulo IX | — La mortificación de carácter……………………………………………………………………………………………… | 62 |
| Capítulo X | — La Paciencia………………………………………………………………………………………………………………… | 64 |
| Capítulo XI | — La Castidad…………………………………………………………………………………………………………………. | 73 |

SEGUNDA PARTE

La Vida Misionera y sus sombras

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Págs. |
| Capítulo I | Peligros de la vida misionera…………………………………………………………………………………………………… | 79 |
| Capítulo II | — ¿El celo de las almas amortiguado?……………………………………………………………………………………….. | 90 |
| Capítulo iii | — Las cruces del misionero……………………………………………………………………………………………………. | 95 |
| Capítulo IV | — Dificultades de la vida misionera………………………………………………………………………………………….. | 103 |
|  | § 1. Dificultades de la obra misionera en sí………………………………………………………………………………. | 104 |
|  | § 2. Dificultades por parte de la sociedad…………………………………………………………………………………. | 105 |
|  | § 3. Dificultades de carácter sicológico……………………………………………………………………………………. | 109 |
|  | § 4. Dificultades por parte del misionero…………………………………………………………………………………. | 111 |
| Capítulo V | — El problema del buen humor……………………………………………………………………………………………….. | 114 |
| Capítulo VI | — El misionero y la salud………………………………………………………………………………………………………. | 120 |
| Capítulo VII. | — Neurastenia……………………………………………………………………………………………………………………. | 125 |
| Capítulo VIII | — Microbios de la vida misionera……………………………………………………………………………………………… | 129 |
|  | § 1. El desprecio……………………………………………………………………………………………………………….. | 129 |
|  | § 2. El desaliento………………………………………………………………………………………………………………. | 130 |
|  | § 3. La cólera…………………………………………………………………………………………………………………… | 136 |

TERCERA PARTE

La Vida Misionera y su campo

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Págs. |
| Capítulo I | — El pueblo pagano……………………………………………………………………………………………………………… | 144 |
| Capítulo II | — El pueblo chino……………………………………………………………………………………………………………….. | 151 |
|  | § 1. Cualidades y carácter…………………………………………………………………………………………………… | 151 |
|  | § 2. Clases sociales; la familia china……………………………………………………………………………………….. | 158 |
|  | § 3. Minutos de sicología china………………………………………………………………………………………………. | 162 |
| Capítulo iii | — La India………………………………………………………………………………………………………………………… | 166 |
| Capítulo IV | — El pueblo japonés……………………………………………………………………………………………………………… | 175 |
| Capítulo V | — Los pueblos de color…………………………………………………………………………………………………………. | 180 |
| Capítulo VI | — Melanesia……………………………………………………………………………………………………………………… | 184 |
| Capítulo VII. | — Panorama religioso del mundo pagano…………………………………………………………………………………… | 186 |

CUARTA PARTE

La Vida Misionera y su adaptación

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Págs. |
| Capítulo I | — El misionero en su campo…………………………………………………………………………………………………… | 193 |
| Capítulo II | — Falsos conceptos del misionero…………………………………………………………………………………………….. | 196 |
| Capítulo iii | — Adaptación misionera………………………………………………………………………………………………………… | 204 |
| Capítulo IV | — Sintonización humana……………………………………………………………………………………………………….. | 218 |
| Capítulo V | — Sintonización local……………………………………………………………………………………………………………. | 224 |
| Capítulo VI | — Actitudes misioneras………………………………………………………………………………………………………… | 228 |
|  | § 1. No acabar de romper la caña quebrada………………………………………………………………………………. | 228 |
|  | § 2. No acabar de apagar la mecha que aún humea……………………………………………………………………… | 230 |
|  | § 3. “Congregare.” Reunir……………………………………………………………………………………………………. | 232 |
|  | § 4. “Recoged los fragmentos.”………………………………………………………………………….…………………… | 233 |
|  | § 5. “Ex omni genere piscium.”………………………………………………………………………………………………. | 235 |
|  | § 6. “Compelle intrare.”………………………………………………………………………………………………………. | 238 |
| Capítulo VII. | — Eficiencia misionera…………………………………………………………………………………………………………. | 240 |
| Capítulo VIII | — Preparación remota al Apostolado misional. Atracción……………………………………………………………….. | 247 |
|  | Medios de atracción: Atracción personal. ¿Dádivas? ¿Visitas?………………………………………………………... | 248 |
| Capítulo IX | — Otros medios de atracción: Ambiente de vida…………………………………………………………………………… | 256 |
|  | Ambiente de vida: Benévolos; acogedores; hacerse amar……………………………………………………………… | 256 |

QUINTA PARTE

La Vida Misionera y su pastoral

|  |  |
| --- | --- |
|  | Págs. |
| Introducción………………………………………………………………………………………………………………………………………..…. | 265 |
| Capítulo I | — El primer contacto con tu cristiandad o distrito………………………………………….……………………………… | 269 |
| Capítulo II | — Proselitismo misionero………………………………………………………………………………………………………… | 272 |
| Capítulo iii | — El Catecumenado: Qué son. Formas de tenerlos. Cómo reclutarlos. Cómo darlos………………………………….. | 279 |
| Capítulo IV | — Algunas objeciones contra la religión más comunes en un pagano……………………………………………………. | 292 |
|  | § 1. La religión católica es extranjera………………………………………………………………………………………. | 292 |
|  | § 2. No me hago católico porque mis antepasados no lo fueron.………………………………………………………… | 294 |
|  | § 3. No me hago católico porque cuesta ……………………………………………………………………………………. | 295 |
|  | § 4. Porque no me resuelve ningún problema……………………………………………………………………………… | 297 |
|  | § 5. ¡Hay tantas religiones!…………………………………………………………………………………………………… | 298 |
| Capítulo V | — Segunda incumbencia del misionero: la de formar. Predicación………………………………………………………. | 302 |
|  | — Cómo ha de ser. Cuándo. Algunas normas para hacerla eficaz………………………………………………………… | 305 |
| Capítulo VI | — Visita a las cristiandades: Programa. Cómo hacerlas. Fruto…………………………………………………………... 313 |
|  | §1. Temas preferidos de predicación………………………………………………………………………………………… | 316 |
|  | §2. Visita a moribundos paganos……………………………………………………………………………………………... | 321 |
| Capítulo VII. | — Enseñanza. Dificultades contra la enseñanza de religión………………………………………………………………. | 324 |
|  | § 1. Precaución con los bautismos de alumnos…………………………………………………………………………….. | 328 |
|  | § 2. El misionero y su escuela………………………………………………………………………………………………… | 331 |
| Capítulo VIII | — De las supersticiones………………………………………………………………………………………………………….. | 333 |
|  | § 1. Su valor dogmático y sicológico………………………………………………………………………………………….. | 335 |
|  | § 2. Actitud del misionero con los neófitos…………………………………………………………………………………. | 337 |
| Capítulo IX | — El descanso dominical………………………………………………………………………………………………………… | 342 |
| Capítulo X | — Obras específicamente misioneras………………………………………………………………………………………….. | 348 |

SEXTA PARTE

La Vida Misionera y el misionero

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Págs. |
| Capítulo I | — El misionero en su campo…………………………………………………………………………………………………….. | 193 |
| Capítulo II | — Falsos conceptos del misionero………………………………………………………………………………………………. | 196 |
| Capítulo iii | — Adaptación misionera………………………………………………………………………………………………………….. | 204 |
| Capítulo IV | — Sintonización humana…………………………………………………………………………………………………………. | 218 |
| Capítulo V | — Sintonización local……………………………………………………………………………………………………………… | 224 |
| Capítulo VI | — Actitudes misioneras………………………………………………………………………………………………………….. | 228 |
|  | § 1. No acabar de romper la caña quebrada………………………………………………………………………………… | 228 |
|  | § 2. No acabar de apagar la mecha que aún humea……………………………………………………………………….. | 230 |
|  | § 3. “Congregare.” Reunir……………………………………………………………………………………………………… | 232 |
|  | § 4. “Recoged los fragmentos.”………………………………………………………………………………………………… | 233 |
|  | § 5. “Ex omni genere piscium.”……………………………………………………………………………………………….. | 235 |
|  | § 6. “Compelle intrare.”……………………………………………………………………………………………………….. | 238 |
| Capítulo VII. | — Eficiencia misionera…………………………………………………………………………………………………………… | 240 |
| Capítulo VIII | — Preparación remota al Apostolado misional. Atracción………………………………………………………………… | 247 |
|  | Medios de atracción: Atracción personal. ¿Dádivas? ¿Visitas?…………………………………………………………. | 248 |
| Capítulo IX | — Otros medios de atracción: Ambiente de vida…………………………………………………………………………….. | 256 |
|  | Ambiente de vida: benévolos; acogedores; hacerse amar………………………………………………………………… | 256 |
| Capítulo I | — Quiénes han de venir………………………………………………………………………………………………………….. | 355 |
|  | § 1. Los voluntarios……………………………………………………………………………………………………………... | 355 |
|  | § 2. Los que conozcan algo de la realidad…………………………………………………………………………………… | 357 |
|  | § 3. Los no muy quijotistas…………………………………………………………………………………………………….. | 358 |
|  | § 4. Los no sanchopanzas…………………………………………………………………………………………………….... | 360 |
|  | § 5. Los mansos y bondadosos………………………………………………………………………………………………… | 360 |
|  | § 6. No son para Misiones los estrechos de criterio, de corazón y de carácter………………………………………… | 361 |
|  | § 7. Los neurasténicos………………………………………………………………………………………………………….. | 363 |
|  | § 8. Los emprendedores y celosos…………………………………………………………………………………………….. | 364 |
|  | § 9. Los serios……………………………………………………………………………………………………………………. | 366 |
|  | § 10. Los elásticos e independientes………………………………………………………………………………………… | 368 |
|  | § 11. No son para misiones los inexorables…………………………………………………………………………………. | 370 |
|  | § 12. Los fervorosos y constantes……………………………………………………………………………………………... | 371 |
|  | § 13. Los que tengan conveniente disposición para lenguas……………………………………………………………... | 373 |
|  | § 14. Los de recta intención…………………………………………………………………………………………………… | 374 |
| Capítulo II | — Charlas con el novel misionero……………………………………………………………………………………………… | 378 |
|  | Charla 1a. Preparativos de viaje……………………………………………………………………………………………… | 378 |
|  | Charla 2a El primer viaje misionero…………………………………………………………………………………………. | 383 |
|  | Charla 3a En tu segunda patria………………………………………………………………………………………………. | 387 |
|  | Charla 4a Noviciado misional…………………………………………………………………………………………………. | 390 |
|  | Charla 5a Pequeñas industrias: La pluma. Correspondencia……………………………………………………………. | 393 |
|  | Charla 6a La nueva familia del misionero…………………………………………………………………………………... | 308 |
|  | Charla 7a El misionero innovador. Innovación e iniciativa………………………………………………………………. | 401 |
|  | Charla 8a Consejos caseros……………………………………………………………………………………………………. | 405 |
| Capítulo iii | — El Hermano Coadjutor misionero…………………………………………………………………………………………… | 409 |
| Capítulo IV | — La religiosa misionera………………………………………………………………………………………………………… | 417 |

APÉNDICES

|  |  |  |
| --- | --- | --- |
|  |  | Págs. |
| Apéndice I | — Textos misionales del Nuevo Testamento………………………………………………………………………………… | 429 |
|  | Cristo Misionero…………………………………………………………………………………………………………. | 429 |
|  | Apóstoles-misioneros……………………………………………………………………………………………………. | 430 |
|  | Campo o gentilidad……………………………………………………………………………………………………… | 435 |
|  | Efectos……………………………………………………………………………………………………………………... | 438 |
|  | El dogma del Universalismo…………………………………………………………………………………………… | 439 |
| Capítulo II | — Examen práctico del misionero……………………………………………………………………………………………. | 441 |
| Capítulo iii | — Selección bibliográfica……………………………………………………………………………………………………….. | 443 |

DEL MISMO AUTOR

«ALMA DE CRISTO»

Paráfrasis densa de ideas, muy sugerente, atinada y delicada en la expresión. Una oración que enseña a orar. Algún critico ha dicho de ella que “para el que la sepa usar, sirve por una biblioteca”. Muy útil para Ejercitantes, Comunidades religiosas, Seminarios, Colegios... y en general para almas de vida Interior.

2a edic., 40 págs. Grabado con cubierta en cuché.- 2 pesetas

«MASCARAS. EL COMUNISMO ENTRE BASTIDORES»

Traducida al portugués y el italiano

“Lo mejor y más completo que he leído de cómo es y cómo funciona el comunismo"

*Excmo. Sr. Ministro de Información y Turismo.*

245 págs. Portada en tricromía, 12 pesetas.

«ORIENTACIÓN VOCACIONAL»

Libro único en la literatura ascética vocacional. En doce capítulos da doctrina clarísima para conocer la VOCACIÓN y orienta además sobre el Instituto religioso que se puede elegir. Se reseñan 43 Institutos Religiosos de hombres y 95 de mujeres. Esto hace de la ORIENTACIÓN VOCACIONAL una verdadera brújula de la vocación para jóvenes y las jóvenes, y un auxiliar imprescindible para los Directores de almas.

*2a edic., 448 págs. Esmerada presentación con grabado y portada en cuché.- 28 pesetas.*

*Pedidos en libreríaso a*

EDITORIAL SAL TERRA, Apartado 77, SANTANDER (ESPAÑA)

1. 0. DOMÍNGUEZ, OMI, El Dogma del «Cuerpo Místico» y la Espiritualidad Misionera, en Semanas Misionológicas de Burgos, 1954, pág. 86. [↑](#footnote-ref-1)
2. El Dogma de la Catolicidad de la Iglesia y la Espiritualidad Misionera, en Semanas Misionológicas, VI, Burgos, 1954 [↑](#footnote-ref-2)
3. 1 Tim. II, 1-6. [↑](#footnote-ref-3)
4. 3 Cor. V, 14-15; 1 Tim. II, 6. [↑](#footnote-ref-4)
5. Me. XVI, 15-16; At. IV, 12. [↑](#footnote-ref-5)
6. Act. IX, 4; XXII,7; XXVI,14; Mt. X,40; Lc. X,76 [↑](#footnote-ref-6)
7. I Cor. XII, 12. [↑](#footnote-ref-7)
8. MG. 38, 1024. [↑](#footnote-ref-8)
9. MG. 26, 1021. [↑](#footnote-ref-9)
10. L. c. págs. 57-58. [↑](#footnote-ref-10)
11. Gn. XII, 3; XVIII, 18; XXII, 18; XXVI, 4; XXVIII, 14; cf. Act. III, 25; Gal. III, 8, 16. [↑](#footnote-ref-11)
12. Is. XLIX, 6; cf. Is. XLII, 6; Act. XIII, 47; Lc. II, 32; lo. I, 9. [↑](#footnote-ref-12)
13. Dan. VII, 13-14; 27; cf. Dan. II, 35, 44; Mt. XXVI, 64. [↑](#footnote-ref-13)
14. Malach. I, 11. [↑](#footnote-ref-14)
15. Rom. V, 12-19. [↑](#footnote-ref-15)
16. Eph. II, 11-22; Rom. X, 12; Gal. III, 27-28; Col. III, 11. [↑](#footnote-ref-16)
17. Mt. XXII, 1-14; Lc. XIV, 16-24. [↑](#footnote-ref-17)
18. Io. III, 14-17; V, 24; Me. XVI, 16. [↑](#footnote-ref-18)
19. Io. XII, 32. [↑](#footnote-ref-19)
20. Mt. XXIV, 30; XXV, 31-46. [↑](#footnote-ref-20)
21. L. c. pág. 58. [↑](#footnote-ref-21)
22. Espiritualidad Misionera, Burgos, 1954, pág. 59 y sgs. [↑](#footnote-ref-22)
23. Pío XII, Mystici Corporis, AAS 1943, 2.0, 4-8. [↑](#footnote-ref-23)
24. I Cor. XII, 11. [↑](#footnote-ref-24)
25. L. c. pág. 61. [↑](#footnote-ref-25)
26. L. c. pág. 61. [↑](#footnote-ref-26)
27. 1 Jo. I, 9. [↑](#footnote-ref-27)
28. 1 Jo. IV, 7-8. [↑](#footnote-ref-28)
29. 1 Jo. IV, 20-21. [↑](#footnote-ref-29)
30. Rom. IX, 3. [↑](#footnote-ref-30)
31. Phil. I, 8. [↑](#footnote-ref-31)
32. 1 Thes. II, 8. [↑](#footnote-ref-32)
33. Efes. I, 3-5. [↑](#footnote-ref-33)
34. Efes. I, 5. [↑](#footnote-ref-34)
35. Efes. I, 6-7 [↑](#footnote-ref-35)
36. Rom. V, 18. [↑](#footnote-ref-36)
37. Efes. I, 9-10; I Tim. II, 1-6; I Tim. IV, 9-10. [↑](#footnote-ref-37)
38. Rom. VIII, 30; Rom. III, 28; I Cor. XIII; 2. [↑](#footnote-ref-38)
39. I Tim. IV, 10. [↑](#footnote-ref-39)
40. RAMÓN GAVIÑA, Consideraciones misionales. Devocionario misional. Bil­bao, 1942, págs. 205-207. [↑](#footnote-ref-40)
41. I Tim. II, 5-6; Hebr. VIII, 6; IX, 15; XII, 24. [↑](#footnote-ref-41)
42. CHAFFANJON, *El Crucifijo,* Barcelona, 1905. [↑](#footnote-ref-42)
43. San Juan, XI, 51-52. [↑](#footnote-ref-43)
44. RAMÓN GAVIÑA, 1. c. págs. 212-213. [↑](#footnote-ref-44)
45. MG. 7, 966. [↑](#footnote-ref-45)
46. ML. 35, 1612. [↑](#footnote-ref-46)
47. Dz. 714, 1677, 1717, 1721. [↑](#footnote-ref-47)
48. Dz. 1955. [↑](#footnote-ref-48)
49. J. SALAVERRI, El Decana de la Catolicidad de la Iglesia y la Espiritua­lidad misionera, en Semanas Misionológicas de Burgos, 1954, pág. 69. [↑](#footnote-ref-49)
50. II, II, q. 2, a. 6. [↑](#footnote-ref-50)
51. In Jo. VI, lec. 1, 4. [↑](#footnote-ref-51)
52. AAS 1919, 449. [↑](#footnote-ref-52)
53. Jo. III, 16-17; Ef. I, 4-5; 1 Jo. IV, 9-10. [↑](#footnote-ref-53)
54. Jo. XX, 21. [↑](#footnote-ref-54)
55. Cf. OLEARIO DOMÍNGUEZ, OMI, El Dogma del «Cuerpo Místico» y la Es­piritualidad Misionera, en Semanas Misionológicas de Burgos, 1954, págs. 73 y siguientes. [↑](#footnote-ref-55)
56. ML. 35, 1967. [↑](#footnote-ref-56)
57. ML. 38, 1354. [↑](#footnote-ref-57)
58. 2 Cor. V, 14. [↑](#footnote-ref-58)
59. S. Agus. Serm. 124. [↑](#footnote-ref-59)
60. ZAMEZA, *Amemos a la Iglesia,* pág. 388. [↑](#footnote-ref-60)
61. *Cartas y Avisos Espirituales de San Francisco Javier,* Cádiz, 1944, página 508. [↑](#footnote-ref-61)
62. Jer. I, 7-10. [↑](#footnote-ref-62)
63. Jo. XVII, 1-2. [↑](#footnote-ref-63)
64. Jo. XVII, 4-5. [↑](#footnote-ref-64)
65. Jo. XVII, 6. [↑](#footnote-ref-65)
66. Hebr. VII, 25. [↑](#footnote-ref-66)
67. Jo. XVII, 20. [↑](#footnote-ref-67)
68. Jo. XVI, 33. [↑](#footnote-ref-68)
69. Jo. XVI, 20 [↑](#footnote-ref-69)
70. Jo. XV, 16 [↑](#footnote-ref-70)
71. Mt. IX, 35 [↑](#footnote-ref-71)
72. Rom. 1, 14. [↑](#footnote-ref-72)
73. Mt. VI, 25. [↑](#footnote-ref-73)
74. Jo. XXI, 4 [↑](#footnote-ref-74)
75. Is. I, 9. [↑](#footnote-ref-75)
76. Io. I, 5. [↑](#footnote-ref-76)
77. Rom. XII, 21. [↑](#footnote-ref-77)
78. Pío Mª DE MONDREGANES, O. M. Cap. *Manual de Misionología,* Vitoria, 1933. [↑](#footnote-ref-78)
79. Act. XX, 24. [↑](#footnote-ref-79)
80. Act. X, 13. [↑](#footnote-ref-80)
81. 1Cor. I, 26. [↑](#footnote-ref-81)
82. 3 Reg. XIX, 8. [↑](#footnote-ref-82)
83. PALACIO VALDEZ, Testamento literario, p. III. [↑](#footnote-ref-83)
84. PALACIO VALDEZ, obra cit., p. 112. [↑](#footnote-ref-84)
85. PALACIO VALDEZ, obra cit., p.213. [↑](#footnote-ref-85)
86. Ier. XVII, 5 [↑](#footnote-ref-86)
87. Siglo de las Misiones, nov. 1946. [↑](#footnote-ref-87)
88. Siglo de las Misiones, agosto 1946 [↑](#footnote-ref-88)
89. Silvestri, Ite, p. 243 [↑](#footnote-ref-89)
90. Testamento literario [↑](#footnote-ref-90)
91. **Palacico Valdés**, Testamento Literario [↑](#footnote-ref-91)
92. Ps. 50,20. [↑](#footnote-ref-92)
93. Silvestri, Ite. Lo que debe saber un misionero [↑](#footnote-ref-93)
94. Rom. I, 28-31 [↑](#footnote-ref-94)
95. San Agustín, serm. 137, 175 [↑](#footnote-ref-95)
96. Mt. IX, 36 [↑](#footnote-ref-96)
97. Mt. IX, 36 [↑](#footnote-ref-97)
98. Véase nuestra obra: Máscaras. El comunismo entre bastidores,Santan- llrl. 1054. [↑](#footnote-ref-98)
99. Nace a los pies del Himalaya y el hindúe ha considerado siempre sus aguas como sagradas y ha creído que por el mero hecho de bañarse en él se le perdonan todos sus pecados. Hay otros muchos ríos considerados también como sagrados, pero su santidad proviene de las corrientes subterráneas de agua que proceden del Ganges. [↑](#footnote-ref-99)
100. Véase: Víctor de Santa Teresa,()O.C.D., “La India Y sus Problemas”, San Sebastián, 1951 [↑](#footnote-ref-100)
101. Véase: Moisés Domenzáin, S. J., El Japón. Su evolución. Su cultura. Re- lluiones.Bilbao, 1942. [↑](#footnote-ref-101)
102. lo. 4, 35. Véase L’áme des Peuples a evangeliser, Lovaina 1928. [↑](#footnote-ref-102)
103. César Vaca, La Vocación Misionera. «Misiones Extranjeras», Burgos; Julio 1949. [↑](#footnote-ref-103)
104. P. Charles, La oración de todas las horas,c. 51. [↑](#footnote-ref-104)
105. Silvestri-Pamplona, ***lie,***cap. XXXII. [↑](#footnote-ref-105)
106. Silvestri-Pamplona, Ite,cap. XXXII. [↑](#footnote-ref-106)
107. En España funciona con prestigio: «Escuela Española de Medicina para Misioneros». García Morato, 11. Tel. 232188. Madrid. [↑](#footnote-ref-107)
108. Véase Parte 3.a: «La vida misionera y su campo». [↑](#footnote-ref-108)
109. A. Gallego, O. P., Cristo y el alma oriental. Madrid, 1954. [↑](#footnote-ref-109)
110. Séanos permitido aportar un hecho que puede contribuir a esclarecer la controversia referente al arte religioso en los países de misión: “Cuando en nuestras misiones del Tonkin se empezaron a construir iglesias al estilo europeo, los cristianos se entusiasmaron y aplaudían considerándolas más bellas que las de estilo indígena. Luego, cuando irrumpió en la vida el orgullo nacionalista, la actitud cambió al menos aparentemente. La primera actitud era espontánea; la otra, provocada.” - *A. Gallego, O. P.,* Cristo y el alma oriental. *Madrid, 1954, pág. 307. -* [↑](#footnote-ref-110)
111. La catolicidad práctica de la Iglesia, 1943, pág. 115. [↑](#footnote-ref-111)
112. Is. 42, 3; Mt. 12, 20. [↑](#footnote-ref-112)
113. Mt. XXIII, 27. [↑](#footnote-ref-113)
114. *sugerencias* [↑](#footnote-ref-114)
115. Lc. XIV, 23. [↑](#footnote-ref-115)
116. Is. 58,2 [↑](#footnote-ref-116)
117. Silvestri, Ite, pág. 166 [↑](#footnote-ref-117)
118. Gar-Mar, Sugerencias. [↑](#footnote-ref-118)
119. Id, núm. 86. [↑](#footnote-ref-119)
120. *Directorio de Anking,* núms. 39-47 [↑](#footnote-ref-120)
121. «Vuestras predicaciones sean tan continuas cuanto pudieren ser porque éste es un bien universal donde se hace mucho fruto y servicio de Dios y pro­vecho de las almas». Así escribía San Francisco Javier al P. Barceo, 8-4-1549. [↑](#footnote-ref-121)
122. Is. LV, 11 [↑](#footnote-ref-122)
123. *Concilium Sinense Shanghai,* 1934, n.° 68. [↑](#footnote-ref-123)
124. C. S., n.° 621. [↑](#footnote-ref-124)
125. C. S., n.° 624. [↑](#footnote-ref-125)
126. «Estad sobre aviso, encargaba Javier a Barceo 8-4-1549, para que nunca en las predicaciones reprendáis en particular a persona o personas que tienen mando en la tierra, mas sean las reprensiones particulares en sus casas o en la confesión». Cartas..., pág. 509. [↑](#footnote-ref-126)
127. Irving, *Eficiencia personal.* [↑](#footnote-ref-127)
128. Cfr. También Ite, cap. 31 [↑](#footnote-ref-128)
129. Act. 17,23. [↑](#footnote-ref-129)
130. Act. 17,23. [↑](#footnote-ref-130)
131. Eph. 4, 5. [↑](#footnote-ref-131)
132. Deuteronomio, V, 13 y ss. [↑](#footnote-ref-132)
133. Lemhkul, I, n. 198. [↑](#footnote-ref-133)
134. Sol. cas., p. 208. [↑](#footnote-ref-134)
135. Cfr. Cas. Shanghai, p. 207 [↑](#footnote-ref-135)
136. Cfr. Cas. Shanghai, p. 194 [↑](#footnote-ref-136)
137. Los números que ponemos después de un santo indican, el primero, el día, y el segundo, el mes; v. gr., 24, 1; quiere decir que en el Martirologio se hace mención de dicho santo el día 24 de enero... [↑](#footnote-ref-137)
138. Rivadeneira, Modo de gobierno de N. P. S. Ignacio, cap. III. [↑](#footnote-ref-138)
139. Act. IX, 16 [↑](#footnote-ref-139)
140. Ezech. 34, 4 [↑](#footnote-ref-140)
141. Testamento Literario [↑](#footnote-ref-141)
142. Act. 15, 20 y 29. [↑](#footnote-ref-142)
143. Cf. San Ignacio, Carta de la Perfección [↑](#footnote-ref-143)
144. Dada el 3-XII-1833 sobre el deseo de las Misiones Extranjeras [↑](#footnote-ref-144)
145. Mich. 6, 8. [↑](#footnote-ref-145)
146. Jerem. 12, 5. [↑](#footnote-ref-146)
147. P. Roothan. Carta citada. [↑](#footnote-ref-147)
148. En carta particular. 1953 [↑](#footnote-ref-148)
149. Silvestri, Ite. Lo que debe saber un misionero. Pamplona, 1929, pág. 126 [↑](#footnote-ref-149)
150. Silvestri, obra citada, págs. 128-129 [↑](#footnote-ref-150)
151. 1 Cor. 4,9 [↑](#footnote-ref-151)
152. Silvestri, ob. Cit. [↑](#footnote-ref-152)
153. Silvestri, ob. Cit., págs. 154-6. [↑](#footnote-ref-153)
154. Silvestri, ob. cit [↑](#footnote-ref-154)
155. Silvestri, ob.cit., págs. 184-88 [↑](#footnote-ref-155)
156. Silvestri, o. c., págs. 204-212 [↑](#footnote-ref-156)
157. Prov. 18, 19 [↑](#footnote-ref-157)
158. Libro de las fundaciones, cap. 2. [↑](#footnote-ref-158)
159. Libro de las Fundaciones, cap. 2. [↑](#footnote-ref-159)
160. Silvestbi-Pamplona, O. C., cap. XXXIV. [↑](#footnote-ref-160)
161. Mt. XXI, 28 [↑](#footnote-ref-161)
162. Mt. VIII, 12 [↑](#footnote-ref-162)
163. Mt. XII, 46 [↑](#footnote-ref-163)
164. Mt XII, 32. [↑](#footnote-ref-164)
165. Mt. XIV, 6 [↑](#footnote-ref-165)
166. Mt. XVIII, 37 [↑](#footnote-ref-166)
167. Mt. II 5-7 [↑](#footnote-ref-167)
168. Jo. II, 2 [↑](#footnote-ref-168)
169. Luc. II, 30-32 [↑](#footnote-ref-169)
170. Hebr. IX, 15 [↑](#footnote-ref-170)
171. Hebr. X, 5-10 [↑](#footnote-ref-171)
172. Rom. X, 14-15 [↑](#footnote-ref-172)
173. Jo, I, 6-8 [↑](#footnote-ref-173)
174. Rom. XV, 16 [↑](#footnote-ref-174)
175. Jo. XV, 16 [↑](#footnote-ref-175)
176. Act. XXVI, 15-17 [↑](#footnote-ref-176)
177. Act. III, 8-9 [↑](#footnote-ref-177)
178. Thes. II, 7-9 [↑](#footnote-ref-178)
179. Phil. I, 18 [↑](#footnote-ref-179)
180. Ezeq. XXXIV, 11-16 [↑](#footnote-ref-180)
181. Rom. I, 14; Cor. IX, 19-22 [↑](#footnote-ref-181)
182. Jo. XVII, 11-20 [↑](#footnote-ref-182)
183. Rom. I, 1-7 [↑](#footnote-ref-183)
184. Jo. IV, 3-39 [↑](#footnote-ref-184)
185. Mt. IX, 36-38 [↑](#footnote-ref-185)
186. Mt. XIII, 29-30 [↑](#footnote-ref-186)
187. Jo., 16 [↑](#footnote-ref-187)
188. Jo. XVII, 2-3 [↑](#footnote-ref-188)
189. Jo. V, 6-8 [↑](#footnote-ref-189)
190. Act. II, 38-39 [↑](#footnote-ref-190)
191. Act. X, 34-35 [↑](#footnote-ref-191)
192. Eph. III, 3-6 [↑](#footnote-ref-192)
193. S. Agustín. Enarrat. In psalmo 103 (ML. 37, 1340). [↑](#footnote-ref-193)
194. Ibid. [↑](#footnote-ref-194)
195. Jo. 17-20 [↑](#footnote-ref-195)
196. Act. XII, 46-47 [↑](#footnote-ref-196)
197. Act. XVI, 7-10 [↑](#footnote-ref-197)
198. Act. XVII, 22-34 [↑](#footnote-ref-198)
199. Rom. III, 29-30 [↑](#footnote-ref-199)
200. Rom. X [↑](#footnote-ref-200)
201. Rom. XII, 13 [↑](#footnote-ref-201)
202. Pch. II, 25 [↑](#footnote-ref-202)
203. Apoc. VII, 9-10 [↑](#footnote-ref-203)
204. Efes. III, 1-8 [↑](#footnote-ref-204)
205. MT. XI, 28-30 [↑](#footnote-ref-205)
206. Jo. I, 12 [↑](#footnote-ref-206)
207. Jo. X, 10 [↑](#footnote-ref-207)
208. Act. XXVI, 17-18 [↑](#footnote-ref-208)
209. Act. IX, 24-26 [↑](#footnote-ref-209)
210. Cor. I, 23-24 [↑](#footnote-ref-210)
211. Cor. III, 8 [↑](#footnote-ref-211)
212. Cor. III, 26-29 [↑](#footnote-ref-212)
213. Eph. II, 14-22 [↑](#footnote-ref-213)
214. 2 Thes. III 1. [↑](#footnote-ref-214)
215. I Tim. II, I, 2-3 [↑](#footnote-ref-215)
216. S.Tomas, in Eph. IV, 1, 5° [↑](#footnote-ref-216)
217. Ephes. IV, 11-16 [↑](#footnote-ref-217)
218. Mat. XXVIII, 18-20 [↑](#footnote-ref-218)
219. Zameza, *Amemos a la Iglesia*, pág. 399 [↑](#footnote-ref-219)